

Andrés Henestrosa

Alacena de minucias

(1962-1969)

Introducción y compilación
Adán Cruz Bencomo



La
SERIE Historia



LXI LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS
CONSEJO EDITORIAL
**CONOCER
PARA DECIDIR**
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA

Miguel Ángel
Porrua

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXI LEGISLATURA



CONOCER PARA DECIDIR se denomina la serie que en apoyo a la investigación académica en ciencias sociales, la Cámara de Diputados LXI Legislatura –refrendando el acuerdo de las anteriores LIX y LX Legislaturas–, lleva a cabo en coedición en atención al histórico y constante interés del H. Congreso de la Unión por publicar obras trascendentes que impulsen y contribuyan a la adopción de las mejores decisiones en políticas públicas e institucionales para México en su contexto internacional; ello a efecto de atender oportunamente las diversas materias sobre las que versa el quehacer legislativo.

El acuerdo para coeditar las obras que conforman la serie se ha establecido con diferentes instituciones académicas, organismos federales y estatales; así también, con autores y asociaciones independientes.

Los títulos que caracterizan a la serie, se complementan con expresiones culturales de interés nacional que coadyuvan en las tareas propias del legislador mexicano.

CONSEJO EDITORIAL
SERIE "CONOCER PARA DECIDIR"

Presidencia

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. LAURA MARGARITA SUÁREZ GONZÁLEZ, *Titular*
Dip. CÉSAR DANIEL GONZÁLEZ MADRUGA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. ARMANDO JESÚS BÁEZ PINAL, *Titular*
Dip. BLANCA JUANA SORIA MORALES, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. LORENA CORONA VALDÉS, *Titular*
Dip. DIEGO GUERRERO RUBIO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE NUEVA ALIANZA

Dip. ROBERTO PÉREZ DE ALVA BLANCO, *Titular*
Dip. LIEV VLADIMIR RAMOS CÁRDENAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. CÉSAR FRANCISCO BURELO BURELO, *Titular*
Dip. TERESA DEL CARMEN INCHÁUSTEGUI ROMERO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. PORFIRIO MUÑOZ LEDO, *Titular*
Dip. PEDRO VÁZQUEZ GONZÁLEZ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE CONVERGENCIA

Dip. MARÍA GUADALUPE GARCÍA ALMANZA, *Titular*
Dip. JAIME ÁLVAREZ CISNEROS, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Dr. GUILLERMO HARO BÉLCHEZ

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. EMILIO SUÁREZ LICONA

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

Alacena de minucias (1962-1969)

Andrés Henestrosa

Alacena
de minucias
(1962-1969)

Introducción y compilación
Adán Cruz Bencomo

Miguel Ángel

Porrúa

MÉXICO • 2011

Primera edición, noviembre de 2011

© 2007-2008
ANDRÉS HENESTROSA

© 2008-2011
CIBELES HENESTROSA RÍOS

© 2011
Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-501-0

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

www.maporrúa.com.mx

Aragura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Prólogo

*Porque también con las minucias
está compuesta la vida.*

A.H.

Andrés Henestrosa murió el 10 de enero del año 2008. No pudo, por tanto, ver la aparición de este nuevo tomo de sus *Alacenas*. Pero con el primero, en sus últimos días, se dormía con él, abrazándolo, como si fuera algo muy querido de lo que siempre quisiera estar acompañado. Por eso fue, quizá, que cuando lo enterramos —o tal vez por alguna vieja y heredada creencia, no lo sé— pero ocurrió que tuve el deseo, en un momento de suprema candidez, de poner sobre su féretro, dentro de su sepulcro aún abierto, el volumen primero que recogió estas colaboraciones dominicales. Y mientras le arrojaban la tierra, pensé: “Para el camino, Andrés”.

Desde entonces no he vuelto a su tumba sino sólo una vez. Y es que para mí tal parece que murió ayer. Lo recuerdo, oigo su voz, el eco de su palabra dondequiera que esté. Sobre todo, por los lugares que comúnmente frecuentábamos: librerías de viejo, La Lagunilla, el Centro Histórico. Pero también por las cantinas o en los parques donde nos sentábamos a leer y a platicar. En su casa y biblioteca, desde luego. El caso es que me sale al paso donde menos lo espero.

En una ocasión, hace algún tiempo, caminando yo por el sur de Manhattan, en Nueva York, vi una conocida librería de viejo y, como es natural, tuve el impulso de entrar. Pregunté enseguida si había alguna sección de libros en español y cuando bajé adonde me indicó el dependiente, cuál no sería mi sorpresa al encontrar, entre los pocos, poquísimos títulos de autores en lengua española que allí había, precisamente el tomo I de las *Alacenas*.

Al día siguiente fui a la Quinta Avenida, a la tradicional y hermosa Biblioteca Pública, y allí encontré, de nueva cuenta, las *Alacenas*. Luego, en otra

ocasión, poco tiempo después de él haber muerto, en uno de los cafés a los que solíamos asistir, sobre una mesa de libros, vi de pronto uno de los títulos, cuya búsqueda nos había tomado largos meses y años. Nunca lo encontramos. Pero ese día, como sonriendo, ahí estaba el sorprendente libro del Vizconde de Lazcano Tegui, *De la elegancia mientras se duerme*. Lo adquirí e interpreté el hecho como un guiño o una señal de Henestrosa desde el Allá, es decir, desde la región donde no hay muerte, como decían los antiguos mexicanos.

Ya no tengo el impulso de visitarlo en su tumba. Lo encuentro por todas partes. Él sí visitaba a su esposa Alfa; varias veces lo acompañé. Platicaba con ella, se desahogaba, lloraba, le hacía juramentos, y cuando salía del panteón, como que se reconfortaba y ya estaba de nueva cuenta puesto en paz con la vida.

Acababa, pues, de iniciarse el año cuando Henestrosa se fue. La presentación del tomo primero fue el último acto cultural al que él asistió. No sé si morir cuando algo principia tenga algún significado, pero lo que tal vez sí encierre algún simbolismo es el hecho de haber muerto en un año capicúa. Él siempre me dijo que no le gustaría morir, pero que si eso llegara a ocurrir, lo haría en una fecha capicúa. Y lo hizo, pues murió a los 101 años de edad. Y de igual modo, si nos atenemos al día en que sucedió, es decir, al 10 de enero, también lo podemos escribir como el 10/01. De tal suerte que los números lo mismo pueden leerse de izquierda a derecha que al revés.

En este segundo tomo, como en el primero, el lector encontrará un momento de la vida cultural de México. Henestrosa rescata autores y obras olvidados, evoca a un sinfín de amigos, hombres y mujeres, y en ocasiones redacta sus correspondientes necrologías. Plantea y resuelve infinidad de curiosidades literarias, llama la atención sobre los problemas más urgentes y pospuestos de nuestras letras y contribuye, como siempre fue su anhelo, con sus *minucias* como él las llamaba, pero en realidad significativas y nada desdeñables aportaciones, a edificar la gran Historia de la literatura mexicana.

No obstante, si nada de esto tuviera valor, queda por lo menos, en este segundo tomo, lo que un día me dijo Carlos Monsiváis cuando le pregunté lo que valía la pena de ser recuperado del autor de la *Alacena de minucias*. Salíamos de la casa de Henestrosa, ya noche, adonde yo lo había llevado, y me respondió, bajando las escaleras: su propuesta de nacionalismo cultural y la recopilación enorme que ha hecho de las coplas de *La Llorona*.

Como en el primer tomo, corregí aquí, o retoqué, hasta donde pude, las faltas propias e inevitables del periodismo. Titulé además todas las colaboraciones, intentando siempre apegarme a su estilo, ya con alguna línea de la *Alacena*, ya con el tema tratado, o con el recuerdo de alguna palabra o idea que alguna vez le oí. Muchas fueron las horas que conversamos acerca de México y su literatura y muchas las enseñanzas que me heredó.

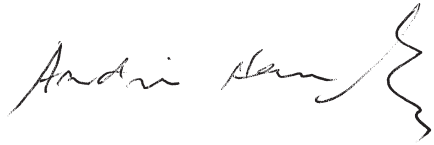
Me dejó, a su muerte, el encargo de publicar una antología de los compañeros de su generación y el de rescatar, en la medida de lo posible, su obra periodística. De modo señalado, claro está, la *Alacena de minucias*, pues pensaba que de algo podía servir a todo aquél que se interesara por el desarrollo de nuestras letras.

Cuando murió Ernesto Mejía Sánchez, el gran crítico y poeta nicaragüense, Henestrosa puso en mis manos las fichas bibliográficas y los papeles que había dado a aquél con el propósito, creo yo, de que continuara el ordenamiento y la recuperación de su obra. Así lo he hecho en los últimos años y así espero seguir haciéndolo más adelante. Por lo pronto, quede este segundo tomo de la *Alacena de minucias*, libro póstumo de Henestrosa, para regocijo y entretenimiento de los curiosos lectores.

ADÁN CRUZ BENCOMO

[17 de septiembre de 2011]

1962



Elogio fúnebre de los primeros héroes y víctimas de la patria

Es notable la escasez de epistolarios, diarios y memorias en todos los países de lengua española, ha dicho Felipe Teixidor. Pero, ¿eso es verdad? Quizá sea cierto que no se escriban en la proporción que en otros países, pero en lo que toca a México, puede decirse que abundan los autores de cartas, diarios y memorias, y no sólo, sino que algo de lo más característico de nuestras letras se encuentra allí. Tan abundoso era Carlos María de Bustamante, por ejemplo, que llevamos un siglo de echarle en cara que escribiera tanto, pese a que gracias a su llamada grafomanía podemos reconstruir momentos del pasado mexicano. No es don Carlos un escritor atildado, sujeto a reglas, obediente de la gramática, servil a los modelos que se dan por clásicos: escribía como le venía en gana, o si se quiere, como Dios le daba a entender. Con tan precarias armas le salió al paso al gramático, al erudito, al impecable escritor Lucas Alamán. Por su manía de consignar todo, se puede ahora saber, por ejemplo, cuál era el régimen de lluvias en la primera mitad del siglo pasado. Porque apuntaba todo lo que oía, y creía todo lo que llegaba a sus oídos, sabemos intimidades de la vida mexicana de los días de Hidalgo y de Morelos. No. Contra Bustamante se está no por ser más amigo de la verdad que de don Lucas, sino porque le plugo llevar la insurgencia al campo de las letras, porque quiso dar el Grito de Dolores de la literatura, que en sus días todavía esperaba Altamirano. Y esperamos nosotros en los nuestros.

Hemos dicho que en el epistolario, en los diarios, y en las memorias encuentra el mexicano campo propicio para sembrar. ¿Abundan en nuestras letras libros como las *Memorias* de fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra? ¿Existe algo que pueda compararse en nuestros días al *Ulises criollo*

de José Vasconcelos? ¿Llegan a tres los libros como el de Victoriano Salado Álvarez, *Tiempo viejo, Tiempo nuevo*. Aquellos dos primeros de espaldas a todo convencionalismo, a toda ley que sujete y recorte las alas; éste, dentro de las normas más estrictas. Aquellos, escritos con la mano zurda, siniestra; éste de don Victoriano con la derecha, con la diestra, sin que por ello, con ser tan grande escritor, deje a la zaga a fray Servando y a Vasconcelos. ¿Por qué? Porque los grandes libros, como ha dicho Carlos Pereyra, los escriben los hombres más que los escritores. ¿Por qué, si no por eso, está Bernal Díaz del Castillo por encima de Antonio de Solís? La conjunción de hombre y escritor debiera ser ideal de cuantos escriben.

Pero no era eso lo que yo quería. Lo que yo quería era identificar y establecer el año de la publicación de un opúsculo que obra en mi poder, con la portada a medio destruir. ¿Quién, si no Carlos María de Bustamante, podía sacarme de este apuro? Pues tomo su *Diario histórico de México*, t. 1, Zacatecas, 1896, y encuentro en la página 549 la noticia que busco completar. El folleto fue publicado en 1823 en esta Ciudad de México; contiene el *Elogio fúnebre/ de los primeros héroes[y] víctimas de la patria,| que | el 17 de septiembre de 1823| En la Iglesia Metropolitana de México á| presencia de una Diputación del Soberano Congreso del Supremo Poder Ejecutivo, demás| Corporaciones y Oficialidad| Dijo | El Br. Francisco Argandar, Diputado| por Michoacán.*

Es cierto que Bustamante no da el pie de imprenta, pero proporciona las circunstancias en que el *Elogio* fue pronunciado. “Dadas las doce –dice– comenzó la misa que cantó el Canónigo Labasta: siguió luego el sermón, que predicó el Dr. Argandar, Diputado por Valladolid, y duró hora y nueve minutos; nada puedo decir del mérito de esta pieza oratoria, porque colocado detrás de la pira, en ella quebraba la voz; supongo que lo haría muy bien, porque está en posesión de hacerlo, y con entusiasmo, porque amó mucho a Morelos; le nombró vocal en el Congreso de Apatzingán y fue testigo de sus heroicas acciones, es imposible que al referirlas dejase de ser elocuente y vigoroso. Concluido el sermón, el orador tuvo muchísimo trabajo en llegar a la sacristía, porque se vio rodeado de la multitud de gentes que lo celebraban, lloraban con él, le besaban la mano, le daban galas, y cada uno expresaba su afecto como podía, á un hombre que tanto acababa de honrar a los que habían sido tantas veces difamados en aquella misma cátedra de verdad”.

En lo transcrito está don Carlos de cuerpo entero.

Pero, ¿de veras era muy mal escritor Bustamante? ¿No será que su culpa es haber sido un buen patriota, un insurgente denodado, un enemigo de la tiranía, un adversario jurado de España, madrastra y no hermana de México?

De veras: en las cartas, en los diarios, en las memorias mejor se expresan algunos de nuestros escritores representativos.

7 de enero de 1962

Visita a un maestro

He pasado unas horas en el puerto de Veracruz, en compañía de algunos amigos. Andrés Iduarte, que venía con nosotros, me llevó a visitar a don Francisco J. Santamaría, amigo y maestro mío de siempre. Vive don Pancho en una pequeña casa, rodeado de sus cosas queridas, en un ambiente sencillo, discreto, como quien ha traspuesto todos los altibajos de la vida. Allí se encuentra a gusto, entregado a los recuerdos, a las evocaciones que es ejercicio de hombres maduros.

Cuando llegamos a su casa se encuentra sentado en una mecedora, con los lentes puestos. Tiene muy poca vista don Pancho; con suma dificultad se guía y puede leer; pero la otra, la luz interior, se adivina viva, se la ve en su conversación, chispeante y retozona. Nos dice que lee nuestros artículos; los de Andrés, su paisano y amigo desde la niñez, los tiene recortados; sobre cada uno de ellos hace breves comentarios, los enriquece con otros recuerdos que Iduarte pasa por alto, tal vez porque los escribe la víspera de su publicación, sin tiempo para detenerse sino en la verdad emotiva que encierran.

De muchas cosas platicamos. Entre ellas, sobre su condición de académico de la Lengua. Desde hace tres años ya no viene a la capital, ya no asiste, por tanto, a las sesiones, pero sabe cuáles son los trabajos de la institución, quiénes los nuevos académicos y las circunstancias en que han sido aceptados, qué peripecias tiene que sortear la corporación para ir viviendo. En suma, Santamaría está al día. No nos lo dijo, pero no es remoto que siga escribiendo sobre las cuestiones de su especialidad, o acaso, un libro de recuerdos, con lo que enriquecería ese capítulo de las letras mexicanas, o las letras patrias, como gustaba decir su maestro Manuel Sánchez Mármol. Un hombre que como él ha acumulado tanta experiencia, ha vivido instantes decisivos de la historia nacional, ha peli-

grado, ha cultivado el trato de ilustres escritores, no debe privarnos de un libro de memorias, de reliquias y de recuerdos.

Sus libros principales, desde luego, los dos de lexicografía, en que puso por igual inteligencia, entusiasmo y mil horas de estudios, autorizan a calificar de excelente ese libro que ojalá esté escribiendo. ¿Quién si no él está llamado a contarnos medio siglo de la historia tabasqueña? ¿Quién otro, si no Pancho Santamaría, puede narrar, al paso que cuenta su vida, la suerte que la cultura mexicana ha corrido en aquella lejana provincia de su origen? Sobre esa cuestión, es cierto, tiene Santamaría mucho camino andado, pero debiera intentarlo de nuevo, despojado de afanes eruditos y de maestro, y en la sola condición del abuelo que cuenta cosas al amor del fuego. Allí, en ese libro, pudiera darnos su versión de la política nacional, lo que logró alcanzar acerca de ella cuando fue gobernante de su tierra; su juicio más íntimo sobre algunos hombres de su tiempo. ¿No parecería una mutilación que Francisco J. Santamaría callara tanto saber? Eso, y no otra cosa, es lo que me lleva a suponer que ahora redacta unas memorias.

Llega el momento de despedirnos de don Pancho. Cuando Andrés Iduarte lo abraza, el buen viejo se estremece y algo dice sobre sus próximos días, sobre la vida y sobre la muerte que él no ha de temer porque la ha encontrado muchas veces en la calle, desde que vino al mundo.

La tarde cae, lentamente. Cuando nos quedamos solos, Andrés me cuenta qué tan vieja y tan entrañable es la amistad que lo une a su ilustre paisano, que fue amigo y alumno de su padre. Y convinimos en que todavía no es hora de pensar en la muerte, sino de darles trabajos qué cumplir a la pluma; escribir, escribir, sin fijarse mucho en perfecciones de forma, sino en la verdad de la palabra escrita. Francisco J. Santamaría debe seguir escribiendo, por ejemplo, unas memorias, reliquias y retratos para traer a la memoria del lector el bello libro de Juan de Dios Peza.

14 de enero de 1962

Amigos, socorredme

Ahora me ha dado por revisar mis papeles, por ordenar mi correspondencia, por releer un diario que desde hace mucho tiempo llevo de un modo que no

puedo calificar sino de extraño: en la página en blanco de los libros que voy leyendo. Es un pasatiempo que tiene un lado melancólico, a veces una mezcla gozosa de alegrías y tristezas. Son los años, me digo. Pero gozo en la tarea. Cosas que creía olvidadas, encuentro ahora teñidas de lejanía, tomadas de una cierta pátina que hasta parece tener un tinte azul.

Notas escritas hace mucho tiempo; a veces frases, pies de versos que luego no tuvieron continuación y se quedaron solos, tristes y abandonados. En ocasiones, pequeños textos copiados de libros que no recuerdo, de autores a los que no he vuelto. Con frecuencia, encuentro ahí el costo de algún libro, que a primera vista no puedo creer. ¿Cómo es posible, me pregunto, que un libro pudiera costar entonces unos cuantos centavos? No es extraño que a veces me tope con alguna poesía, sin indicación de autor, pero que en el acto reaparece en mi memoria con tal precisión y claridad que llego a preguntarme si no lo intenté yo.

Anoche he encontrado un fragmento que no he podido, a pesar de un doloroso esfuerzo, saber su procedencia.

Lo voy a transcribir para que mis amigos eruditos, si tienen la buena humorada de hacerlo, me alivien de esta tarea a la que estoy entregado por identificarlo. Dice así:

*Si he de morir de miraros
y de no veros también,
digo que elijo más bien
morir antes que dejaros.*

*Imposible es olvidaros,
y si en tan severo mal
de mi destino fatal
quiero a muerte condenarme,
por no llegar a ausentarme
de vuestra luz celestial.*

*No me da el morir temores,
que ya lo que es morir sé,
porque ha muchos días que
me tenéis muerto de amores.*

*Testigos son estas flores
y estas cristalinas fuentes
de mis suspiros ardientes,
pues de mi llanto el caudal
suele aumentar el cristal
de sus líquidas corrientes.*

¿Se encuentra en la poesía hispanoamericana? ¿Corresponde al ciclo de la poesía española que venía de Petrarca? Si lo primero, ¿es flor de los jardines de México o de Cuba? Pero... apenas acabo de formular esta última pregunta, cuando ya estoy en condiciones de decir que no está en la poesía mexicana y que sí casi seguramente en la cubana. Si aquí, es decir, en Cuba, ¿a qué poeta corresponde?

Mis amigos, ayúdenme a salir de este embrollo. Socorran a un desesperado, porque a lo mejor a ustedes les sucede igual alguna vez, y quiero descansar de una búsqueda que ahora, al amanecer de este sábado, ha resultado infructuosa.

21 de enero de 1962

Soneto al tiempo

Me escribe Salvador Novo:

8 de enero, 1962.

Querido Andrés: Buscando sonetos para una cierta Antología, tropecé con el que abajo copio y te envío por si crees que lo puedas guardar en tu *Alacena*. Estaba entre los originales de una antología inédita e inconclusa de poesía hispanoamericana que empezó Pedro Henríquez Ureña y me llamó la atención su parecido con el famoso soneto de Renato Leduc.

Salvador Novo

*El tiempo está vengado, suerte mía,
del tiempo y en el tiempo no he mirado
y me vi en el tiempo en tal estado
que el tiempo en ningún tiempo lo temía.*

*Bien me castiga el tiempo la porfía
de haver (sic) en el tiempo descuidado
que el tiempo tan sin tiempo me ha dejado
que ya no espero tiempo de alegría.*

*Pasaron tiempos, horas y momentos
en que pude del tiempo aprovecharme
para excusar con tiempos mis tormentos;*

*Mas, pues del tiempo quise fiarme
teniendo el tiempo varios movimientos,
de mí, que no del tiempo, es bien quejarme.*

El soneto es de José Antequera y Castro, poeta peruano del siglo XVIII. Su asunto, así como las circunstancias de la vida del autor, autorizan que le dediquemos una *Alacena* que será la próxima.

28 de enero de 1962

Página olvidada de Urbina

Quiero dedicar esta *Alacena* al soneto de José Antequera y Castro, de acuerdo con mi promesa. Pero no puede ser: algo igualmente atrayente me desvía, me lleva a otra cosa. Sucede que he encontrado en una publicación, ya bastante rara, una página olvidada de Luis G. Urbina. Ya sé que nunca podrá decirse en puridad que la obra de un autor está recogida en su integridad, que ya nada de nuevo puede decirse de su vida y de sus obras. Aparte que sobre Urbina no se ha dicho semejante cosa. Pese a que el libro de Gerardo Sáenz parece crear esa certeza. Pese también a los trabajos de Carrie Odell Muntz, quien ha enlistado las crónicas que Urbina publicó en las revistas y periódicos de México, desde que se inicia en el periodismo hacia 1891 hasta que rinde los ojos en 1934. Para que su trabajo fuera exhaustivo, vino a decir la señorita Odell Muntz hacía falta conocer todos los seudónimos que el autor de *Puestas de sol* usó; localizar el monte de periódicos y revistas de efímera vida, y aun encontrar completas las colecciones de los que existen.

Sin embargo, enlistó en su inmensa mayoría las colaboraciones de “El viejecito”.

Cuando era más febril la colaboración de Urbina en *El Universal*, en 1896, recibió una carta de Victoriano Pimentel, director de *El Niño Mexicano*, en que le invitaba para que escribiera “algo breve para un periódico de niños”. Divagando, divagando, como Lope con su célebre soneto, Urbina escribe una preciosa miniatura, que aparece en la revista de Pimentel el 1º de marzo de 1896. Allí está todo él: discípulo de Urbina, soplando en el cañuto del idioma, haciendo pompas de jabón, hasta redondear una página deliciosa. Hela aquí:

Para los niños mexicanos

Para escribir estos diez renglones he tardado muchos días. Y es que se me ha pedido “algo breve para un periódico de niños”. Breve y para niños. He aquí el enorme problema. No yo, un gran hombre, se encontrará perplejo ante tamañas dificultades. El griego Esopo no pensó sus maravillosas fábulas para niños. El maestro Lafontaine dedicó las suyas a un príncipe adolescente; pero las escribió para los sabios y para los cortesanos. Todas esas ficciones son filosofías disfrazadas. Suele amargar este néctar servido en pequeños vasos; miel, sólo por la apariencia sabe a tisana. Es, en efecto, una medicina. Víctor Hugo tiene adorables páginas para los niños. Amó a todos los débiles y se encariñó con todas las inocencias. Pero entre frase y frase aparece el profeta, y en medio de un consejo de abuelo, lanza rayos de ira divina o pronuncia cábulas y misterios. No es raro que un banco de escuela improvise un Sinaí. La niñez ríe con él, porque ese anciano de cabellos blancos tiene un semblante bondadoso; mas no lo entiende. El romántico Lamartine habla en verso con los ángeles o con las mujeres y en prosa con los revolucionarios. Chateaubriand habla con Dios. Las modernas literaturas son exquisitamente malsanas. Urge que no penetren en la alcoba donde duermen los niños: los dañarían. ¡Mucho cuidado! ¡A la calle esas ideas perversas que se visten de raso, como las cortesanas, para conquistar imaginaciones inexpertas! ¿Qué hago? No tengo libros en qué inspirarme. Andersen y Perrault quitan el sueño con sus fantasmagorías: hacen soñar demasiado. Eso es peligroso. En mi pobre biblioteca hay un libro muy bello, pero inimitable. *Corazón* de Edmundo de Amicis. Es la biblia del candor. Pero, a menos de cometer un plagio, de nada sirve. ¡Y pensar que resolvería el problema de presentar algo breve para los niños, si yo pudiera clavar aquí una mariposa!

Mientras reflexiono en tan ardua empresa, oigo una risa infantil en el patio de mi casa. Me asomo a la ventana. Es una niña que juega. La llamo; viene, abre

la puerta de mi cuarto y me saluda con una sonrisa inefable. La doy un beso, y acariciándole la cabellera rubia que flota por su espalda como un velo de oro, le pregunto: ¿qué escribiré para los niños?

Ella no contesta, pero sus ojos asombrados, llenos de la alegría de vivir, me dicen: Esperanza.

¡Santa palabra! La escribo y quedo satisfecho. Ya ves, buen amigo, unos ojos inocentes, azules y profundos como el cielo, me dieron lo que me pediste: algo breve para la infancia.

4 de febrero de 1962

José de Antequera y Castro

Extraña la vida de José de Antequera y Castro, autor del soneto sobre el tiempo publicado aquí, el 28 de enero pasado. Las historias literarias del Perú y de Hispanoamérica, por lo menos las más generales, no lo mencionan. No lo encuentro citado, digamos, por Enrique Anderson Imbert en su *Breviario*, a pesar de que aspira a darnos un panorama cabal. No encuentro su nombre en Coester. No lo menciona Marcelino Menéndez y Pelayo, maestro, guía y todavía capitán de casi todos los tratadistas de las letras hispanoamericanas. Las enciclopedias, creo, hasta suelen confundirlo con Fernando de Antequera, un sudamericano de vida turbulenta. Sólo encuentro que lo recuerden Emilia Romero de Valle, en su libro aún inédito, escrito en su totalidad en México, *Diccionario manual de literatura peruana*, y Luis Alberto Sánchez en *Los poetas de la Colonia*. Quien quiera saber más de Antequera, allí tiene dos rumbos que pueden conducirlo.

Volvamos a la extraña vida de este poeta. Se dice que nació en Panamá, en 1690; se dice que en Lima, sin fijar la fecha. Murió en Lima el 5 de julio de 1731, aunque también se asegura que al año siguiente de 32.

Se metió en una larga serie de peleas, en su condición de funcionario del régimen español y de ideólogo, de defensor de los indios, como un poco continuador de Bartolomé de las Casas. Parece que sus desgracias vinieron de su oposición a la orden de los jesuitas, y por ser aliado de franciscanos y dominicos. Promueve el odio de unos y la simpatía de otros. Se forman dos bandos: el

de los que lo condenan y el de los que lo proclaman. Cuando muere en Lima, parece que ahorcado, y el pueblo amotina, se inicia su glorificación.

El campo de sus peleas no fue solamente el Perú, sino el Paraguay y la Argentina. Su proceso, que dura cinco años, está cargado de interés, de episodios que lo asemejan a otro gran americano nacido en su siglo: fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.

Mientras estaba preso escribió el soneto que inspira ésta y la otra *Alacena*. Permaneció inédito hasta hace poco tiempo, desconocido de la mayoría. Algunos hasta llegan a creer que sólo en los últimos años fue dado a conocer. Su original estaba en la Biblioteca Nacional de Lima, destruida. Pero algunas copias se habían salvado. ¿De dónde hubo Pedro Henríquez Ureña la que vino a parar en manos de Salvador Novo? Al frustrarse la antología que el dominicano preparaba, el soneto volvió a caer en olvido, sobre todo del lector mexicano normal. Quizá Henríquez Ureña lo hubiera puesto junto al de Miguel de Guevara, del que es tan parecido: *Pídeme de mí mismo el tiempo cuenta*, como nosotros ahora lo apareamos al de Renato Leduc, *Sabia virtud de conocer el tiempo*, que tanto se les parece.

A partir de la muerte de Antequera, en Lima, fue motivo de mil discusiones, en todos los campos, sobre todo, en el de las letras y la política. Tan abigarrada y tan larga ha sido la polémica en su torno, que Luis Alberto Sánchez llama al periodo que va de 1831 al 81, “ciclo de Antequera”. No son cien, sino cincuenta, pero lo llena con su nombre José de Antequera y Castro.

Otras muchas cosas pueden decirse del autor y su célebre soneto. Pero no soy yo quien pueda hacerlo. Que lo hagan Emilia Romero de Valle, como ya hizo su parte Luis Alberto Sánchez; los dos a quienes he venido siguiendo en la redacción de esta *Alacena*.

11 de febrero de 1962

Epígrafes mexicanos

Vasconcelos propuso un día que citáramos a nuestros autores a propósito de todo. Quería el maestro mexicano que nuestras referencias y nuestras fuentes fueran escritores nacionales. Creía que los habíamos producido en número y calidad suficientes como para que no tuviéramos que recurrir a autores ex-

tranjeros. A tanto aspiraba Vasconcelos, que llegó a decir que si las citas no correspondían a autor mexicano, que se las atribuyéramos.

La ocurrencia le vino de ver el desdén con que solemos ver lo propio y la inclinación por lo extraño, lo remoto, lo ajeno. Porque, en efecto, es frecuente que antes de asomarnos a los autores nacionales, lo hagamos con los extraños; antes de conocer nuestra tierra, volvamos los ojos a París.

No era infundada la tesis vasconceliana: hay en nuestras letras suficientes epígrafes como para no tener necesidad de usarlas en lengua ajena. Lo único que pasa es que no conocemos a nuestros escritores, que sintamos por ellos un desprecio que nada puede justificar. Viste poco, según algunos, una referencia, una cita, un apoyo en autor mexicano. ¿Por qué, si puedo hacerlo con André Gide? ¿Por qué en nuestro idioma, si se ve tan bonito en inglés y todavía más en italiano o alemán? Pues a poner como peón caminero un epígrafe de Marcel Proust, de Goethe o de Franz Kafka.

Por eso, por desdeñar a los nuestros, solemos atribuir a autor extranjero hallazgos que se encuentran en los de aquí. Recuerdo ahora, mientras redacto esta *Alacena*, dos casos. La mitad del vulgo intelectual atribuye a Pedro Henríquez Ureña un hallazgo, un atisbo, una reflexión que es de Vicente Riva Palacio; aquella que considera condición de lo mexicano la melancolía, el tono menor, la emoción crepuscular. Lo dijo el General casi medio siglo antes. Henríquez Ureña, como hombre que desea saberlo todo, no ignorar nada, debe haber leído la obra de Riva Palacio. La ocurrencia del novelista mexicano se quedó en él, trabajándolo. Y un buen día armó con ella toda la teoría de lo mexicano en Juan Ruiz de Alarcón. Las dos líneas del autor de *Los cerros* le bastaron para levantar el edificio de erudición y agudeza crítica con que quiso explicar el mexicanismo de Alarcón.

Veamos ahora el otro caso. Medio siglo antes que Ramón Menéndez Pidal lo descubriera, nuestro Manuel Orozco y Berra encontró en la *Historia verdadera...* de Bernal Díaz del Castillo, que los conquistadores españoles se cambiaban versos del *Romacero* de caballo a caballo. Nadie, ni los más sabios, han recordado que Orozco y Berra lo vio el primero, y así todos acreditan a la sagacidad y a la erudición de Pidal la referencia. Nuestro Alfonso Reyes, cuando recuerda que en la mochila de los soldados de Cortés venían juntos refranes y romances, ha pensado en Pidal. José María Chacón y Calvo, en circunstancias parecidas, también.

Bienvenidas todas las literaturas, todos los idiomas del mundo, con tal que no, por un ciego afán de extranjerismo, anulen idioma y letras propios. Bien está que autoricemos nuestros libros con citas y epígrafes extraños, pero a condición de que antes los hayamos buscado en nuestros libros. Lo otro, siempre será la sublimación de un sentimiento de inferioridad.

Prometimos dos casos, dos ejemplos. Ya están dados. Pero mientras redactábamos estas cuartillas, nos vinieron a la memoria otros. Con ellos armaremos alguna vez una *Alacena* más.

18 de febrero de 1962

Juárez, ciudad argentina

Mario Luis Palacios, un joven argentino adscrito a la embajada de su país en México, acaba de decir que “Argentina rindió en vida, a Benito Juárez, un singular homenaje”.

La afirmación se queda en mí, trabajándome. Me pregunto, ¿cuál puede ser ese homenaje? Y no encuentro otro que el de haber impuesto el nombre de Juárez a un pueblo argentino, levantado de la noche a la mañana, como por encanto, como sólo ocurre en el mundo de la fábula, o de la más clara realidad. ¿No acaba México de levantar en medio de las selvas del sureste una ciudad que se llama Popolná, es decir, “casa del pueblo”, como *Popol Vuh* es “libro del pueblo”.

Escribo lejos de mis libros, sobre la máquina, sin manera de consultar nada. Pero fío en mi memoria todavía despierta y pronta. Puedo decir que aquel pueblo fue construido después de la muerte de Benito Juárez, quizás en 1877; por lo menos, así se deduce de un artículo de José Martí sobre el homenaje argentino al indio mexicano. Recuerda el cubano que Argentina, ante el ejemplo de Juárez, quiso ponerle su nombre a un pueblo distante cien leguas de Buenos Aires. Cuando firma el artículo, con toda seguridad en 1884, dice que tiene siete años de fundado, pero que ya entonces goza de dos escuelas, una de varones y otra de mujeres; las calles, trazadas a cordel, una vía de ferrocarril, próxima a unirlo a la capital de la gran República. Como es próspero, tiene un banco; como nació casi por encantamiento, en tan pocos años de vida, ya es un pueblo grande y rico y bello, y circundado de un halo de leyenda.

¿Dónde ha ocurrido este milagro?, se pregunta Martí. ¿En Inglaterra, en Texas? No, se responde. En Buenos Aires, concluye. No en Buenos Aires, ciertamente, sino en Argentina, pero Martí, tal vez por escribir con un pie en el estribo, comete ese lapsus.

¿Y si también por la prisa con que escribió equivocara la fecha de la fundación de Juárez? Entonces, tendría razón Mario Luis Palacios, si es que en eso pensó cuando dijo que su patria había rendido un singular homenaje a Benito Juárez cuando vivía. Pero no. Martí, periodista al fin, escribía sobre sucesos de la hora presente, sin que por eso rehuyera las recordaciones, sobre todo como me ocurre a mí ahora mismo, en que se quedaba sin tema, perplejo ante la máquina, mientras el periódico urge la colaboración. ¿Ocurrió esto último? ¿Un suceso cualquiera devolvió a su memoria el nombre del pueblito argentino y el del indio bruñido, como bronce que era?

Pero estamos ahora frente a otra cuestión. ¿Qué ocurrió con aquel pueblo que el fervor de un Domingo F. Sarmiento pudo levantar para honrar a un par suyo en el amor a la libertad y la independencia? Existe Juárez como una gran ciudad ¿o se la tragó el tiempo? Todo puede ser, pero algo quedará para siempre, y es la simpatía universal que despertó la lucha del pueblo mexicano, con Juárez a la cabeza, hace cien años, al derrotar una intervención armada. Y esto más: la verdad de que Argentina sintió suya la causa de México. Y claro que lo era.

Si esta *Alacena* llegara a sus manos, Mario Luis Palacios, no deje de contar-nos lo que sepa de aquel pueblito que un día levantó su patria, de la noche a la mañana, en honor del indio bruñido como el bronce que siempre fue.

25 de febrero de 1962

Escritor de raíz mexicana

Acaba de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Miguel N. Lira. Poeta, escritor y novelista de la más mexicana raíz, condición que le dio gloria y fama, pero no boga y moda, hijas espurias de la propaganda. Murió solo y triste. Los periódicos, como que su nombre no se prestaba para agitar y manifestarse contra las instituciones, silenciaron las circunstancias más salientes de su vida y de sus obras. Pero era Lira un mexicano ejemplar; quieto, sin

aspavientos, sin espectáculo, sin esa expresión ingrata de la paja que humea al contacto del fuego, y sí con la del oro que en el fuego brilla.

Era de Tlaxcala, tierra vieja a la que tanto se parecía, por la arcilla de que estaba hecho, por el sentido mexicano con el que estaba identificado, sin la menor discrepancia. Vivió muchos años en la capital de la República, pero siempre tuvo hacia allá vuelta la imaginación y la fantasía.

Otros –porque por fortuna no faltaron quienes le rindieron el homenaje póstumo– se han ocupado ya de situar sus libros en el marco de las letras mexicanas; de recordarle y reproducir algunas de sus páginas más logradas y sentidas. No acaba de ser juzgado todavía, sin embargo. Ya vendrá quien descubra en su producción matices que ahora nosotros no vemos, quizá porque nos fue familiar y cotidiano, acaso porque todavía no tenemos la lejanía que precisan los perfiles, la distancia en el tiempo que permite ver las cosas despojadas de sombras pasajeras.

Para recordarlo en este primer aniversario de su muerte, he intentado una sucinta bibliografía del escritor, poeta y novelista de Tlaxcala.

Poesía: *Tú*, Tlaxcala, 1925; *La guayaba*, Tlaxcala, 1927; *Corrido de Domingo Arenas*, México, 1932; *Segunda soledad*, México, 1933; *México-Pregón*, México, 1933; *Coloquio de Linda y de Domingo Arenas*, México, 1934; *Tlaxcala, ida y vuelta*, México, 1935; *Retablo del niño recién nacido*, México, 1936; *Música para baile*, México, 1936; *Corrido-son*, México, 1937; *En el aire de tu olvido*, México, 1937; *Carta de amor*, México, 1938; *Corrido del marinerito*, México, 1941; *Romance de la noche maya*, México, 1944.

Teatro: *Vuelta a la tierra*, México, 1940; *Linda*, México, 1942; *Carlota de México*, México, 1944; *La muñeca pastillita*, México, 1945.

Novela: *Donde crecen los tepozanes*, México, 1947; *La escondida*, 1ª ed. México, 1948; 2ª ed. México, 1956; *Una mujer en soledad*. Pról. y epílogo de Manuel González Ramírez, México, 1956; *Mientras la muerte llega*, México, 1958.

Ensayo: *Itinerario hasta el Tacaná*, México, 1958; *Andrés Quintana Roo*, México, 1936.

Ésta no es la bibliografía completa de Miguel N. Lira –ya la hemos calificado de sucinta– que de ningún escritor mexicano se puede decir nunca con certeza que se ha enlistado la totalidad de sus trabajos, máxime cuando éste es el primer intento de formularla. Esto, como todo achaque literario, es obra de todos y aportación del tiempo.

Del doloroso escrutinio de la biblioteca

A cada uno de los que gozan y padecen la afición de reunir libros le llega más tarde o más temprano, la necesidad de expurgarlos. Por muchas razones, entre otras las de su acomodo, sobre todo cuando, como en el caso de los bibliófilos mexicanos, no se dispone de suficientes recursos para ordenarlos en local construido a propósito.

Entonces sobreviene el conflicto de jubilar, de dar de baja, de condenar algunos que en apariencia, pero sólo en apariencia, no son esenciales. Es un trance doloroso, qué duda cabe. Porque es como echarlos de casa y renunciar a su compañía, así se considere a ésta meramente física. Cuantimás que no hay libro que no tenga siempre algo bueno, como ya dijeron otros. Pero no sólo eso, sino que cada libro que llega a una biblioteca tiene su historia particular, inconfundible. Éste se adquirió con unos centavos que estaban destinados a otro fin; ése otro nos ayudó a vivir en un minuto de desesperanza; aquél suscitó en nosotros una ocurrencia original, o trajo un recuerdo, o puso en nuestra ánima la semilla de una palabra oportuna que dijo José Enrique Rodó. Ante tantas consideraciones, el pobre bibliófilo titubea y con frecuencia acaba por no tocarlos, por aplazar el escrutinio. Pero como quien aplaza no resuelve, un día más vuelve a presentarse el problema de hacerle espacio a los libros que parecen más necesarios y de nuestra mayor preferencia. Y entonces, como quien se mutilara a sí mismo, condena al destierro a esta preciosa creatura que es el libro.

A mí me ocurre con frecuencia. Pero he encontrado algunas maneras de evitar lo que sería propiamente su extrañamiento: los cambio de casa a veces; otras, los regalo; o bien, los devuelvo a sus dueños, cuando los he adquirido dedicados. Justamente en eso me ocupó en estos últimos tiempos. Nadie está exento de perder sus libros, con frecuencia algunos con dedicatoria de sus autores; olvidamos aquí, a propósito, las bibliotecas de los escritores que van muriendo y cuyos familiares, por imperativos económicos, cuando no por la acción del tiempo que suele atenuar nuestro duelo, se ven compelidos a venderlos. En esas bibliotecas que salen a la venta sólo unos cuantos años, cuando no meses, después de muertos los que con tantos sacrificio las formaron, abundan las obras dedicadas. Parece una aberración venderlas, pero lo sería más destruir la página que contiene la dedicatoria. De esos libros he adquirido muchísimos, con frecuencia los dos o tres escritos por mí.

Pues bien, en estos días me encuentro dedicado a la tarea, entre dolorosa y placentera, de hacerlos llegar a sus antiguos dueños o a sus autores.

En rigor, a un libro nunca debe dársele de baja. Cualquier sacrificio es pequeño para retenerlos. Lo otro, es decir, renunciar a ellos, entraña un agravio al libro y al autor. Las dos entidades que en cada libro se reúnen, la entidad física y la entidad espiritual, reclaman mudamente un trato superior como venida del alma. Pero peor cosa es destruirlos, suponiéndolos inútiles, o por encontrarse incompletos o mutilados, o defectuosos. Perseguirlos por razones de ideas, condenarlos al fuego, es un pecado que no encuentro cómo calificar. ¿No has visto, lector, cómo un libro que arde no sólo se convierte en luz, sino que las llamas tienen la apariencia de lenguas que reclaman y condenan su sacrificio?

No. Cualquier cosa hay que hacer para que un libro que ha llegado a nuestra casa no la abandone nunca. Eso me he propuesto esta mañana antes de iniciar la redacción de esta *Alacena*.

11 de marzo de 1962

A los curiosos de mañana...

Amigo Leoncio Ortiz González: He leído con suma complacencia su “Epístola a Henestrosa”, publicada en este mismo lugar el 25 de febrero último. No sabe usted cuánto le agradezco esta muestra de su bondad humana, más señalada por cuanto que no es habitual en nuestro ambiente, sobre todo en estos últimos tiempos en que los que ejercen el oficio de escritores parecen haberse dividido en bandos irreconciliables. Ya sé que no es cosa nueva la rivalidad en nuestro gremio. Ya Francisco de Quevedo señalaba que es la de los escritores una casta quisquillosa, veleidosa y triste del bien ajeno. Son los escritores hombres a todas luces enredadores, como diría el Arcipreste de Hita.

No es la comprensión, por cierto, la que gobierna, amigo Ortiz González, el juicio que sobre la actividad de un escritor, modesta o significativa, brillante u opaca, se forman los lectores, pero principalmente los compañeros de oficio. Con esta *Alacena* me ha ocurrido con más frecuencia lo contrario, es decir, que mis compañeros de redacción y vecinos de columna le encuentren más el yerro que el acierto, más el gazapo que un hallazgo feliz. Uno ha dicho,

por ejemplo, que el título viene de Fernández de Lizardi, tal como si yo no lo hubiera advertido en la primera línea de la *Alacena* inicial. Y lo dijo como denuncia, como si me hubiera sorprendido en delito. Malo si sólo denunciara un ánimo adverso, pero peor si indica que no nos leemos los unos a los otros. Otro, que a fuerza de réclame y en bárbaro concilio ha logrado fama aparente de soberano escritor, encontró que el título de esta pobre columna era la más clara denuncia de su insignificancia. Nada de eso, amigo mío, ha sido suficiente para que yo desista de mi empeño semanal de emborronar una *Alacena*. No todos hemos nacido para escribir *El Quijote*. A algunos les tocan tareas más modestas, tomar como destino aquellas en que no se fijan los que sólo miran las cumbres, sin advertir que son igualmente bellas las laderas y las tierras planas. Mucho hace por las letras quien suma fechas, quien aporta noticias humildes, quien descubre un rasgo que otros buscaron afanosamente, pero sin éxito. Lidian por la obra maestra los que fracasan. Porque legiones no acertaron es que alguna vez nace el escritor genial que, aprovechándose de las derrotas de los otros, alcanza la victoria, corta la hoja de laurel.

Mucho ayuda quien aplaude, amigo Leoncio Ortiz González. Su “Epístola”, más estimulante, mientras más inesperada, me releva de un solo golpe de cuanto negativo pudiera haberseme dicho en relación con la *Alacena de minucias*. La verdad es que las opiniones adversas no me arredran, conozco su triste origen; padezco, como humano que soy, los mismos impulsos, sino que me esfuerzo por manifestar lo mejor que pueda haber de mí. ¿Qué otra cosa no hace la mejor educación si no es encauzar nuestros resentimientos, nuestras aberraciones, nuestros desvíos? Si supiéramos que es más en nuestro daño personal que en el ajeno, gobernaríamos con éxito nuestras pequeñísimas pasiones. ¿No dice la sabiduría popular que los agravios hay que tomarlos como de quien vienen?

Estas *Alacenas* son apenas granos de arena para que otros levanten el muro, construyan el edificio. Ésta no es una historia, decía mi paisano Carlos María de Bustamante, sino el mero material para que otro, con pluma mejor cortada que la mía, la escriba alguna vez.

Muchas veces he tenido la tentación de reunir algunos de estos textos en un volumen, siguiendo las incitaciones de los lectores y amigos bien nacidos. Desisto siempre, porque de veras reconozco que es muy precario su valor. Para divertirme, digo, hay que dejar quehacer a los curiosos de mañana, a los cazadores de *minucias*, como soy yo. Si algo se salva de la crueldad del tiempo, quiere decir que estaba destinado a mejor suerte.

Recojo agradecido la sugerencia de reunir algunas *Alacenas* en un volumen, pero ¿quién pudiera hacerlo? Yo, desde luego, no. Me horrorizaría leerlas de nuevo. Aparte de que no tengo tiempo.

¿Por qué no lo intenta usted, Leoncio Ortiz González? Me pondría yo a sus órdenes como un humilde colaborador.

18 de marzo de 1962

Manuel Nicolás Corpancho, poeta del Perú

En estos días ha hecho un siglo de haber llegado a México Manuel Nicolás Corpancho, poeta y ciudadano del Perú. Las circunstancias de su vida y sus acciones en nuestro país, al que vino en calidad de ministro, han sido contadas por publicistas mexicanos y peruanos, entre otros por Genaro Estrada, en 1923, y por Emilia Romero de Valle, peruana, en nuestros días. En abril de 1862, *La chinaca* publica notas y poesías en su honor, una de ellas firmada por Joaquín M. Alcalde. Ocurrió que Corpancho ofreció a sus amigos mexicanos un convite. Corpancho brindó, cantó, bailó, y estuvo contento y agradecido, según la crónica “Lances del día”, quizás escrita por Guillermo Prieto, el más asiduo redactor de aquella famosa revista. Y yo —dice— que soy medio poeta, al verlo tan amigo de los mexicanos, le hice unos versitos, que transcribe. En aquel mismo número 4 del sábado 24 de abril del 62, se inserta el “Brindis del chinacate D. Joaquín M. Alcalde, en el convite a Ministro Corpancho”, que a la letra dice: “*Ruge la tempestad, fiero galopa / en su corcel el invasor osado / y se lanza de Europa / como una jauría de rabiosos canes, / ejército, que lleva en sus pendones / el polvo de olvidadas tradiciones... / Mancilla con su planta / ésta de libertad sagrada tierra / y a su grito de guerra / que lanza del Atlántico en la orilla / gime el derecho y la razón se humilla / Avanzad invasores / aún la sangre del héroe de Dolores / hirviendo en nuestro seno / llenará el mundo con clamor de trueno / de acentos vengadores / que al sentir el aliento del combate / nuestra águila triunfal sus alas bate / Porque al sentir el ruido de sus plantas / nuestra sangre en su labio exprimiremos / para apagar la vida en sus gargantas / Descendiente del sol, hijo querido / de Atahualpa inmortal, si la victoria / sus eternos laureles nos esquivá / canta porque en su seno nos reciba / entusiasta de gloria; / porque es vivir perder nuestra existencia, / exclamando al morir, ¡Independencia!*”

Cuatro meses después, en agosto –número 33– todavía resuena el eco de la fiesta ofrecida por Corpancho. Una crónica anónima –“Recuerdos del baile”– que aparece dedicada a Corpancho, habla del elegante convite. Lo que más llamó la atención del comentarista fueron dos cuadros que adornaban la sala: uno que representaba al Presidente del Perú, y el otro, la acción del 5 de mayo de 1862, obra de Miranda, nombre y pintura perdidos en el olvido.

Manuel Nicolás Corpancho vivió en México un poco más de un año, amigo de los liberales y partidario ardiente y lúcido de la república de Juárez. Cuando las fuerzas conservadoras se apoderaron nuevamente de la capital, ordenaron su expulsión, que el peruano ilustre se aprestó a cumplir sin premura. En alta mar se incendió su barco, como para que se cumpliera la visión contenida en uno de sus más famosos poemas.

Corpancho publicó en México dos libros, ahora cien años. El uno, las *Poesías* de José Joaquín de Olmedo, y el otro, *Flores del Nuevo Mundo*, los dos escasamente conocidos, hasta por los especialistas. Emilia Romero se sorprendió que en su tierra, el Perú, nadie hubiera registrado a lo largo de un siglo el segundo de los libros mencionados. Y lo dio a conocer allá y un poco también aquí.

Algo queda desconocido en relación con la estadía de Corpancho en México; en ocasión del centenario de las luchas del pueblo mexicano contra los franceses y sus aliados, las iremos dando a conocer. Basta por hoy.

25 de marzo de 1962

Fray José Rodríguez, "El Capacha"

Viendo que se pasaban los días sin que nadie concurriera en mi auxilio para establecer quién fuera el autor del fragmento poético contenido en la *Alacena* del 21 de enero de este año, me propuse yo mismo encontrarlo. Confié mucho en Adam Ruvalcaba, señor en estas *minucias*, navegante seguro por los mares de la poesía española, de allende y aquende. Tiempo no tuvo, quizás. Olvidó su promesa, tal vez. Pues de haber tenido tiempo y de haberlo recordado, qué duda cabe que hubiera ocurrido en mi auxilio.

Como el fragmento recuerda a Gutierre de Cetina y a Luis Gálvez de Montalvo, me fui derechito al *Tesoro de los romanceros y cancioneros españoles*,

recogidos y ordenados por Eugenio de Ochoa (París, 1838). No. Entre las coplas y canciones de arte menor recopilados no aparece el fragmento. Sí, algunas que lo recuerdan: *Si el que con gusto moría/ queréis que rabiando muera* por ejemplo, obra de Gálvez de Montalvo. Fuime después a Cristóbal de Castillejo, a Vicente Espinel, a Gil Polo, a Gil Vicente, y a la poesía anónima. No hallé sino remembranzas, sino ecos, sino reminiscencia.

¿Qué hacer? Algo muy sencillo, que pronto resultó muy eficaz. Por el tiempo a que correspondía la caligrafía en que el poema estaba copiado, revisé los libros que entonces leí. Cuando desesperaba nuevamente, di con el que buscaba: *Literatura cubana. Ensayos críticos* por José María Chacón y Calvo (Madrid, Calleja, 1922), leído en el año de 1932. Allí, en la página 50, Chacón habla de un versificador facilísimo, autor probable de la primera producción dramática escrita en La Habana: fray José Rodríguez, autoapodado “El Capacha”, mote igual que llevó gustoso el general Álvarez, abuelo de Griselda Álvarez, nuestra gran poetisa.

Fray José Rodríguez cultivó principalmente el género satírico; gustaba mezclar frases y locuciones latinas con sus versos castellanos, produciendo el efecto que siempre buscaba: la risa o la burla. Nadie lo recordaría si nada más se atendiera a lo que queda de sus versos, de nulo valor; sobrevive gracias a la tradición que le otorga los lauros de ser el primer poeta dramático cubano.

La primera composición dramática que se conoce es obra del Padre Rodríguez: *El príncipe jardinero y fingido Cloridano*, título que ha hecho creer que se trata de dos obras, siendo una sola. Es interesante entre otras cosas –dice Chacón y Calvo– porque con ser Rodríguez de los llamados poetas populares, no tiene nada de típico y nacional su comedia; antes al contrario, es, en cierto modo, eco del teatro español de la edad de oro. Como obra dramática no vale absolutamente nada. Es meramente un dato histórico. En cambio, tienen cierto valor poéticos algunos de sus versos. Son fragmentos líricos y revelan en su autor un frecuente trato con Calderón, viene a decir José María Chacón y Calvo. No sólo con el autor de *La vida es sueño*, sino con otros poetas que le son anteriores en un siglo. El fragmento transcrito en la *Alacena* del domingo 21 de enero, muestra un lirismo desbordado e impetuoso; con cierta elegancia recrea y causa al ánimo una impresión agradable. El erudito cubano copia todavía otras estrofas, en las que descubre un mayor sabor calderoniano:

*Quién, señora, ha de nombraros
bien será que lo recuerde:*

*soy un infeliz que hoy pierde
la vida para adoraros.*

*Un vapor soy que del suelo
apenas hubo nacido
se quedó desvanecido
por querer subir al cielo.*

*Un águila que atrevida
nuestro hermoso sol guió
y de la esfera cayó
en ceniza convertida.*

*Soy, si queréis acordaros
quien a influjo del destino
a vuestros jardines vino
sólo para idolatraros.*

La comparación de estas estancias con sus versos satíricos, tan chocarros casi siempre, ha llevado a dudar que sean suyas. Marcelino Menéndez y Pelayo así lo conjetura. Chacón y Calvo, por la enorme autoridad del autor de la *Historia de la poesía hispanoamericana*, se quedó con incertidumbre, pero en espera de resolver la duda alguna vez. Después de medio siglo, ¿en qué estado se encuentra la cuestión?

Pero no era ésa la intriga, sino averiguar de dónde había copiado unos versos. Ahora que ya lo sé, descanso.

1º de abril de 1962

Alma América

Aunque leí con sumo cuidado el hermoso libro de Luis Alberto Sánchez, *La lámpara de Aladino*, no puedo decir si en algún lugar se refiere a la primera edición de *Alma América*, *Poemas indo-españoles* de José Santos Chocano. La hizo la Librería General de Victoriano Suárez (Madrid, 1906). El poemario contie-

ne algunas particularidades que vamos a señalar en seguida. Es la primera, la condenación al olvido que el poeta hace de sus libros anteriores, que da por no escritos. En dos líneas resume Chocano su credo estético, al decir que su poesía es objetiva y, en tal sentido, sólo quiere ser poeta de América. En el arte caben todas las escuelas como en un rayo de sol todos los colores, afirma.

Tras estos dos renglones vienen una carta de Marcelino Menéndez y Pelayo y un prólogo de Miguel de Unamuno. Muy parco don Marcelino. Se conforma con calificar de elevados y varoniles los versos de Chocano, lo que sin duda le acarreará lectores. Sus brillantes e inspiradas poesías –dice– han de ser un nuevo lazo entre España y América. Unamuno, en cambio, penetra el libro, lo lee a tirones, y se quedan en su memoria cadencias, resonancias, visiones y tal o cual verso restallante y nítido. Y todo eso disipa por un momento la melancolía, engaña nuestros cuidados y pesares, igual que lo haría un viaje. Por ese tenor, el prologuista se extiende ensartando reflexiones, atisbos, digresiones llenos de refulgencias. Conocedor de las letras hispanoamericanas encuentra ocasión para referirse a ellas, siempre con originalidad. Observa que la poesía de Santos Chocano es hispanoamericana, sin duda, pero no menos española si no es que más. Tiene, la poesía del peruano, casi todas las características de la peninsular, ante todo, la elocuencia.

José Santos Chocano sale airoso de la prueba. La grandeza de sus propósitos –ser el poeta de América– ya es para Unamuno suficiente victoria. Porque un ingenio de mide, ante todo, por el tamaño de sus sueños.

Pero no era esto lo que queríamos tratar en este artículo, sino otra cosa que hace de la edición de *Alma América* una pieza singular. Repito, si Luis Alberto Sánchez lo advirtió en su libro, yo no lo recuerdo, y me nació comunicarlo a los lectores. Se trata de las ilustraciones que para aquella primera salida de los poemas realizó Juan Gris, a la sazón en plena juventud. Casi no hay poema que no aparezca ilustrado, algunos de los grabados resultan con frecuencia no sólo un complemento del texto, sino, además, obra con personalidad propia. Gris ejecutó hasta cerca de cien ilustraciones, pero sólo firmó la primera y la última. Muy delicadas, a rato ingenuas, son las concepciones de Gris. Las que interpretan temas más típicamente americanos no cabe duda que tienen la elocuencia del texto; pero a veces también una delicadeza y un primor en el tratamiento: líneas trémulas, tiernos trazos, delicadas sombras.

La edición de *Alma América* de 1906 es rarísima ya. Por eso, amiga, no puedo dejársela de momento. Déjeme con el libro unos cuantos días, que ya

vendrá una hora en que me decida a separarme de su compañía. Mientras tanto, confórmese con la descripción que aquí hago de libro así de extraño y peregrino.

8 de abril de 1962

El rostro y la máscara

La lectura de una de estas revistas que se publican en la Ciudad de México por jóvenes que son de vanguardia hoy y mañana y que irán a parar a la Academia, me devuelve a un tema que nunca perderá actualidad: el de los escritores que por rehuir la cara propia, se la cubren con una máscara; que por parecer modernos, extreman y complican la expresión literaria; que por no ser de su pueblo, imitan, cuando no calcan, autores extranjeros; que por no comprometerse a dar testimonio de su tiempo y de su ambiente, recalcan en el arte puro y abstracto. Con lo cual ni se es de alguna parte, de algún tiempo, ni original, ni nada que pueda constituir meta para un escritor o para uno que aspire a serlo.

Pero hay algo más, y es que por mucho que un escritor se empeñe en desfigurarse siempre será de alguna parte, siempre mostrará su rostro, siempre se comprometerá, siempre dará testimonio de su ser. Lo que escritores así constituidos producen, contrariamente a lo que pueda parecer a primera vista, no queda al margen de las historias literarias; colaboran con sus creaciones a mejor entender un periodo dado del desarrollo literario de un pueblo. En efecto, ¿qué se puede pensar de un pueblo cuyos ingenios plagian, imitan, calcan o copian? Nada bueno, desde luego. Porque, si los mejores entran a saco en el jardín ajeno, ¿qué se puede esperar de los otros? El historiador literario puede medir el estado de postración en que se encuentra un pueblo con sólo advertir los modelos extranjeros de que estaba pendiente una generación literaria. Algo malo ha de estar ocurriendo cuando un poeta, novelista o escritor no encuentra en su tierra nada digno de ser interpretado y traído a la plena luz de la creación literaria; se diría que su geografía carece de luz, de aire, de cielos, de tierras, de ecos y de aromas.

Pero habíamos dicho, y si no, lo decimos ahora, que por mucho que un artista trate de desfigurarse, de cambiar el rostro por la máscara, algo de su país y de su

tiempo y de su ambiente se cuele y trasciende de sus obras. Se diría que hay un instinto nacional, que hay un celo y un misterioso impulso de conservación que no nos permite posponer y rehuir, o disimular lo que somos. Ese celo, ese instinto, o como si dijéramos, ese afán de desquite y de revancha, sale triunfante en alguna página de los libros que se escriben de espaldas a la tierra, al tiempo y a la hora que un escritor está viviendo: en algún lugar asoma un matiz, una palabra, un giro que viene a denunciar y a presentarnos como fugitivos de lo que entrañablemente somos. ¿No abunda Manuel Gutiérrez Nájera, que tan francés quería ser, en diminutivos y vibraciones que lo hacen tan mexicano? ¿No hay en algún lugar de los poemas de Xavier Villaurrutia alusiones veladas al hábito indio de estas tierras? ¿No habrá en algún punto de sus *Nocturnos* ese escalofriante temblor que brota de nuestras tierras apenas cae la noche y que nos devuelve a edades remotas, a tiempos en que no podía vislumbrarse que íbamos a ser tierra mestiza? Pues esto es lo que no puede evitarse, es la cárcel de la que no podemos huir. Así como de nuestro cuerpo, si somos indios, no desaparece jamás ese lunarcito que nos identifica, de las creaciones de nuestro espíritu no se va nunca aquel lunar que denuncia nuestra cuna.

Una vez, tratando de dar con el nombre científico de este lunar que algunos llaman mancha mongólica, una afanadora, ante mi desesperada búsqueda, dijo que la tal mancha en nuestra región sacra tenía un nombre muy sencillo. Se llama, musitó, “lunar de Cuauhtémoc” ¿No hay aquí una escalofriante exactitud?

Eso es lo que me gustaría aconsejar a los jóvenes de extrema modernidad, a los que huyen de sí mismos: que no rehuyan ni el cielo ni la tierra, ni el agua, ni el aire de su tiempo y de su pueblo. Porque, como el lunar de Cuauhtémoc, aparecerá en sus escritos.

15 de abril de 1962

Aspiración al llanto*

*Y, ¿por qué no he de decirlo,
si es verdad,
que hay días en que tengo muchas ganas de llorar?*

*El poema apareció por vez primera sin título. Luego, en 1996, en un opúsculo llamado *La rosa en el erial*, que preparó Macario Matus para la Fundación Guiée Xhúba, Henestrosa le puso el nombre con que aquí aparece.

*Nadie me ha ofendido,
 nada está fuera de su lugar:
 el día se levanta claro y azul,
 la noche acoge amorosamente la luz.
 Pero, ¿por qué es que tengo, a veces,
 tantas ganas de llorar?
 Un llanto que así me llega de tan lejos,
 que ignoro la fuente de donde mana,
 que se me figura el de todas las penas del mundo,
 ¿por qué he de avergonzarme de verterlo
 ante los hombres?
 Pues, ¿quiénes han de llorar si no los hombres,
 si no aquel que por serlo comprende el tamaño de una pena
 —o el tamaño de una dicha—
 las solas dos cosas que nos hacen llorar?
 Pero no sólo, amiga,
 ¿no se dijo alguna vez que las lágrimas caen de rodillas
 si las produce la desdicha, pero de pie
 si la alegría?
 ¿Por qué esa hoja que lo mismo que una lágrima
 se desprende del árbol
 y suavemente se posa sobre la tierra,
 me enternece ciertos días?
 ¿Por qué esa nube que boga por el cielo,
 como un velamen de plata,
 lleva en el vientre lágrimas
 que buscan mis ojos para disolverse?
 ¿Por qué esa brisa inocente
 tiene a veces fuerza de huracán?
 Ya sé, amiga, que no son sólo mis penas,
 ni solas mis dichas,
 sino las del mundo y las del hombre
 las que así, a veces sin quererlo,
 me hacen llorar.*

22 de abril de 1962

La Chinaca

Ahora cien años comenzó a publicarse en la Ciudad de México *La Chinaca*, “Periódico escrito única y exclusivamente para el pueblo”. El número 1 corresponde al miércoles 16 de abril de 1682. Constaba de cuatro páginas, de 27 centímetros de largo por 20 de ancho, más o menos. Era su principal animador y redactor Guillermo Prieto, que alejado de la vida pública por razón de diferencias con Juárez, volvió entonces al periódico. *La Chinaca* se escribía en prosa y en verso para combatir con todas las armas a los intervencionistas. Con Prieto estaban otros publicistas –como entonces se llamaba a los escritores públicos– de no menor renombre: Francisco Schiattino, José María Iglesias, Alfredo Chavero, Pedro Santacilia y Joaquín Alcalde, que fueron sucediéndose en la jefatura y responsabilidad de su redacción. *La Chinaca* se escribía en prosa y en verso, en serio y en broma, con la constante finalidad de abatir al invasor, de darle muerte. Desfilan por sus columnas los amigos de México, Manuel Nicolás Corpancho y Juan Prim, por ejemplo, y los enemigos, desde luego, Juan Nepomuceno Almonte y José Manuel Hidalgo, el desnaturalizado protegido de Lucas Alamán, y de nuestro gobierno, para qué es más que la verdad.

Aparecía *La Chinaca* dos veces por semana; en un principio los miércoles y sábados, luego, los lunes y jueves, después los martes y viernes; se vendía a un octavo de real el número, pero a los papeleros a un real la docena; después a centavo y a medio real, respectivamente.

Se imprimió, alternativamente, en la imprenta de Vicente García Torres y en la de Nabor Chávez. Con una breve interrupción, vivió de abril de 1862 al viernes 8 de mayo de 1863, fecha a la que corresponde el número 17 del tomo II; 68 entregas en total. Los rigores de la guerra vinieron a hacer imposible entonces su publicación; sus redactores o se alistaron en las filas republicanas o abandonaron la capital, ya asediada por el invasor.

Sin duda, el redactor más constante de este magnífico y ya rarísimo periódico fue Guillermo Prieto, que ya con su nombre, sus iniciales, su más conocido pseudónimo, *Fidel*, o con otros que sin duda le corresponden –*El tío Camorra*, *Don Toribio*– firma romances, octavas, crónicas, editoriales, y tal vez, hasta esa preciosa superchería literaria que son las *Impresiones de viaje*, que simula ser el diario de un zuavo caído en la acción de Barranca Seca.

Ha sido la escasez de este periódico lo que explica que otros tengan mayor fama, pero sin tener la larga vida que *La Orquesta* o *El Siglo XIX*, por citar a dos de los más famosos. *La Chinaca* es uno de los mejores hechos y más correctamente orientados. Su título es un acierto, qué duda cabe. Fundado para servir exclusivamente al pueblo, el pueblo supo corresponder agotando su tiraje, suscribiéndose, enviando cartas y colaboraciones, todas tendientes a afirmar la conciencia republicana y a que desesperaran del triunfo los enemigos de adentro y de afuera.

El estudioso de nuestras letras y de nuestra historia tiene en *La Chinaca* un campo todavía no lo suficientemente explorado. Identificar a los autores de sus piezas anónimas, dar con el escritor a quien corresponde alguno o algunos de los pseudónimos o anónimos, sería tarea grata, a la par que útil para el mejor conocimiento de nuestro desarrollo literario.

¿Es verdad, por ejemplo, que Prieto escribió las *Impresiones de viaje*? Así se lee en una nota marginal del ejemplar que existe en Austin, Texas, ¿pero, será cierto? ¿No pudiera ser que la escribieran entre varios? A primera vista todo parece indicar que es obra de *Fidel*: el mismo estilo, igual gracejo, idéntico desparpajo; condiciones todas ellas que no comparten sus compañeros de redacción. Pero, ¿no pudo colaborar en su redacción uno que no formara parte del cuerpo de redactores? Para establecerlo hace falta una mayor atención, y tiempo, que ahora no tengo. Hágalo otro, que encontrará en esa tarea diversión y puede darla a otros.

29 de abril de 1962

La musa épica

En otros tiempos los poetas mexicanos no rehuían, sino por el contrario parecía que buscaban, el contacto de la musa épica. En nuestros días, difícilmente un poeta de los llamados modernos se atrevería a componer un canto cívico, una canción a los héroes. Lo más fácil es que piensen que las musas malparen si se las ponen en comunión con temas que consideren terrenos. Más todavía: están prontos a condenar al poeta que dice la palabra cotidiana, la palabra sencilla: luz, sol, pan, pueblo. No faltan, sin embargo, poetas en cuyos cantos

hay sílabas populares, si bien es cierto que se revisten con un sentido de propaganda.

Los poetas mexicanos de otros tiempos compusieron cantos patrióticos, arengas cívicas en verso. Hace cien años los hizo Manuel Acuña; más cerca de nosotros los compusieron, magníficos, Manuel Gutiérrez Nájera, Lus G. Urbina y Amado Nervo; y casi en nuestros días, es verdad, que no en verso sino en prosa, el gran poeta José Gorostiza cantó a “La Corregidora de Querétaro”. El también excelso cantor Carlos Pellicer, frecuente el trato de la musa épica.

Sirva todo esto para traer a cuento dos composiciones que en mucho ayudaron a la niñez del pasado, en su concepción de los héroes de la patria y de la historia mexicanos. Las dos llevan casi idéntico título y se inspiran en la batalla del 5 de mayo de 1862. Una es obra de Manuel Acuña, aquel doliente poeta, en cuyo suicidio no parece imposible que hayan intervenido las desgracias de México; la otra, la del gran pedagogo Gregorio Torres Quintero. El gran poeta de Coahuila no sintió que su estro padeciera menoscabo por cantar la victoria del 5 de mayo. Por el contrario, creyó un deber próximo, una misión ciudadana componerlo para reforzar en los mexicanos el sentimiento de independencia y de libertad, para promover en el niño esa aspiración de libertad y de independencia, para dar cauce a una emoción de patria que era latido en sus venas, sístole y diástole de su corazón. Y volviendo a la insinuación contenida en la posibilidad de que las desgracias nacionales en algo o en mucho influyeran en la avasalladora tristeza que condujo a Manuel Acuña al suicidio, se pudiera preguntar por qué hasta ahora a ningún crítico literario, o historiador de nuestras letras, se le ha ocurrido explorar esa veta. Abundan en la poesía de Acuña las alusiones a la patria, a las discordias civiles, al doloroso tránsito de México; a su calvario y a su tabor, como quisiera Vicente Riva Palacio, que defendió a la patria ya con la pluma, ya con la espada, y en cuya musa la palabra *patria* tiene un temblor de catástrofe y zozobra.

Volviendo a nuestro cuento, Torres Quintero no puede ser considerado un gran poeta, sí un gran maestro de escuela, sí un distinguido prosista, sí un autor de libros infantiles que tanto tuvieron que ver en la formación cívica de muchas generaciones del pasado de México. El amor y respeto a los símbolos nacionales —la bandera, el himno— ¿qué tanto le deben a los libros de Gregorio Torres Quintero?

No es aventurado afirmar que la falta de respeto a la bandera, a la patria, a los héroes que a veces advertimos en los periodistas y escritores de nuestros días, se deba en gran parte a que los libros de lectura para la juventud, concebidos por maestros que a la vez eran grandes poetas y mejores ciudadanos, cayeron en olvido, para ser sustituidos por otros insustanciales, que por mor de ideas consideradas más universales, y por hombres que prefieren no referir a ninguna tierra, olvidan lo propio, dan la espalda a la tierra que da cuna y sustento.

Las fechas centenarias que ahora comienza a celebrar México, mejor dicho ya está celebrando, da ocasión propicia para que volvamos a nuestros viejos cantores cívicos, a los autores de himnos patrióticos, reproduciendo aquellos cantos que una mayor resonancia han tenido en el alma mexicana: “5 de mayo” de Manuel Acuña; “5 de mayo de 1862” de Gregorio Torres Quintero, por ejemplo. Mucho bien hará a la niñez y a la juventud, y aun a los adultos, la lectura de estos poemas que dicta el amor a alguna de las cosas más sagradas con que cuenta el hombre: la tierra en que se nace y en que nacieron nuestros mayores.

6 de mayo de 1962

No empañes tu página, diciendo mal de Nepomuceno Almonte...

No quisiéramos –dice más o menos Joaquín García Icazbalceta– manchar esta página con el nombre de Lorenzo de Zavala, el mexicano que formó la independencia de Tejas, y que tras de contribuir a la ruina de su país, se disculpa con repugnante hipocresía, aunque con brillantez, de los males que causó. Pero su *Ensayo sobre las revoluciones de México* lo obligó a mencionarle entre los historiadores mexicanos: su agradable estilo, su gracia epigramática, a la verdad poco común, puede hacer que alguno que ignorase su nombre lo leyera con deleite.

Así, nosotros no quisiéramos estampar aquí el nombre de Juan Nepomuceno Almonte, un mexicano que firmó el tratado por el que México reconocía las reclamaciones de España; que sirvió a causa ajena y extraña a su país y que luego empleó el resto de su vida y de su inteligencia a querer justificar sus tremendos errores. Pero el recuerdo de que alguna vez estuvo al lado de

la patria, escribió pequeños libros con el ánimo de servirla, y aun porque tengo presente que nadie sabe hasta qué oscuro infierno puede descender el hombre en un instante dado, traigo aquí su nombre en estos días en que más infamado debiera ser.

Tres obras tuyas recordamos y tenemos entre nuestros libros; los tres de carácter didáctico: *Catecismo de geografía universal para uso de los establecimientos de instrucción pública de México*, segunda edición, revisada, corregida y aumentada. Imprenta de Juan R. Navarro, calle de Chiquis núm. 6, dirigida por Luis Vidaurri, México, 1849 (la primera, de 1837); *Guía de forasteros, y repertorio de conocimientos útiles*, Imprenta de I. Cumplido, C. de los Rebeldes núm. 2, México, 1852, y *Guía de forasteros en la ciudad de México*, para el año de 1854. Contiene las partes política, judicial, eclesiástica, militar y comercial. Publicada por Mariano Galván Rivera, con autorización del Supremo Gobierno y revisada por la Cancillería. Imprenta de Santiago Pérez y Cía., calle del Ángel núm. 2, México, 1854. Los tres aparecen ilustrados con retratos, mapas, planos, cuadros estadísticos, grabados que representan fachadas de edificios, así como uno precioso: el de la Casa de los Mascarones, entonces domicilio del Liceo Franco Mexicano.

En el *Catecismo de geografía universal* traza Almonte una imagen del mexicano, todavía no advertida por los que trabajan esta veta de estudios. En un breve retrato en que alternan las luces con las sombras, las flores con las espinas, que son su complemento, pues porque ha de herir es que la flor tiene espinas, encuentra Almonte que no se hallará una nación en que sean más raros los individuos deformes que en la mexicana. Recuerda, en esto, un lugar de Francisco Javier Clavijero, que cita puntualmente. Le encuentra desagradable su color y demás faltas —dice— están de tal manera equilibradas con la regularidad y la proporción de sus miembros, que viene a quedar en un justo medio entre la fealdad y la hermosura. No lo cita, pero le ha venido a los puntos de la pluma una afirmación de Cornelio de Paw. El aspecto de los mexicanos no agrada, no ofende, pero entre las jóvenes se encuentran algunas bastante hermosas, dando mayor realce a su belleza la suavidad de su habla y de sus modales, y la natural modestia de sus semblantes. ¿No recordó algo de esto, seis años después, José Zorrilla en la *Carta* al Duque de Rivas? Las almas de los mexicanos son radicalmente y en todo semejantes a las de los otros hijos de Adán, y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razón, que cuando los supusieron incapaces de la ra-

cionalidad, pues el estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede en gran manera al de los españoles, cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos y los bretones. Más aún: la generosidad y el desprendimiento son atributos principales de su carácter. El oro no tiene para ellos el atractivo que para otras naciones; dan sin repugnancia lo que adquieren con grandes fatigas. Pero —continúa Almonte— eso los aleja del trabajo. El poco afecto con que miran a los que gobiernan, los lleva a rehusarse del trabajo y extrema la pereza que se les atribuye. Como ocurre con todos los hombres, en el carácter mexicano hay elementos malos y buenos, susceptibles de corregirse por una buena educación. Los de hoy son distintos a los de ayer. No eran los mexicanos de los tiempos de Almonte como fueron Nezahualcóyotl y Cuauhtémoc, como no se parecían los griegos a Platón y a Pericles. En el ánimo de los antiguos aztecas había más fuego, y le hacían más impresión las ideas de honor; eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos que los modernos, aunque mucho más supersticiosos y excesivamente crueles.

Todo eso dijo Juan Nepomuceno Almonte.

13 de mayo de 1962

Manuel Barrero Argüelles, poeta olvidado

No por frecuente es menos dolorosa la suerte de los poetas y escritores que habiéndose iniciado en las letras, bajo los signos más propicios, un hado cruel los aleja de lo que creyeron su destino y los hunde en el más negro olvido, que es la muerte verdadera. Y algunos estaban dotados de ardientes condiciones. ¿Por qué, se preguntaba un día Xavier Villaurrutia, nuestro medio no soporta una tentativa de genio? Un poco desolada la pregunta del autor de *Nostalgia de la muerte*, a más de injusta porque Abraham Ángel, por quien la formuló, había dado ya acabados frutos de su genio cuando lo sorprendió la muerte. Siglos vivió Abraham Ángel en unas cuantas horas.

Pero nosotros no queremos hablar de los que mueren, de aquellos cuya vida cesa, sino de esos otros más desventurados que, sin cerrar los ojos, abandonan una vocación, renuncian a lo que creyeron misión de su existencia.

De esos fue Manuel Barrero Argüelles, “cuyo nombre prestigioso recorre en auras de triunfo las columnas de la prensa mexicana”, escribió Enrique Gó-

mez Carrillo en 1907, en *El Figaro* de La Habana. Estoy firme en que el lector se esfuerza ahora mismo por recordar ese nombre, por repasar mentalmente los índices onomásticos de nuestras historias literarias. Ni lo haga que no lo encontrará. Déle, sí, un recuerdo, que ya otro pan no puede comer Manuel Barrero Argüelles.

Poeta laureado varias veces, es un victorioso; es un adalid triunfante, que desde el helado Monterrey ha aventado sobre el continente colombino el polvo de oro de sus cantos, cálido y rútilo, deslumbrador y espléndido –escribió Gómez Carrillo. Decía que el nombre del poeta mexicano aparecía con frecuencia en las revistas españolas y que las revistas americanas reproducían sus estrofas casi a diario. Esos versos –escribió– muestran la potencia del numen de Barrero Argüelles, demuestran su exquisito buen gusto, su aticismo; su dominio de la versificación y la fecundidad de su labor; pero nada de eso haría descubrir dos cualidades enaltecidas, relevantes, imponderables, que realzan y avaloran la personalidad del exquisito poeta mexicano: su modestia infinita y una hidalguía caballeresca. La modestia de Barrero Argüelles es extraordinaria; siempre procura –continúa Gómez Carrillo– con celo infatigable, esconder sus méritos, ocultar sus triunfos. Adora el arte, adora la poesía, pero la gloria con sus fulgores y sus estruendos no logra deslumbrarle. Su hidalguía quedó manifiesta, según el cronista guatemalteco, cuando Barrero Argüelles tomó la pluma para reclamar como de Amado Nervo, y no de Jesús Luján, la gloria de proponer la erección de una estatua a Manuel Gutiérrez Nájera: “un busto de mármol, blanco, como una alcoba de virgencita”, había dicho Nervo. La idea cayó en olvido, pero resucitada por Chucho Luján y Chucho Valenzuela, se olvidó que ya el autor de *Perlas negras* había propuesto ese honor para el infortunado y doliente *Duque*.

Después, al morir Manuel José Othón, *El Contemporáneo*, de San Luis Potosí, indicó la justicia de consagrar la memoria del ilustre poeta con un monumento. Barrero Argüelles prohijó la idea en Monterrey, desde las columnas de *El Espectador*, que dirigía.

Dos libros de versos escribió el olvidado poeta: *Candentes* y *Cobres*, el primero casi con toda seguridad publicado. *Cobres*, al que augurarle un éxito completo no es cosa aventurada, dijo Gómez Carrillo. Como sus *Candentes*, estos nuevos cobres sonarán sonoros y triunfantes. “Por lo demás –concluyó el autor de *Encajes*– los *Cobres* de Barrero Argüelles serán de un oro tan de buena ley como el *Oro* que prepara Uhrbach”.

¿Dónde se perdió el nombre de este poeta, así elogiado? ¿Era tan modesto, tan humilde, tan sencillo, tan pudoroso, que como el dios de la parábola de Eugenio D'Ors, hasta para existir tiene que esconderse?

27 de mayo de 1962

Los mexicanos pintados por sí mismos

Hasta dos veces, por lo menos, se ha reeditado en nuestro siglo el primoroso libro *Los mexicanos pintados por sí mismos*, escrito por una sociedad de literatos. En una de esas ediciones, preparada por Enrique Fernández Ledesma en los días en que era director de la Biblioteca Nacional, aparece una nota que a letra dice: “Las dos litografías –‘La Lavandera’ y ‘El Panadero’– que aparecen en las últimas páginas de este facsímil, carecieron de texto en la edición original y así se presentan ahora”. Sin duda, el escritor o escritores señalados para elaborar los artículos que faltan en la colección no entregaron a tiempo sus trabajos o éstos no se hicieron nunca. Lo evidente es que el editor, Manuel Murguía, tuvo hechas y tiradas las estampas antes de poseer el texto correlativo y que las repartió previamente entre los colaboradores de la obra, según se colige por las frecuentes alusiones que los mismos hacen a peculiaridades de dibujo y composición de las láminas. Ya hecho el tiro general de estampación, acaso oneroso, Murguía debe haberse decidido a aprovechar, sin texto, las litografías citadas, enriqueciendo así el aporte que para la iconografía mexicana representa su libro.

Mucha razón tenía Fernández Ledesma. Las dos litografías aludidas fueron ordenadas para ilustrar otros tantos textos literarios que, como él supone, o no se entregaron a tiempo o nunca se escribieron. La sospecha es sólo correcta en parte. Porque el artículo sobre “La Lavandera”, escrito por Hilarión Frías y Soto apareció en el *Álbum Fotográfico*, colección de artículos que Frías publicó en *La Orquesta*, a partir del 15 de febrero de 1868, y en la que “La Lavandera” aparece el lunes 13 de abril de ese año.

Por cuanto se refiere a la otra ilustración, o sea “El Panadero”, no es remoto que un día de estos alguno de los muchos mexicanos que por fortuna se ocupan en el estudio de nuestro pasado literario den con él, perdido en alguna de las revistas y periódicos del siglo XIX.

Ninguna explicación de Frías y Soto acerca del texto, cuando pudo decir que había sido escrito para *Los mexicanos pintados por sí mismos*. Pero no cabe duda que fue escrito en vista de la ilustración a la que se refiere. Encuentro ahí párrafos en que la figura queda descrita de manera exacta. Se planta –dice– “La Lavandera” sobre la punta de los pies para alcanzar la cuerda del tendero y entre sus hilos planta la ropa mojada para que la seque el benéfico sol. Morena, garrida, de brazos musculosos y tostados por el sol, de ancha cadera, de pelo negro y recio...

En efecto, así aparece: en la punta de los pies, la falda corrida hasta el huesito, los brazos levantados hasta el cordel en que cuelga las prendas femeninas.

Todas las ediciones de *Los mexicanos pintados por sí mismos* están agotadas; dar con un ejemplar de obra por más de una razón peregrina, es fortuna de bibliófilos. Parece imposible que no vuelva a editarse, dadas las excelencias que en la obra concurren. Sólo hace falta que en una nueva edición se corrijan los lunares que el precioso libro tiene desde que apareció por primera vez en 1854, y que el editor incluya el texto que Hilarión Frías y Soto escribió sobre la litografía que hasta ahora aparece sola al final de las ediciones que conocemos. Y, ¿qué tal si para entonces ya alguno de nosotros ha localizado el texto literario que corresponde a la litografía de “El Panadero”?

3 de junio de 1962

Ralph Roeder, biógrafo

Los acontecimientos históricos que hasta ahora está celebrando México me llevaron a releer la biografía de Juárez, escrita por Ralph Roeder. Esta nueva lectura me reporta observaciones, ocurrencias, sugerencias y atisbos que otras lecturas no me dieron. Eso, la abundancia de ideas y ocurrencias personales que un libro suscita en los lectores, es condición de las obras maestras. Parece como si estuvieran dormidas, mortecinas, como larva en nosotros, muchas cosas en espera de que un autor, que sea previamente un hombre, venga a despertarlas, a revivirlas, a transformarlas de capullo en flor, de flor en fruto. Se diría que todo cuanto un autor dice de un hombre, de un acontecimiento, de una época, han sido pensadas por nosotros con anterioridad; o que las cosas

que leemos podríamos haberlas escrito. No hay tal. Jamás pasaron por nuestra mente, nunca podríamos reducirlas a letra escrita. Entonces, ¿por qué tenemos la evidencia y certeza de que nos pertenecen? Se explica, yo creo, porque todo lo humano nos pertenece, todo lo escrito es nuestro; que los grandes escritores hablan por nosotros; por una suerte de delegación que hacemos en ellos de nuestra necesidad de expresión; por esa impostergable apetencia de verdad y de belleza que da sentido a la vida humana.

Cien cosas hay excelentes en *Juárez y su tiempo*: unas corresponden al personaje; otras, al autor. Si antes no se hubiera apasionado Ralph Roeder por Benito Juárez, si no hubiera llegado a amarlo, ¿hubiera podido aprender algo del indio grande?, ¿hubiera podido penetrar tan hondo, hasta su entraña viva y palpitante? Seguro que no. La hazaña de llegar a San Pablo Guelatao, en un automóvil, viejo y desvencijado, no es menor que la de Benito Juárez en bajar a piecito andando, desde su sierra nativa hasta el Valle de Oaxaca, y luego tocar de puerta en puerta hasta dar con la hermana que sirve de criada en la mansión de Maza. Tan penosa fue la ascensión de Roeder a San Pablo Guelatao como doloroso el descenso de Juárez a la ciudad de Oaxaca, niño de catorce años. Como el uno anduvo de puerta en puerta preguntando por su hermana, el otro anduvo de casa en casa identificando aquella en que el Patricio había nacido.

El uno jamás volvió a su pueblo natal, sino en forma de bronce, cuando había salido carne cobriza. El otro jamás volverá a San Pablo Guelatao si no es en alas de la gloria y de la fama. Vino Roeder a México por escribir la biografía de Benito Juárez. Pero aquí se ha quedado, ojalá que para siempre. Porque el aliento de un escritor y hombre de su temple comunica al ámbito en que vive efluvios benéficos, incorpora al ambiente un soplo de cultura que alcanza en cierto modo a todos.

Juárez es hombre de grandes hazañas, de tremendas y grandiosas decisiones. Tres recuerdo de momento: cuando deja el pueblo y el lago de su pueblo; cuando contradiciendo la voluntad de Antonio Salanueva, opta por el Instituto mejor que por el Seminario; cuando, teniendo a sus pies a Inés de Salm Salm, le dice que no insista, que se ponga de pie, ni más ni menos que hizo con su tutor, cuando de rodillas le pedía que siguiera la carrera del sacerdocio. ¿Quieres, lector, una decisión así de grande como cualquiera de esas tres de Juárez, por parte de su biógrafo Ralph Roeder? Ésta es: traducir al español, que no es su idioma de origen, dos mil páginas encendidas de belleza, de verdad y de

pasión, sin que en el trasiego se haya perdido una sola gota del vino, sin que esas copas, que son las palabras, conservaran su transparencia. ¿No es ésa una hazaña, lector?

10 de junio de 1962

Hoy, hace justamente once años...

Hoy, hace justamente once años, apareció por primera vez esta *Alacena de minucias*. Era el 17 de junio de 1951. 11, número cabalístico, número capicúa, quiere decir, que puede leerse de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Hemos escrito esta columna con angustia, con entusiasmo, siempre poseídos del santo temor que da el manejo de una lengua que nunca ha sido la nuestra, sino ajena: lengua de los españoles, de los conquistadores, como quien dice, de dioses. Una ventaja y una desventaja al propio tiempo. La ventaja es que nadie puede exigirnos con justicia su correcto manejo, mucho menos elegancia. La desventaja es que constituye un verdadero trance su trato, y es un pequeño drama la decisión de escribir en lengua española. Como observaba uno de los maestros hispanoamericanos, Manuel González Prada, la palabra es un pequeño monstruo que entraña trabajo domeñar y reducir. Tras de larga lucha con ella, el escritor convierte la pluma en un pequeño instrumento ofensivo, y de un tajo la vence o la destruye. Si eso le ocurría a un maestro, ¿qué suerte espera a un aprendiz?

Pero la hemos escrito casi ininterrumpidamente durante once años. Cuando alguna vez ha dejado de aparecer se ha debido a otras circunstancias, que no a falta de cumplimento de parte nuestra, que al iniciar la *Alacena* formulamos el propósito de no dejar un solo domingo sin escribirla. Hasta cuando estuvimos lejos de México procuramos dedicarle hebdomadariamente los minutos que reclama su atención.

Si un lector me preguntara qué tipo de *Alacenas* entraña más trabajo, no sabría qué responderle; porque las que contienen erudición exigen acumulación de noticias que hay que verificar; las que entusiasmo, propenden a la divagación, al regusto de acumular frases y palabras que van en contra de aquel temor que siempre ha infundido al literato hispanoamericano el manejo de un idioma que no siendo suyo debe manejar con el mayor cuidado y recelo.

He recibido en estos últimos tiempos, sobre todo a partir del año pasado en que en ocasión de cumplir la columna diez años de vida anuncié la posibilidad de suspenderla, la invitación de muchos amigos para organizar con estas *Alacenas de minucias* uno o dos pequeños volúmenes, que alguna utilidad podrían aportar al estudio de las letras mexicanas. Sistemáticamente, me he negado a hacerlo: los artículos de periódico no considero que sean material que puedan constituir libros. Su función queda satisfecha con sólo aparecer publicados. Si una migaja de valor permanente pudieran tener, eso lo determinará el tiempo, y hay que dejar a los curiosos de las letras desenterrarlos e infundirles nueva vida y boga nueva. Otra cosa son los artículos que escriben los grandes escritores. Esos contienen, desde que aparecen en la mente del autor y llegan al papel, pasando por su corazón, elementos de belleza y de verdad que les confiere permanencia. Estos que escriben los escritores humildes, si han de salvarse, será por el afán de servicio que los nutra, por el denodado empeño de poner en ellos algo que pueda ser útil alguna vez para reconstruir las horas pasadas. Eso buscamos y no pretendemos haberlo encontrado. Una cosa, sin embargo, es cierta: jamás hemos dedicado esta columna a denunciar defectos y fallas inseparables de las creaciones humanas; por el contrario, buscamos, y siempre encontramos, alguna cosa que aplaudir. Por esa sola circunstancia, por encima de las desigualdades cotidianas, persistimos en escribirla: con angustia, con entusiasmo y con aquel santo temor que ha logrado producir entre los escritores hispanoamericanos algunos que pueden hombrearse con los mejores españoles, dueños y señores de su idioma.

17 de junio de 1962

Olla podrida

Cuarenta años, por lo menos, vivió Ernesto Masson en México. Debe haber llegado a nuestro país en 1824, puesto que en 1864, cuando se publica en París su obra *Olla podrida*, se dice que esos son los años que lleva de vivir entre nosotros. Extraña que José Gómez Silva no lo mencione en su libro, *Viajeros franceses en México*, siéndolo Masson distinguidísimo.

Masson fue comerciante en libros, en telas, en efectos varios, al por menor. En tantos años de permanencia en México, aprendió la lengua española

de manera casi perfecta. La escribió con soltura, con desparpajo, con fruición, con verdadero dominio, con el recurso de los dichos, refranes y locuciones populares que tenía siempre en la punta de la lengua y de la pluma. No sólo. Sino que manejaba abundantes lecturas de libros europeos, franceses desde luego. A su hora, citaba de otros idiomas, del latín, con mayor frecuencia.

Nuestra casa era como su casa, como suyo era nuestro pueblo y su destino. Entró a desempeñar cargos en la administración pública, con una pasión y un desinterés, digo mal, con un interés que se diría de un buen nacional. Vivía en Tacubaya, por cuya policía bregó con denuedo y alegría. El primer remitido fue a *El Siglo XIX*, en defensa de los fueros la lengua francesa. Tomó gusto por la polémica, y a partir de entonces –año de 1844– no dejó de escribir en los periódicos, en defensa de sus convicciones, en apoyo de cuantas medidas se refirieran a la policía y buen gobierno de la Ciudad de México. Polemizó con Agustín A. Franco, un escritor que se atrevió a escribir en francés y pretendió darle a Masson cátedra sobre su idioma. Cuando Masson le contesta, recuerda lo que Juan Bautista Morales dice en *El Gallo Pitagórico* acerca de lo testarudos que son los franceses cuando discuten y disputan: “acallar a un francés es empresa bien difícil”. Porque hay que tener presente que Ernesto Masson conocía la literatura mexicana como quien más pudiera conocerla en su tiempo.

Lo imagino metido en las redacciones de los periódicos, en juntas donde se discuten y planean obras de beneficio colectivo, en su librería, en palique con poetas, periodistas y toda laya de grafómanos. Con todos contendría, para cada uno tendría una frase picante, aguda, punzante. Y como donde las dan las toman, muy buenos dardos debieron dispararle los mexicanos que en eso de la guerra literaria no están dejados de la mano de Dios.

Su condición de extranjero, sin embargo, no le permite mezclarse en las discusiones políticas y literarias. Las dos repúblicas le están vedadas, y sólo por excepción se atreve por ellas. Una vez menciona a Guillermo Prieto, que ha ofrecido una cuota de veinte pesos para una obra de beneficencia y sólo ha entregado la mitad. En otra ocasión durante los preliminares de la intervención francesa, alude a Manuel Nicolás Corpancho, poeta y diplomático peruano, tan amigo de México, luego expulsado por la Regencia para morir en alta mar, cuando se incendia el barco que lo lleva a su tierra.

Encuentro también una alusión, un poco ingrata, a Juan Prim. Por sus escritos pasa Juan Nepomuceno Adorno, arbitrista, inventor y literato abundante, sobre quien ha escrito Pablo González Casanova un ensayo magnífico.

Lástima es que Casanova no hubiera aprovechado de alguna manera las noticias de Masson: alegres y divertidas, muy de acuerdo con la extraña personalidad de Adorno.

Escribo, como casi es habitual, lejos del libro, pero recuerdo que en algún lugar de *Olla podrida*, allí en donde discute con Franco, y alude a la inclinación de los franceses por la controversia, repite un dicho: “¿Quién te dio tan grande pico, Merolico?”. Al llegar allí, recordé a Clemente López Trujillo, empeñado desde hace mucho tiempo en establecer quién diantre pudo ser ese Merolico, sobre quien hay un rarísimo folleto, y que no es otro que un personaje muy dado a la discusión, a halar sin ton ni son, a tontas y a locas, a locos y tontos, tal como sugiere la referencia contenida en *Olla podrida*.

Masson todavía estaba en México en 1864, cuando estaba próximo a entrar en nuestro país Fernando Maximiliano y Carlota Amalia. No sería por violencia que el gobierno ejerciera sobre su persona, pues las leyes liberales igualaron a los nacionales y extranjeros, por lo que Masson callara o se fuera de México. No hay en su libro una sola letra, una sola sílaba, una sola palabra amarga: todo allí es cordial, noble y regocijado. Una milicia alegre. Vale la pena que quien tenga a la mano *Olla podrida* haga una excursión por el México que pinta: el de hace un siglo, y un poquito más.

24 de junio de 1962

Poeta y sabio

En estos días acaba de cumplir Ángel María Garibay Kintana setenta años de vida. Muchos años para la vida de un hombre, aunque ni siquiera un parpadeo del tiempo. Como nadie, sabe Garibay esta doliente verdad, esta desgarradora verdad, pero sabe también que sólo hay algo que puede vencer, que puede derrotar al tiempo: la palabra hermosa, la poesía, la verdad, todas sinónimas. Acabó Anáhuac, pero queda vivo Netzahualcóyotl. Pasó Grecia, pero vive, eterno joven, Homero. ¿Qué otra cosa no muere y permanece, maestro Garibay? La gratitud de las generaciones, que usted ha ganado por su doble condición de poeta y de sabio, dos cosas que andan juntas. Poeta en su primera hora, a la segunda se dio cuenta que otros campos reclamaban sus entusiasmos y sus capacidades, y se dedicó al estudio del pasado indígena, pero no el pasado para

siempre sepulto, sino ése otro, vivo, actuante, eterno, sin tiempo; ése que está en nuestra voz, y en su eco, y en su entonación; ése que cuando la noche, retorna para decirnos que sólo por fuera y en apariencia somos por entero blancos. Y el poeta que camina siempre al lado de Ángel María Garibay K. sabe escuchar esas voces, esos reclamos, esos ayes de las almas en pena de nuestros abuelos. La vida entera ha dedicado a reconstruir el mensaje que desde lo hondo de los siglos aflora en nuestros días. Para mejor cumplir lo que considera la tarea de su existencia, ha querido saberlo todo, porque no hay sabiduría aislada, y toda es una sola. La cultura del mundo cabe en la cultura patria, como ésta cabe en aquélla. Idiomas vivos, los más que ha podido aprender; lenguas muertas, las que más vida tengan, domina el maestro Ángel María Garibay K., y todas concurren a su hora para mejor penetrar el misterio del pasado mexicano. Si más cosas supiéramos, más sabiduría descubriríamos en sus obras. Nada hay en sus escritos de hojarasca, sino todo fronda rumorosa, toda rama cargada de botones, flores y frutos.

Ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo minuto que no tenga su afán y su faena. Sabe lo efímero de la vida, lo fugaz de la existencia; recuerda que todavía no cesa el primer impulso de la cuna cuando ya estamos al borde del sepulcro. Si hasta pudiera decirse que la cuna donde llora el niño ya tiene la forma de la urna donde el hombre calla. Trabajar, trabajar, como la única manera de vencer al tiempo, de quedar, trabajando, pero quedar. El trabajo, la palabra y la acción hermosos, para no morir del todo.

Viejo de setenta años, Ángel María Garibay K. conserva el espíritu alerta, en vigilia, lúcido y, por añadidura, apasionado. Nada que contenga al hombre de México pasa sin rozarlo. Y sabe, con una precisión de alucinado, asirse hasta del más sutil motivo para entregarnos esa página, inspirada en un asunto en que otro naufragaría.

Para recordar todo eso se reunieron sus amigos en torno suyo hace unos días. Lucía el sabio mexicano su hermosa vejez, sus barbas blancas, su presencia a la vez orgullosa y humilde. Estaban a su lado otros grandes mexicanos: a su izquierda, Martín Luis Guzmán; Octaviano Valdés, a su derecha. Los otros asientos de la mesa los ocupaban otros maestros y aprendices. Unos cuantos, los más cercanos a su afecto. En aquel ambiente casi familiar, ocurrió algo que tiene un significado singular: la carta que el ciudadano Adolfo López Mateos escribió al mexicano Ángel María Garibay K., uniéndose al homenaje. Para el Presidente de México, la obra de nuestro humanista ha venido a dar brillos nuevos y títulos legítimos de orgullo

a todo aquel mexicano que lleve en las venas la sangre de nuestros antepasados indios. Ante una epístola tan donosamente escrita, así de sorpresiva, y trémula de emoción mexicana, me pregunté si alguien soñó en nuestro tiempo a un mandatario que fuera capaz de concurrir con su aplauso a una fiesta de las letras. Allí estaban –yo los vi– acompañando a López Mateos, Francisco Zarco y Juan Antonio Mateos.

1º de julio de 1962

Soneto de Altamirano

La obra poética de Ignacio Manuel Altamirano es breve, si bien magnífica. La más completa colección de sus poesías pudiera ser la que formó Salvador Reyes Nevares hace algunos años y que aparece en las *Obras Completas*. Reunidas las conocidas, y otras que pude localizar, dando de baja algunas, que por haberse escrito de prisa, para satisfacer caprichos de señoritas que las solicitaron para su álbum, registran algunas notas ingratas. El repertorio de metros que Altamirano manejó era muy reducido, tal vez por la índole de sus temas predilectos. Sólo en dos o tres ocasiones escribió sonetos. Hay uno que Reyes Nevares reproduce de la *Revista Azul* –núm. 9, 30 de noviembre de 1894–, pero que fue publicado con anterioridad –*El Liceo Mexicano*, año vi, 2ª época, t. vi, núm. 3, México, enero de 1891–, que nos revela la dificultad con que Altamirano manejaba el soneto. Se ve por los numerosos retoques que registra la versión recogida por Reyes Nevares, publicada cuatro años más tarde.

La dificultad para consultar *El Liceo Mexicano* justifica que reproduzcamos el soneto en su forma original, a efecto de que el curioso lector pueda comparar las dos versiones; la segunda, en verdad, mejor acabada.

El Año Nuevo

*¡Un año más! Con risa o con gemido,
el puerto apenas peregrino alcanza
fatigado el mortal, cuando se lanza
de nuevo al porvenir desconocido.*

*Quien lamenta en su viaje el bien perdido,
quien vislumbra un tesoro en lontananza,
mira el joven la dicha o la esperanza,
el viejo ve la tumba y el olvido.*

*Nauta es el hombre, el año mar oscuro
donde tal vez la Fatalidad traidora
la sirte oculta del dolor futuro.*

*Nafragio horrible, o playa salvadora
nos aguarden, el piélago inseguro
hienda la nave con altiva prora.*

De Altamirano puede decirse, como de otros de nuestros poetas y escritores mexicanos se ha dicho, que nunca se podrá asegurar que se ha recogido la totalidad de sus obras. Así como ahora encuentro este poema, en su primera versión, otro puede encontrar, perdida en la selva de la bibliografía mexicana, alguna pieza desconocida. A esa tarea —la de integrar la cosecha total de nuestros autores— están entregados, calladamente, muchos mexicanos. A alguno de ellos puede servir esta *minucia*.

8 de julio de 1962

Prieto, escritor ninguneado

Por razón de los acontecimientos de hace cien años, ahora releo a Guillermo Prieto, y cuanto acerca de su vida y obra se ha escrito. Encuentro que mejora la opinión y juicio que su múltiple actividad de poeta, prosista, narrador y orador ha merecido de quienes lo han estudiado. Pero una vez más me sorprende el cúmulo de torpezas en que se ha incurrido en otro tiempo para situarlo en el marco de las letras nacionales. Y no encuentro sino dos posibles explicaciones: la ignorancia de su obra, que sólo de oídas pudo conocerse, lo que condujo a repetir lo que otros dijeron; o el traslado a la crítica literaria de las diferencias políticas. La antipatía de José Zorrilla por el *Romancero* es evidente que venía de sus diferencias, sin contar el desdén con que Prieto lo trató pasado el

primer deslumbramiento que causó la llegada de Zorrilla a México en 1855. Los otros que han escrito contra el pobre coplero que él dijo ser, no puede explicarse por tales rivalidades de credo político, sino por no haberse nunca ni siquiera asomado a sus escritos.

En efecto, en José Zorrilla se encuentran por primera vez los adjetivos denigrantes que luego en pluma de otros aumentaron en número y en encono. Allí, como en Amado Nervo, Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda y otros se alternan los elogios y las diatribas, alternan las flores y las espinas. Para Zorrilla, el autor de *Memorias de mis tiempos* es el poeta mexicano de más inspiración y de vuelo más vigoroso en los arranques de su genio poético. Pero “inculto”, incorrecto, desaliñado; a veces, sublime, a veces, rastroso; remontándose a veces como el águila, rasando a veces el suelo como golondrina; sin paciencia para llevar a cabo obras de largo aliento, desparramando sobre el papel sus pensamientos sin curarse de sus palabras, sin corregir jamás sus manuscritos, siembra en todas sus composiciones belleza de primer orden, entre faltas de lenguaje, de versificación y de ortografía. Todo explicable porque escribió de prisa, para ser entendido de todos, aunque principalmente por la chusma, contra lo que está Nervo cuando dijo que nuestros lectores no estaban ni a la altura de Prieto.

Los historiadores de nuestras letras no han hecho otra cosa que repetir, como ya lo dijimos, casi al pie de la letra, el juicio de Zorrilla. Veámoslo en uno de los más caracterizados: Carlos González Peña. Para don Carlos, Prieto, descendiente de Joaquín Fernández de Lizardi, era grandilocuente, sonoro, artificial, retórico, laborioso, pero desmañado; era incorrecto, carecía de preparación literaria, luego, ignorante; carecía de gusto y de sensibilidad artística. “Difícilmente se encontrará poeta más desaliñado y pedestre”, vino a decir. Sus primeras lecturas, continúa González Peña, fueron desordenadas y revueltas. Como no conocía lenguas y literaturas extranjeras, se explica que nada sepa y lo confíe todo al azar, digo a la inspiración. Pero ni siquiera sabía su lengua propia. No sabía lenguas, “y en el cultivo de la propia no ahondó por cierto”, concluye el autor de *La fuga de la quimera*.

Ya vio el lector cómo algunos de los adjetivos del español Zorrilla se encuentran en el mexicano González Peña: de aquél los tomó, si bien no le da el debido crédito. También para él, Prieto tiene alas, aunque a veces tropiece con los trastos de escribir. Vuela como el águila, pero rastrea como la golondrina. Pero, ¿de dónde han sacado que el vuelo de la golondrina es inferior a otro vuelo? Si don Carlos volara así, ya se hubiera matado a cada rato.

De todas las negaciones hay una meramente gratuita, injustificada: es la que se refiere al desconocimiento de Prieto de las letras extranjeras. Abra quien quiera, por la página que quiera, sus *Memorias* y sus libros de viajes, y verá que si bien no cita a los autores en su idioma, sí lo hace de primera mano. Autores españoles, ingleses, alemanes, italianos, norteamericanos, franceses, en profusión, pero siempre con oportunidad.

Lo dicho. Eran sus enemigos, sus rivales políticos, sin contar que nunca leyeron sus obras, desdeñadas aun antes de conocerse, quienes le labraron a Prieto la mala fama.

15 de julio de 1962

¿Cuál el autor nacional más desdeñado?

¿Quién es el autor más desdeñado de las letras nacionales? Pregunta difícil de contestar, porque abundan. Una cosa sí se puede responder desde luego: el autor más desdeñado pertenece a los que forman en la fila del progreso, se encuentra entre los defensores de México, entendido como continuidad del mundo precortesiano, independiente de España, laico y liberal. Eso nos dice, de paso, qué ideología, qué creencias han profesado y profesan los que han escrito las historias y manuales más conocidos de la literatura nacional. ¿Hace falta decir nombres? De ninguna manera, en tus labios están, lector.

¿Es José Joaquín Fernández de Lizardi? ¿Es, acaso, Carlos María de Bustamante? ¿Lo es Juan Baustista Morales? ¿Acaso fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra? ¿Será Guillermo Prieto? A primera vista se diría que Lizardi, fundador de toda una familia de escritores mexicanos, es el que alcanza el honor del odio y el desprecio de los críticos. Cuando quiere situarse a un escritor que no se caracteriza por un estilo pulido, limpio, bien peinado, se dice que viene de “El Pensador”, que continúa sus maneras, que está de espaldas a la gramática. Pero no es extraño que se aluda a alguno de los otros que hemos mencionado para descalificarlo.

Quizá la manera más segura de establecer quién fuera el literato mexicano más desdeñado sería hacer la nómina de adjetivos con que los califican. ¿Quién los junta en mayor número? Lizardi –se dice– no hizo estudios, apenas si los inició para la carrera literaria, sin perjuicio de agregar que estaba nutrido

con la lectura de los enciclopedistas, que le permitió ser un hábil y denonado obrero de la libertad. No era más que un periodista, como si serlo no fuera el mayor timbre de gloria, en un pueblo que no puede adquirir libros y que por su escasa instrucción necesita que se le proporcione enseñanza y solaz en lengua sencilla, en ésa en que se hablan los vecinos. Que no tuviera preocupaciones de estilo y de belleza no quiere decir que careciera de capacidad de estilo, ni que faltara voluntad de arte y de belleza. Sin sentimiento artístico, iba en derechura a su objeto, dijo uno con ánimo de agraviarlo. Su cultura, muy revuelta y limitada, era propia para llegar al alma popular, agregó, como si con ello le diera el tiro de gracia y no le hiciera el mayor de los elogios. Porque, ¿hay otra gloria que ser entendido de todos, esto es, del pueblo? No, dijo Antonio Machado –¿o fue Azorín?– que la máxima preocupación de un escritor es que nadie deje de entenderlo y de gozarlo.

Era Lizardi punzante, pero chabacano; grosero y aburrido era, aunque travieso, decidido, ingenioso y socarrón. Escribo de memoria, pero respondo que palabras más, palabras menos, inspiró esos dictados, esos dicitos. A Juan Bautista Morales no se le menciona en absoluto por Carlos González Peña. Y sólo en la penúltima edición de su *Historia de la literatura mexicana* –según creo– Julio Jiménez Rueda se atreve a aludirlo, así de soslayo, sólo para decir que es un lejano discípulo de Mariano José de Larra.

Mier tiene personalidad, quizá fuera el único que la tuviera, entre los escritores políticos de su tiempo. Pero es estafalario, extraño decididamente. Sus *Memorias* están trazadas en llano y a veces nervioso estilo, por un ingenio ya grave, ya travieso, siempre ameno, a menudo gracioso; pero su *Historia de la Revolución de la Nueva España* está escrita sin plan; es desmañada y confusa. Si algún mérito tuviera, ése sería el de haber sido la primera que se escribió sobre el tema. Dista de ceñirse a las disciplinas del historiador; más que historia parece un alegato político. Y así por el estilo, queda situado fray Servando en unos cuantos renglones, reducido en su grandeza de literato, político y hombre de acción.

Don Carlos María de Bustamante, para mí el peor tratado, porque allí incurren hasta los escritores liberales, era ligero, ramplón, chocarrero, crédulo, farragoso, pueril, y otras mil lindezas.

Pero, dejémoslo aquí, para buscarle la moraleja otro día.

Página peregrina de Heliodoro Valle

Creo que la página que sigue puede ser desconocida de Emilia Romero, viuda de Rafael Heliodoro Valle, quien ahora recopila la obra del ilustre escritor, muerto aquí en México, ahora tres años. Apareció publicada en *El Heraldo del Hogar*, revista decenal para las familias, propiedad de Benito Torres (México, 20 de noviembre de 1909, año IV, núm. 26, pp. 4 y 5).

El arete de oro. De la Vida Colonial

Doña Manuela Riquelme, empingorotada jamona de rica hacienda, vivía en la 1ª Calle de San Francisco, núm. 3, de ésta muy noble y muy leal ciudad de México, allá por el año 1820. Poseía una magnífica casa en Santa María la Redonda, de dos recámaras, cocina y despensa, ocho cuartos, bodega, caballeriza, machero, jacalón grande, y amplio patio sembrado de olivos nuevos, de aceitunas sevillanas y de frondosos árboles frutales. Gastaba un lujo a la altura de la época y en las tertulias que de noche se verificaban en su casa, distinguíase por las esplendideces con que atendía a sus amigos. No pocas veces se la veía pasar—domingo a domingo—en señorial coche, de elegantes caballos enjaezados de seda, rumbo a Catedral, a oír misa de diez.

En sus joyas relucían desde el granate hasta el oro y entre las mejores prendas de su valioso menaje, contábase deslumbrantes tibores de porcelana, venidos en la nao de la China, jarrones decorados con filigranas lustrosas, miniaturas de cristal y lámparas de bronce que centelleaban sus luces sobre los diáfanos mosaicos del pavimento y sobre las vidrieras multicolores. Poseía también un valioso Cristo de Guatemala, que adoraba en un altar enflorado de cornucopias de flores y de raros follajes de metal. Pero entre todas sus piedras preciosas y sus sedas, nada como un maravilloso arete de brillantes que tenía engarzado un diminuto gránulo de oro. Doña Manuela fue una de las más entusiastas para adornar mejor los balcones de la calle de San Francisco el día que entró el Ejército Trigarante. Hizo sacar la espléndida vajilla de plata y adornó con festones y guirnaldas el frontispicio de su casa. Fue una de las mil que saludaron con vítores a Iturbide, y lo vio pasar, en su caballo negro, ceñida la banda trigarante, espada al cinto, al frente del ejército libertador que miraba como talismán al héroe. Aquel día, de gran regocijo para México, el brillante arete tomó alas para ir a otras manos, mientras Doña Manuela escuchaba religiosamente el solemne *Tè Deum* bajo las naves de la vieja Catedral. Doña Manuela no se explicaba cómo su valiosa joya se había evaporado, y lo que más lloraba era el gránulo de oro, aquel gránulo de aguas mórbidas, de aguas frágiles, armonioso y florido, en su cárcel de brillantes.

Doña Manuela encendió velas a San Antonio –que hace aparecer las cosas perdidas– y a la mañana siguiente hizo publicar en la *Gaceta Imperial* este aviso que es un primor de edición. “Una almendra de arete de brillantes con una pepita en medio, se suplica a la persona que se la hubiera hallado ocurra a entregarla a la 1ª Calle de San Francisco, núm. 3, donde se le gratificará bien”.

Una tarde de octubre, Doña Manuela se acercó a la confitería de Vicente Castaño, en la Calle del Puente de Santo Domingo, a comprar una media docena de alfeñiques y unos caramelos de azúcar. Contó a Don Vicente la pérdida de su alhaja (ilas mujeres todo lo cuentan!) y se deshizo en elogios acerca de aquella pepita de oro que llevaba engarzada.

–Pues es una coincidencia. Porque a mí se me perdió ayer, que fui a darme un baño al Peñón, mi cigarrera de plata, montada en diamantes, con dos iniciales, G: I:M:, que eran las de un tío mío, que me regaló la prenda, dijo Don Vicente.

Al subir a su coche, Doña Manuela vio que se le acercaba un hombre harapiento que le mostraba en las manos sudorosas, envuelta en un papel, una joya que parecía flor.

–Patroncita, cómpreme este abalorio que se lo vendo muy barato.

Aquella era la joya peregrina, la del gránulo de oro, florecido en su concha de brillantes. Y Doña Manuela, creyendo que estaba en un sueño se limpiaba los ojos para ver si era cierto lo que le enseñaban.

El bárbaro se la vendía en un tostón. ¡Oh, sí, San Antonio es milagroso!

Busque el lector en una próxima *Alacena* el comentario y otras circunstancias relacionadas con el artículo transcrito de un hondureño que tenía tantas cosas de mexicano.

29 de julio de 1962

Promesa cumplida

A primera vista fue la influencia de Ramón María del Valle-Inclán la que llevó a los escritores mexicanos de hace cerca de medio siglo a escribir libros de tema colonial. A primera vista, porque nunca los escritores mexicanos dejaron de cultivar ese tema; sino que las obras del escritor gallego, que se leyeron al iniciarse los años veinte, crearon lo que se ha dado en llamarse la escuela colonialista. Sin embargo, recordemos que don Luis González Obregón para citar un solo nombre, escribió más de una obra inspirada en el pasado; así, *Vetusteces, México*

en 1810, sin contar los libros acerca de los precursores ideológicos de la guerra de Independencia. Todo eso en cuanto se refiere a obras en prosa, que en verso, la lista puede ser todavía más larga. Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza publicaron en las postrimerías del siglo pasado las *Leyendas mexicanas* que, por cierto, todavía no se dilucida dónde acaba y dónde empieza la obra de cada uno. Más cerca de nosotros los títulos son numerosos, ya en verso, ya en prosa. La generación que conocemos con el nombre de escritores colonialistas, la integraron, entre otros, Francisco Monterde García Icazbalceta, autor de *Gutierre de Cetina y el secreto de la escala*; Jorge de Godoy, que escribió *El libro de las rosas virreinales*; Manuel Horta con su *Estampas coloniales*; Ermilo Abreu Gómez, autor de *El corcovado*. El más connotado de todos, así por el volumen de su obra como porque persistió en el género en el que llegó a ser maestro indiscutible, fue Artemio de Valle-Arizpe, recientemente fallecido. En verso, recordemos un solo título: *El alma nueva de las cosas viejas* de Alfonso Cravioto.

Pero habíamos dicho que los libros de temática colonial no son tan nuevos como a primera vista parece. En efecto, en el año de 1909, dos escritores, uno mexicano, Carlos de Gante, y otro hondureño, Rafael Heliodoro Valle, publicaron en *El Diario del Hogar*, de Filomeno Mata, cuentos típicamente coloniales. Por cierto que los dos inspirados en el mismo tema y con igual título, si bien el hondureño con algunos meses de antelación. “El arete de oro” de Valle fue después reproducido en otra revista de título parecido al de Mata: *El Herald del Hogar*, de Benito Torres, el 20 de noviembre de 1909, un mes más tarde de su primera aparición, aunque escrito en agosto del año anterior. El de Carlos de Gante apareció también en el diario de Mata, sólo una semana después de publicado el relato de Valle, a quien aparece “dedicado con motivo de su cuento del mismo nombre”.

Nunca se apartó Valle de las evocaciones del pasado; más de un libro suyo tenía esa inspiración. ¿Quién no recuerda sus libros *Espejo historial*, *México imponderable*? Sin contar las monografías sobre conventos, misioneros, viajeros, poetas y políticos del tiempo pasado.

Muchos de los escritores colonialistas, como ya está insinuado, abandonaron muy pronto el género, si bien nunca desapareció por completo de sus creaciones la evocación a la era colonial, ni cierto dejo de melancolía que le es inseparable. En Valle, como en Abreu Gómez, Monterde, Horta, los asuntos del pasado se convirtieron en materia prima de obras personales, hasta el grado de que pudiera decirse que son recreaciones. No así en el maestro del género,

Valle-Arizpe, que escribió una prosa llena de voces castizas, pero en desuso, cuando no sólo vivas en las crónicas del pasado.

Rafael Heliodoro Valle, autor de “El arete de oro” que reproducimos en la *Alacena* anterior, y a cuya obra y nombre prometimos volver en ésta, tenía todas las armas, como puede verse en la página aludida, para haber llegado a ser un colonialista que pudiera competir con el finado autor de *El Canillitas* y de *La Güera Rodríguez*.

Queda cumplida, lector, la promesa, que, como dice el pueblo, es deuda.

5 de agosto de 1962

Los prólogos

Es creencia muy extendida que los antólogos y prologuistas pertenecen a una casta ajena a la literatura. Se opina, los que opinan de esa manera, que Bernard Shaw, que los escribía magníficos, dijo que el lector sabio y bien nacido leía preferentemente los prólogos. Y que entre nosotros José Vasconcelos trazó algunos extraordinarios que en nada ceden a sus páginas mejor realizadas.

Por cuanto a la profesión de antólogo, convenga el lector conmigo en que una selección contiene mucho de obra personal, de creación propia. Porque, ¿qué es lo que el antólogo espiga, sino aquello que más le gusta, que quisiera haber escrito, que tiene ante sus ojos carácter de modelo, dechado y primor? ¿No era, Homero, en cierto modo un antólogo?

Es frecuente en el mundo de las letras, en México y en todas partes de la Tierra, que el prólogo nada tenga que ver con el libro que ampara y que pudiera decirse que lleva de la mano. El prólogo es por sí mismo una unidad, una creación con todas sus leyes y circunstancias. Hasta cuando es favorable y entusiasta puede decirse que es ajeno a libro y autor que acompaña, con más razón cuando le es adverso. Quizá eso explique la frecuencia con que grandes autores se presten a prologar obras de escritores noveles, que nada anuncian, o que el presagio no justifique el padrinzgo. Así, ocurre que cuando pasan los años, prologuista y autor, que una vez aparecieron juntos, caminen cada uno por su lado. ¿Qué ocurrió con el prólogo? Ocurrió que pasó a formar parte de las obras completas de su autor, concurrió a acrecentar su fama, como que nada, o muy poco tenía que ver, con la criatura a quien otorgó su protección.

Grandes prólogos quedan de Rubén Darío, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, por mencionar a tres grandes escritores americanos que los prodigaron.

Los recursos del escritor novel por alcanzar el respaldo de un literato de fama son innumerables y de toda índole. En el asedio no falta, ni siquiera el chantaje, frecuentemente sentimental. Y el pobre escritor asediado entrega la plaza, escribe el elogio, acepta apadrinar la obra y autor que, en su intimidad, rechaza. El favorecido, ya con este espaldarazo, blande sobre nuestras cabezas el nombre del padrino, se echa a la calle a ganar batallas con espada y pluma ajenas. Nadie se atreva a opinar en contrario, que ya un maestro le dio la consagración.

Lo vemos en nuestro medio diariamente. En el bárbaro concilio que dijo el poeta colonial, se otorgan unos a otros la doble corona de laurel y roble. Modestos poetas, humildes escritores, sólo esperanzas de las letras, arremeten contra nosotros con el prólogo de Alfonso Reyes, y de José Vasconcelos y de Carlos Pellicer en las manos. Ay de aquél que atreva un juicio en contrario, que no va contra el incipiente escritor, sino contra el maestro que en un momento de debilidad y de ofuscamiento rindió las armas ante el pedigüeño.

No recuerdo a ninguno en concreto, pero a lo mejor tú sí, lector.

12 de agosto de 1962

El mester periodístico

No todo ha de ser ingrato en esta dolorosa tarea de escribir en México. No siempre el lector ha de buscar en la producción de los escritores y periodistas la errata, el gazapo, la falta ortográfica. No sólo sabe el árbol de la alimaña, sino también del pájaro que viene a posarse sobre sus ramas y lanza al aire la divina melodía del rayo de sol que baña sus hojas y del viento que lo puebla de rumores.

El artículo de periódico, tanto como el libro, reclama todas las capacidades que en el instante de su redacción pueda reunir el periodista, aunque otra cosa se crea con frecuencia. No es solamente encontrar un tema que alguna atracción pueda ejercer sobre el lector, sino también el empeño de contar la historia con alguna gracia y soltura, con alguna elevación que no se oponga a la sencillez, que no olvide que su artículo está destinado a las mayorías, aun-

que esa mayoría se reduzca a un solo lector. Por ese lector innominado, que no hay publicista que no tenga, periodista que no cuente, nos esforzamos en cumplir, en trabajar con todas las potencias que en ese minuto de creación se puedan reunir. Para que luego vengan los necios a señalar los lunares, la errata inevitable, la falta de ortografía que a lo mejor es obra del amanuense o mecanógrafo, y que el pobre escritor y periodista, abrumado de penas y de quehaceres, no advirtió o no tuvo tiempo de corregir. Pues el entusiasmo, las horas gastadas en recabar noticias, la decisión de acertar ¿no cuentan para que el libro y el artículo de periódico alcance la benevolencia, la compasión, la simpatía de los lectores? ¿No quedan de alguna manera compensadas las fallas por esa aspiración y voluntad de acierto que alumbró la redacción del libro, de la crónica, del poema? ¿No entraña un valor ético equiparable a un valor estético? No todo ha de ser, como dijo Altamirano, ingrato y doloroso en la tarea de escribir. No es menester reservado a niños y a locos, como creía el Mártir de Tacubaya, Juan Díaz Covarrubias, éste de escribir para el público. Un solo aplauso, una carta inesperada, releva de una sola vez al periodista de cuanta incompreensión y desaliento pueda venirle de esos que sólo encuentran lunares en las estatuas.

¿Para quién, pues, escribimos? Para todos y para un solo lector. Ése que no conocemos, que nos busca en el lugar y fecha señalados, y que padece cuando nuestra colaboración no aparece, o cambia de lugar, o pierde regularidad. ¿Quién de nosotros no sintió desaliento al ver que sin mediar explicación se redujo el número de sus colaboraciones, o cambió de sitio, o varió de fecha? Otra cosa sería que él pudiera enterar a su lector de tales cambios, de correrle la cortesía debida a quien nos busca, a quien nos honra con su favor y devoción. ¿No vienen ganas de suspender definitivamente una colaboración que con tanto gusto se venía escribiendo? Si a otros no ocurre, a mí sí. Siento como si escribiera a sabiendas de que ya aquel lector con quien dialogaba me ha abandonado, me cambió por otro, o ya es distinto su periódico.

Pero no era esto lo que yo quería contar, sino otra cosa. Divagué. Quede para la próxima *Alacena* contar un gratísimo suceso que ha venido a compensarme de alguna señal de incompreensión o desdén que pudiera haber padecido en mi modesta labor de periodista mexicano. Quede para otro día, pues.

19 de agosto de 1962

Modismos y refranes mexicanos

Hay en nuestra bibliografía una pieza muy curiosa y peregrina. Peregrina en su doble acepción de extraña y selecta. Ya como libro, en su connotación física, es también un ejemplar raro, ya casi una curiosidad bibliográfica, pese a que fue publicada en nuestro siglo: en 1921. Su autor, José Trinidad Laris, hasta donde mis noticias alcanzan, aún vive en Guadalajara, en donde ejerce el ministerio sacerdotal. Oriundo de Teocaltiche, es paisano de Victoriano Salado Álvarez y de otros ilustres jaliscienses.

El librito lleva un título sencillo, como es sencillo, discreto y humilde su tamaño y tipografía: *Historia de modismos y refranes mexicanos*. Origen de algunos modismos, proverbios y refranes de uso común en la República Mexicana y en particular en el estado de Jalisco. Impreso en papel de periódico, en diversidad de tipos, plagada de esas erratas que nadie puede evitar: meramente una edición pueblerina, no obstante ser de Guadalajara, pero muy en consonancia con su contenido: la sabiduría popular que no ha menester de lujoso ropaje para esplender y brillar.

Don José Trinidad Laris compuso su obrita mientras desempeñaba el cargo de bibliotecario, o durante su estancia en lugares apartados, en su condición de cura de pueblo. Para entretener sus ocios, para poblar la soledad, que nunca lo será si se tiene a la mano un libro con qué conversar, como ya dijo mi paisano el presbítero José Antonio Gay. Pacientemente, sin prisas pero sin pausas, como dijo el clásico, reúne modismos, proverbios, refranes, dichos y dicharachos que usa el pueblo mexicano, si bien de manera más constante los jaliscienses, en cuya tierra han nacido varios de los que consigna, como puede verse de la explicación que ofrece de cada uno de los artículos recogidos. Refranes, modismos y proverbios que oímos a diario, y a los que suponemos un origen distinto, Laris nos instruye al pormenor de las circunstancias en que nacieron y comenzaron a correr por el mundo, nuestro mundo. Para darnos su genealogía, ha leído libros, ha investigado, ha buscado la conversación del pueblo, sin contar con lo que pudo copiar por ser de su tierra, y muy de su tierra. Dice el autor en la primera página de su delicioso libro: “En la exposición histórica y filosófica del origen de los Modismos, Proverbios y Refranes de la presente obra, a cada paso se encontrarán algunos trozos y aun trabajos completos de algunos autores que no están citados entre comillas, como es de estilo hacer para no cargar con el Sambenito de plagiaros; mas esto obedece a

que el mérito de mi ímprobo y delicado estudio, está en citar autoridades, sino enhebramientos de elementos dispersos, en esta o en aquella obra; elementos cuya riqueza no fue conocida ni de los mismos autores de ellas, que al serlo la hubieran en su provecho utilizado”.

Así explica don José Trinidad la transcripción de noticias con que adorna su *Historia de modismos y refranes mexicanos*, librito hecho por todos, pero exclusivamente por su autor, quien tuvo la gracia de recolectar el material, de cernirlo, de ensartarlo, igual que si fueran perlas, en hilo fino y sutil. Si alguna cosa hay allí que pudiera corregirse y retocarse, mucho tiene que saber quien lo intentara. De mí sé decir que hallé grata lectura así como gran copia de erudición, humildemente aprovechada, sin esos alardes con que generalmente los eruditos quieren avasallar al pobre lector. Junto a sus muchos valores, contiene la historia de muchos de los refranes, modismos y proverbios mexicanos, otro significado, igualmente grande y que califica a Laris: el haberla compuesto robándole horas a la vida, al descanso, girando contra su ministerio, a más de cotidiano, delicado.

Un libro éste como para ser leído en un rinconcito, como quería Kempis que lo fueran todos.

26 de agosto de 1962

Recuerdo de Genaro Estrada

En agosto de 1937, ahora veinticinco años, murió en esta ciudad Genaro Estrada, cuando acababa de cumplir medio siglo de vida, pues había nacido en Mazatlán en 1887. Era Estrada un hombre de letras cabal, un modelo de intelectual mexicano, de cuyo tipo normal se apartaba por aquella variedad de sus disciplinas y aquella su inteligente curiosidad para la que nada había ajeno. Poeta, novelista, historiador, crítico en cada uno de los campos que cultivó dejó las muestras de su lúcido intelecto, de su espíritu delicado y de la decisión de servicio que fue inseparable de todas sus actividades. Funcionario público, desde los altos puestos que alcanzó, extendió su mano bienhechora sobre cuanto afán estuviera encaminado a servir a la causa de la cultura nacional. Los poetas jóvenes y los que alguna esperanza significaban para las letras tuvieron en Genaro Estrada a un padrino y a un amigo que rebotaba humani-

dad y comprensión. Las revistas y periódicos literarios de los veinte para acá, contaron siempre con su concurso, y cuando tuvo manera de aportar ayuda económica la dio generosa a dos manos. Entre sus muchos quehaceres de escritor y hombre público se cuentan dos de las más interesantes series de libros que se hayan publicado en México: las *Monografías bibliográficas mexicanas* y el *Archivo Histórico Diplomático-Mexicano* que ideó y puso en práctica con singular pericia, siendo muchos de sus títulos obra de sus desvelos de investigador y de autoridad en las materias que aquellas series comprenden. Muchos de los volúmenes que las forman están precedidos de prólogos, estudios, introducciones por él escritas, siempre con dominio de las cuestiones de que tratan. Las dos bibliotecas mencionadas iniciaron en nuestro siglo, o mejor dicho, reanudaron en nuestro siglo, el estudio que los vaivenes de nuestra vida pública habían interrumpido.

Tenía Genaro Estrada el don de confiar en el genio ajeno, de dar obras que cumplir a los que algún crédito habían alcanzado, lo que es condición del buen hombre de mando. Las *Monografías bibliográficas mexicanas* y el *Archivo Histórico Diplomático-Mexicano* no hubieran podido publicarse si Estrada, a la vez funcionario y escritor, no se hubiera rodeado de magníficos colaboradores.

Su primera obra de gran aliento puede ser la antología de *Poetas jóvenes de México*, publicada en 1916, cuando nuestra patria estaba combatida por vientos contrarios. Estrada quiso, en un ambiente que parecía el menos propicio, hacer una revisión de la lírica mexicana, como una manera de poner en nuestra vida, todo sombras, un rayo de luz. Obra de poeta, que siempre fue Genaro Estrada. Cada uno de los autores seleccionados aparece con una nota de presentación, que no sólo comprende los datos más esenciales de su bio-bibliografía, sino un breve, pero suficiente, juicio crítico que lo valora y lo coloca en el lugar que le corresponde en el desarrollo de la poesía mexicana. Poetas que luego han merecido opinión unánime de grandes, él los consideró el primero. Breves notas, dijimos. Pero no tan breves como para que no contuvieran lo que de esencial había que decir de cada poeta, para traer a cuento una opinión olvidada o poco ponderada. Ahí, en *Poetas jóvenes de México*, se resumen ideas y juicios que andaban dispersos, o sólo a medias, formulados por críticos que en el pasado habían tratado esas cuestiones.

La obra personal de Estrada alcanza una veintena de títulos, en todos los géneros, como ya está dicho: novela, crónica, historia, crítica, poesía, sin contar prólogos, artículos sueltos, ensayos, estudios todavía no reunidos en volumen y

en espera de que una mano generosa las ordene y las dé a conocer. Dondequiera que estuvo fue su más alta vocación servir a la cultura nacional. Representante nuestro en Madrid, publicó allá unos cuadernos y pequeños volúmenes en que reunió el fruto de sus investigaciones sobre el México del pasado, sin por eso abandonar los temas de actualidad ni su obra literaria personal.

En nuestra ciudad de hace cuatro décadas era familiar su figura en cafés, tertulias literarias, librerías de viejo y de nuevo, siempre entretenido en achaques de la cultura nacional. Era su aspecto físico el de un anticuario, el de un hombre que viniera de los más hondo del pasado mexicano, dichoso del presente, pero nostálgico. *Visionario de la Nueva España* y *Pero Galín* pudieran ser dos libros característicos de una de las maneras de ser de Estrada.

Somos los hombres fáciles al olvido. Pero quien recuerde, deje sobre su tumba de los que se han entregado a una tarea, una miga de recuerdo. Es lo que hago ahora con Genaro Estrada.

2 de septiembre de 1962

Origen del corrido mexicano

Hace algunos días, en charla de sobremesa, coincidimos Raúl Noriega, José Muñoz Cota y yo en la discusión del viejo tema de la oriundez del corrido mexicano. Coincidimos en el tema, mas no en el punto de vista. La discusión, como parece natural, fue más allá del asunto primero y se complicó con otras consideraciones igualmente importantes. Noriega y Muñoz Cota, fieles a las lecciones de algunos de los maestros que han tratado aquel capítulo de nuestras letras, reafirmaron que el corrido viene directamente del romance español, al que debe no sólo el idioma en que se dice y escribe —cuando se escribe—, sino que le adeuda los asuntos y la manera de tratarlos, los metros y, en fin, aquello que le es más esencial y razón de su nacimiento: cantar la gloria de los héroes, llorar su muerte. Y luego, al correr del tiempo, a más de la épica, los otros géneros en que los romances se dividen: líricos, novelescos, etcétera.

La muralla parece inexpugnable. En vano se traen a colación ejemplos de la literatura precortesiana que muestran que los antiguos mexicanos cantaban a sus héroes, los glorificaban, los incineraban a los enérgicos compases de la lira homérica. No uno, sino un centenar de lugares se pueden recordar, así de

la poesía anónima como de los libros de los cronistas y de los historiadores de la Conquista, que dan testimonio de que había una manera de la literatura que servía para exaltar la fama de los que morían en batalla, al mismo tiempo que daban al pueblo la infausta o venturosa noticia. Que era distinta a las formas occidentales, a la española en este caso, no cabe duda ni puede discutirse; que los metros eran otros, también. Pero hay algo en que coincidían: en el sentimiento heroico de la vida, porque no es privativo de ningún pueblo el apetito de gloria, la aspiración a la inmortalidad.

El corrido se aparta del romance en muchos aspectos, si bien se le asemeja en el idioma en que está escrito, al igual que en los metros. Algo que le es propio es no referirse jamás a sentimientos personales, sino a colectivos, en lo que permanece fiel a sus orígenes, a la poesía primitiva compuesta para enriquecer las ceremonias tribales. El corrido no atiende a nada que atañe al mundo irracional. Cuando esto ocurre, por mucho que lo digan los sabios, no se trata de un corrido; se tratará de todo, pero nunca de un corrido. Cuando canta una pasión individual, es un corrido en cuanto está contada la historia de corrido, pero no lo es por su definición: contar un suceso humano de la colectividad, noticiar al pueblo de algo que comprende a todos.

La polémica se detuvo de manera especial en la cuestión de si los poetas cultos pueden escribir corridos que tengan el temple, la entonación, la textura, el estilo, en una palabra, de los que escribe el pueblo, que es el gran poeta sin nombre. José Muñoz Cota, que los ha escrito, sostuvo que sí, que el solo hecho de componer un corrido es ya señal de poeta con oficio, con cultura, con recursos. Lo que es cierto en una gran medida. Pero no era ésa la parte medular de la cuestión. Lo era que el poeta con formación académica, con letras, es incapaz de las ocurrencias verbales del poeta anónimo, de espontaneidad, de incorrecciones, que en el cantor anónimo no lo son, puesto que se encuentra en un instante creativo, de primigenia y metafísica creación. Del romance ha dicho Ramón Menéndez Pidal que a primera vista se advierte cuando lo ha compuesto un poeta que no es natural, sino con formación escolar. Lo que no es alabanza del uno, en detrimento del otro. Tan hermoso es un romance de Lope como lo es el de Juan Pueblo. Lo que queremos decir es que Pueblo no firmaría un corrido de Lira, aunque éste sí firmaría el que Pueblo dijera.

Pero como el pueblo está en nosotros, lo guardamos en algún rincón de nuestra alma, algún poeta culto acierta a componer corridos que algo lo contienen: un aire, un donaire, un dejo, una vibración inconfundible.

Yo quería contar un romance, que parece corrido, compuesto por Ramón María del Valle-Inclán. Pero se acabó el papel. Ya será el otro domingo.

9 de septiembre de 1962

Romance y corrido

Cuenta John Reed, en *México insurgente*, que una noche, después de una de aquellas bravas batallas de Francisco Villa, sorprendió a unos soldados de cucullas, los sarapes colgando sueltos de los hombros, a la luz de una fogata, componer unas mañanitas del gran capitán. Mientras uno cantaba una cuarteta, los otros con la vista fija en el suelo, entretejían mentalmente las que les tocaba cantar. Así, obra de todos, es el corrido mexicano. Así nace para celebrar las hazañas de los héroes, para llorar su muerte, para noticiar al pueblo.

No otra cosa hace Ramón María del Valle Inclán. Al igual que Reed, ambienta el marco en que el corrido se compone y se canta. Cuesta Mostenses, dice, flotaba en la luminosidad del marino poniente, y un ciego cribado de viruelas rasgaba el guitarrillo al pie de los nopales, que proyectaban sus brazos como candelabros de Jerusalén. La voz del cielo desgarraba el calino silencio:

*Era Diego Pedernales
de noble generación,
pero las obligaciones
de su sangre, no siguió*

El coronelito, dice, dando el último tiento a los trastes, escupe y rasguea cantando por burlas el corrido que rueda estos tiempos, de Diego Pedernales. La sombra de la mano con el reflejo de las tumbagas, pone rasgueo de luces en el rasgueo de la guitarra:

*Preso le llevan los guardias,
sobre el caballo pelón,
que en los Ranchos de Valdivia
le tomaron a trición.*

*celos de niña ranchera
hicieron la delación.*

El escritor gallego interrumpe el Corrido de Diego Pedernales, lo que es una lástima: pero en el cuerpo del *Tirano Banderas*, novela de *Tierra Caliente*, aparecen otras coplas y cantares, y una vez el arranque de un romance:

*En borrico de justicia
le sacan con un pregón,
hizo mamola al verdugo
al revestirle el jopón, y al Cristo que le presentan
una señal de masón.*

“Llegaba el romance prendido al son de la guitarra”, escribe. Bien ha visto el lector que Valle-Inclán establece diferencia entre corrido y romance, al usar para cada caso el nombre correspondiente: Corrido de Diego Pedernales y Romance de verdugos y ajusticiados. Pero no sólo eso, sino que el lenguaje en cada caso es distinto, adecuado, si bien el segundo fragmento del corrido lo constituye una sextilla al igual que es sextilla el principio del romance, que tampoco continuó. ¿O será que el corrido se reduce a esos diez versos?

Dijimos en la *Alacena* pasada que un poeta de excepción –y Ramón María del Valle-Inclán lo era– podía componer romances y corridos que no se apartaran del todo del estilo popular, de los que inventa el juglar, el poeta anónimo y sin letras ni instrumento. Los dos breves ejemplos transcritos dan idea, por lo menos, de que el autor de *Romance de lobos* bien sabía que eran cosas distintas romance y corrido.

16 de septiembre de 1962

José Domingo Cortés, escritor chileno

Las historias literarias apenas si mencionan a José Domingo Cortés, chileno nacido en La Serena en 1839 y muerto en 1884. Escritor de escasa obra, de pequeña gloria debió ser para que se le tenga olvidado, aun en su patria. Un hijo suyo, según creo recordar, tuvo hace treinta años una librería de viejo

en la Calle de San Salvador, de esta Ciudad de México. Algo me habló de su padre, pero yo vivía entonces desordenadamente: iba caminando, sin tiempo para pensar en los sucesos del día, sino sólo en los del futuro y muy poco recuerdo de cuanto le oí.

Escribió Cortés algunos libros, no de creación, sino de índole erudita: *Diccionario biográfico americano*; *Historia de Bolivia*, entre otros. Cuando estuvo en París, representando a Chile en la Exposición Internacional de 1875, publicó en aquella ciudad un libro ahora ya de suma rareza, y olvidado: *Poetisas americanas. Ramillete poético del bello sexo hispanoamericanas* recopiladas por José Domingo Cortés (París, Librería de A. Bouret é hijo, 23, calle Visconti. 23 Méjico, Librería de A. Bouret e hijo, 18 San José del Real, 18, 1875) Entre las cincuenta poetisas allí reunidas se encuentran cuatro mexicanas: Dolores Guerrero, Isabel A. Prieto de Landázuri, Mercedes Salazar de Cámara y Ester Tapia de Castellanos. Ninguna nota de presentación, ningún apunte bio-bibliográfico, sino la sola selección de poesías de las poetisas de su preferencia.

Veintiún años más tarde, la propia casa editorial hizo una segunda edición, señal evidente de la fortuna con que corrió el ramillete. De estas dos ediciones hablamos alguna vez en estas *Alacenas*. Pero he aquí que no sólo existen esas dos, sino que hay una mexicana del mismo año que la parisiense: la que hizo *El Eco de Ambos Mundos*. Periódico literario dedicado al bello sexo publicado en esta ciudad en 1874. En nada se aparta ésta de aquéllas, si no es en el formato y en papel sumamente corriente, siendo las otras en papel tan fino. La portada reza así: Biblioteca del *Eco de Ambos Mundos Poetisas[americanas]/Ramillete poético[dell]bello sexo hispanoamericano/* recopiladas/ por/ José Domingo Cortés/ México/ Imprenta del Hospital Real número 3/ 1875.

El encuentro casual de este florilegio salido de las prensas mexicanas nos advierte una vez más que nunca podrá decirse que sabemos el número de las antologías, que es un vano alarde afirmar que las tenemos registradas en su totalidad. Cuando creemos que ya ninguna falta, nos sale al paso como ahora me ha ocurrido, una más que todos tenían olvidada o que nunca había llegado a nuestras manos, publicada en folletín, muy pocos tuvieron la curiosidad de encuadernar los pliegos en que apareció aquella antología. Y aunque ya estaba restaurada la república federal, no puede decirse que México estuviera en paz; todavía la prensa periódica padecía las peripecias de las épocas aciagas; periódicos y revistas nacían y morían todos los días. ¿Podría alguno en tan adversas circunstancias coleccionar libros, encuadernar folletines, salvar para

el futuro los frutos de las letras mexicanas? Alguno sí podía. A ése debemos que se haya salvado este ejemplar de las *Poetisas americanas* que hoy nos dio pretexto para este artículo, en el que casi nada pudimos *alacenar* y *minucear*, dos verbos que acuñó para mí Alfonso Reyes.

23 de septiembre de 1962

Fama y gloria literaria

Cosa extraña el éxito literario: suele alcanzarlo quien no lo merece; lo logra con dificultad, o le llega tarde y no lo goza quien tiene obra que lo acredite. Porque los gozos y bienes de la vida, o nunca llegan o nos llegan tarde. En la dificultad de lograr éxito, fama y gloria pensaba Alfonso Reyes cuando escribió que se debe trabajar el éxito como se trabaja el verso. “Trabaja tu verso, como trabaja tu éxito”, dijo. Poetas y escritores conocemos que ascienden de la noche a la mañana, inexplicablemente; mientras otros quedan en la sombra, en espera de que algunos, mientras viven, o así que han muerto, los levante y los eche a andar. ¿Qué es lo que ha sucedido? Nada. Sino que la fama y la gloria, y el éxito son así, se dan caprichosamente. ¿Ayuda la propaganda? Colabora, en efecto, pero eso tampoco explica todo. ¿Da el lector el buen nombre, el renombre, el éxito de mostrador? Lo da, qué duda cabe. Pero, ¿es legítima la consagración que otorgan las mayorías en materia de arte? Lo es con tal que sea una mayoría universal. Y en ese caso, hasta puede ser una inmensa minoría.

El caso más sorprendente de fama pasajera, ganada de un día para otro, es la de Amado Nervo, para hablar de un ejemplo del pasado y de nuestras letras. Nadie como él cosechó rosas y laureles. Los elogios que se escribieron para exaltarle formarían libros, si se reunieran; no hubo casi contemporáneo suyo que no le tributara una página de consagración, ni que no creyera en su genio y en la excelsitud de su obra literaria. Hasta los tules de la leyenda han contribuido a acrecentar su fama. Esa “turba locuaz de golondrinas” que escoltó su féretro a la entrada del puerto de Veracruz, es un regalo que muy rara vez hace el pueblo. Pero, ¿y su obra? Lo cierto es que Nervo ha venido a menos, cuando otros van de menos a más; Luis G. Urbina, por ejemplo. Quien se metiera al monte de su poesía quizá no encontrara que todas las ramas están cargadas de

flores y frutos, que la cosecha no fuera todo lo pródiga que se esperara. Y sin embargo no hubo poeta mexicano de su tiempo con más larga fama. Otra cosa era Nervo como persona, como ideólogo, como mexicano. Sólo recuerdo ahora que cuando asesinaron a Madero, se frotaba las manos de contento. Lo que no quita que repose en la Rotonda, que la Universidad haya publicado sus *Cartas* en que estas cosas se encuentran escritas.

En verdad, la fama es cosa peregrina. No la alcanza o la alcanza tarde quien la merece. La pierde quien se desposó con ella, regalo de la fortuna.

Si yo preguntara ahora cuántos han leído los poemas de Francisco A. de Icaza, correría el riesgo de quedarme sin respuesta que satisficiera. Con ser un poeta exaltante, de entonación tan elevada, de formas tan depuradas, que no se parece a otro, con ser de la más pura cepa nacional, Icaza es un poeta casi desconocido, por no decir que desconocido del lector de México. Seis veces lo menciona Carlos González Peña; una sola como poeta y ésa, para reducirlo, para negarle condición mexicana. ¿Había leído el maestro mexicano la obra lírica del autor? ¿Repitió algún juicio formulado en el extranjero en torno a la poesía del autor de *Efímeras*? Nada de lo que en elogio de Icaza escribieron excelentes críticos sirvió para atenuar el desdén, o indiferencia del autor, uno de los más famosos historiadores de la literatura mexicana.

La fama, la gloria, el éxito son así. Se alcanzan con dificultad, con desvelos y lágrimas, a veces. A veces, ni con eso. En cambio, es don del cielo para otros. Uno tuvimos que alcanzó gloria y fama y éxito legítimos, y un buen día los tiró a media calle. Pero de esto hablaremos otro día. Hoy quise traer al recuerdo de los lectores el nombre de Francisco A. de Icaza, un mexicano que se hombread con los mejores de su tiempo, en su tierra y en la ajena.

30 de septiembre de 1962

Fuga de maravillas

Los tesoros artísticos, bibliográficos y de otras muchas índoles que México ha perdido a lo largo de su historia, si se reunieran, haría falta un enorme edificio para contenerlos. Con sólo decir que casi no hay museo en el mundo en que no se encuentre parte de este tesoro, podrá el lector tener una idea de su inmensidad. Hace falta salir de México para tener una idea de lo que hemos perdido

desde que nuestra patria se abrió a la curiosidad y al estudio del mundo. Del primer día del Descubrimiento y de la Conquista data la fuga de las maravillas americanas al viejo mundo. En tan largos años cuántas prendas y joyas pasaron de nuestras manos al extranjero, en donde, por fortuna, se guardan con un celo que nosotros no supimos. Hace treinta años, para poner un ejemplo, y sin salir de América, existía en Oaxaca un ejemplar de la *Geográfica Descripción* de fray Francisco de Burgoa. Allí pudieron verlo quienes asistieron al Primer Congreso de Historia. Un ejemplar magnífico, de la primera edición del 1600. ¿Cómo y cuándo ese tesoro pasó a Berkeley, California, donde pude admirarlo, pero no tenerlo en las manos, en 1936? Se guardaba como joya que es, en una pequeña vitrina, perfectamente iluminada, para que más resaltara su valor, y como para que los mexicanos que visitan la gran Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley, se den cuenta de la manera que hay que cuidar una riqueza. He dicho que pude contemplarla, pero no tenerla en las manos. Y así es. Lo que un lector y visitante puede estudiar, o simplemente tocar, es la segunda edición, la que hizo el Archivo General de la Nación, en 1935, si nuestra memoria no yerra, pues ya sabe el lector que escribimos lejos de nuestros libros, confiados en el recuerdo.

Para consultar el *Vocabulario castellano-zapoteco* de fray Juan de Córdoba, hicimos viaje especial a Providencia, Rhode Island, en cuya John Carter Brown Library existe un ejemplar, también resguardado con todas las precauciones que lo preserven de pérdida y de deterioro.

En la Middle American Research de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans existen muchos de estos tesoros. Su director, en los días en que estuve allí, Franz Bloom, cuidaba las piezas mexicanas antiguas que la institución había logrado reunir con una devoción que no he visto nunca en ninguna otra parte. Las prendas mayas, por ejemplo, estaban envueltas en un halo que se dijera religioso, sagrado. Se les daba el mismo trato que un creyente diera a un santo, a una reliquia, a un objeto divino. Entre las cosas más veneradas se encontraba un libro oaxaqueño, en manuscrito original, de Leonardo Levanto: *Protocolo y razón sumaria del convento y archivo de Santo Domingo...* que todavía estaba en Oaxaca en la primera década de este siglo.

¿Cómo salió de Oaxaca? Esta pregunta sí podemos responderla: la sacó William Gates, un aventurero norteamericano que logró sorprender no sólo a los mexicanos, sino a los propios norteamericanos. Con lo que obtuvo en sus excursiones por México, durante los primeros tiempos de la Revolución, hizo

un catálogo que luego ofreció en venta, tras de obtener copias fotostáticas y manuscritos que vendió anticipadamente. Mientras los mexicanos, dice más o menos, en el prólogo de su catálogo, se mataban, yo solté a mis sabuesos a que cazaran las mejores piezas. Y las cazaron. Entre ellas, el manuscrito de Levanto.

He recordado todo esto al leer un artículo de Eric J. Thompson –*Estudios de cultura maya*, vol. II, pp. 11-15– en que se habla del misterio del *Diccionario Maya* de Solana; Thompson alude en su trabajo a William Gates. No es difícil que este cazador de libros –llamémoslo así– haya creado ese misterio al falsificar una copia del famoso *Diccionario* de Solana.

Eso era lo que yo quería contar a los lectores.

7 de octubre de 1962

Tirso Rafael Córdoba

Córdoba (Pbro. Tirso Rafael). Poeta mexicano. Floreció en el último tercio del siglo XIX. Sus composiciones sagradas fueron elogiadas. Escribió un *Manual de literatura*. Eso es todo lo que acerca de Córdoba nos dice el *Diccionario de geografía, historia, y biografía mexicanas* por Alberto Leduc, Luis Lara y Pardo y Carlos Roumagnac, publicado por Bouret a principios de siglo. Los otros autores de biografías mexicanas que recordemos ni siquiera lo mencionan.

No fue el *Manual* la única obra publicada por Tirso Rafael Córdoba. Publicó otros pequeños textos: de historia, de geografía y multitud de artículos en periódicos y revistas de su tiempo. Una de las cosas más curiosas de su bibliografía la constituyen las *Cartas a Fausto*. Escritas desde un pueblo de la sierra del norte de Puebla, por “El cura de aquel lugar” (México, Imp. De I. Escalante y Compañía, Bajos de San Agustín, núm. 1, 1871).

Acaso usara más de un pseudónimo. Juana Manrique de Lara y Guadalupe Monroy de Baigen, en su libro *Seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos, antiguos y modernos*, nos dan uno solo: “El cura de la sierra”, ya aludido, y que también pudiera ser “El cura de aquel lugar”, como reza la portada. Y Fausto, ¿quién era? El mencionado libro de Manrique de Lara y Monroy de Baigen registra ese nombre de pluma como usado por Lorenzo Rentería, que no sé por qué me suena a autor de nuestro tiempo y no aquellos de Córdoba,

último tercio del siglo pasado, pues murió en la ciudad de Puebla en diciembre de 1889, habiendo nacido en Zinapécuaro, Michoacán, en enero de 1838, de acuerdo con el libro de Mestre Ghigliazza: *Efemérides biográficas* (Defunciones. Nacimientos).

Era Córdoba abogado, presbítero, periodista, historiador, literato. En un ejemplar de las *Cartas a Fausto*, de Francisco López Álvarez, taquígrafo parlamentario, tan capaz como lo es bibliófilo, aparece una dedicatoria, en la que, sin embargo, Córdoba niega su calidad de cura. Dice así. “A su amado hijito José Rafael, su padre. El Autor. Estas *Cartas a Fausto* aprenderás con tesón, con cuidado y con premura. Recordando a tu padre, que de Cura, sólo tiene *lo cura*, y nada más”. Si alguna evidencia faltara para documentar ese pseudónimo de Tirso Rafael Córdoba esta dedicatoria bastaría.

¿De qué tratan las *Cartas*? Lo diremos otro día. Baste decir ahora que son polémicas y en ellas defiende el autor su credo conservador.

14 de octubre de 1962

Alcance y significado de las traducciones

Siempre se han traducido libros en México, aunque en ninguna época como en el siglo pasado y en nuestros días. Muchas razones explican este fenómeno; de entre ellas dos quisiéramos destacar: es la una, la poderosa imantación que ejerció siempre sobre nuestros espíritus toda índole de manifestación cultural extranjera. A tal extremo suele llegar esa imantación, que autores hemos tenido que han firmado traducciones como obra propia, sin contar a aquellos que se han complacido en imitar y calcar creaciones ajenas y publicarlas como suyas. La otra razón pudiera ser la apetencia de algunos escritores mexicanos de darle a la cultura patria una proyección universal, de reducir el carácter local, cuando no aldeano de nuestras letras. Porque, como afirmó Ignacio Manuel Altamirano, la traducción de una obra maestra de la literatura a la lengua nacional, la enriquece con obras que mucho tienen del ingenio, del espíritu y alma del traductor.

Está por escribirse un capítulo de la historia de la literatura mexicana referida a las traducciones que pueda mostrar la amplitud y el significado que ha tenido en su desarrollo la versión a nuestro idioma de obras maestras de

la literatura universal. Muy bien sabían el significado de las traducciones los publicistas del siglo XIX, testigos de una lucha en que a punto estuvo de zozobrar la república. Traducir libros esenciales fue una forma de reforzar la certeza de que México era una parte de ese mundo y era legítimo el orgullo de tenerlo como cuna. Escritores, periodistas, poetas que a la vez eran hombres de acción, quiero decir políticos, tuvieron como parte de sus tareas la lectura y el traslado a nuestro idioma de cuanto significaba modelos de belleza y de ideas. Pero no sólo; se tradujeron también libros en los que México padecía el desdén y la incompreensión de quienes sólo lograron verlo por fuera, en la cáscara y en la costra, incapaces de penetrar el subsuelo, sin aquella pica y pala que decía Nietzsche eran indispensables para entender a los pueblo remotos y extraños. La lectura de obras tales sirvió para que los mexicanos más alertas indagaran qué tan legítimo era su orgullo nacional y hasta dónde eran vanas las manifestaciones extranjeras en su contra. En esta tarea estaban los mejores mexicanos hace cien años. ¿Quién no recuerda que Francisco Zarco al propio tiempo que preparaba discursos, elaboraba leyes, escribía crónicas y artículos al por mayor, vertía al español libros que creía útiles para el robustecimiento del sentimiento de independencia y libertad?

En nuestro siglo aquella actividad no ha cesado ni disminuido, sino que por el contrario vive y se agranda. El conocimiento de lenguas extranjeras, hace cien años preservado por unos cuantos, parece ahora formar parte de una educación digna de tal nombre. La lectura de libros de idiomas extraños al nuestro es ahora cosa regular y corriente. Pero hace todavía medio siglo hacía falta que algunos tradujeran para el lector que desconocía otros idiomas, a escritores y poetas, novelistas y ensayistas de otras latitudes, a efecto de que no quedaran sin gozar los frutos del ingenio humano.

Recuerdo ahora a Daniel Castañeda, traductor de Paul Verlaine, a quien conocía y amaba como el que más pudiera amarlo y conocerlo. Sus versiones de *Poemas saturnianos*, *Fiestas galantes* y *Romanzas sin palabras*, sirvieron a jóvenes escritores y poetas de ahora cuatro décadas para darle a sus creaciones una dimensión que comprendiera al mundo. Cuál fuera el valor artístico de estas y otras traducciones de Daniel Castañeda será motivo de una próxima *Alacena*.

21 de octubre de 1962

Daniel Castañeda y su sentido de la rima

Muchos fueron los temas que atrajeron a Daniel Castañeda. En todos puso pasión, inteligencia y trabajo. Y en todos cosechó laureles. Arqueólogo, crítico literario, musicólogo, ensayista, poeta siempre, sus libros alcanzan hasta cerca de una veintena. Del valor de su obra han hablado los que más saben de estas cosas, siempre con elogio.

Lo conocí allá por el año de 1926, en casa de María del Refugio Lomelí, a un costado del Jardín de San Fernando. Aquella noche tocó el piano y disertó largamente sobre música, así antigua como contemporánea, de México y del mundo. Luego dijo de memoria poemas suyos y traducidos de Verlaine, de Baudelaire, de Rimbaud, y otros poetas franceses, igualmente grandes y famosos. Expuso, con los ejemplos necesarios, su teoría de la rima y de los metros, que entonces nos pareció original y novedosa. Porque Daniel Castañeda pensaba –con los artistas clásicos y románticos– que la rima era un elemento de belleza en la poesía, pero sentía que la rima clásica no era la única posible. De esa idea partió para elaborar todo un tratado de la rima, coincidiendo sin él saberlo, con otros autores y poetas del pasado y del presente. Ésa que parecía su mayor aportación se ve reducida cuando se recuerda que no sólo en España, sino también en América, se habían ideado y puesto en práctica aquellas que se creyeron descubrimiento, hallazgos e inventos de Castañeda. Nuestro Alfonso Reyes ha recordado que Julián Gutiérrez Dávila usó de esas *semiconsonantes* o *acordes* (“batalla, estrella, maravilla”) que tiene vagos antecedentes de Jorge Manrique, Esteban Manuel de Villegas, Quevedo, Sor Juana, y por Jules Romains y Georges Chennevière, aparte de que lo hayan empleado poetas españoles contemporáneos como Enrique Díez-Canedo, desde 1910 por lo menos. Y, ¿no usaron de semiconsonantes o acordes Jaimes Freyre, Manuel González Prada, con las explicaciones respectivas? Quizás por influjo de las teorías de Castañeda, y por los versos en que las puso en práctica, un joven poeta chiapaneco, Armando Duvalier gusta de ejercitarse en tan difíciles y peligrosos juegos de ingenio y artificio.

La obra lírica de Daniel Castañeda queda en gran manera señalada por esas preocupaciones métricas. Tanto llegó a encariñarse con su teoría de la rima, que no sólo era motivo de sus disertaciones y charlas de café, sino que llegó a postular que eran el principal elemento de belleza poética, sin contar que era la mayor muestra de maestría. Su dominio de los metros, evidente en

sus traducciones, justifica aquellas herejías. Porque sólo quien ha obedecido las leyes, puede violarlas. Sólo quien señorea las formas puede escribir versos libres, puede intentar nuevas rimas. Sin embargo, la preocupación por tales artificios repercute negativamente en su obra lírica personal, le resta espontaneidad, pone cenizas donde debiera haber brasas. Veámoslo en un ejemplo, tomado al azar:

*Amor y forma en desinencias libres:
 ¡Lináloe que destila por las ramas
 y yergue las orejas de las liebres
 en el campo de pluma de las rimas!
 Curvatura de amor en que flotamos
 sin el lastre carnal de nuestras bocas
 para vivir la vida de los mimos
 y dormir en la noche de las lacas...*

Había en Castañeda un sentido de la tierra, una fidelidad a México, una entrega a cuanto fuera nuestro, que siendo un liberal, un laico, un revolucionario mexicano, cantó por igual las gestas de la Revolución y los milagros guadalupanos, ni más ni menos que lo hicieran en su tiempo dos escritores y poetas chinacos: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano. Cuando lo hizo, no faltó quien le afeara aquella aparente contradicción. Después de los años puede verse que Daniel Castañeda, en fuerza de mexicano cabal, logró conciliar y reconciliar cosas opuestas, pero sólo en apariencia opuestas. No hay verso suyo que no contenga un latido de tierra propia, entrañable, amada sin reservas. ¿No vale eso por el mayor de los aciertos? ¿No es gloria suficiente haberse afanado por oír y luego transcribir un mensaje que le llegaba a través de los años hasta el dolorido pecho? De veras merece lauros Daniel Castañeda.

28 de octubre de 1962

El Gallo Pitagórico

Uno de los grandes periodistas del XIX fue don Juan Bautista Morales, mejor conocido y recordado a través de su *Gallo Pitagórico*, que por su larga lucha

iniciada desde 1843. Y no por capricho. *El Gallo* es una síntesis de sus dones mentales, a la vez que el conjunto más abigarrado de los temas mexicanos. Todo está allí: la diatriba, la burla, el insulto, la queja, la esperanza, todo sazornado por un profundo, doloroso amor a la patria y al pueblo mexicanos.

Como *El Pensador*, como el Dr. José María Luis Mora, como Guillermo Prieto, este autor no tenía preocupaciones literarias, lo que no quiere decir que no tuviera capacidades literarias, que las tenía y era, además, hombre de vastas lecturas. Sino que su labor apuntaba, tenía como su más firme propósito ser entendido por el pueblo cuya cabeza está a la altura del suelo que pisa, a fuer de real, de primitivo, de expoliado. Y cuando Morales creía haberse hecho entender, detenía toda preocupación de estilo. Quizá esto ha hecho que los redactores de historia de la literatura mexicana, tan buenos gramáticos, pero tan modestos ideólogos, no le hayan consagrado un párrafo, así fuera para elogiar su calidad ciudadana.

De mucha mayor edad que sus compañeros de combate, Juan Bautista Morales tenía tras sí, cuando fue a ofrecer espontáneamente su concurso a *El Siglo XIX* en la lucha contra Santa Anna, un largo historial político y periodístico, como ya hemos recordado en otra parte, desde el 23, cuando en *El hombre libre* –título que luego sirvió a una oposición estéril– primer periódico que fundó y en el cual peleó por la democracia. Había sido también redactor de *La Gaceta*, bajo Guadalupe Victoria, y tomado parte, según el testimonio de Francisco Zarco, su mejor biógrafo, en los empeños libertarios de Vicente Roca fuerte, Andrés Quintana Roo, Manuel Gómez Pedraza, Juan Rodríguez Puebla, cuando se editaba *El Fénix de la Libertad*.

Federalista convencido y militante, fue, sin embargo, respetado cuando su partido fue derrotado, en su cargo de Magistrado a la Suprema Corte, aunque hubo de renunciar al cargo dada la irregularidad de los pagos, pero volviendo a ejercerlo merced a las instancias de sus amigos. Acérrimo enemigo de las Bases Orgánicas que establecían el centralismo bajo la dictadura santaannista, tocó al dictador en *El Siglo XIX*, quien halló ocasión para encarcelarlo por la publicación de un artículo sobre la cuestión de Texas. Su detención, como en el caso de Roca fuerte, provocó una gran expectación en la capital e hizo que grupos numerosísimos de ciudadanos concurrieran a visitarlo en una especie de manifestación táctica contra Santa Anna.

Volviendo al *Gallo Pitagórico*, cuyo nombre aludía a la pasión enfermiza de Santa Anna por los gallos, a la vez que a todo el folklore mexicano que rodea a

este animal, diremos que Juan Bautista quiso con él saltar al palenque de la política mexicana, armado de razón, de exactitud. Nació este periódico, según su mismo autor relata, con el fin de marcar aquellos acontecimientos que podían formar época en nuestra república. Por ello, no tenía plan fijo, sino que fiel a una tesis política, iría cumpliendo sus fines al ritmo de los hechos de nuestra azarosa vida nacional. Propósito que fue fielmente cumplido, según podemos ver y se desprende de unas palabras que Morales consignó en una segunda edición de su obra, una de las más eficaces y a la vez curiosas de las letras mexicanas.

4 de noviembre de 1962

Letra de Zorrilla

¿Recuerda el lector aquellas sombrías palabras de Oscar Wilde, contenidas en *La balada de la cárcel de Reading*? Son aquellas con que nos advierte que no hay crimen que no podamos cometer, “porque nadie sabría decir hasta qué rojo infierno puede extraviarse su alma ciega”.

Yo las he recordado en estos días a propósito de José Zorrilla, el ingrato, el veleidoso, el inconstante autor del *Juan Tenorio*. Todavía se le aplaude en esa obra, aun se pueden leer algunas de sus poesías, a ratos hasta llega a subyugar con sus sonoros versos y con su “funesta facilidad”, pero algo se levanta dentro de nosotros para condenarlo, para echarle en cara que tan mal hablara de México, después de haberle jurado amor y de haber protestado constancia en aquella afición. Ojalá, dijo, que México no se arrepienta alguna vez de haber adoptado a su hijo. Y México se arrepintió y todavía no le perdona aquel extravío. En cambio, parece haber olvidado que algunos mexicanos de elección sirvieron a Maximiliano y al Imperio, y les ha levantado estatuas, y ha bautizado con su nombre calles, y los menciona entre sus glorias más legítimas. ¿Por qué no ha podido, o no ha querido perdonar las faltas de José Zorrilla? Porque era extranjero, sin duda. Porque sólo podemos condenar lo que amamos, lo que es nuestro, lo que queremos mejor, así esté errada nuestra perspectiva. México no ha podido olvidar que recibió a Zorrilla como a un hijo, que lo colmó de honores, que sus más grandes poetas, ideólogos, pensadores y ciudadanos le tributaron férvidos homenajes. Para que él, olvidadizo, siempre gobernado por la pasión, escribiera el *Drama del alba*, feroz diatriba contra una patria que proclamó suya.

Y sin embargo, nunca la olvidó y odió del todo. Anciano, postergado por los suyos, cuando ya no valía lo que dijeron, se complacía en recordar algunas cosas de México, se filtraban en sus poemas y en su prosa, palabras y versos que aprendió entre nosotros en su larga estancia de once años. ¿No dijo que se sentía *achicopalado*? ¿No escribió diez años después de haber vuelto de España el “Jarabe Mexicano”, en el que se le cuelan estos renglones: *y es el baile de la tierra,|y opinión es general,|de que ahuyenta toda cuita,|y que tal virtud encierra| que a los muertos resucita*? ¿En dónde, si no aquí, en las fiestas a que era tan propicio, pudo oír el “Jarabe Loco”, *que a los muertos resucita | salen de la sepultura| moviendo la cabecita*?

Silenciaron su nombre, pero bien que se aprovecharon de sus ocurrencias, agudas y punzantes, acerca de México y los mexicanos. Yo no le guardo rencor, como no se lo guardo a los mexicanos que en el drama de hace un siglo se volvieron contra su patria, a fuerza de amarla, y estuvieron en un tris de estranglarla, para que se cumpliera la expresión zapoteca de que el mono mata a sus hijos por extremar sus caricias. Tengo presente, para compadecerlo, las palabras de Wilde. Y vuelvo de tarde en tarde a sus libros, no tan malos como para que algo quede. Y así encuentro ahora un texto musical, con letra de Zorrilla, publicada en Madrid, en 1872:

Aparta de tus ojos la nube perfumada| que el resplandor nos vela el que tu semblante da,|y viéndonos, María, tu maternal mirada,| donde la paz, la vida y el paraíso está. | Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;| tú, flor del paraíso y de los astros luz,| escudo sé y amparo de la mortal flaqueza,| por la divina sangre del que murió en la cruz.

Faltan dos cuartetos, que la música de Lázaro Núñez-Robres no incluye. El poema “A María. Plegaria” es bien conocido, pero dudo que lo sea igualmente la música. Por eso, y para recordar a Zorrilla en este mes de noviembre que parece suyo, quise traerlo a esta *Alacena*.

11 de noviembre de 1962

Juan Valle, el poeta ciego

Ya nadie recuerda en nuestros días a Juan Valle, el poeta ciego. Mejor. Porque de recordarlo, sería para decir que era un poeta secundario, rupestre, sentimental, que nunca remontó el vuelo. Sorprende que Carlos González Peña

lo mencione, cuando a tantos con más nombre dejó en el olvido. Admira que Julio Jiménez Rueda le consagre una línea, si a Juan Bautista Morales, el gran periodista del siglo XIX, mantuvo en las sombras hasta las postrimerías de su vida. Y esa línea, entrecomillada, la traslada de don Carlos.

La atención que González Peña prestó a la obra y a la vida de Juan Valle, quizá se debiera a la casualidad que pudo poner en sus manos el tomo de sus *Poesías*, publicadas por Ignacio Cumplido en 1862, ahora un siglo, con prólogo de Francisco Zarco, hombre y escritor por igual inteligente y emotivo. Porque, en efecto, el autor de la *Historia de la literatura mexicana* sigue a aquel escritor y a José María Vigil, que vino después. A los dos cita, glosa y amplía. Pero no deja de consignar sus juicios personales, en que alternan el elogio y las censuras así en el rosal las flores y las espinas, que porque han de punzar es que las tiene la flor.

Valle se inicia en las letras en 1854, a la edad de dieciséis años. Sus primeras composiciones fueron recibidas con unánime aplauso: por lo que tenían de presagio, de promesa y también, porque siendo ciego, provocaba admiración aquella su voluntad de consagrarse a las letras, sin manera de bastarse a sí mismo. Otro le leía los libros y recibía al dictado sus poemas, que Valle componía, pulía, limaba mentalmente, durante largos, penosos y arduos trabajos. En 1855, estrena en Guanajuato, su ciudad natal, un drama, *Misterios sociales*, que tiene mucho de autobiográfico. Eran tiempos de discordias civiles. El ciego que no podía empuñar una espada en defensa de los derechos del pueblo, tuvo para la causa de la libertad, brillantes inspiraciones y cánticos de entusiasmo, dice Zarco. Y González Peña, mejorando tal expresión, escribe que Valle abraza la causa democrática, y la sirve, si no con la espada, con la lira. ¿Qué otra cosa podía hacer el poeta ciego, sino poner el estro al servicio de sus convicciones? Y ganó, y ayudó a ganar batallas. ¿Qué armas tenía?, pregunta Zarco. Y se responde: “La inteligencia y la palabra, que siempre inquietaron e hicieron temblar a los tiranos”.

Los tiranos y los opresores no le perdonaron: el partido del orden no podía perdonarle, pese a la ceguera del poeta: en junio de 1859, los turiferarios, los constabularios, los esbirros lo sacaron violentamente de su casa, lo pasearon por las calles, estimulando —dice Zarco— a un populacho fanático a que lo insultara y lo apedreara como hereje, y lo encerraron por fin en la cárcel, confundiénolo entre los criminales, que tuvieron más piedad del pobre ciego que los heroicos defensores de la religión. Ni una queja exhaló Juan Valle, ni se

arrepintió, ni solicitó clemencia, que es condición de la verdad y las convicciones morir por ellas, sin que la solicitud de indulto y gracia y compasión venga a reducir la gloria del luchador.

Desterrado, recorrió muchos lugares del país, y en todo hizo amigos, buscó el contacto de sus compañeros de ideario y de la profesión de las letras, que tuvo como su más alto destino.

Su obra se resiente de muchos defectos, más del tiempo y de las circunstancias de su vida, que de sus condiciones personales. Lo cegó el brillo de la escuela romántica, y cuando quiso huir de sus defectos, incurrió en cierto amaneramiento y falsificaciones de la verdadera inspiración. En sus composiciones patrióticas hay fuego, entusiasmo y un tal ardor que no puede sino comunicarse y repercutir en los lectores, aún en nuestros días.

Era un poeta menor, es cierto. A veces muy menor, también. Pero fue un ciudadano de primera. Y quisimos recordarlo ahora que sus *Poesías* cumplieron un siglo de publicadas.

18 de noviembre de 1962

Antonio Ros, el médico escritor

Los viajes maduran, antes o después. Como el poeta, el viaje nace y se hace. Lo sé ahora que he leído el libro de Antonio Ros: *Evocación de la India*. Ros no pensaba viajar: una circunstancia fortuita determina un viaje que no estaba en su mente. Sucedió que la inesperada enfermedad de un famoso médico español, Barraquer, decide que Antonio Ros ocupe su sitio cuando no había pasado por su mente hacerlo. Como el pintor que decía Samuel Butler, debe llevar pronto el lápiz y el cuaderno de apuntes para consignar las líneas de un paisaje, la tonalidad de una tarde, el fugaz parpadeo de una idea, así Ros lleva un diario para consignar en sus páginas los acontecimientos más importantes de la aventura, que siempre fue una aventura viajar.

Antonio Ros no pensaba dejar su tierra. Recién graduado médico, ninguna otra cosa que no fuera capacitarse, esto es, aprender a levantar la aguja mientras llegaba la hora de levantar la espada, le atraía. Pero he aquí que una circunstancia casual lo pone en trance de dejar su tierra y el ámbito de su tierra, para conocer otras remotas, peregrinas, recónditas. Un viaje a la India,

así, de repente, ciertamente, no estaba en los planes de Antonio Ros. Un viaje prematuro, un viaje que el tiempo iba a madurar.

El viajero alucinado anota todas las noches, así que el día ha rendido toda su cosecha, en su pequeño cuaderno, lo que va viendo, lo que va sintiendo. Como es un poeta, quiero decir, como es un hombre que sabe sentir, ase con mano y mano habilísima el momentáneo fulgor de una idea, el instantáneo suceso, la relampagueante reflexión.

Ocorre entonces que aparece la mujer, sin la cual como que no hay suceso trascendente, sin cuya presencia como que las cosas carecen de sentido. Son ellas, decía Mariano José de Larra, las que dan la fama. No en balde en la maravillosa lengua francesa, *femme*, se pronuncia casi como fama.

El joven Antonio Ros, mientras el barco navega mar adentro, viaja pupila adentro de una princesa hindú, que lo ha flechado. Ya no ha de vivir, sino para amarla. Ya desde ese instante, amar es su solo ejercicio.

El diario crece mientras el barco camina por la inmensa mar, mientras toca puerto, mientras viajeros y marineros tocan tierra. Uno solo ha perdido el sentido, ha errado la vía; no quiere llegar pronto ni tarde, porque ya no va a ninguna parte, ni busca ya nada, que se ha encontrado a sí mismo antes de darle la vuelta al mundo.

¿Qué ha ocurrido con la novia que dejó llorosa en la estación? Ella dio al desmemoriado, como en el poema de José Martí, una almohadilla de olor, cuyo perfume se ha esfumado, se ha ido lejos y se ha perdido dando sitio a este otro que, nuevo, ya tiene lejanía, quiero decir, recuerdo, horizonte. Porque no otra cosa hace Ros que acumular futuro, acarrear perfumes para retener las horas gratas del pasado. Con esas briznas, con esas sílabas, que no llegaron a palabras, ha organizado ahora, a la vuelta de muchos años, este libro encantador, *Evocación de la India*, que sólo adquirió forma cuando maduro, cuando tuvo lejanía que es sinónimo de tristeza, de melancolía.

Mientras cuenta Ros las estaciones del viaje, del romance, quiero decir de la novela, imparte al lector una lección de historia de la India, una clase de geografía, una de arte, otra de religión, una más de mundanidad y, siempre, una de belleza, de elegante decir, de trémulo y dolido sentimiento.

No. No fue novio de la princesa hindú, que fue su hermano, que no quiso, y si quiso no pudo, escalar la cumbre donde no ella, sino él, para su dicha y desventura, la colocó. Voluntariamente aceptó su vasallaje, la esclavitud gustosa y bendecida.

Y ¿cómo expresión literaria qué es *Evocación de la India*? Baste decir que es el libro de un hombre, más que de un escritor, lo que vale más. Porque, según he leído en alguna parte, de los hombres se hacen los mártires, los papas, los santos, los apóstoles, los héroes, los escritores. Y eso, un escritor, es lo que tú eres, Antonio Ros.

25 de noviembre de 1962

Apuntes para la guerra de los Estados Unidos

Guillermo Prieto ha contado en *Memoria de mis tiempos*, las circunstancias en que fue redactada una de las obras más importantes de la historia patria. Tras la derrota de 1847, el gobierno de la república se trasladó a Querétaro, acompañado de abigarrada multitud que más parecía que se encaminaba a una feria: próceres y sirvientes, empleados y vagos, pizpiretas alegres y madres de familia agobiadas con el niño que llevaban en brazos, la maleta y el plumero, el anafe para improvisar comida y la guitarra, como esperanza muda de futuro solaz. Así entraron en la ciudad y se repartieron por mesones, casas particulares y conventos. Godoy, Muñoz Ledo, Cardoso, Lacunza; José María Lafragua, Ignacio Comonfort, Ponciano Arriaga, Manuel Payno, lo más granado de México estaba allí, dividido en dos grupos: los que querían la guerra y los que optaban por la paz, bien vista la imposibilidad de resistir a enemigo tan poderoso. Los dos grupos, que no eran de ninguna manera enemigos, puesto que ardían por igual en sentimientos patrióticos, se reunían a discutir, a formar planes, a soñar con un futuro menos cruel. En la casita de Prieto tenía lugar una tertulia matutina, presidida por Pedraza; Mariano Otero asistía con una provisión de bizcochos en los bolsillos del pantalón; José María Iglesias, cabizbajo, seguía a Otero, rascándose con el dedo meñique la calva precoz; Payno zurcía una leyenda fantástica y llena de sal, Prieto...

Prieto, al rememorar aquellos días, dejó testimonio de cómo les vino la idea de contar los sucesos de la guerra con los Estados Unidos. Con frecuencia –escribe– se refería cada uno a sus aventuras y campañas, y esto dio origen a la formación de los *Apuntes para la guerra de los Estados Unidos*, allí engendrados, allí corregidos y de allí desplegando sus alas vigorosas para recorrer el país

sobre los recientes campos de batalla, produciendo a sus autores amarguras, duelos, quebrantamientos de huesos y odios entre la benemérita clase y el inmortal $\frac{3}{4}$, como llamaban los tunos al general Santa Anna.

La boga de que disfrutaba *El judío errante* de Eugenio Sue, lo conocido de todos y la manía de muchachos de poner nombre a todo, venga o no venga al caso, hizo que se acomodaran los nombres de la novela a varios de los redactores de los *Apuntes* y que se llamaran “La familia de Renepont”.

A los testigos presenciales de los hechos se encomendaron las relaciones de batallas, y a los que intervinieron de algún otro modo, los trabajos de otro género, de relaciones que eran examinadas, discutidas y aprobadas o reprobadas con la mayor imparcialidad.

Así es que los artículos o secciones de la obra pueden dividirse así: “Introducción”, Prieto; “Origen de la guerra”, Iglesias; “Rompimiento de hostilidades, etcétera”, Iglesias, con datos y mapas de Barreiro, Segura, Carrasco y archivo Arista; “Monterrey”, Prieto, con datos de Manuel y Luis Robles, Ampudia y P. de Llano; “Permanencia del ejército en San Luis”, Schiafino; “Abandono de Tampico”, etcétera”, Iglesias, Prieto, con datos de J. Barreiro; “Retirada del ejército, Angostura”, Prieto, con datos de Schiafino, Barreiro, Alejo Segura, Micheltorena; “Polkos y puros”, Payno; “Batalla de Sacramento”, Urquidí y Muñoz; “Veracruz”, Castillo Velasco; “Cerro Gordo y Orizaba”, Urquidí, que fue el ayudante de Santa Anna; “Abandono de Perote y Olla”, Urquidí, etcétera; “Presencia del Gral. Anaya”, Prieto; “México el 9 de agosto”, Prieto; “El Peñón”, Prieto; “El Ejército del Norte”, Iglesias con datos de Schiafino, Barreiro y Segura; “Padierna”, Prieto; “Puente de Churubusco”, Saborío; “Convento de Churubusco”, Saborío y Schiafino; “Armisticio”, Iglesias; “Molino del Rey”, Prieto; “Chapultepec, garitas, etcétera”, Prieto.

De los autores de los otros artículos –concluye Prieto– no tengo certeza, porque habiéndose hecho el Sr. Payno cargo de la conclusión y publicación de la obra, él coleccionó los últimos artículos con los datos que le seguimos suministrando todos.

No todos los autores mencionados aparecen como redactores de los *Apuntes*; faltan algunos y se incluyen varios no mencionados, por ejemplo, Félix María de Escalante, Ramón Alcaraz, Ignacio Ramírez y Pablo María Torrescano.

Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos apareció publicado por la Tipografía de Manuel Payno (hijo), en México, en 1848. La “Introducción”, que aparece anónima, es de Prieto. Vea el lector qué útil es

que los que algo han vivido escriban Memorias, pues la vida de los hombres no es ajena a la vida de los pueblos.

2 de diciembre de 1962

Oaxaca, nueva Babel

Afortunado estuvo el que dijo al ver el número tan alto de lenguas que se hablaban en la primitiva Oaxaca, que ésa era un nuevo Babel. No hay, en efecto, otro lugar de México donde sean tantos y tan diversos, idiomas y dialectos; en que el lenguaje varíe, a veces, en la sola distancia de unos cuantos metros. Con frecuencia, basta el cruce de un río para que dos pueblos, que son el mismo por la raza y la cultura, para que nos encontremos con que la lengua ha variado, sea distinta su entonación: palabras que en una sección no se usan, en ésta son moneda corriente, propias, distintivas. El viajero no advierte este fenómeno y queda reservado a los nativos, que suelen en sus conversaciones imitar entonación, valerse de voces, giros y particularidades del habla ajena para indicar el origen de los personajes que intervienen en diálogos, cuentos y chistes. Entre Juchitán, pongamos por caso, Tehuantepec, Espinal, Ixtaltepec e Ixtepec –estos tres últimos sobre todo– no media en total sino unos cuantos kilómetros, y, sin embargo, cada uno habla a su manera el zapoteco. Todos nos entendemos porque se trata de un mismo idioma, pero cada uno conserva una fisonomía propia, palabras que les son exclusivas, que otro, aunque las sepa aplicar, no usa en su habla habitual y cotidiana. Voces viejas, del pasado remoto, encontramos en todos esos pueblos; las sabemos nuestras, pero nadie las usaría sino aplicada a este o aquel pueblo, frecuentemente para provocar hilaridad.

Tal es la abundancia de idiomas en Oaxaca, que pueblos hay que son tetralingües: en Santo Domingo Petapa, un gracioso pueblecito del Istmo, se hablan dos zapotecos –uno, el del Valle– el mije y el español, indistintamente, en una misma conversación. Otros habrá en que se pueda hablar un número mayor, según la proximidad de las razas o su importancia, que permita un intercambio más importante y más frecuente.

Parece natural que el español que se habla, o que suele hablarse en algunas de estas zonas, quede marcado por los idiomas indígenas con que alterna.

El que se habla en algunos pueblos del distrito de Juchitán, como en Ixhuatán, Reforma, Niltepec, Zanatepec, y que es el que conozco y hablo, es una suma de palabras castizas, mexicanas, zapotecas, huaves, africanas, mayas, mijes, zoques, en fin. La proximidad de esas poblaciones con el estado de Oaxaca, sobre todo en el extremo sur de Oaxaca, explica el parecido del español que hablan con el de la región sureste de México. Algunas de esas hablas se han estudiado ya. La maestra mexicana Gutiérrez Eskilsen lo ha hecho con el de Tabasco, digamos, para recordar un solo caso.

Muchas de esas voces se encuentran en algunos de los numerosos libros que tenemos sobre el español de América, en México, en este caso; pero otro gran número no aparece registrado por las autoridades en la materia, y hay que buscarlas en estudios especiales de otros pueblos americanos. Así ocurre con las voces de origen africano, que se creyeran cubanismos, no siéndolo, pues nacieron en Oaxaca, entre los negros que vinieron a trabajar en minas y trapiches desde los siglos XVI y XVII.

Reunir estas voces, estudiarlas y darlas a conocer es una idea que tienta por su utilidad y provecho para el estudio del español de México. La cosecha de voces sería muy rica y la investigación reserva a quien la intente muchas y aleccionadoras sorpresas. Cuántas veces una palabra que todos creyeron en desuso o jamás usada en México nos sale al paso cuando menos lo esperamos. Ésta que tiene una traza, una apariencia, una fisonomía estrafalaria es el resultado de una voz que, tras secular peregrinaje vino a quedar aquí, sin aparentes progenitores, huérfana de generación espontánea. Y ésta otra que creíamos propia del zapoteco es una palabra azteca, hecha a su genio, a su ritmo, a su entonación.

¿No hay entre los estudiantes istmeños de la Universidad o del Instituto Politécnico uno que intentara tan importante estudio?

9 de diciembre de 1962

Evocación de la India

Viajar es asomarse al mundo por la ventana más alta. Viaja de joven, dice la sabiduría china, para que cuando viejo tengas qué contar a tus nietos. No otra cosa hace ahora Antonio Ros en su bello y ágil, sencillo y sabio libro,

Evocación de la India, escrito cuando joven, ahora treintaitantos años. Viajar. Y ver. Y comprender, dice Ros. Un viaje que se inicia en Madrid, termina en Bombay, cuando el autor toma el barco que lo devuelva a España. Cargados los hombros de todas las ansias y abiertos de par en par los poros del alma a la esperanza y el paisaje, el viajero abandona su pueblo para recorrer tierras lejanas, misteriosas, peregrinas. Con lo que entonces vio y sintió, con los apuntes escritos al vuelo, organiza ahora este libro de evocaciones, que tiene un ala alegre y otra triste. Porque, ¿qué otra cosa es la vida sino esta suma de tristezas alegres y de tristes alegrías? Cuando una pena envejece, se vuelve alegría. Y al día siguiente, ¿la dicha no se llama melancolía?

Maduro Ros, para entretener las horas, para endulzar la ausencia, amplía sus apuntes, los enriquece con los elementos que los años acumulan, embellecidos por obra del tiempo, sin las veleidades de la realidad: más una mitología que la historia del viaje. Y como a sus nietos el chino que ha viajado de joven, nos deleita y nos entretiene, nos instruye y nos transporta a tierras de ensueño. Quien sabe, aprende más. Y quien ignora, se enseña, como dice el *Martín Fierro*.

Libro platicado, mejor que escrito, pese a su hermosa factura literaria. Páginas para ser leídas, en voz alta y en ronda familiar, mientras el tiempo simula que pasa y la noche parece que ha venido a quedarse definitivamente entre nosotros, tan firmes parecen sus remaches, digo, sus estrellas.

Antonio Ros finge que evoca y narra lisamente, sólo atento a la verdad de sus recuerdos, pendiente nada más a la fidelidad de su memoria. No hay tal: Antonio Ros es un escritor más que otra cosa. Lo es en el sentido que sabe contar, que vibra ante el espectáculo del mundo, que encuentra y sabe trasladar al papel el temblor y el misterioso sentido de las cosas. Dueño de su idioma —el español es suyo y por tanto puede hacer con él lo que mejor le plazca— no busca las formas bellas: están en su acervo, forman parte de su expresión, le son connaturales. Qué lejos ellos, los españoles, para escribir su lengua, de nosotros, para quienes escribir constituye un verdadero trance. Nos parece que la página va a fracasar, que estamos haciendo un mal uso de un tesoro que nos dieron en custodia.

El gran médico que es Antonio Ros no riñe con el literato, más bien se hermanan, se ayudan y se complementan. Tratar materia tan delicada como son los ojos del hombre, como que lo habilita para el manejo de esta cosa sutil, imponderable, quebradiza, que es el estilo. Nada que se proponga decir deja

de estar dicha, sin que se advierta esfuerzo, sin que se adivine la brega. Quien quiera comprobarlo no tiene más que ese sueño en que la mangosta lucha y vence a la cobra que se ha colado por la recámara en que Ros duerme. Es una cuartilla nomás, pero escrita con tal viveza y dramatismo, que se diría que está viendo mejor que leyendo. Y esa primera operación de ojos, de acuerdo con un método que no es el suyo y el que aplica por primera vez, ¿no es al propio tiempo una lección de anatomía y de gaya expresión?

Mundo lejano era la India cuando Ros la visitó; tierra incógnita era, a pesar de los muchos libros que ya había inspirado a escritores de toda la Tierra. Ahora, no. Parece al alcance de nuestras manos, a la vuelta de nuestra casa, a sólo unos pasos de distancia. La lectura de *Evocación de la India* como que la acerca más y la convierte en algo nuestro.

Como de la mano, sin sobresaltos, nos conduce el autor verídico siempre. Porque como el moro del romance, viajero que en tales signos viaja, no puede decir mentira. Buen guía, sin par cicerone, este Antonio Ros. Viaje hecho y contado con las dos verdades: la emotiva y la racional, y que explica que no se parezca a ningún otro de los que hemos leído acerca de la India. ¿Puede aspirar a mayor gloria un autor de libros de viaje?

Este no es, naturalmente, el último libro de Antonio Ros, que tiene las sienes preñadas de otras criaturas, que esperan, a meses contados, nacer. Mientras llega ese día, hemos querido contar qué nuevas sugerencias suscita la relectura de éste, su penúltimo libro: *Evocación de la India*.

16 de diciembre de 1962

La bella práctica de los Calendarios

El lector recuerda el entusiasmo con que José Zorrilla, ahora cien años, hablaba de los *Calendarios*, una manera de nuestra literatura, que encontraba tan particular que hasta llegó a calificar de autóctona. Quizás no tuviera del todo razón, porque en otros pueblos, y en otros tiempos, poetas, casas editoras han publicado pequeñas antologías, colección de sucesos curiosos, pensamiento morales, entretenimientos en fin, para gusto y contento de sus lectores y favorecedores. Lo que Zorrilla encontraba de exclusivo en los calendarios mexicanos era la manera como se concebían, como se organizaban, mezclando en un

solo cuerpo textos de diferente especie y varia intención. Extrañaba al poeta que no sólo las casas editoras, los poetas y libreros publicaran calendarios, sino también los particulares. Con esos impresos felicitaban a sus amigos y alcanzaban algún beneficio económico. Bastaba con tomar las tijeras y cortar de aquí y de allá. No era propiamente espigar, cortar las flores más acabadas, la rama más florida. En la compilación entraba de todo, sin miramientos acerca de la calidad artística o de orden moral y buenas costumbres. Y eso es lo que desesperaba a José Zorrilla. No podía sufrir, sobre todo, que fueran estos breves libros, las pequeñas hojas impresas en verso, vehículo para molestar a los españoles, cuando no a los nacionales, con motes y especies que circularan en su contra y que a lo mejor desconocían. Tanto como le placía la facilidad del mexicano para versificar, hasta el grado que el aguinaldo se solicitaba en verso por el hombre de la calle, por el sereno, por el mozo de cuerda y por los vagabundos. Encontraba Zorrilla en esas demandas de ayuda no sólo fáciles versos, sino expresiones gallardas y de penetrante hondura. A propósito trajo a cuento algunos ejemplos que servían para ilustrar su aserto. Él antes que otros a quienes se suele atribuir el hallazgo, fue quien habló de nuestra capacidad para reducir a un epigrama todo un estado de ánimo, toda una manera de pensar. En el chiste político que ya Francisco Zarco calificó como arma poderosísima, tanto como un golpe de estado, que si bien no derriba al gobierno lo deja tambaleante; en el chiste, digo, encontraba Zorrilla que era el campo en que el ingenio nacional mejor se expresaba. Ah, pero cuando oía o leía, aplicado a todos, el motete de gachupín y a la estirpe “la gachupia”, montaba en cólera y daba rienda suelta a sus desahogos que iban más allá de la aparente ofensa que les daba origen.

La bella práctica de los calendarios no ha muerto del todo. Todavía los libreros y editores, los poetas y artistas nos halagan durante las fiestas de diciembre con pequeños libros de bella literatura y curiosidades de toda índole; los poetas con sonetos, romances y cosas así, impresas en tarjetas con que envían sus parabienes a sus amigos y lectores. Todavía los evangelistas y memorialistas escriben para policías y albañiles, para sirvientas y lavanderas, versos con qué solicitar el aguinaldo y la propina de esta temporada.

A la vuelta de un siglo, calendarios, presentes amistosos, pasatiempos, aguinaldos y álbumes son fuente para el estudio de la vida mexicana del pasado. En ellos suelen encontrarse piezas olvidadas, una fecha, una noticia que a lo mejor en su tiempo fueron baladíes, pero que hoy completan la investigación

que alguno conduce acerca de este o aquel acontecimiento, proporcionan el grano de arena que faltaba para levantar el edificio.

Bella costumbre la de los calendarios, que se fue, como se van tantas cosas, porque así es el mundo y es la vida. Lo dijo con otras palabras el poeta: las cosas llegan, nos hacen daño y se van.

Pero no. La vida es dulce y parece imposible que entre las horas que el tiempo tiene de sobra, no haya una propicia para el sueño, el amor y la belleza.

23 de diciembre de 1962

La Zaragoziada, poema épico

Muy olvidado tenemos a Francisco Granados Maldonado: poeta, periodista, hombre público. Nuestras dos historias literarias más conocidas, ni siquiera le mencionan, cuando se refocilan ante la obra y el nombre de autores más modestos. Cuando lo conté al poeta Rubén Bonifaz Nuño me dijo que acaso no fuera del todo injusto aquel olvido. Cierto es que lo decía como en guasa.

Pero no. Granados Maldonado es digno de ser recordado siempre. Más ahora en que México celebra tantas fechas centenarias a las que su nombre se encuentra unido. Los periódicos de hace un siglo recogieron sus cantos patrióticos inspirados por los héroes de nuestras gestas libertarias, porque ése era entonces el deber fundamental de los poetas. Tuvo otro empeño, en el que sólo se le equipara, en una etapa anterior, Luis Martínez de Castro: dar a conocer en el país los tesoros de la literatura extranjera, principalmente la inglesa y la francesa, porque como dijo su amigo y paisano y maestro, Altamirano, las literaturas patrias crecen y se enriquecen con las traducciones, que vienen a ser como partes de la propia. Su traducción de *El paraíso perdido* de Milton ha merecido elogios aun de los más disertos.

Un gran poeta no era. Pero, ¿qué vale un gran poeta si no milita a su lado un gran ciudadano, un hombre que ponga la suma de todas sus capacidades al servicio de sus semejantes? Su nombre es pequeño, tal vez. Pero sus acciones y su conducta cívica autorizan a postular que nunca fue más cierto que más vale el hombre que el nombre. Sus artículos de periódico, eruditos y transidos de pasión mexicana, sus poemas de inspiración robusta, sus discursos, quizás no fueran modelo y dechado, pero los inspiraba aquella máxima condición de

todo el que escriba hoy para vivir mañana: ser útil a su tierra, a su pueblo, al tiempo que le ha tocado. Y en ese capítulo, Francisco Granados Maldonado es uno de los que se llevan la palma entre los escritores de su tiempo.

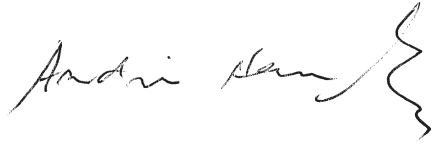
Entre sus libros hay uno que merece ser recordado en este año: *La Zaragozaziada*, poema épico escrito en loor de Zaragoza y sus soldados, como su título ya lo indica, y que escrito al año siguiente de la victoria de Puebla, no fue publicado hasta 1904. En 1870, lo envió dedicado al general Francisco O. Arce, “al patriota incorruptible, al liberal intransigente y honrado, al soldado de la Constitución, la reforma y la Segunda Independencia y celosos admirador de los grandes hombres”.

Oscuro vivía el poeta, y olvidado. Humilde consideraba la ofrenda comparada con las glorias de Zaragoza y del pueblo mexicano. Yo puedo, decía, con valor celebrar vuestras glorias porque nada ambiciono y porque como vosotros cumplí con un deber sagrado, sin solicitar más recompensa que la tranquilidad de mi conciencia.

Sabe el poeta que el género épico reclama lira mejor afinada que la suya, estro más elevado. Pero lo intenta, lo que ya es un signo de grandeza, y sale airoso de la empresa. Para lograrlo ya había preparado sus armas en la traducción de Milton, que algunos aceptan como poeta épico. Concurrían también para prepararlo en el trance, su frecuentación a los grandes poetas y escritores que habían cantado las glorias de los héroes: Homero, Torcuato Tasso, Luis de Camoens. Y a los mexicanos desde la antigüedad indígena hasta los de su tiempo. Porque este escritor estaba armoniosamente integrado, contrariamente a esos otros que tan avanzados se creen y aparentan, pero desconocen y desdeñan los orígenes mexicanos.

No creía el humilde Granados Maldonado haber dado a México su epopeya; esperaba, nada más, que su humilde libro despertara entre sus compatriotas el deseo de escribirla: su satisfacción sería haberlo intentado el primero. Doce cantos componen *La Zaragozaziada*, muy bien rimados, con soberano dominio de las formas, con fidelidad histórica, condición que lo equipara a *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán, sólo una crónica rimada, en opinión de algunos. Todo puede ser, excepto que no se recuerde al pobre y doliente soldado liberal que ora con la pluma, ora con la espada, quiso servir a su patria en tiempos peligrosos.

1963



Fobias de don Ramón

No son nuevas, sino por el contrario viejas, las fobias de don Ramón Menéndez Pidal a las antigüedades americanas. A las de México, desde luego. Lo que sorprende es que sus años, su fama y su gloria no le hayan traído la serenidad que parece correlativa a esas circunstancias. Cuán cierta se nos representa, ante el caso de Menéndez Pidal, aquella afirmación de que, aun en el español más notable, puede haber algo de gachupín y mucho de encomendero.

Don Ramón Menéndez Pidal agrega ahora, a lo mucho que ya ha dicho, y escrito contra los indios de América, una andanada de denuestos e incomprensiones contra fray Bartolomé de las Casas, padre de los indios. Le duele al presidente de la Academia Española de la Lengua, al ilustre historiador de las letras españolas y aun hispanoamericanas, que el padre De las Casas censurara y condenara con tanta virulencia y pasión, pero sobre todo con tanto amor, no importa por el lado de quien se manifestara, los procedimientos de la Conquista, la destrucción de Indias, el trato que los encomenderos, por encima de las leyes dictadas por la corona española, dieran a las poblaciones aborígenes americanas. Es posible que por demasiada vocación a la justicia fuera a veces contra la verdad. No importa.

Sin De las Casas, la Conquista hubiera parecido como una salvación, como una bendición de Dios para los indios. Cierto es que no fue el único defensor de los aborígenes. Lo fue también Motolinía, con quien Bartolomé tuvo discrepancias muy hondas, porque siendo los dos igualmente piadosos y justicieros, eran distintos en los procedimientos y en la manera de manifestarse amigos de los indios. El venerable fray Toribio, cuya humanidad nadie discute,

fue opositor del Obispo de Chiapas y escribió contra él palabras de condena. Bartolomé de las Casas era de esos españoles que, por fortuna, nacen de cuando en cuando y cuyo destino parece condenar las aberraciones de su patria más por amor que por odio, más por nacionales de buena ley que exigen que en su tierra reinen la justicia, el amor y la grandeza verdaderos. Es, en ese sentido, de la misma estirpe que Mariano José de Larra, Ángel Ganivet, Joaquín Costa, Miguel de Unamuno. ¿No dijo Joaquín Bartrina, en versos memorables, que si alguien habla mal de España es español?

Volvamos a don Ramón Menéndez Pidal. Ha tenido que violentarse, sin duda, para poder aceptar como buena la especie de que los conquistadores no destruyeron nada, por la sencilla razón de que en América no había nada que valiera la pena de ser conservado. Ni letras, ni ciencias, ni arte, ni filosofía; nada, en fin, que pudiera calificarse, sin que, en la clasificación hubiera mentira, de cultura o civilización. De nada le han servido al enorme polígrafo los descubrimientos del pasado y del presente para mejorar sus ideas al respecto; se diría que ninguno de los libros maestros que se han escrito en los últimos tiempos sobre las culturas indígenas americanas, en este caso, las de México, tienen pizca de verdad.

Para don Ramón vienen a ser algo así como desahogo de sus autores, como el resultado de una confabulación universal encaminada a encontrar grandezas ahí donde sólo hay miserias, belleza donde sólo hay fealdad, cultura donde sólo hay barbarie. El mundo entero ha proclamado, por ejemplo, en la década que corre, la magnificencia de las artes precortesianas, equiparándola a las más ilustres de toda la tierra: la griega, la egipcia, la caldea, la india. ¿Creerá el autor de *Flor nueva de romances viejos* que todo esto es una gran mentira?

Hay quienes pretenden reducir las antipatías y fobias que algunos escritores ilustres manifiestan con respecto a la apreciación de las culturas indígenas americanas diciendo que suele venir de falta de información, lo que puede ser cierto en otros casos, no en éste de Menéndez Pidal, hombre tan enterado sobre mil cuestiones, entre ellas, las que tocan a América. No cambiaré de criterio, por muy sabias y razonadas que sean las oposiciones que encuentren sus juicios, dice, en lo cual se diferencia radicalmente de aquella actitud de otro ilustre español, don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien prefería batirse en retirada cuando alguno, más enterado que él en esta o en aquella cuestión, le ponía los puntos sobre las íes. ¿Quién no recuerda que Menéndez y Pelayo

rehuyó la polémica con José de la Riva Agüero con respecto al valor del Inca Garcilaso, considerado como historiador?

Pelayo había dicho que Garcilaso, el Inca, era un novelista más que un historiador, quizá porque ello ofendía menos su condición de español y partidario de la Conquista. Porque, si los *Comentarios reales* eran verídicos, realmente la Conquista fue en muchos aspectos una maldición más que un don del cielo. En cambio, calificar los *Comentarios* como novela, era restarle toda verdad, a cambio de cubrirla con el elogio al gran estilo y a la soberana imaginación del autor.

Los descubrimientos arqueológicos contemporáneos –es cosa que sabe muy bien el lector– han venido a probar que las glorias del Perú, que cantó el Inca, tenían base verdadera. No. Don Ramón Menéndez Pidal no cambiará de opinión, morirá con ellas –y que el día de su muerte esté lejano– para la mayor gloria de las letras en lengua española.

6 de enero de 1963

Nombres de mujeres

Cuando Agustín Yáñez estuvo por primera vez en Juchitán, ya va para veintitrés años, invitado a mis bodas, algo que más le llamó la atención fue el nombre de las mujeres, comenzando por los de la novia y las cuñadas. Después, en sus novelas, muchos de los nombres que allá oyó han aparecido, siempre rodeados de aureola y lejanía. En aquel su precioso relato publicado el mismo año de aquella boda –*Espejismo de Juchitán*– nuestro gran novelista se recrea en ensartarlos, tal unas perlas en hilo de oro.

En Juchitán, o para ser más exactos, en el Istmo de Tehuantepec, los padres se empeñan en encontrar para sus hijas nombres extraños, raros, peregrinos, que las individualice desde la misma pila bautismal. Muchos los encuentran en las viejas novelas y poemas; cuando esto no ocurre, los inventan eufónicos y poéticos. El calendario ya hace mucho que no los satisface y se queda así para el pueblo más primitivo el santoral, en lo que ayuda una vieja creencia, según la cual, quien desdeña el santo de su día no cuenta con su amparo. Los nombres inventados suelen resultar de la unión que se haga de dos, tomando una sílaba de cada uno, cuando no sobreponiéndolos. Miren,

si no: Nayla, Clelia, Odilia, Obdulia, Amable, Zaira, Deifilia, Elfidia, Lucelia, Cibeles, Briseida. Uno que les encantaría, Griselda.

Vea el lector cómo en esta pequeña nómina hay alusiones, ya claras, ya veladas, ya cercanas, ya remotas a libros, poetas, escritores de todos los tiempos: a la historia, a la mitología, a la fábula, a la leyenda; desde Homero hasta nuestros días, pasando por Voltaire, Racine, los poetas mexicanos Carlos Pellicer y Nazario Chacón Pineda: hijo el uno y padre el otro de Deifilia.

Alguno de esos nombres no puede negarse que constituyen hallazgos; así, Lucelia, que lo mismo resulta de reunir Luz y Celia, que significa luz de cielo, según lo entendió José Bergamín, otro de los invitados a aquellas bodas y a quien ese nombre inspiró un gongorino soneto publicado, por cierto, en uno de los domingos de *El Nacional*.

En cambio, los pobres varones llevan el nombre del calendario, extremo que condujo a Crescencio Henestrosa a decir que si hubiera un San Olothe, así se hubiera llamado su hijo Prócoro, de nacer en su día.

Pero, ¿a qué viene toda esta divagación acerca de los nombres femeninos en Juchitán? Aparte el placer que me proporciona recordar tantos nombres amados, me sirve para dar respuesta a una carta de un amigo anónimo, quizá fuera mejor decir desconocido, recibida en últimos días y que he extraviado en el monte de correspondencia decembrina, en que me solicita un nombre para la hija que le acaba de nacer. Aquí le contesto, con la esperanza de que esta divagación llegue a sus manos, no sin solicitar su perdón, por no haberlo hecho directamente. Y le propongo *Mudubina*, nombre zapoteco, delirio acuático, el *water-lily* que inspiró a Shakespeare unos preciosos versos y que alude en cierto modo a Juan Ramón Jiménez y algún otro poeta de cuyo nombre sí quiero acordarme.

Me gustaría decir que ya con ésta me despido. Pero no: nos encontraremos en la próxima *Alacena*, lector amigo.

13 de enero de 1963

Autobiografías mexicanas

Dos autobiografías mexicanas recuerdo de momento haber leído en 1962, *Así pasó mi vida* de Concha Álvarez, al mediar el año, y *Planos en el tiempo* de Roberto Montenegro.

Siendo una la vida, qué diferentes, variadas, individuales sus manifestaciones. Lo veo en estas dos autobiografías escritas por mexicanos de una misma generación, de una misma clase social, provincianos ambos. Concha Álvarez y Roberto Montenegro vienen a la capital mexicana, dejando en el pueblo natal, la casa familiar y con ellos ese haz de luz que son los recuerdos infantiles. Triste y doliente esa mañana en que se abandona el ámbito en que la niñez ha transcurrido. Quien haya dejado padres y casa para marcharse lejos, sabe que un hilo invisible lo mantendrá atado para siempre a su lugar de origen, y mientras ese hilo se alarga se encuentra una resistencia que produce dolor. Cómo lo cuente cada hombre será cosa distinta, pero el dolor es el mismo, de idéntico sabor las lágrimas que arranca.

Concha Álvarez es una maestra de escuela. Quizá no sea escritora profesional, pero con qué ternura sabe narrar los acontecimientos de su vida, desde que, niña, viene a estudiar a México, hasta que, madura, cree llegada la hora de referir cómo pasó su vida. Ni falta que hace el estilo para decir una verdad, así la dicte el corazón o la frente. Lo que ha menester el que escribe son pensamientos y sentimientos verdaderos, que con eso basta para que sean bellos y legítimos. La palabra, el estilo, o como quiera llamarse a la capacidad de comunicación, resulta así personal, nuevo, dicho por primera vez. Abunda el libro de Concha Álvarez en pasajes llenos de poesía, de temblor humano, de elegancia cierta. Sin proponérselo, acaso, su libro contiene una imagen de México de los últimos cincuenta años. Personas, obras y cosas encuentran en *Así pasó mi vida*, un lugar para su testimonio. Hombres y mujeres que hemos admirado, que tuvimos el privilegio de conocer y con quienes hasta tuvimos algún trato, pasan por estas páginas fugazmente, pero marcadas con los rasgos que las individualizan. Recuerdo ahora a Palma Guillén —otra gran mujer—, autora de unas preciosas cartas que sin este libro de la señora Álvarez quizá se hubieran perdido.

Y ¿qué decir de Roberto Montenegro, sino que es tan buen literato como excelente pintor? Su breve libro, *Planos en el tiempo*, es un documento mexicano lleno de interés, por ser quien es su autor, a la vez que por la abundancia y variedad de sus noticias. De Guadalajara a la Ciudad de México y de aquí a Europa, Montenegro nos hace un pormenor de su vocación y de sus realizaciones de artista. Sucesos que desconocíamos, hombres a quienes el tiempo aleve oculta en el olvido, aquí reviven, encuentran la palabra piadosa que los reanima y contiene un minuto de actualidad.

Lo hemos dicho más de una vez. Todos los que han vivido y luchado, que en eso consiste ser hombre; cuantos han conocido tierras lejanas o próximas; los que han acumulado experiencias, debieran escribir memorias, autobiografías, diarios, recuerdos, sin preocuparse por motivos de perfección formal. La verdad es bella y puede aparecer desnuda. Y de hecho siempre lo está. La que reclama bellos ropajes es la mentira, que no se atrevería nunca a presentarse desnuda.

Todos pueden hacerlo, así los triunfadores como los derrotados, porque también en la derrota suele haber enseñanzas, también en los yerros hay un germen de acierto y sabios avisos. ¿No dijo Benito Juárez que los yerros pueden ser saludables a la vida de los hombres y de los pueblos? Cuenten todos su vida, que con eso se favorece a los pueblos, tras de darnos con el retorno a los días pasados, ese minuto de felicidad que da evocar las horas de ayer, más dulces que las de este instante.

20 de enero de 1963

¿Qué es la greguería?

Algo que no deja de sorprendernos en relación con Ramón Gómez de la Serna, muerto en Buenos Aires hace unos cuantos días, es que habiendo él escrito tantos prólogos, tantas introducciones, tantas semblanzas, tantos estudios sobre escritores, así de nuestro idioma como de otras lenguas, ninguno haya escrito nada sobre su vida y sus obras. Al menos yo, sentado frente a esta máquina, en el cotidiano trance de confeccionar el artículo, no recuerdo alguno que me pudiera conducir; que, a la manera de peón caminero, me guiara por el monte de las obras de Ramón Gómez de la Serna. Recuerdo, sí, un prólogo de Rafael Calleja, editor de *Greguerías selectas*, de allá por los veinte, pero cosa curiosa no se trata de un escritor, sino de uno que los edita, lo que si bien equivale en cierto modo a serlo, a escribir libros, no podía, y tal vez ni siquiera se propuso, penetrar en la producción de Gómez de la Serna. No sólo sino que aquel prólogo, si mal no recuerdo, era una selección de greguerías, dentro de otra selección. Si alguno escribió sobre Ramón, fue el propio Ramón. Y frente a las *Greguerías selectas* escribió uno de los mejores que ese género, y su obra en general, haya inspirado. Pero...¿dónde encontrar aquel librito en este momento?

¿Qué es la greguería? Desde luego viene de *grego*, pero ¿qué diablos es *grego*, etimológicamente? No recuerdo que Serna ni Calleja lo digan. Recuerdo, sí, que uno de ellos dice que todo en el mundo puede greguerizarse, es decir, reducirse a fórmula breve, despojada de trascendencia, con un sentido de juego, en lo que no se parece ni al refrán, ni a la sentencia, ni a la máxima —que por definición es mínima— en el sentido no de su extensión, sino que es verdad humilde, descarriada, que todos encuentran y pueden atrapar. La greguería es esa ocurrencia que todos podemos tener sugerida por las cosas, pero que no nos atrevemos a traer al papel, porque a primera vista no es hija de la inteligencia, del espíritu, sino un regalo de los ojos, algo a primera vista caprichoso, incongruente, desbaratado, paradójico; es decir, que participa de la verdad y la mentira, de la cordura y la locura. La grandeza de Gómez de la Serna consistió en atreverse a convertir esta ocurrencia en materia de creación literaria, con lo cual creó una escuela, o por mejor decirlo, descubrió, pues ya existía en el alma humana esa capacidad de reducir a greguería cuanto existe, según él postuló.

Todo se puede decir en greguería. Sarmiento diría, en una especie de greguería, que era la mejor tela para estampar las mejores ideas. Molde y vehículo de todo, eso es.

Tiene la greguería algo que la define, entre otras cosas: es el deseo de plagiarla, o de imitarla, o de ponerse a hacerlas. En un libro que tuve hace muchos años, y que perteneció a Luis García Carrillo, había escritas en las márgenes muchas greguerías que se le ocurrían mientras iba leyendo. Muchos, por no decir que todos los escritores de hace treinta años, escribieron o estuvieron tentados de escribir a la manera de Gómez de la Serna; así de atrayente y de sugestiva es su invención.

Todo conducía a imitarlo, a escribir greguerías, como en otra hora a escribir *hai-kais*. Las cosas que no tienen sentido, lo adquieren si se dice en greguería. Esa ocurrencia que no quisimos apuntar, por fácil, obvia, y susceptible de recuerdo, que, sin embargo, no volvió jamás a la memoria, eso es una greguería.

Gran parte de la fama de Gómez de la Serna descansa en su condición de inventor de esas mínimas flores del ingenio, que son las greguerías. Lo veo ahora, con sus patillas, igualito a un torero, redactando en papelitos, ramonismos, digo greguerías.

Fray Servando y sus *Memorias*

Entre las efemérides más importantes este año, se cuenta el bicentenario del nacimiento de José Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, nacido en Monterrey el 18 de octubre de 1763, aunque algunos, entre otros, Alfonso Reyes, den como fecha de su nacimiento dos años más tarde, o sea, el año de 1765. Parece, sin embargo, que la primera de esas dos fechas es la verdadera de su nacimiento. No obstante, la importancia política y literaria de Mier, su biografía está todavía por escribirse. Mucho se ha trabajado en los últimos años acerca de esta compleja y curiosa personalidad, pero lo que pudiera decirse una semblanza cabal de aquel gran inquieto, no la hay. Reyes escribió al frente de sus *Memorias* un magnífico prólogo y trazó su breve retrato que sigue siendo uno de los mejores que se le han hecho.

Mier, como Prieto, Morales, Bustamante, no alcanza aún la consagración que su vida y obra acreditan. Todavía se le niega la condición de gran literato, siéndolo excelente. Aunque Carlos González Peña afirma que es el único de su generación que tiene personalidad literaria, no le consagra el elogio que debiera. Se busca en sus escritos lo que puede tener de fantasía, de invención caprichosa, de incongruencia, de exageración.

Sus contemporáneos lo vieron mejor. Bustamante, sobre todo, habla del padre Mier con respetuosa admiración. Sus escritos, dice más o menos, eran profundos, audaces, siempre llenos de gracia y de salero. De las breves alusiones, dispersas en los libros de sus compañeros de lucha, habrá que tomar rasgos y tintas para pintar su retrato, que será al propio tiempo el de otros escritores y políticos de su tiempo. Porque Mier forma parte de una familia de escritores mexicanos, en la que pueden contarse Carlos María de Bustamante, José Joaquín Fernández de Lizardi, Juan Bautista Morales, José María Luis Mora, quien llegó a reducir en una frase lo que pudiera ser la divisa, la empresa de una estirpe de escritores mexicanos: “Cuando creo haber expresado mis ideas, no tengo tiempo para ocuparme en palabras”. Así procedieron algunos de los más grandes escritores mexicanos del pasado y del presente. ¿No puede, en efecto, establecerse una línea de parentesco entre los escritores nombrados y José Vasconcelos, pongamos por caso? Escritores fueron todos los que tenían algo que decir, que defender y enseñar a sus semejantes. Para servir a su generación fue que escribieron, y cuando creyeron traducido su mensaje, se olvidaron del estilo, del procedimiento, pero creándolo, que todo tiene una

manera de decirse. Antes hubiera arrojado su pluma al fuego que emplearla en alardes de ingenio y en inventar flores que luego el tiempo hubiera marchitado. Crear, más que recrear.

Las *Memorias* de Mier como el *Diario* de Bustamante constituyen algunas de las piezas más características de nuestra literatura: por su abundancia de noticias, a la par que por su factura literaria. Eran escritores que escribían sobre la marcha, urgidos, perseguidos por un genio que no les daba reposo. Nada de tener primero reunidas unas bellas frases, algunas figuras de dición, para luego armar el artículo, o el poema, en que todo eso aparece postizo. La página se inicia siempre con la primera ocurrencia, a veces, fulgurante, original y briosa. Poderosos y pecadores –dice Mier en el arranque de las *Memorias*– son sinónimos en el lenguaje de las Escrituras, porque el poder los llena de orgullo y envidia, les facilita el medio de oprimir y les asegura la impunidad. Pero vi al injusto exaltado como cedro del Líbano, pasé y ya no existía. Y tras de esas primeras líneas nos entrega unos de los libros más humanos, más jugosos de cuantos se escribieron aquí durante el siglo pasado.

Merece fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra que alguno, en ocasión del bicentenario de su nacimiento, escriba su biografía que lo será de un México que no cesa y que él soñó glorioso.

3 de febrero de 1963

Francisco A. de Icaza, poeta

Francisco A. de Icaza es más conocido como crítico y como investigador literario que como poeta. Porque, en efecto, en esos dos campos alcanzó el aplauso que no tuvo como poeta lírico. Allí nadie le regatea la condición de notable y excepcional, en tanto que todavía no se ha podido situarlo en el desarrollo de la poesía mexicana. Las antologías más rigurosas, aquellas que han compuesto los más discretos y disertos, no le niegan un lugar ni esquivan un adjetivo elogioso para sus versos. Recordemos al azar dos de esos florilegios, o antologías, o ramilletes que de todas esas maneras se dice. *La Antología de poesía mexicana moderna*, edición de Jorge Cuesta, México, 1928, a pesar del rigor y las miras de escuela con que fue planeada y realizada, incluye a Icaza con cuatro poemas, anticipándolos de una breve noticia, justa y respetuosa,

cuando a otros poetas parece incluirseles con el solo fin de mostrar sus lunares, como para contrastar sus creaciones con las de la generación que preparó la antología –la de *Contemporáneos*. Señala el autor de la noticia –quizá Xavier Villaurrutia, acaso el propio Cuesta– la distinción espiritual, la discreción elegante, la inteligencia poética de Icaza, pero también que es muy difícil hallar en sus poemas el vínculo espiritual que lo debía unir a su patria. A pesar de todo, concluye el autor de la susodicha noticia, las nuevas generaciones lo salvan del olvido por una razón esencial de inteligencia. Extraña que la médula de la crítica a la obra lírica de Icaza fuera su desarraigo, el apartamiento del poeta de nuestra manera de ver y sentir, cuando no era ésa, tampoco, la condición de la obra literaria de algunos de los poetas *contemporáneos*, siendo lo opuesto la verdad.

Antonio Castro Leal –*La poesía mexicana moderna*. Antología, estudio preliminar y notas. *Letras Mexicanas*, núm. 12, México, 1953–, con ser tan estricto, tan celoso de su fama de escritor inteligente y enterado, tan intransigente con las debilidades y caídas en el arte, no olvida ni pospone a Icaza. Lo presenta con una serie de sus poemas, muy representativos. En su poesía –dice– hay un equilibrio perfecto entre la forma –sobria y graciosa– y las emociones delicadas y fugitivas. A pesar de que sus versos expresan con frecuencia esa recatada melancolía que se atribuye al espíritu mexicano, más bien recogen depuradas esencias sentimentales que pertenecen a todo el mundo.

Esta manera de juzgarlo poeta es unánime. Navarro y Ledesma dijo que Icaza pertenecía a un linaje de poetas, y tal vez de los mejores, de quienes puede afirmarse que no tienen nacionalidad determinada, ni por su espíritu ni por el idioma en que escriben. Icaza nació en México... y nada más. Pero Alfonso Reyes parece apartarse de esta opinión. Encuentra en su poesía un matiz crepuscular; esos tonos suaves y esas emociones discretas con que se ha definido ya el carácter de la poesía mexicana. El aire de vagabunda tristeza, la sensibilidad exquisita y puntual, la tendencia a madrigalizar la emoción, como en busca de fórmulas e imágenes definitivas, todo ello es cualidad nuestra.

¿Qué es lo que ocurre? Quizás ocurra que en la poesía de Icaza los elementos que definen lo mexicano –la emoción crepuscular de la que habló Vicente Riva Palacio, el primero– no sean tan evidentes como en otros poetas, por una suerte de pudor ante los dolores, que el pudor del alma es indio, acaso porque hondamente humano, y sabio, como todo el que ha llorado mucho, en Icaza se identificaran el dolor personal con el dolor del mundo, el de

su tierra con el de la Tierra. Algo de esto ya lo dijimos ayer no más, en una *Nota Cultural*,* y hemos de dejarlo hasta aquí.

Pero no sin agregar que no hemos podido desterrar a Icaza de nuestras antologías, lo cual quiere decir que algo encontramos en él que nos identifica, hermana y emparienta.

10 de febrero de 1963

Aproximaciones a Robert Frost

Oliver Allston, el penetrante alter ego de Van Wyck Brooks, da este consejo a sus colegas escritores: “Hágase una fama de misántropo. Haga circular el rumor de que usted es un inválido crónico. Diga que tiene lepra o rabia. Debe ser usted instintivamente celoso de su portillo y su madriguera, como el Drumlin Woodchuck de Robert Frost”. Y eso hizo efectivamente Robert Frost, defender su intimidad para volcarla en su pueblo y en su tierra. Nacido en la costa californiana, fue a buscar el paisaje de sus mayores a la Nueva Inglaterra. A pesar de que el padre lo bautizó sureñamente con el nombre de Robert Lee, Frost se sentía orgulloso de que su estado adoptivo de Vermont se hubiera negado a participar en la guerra contra México. Así se lo confiaba al poeta Octavio Paz, en el verano de 1945, cuando el mexicano lo visitó en su cabaña de Nueva Inglaterra. México fue el punto de referencia cordial en aquella conversación. Paz elogiaba la hermosura del paisaje circundante. “Casi no me parece real –le dijo. Este paisaje es muy distinto al nuestro”. “Mi hija me ha dicho que el paisaje de su país es muy dramático”, dijo Frost. Y remontó en el recuerdo a sus primeros años de poeta: “Le voy a contar algo. Cuando tenía quince años escribí un poema, mi primer poema, ¿y sabe usted cuál era el tema? La Noche Triste. En ese tiempo leía a Prescott y quizá su lectura me hizo pensar en su país”. Y fue el primer poema suyo que apareció en letras de molde en el boletín de la High School de Lawrence, donde entonces cursaba sus estudios. “¿Ha leído usted a Prescott?”, agregó. Paz, también remontando su infancia, le contestó: “Era una de las lecturas favoritas de mi abuelo, de modo que lo leí cuando era niño. Me gustaría volver a leerlo”. No sabemos si el poeta mexicano volvió a William H. Prescott, pero sí al recuerdo

*La *Nota Cultural* era otra columna periodística de Andrés Henestrosa que se publicó también en *El Nacional* del 11 de enero de 1956 al 2 de marzo de 1968.

de la obra de su abuelo, don Irineo Paz, que en 1871 publicaba *La piedra del sacrificio*, cuando en 1957 escribía su *Piedra de Sol*. Pero ya se le había adelantado, por lo menos en la mayor identidad del título, Carlos Pellicer, con *Piedra de sacrificios*, en 1924.

Otro mexicano, por 1937, tuvo su primer encuentro con Frost leyendo *Los mejores poemas de 1936*, reunidos por Thomas Moulton, donde figura “Master Speed”, que Robert Frost había publicado en la *Yale Review*. Otros hispanoamericanos se han acercado al poeta y a su obra: Alfredo Ortiz-Vargas ha trazado su perfil en la *Revista Iberoamericana*, noviembre de 1941; José Coronel Urtecho (*Nueva poesía norteamericana*, Madrid, 1949) y Agustín Bartra (*Antología de la poesía norteamericana*, México, 1952, 1957 y 1959), lo han traducido eficazmente. Para que los amigos de Frost lo tengamos cerca, enumeremos su obra definitiva y los ensayos críticos y biográficos que últimamente se le han dedicado: *The complete poems of Robert Frost*, 1949; L. Thompson, *Fire and Ice: The art and thought of Robert Frost*, 1942; S. Cox, *A Swinger of Burches, A portrait of R:F.*, 1957, y R.L. Cook, *The dimensions of R:F.*, 1958.

17 de febrero de 1963

Seudónimos, anagramas e iniciales

Revisando papeles viejos —una entretención a la vez triste y placentera— me encuentro con unas notas acerca de seudónimos, anagramas e iniciales usados por escritores mexicanos del pasado y del presente. Desgraciadamente, lo mismo que ocurre a quienes se han dedicado a este tipo de tareas, yo tampoco consigno las fechas y las publicaciones en que se usaron. No estoy del todo seguro que estos anagramas, iniciales y seudónimos no se encuentren registrados con anterioridad, pero el hecho de hacer los apuntes a que me refiero me autoriza a creer lo contrario, lo que me anima ahora a publicarlos, seguro en la idea de que pueden ser útiles a los jornaleros de la investigación literaria. Jornaleros sin los cuales muy poco ha avanzado y no avanzará en el futuro la posibilidad de una verdadera historia de las letras mexicanas.

Por la caligrafía, encuentro que corresponde a mi letra de hace diez años, poco más o menos; quizás por los tiempos en que Juana Manrique de Lara y Guadalupe Monroy Baigen publicaron sus *Seudónimos, anagramas e iniciales de*

escritores mexicanos antiguos y modernos, cuya consulta no puedo intentar, seguro de no encontrarlo en esta manigua que suelo llamar “mi biblioteca”. La consulta al trabajo similar de Juan B. Iguínez no entrañaría menor dificultad. Consigno, pues, las notas, con la sola confianza de que los apuntes están escritos porque contienen datos desconocidos, o que entonces lo eran.

Miguel Salinas, gramático, profesor de literatura, escritor, usó para escribir crítica literaria el siguiente nombre: *M.S. Alanís*; el poeta Miguel Othón Robledo firmó artículos con sus iniciales *M.O.R.*; Rafael Pérez Taylor, aparte del seudónimo *Hipólito Seijas*, publicó notas de crítica literaria con el falso nombre de *Juan Amberes*; Manuel Toussaint y Ritter, gran autoridad en cien disciplinas, firmó con sus iniciales algunas de sus penetrantes críticas literarias; Alfonso Zepeda Winkefield –¿quién era este hombre?– usó sus iniciales en reseñas bibliográficas, aparte de los que ya se encuentran registrados; José D. Frías usó estos dos más: *Bona Fide* y *Fradique de Frics*. Rafael Heliodoro Valle, que llegó a usar hasta setenta nombres de pluma, aparece en estas viejas notas con dos no registrados entonces: *Anselmo del Rosal* y *Pico de la Mirándolla*; *Jotavece* –*J.V.C.* era José Vasconcelos Calderón, que, aunque registrado, según creo recordar, quizá no haya sido tomado en cuenta al reunir sus *Obras completas*. Y, díganme, ¿en la investigación sobre Ramón López Velarde se ha recordado su seudónimo, *Esteban Marcel*?

Fernando Benítez usó varios en *El Nacional*, lo que le valió un epigrama de Héctor Pérez Martínez, quien, por cierto, firmaba, *Rilke Olmedillo*. Uno recuerdo al correr de la máquina, ahora, *Benito Fernández*. En las propias páginas de este periódico –nuestro periódico– identifiqué el seudónimo del escritor y periodista Miguel Ángel Aguilar: *Víctor Ceja Reyes*, con el que firmó un cuento premiado en nuestros concursos. José Manuel Hidalgo –de triste memoria– usó uno que usaron muchos: *Un Mexicano*, que, cosa extraña, escribía con “x” y no con “j”, como sería natural en un descastado. Por último, Luis de la Rosa, tan necesitado de una mayor atención, firmó importantes trabajos literarios y periodísticos de las siguientes maneras: *L.R.*, *L.L.R.R.*, y *Un Jalisciense*.

¿No cree, amigo Porfirio Martínez Peñalosa, que algo de estas *minucias* pueden servir a los que con tanto empeño trabajan por el mejor conocimiento de nuestras letras?

El duende de la tipografía

Hay un ente maléfico, una pequeña entidad diabólica, un duende de la tipografía. Es ése que se complace en introducir en nuestros escritos la errata que si bien a veces mejora el texto, la ley es que lo perjudique, le ponga un lunar, una mácula que le afea. Hay también escritores a quienes las erratas persiguen, a quienes el genio de la tipografía goza en molestar. Alfonso Reyes era uno de ellos.

El escritor cree haber hecho lo mejor que pudo su página, ante sus ojos la obra está concluida, perfecta hasta donde perfección puede haber en las obras humanas. Pero el pobre se equivoca; ya vendrá el linotipista a desfigurarle la creación, a salirse con las suyas cambiando una errata por otra.

Algunos tienen tan mala fortuna que en la propia fe de erratas se cuelan otras erratas. ¿No había en uno de esos libros esta deliciosa: “Fe de eratas”?

Lo vuelvo a pensar ahora que tengo en las manos el *Anuario de poesía* (1962) que acaba de publicar el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, ¿quién, si no ese duende de la tipografía de que hemos hablado puede vencer el cuidado y esmero que Antonio Acevedo Escobedo pone en cuanto hace como el magnífico tipógrafo que es? La selección la inicia por virtud del orden alfabético con un poema de Herminio Ahumada. Y, ¡oh, miseria!, ¡oh, dolor!, lo primero que encuentran nuestros ojos es una mutilación del poema que lo deja no sólo trunco sino carente de sentido, despojado de la línea en que alcanza su plenitud expresiva. Imaginamos al pobre poeta desolado ante la bárbara mutilación. Y no podemos, a fuer de lectores bien nacidos, y de cronistas humildes, pero constantes, de las letras mexicanas, hacer otra cosa que reproducirlo en su integridad para que ese lector que no conocemos agregue en el ejemplar de su *Anuario* la línea que falta o incluya el recorte de esta *Alacena*. El poema dice así: *Navidad.- Tu voz suena en mi corazón.../ Tu voz suena en mi corazón/ como campana: / mística voz de beatitud y gracia, / voz celestial que alegra y que conforta/ como el agua lustral/ del Sacramento./ Clara voz de campana/ provinciana, / tierna, sencilla, / candorosa, humana. / Nítida voz/ que en mi conciencia clama/ e ilumina mi voz y mi conciencia: / se hace canto en mi canto/ y canta en mi poema.../ Tu voz...suena en mi corazón/ como campana.*

3 de marzo de 1963

Francisco J. Santamaría, maestro y amigo

Hace dos días –el medio día del jueves, para ser exacto– me encontraba en el mostrador de la librería de don Leopoldo Duarte, allí en la Avenida Hidalgo, esquina con Soto. Los clientes, más que a los dueños, se dirigían a mí en demanda de algún libro, de texto sobre todo, en estos días en que acaban de iniciarse las clases. Uno llegó, hombre de edad, que buscaba el *Diccionario de americanismos* de Francisco J. Santamaría. No sé, decía desolado el hombre, por qué han de pedirle a un niño de doce años, que apenas entra a secundaria, un libro así de grande, de caro y tan valioso como dicen. Y como no quiero que diga mi hijo después que no hice lo que debía a favor de su instrucción, con lo cual recordaba una carta de Lord Chesterfield a su hijo, tendré que adquirirlo. Lo adquirió, en efecto. Cuando aquel buen padre de familia se marchó, don Leopoldo, hombre tan enterado de libros y autores, hablamos de Francisco J. Santamaría, quizá en los momentos en que pasaba a mejor vida, que eso debe ser la muerte.

Era Santamaría originario de Tabasco, bronco y liberal, que dijo José Martí. Nacido en Cacaos en 1889, tenía, pues, al morir, setenta y cuatro años: activos, frágiles, vividos en plenitud y peligrosamente. Con ese estilo de vida inconfundible de los tabasqueños –liberales, por eso llevan nombres extraños al santoral; enérgicos, por eso apasionados; francos, leales, sin saña, por eso desconciertan al primer golpe de vista–, Santamaría fue hombre de pensamiento y de acción, pronto a apasionarse por las causas nobles, inclinado a las empresas arduas y difíciles. Testigos, sus dos grandes libros: el *Diccionario de americanismos* y el *Diccionario de mexicanismos*, sin contar otras obras menores, en los que puso muchos años de su vida, pasión, inteligencia y diligencia; obras las dos que permiten colocar su nombre, sin que ello parezca un extremo, al lado de los más famosos nombres de la erudición hispanoamericana.

No obstante la diferencia de nuestros años, don Francisco y yo fuimos muy amigos. En las librerías de viejo, a las que tan aficionado era, nos encontramos las primeras veces: él, en busca de obras de su especialidad, si es que tuvo alguna quien escribió sobre muchas materias, siempre con maestría y autoridad; yo, a caza de cuanto se refiriera a las letras mexicanas, del siglo pasado a nuestros tiempos. Suspendía don Francisco la búsqueda y me contaba sabrosas historias y divertidas anécdotas tabasqueñas, tan peculiares como sabes, lector. Pero siempre, en el curso de sus charlas, podía colarse una noti-

cia desconocida, curiosa y peregrina de la vida mexicana, en lo que concierne a la cultura.

Hace un año, más o menos, lo visitamos en el puerto de Veracruz, Andrés Iduarte y yo. En una de estas *Alacenas* conté aquel encuentro. Recuerdo ahora sólo una circunstancia de la entrevista: al despedirnos don Francisco apoyó la frente sobre el hombro de Andrés y lloró dulcemente, resignadamente. Es la última vez que nos vemos, dijo. Salimos de allí, víctimas de dolorosos presentimientos, temerosos de que acaso el maestro presintiera su fin.

No volví a pensar más en esto, cuando el jueves, una hora antes de mi visita a la librería que he dicho, me encontré con Lionel Pérez Nieto, otro tabasqueño selecto, quien me trasladó el texto de la última carta de Iduarte que acababa de recibir. Deseo volver a México, dice Andrés; irme a vivir al puerto de Veracruz, como don Pancho. Allí pasar mis últimos años, allí retocar mis papeles, escribir.

Ya en la calle, a plena luz y a pleno sol, recordé a mi amigo y maestro Francisco J. Santamaría y nuevamente me hice esta pregunta espeluznante: ¿Por qué no le escribo ahora mismo una carta, para decirle que lo recuerdo, que frecuento sus libros en los que hay siempre claras enseñanzas? No lo hice. Me bastó hablar de él con admiración, con ese sentimiento de gratitud que sabe inspirar quien trabaja por el bien de todos.

Y ahora, al dedicarle esta *Alacena*, pongo una flor y una lágrima sobre su tumba.

10 de marzo de 1963

Parnaso Mexicano. Antología general

Una de las colecciones más curiosas, y ya muy difícil de reunir en su totalidad, es la que con el título de *Parnaso Mexicano. Antología general*, inició la casa editorial Porrúa Hermanos, en el año de 1919. La selección de los poemas y las breves noticias sobre el poeta a quien se consagraba la mayor extensión de los pequeños volúmenes, estuvieron encomendadas a Enrique Fernández Granados. El núm. 1 de la serie, publicado en julio de 1919, correspondió a Amado Nervo; en las páginas finales el antólogo incluía un poema de otros poetas, con lo cual se justifica el rubro de *Antología general*. Acompañan a Nervo en esta primera parte del florilegio, los siguientes poetas: Rafael Cabrera, María Enriqueta Camarillo, Eduardo Colín, Balbino Dávalos, Enrique González

Martínez, Rafael López, Francisco M. de Olaguíbel, Manuel de la Parra, Luis Rosado Vega, José Juan Tablada y Luis G. Urbina.

El *Parnaso Mexicano* aparecía mensualmente. Este *Parnaso* –decía la nota de presentación– se publicará en cuadernos de cien páginas correctamente impresas. Cada cuaderno contendrá poesías selectas de autores de fama, ya sean populares, clásicos o románticos, antiguos o modernos, y será consagrado en su mayor parte a uno de ellos, de quien se darán breves noticias biográficas y bibliográficas y un retrato en rotograbado. En la parte interior del forro se imprimirá el índice de lo contenido en el cuaderno. Cada seis cuadernos compondrán un tomo de más de seiscientas páginas y con el último cuaderno de cada tomo se darán la portada y el índice del tomo.

El tomo primero quedó organizado con los siguientes poetas, de acuerdo con los lineamientos del *Parnaso*: Amado Nervo, Manuel Acuña, Justo Sierra, Luis Rosado Vega, Vicente Riva Palacio y Joaquín Arcadio Pagaza. El año siguiente de 1920, se inició con un cuaderno consagrado a María Enriqueta, al que siguieron los de José María Bustillos, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera y José Juan Tablada, a quien se dedica el cuaderno núm. 5. Es el mes de mayo de 1920, tan cargado de sucesos notables, culminación de una de las etapas más violentas de la Revolución.

¿Con la selección de Tablada se interrumpe la serie del *Parnaso*? Pudiera ser, dadas las circunstancias del país en aquellos momentos. Por lo pronto puedo decir que en mis largas correrías por librerías de viejo, en mis visitas a un gran número de bibliotecas, nunca he encontrado más que once entregas del *Parnaso*: seis del año 19 y cinco del año siguiente.

Tres de estos números son de extrema rareza: los consagrados a Bustillos, a Acuña y a Gutiérrez Nájera, hasta el grado de que pueda decirse que sólo unos cuantos bibliófilos mexicanos pueden decir que tienen esta *Antología General* casi nunca mencionada.

17 de marzo de 1963

Recordación de José María Bustillos

¿Quién se acuerda ahora de José María Bustillos? Casi nadie, por no decir que nadie. En las historias y panoramas de nuestra literatura apenas si se

le menciona, para recordar que fue discípulo de Altamirano. Es verdad que murió muy joven, a los treinta y tres años escasos. Y si bien a esa edad otros –Ramón López Velarde es un ejemplo– ya habían cumplido con una obra que les asegura fama y gloria y permanencia, no a todos está reservado tal destino. La obra de Bustillos no se realizó tan pronto. Murió cuando apenas la iniciaba, cuando iba pasando lentamente del presagio a los actos; del arpegio a la voz. Como diría Juan Ramón Jiménez todavía no estaba hecha su palabra. Pero de eso a olvidarlo, a silenciar su nombre, a desdeñar sus poemas, media un abismo de incompreensión y de ingratitud. Significa por lo menos el olvido de que todos concurren, los que aciertan y los que se equivocan, los que pierden y los que se encuentran, a la forja del gran escritor nacional. Hijo es el gran poeta del cantor mediano, tanto como del magnífico y excelso. Con la voz de todos se hace nuestra voz. *Yo lo comprendo amigos, lyo lo comprendo todo: [voz de otros poetas la encuentro en mi voz /* dijo en alguna parte Pablo Neruda en sus inicios. José María Bustillos no llegó a hablar por sí mismo: en su voz estaban el eco de Altamirano y de Manuel Gutiérrez Nájera. Para que sobresaliera, para que se distinguiera del coro de sus contemporáneos, faltaba tiempo, y eso fue lo que la vida, digo, la muerte no le dejó.

Mucho se ha andado en la apreciación de nuestros escritores. Sin embargo, falta mucho para que nuestros críticos e investigadores mejor dotados presten a los asuntos de la literatura nacional una mayor atención, se afirmen en la idea de que lo nuestro, independientemente de sus valores intrínsecos, estén antes que toda otra literatura. Nuestro vino de plátano, y si amarga, no importa, es nuestro vino. Hacerlo así, como lo hacen otros pueblos, otros escritores y críticos e investigadores, quiero decir. Como lo hacen los que no han padecido toda índole de esclavitud: la de la inteligencia, que es la peor. Veán a los españoles, pongamos por caso. Dondequiera que se encuentren, escriben sobre su tierra, sobre sus poetas, escritores, artistas y filósofos. Hace unos días señalamos el caso de una revista mexicana en que no había una sola colaboración inspirada en asuntos mexicanos, aun las firmadas por mexicanos. Lo que está muy bien porque nosotros somos parte de la cultura española, a condición de que la española sea en parte mexicana, a contar desde la Conquista.

Volvamos al olvidado José María Bustillos. Escribió poesías cívicas, cosa que ya no hacen ahora los poetas por temor a mal parir. Escribió poesías descriptivas, a la manera de Altamirano y de Agustín F. Cuenca, aunque menos robusta y colorida. El tema indígena no le arredraba, antes mejor iba a él con

firmeza, despojado de la triste idea de que lo indio hay que ocultarlo, que carece de prestigio para que la musa busque su contacto. No fuera remoto que para algunos esto estuviera en su contra. ¿Qué se puede esperar, dirá alguno, de un poeta que se atreve a llamar a un poema, “La gruta de Cicalco”, cuando los hay que remiten a la Grecia antigua, por ejemplo?

Hay en el Liceo Mexicano, diría Gutiérrez Nájera, uno que será un poeta viril: José María Bustillos. Ya a éste le ha dolido la vida. Hay en sus versos lágrimas... Poesías tan poesías, como las de Bustillos, agregaba *El Duque Job*.

No. Verdaderamente no se puede, y si se puede no se debe, echar al olvido a un poeta que algo dejó en nuestra lírica. Si no otra cosa, su obra trunca, sus balbuceos pueden servir a aquel poeta que acierte con la obra acabada, redonda y perfecta.

24 de marzo de 1963

Hart Crane en México

Encuentro en estos días muchas referencias a Hart Crane, aquel poeta norteamericano que hace treinta años vivió en México, aquí en mi barrio de Mixcoac. Primero lo reencontré al preparar el pequeño artículo sobre Robert Lee Frost; luego, en *Mi vida entre los surrealistas* de Matthew Josephson, recientemente publicado por la casa Joaquín Mortiz; ayer, por la adquisición de *The complete poems of Hart Crane*, edición y prólogo de Waldo Frank, y, siempre, porque desde hace algún tiempo quiero establecer en cuál de las calles y en qué casa de Mixcoac vivió el desafortunado poeta suicida.

Alguna vez lo vi por las calles de México, en compañía de un escritor mexicano, cuyo nombre, si bien recuerdo, no quiero mencionar. Josephson ha pintado su retrato físico y literario y eso evita insistir en su figura y genio. Digamos, sí, que vino a nuestro país con una beca de la John Simon Guggenheim Foundation de Nueva York, a escribir un libro de inspiración mexicana, que aquella su vida irregular, herética, imposibilitó. No vivía Hart Crane. Más exacto sería decir que agonizó, desde su niñez hasta la hora en que, presa de una mortal desesperación, se lanzó a las aguas del Golfo de México, el día 28 de abril de 1932.

Su poesía, misteriosa, un poco caótica, dentro de una aparente sencillez, ha sido estudiada a partir de su muerte, por algunos de los más penetrantes crí-

ticos: Waldo Frank, Josephson, Agustí Bartra, Rafael Heliodoro, Ernesto Mejía Sánchez y nuestro Octavio Paz. En esos trabajos puede seguirlo el lector mexicano que se interese por su herido tránsito. Su originalidad, en nada se reduce por las evidentes huellas que su obra escrita registra de Rimbaud, Poe, Elliot. Era –dice Bartra– un verbo que tendía hacia un misticismo absoluto, hacia un nuevo orden vital entrevisto desde las tinieblas y la dispersión.

¿Escribió Hart Crane mientras vivió en México? Parece dudoso: Crane ya no vivía, sólo arrastraba su sombra; toda índole de vicios y de aberraciones lo mantenían enajenado, lleno de remordimientos y de sombrías angustias. Así me lo figuré cuando por una sola vez lo vi por el rumbo de San Fernando, por la callecita de La Esmeralda, un medio día de sol, como alucinado, como urgido de algo que ya no podía encontrar sobre la tierra.

Su obra es poco conocida entre nosotros por razón de que no ha sido traducida al español. Lo han vertido a nuestra lengua Agustí Bartra, en su libro: *Antología de la poesía norteamericana*, en la que aparecen algunos de sus poemas más característicos como “El Puente” que, según su autor, “era un panorama orgánico que mostraba la continua y viviente evidencia del pasado en la más profunda y vital sustancia del presente”. La imagen del puente le era obsesiva y tenía varios significados. Algo de esa imagen hay en la decisión de arrojar al mar desde la popa de un barco.

Vivió aquí en Mixcoac. Pero, ¿dónde? Para establecerlo hace falta revisar sus papeles migratorios, preguntar a quienes pudieron haberlo conocido y que aún vivan. Entre sus papeles, sus borradores, si es que se salvaron, puede encontrarse la larva del poema que vino a escribir a México. Hart Crane recuerda a Antonin Artaud, como él, genial, maldito, herético. Su fervor por el pasado indio lo llevó a elegir a México como campo de una creación que no pudo iniciar o no logró dar cima. Si nada más mediara esa circunstancia Hart Crane merece un recuerdo.

31 de marzo de 1963

Acuérdate de mí, Andrés...

Pronto va a cumplirse un año de haber muerto en esta ciudad Emilio Prados, poeta del éxodo y del llanto. Una muerte más cercana a mí, ocurrida en los

mismos días interfirió con el dolor de su muerte. Ni siquiera pude asomarme a su casa, a sus funerales. Me bastó recordar que estuve a su lado unos días antes, obedeciendo a un misterioso impulso de mi corazón que me llevó a buscarlo, cuando hacía mucho tiempo que no lo veía ni sentía ni tenía necesidad de frecuentarlo. Mas ese día, sí que necesitaba verlo. A lo largo de un año, y a medida que el otro dolor se aplaca, que me llega una dolida resignación, el recuerdo y la pena por la muerte de Emilio Prados como que crece, como que se actualiza, como que no me dejará hasta que no lo llore como debo: a la medida del cariño que le tuve, de la admiración que su poesía me inspiró siempre. Estaba el poeta en su cama cuando llegué a verlo. Convalecía según todas las apariencias, pero no era así. La muerte, su eterna compañera, su confidente, le tenía puesto sitio. Aquel ademán como irreflexivo suyo, que no dejó de llamarme la atención, pienso ahora que era para ella, para cerciorarse de su cercanía, para sentarla cómoda a su lado, para tranquilizarla, se diría. Una persona que se había anunciado por teléfono —una hermana de María Zambrano— llegó a buscarlo después de no verse por más de veinte años. Cuando los dos amigos se dieron la mano y se abrazaron, estallaron en llanto. Ni más ni menos que ocurre al indio, para quien una pena no está liquidada mientras no la llora con quien la comparte, pensé. En eso ando yo: buscando con quién llorar a Emilio Prados, mi desgraciado amigo.

Un libro mecanografiado tenía en las manos Emilio Prados. En este monte de tristes recuerdos por el que me muevo, se me va el nombre, pero no su índole y raíz: un libro con un hondo latido mexicano, un poema largo, de poderoso aliento. Antes, ni siquiera podía intentarlo, me dijo Prados. Pero ahora, después de veinte años, creo que sé oír la voz antigua de este pueblo, oler la sangre que invade su atmósfera, adivinar en las sombras de la noche sus auras misteriosas. Así, más o menos, dijo. Y a continuación leyó algunos fragmentos. ¿Qué se hizo del original de ese poema?

Me dedicó su último libro: *La piedra escrita*. Hay en la dedicatoria una línea que me produjo entonces, como me produce ahora, escalofríos: “Acuérdate de mí, Andrés, cuando ya vaya volandito”. ¿Qué querías decirme, Emilio, con ese diminutivo? ¿Era sólo tu afición a los diminutivos mexicanos, o es que sabías que pronto ibas a volar al cielo de tu patria, aquella, o ésta de tu dichosa elección? Yo lo relacioné, ayer como hoy, con el recurso que significa en labios mexicanos el diminutivo: reducir la pobreza, atenuar el dolor. *Volandito*, ¿no te estaba recordando *agonizandito*, expresión que usó el mexicano ante su amigo que cerraba los ojos para siempre?

Yo no cerré tus ojos, Emilio. Yo no estuve en tus funerales, Emilio. Pero, como Salomón de la Selva ante su compañero de trinchera muerto, te digo: Que aunque mi cuerpo no sangre –siento la herida que al tuyo dio descanso.

7 de abril de 1963

Invocación a la patria

La lectura de un brioso ensayo de Clementina Díaz y de Ovando sobre Vicente Riva Palacio contenido en el núm. 32 de los *Anales* del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México viene a devolverme a la vez que el nombre del famoso general y poeta, un capítulo centenario de la historia patria. Tierra de poetas y generales, dijo Rubén Darío que era América. Cuando lo dijo, quizá no recordara al mexicano Riva Palacio, sino a otros del Continente: acaso a Bartolomé Mitre, seguramente a Domingo Faustino Sarmiento, que no era sino coronel, pero escritor, pero poeta. No obstante, la ocurrencia contiene a todos los que en nuestras tierras manejan por igual pluma y espada: a los mexicanos Riva Palacio, general, y a Altamirano, coronel, desde luego.

Entre otras cosas, todas importantes y a veces novedosas, destaca Clementina Díaz y de Ovando la preocupación de Riva Palacio por la patria, evidente en la totalidad de su obra y que era una consecuencia de sus orígenes y de la época que le tocó vivir: hijo y nieto de héroes y soldados, y él mismo héroe y soldado de la libertad. Se sirve la autora para desenvolver su tesis de un breve texto que Francisco González Guerrero puso en sus manos: *Cuentos de un loco*, publicado por *La Orquesta* en 1879, de donde lo rescató el poeta recién desaparecido. Nada más oportuno: México celebraba cuando Díaz y de Ovando dictó su conferencia, el centenario de la Batalla del Cinco de Mayo de 1862, victoria que no excluye a Riva Palacio, “quien supo tan cabalmente, con la acción y con la idea, defender a México de una agresión extranjera”.

Recuerda la autora el soneto de Riva Palacio “Al viento”, de los tres o cuatro más hermosos que escribió y uno de los mejores que se han escrito en México, al grado que se le considera digno de la antología. Allí, como lo recordará el lector, se encuentra una trémula y dolorosa alusión a la patria, a cuya agonía asistieron el poeta y el general. No. No puede ser lo mismo

la patria para aquellos hombres que para estos. En los que la vieron a punto de zozobrar y la defendieron con las armas y con las letras, patria es una palabra sagrada, por la que se debe vivir y morir. Dice el poeta en una de las cuartetos:

*Cuando era joven, tu rumor decía
frases que adivinó mi pensamiento;
y cruzando después el campamento,
“Patria”, tu ronca voz me repetía.*

No. La invocación a la patria en los poetas y escritores del siglo pasado, de los tiempos de la intervención extranjera, era otra, diversa a la que a ratos es para los de hoy, que por una más grande y total, reducen y olvidan todos.

Pero no es esto lo que yo quería decir y a donde yo quería llegar. Lo que yo quería era transmitirle a Clementina Díaz y de Ovando un texto, una frase de Guillermo Prieto, soldado y poeta de la eterna causa mexicana:

“Oh, patria! ¡Oh, sagrado nombre! ¿Quién te pronuncia indiferente cuando teme perderte?”

¿No se encuentra aquí la misma dramática, amorosa invocación a la patria en peligro, que en Riva Palacio y en todos los escritores, poetas y soldados de hace cien años?

14 de abril de 1963

Manuscritos de Bustamante

Cuando Carlos María de Bustamante comenzó a sentir la proximidad de sus últimos días, quiso, antes de entregar a la tierra el forzoso tributo que todos le debemos, hacer su testamento. En él consigno el encargo –dice Elías Amador– de que se depositara en el Convento de Guadalupe, inmediato a la ciudad de Zacatecas, la colección de volúmenes del *Diario histórico de México*, que es quizá la última producción inédita del instruido literato oaxaqueño, quien indudablemente dispuso que esa obra fuera guardada en el convento citado, porque en él tenía condiscípulos como los PP. García Diego, Frejes, Guzmán, Escalero y otros notables literatos y predicadores del mismo monasterio.

Acerca del *Diario histórico* se lee en el *Diccionario de historia y geografía* de Manuel Orozco y Berra que “a ellos –a los últimos manuscritos de Bustamante– hay que agregar todavía muchos volúmenes –se dice que ochenta– de que se compone el *Diario* que llevaba de los sucesos notables, los que asentaba todas las noches, cuya colección dispuso que se depositara en el archivo del colegio apostólico de Guadalupe de Zacatecas, con cuatro ejemplares del *Cuadro histórico*, y que él mismo cuidó de remitirlo pocos meses antes de su muerte.

A ese acervo habría que agregar muchos artículos sueltos perdidos en periódicos, así como gran copia de manuscritos que sin duda fueron a parar inéditos en poder de Joaquín García Icazbalceta y de otros literatos del país.

Por largos años los manuscritos de Bustamante se conservaron en el Convento de Guadalupe. En el año de 1860, en virtud de la excomunión de los frailes del mismo convento, pasaron a la biblioteca del estado, en donde acaso se encuentren en la actualidad.

En el año de 1895, Elías Amador obtuvo del gobierno zacatecano licencia para imprimir tan útiles, abundantes y valiosos papeles. Al año siguiente, imprimió un volumen de cerca de setecientas páginas del *Diario histórico*, frustrándose el propósito de darlo todo a la estampa.

La importancia del *Diario* es indiscutible: representa un monte de noticias, de comentarios a la vida mexicana de los tiempos de Bustamante, sin los cuales no puede entenderse cabalmente aquella etapa de nuestra historia.

Allí –en el Convento de Guadalupe– conocí esa obra, dice Elías con motivo de algunas investigaciones que he hecho, referentes a la historia de Zacatecas, y como al consultar las páginas de dicha obra vi que ella es muy interesante, y que contiene una multitud de hechos históricos, de rasgos biográficos relativos a muchos personajes de la política, del foro, de la milicia, de las letras, del clero y de otros gremios; que encierra anécdotas y noticias diversas, y que abunda en folletos e impresos en que puede consultarse mucho de la historia general del país y de cada una de sus entidades federativas, me he resuelto a dar a luz pública la edición del primer tomo que abarca desde el mes de diciembre de 1822 al 31 de diciembre de 1823, y corresponde a los tres primeros volúmenes originales de la obra, la cual consta de 42 tomos manuscritos y comprende un periodo de 18 años y 9 meses, o sea desde diciembre de 1822 hasta agosto de 1841. Por consiguiente, no consta, como asegura Orozco y Berra, de ochenta volúmenes, a menos que Bustamante hubiera continuado el *Diario* hasta la víspera de su muerte en 1847.

Amador no imprimió los folletos, periódicos y otros impresos en el cuerpo del volumen, que dio a luz, si bien los cita en cada oportunidad, por medio de notas.

Hace unos años, en ocasión del ciento cincuenta aniversario del Grito de Dolores, y del cincuentenario del Plan de San Luis, propuse, como miembro de la Comisión que planeó las publicaciones respectivas, que se editara el *Diario histórico*, bien tenida cuenta de su importancia. El señor Secretario de Gobernación, don Gustavo Díaz Ordaz acogió con entusiasmo la idea y fue aprobado por la Comisión. Por algo que ignoro el proyecto no se llevó adelante, y en vez de la edición de los papeles manuscritos de Bustamante, se ha reimpresso una parte de las obras del autor, que si bien revisten parecida importancia, ya han rendido sus frutos en nuestras investigaciones históricas.

¿No podría alguna institución mexicana, la Universidad Nacional Autónoma, por ejemplo, salvar del olvido y acaso de segura pérdida los manuscritos de Bustamante, editándolos para beneficio de la cultura nacional?

21 de abril de 1963

Soneto del *Nigromante*

Hace algunos años, cuando yo era Jefe del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes, planeé la edición de las poesías completas de Ignacio Ramírez. Pare ese propósito me valí de las poesías que en el siglo pasado se publicaron en uno de los dos tomos que editó la Secretaría de Fomento. No sin esfuerzos, y siempre con ayuda de amigos bibliófilos, logramos agregar al acervo lírico de Ramírez algunas piezas desconocidas, de cuya paternidad se está seguro, así como otras atribuidas, pero casi seguramente obras suyas. Don Octaviano Valdés escribió para el volumen en proyecto un enjundioso prólogo en el que, tras de establecer sus diferencias con el poeta, proclamó su alta calidad lírica y su discutible formación humanística. Entre otras cosas, que ahora recordamos, el Padre Valdés sostuvo que las lecturas clásicas de Ramírez, griega y latina, eran originales, de fuentes directas, en lo que aventajaba a otros escritores mexicanos de aparente más sólida fama en ese campo como, por ejemplo, Joaquín Arcadio Pagaza. Una novedad, indudablemente; un rasgo de honradez, también.

Colaboró en la preparación del volumen otro gran escritor de nuestro idioma, Luis Cardoza y Aragón, poeta y ensayista guatemalteco, quien revisó los originales suprimiendo aquellos versos que no concurren a acrecentar y a afirmar la fama y la gloria de Ramírez, gran poeta, sin duda.

Pero –ese “pero” tan frecuente en nuestras empresas mexicanas– el libro quedó en proyecto. Se dijo al principio por el Departamento de Editorial del INBA, confiado al poeta Miguel Guardia, que el material se había extraviado. Cosa que creímos entonces, pero en la que ya no creemos. Es más fácil que se haya destruido, lo que sería una verdadera lástima, porque no es frecuente encontrar quien tenga entusiasmo suficiente para buscar y localizar la obra dispersa de nuestros poetas escritores. En efecto, ¿dónde volver a encontrar los poemas que el libro iba a contener como inéditos, desconocidos y perdidos de Ignacio Ramírez? Desde aquí incito a Miguel Guardia para que, si por fortuna no estoy equivocado, salve los originales que puse en sus manos con la esperanza de que alguna vez pueda publicarse toda la cosecha lírica de nuestro gran poeta.

Revisando papeles, encuentro uno de las piezas olvidadas del famoso *Nigromante*. Se trata de un soneto, de cuya paternidad algunos han puesto en duda, entre ellos Alfonso Taracena, si bien hace algún tiempo me comunicó que ya no insistía en su duda. El soneto de referencia fue escrito –ahora cien años– en los días en que el pueblo mexicano se aprestaba a combatir la intervención extranjera. Helo aquí:

*Conteniendo el incendio y la matanza,
que a los aztecas mísero devora,
te apareciste, celestial señora,
como un iris de paz y de esperanza;*

*y cuando Hidalgo a combatir se lanza,
te ha contemplado el pueblo que te adora
brillando en su bandera vencedora,
y bajo tu sonrisa el triunfo alcanza.*

*Hoy en la patria se oscurece el día
y sus hogares el furor enciende...
¡Hoy por tercera vez sé nuestro faro!*

*Hoy la demencia sanguinaria, impía,
en tus altares mismos nos ofende...
¡Hoy por tercera vez sé nuestro amparo!*

28 de abril de 1963

Aprendizaje de la lengua

Hablar es el gran problema el hombre, tan grave que a diferencia de todos los demás seres vivos, que heredan las experiencias de su especie, el hombre no aprendería a hablar si no se le enseñara. A medida que la inteligencia, la curiosidad y la experiencia vital se enriquecen, hablar resulta todavía más difícil. La comodidad de la lengua básica que servía para nombrar el pequeño mundo circundante, desaparece; innumerables presencias, formas, actos y matices, son perpetua incitación y casi no existen mientras no podemos nombrarlos. Surge una nueva dificultad: el idioma es misterioso y reclama disciplinas y obligaciones: en la medida que mejor se conoce, más temerosamente se le usa.

Hay varios caminos para aprender la lengua: el trato con los semejantes, la atención a los sabios maestros, la lectura; todas, formas de relación, contacto con los hombres porque el idioma ya existe y lo único que hay que hacer es incorporarlo en uno mismo. Lo más expedito sería que cada quien inventase las palabras que ha menester para nombrar lo que ve, adivina o siente, mas por este camino no se llega sino a la torre de marfil, a la ínsula de soledad y no al entendimiento entre los humanos y al respeto de las altas tradiciones de intercambio de ideas, que constituyen la mejor prueba de su superioridad.

Cualquiera diría que la panacea para aprender un idioma es el diccionario. No hay tal cosa. Uno de los diccionarios más pequeños y populares, el *Larousse*, tiene más de mil quinientas páginas y, al igual que todos los diccionarios, únicamente sirve para hallar la palabra que ya se encontró. Es decir que sólo nos ayuda a ver el significado de un vocablo que desconocemos dentro de un texto hablado o escrito.

Bien. Pero, ¿cómo se dice eso, precisamente eso que queremos decir? ¿En qué palabra cabe ese estado de ánimo, esa sensación, ese calificativo, ese acto que existe, puesto que lo vemos o lo imaginamos? Basta hacer una

prueba: mirar en torno, cuidadosamente, y sumar las incontables cosas que no podemos nombrar. Qué angustia, qué vértigo produce este aislamiento de la realidad; es la misma sensación que asomarse a un abismo, contemplar el firmamento o volar de la pequeñez frente a la inmensidad, de la impotencia frente al ansia de dominación y de superioridad.

Es ahí donde el diccionario para nada sirve. Y en nuestras manos resulta como el abismo, como el firmamento o los océanos; lleno de todo lo que no sabemos, superior a nuestra pequeñez, más cabalístico que los laberintos.

Existen, desde luego, los diccionarios de ideas afines; pero de poco sirven para quien no ignora sino millares de palabras y para quien usa el idioma profesionalmente, con automatismo, urgido por la necesidad de explicarse ante los alumnos, los lectores o los públicos.

Los sabios deberían de pensar en ese problema, aunque no fuera más que por los conflictos que resultan de los hombres –y ya no digamos entre los pueblos– por no hablar en palabras precisas, o por dar a las palabras distintas connotaciones. La paz sería más factible si se allanara este terreno de incompreensión básica. Y de paso, los pobres mortales contaríamos con un medio de saber cómo nombrar las cosas, cómo se bautiza el mundo que nos rodea y el que llevamos dentro.

5 de mayo de 1963

México en la obra de Zorrilla

Tanto los que nos aplauden como los que nos silban y pitan, todos los viajeros nos han sido útiles. Por su simpatía y por su diferencia, hemos ahondado en nuestra historia, hemos estudiado nuestra vida para encontrar qué tanto se acercan o qué tanto se alejan de la verdad.

Uno que hace cien años se paseaba entre nosotros, el ingrato y olvidadizo, el inconstante y voluble José Zorrilla, es uno de esos viajeros. Sus memorias y recuerdos de los tiempos que pasó en México son interesantísimos. Si otra prueba no hubiera bastaría advertir que algunos de nuestros historiadores literarios han abrevado en sus páginas, han encontrado inspiración y sugerencia en sus apuntes, escritos no con ánimo de maestro, sino de paso, para dar expresión a sus impresiones de lector y de transeúnte. Sino que por estar proscrito

to Zorrilla, no citan su nombre, con lo cual logran pasar por suyas ocurrencias que eran del autor de *La flor de los recuerdos*. A él a Zorrilla hay que acreditar más de un acierto, aunque también más de un error, en el juicio que corre sobre escritores mexicanos a quienes leyó y trató.

Se hizo enemigo nuestro muy pronto. Sus protestas de agradecido hijo adoptivo se trocaron en desdén, en odio; de su estancia en México, sin embargo, se acordó siempre, entre adolorido y melancólico. Después de su muerte se pudo ver que lo combatían y trabajaban ideas y sentimientos muy opuestos con respecto a nosotros. No pudo borrar de su memoria ni lo placentero ni lo triste. Por lo contrario, de ese pan, de esos recuerdos vivía y endulzaba sus postreras horas.

Hubiera querido dejar inéditas muchas de las cosas agradables que escribió sobre México, como para disimular su inconstancia, su rendición y vasallaje a un pueblo que lo recibió con música y canto, con bandolones y poesía. No pudo, pese a sus propósitos, que fueran póstumos unos versos que le inspira la vida citadina y de las haciendas mexicanas en que tan largas y regaladas horas pasara. Así en las *Hojas traspapeladas*, últimamente recordadas por el finado Ceferino Palencia, dice el poeta:

“Como sociedad aún nueva/ nave poco lastrada/ el viento o la marejada/ a veces la trae y lleva/ México es una nación/ típica, única, sin par, / pero móvil como el mar/ y todo contradicción./ México es chuzón sarcástico,/ un pueblo característico;/ incrédulo a un tiempo, y místico;/ guerrillero y eclesiástico./ Sin fe en nada, lo cree todo; / con tal de andar en funciones,/ a toros o a procesiones/ acude del mismo modo./ Mas pone en todo tal arte/ da a todo carácter tal,/ que nada hay que le esté mal/ y algo siempre se reparte”.

El poeta se detiene. Recobra el aliento y vuelve al asunto con aquella su abundante y nefasta facilidad. Y dice: *“México es un sevillano/ con costumbres de extremeño/ y que pone grande empeño/ en no parecer indiano. /Majo de rumbo y buen talle,/ como guindilla que abrasa;/ es extremeño en su casa/ y sevillano en la calle./ Caballista y campechano/ buen jinete y mal torero,/ México es un caballero/ que se viste de gitano,/ de alamares y de herretes/ cubiertos de plata y oro/ chapeados, tienen del moro/ y el picador, sus jinetes./ Con sus sombreros jaranos/ y sus sarapes flotantes,/ parecen extravagantes/ picadores africanos./ Y no hay ¡vive Dios! que echar/ lo dicho por mala parte;/ México es un pueblo de arte,/ gracia e ingenio sin par,/ que al tomar para su uso/ lo que de fuera le vino/ se lo apropió con gran tino / cuando encima se lo puso;/ y al forjar su natural/ dotes y vicios tan varios, / creados y hereditarios, / supo hacerse ori-*

ginal. / Los mexicanos son prontos / de comprensión, / de muy claro / perspicuo ingenio, / y es raro / hallar en México tontos”.

Y luego volviendo a lo que pudiera llamarse la serenata inconclusa a la mujer mexicana prorrumpe: *Las mexicanas son perlas, / y sin que se ofendan ellos, / el mejor de sus más bellos dotes de Dios es tenerlas; / pues las mexicanas son / como las flores, vistosas, / y tienen, como las rosas, / perfumado el corazón. / Las chinas son nuestras majas, / y con sus naguas de pico, / sus rebozos y abanicos, / y sus criaturas de fajas / cuajadas de lentejuelas, / calzadas de blanco raso / su avión, donaire y paso / prueban bien que sus abuelas / se bañaron en la orilla / del Guadalquivir y el Darro / legándolas lo bizarro / de Granada y de Sevilla.*

Hay en los versos transcritos mucho de lo que se encuentra en la *Carta al Duque de Rivas*, contenida en *La flor de los recuerdos*. Y cosa curiosa, Zorrilla coincide con Eugenio de Aviraneta, tío de Pío Baroja, quien al describir a jaro-chas, jarocho y jinetes mexicanos, usa casi las mismas palabras.

12 de mayo de 1963

Escritor y libro olvidados

Dediquemos esta *Alacena* a un escritor y un libro olvidados. El escritor se llamó Ciro B. Ceballos. El libro lleva por título *En Turania*. ¿Era un buen escritor Ceballos? ¿Es bueno su libro? ¿O, por el contrario, autor y obra son dignos del negro olvido en que se les tiene? Son cosas que otros y no yo tienen que poner en claro. Yo quise hoy solamente recordarlos.

Ninguna de las historias de nuestra literatura los mencionan, por muchas razones, entre las cuales puede estar lo reducido de su producción, más que su índole. Ceballos no es un autor simpático, sino por el contrario, un poco repulsivo, por la libertad que él creía independencia, con que se refirió a autores que le fueron contemporáneos. Discípulo de Nietzsche y de D'Annunzio; lector de los grandes escritores de su tiempo, y de todas partes del mundo, pero siempre aquellos que promovían su carácter hosco y desencantado, la crítica que ejerció se caracteriza por las espinas más que por las flores.

Al final de cuentas, uno no sabe si alguna vez admiró a los autores a quienes cubrió de elogios, o los desdeñó siempre; o si al revés: admiró al final a aquellos que en un tiempo colmó de desdenes y de improperios.

En efecto, en la breve nota que escribe al frente de *En Turania*, dice que no se hace responsable de las opiniones optimistas, los entusiasmos juveniles y los efectos efusivos que en las semblanzas ahí contenidas escribió alguna vez. Pecaría contra la verdad, recuerdo que dice; sus opiniones, sus entusiasmos, sus afectos hacia algunos de ellos se modificaron por obra de malos sucesos, de nuevas luces y de rebeldes percusiones de pensamiento, de manera que al publicarlas, las conceptuaba definitivas y radicales. De suerte que no sabría uno a qué atenerse con respecto a varias de ellas. Sin embargo, las reunió a todas en un solo haz, para que su breve libro no padeciera en su unidad, que por ser de impresiones puramente personales, contiene grandes justicias y no pocas injusticias, dice. Sostengo –agregaba Ceballos– que no es un crimen no pensar siempre de la misma manera, no conmovearse siempre ante los mismos entusiasmos, y no abandonarse siempre a las mismas afecciones. Pero algo es evidente. Su admiración por Balbino Dávalos, por Julio Ruelas, por Salvador Díaz Mirón, maestro, poeta de sonrisa pretoriana y de manos principescas; artista genial, pintor de buena raza; egregio Díaz Mirón, cuyas rimas se tallan en diamante puro. Aunque alguna vez se refirió con admiración a Amado Nervo, en más de un lugar lo trata sin miramientos. Pero sus fobias parece que se concretan en Juan de Dios Peza, en Luis G. Urbina, en José Juan Tablada, a quienes considera meros rimadores, verseros despreciables que conducen sus ideas en el carro del ritmo porque no pueden hacerlas caminar a pie.

Libro abundante en noticias, en citas originales, en reflexiones agudas, si bien disparatadas y acaso injustas, eso es *En Turania*. El título lo inspira Tablada. Una ligera observación me bastó –dice– para comprender que en aquel Tartarín no de Tarascón, sino de Turania, no podía encerrarse nunca un poeta serio, digno de los respetos de los artistas de fuerza. Creía Ceballos que el tiempo había corroborado sus vaticinios con respecto al autor de *La Feria*. Tablada sólo ha sabido –decía– hacer abortar a una musa ciscada; y eso es de lo poco que puede transcribirse de cuanto le dijo. Su otra fobia era Urbina, a quien no baja de animal. Así está concebido el libro: alternando la espina y la flor, viva imagen de nuestra pitahaya sangrienta. Manejado con tiento, sin embargo, algún jugo puede soltar. Esa es cosa que usted debe hacer, amigo Porfirio Martínez Peñalosa.

Biografía de Carlos María de Bustamante

No tenemos, después de un siglo y medio de su herido tránsito, una biografía de don Carlos María de Bustamante, un estudio de sus obras históricas que las despoje de la incomprensión que las cubre. Todavía, hasta en la pluma de escritores llamados progresistas y liberales, se le juzga siguiendo los dictados de Lucas Alamán, su acérrimo enemigo. A los adjetivos denigrantes con que el cerrado enemigo de la independencia lo calificó, otros escritores que vinieron después han agregado algunos más de su cosecha, dando por bueno cuanto en contra de él se diga, si son ciertas las negaciones de don Lucas.

Parece mentira que haya sido Victoriano Salado Álvarez, un descendiente intelectual de Alamán, quien no digo que releve a Bustamante de las culpas con que se afea su obra, sino que las atenúe y, que intente una explicación de su estilo, de las caídas de su labor histórica y periodística. Las memorias, los diarios, las autobiografías, viene a decir Salado, ayudan en mucho a la reconstrucción del pasado, porque también con los hechos cotidianos, con las *minucias* diarias, está tramada la historia, se organiza la vida de los pueblos. No dice don Victoriano, claro está, que sin Bustamante todo caería del lado de Alamán, a él sólo habría de recurrir en busca de un juicio acerca de la Guerra de Independencia y de los hombres que la forjaron.

Bustamante, según la opinión más corriente, deducida de las *Noticias biográficas del licenciado D. Carlos María de Bustamante y juicio crítico de sus obras*, escritas “Por un amigo de Don Carlos y más amigo de la verdad”, obra que Alamán publicó anónima, y que muchos todavía atribuyen a Joaquín García Icazbalceta, otro enemigo suyo; Bustamante, digo, según aquella opinión era inconstante, versátil como dicen los tontos de hoy, creyéndola elogiosa; crédulo, ramplón, mentiroso, ignorante, punto menos que analfabeto. Que lo digan los del bando enemigo se explica, mas no que la prohíjen autores que se supone no digo liberales y progresistas, sino nada más imparciales. En eso, como en otros capítulos de nuestra historia, la sombra de Alamán, de Icazbalceta, de Marcelino Menéndez y Pelayo, de Ramón Menéndez Pidal no deja ver; es tan grande la fama de estos hombres, tan asombrosa su erudición que ha de ser una temeridad contradecirlos.

Más aún. La obra de Bustamante es muy vasta, muy abigarrada; abarca muchos años; está escrita sin el reposo y la calma que requieren las obras históricas y literarias, contrariamente a la de su acérrimo rival. ¿Quién de los

que la niegan, excepto sus enemigos, la ha leído en su integridad? La leyeron Lorenzo de Zavala, Pablo Mendívil, a quien el primero nombrado elogia, olvidando que en ella abrevó el segundo; la tuvo a la mano Alamán, sin duda, para refutarlo, para oponérsele, como guía, aunque dando a los acontecimientos distinta interpretación, acorde con su criterio y su filosofía, de donde nacen sus discrepancias. Porque puede ser, como decía Miguel de Unamuno, que todos los documentos sean verdaderos y sin embargo la historia resulta falsa.

Se juzga historiador a Bustamante, contrariamente a su propio deseo. En más de un lugar dice que no lo es, y que sus obras no son todavía la historia de los acontecimientos que narra, sino el solo material para que una pluma mejor cortada que la suya, la escriba. Responde, sí, de la verdad de los hechos que relata; es verdadera su pasión por la Independencia, por la causa de México que no es otra que la de la República, la Democracia, la Independencia y la Libertad.

Entristecía a don Carlos la opinión de sus contemporáneos, lo ensombrecía la injusticia con que se le negaba y perseguía. Por eso escribió el papel autobiográfico que lleva el hermoso título de *Hay tiempos de hablar y tiempos de callar*,* en que cuenta las razones de sus trabajos y de su vida, ni más ni menos que otros lo han hecho con el aplauso que a él se niega. ¿Cuándo uno de nuestros grandes escritores, con el tiempo y corazón que no todos tienen, escribirá una biografía de Bustamante que lo releve de incompreensiones, que lo sitúe en su justo lugar, a él que todo lo hizo y padeció por México?

26 de mayo de 1963

Los bienes y males

¿Cuántos libros, folletos, opúsculos, artículos escribió, pues, Agustín Rivera y Sanromán? Si alguno lo sabe, o los ha enlistado, yo no lo conozco. Porque el padre Rivera parece haber nacido con la pluma en la mano, y muerto sin soltarla. Casi no hay tema que no haya tratado, siempre lleno de curiosidad y armado de todas las armas de la erudición. Su memoria, que alguno ha calificado de prodigiosa; su facilidad que yo calificaría de funesta; su entusiasmo

*En 1986, el Senado de la República publicó *Hay tiempo de hablar...*, al lado del *Informe crítico-legal* y de una colección de artículos relativos a Bustamante aquí aparecidos y que nosotros tuvimos oportunidad de preparar para Henestrosa.

que no disminuyeron ni la vejez ni la pobreza; todo eso, digo, militó a favor de su grafofilia, si es que se puede decir así para indicar el amor a la letra escrita. Porque no era una mera manía la suya, sino un afán de servir, de instruir, de educar. Natural parece que quien mucho escribe, mucho yerre, como quien camina, se extravíe. Pero no hay uno solo de sus escritos en que no haya una reflexión sabia, un renglón brillante, una frase pulida.

¿A quién de nuestros escritores se parece Agustín Rivera? A muchos, del pasado y del presente. Desde luego, a mi coterráneo Carlos María de Bustamante, como él, escritor abundante, hombre sencillo y de bellísimo corazón, como Rivera dice; pero de buena capacidad intelectual, en todo distinto al que pinta Lucas Alamán y los alamanistas; nada crédulo, sino más bien apasionado de la causa de su patria, que soñaba libre y dichosa; el afán de don Agustín de anotar con referencia erudita sus escritos, de citar en latín y otros idiomas ya muertos, ya vivos, es algo que comparte con don Carlos; la inclinación por la referencia a la propia vida y a la obra personal es común a los dos, de tal suerte que nadie escribió más sobre el padre Rivera que el propio don Agustín, como nadie sobre Bustamante como don Carlos. Citan los dos, con igual propiedad, a los autores clásicos y a los modernos; hablan el lenguaje de los autores selectos como el que suele usar el vecino con su prójimo. Válido ha de ser todo lenguaje si sirve para que dos se entiendan; estas circunstancias, y no otra cosa, es la causa de que a autores de esta índole se les tenga en tan poco. Pero ellos no voltean los ojos, caminan mientras sus censores se quedan a la vera. Quizá no sean siempre originales, porque conviven con los libros, la imprenta, la redacción de periódicos, y ya se sabe que quien viene de apagar un incendio huele a humo. No pueden siempre verificar sus citas; suelen referirse a un autor en lengua que no es la suya; a Voltaire en inglés, en francés a Shakespeare, digamos; lo que causa el regocijo de los que sólo saben citar, sin entender el lugar que trasladan.

Aquel su gusto por los refranes, ¿a quién de los escritores de hoy pudiera referirse? A muchos, y a uno solo de nuestros días, cuyo nombre dejo a tu sagacidad, lector, discernir. Yo no tengo ahora tiempo, voy de pasada para verificarlo; pero creo que en alguna parte de los *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de Independencia* explica la razón de su gusto por los refranes que contribuyen a la gala y a la abundancia de la lengua castellana. De ahí mismo como anónima la obra en que encuentra el elogio al proverbio y al refrán, pero que quizá lo fuera de fray Martín Sarmiento, portento y asombro de eruditos.

Volvamos a nuestro asunto. Entre el monte de sus papeles destaca uno, para mi gusto: *Principios críticos...*, recién citado. Quizá no sea el mejor, ni el más característico, pero el primero que leí, ahora cuarenta años. Venía entre los libros que me obsequió Vasconcelos, ya que no pudo becarne. Libro abundante, lleno de digresiones, bellamente escrito. Una defensa de la Guerra de Independencia, un elogio de Bustamante, una diatriba crítica contra Alamán y la caterva de sus discípulos, eso es aquel libro. Pero también un elogio de España, sin por eso degradar a Anáhuac, aberración tan frecuente en los hispanófilos. A cada uno señala sus grandezas y sus miserias, sin que por eso se reduzcan en su corazón y en su entendimiento. Yo siempre me pregunto por qué Álvaro Obregón ordenó expresamente la reedición de aquel libro, escrito en Lagos. Y por qué Vasconcelos, que alguna vez me habló de ella con elogio, la dejó trunca, quiero decir, que sólo apareciera el volumen primero.

Hacia la página 45 de los *Principios críticos...* se encuentra una de las más hermosas que escribiera el padre Rivera: es aquel recuento, aquel balance, aquel corte de caja que hace de los bienes y los males que intercambiamos indios y españoles. Se trata de la página de un literato, de un creador, de un escritor a quien no estorba la erudición. Los españoles —dice más o menos— nos trajeron el melón, la sandía, la naranja, el higo, la pera y otras frutas deliciosas; y nosotros les dimos el mamey, la anona, el chicozapote, el aguacate, la piña y otras innumerables frutas igualmente deliciosas... Nos dieron la rosa, el nardo, el jazmín, el clavel y otras bellísimas flores, y nosotros les correspondimos con el *yoloxóchitl* o flor del corazón, el *cacaloxóchitl* o flor del cuervo, el tabachín y otras muchísimas igualmente bellas. Y así, por ese tenor, el buen español y buen indio que fue Rivera continúa su recuento.

Un su descendiente, el gran novelista Mariano Azuela ha escrito una biografía de don Agustín Rivera. A ella remito al lector. Yo no quise otra cosa que recordarlo, en pago a las horas de delicia y de enseñanza que el solo libro suyo aquí mencionado me proporcionó. ¿De qué otra manera podía tributarle mi gratitud ahora que su tierra natal, Lagos, está celebrando uno de sus centenarios.

2 de junio de 1963

Francisco González León y su obra

En la historia de la lírica mexicana, Francisco González León viene a ser como una isla silenciosa, tranquila y lejana. Lagos de Moreno, su pueblo natal, al que siempre estuvo y estará ligado su nombre, como otra isla igualmente lejana, tranquila y silenciosa.

Sólo por excepción González León abandonó su pueblo, y eso, por unos cuantos días, cuando no unas cuantas horas: para asomarse a Guadalajara al arreglo de asuntos personales y familiares. Natural parece, pues, que ahora que Lagos de Moreno cumple el cuarto centenario de su fundación, el nombre del poeta y el de su pueblo sean recordados juntos. Pero hay algo más: el año pasado de 1962, sólo unos cuantos meses de esta fecha centenaria, hizo un siglo de haber nacido el poeta.

La publicación de estos poemas, si no todos inéditos, si no todos obra acabada y perfecta, sí algunos poco conocidos y que tienen el mérito de conservarse manuscritos con dedicatoria autógrafa del vate solitario. La depositaria de este pequeño tesoro, doña Enriqueta Zepeda, paisana de González León, y amiga suya pese a la diferencia de edades, quiso ponerlo a nuestra disposición para que, reunidos en este parvo volumen, salieran los que ya eran conocidos, otra vez a recorrer mundo, y los que puedan ser inéditos, a conocerlo. Otros de estos poemas, los siete finales, fueron proporcionados por el poeta Alí Chumacero, que los hubo de revistas que en cada caso se indica. El título de este poemario *—Las cuatro rosas—* le viene del que tiene uno de los poemas, acaso el más hermoso, el más extraño de todos, por su movimiento y la gracia de su ejecución.

La totalidad de los poemas aquí reunidos no se encuentran en los volúmenes hasta hoy publicados, aunque algunos se sabe que aparecieron en revistas y periódicos de Lagos, Guadalajara y Aguascalientes, cuando fueron compuestos. En efecto, el poema “En el Tívoli”, que Allen W. Phillips califica de mediocre, fue publicado en 1908 en la revista *Kalendas*, pero no se encuentra en ninguna de las colecciones hasta hoy conocidas. En algo puede contribuir también la publicación de estos poemas al esclarecimiento de la temprana influencia, para mí evidente y fuera de discusión, de González León en la obra primera, en el impulso inicial de Ramón López Velarde, por otra parte reconocida por el poeta de Jerez. Phillips transcribe unas líneas de la carta que el jerezano escribió al laguense en que aquella influencia está tácitamente reconocida... “Le digo en

verdad que su manera de concebir y producir la belleza se adecua singularmente a mi temperamento”. Otra cosa es que López Velarde, al encontrar el metal de su voz, al crearla con las sílabas y los ecos de otras voces, haya llevado el tema provinciano, la manera de adjetivar, el mecanismo de la metáfora, el tratamiento de asuntos y símbolos, a una inusitada perfección y a una inconfundible singularidad.

Pero no es éste el lugar, ni yo el que pueda hacerlo, para insistir en estas cuestiones. Sin embargo, al releer los poemas de González León, anteriores a los de López Velarde, tuvimos el gusto y la curiosidad de apuntar o versos o frases en que a las claras se percibe la consaguinidad de los dos poetas. Su parentesco parece evidente con sólo observar estos testimonios. Pudiera ser, también, que la semejanza se debiera a su común procedencia: Francis Jammes, Rodenbach, Verhaeren. Pero aun así se diría que esa influencia es anterior en el poeta de Lagos. Tampoco es remoto que en una etapa posterior, la influencia tuviera sentido contrario, es decir, que la ejerciera López Velarde sobre González León. Phillips se pronuncia por este extremo. Con los dos poetas mexicanos puede ocurrir lo que entre el argentino Leopoldo Lugones y el uruguayo Julio Herrera y Reissig, que los dos tuvieron aquellos mismos padres que, según Óscar Wilde, tiene todo artista.

El lector puede percibir en las transcripciones que siguen un eco y una consonancia, una repercusión y una reminiscencia, del poeta de Lagos en el poeta de Jerez... *siete campanadas / como siete palabras de metal; Perímetro en eclipse; El patio recóndito; Póstera paloma mensajera; Una muchacha triste; Recóndita estafeta; repentina escala; Retrógrada vereda; Catecúmena; Huérfana ventana; Jardines escolásticos; Monástica golondrina; Metódica gotera; Cómo me siento gamín este día.*

¿No lleva cada una de esas líneas a otra de Ramón López Velarde? El lector avisado, que es para quien se escribe este breve prólogo, sabrá recordarlas. El problema de la influencia de González León en López Velarde, o viceversa; de la identidad –simultánea o anteriores del primero en el segundo–, de lecturas que determinaron la tónica de su poesía, quizá no esté todavía del todo dilucidada, quizás. Si en algo sirviera a elucidarlo la publicación de estos poemas, ya habría motivo para sentirnos satisfechos.

Noticia Bio-bibliográfica. Francisco González León. Nació en Lagos de Moreno, estado de Jalisco. Murió en la misma ciudad. Obra poética: *Megalomanías*, Imp. de B. Reina, Lagos, 1908; *Maquetas*, Lagos, 1908; *Campanas de la tarde*. Poemas. Portada, ilustraciones y viñetas del artista Gabriel Fernández

Ledesma. Palabras liminares de Ramón López Velarde. Edición México Moderno, México, 1922. *De mi libro de horas*. Notas de Alfredo Maillefert, Ediciones de la Universidad Nacional, México, 1937; *Agenda*. Obra póstuma. Nota de Agustín Velázquez Chávez. Nueva Voz, México, 1946; *Poesías completas*. ARS, México, S.A.

9 de junio de 1963

Poeta en olvido

Hace tiempo que venía queriendo dedicar una de estas divagaciones a un prosador y poeta mexicano, nada despreciable ni digno del olvido en que lo hemos hundido: a Abel C. Salazar. ¿Hace falta decir que las historias literarias no lo mencionan? No es sólo Salazar quien se encuentra en ese caso, que abundan los que habiendo escrito libros, así sean breves, algo aportaron al desarrollo de nuestras letras. De tal manera son numerosos, que hasta valiera hacer un panorama literario con todos ellos, una antología en que se salvaran algunas de sus prosas y poemas, una serie que bien pudiera llamarse de *Clásicos olvidados*. Ahí estarían, digamos, Enrique Chávarri, maestro de *Micrós*; ahí, Abel C. Salazar y otros muchos que no es hora de mencionar. Del pasado a duras penas se ha comenzado a salvar a Juan Bautista Morales, pero todavía no a Francisco Zarco como creador literario, ni a Luis de la Rosa. Mientras viene uno de afuera a hacerlo, ¿no valiera la pena que algún mexicano lo intentara?

No es Salazar un gran escritor, me dirán. De acuerdo. Pero no debe olvidarse que entre los pequeños, medianos, y chicos escritores y poetas suelen darse flores de acabado dibujo y perfume. ¿No dijo el maestro de muchos de nuestros maestros, Marcelino Menéndez y Pelayo, que habría que buscar entre algún pobre cura de aldea, poeta segundón, al autor del soneto “No me mueve, mi Dios, para quererte...” Y de ser fray Miguel de Guevara el autor, como se pretende, ¿no se cumpliría la ocurrencia de Pelayo?

Fue en las *Lecturas literarias*, arregladas por Amado Nervo –Bouret-París-México, 1910– en donde me encontré por primera vez con el nombre de Abel C. Salazar. Luego, tras de verlo en persona por las calles de México, y aun de oírle un fogoso discurso, di con sus libros, a los que alguna vez volveremos. En

la antología de Nervo se recoge un sonoro y rotundo soneto suyo titulado “A escape” que acaso haya recogido Salvador Novo, hecho como mucho de nosotros con aquellas lecturas literarias. Lo transcribo a continuación, sin responder de su exactitud, afán que traslado al poeta Herminio Ahumada, devoto de nuestro olvidado Salazar.

Sobre yerto can tendido en la fresneda / moscas negras y metálicas fingían / abalorios que los céfiros movían / o alamares inconsútiles de seda. / De la loma que recorre la vereda / los tropeles de caballos descendían, / y sus férreas herraduras parecían / medias lunas en pendón de polvareda. / Detuviéronse cabe álamos gigantes, / de cortezas como pieles de elefantes / y nervudas como brazos las raíces; / y al mirar el esqueleto tal corrieron, / que en su fuga soplos de aire enrojecieron / como brasas purpurinas sus narices.

¿No se cumplen, lector, en este soneto las condiciones que le señaló Julio Herrera y Reissig: erguida cabeza y resonante cola?

16 de junio de 1963

La canción de Aguascalientes

...Al medio día, una vez cumplida la encomienda que me trajo a la ciudad, salgo a recorrer las calles: sin guía, itinerario, ni meta; sí, más bien, con la punzante idea de extraviarme. Diluvia sol; brilla el rostro del cielo, hierve la luz a la distancia.

Nada conozco de Aguascalientes. La noticia más importante que tengo de ella es que aquí tuvo lugar la Convención Militar de 1914, cuyos incidentes acaba de contar Martín Luis Guzmán, en páginas que sólo él sabe escribir, y que no hace tiempo leímos usted y yo, en voz alta. No puedo saber dónde se encuentra el teatro en que tuvieron lugar las reuniones. Sí creo oír vagamente el eco de los discursos, las exclamaciones tremendas, las descarnadas leperadas con que nuestro pueblo expresa su desesperación y su impaciencia, y hasta el latigazo de un disparo que se le escapó a ese general, todavía más impaciente y más desesperado.

Es tan distinto todo esto a lo que conozco. Calles estrechas, casas grises, medio destruidas, como apuntaladas. ¿Qué puede tener Aguascalientes de común con Juchitán, cuyo nombre invoco siempre, con el mismo fervor, diga-

mos, con que Cánovas invocaba Cuenca? Nada. Mi ciudad, mi pueblo natal, que ya visitaremos alguna vez, es bien distinta a ésta en cien aspectos, entre los que sobresale el idioma y la entonación con que se habla; aquí, español. Allá, ya lo sabe usted, zapoteco. Me quedo oyendo a las mujeres platicar, en una esquina del mercado: “Disimule, uste”, dice una para pedir que la perdonen, que la excusen. Y el cantido con que lo dice, me enamora. Sí, señora, hay una entonación del bajío, que ya podré identificar de ahora en adelante.

Arrecia el calor. Como que se suspende el aire, como que se detiene el sol en su carrera, como que el silencio se detiene a escucharse. Me encuentro de pronto en las afueras de la ciudad, cerca de unos árboles gigantes, cuyas sombras dormitan a sus pies. Pero, ¿qué sucede? ¿Me ha adormecido el sol, o es que estoy dormido de verdad y sueño? No. Nada de eso. Debajo de uno de estos árboles, un hombre y una mujer ciegos cantan una canción, al compás de la vihuela.

Linda la canción, llena de lejanías y de tristezas, buena para endulzar las penas, para darse alivio mutuo. Porque la pena, yo creo, se reduce si se reparte, como la alegría se agranda. De no ser así, ¿cómo esta pareja iba a cantar sin público, sin la pobre paga de unos cuantos centavos de la concurrencia? Tal vez, en la mañana, cantaron en el mercado para procurarse el pan, y ahora, ya solos, cantan para sí, movidos por un apremiante impulso, acogiéndose a la ocasión que es cuando las canciones tienen verdadero sentido. ¿No es eso lo que dice Romain Rolland en el *Juan Cristóbal*? Así será, señora, así es, señora.

Yo llamo a esta canción “La canción de Aguascalientes”. No porque la aluda en ninguna parte, sino porque aquí la oigo por primera vez, y en estas circunstancias. La letra habla de Guaymas, de un marino que vuelve a tierra, rotas las velas de su barca y el alma triste. La canción tiene dos alas y vuela hasta perderse en el lejano confín, vuelto eco, suspiro, aire, silencio, nada. Una ala es triste, la otra más triste, si se puede. Dígame, si no, señora:

Al golpe del remo | se agita ligera | mi barca en el agua; | al golpe del remo | que ahoga mi ausencia | solloza mi alma. | Yo soy el viajero | que alegre de Guaymas salió una mañana | llevando en su barca | como ave piloto la dulce esperanza. | ¿De qué región vienes? | ¿Quién hizo pedazos | tus velas tan blancas? | Te fuiste cantando | regresas trayendo | la muerte en el alma. | Por mares ignotos | mis santos anhelos | hundió la borrasca. | Me fui a buscar perlas | y vuelvo trayendo la muerte en el alma.

Como el marinero de la canción, como estos dos ciegos que la cantan, me alejo del sitio, con una enorme lágrima en el pecho, con un dolor que hace rato no tenía (junio de 1929).*

23 de junio de 1963

Familia de escritores

Ya en otras ocasiones y en otras partes he dicho que José María Luis Mora forma parte de una familia de escritores que arranca de los primeros años del siglo XIX. Tronco de ese árbol de que Mora es una de las ramas es Joaquín Fernández de Lizardi. Y a él pertenecen Carlos María de Bustamante, Servando Teresa de Mier, Guillermo Prieto, Juan Bautista Morales, escritores para quienes las letras eran misión, una manera de crear, no de recrear; un modo de servicio y de milicia. Uno que era un artífice de la palabra, un oribe de la expresión, dijo, sin embargo, que quien no escribiera para ser útil a sus semejantes más le valiera arrojar la pluma al fuego. Para otros, que no para ellos, fue que se dijo. Para levantar muros en defensa de la patria y para derribarlos dando paso a la libertad y al progreso escribieron Lizardi, Bustamante, Mier, Morales, José Miguel Guridi y Alcocer. Para ellos, al mismo tiempo que formulaba su propio credo literario y político, fue que escribió Mora, que cuando creía haber expresado su pensamiento no tenía tiempo para entretenerse en palabras.

Sus enemigos, en el orden literario y político, que los dos vienen a ser uno solo, que son tan buenos gramáticos, que tienen más escuela que ellos, por razón de que más medios tuvieron para instruirse, se han deleitado —se deleitan— marcando en sus obras las faltas contra la gramática, con ánimo de abatirlos, ya que no pudieron reducir a escombros sus ideas, triunfantes al final. Cosa muy humana esa de encontrarles “peros” a lo accidental y epidérmico, cuando no se puede con las esencias. No encontrando nada que reprocharle a sus letras y a sus acciones, dijo el envidioso frente a la estatua de Bolívar: “Pero, fíjense que parece mulato”. Como nada pueden contra el pensamiento de los escritores del progreso se complacen los críticos y los historiadores de las letras mexicanas en subrayar sus gazapos.

*El artículo es un fragmento de carta escrito en 1929, durante el vasconcelismo, a Antonieta Rivas Mercado.

Pero, ¿de veras estaban negados para escribir con belleza y elegancia nuestros publicistas y escritores liberales? Yo digo que no. En algunos de sus escritos *El Pensador* se permite un pequeño desahogo que yo diría lírico: una cuartilla de la mejor prosa que se haya escrito aquí; pero inmediatamente pide que se le perdone. ¿No es también una suerte de perdón lo que Mora solicita cuando escribe que no tiene tiempo de entretenerse en palabras cuando cree dicho su pensamiento? Y díganme, de verdad, ¿abundan entre nosotros páginas a la manera de las de fray Servando? ¿Pudo alguno con menos gramática atajar las andanadas de Lucas Alamán, maestro del idioma, erudito como nadie en su tiempo, si se quiere, que don Carlos María de Bustamante? Y, ¿no ayudó Guillermo Prieto con su mala prosa, con sus humildes canciones y romances a levantar murallas contra la intervención extranjera? ¿Con qué otra cosa, si no con prosa correcta le salió al paso Juan Bautista Morales a los desmanes santaanistas? Los libros, los artículos no se escriben de veras con buen estilo solamente; también se escriben con la dolorosa decisión de servir una causa, de ser entendido de todos: del que sabe todo y del que todo lo ignora.

Tan no es verdad que tienen una incapacidad de estilo los periodistas y escritores progresistas, que con Vicente Riva Palacio, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra se renueva la prosa mexicana, se torna artística. La razón, es evidente, que es otra: no buscaban entretener, pasmar con su ingenio, deslumbrar con las galas de un buen estilo, recrear, sino crear. Estaban muy bien integrados, contrariamente a lo que ocurre con escritores revolucionarios del día: muy universales y colectivistas en la palabra, pero aristocratizantes en la letra, autores de libros impenetrables, por donde el pobre que dicen defender no puede pasar. No así los de la auténtica línea mexicana, la del progreso. No así Mora que redujo a sentencia lo que sería su divisa: “Cuando creo haber expresado mi pensamiento, no me detengo en palabras”.

30 de junio de 1963

José María Luis Mora, un clásico

Los que mejor conocen la obra de José María Luis Mora —o José María Servín de la Mora, como era su verdadero nombre— coinciden en proclamarlo el pensador político más original y más avanzado de cuantos produjo México en

su siglo. Justo Sierra redujo a una línea ese juicio cuando dijo que era Mora el escritor político más grande que ha tenido México. Así mismo se le considera un precursor, uno que vio antes que nadie los problemas de nuestra patria en su verdadera dramática magnitud y apuntó las providencias y medidas para resolverlos. Si en algo discrepan los críticos en este último aspecto es sólo en matices que en nada, o en muy poco, afectan la esencia de la cuestión.

Lo que en otros fue balbuceo, atisbo, vaga postulación, en la pluma de Mora se concreta, adquiere carácter de programa, de plan de gobierno. En efecto, Joaquín Fernández de Lizardi, por ejemplo, enumeró algunos de los grandes problemas nacionales, sin cuya resolución el país no podría alcanzar su verdadera independencia y libertad ni adquirir fisonomía propia, de verdadera patria. Pero eran como meros sueños, como meras aspiraciones a realidades que veía lejanas. Era más un destructor, un juez de la realidad que le tocó vivir, como que apenas salíamos de la Colonia y dábamos los primeros pasos por el camino de la República. Tal vez por eso tuvo que concebir aquella utopía contenida en su *Constitución política de una república imaginaria*, en la que hay tantas anticipaciones y presagios. En Mora no sólo hay la piqueta del demolidor, del que derrumba, sino también las herramientas del que crea y levanta: en Mora hay un programa de acción, hay un lenguaje claro, preciso, acerca de la administración pública. Sus ideas, aunque Valentín Gómez Farías no las precisara ni las tuviera por la primera vez, fueron los antecedentes y las bases de las primeras tareas de gobierno realmente revolucionarias del México independiente.

Un clásico es José María Luis Mora. Lo es en el sentido de que él fue quien dijo y fijó la manera de decir del ideario liberal y republicano en que se sustenta nuestra patria. Como Mora lo formuló, así siguió expresándose durante muchas décadas el ideario y el programa liberal. Se diría que no hay otra manera de formularlo, que él descubrió ese modo, que no hay otra gramática para expresarlo. Así como hemos dicho en otra ocasión que Mora pertenece a una estirpe de literatos, porque no sólo comparte su estilo, sino que encerró en una frase su credo estético, pudiéramos decir ahora con respecto a su condición de pensador y de ideólogo. Quien compare las exposiciones, los discursos, arengas y proclamas de los gobernantes mexicanos del partido del progreso, encontrará una sorprendente similitud con los escritos de Mora; una semejanza que va más allá de las ideas, lo que nada tiene de extraño, sino que la identidad se manifiesta hasta en la expresión, abarca la gramática.

Muy curioso es que los escritores y publicistas políticos que siguieron a Mora muy rara vez, por decir que nunca, lo citan. Y acaso lo desconocieran, por haberse publicado sus obras lejos de su patria. Si así fuera, aún más válido sería el aserto de que fue él quien puso, ya depurada, ya en forma concreta, en circulación las ideas progresistas que alientan a la causa republicana y liberal.

En nadie como Benito Juárez es más justa y evidente esta afirmación. Indudable parece que Juárez lo leyera, que lo frecuentara desde los días en que todavía no abandonaba, y para siempre, su Oaxaca nativa. Son tan semejantes sus estilos literarios, tan idénticas las ideas que manejan, que ocurre pensar que algunas veces Juárez se concreta a transcribir a Mora. Lo que los dos pensaban y decían de la libertad de expresión, del poder redentor de la educación, de la tendencia de creerse los mexicanos suficientes para todo empleo, de la entrega fervorosa a las letras que la patria nos encomienda, si somos para ello capaces; de la renuncia de la vida si la suerte de nuestro pueblo lo reclama, de la sujeción gozosa a los dictados de la ley; todo eso, digo, hermanan a todos los pensadores y gobernantes mexicanos, identifican a José María Luis Mora y a Benito Juárez.

Y, ¿no hay un eco, una similitud de estilo y pensamiento de esos dos mexicanos con el presidente Adolfo López Mateos, descendiente directo del ideal republicano y liberal?

7 de julio de 1963

Pequeña venganza

Los libros se atraen, se buscan, se llaman, reclaman compañía. Un libro no puede estar solo ni callado. Precisa de la amistad y el diálogo. Ése es, y no otro, el origen de las bibliotecas, cualquiera que sea su tamaño y su materia. El día que un libro llega a una casa se puede decir que ha comenzado a crearse una biblioteca, o librería como antes se decía.

Los libros constituyen la compañía más grata, los amigos más constantes y generosos. A cambio de eso reclaman un trato frecuente, delicado, acomedido. Se diría que tienen voluntad y algunas veces toman venganza porque se les olvide o posponga. Entonces como que se esconden y se ocultan de nuestra mirada. Lo tienes frente a los ojos, pero tardas en localizarlo, en dar con él. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Nada. El libro sólo quería darte un mal rato, nada

más se propuso crearte el pasajero pesar de creer que se había perdido, que se había ido de la casa, lastimado de tu olvido y abandono. Ocurre a veces que estando lejos recuerdas que a alguno has dejado de ver en los últimos tiempos y desesperas por volver a casa para buscarlo, para situarlo. No. El libro allí está, en su lugar, en tu espera. Te tranquilizas, lo acaricias, le pasas la mano por el lomo, suavemente, y él parece que vibra, que se entrega humilde y sumiso. Ocasiones hay que olvidamos su título y autor. ¿Por qué si nos es tan familiar? Y, sin embargo, así sucede. Por horas, cuando no por días, no vuelve a nuestra memoria su nombre ni el hombre de quien le dio vida. Es que lo dejaste por otro menos de tu predilección, de tu oficio y preferencia. El libro ha tomado una pequeña venganza, te ha hecho una advertencia que debes tener muy en cuenta si quieres evitar ése tan penoso trance.

En estos días paso por uno de esos apuros. Primero no pude encontrar entre mis libros uno que necesitaba con urgencia, a pesar de recorrer con los ojos todos los estantes; después, desesperado, decidí adquirirlo de nuevo, comprarlo otra vez, cosa difícil por ser obra agotada. Como primera diligencia llamé por teléfono a mi amigo, el joven librero Leopoldo Duarte. Le di el título y autor. Contestóme que no recordaba tenerlo, pero que lo buscaría, dándome un plazo de dos días para conseguirlo. Cuando lo creí oportuno, me presenté a su tienda, seguro de curarme con la adquisición de la obra, de un malestar que no tenía otro remedio que ése. Lo que entonces ocurrió no puede ser más extraño: mi joven amigo había escrito erróneamente el título de la obra, que es una sola palabra, un mero sustantivo. Por más que nos lo propusimos no logramos reconstruirlo, transcribirlo, ordenar sus letras y sus sílabas. Para colmo de males el librero no apuntó el nombre del autor, con lo que ha sido imposible hasta hoy encontrarle solución favorable a esta pequeña apuración.

Verdaderamente los libros reclaman que se les frecuente, que por muchas que sean nuestras atenciones, nos asomemos por lo menos una vez al día, a contemplarlos, a pasarles la mano por los hombros, a leer, así sean unas cuantas líneas de la página que abramos al azar. De lo contrario puede ocurrirte, lector, lo que ahora a mí: llevo más de un mes tratando de recordar el título y autor de un libro que me era familiar.

Estaba yo seguro de que al escribir esta *Alacena* se compadecerían, padre e hijo, de mí, ocurriendo a mi memoria. Pero ya ves, lector, le di fin sin conseguirlo.

14 de julio de 1963

Autores polacos

No es María Sten la primera y única amiga polaca de México y de los mexicanos. Dos más podemos recordar, ahora mismo: el barón Gustavo Gosdawa de Gostkowski y Natalia Drohojowska. Era el barón –cuando se decía el barón todo mundo sabía a quién se referían– un hombre rico que al llegar a México, pronto hará cien años, se hizo amigo de todos los literatos de su edad. Altamirano, al igual que a otros, lo acogió bajo sus alas y él lo proclamó su maestro. Si ya escribía antes, es cosa en que ahora me pongo a pensar, pero recuerdo muy bien que en ninguna parte he leído que lo hiciera. Era, sí, persona cultísima, como puede verse en cuanto escribió sobre temas diversos. Aquí fundó una de las revistas literarias de más fama en los anales de las letras mexicanas: *El Domingo*, cuyo primer número salió el domingo 12 de febrero de 1871. Ahí, en esa revista de la que era editor propietario y responsable, escribió una sección fija titulada “Humoradas dominicales”, que iba a tener larga ascendencia, por lo menos en la similitud del nombre: las *Charlas dominicales* de Enrique Chávarri, un clásico olvidado, para citar uno solo. *El Domingo* vivió varios años hasta el domingo 28 de septiembre de 73. Gostkowski redactaba en francés y lo traducía al español su amigo y compañero de redacción, Manuel Peredo, otro olvidado. Como en sus colaboraciones finales ya no se encuentra la indicación de que han sido traducidas, tenemos la sospecha de que llegó a escribir directamente en nuestro idioma. No sólo escribió el barón la columna que hemos dicho, sino también un cúmulo de artículos, ensayos, síntesis biográficas, relatos, notas necrológicas, todo con soltura y gracejo. A Gustavo Gosdawa de Gostkowski se deben las primeras versiones que se conocieron en México, de Mickiewicz, Krasinski, Slowacki y otros literatos eslavos. Qué se hizo Gostkowski después de muerta su revista, al sobrevenir las discordias civiles del último cuarto del siglo pasado, es cosa que todavía no se establece del todo. Es seguro que permaneció en México y editó algunos libros, ahora muy escasos. La última vez que encuentro su nombre es entre los mexicanos que acompañan a Altamirano, su maestro, a la última morada: una mañana lluviosa de 1892.

Por él, por Gostkowski, y, desde luego por sus luchas libertarias, Polonia gozó de una gran admiración entre nosotros hace un siglo. La mártir, la derrotada, pero nunca vencida Polonia, que decía Justo Sierra es algo que puede recordarse ahora. Su ejemplo fue algo que los repúblicos mexicanos de enton-

ces tuvieron presente siempre. Cuando Juárez muere, el barón escribe una breve, sentida página, como la escribiría el mexicano más patriota. Juárez –dijo– permanecerá para siempre como el símbolo vivo de la fe en la justicia y de la abnegación por la patria. Frente a esta tumba, abierta tan repentinamente, y frente a los nubarrones que pueden agruparse en el horizonte, brota de la conciencia de todos los buenos ciudadanos este grito: ¡Dios proteja a México!

Pero yo quería hablar de tres amigos de México y de los mexicanos y que han escrito sobre nuestro país. Lo hice de uno solo. Quede, pues, para otro día, volver a María Sten, autora del último libro escrito por autor polaco, de inspiración y raíz mexicana: *Diálogo con Coatlicue*, que ahora tengo en las manos.

21 de julio de 1963

¿Amor del *Nigromante* por Josefina Pérez?

¿Quién recuerda en nuestros días a Josefina Pérez? Y sin embargo hace cien años era una de las poetisas mexicanas de mayor renombre, de más larga fama, algo así como una undécima musa. Los versos que inspiró a los poetas de su tiempo, si se reunieran, haría un volumen en el que pudiera encontrarse más de una flor perfecta. Recuerdo ahora, al azar, que en uno de los poemas de su álbum se encuentra aquel fragmento de Ignacio Ramírez que Marcelino Menéndez y Pelayo consideró digno de la antología: “*Anciano Anacreón, dedicó un día...*”

En *El Eco de Ambos Mundos* –México, 1873– se reprodujeron algunos de los poemas que le consagraron poetas de su tiempo, como Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Julián Montiel y Duarte. Entre esos cantores se encuentra Ramírez con unos versos que no aparecen en la edición de sus *Poesías* de 1889 y que nosotros mismos olvidamos cuando hace algunos años reunimos los que consideramos que mejor lo representaban. Viejo estaba ya *El Nigromante*. Sus hombros ya no podían con el peso de sus días, que, sin embargo no eran muchos: 55 años tenía. En este cantar se encuentran ya algunas de las ideas, de los elementos, la atmósfera, de los que más tarde van a aparecer en *A Josefina Pérez*, de la página 26 del tomo I de sus *Obras*, y del poema *Al Amor*, página 34 del mismo volumen: “¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado...”

¿Estuvo Ramírez, como lo estuvo de Rosario, enamorado de Josefina Pérez? Las canciones que las dos mujeres le inspiran así parecen indicarlo. Veamos si no.

A Josefina Pérez

*Pálidas se desmayan las estrellas;
cambian ardientes versos las palomas,
tiembla la flor, del céfiro en los brazos;
triumfa el deleite.*

*Bella, la Safo de Jalapa hermosa,
pulsas, en el bosque, la dorada lira.
Vuela, en su voz, el alma que te busca
joven dichoso.*

*Devora con los ojos el espacio;
las ondas de su pecho se levantan;
y ebria en la copa del amor, desea
mezclar dos vidas.*

*¡Tarda el infiel! Si juventud quisiera
devolverme sus alas y corona.*

*Hoy, a tus pies, cayera delirando,
¡Oh, Josefina!*

*Y que denuncien, a la envidia y celos
en dulce resonancia nuestras liras,
abandonadas por el césped blando,
largos suspiros.*

Anciano Anacreón pide, como más tarde en el poema inspirado por Rosario, a la juventud que le devuelva sus alas y corona. Flotan en los tres poemas que aquí mencionamos un aire de tristeza resignada, altiva y varonil. Una serena resignación, un dolor que tiene pudor de manifestarse, una lágrima que no logra concretarse, presidieron el nacimiento de este primer gemido ante el altar de Josefina Pérez. Era el mes de julio de 1873.

Semanario de las señoritas mejicanas

Una de las revistas más hermosas y más pulcramente impresas que se hayan publicado en México puede ser la que animaron Vicente García Torres e Isidro Gondra, a quien creo que corresponden las iniciales con que en aquella publicación aparecen calzados numerosos artículos. Su título no puede ser más típico y característico del tiempo: *Semanario de las señoritas mejicanas*. Educación científica, moral y literaria del bello sexo.

La primera entrega apareció a fines de noviembre de 1840. El último cuaderno, a principios de 1843, al concluir el tomo tercero. La causa de haber favorecido la revista no podía ser más cotidiana y natural, dados los tiempos: “el desgraciado influjo que había ejercido en las suscripciones al *Semanario* dedicado al Bello Sexo, la siempre memorable crisis monetaria del cobre”. Como escribió la “Introducción”, I.G. firmó la “Despedida”.

Dijimos que era el *Semanario* una de las más hermosas y mejor impresas hojas de su siglo. Y así es: García Torres, el benemérito editor, puso todo su empeño y todos los recursos tipográficos de que pudo disponer para proporcionar a las señoritas mexicanas una revista digna de ellas, desde el atuendo tipográfico. Variedad de tipos, pero tan equilibrados, tan juiciosamente proporcionados que era el primer recreo de las lectoras pasar, pasear los ojos por la portada a colores, por las viñetas, capitulares y grabados en blanco y negro. Los artículos que prefería el *Semanario* eran de procedencia extranjera, traducidos de revistas y periódicos de su misma índole, no por otra razón, sino porque en México no las había. Pero no por eso desoyó las voces de los poetas y escritores nacionales. En sus columnas aparecieron trabajos de escritores mexicanos, muchos de los cuales están por reunirse y estudiarse. Versos, prosas de Guillermo Prieto, José Joaquín Pesado, José María Lafragua; crónicas teatrales sobre obras mexicanas que entonces llegaron a la escena; lecciones de cosas; crítica y reseña de libros; reproducción de poemas de nuestros poetas del pasado; material, en fin, que revisado pudiera aportar nuevas luces en el estudio de las letras nacionales.

Un ejemplo. Se ha dicho hasta ahora que Guillermo Prieto sólo escribió un cuento: aquel que está contenido en algún lugar de las *Memorias de mis tiempos*, que alguna antología ha recogido, que ha motivado un trabajo de Luis Leal y que inspiró ya una *Alacena* al autor de ésta de hoy. Pues bien; una revisión de los tres volúmenes del *Semanario* nos regala la sorpresa de descubrir que, por lo

menos, Guillermo Prieto escribió uno más: el que ya hemos mencionado y este otro titulado *Angelita*, publicado en el tomo 1 de aquella revista, en la página 209.

Angelita, al igual que *Un cuento*, es breve, de tintes románticos y, como parecía natural en su generación, preocupado por el sentimiento de patria, de amor, al suelo natal.

Otras sorpresas, otros deleites, están reservados a quienes tienen la fortuna de tener a la mano las publicaciones viejas de México. Sino que son muy escasas, sino que tenerlas completas es cosa difícil. Lástima. Porque en las páginas de las revistas, entonces como ahora, han encontrado campo para su desarrollo las letras mexicanas. ¿Cuántas flores, y capullos, y frutos están allí en espera de que alguno los corte y complete con ellos la visión total del pensil mexicano?

4 de agosto de 1963

Siempre Bustamante

Muchas cosas se suman para devolver al nombre de Bustamante una actualidad que no debiera perder. Una es que la glorificación de José Luis Mora ha venido a recordar los trabajos de don Carlos, indispensables para el mejor conocimiento de la Guerra de Independencia, aunque otra cosa postulen Lucas Alamán y Joaquín García Icazbalceta, sus más acérrimos enemigos y la caterva de sus discípulos y descendientes espirituales, sin embargo de ostentar algunos la máscara de escritores progresistas. Otra es la proximidad del sesquicentenario del Congreso de Anáhuac, el próximo 13 de septiembre, suceso en el que Bustamante participó de manera tan intensa y apasionada. Una más es que, por reflejo, un grupo de mexicanos se afana ahora mismo por traer a su patria los restos de Francisco Javier Clavijero, iniciador de nuestra moderna historia con su *Historia antigua de México*. Agréguese a las anteriores la decisión de nuestra Universidad de formar al través de los investigadores de la Biblioteca Nacional, reinaugurada ayer, la Bibliografía de Bustamante. Y una última: el artículo "Otro candidato", de Ángel María Garibay K. publicado en un diario capitalino, en que postula a Carlos María de Bustamante candidato a la glorificación nacional. Ahora sí ya tenemos capitán los defensores de Bustamante; a ver qué dicen los modernos, precipitados enemigos del único que,

con todos los agravios a ese tabú que es la gramática, le sale al paso con éxito a Lucas Alamán, ante quien se arrodillan los que creen que todo se reduce a corrección, buen estilo, inteligencia soberana, erudición. Y quieren que el hombre, cosa variable, se conserve en el fragor de la vida, que es milicia, sereno, reflexivo, certero. Esas excelencias sólo las alcanzan los que encuentran la mesa puesta: calientes la sopa y el pan, albos los manteles y las servilletas, helado el vino, espumosa la champaña. No así don Carlos, ni Joaquín Fernández de Lizardi, ni Juan Bautista Morales, ni José Vasconcelos.

Garibay Kintana, hombre de la Iglesia, humanista cabal, es quien ahora sale a romper una lanza a favor del otro oaxaqueño ilustre. Lo hace con todo el peso de su autoridad intelectual y moral. Propone para Bustamante, si no otra cosa, por lo menos el reconocimiento de sus méritos por la generación actual. Un mexicano que trabajó en tiempos heroicos por la formación de nuestra patria tiene derecho a que se le conozca y recuerde.

Y, ¿cómo ha de lograrse todo eso? Se logrará editando la obra que Bustamante dejó inédita, tan voluminosa, si no es que más, que la que dio a las prensas, que gustaba fatigar, como dijo Icazbalceta en tono de reproche. En el monte de sus escritos encontrará quien lo busque, así lo penetre con machete en mano, mil noticias curiosas, interesantes; ramas cargadas de capullos, flores abiertas y frutos en sazón. Y luego escritas, como creo que dice Garibay, con un estilo tan personal, chistoso, agudo, mordaz, variadísimo. Un escritor mexicano que exige el mayor estudio, por lo menos a aquellos que suelen escribir sobre su persona y obras. Si lo conocieran, les temblaría el pulso para endilgarle tanto epíteto denigrante, peyorativo, desdeñoso.

En todo eso venía pensando Ángel María Garibay cuando llegó a sus manos la *Memoria estadística de Oaxaca*, impresa en 1821, y reeditada ahora para nuestro bien y regalo. Se vale el maestro mexicano de la ocasión para hilvanar muy pertinentes y jugosas reflexiones sobre autor, patria y letras mexicanas. Hagamos algo por don Carlos María de Bustamante. Si se puede, llevemos sus restos a la Rotonda; si no, salvemos del olvido su obra, escrita mientras caminaba, con un pie en el estribo, en la manzana de la silla de montar, con lágrimas más que con tinta. ¿Será mucho pedir?, concluye el padre Garibay.

11 de agosto de 1963

Bibliografía de Zorrilla

No conozco ordenada una bibliografía de José Zorrilla, aunque no dudo que la haya preparada por alguno de los muchos que sobre él han escrito, desde que alcanzó fama en las letras españolas. Si así fuera sería obra de español, porque entre nosotros es seguro que no existe bibliografía de Zorrilla, a pesar de lo mucho también que se ha escrito sobre el poeta, desde que llegó, amigo de México, en 1855, y después que se fue, enemigo, once años más tarde. Ni siquiera lo que dio a las prensas en nuestro país se ha enlistado. Existe, sí, manera de hacerlo; en las obras que Armando de María y Campos ha publicado sobre la estancia de Zorrilla en México se encuentran mencionadas las obras suyas que aquí aparecieron. Debí intentar su bibliografía mexicana, cuando, en ocasión del centenario de su llegada a esta capital, preparé para la Colección Studium, *México y los mexicanos*, capítulo de *La flor de los recuerdos*. Debí, pero no pude.

Obras de Zorrilla habían salido de las prensas mexicanas desde antes que llegara. Famoso ya era aquí desde diez años antes, cuando por primera vez se llevó a las tablas *Don Juan Tenorio*, del que existen tantas ediciones, aquí como en su patria. ¿Cuáles son los títulos de impresión mexicana que podemos mencionar? Apenas unos cuantos de su obra personal, dejando para otro día los que compuso en colaboración con García de Quevedo, por ejemplo. Helos aquí:

María / corona poética de la virgen, / Poema religioso / de / José Zorrilla / México / Imprenta de la Voz de la Religión / 1850.

Se trata de una reimpresión con los dos largos prólogos del autor y de Ferrer del Río. Se ilustra con un retrato: aquel en que el poeta de larga cabellera, barba y bigote en círculo, aparece con los brazos cruzados.

La flor de los recuerdos. / Ofrenda / que hace / a los Pueblos Hispano-americanos / Don José Zorrilla / tomo 1 / México / Imprenta del Correo de España / 1855.

El segundo tomo de esta obra fue publicado en La Habana en 1859, en donde el poeta pasó una temporada y cuando ya no pensaba regresar a México. Éste es el lugar para retocar un yerro de Narciso Alonso Cortés Zorrilla. *Poesías*. Biblioteca de "La Lectura". Madrid, 1925 –quien da como año de publicación del tomo 1, el año de 1857.

El drama del alma / Algo / sobre México y Maximiliano / poesía en dos partes / con notas en prosa y comentarios de un loco / por / Don José Zorrilla / México, 1868 / reimpresión en la Imprenta de Juan N. del Valle / Puente de San Pedro y San Pablo núm. 8.

El / Delator, / por / D. José Zorrilla / México / Imprenta de M. Murguía, portal del Águila de Oro / 1857.

Esta pieza, al igual que otras anunciadas, formaban parte de *La flor de los recuerdos*, pero Zorrilla por no obligar a los suscriptores a recibirlos en un solo libro, abrió una nueva suscripción en la que sin embargo no aparecieron reunidas todas las piezas anunciadas como Apéndice: *El delator*, *La maledicencia*, *Cuatro palabras sobre los álbum* y *Una composición a Guillermo Prieto*. ¿Fueron publicadas separadamente? Acaso. Y hasta creo haber visto edición de una de ellas.

El tema sobre Zorrilla en México todavía no está cerrado. A él hemos de volver alguna vez.

18 de agosto de 1963

Zorrilla y José María Esteva

Dos artículos leídos en estos últimos días, uno de nuestro compañero de redacción, Gabriel Ferrer Mendiola, me lleva a recordar al poeta José María Esteva, hijo y nieto de escritores. Su nombre, ahora ya sin resonancia, como no sean estos esporádicos recuerdos, se liga siempre, por lo menos en mí, con José Zorrilla y con Salvador Díaz Mirón. Él fue el primer poeta mexicano con quien Zorrilla se encontró al llegar a México en el puerto de Veracruz en donde Esteva vivía. El español entregó al mexicano una carta de otro veracruzano, Bartolomé Muriel. No dejó de sorprender a Esteva aquella carta, creyéndolo autor de unas quintillas contra México y así se lo dijo. Con Díaz Mirón se une por ser Esteva la influencia más temprana en el autor de *Lascas*. Cosas son éstas ya vistas y estudiadas para volver a ellas. Vemos, sí, cómo lo juzga Zorrilla en la carta que escribe al Duque de Rivas, acerca de los literatos mexicanos de los tiempos en que vivió entre nosotros.

Esteva, dice Zorrilla, tenía tal vez en su genio los dotes necesarios para llegar a ser el poeta mexicano más popular y un talento a propósito para haber creado un género de poesía nacional; amor patrio bien entendido, instinto de

observación, conocimiento de las costumbres de su país, facultad de versificar, imaginación poética, afición al estudio e ideas avanzadas conforme con la ilustración y adelantos del siglo; con cuyos elementos, una buena educación, una buena posición social, un exterior agradable y simpático y en la flor de su juventud, pudo y debió dar a su país por lo menos la canción y la leyenda mexicana. Pero no eran propicios los tiempos y los ensayos de Esteva pasaron inadvertidos y menospreciados. Esteva, sin haber hecho más que probar sus fuerzas en el género, abandonó la poesía y se entregó a los negocios, campo en el que hizo la fortuna que no pudo en la poesía.

Dos libros publicó en el género para el que Zorrilla lo creía llamado: *Poesías*, Veracruz, 1850, y *La mujer blanca*. Leyenda mejicana, La Habana, 1868. En esas poesías, continúa Zorrilla, se perciben los gérmenes fecundos de su talento, brotando al través de su inexperiencia, de la indecisión de su gusto vacilante todavía, sofocados por el afán de la imitación de nuestra poesía revolucionaria del 33 al 40, cuyas producciones empezaban por entonces a cobrar boga por las Américas españolas. Las costumbres de las costas veracruzanas, que tienen tantos puntos de contacto con las de Andalucía, le inspiraron las leyendas y las canciones que dio a luz en periódicos bajo el seudónimo de *El Jarocho* —carácter comparable con el del majo bravucón andaluz. Se reunían en la confección de las composiciones de Esteva, la influencia de los romances de Ángel de Saavedra y de Rubí, de los versos de José de Espronceda, de *Los cantos del Trovador* de Zorrilla, “los desventurados ocho primeros tomos de mi poesía que han descarriado el genio y pervertido el gusto de tantos mozos de talento por estas tierras, le dieron la forma de sus composiciones de la cual hubiera necesariamente desnudado sus argumentos más adelante, cuando su buen instinto y la práctica lo hubieran hecho adquirir fuerzas para arrojarla de sí, y encontrar para ellos el atavío genuino de su ropaje nacional”. Encontrada una vez esta forma original —dice Zorrilla— se hubiera separado de la costa, terreno estrecho para su genio, se hubiera apoderado de las costumbres de tierra adentro, y sus cantos y sus romances le hubieran conquistado la popularidad que merecían sus canciones, pero Esteva se detuvo al principio de su camino y hoy nos tenemos que conformar con los débiles ensayos de sus primeros pasos.

Tales como son, sus romances de costumbres nacionales, “El Jarocho”, “Sor Ludovico y Quiñones”, y “Sor Gorgoño”, encierran bellezas positivas en el género descriptivo. Esteva versifica limpiamente: sus periodos son en general flexibles y perfectamente redondeados, y algunas de sus letrillas y cancio-

nes son modelo de gracia y de ligereza que no pueden leerse sin que asome a los labios del lector una sonrisa de complacencia. “El arroyo y la flor” es un juguete primoroso en el estilo de los que a Ramón de Campoamor se le antojó llamar Doloras; todas sus poesías, en fin, están salpicadas de pensamientos y de estrofas de singular frescura, llenas de vida, de carácter y de genio.

Así vio Zorrilla a José María Esteva, “feliz pintor de las costumbres de la costa muy semejantes a la andaluza”, como más tarde escribió Victoriano Agüeros.

25 de agosto de 1963

Quando muere un amigo...

Quando muere un hombre, sobre todo si es hombre joven, se apodera mí un terror que mucho ha de tener de cosa primitiva, remota, de los días en que la muerte era cosa sobrenatural. Es mi primer impulso no dormir, temeroso de ya no despertar. Es el otro quedarme en casa, juntito a mi familia, en contacto con las cosas que me son entrañables. Quando muere un hombre, sobre todo si a más de joven es mi amigo, lo que yo quiero es hacer el recuento de mis días, de los breves instantes de dicha y de los siglos de dolor que he vivido.

Antes, cuando joven, no era así. La muerte era para mí ajena, término de mis prójimos, mas no mía. Era como la certeza interior de que mis días iban a ser numerosos. La muerte para los otros, que no para mí. Hasta ayer nadie murió en mi casa, digo, de mis parientes cercanos. Hasta que un día... Fue cuando murió el poeta Alberto Quintero Álvarez, cuyo nombre ha vuelto a mi memoria ahora que releo –otro signo de vejez, de temor a la muerte– a los poetas de mi juventud. Cuando murió Quintero Álvarez sentí que yo también podía morir. Tan angustiado, tan urgido se le veía, que sólo entonces me di cuenta que sabía corta su vida, contados sus días. Lo que Urbina dijo de Bernardo Couto se puede decir de Quintero Álvarez, que era un malogrado niño, una deliciosa flor que se marchitó antes de abrirse. Lo que de Toscano, otro joven ardoroso, dije cuando lo supe muerto, puede decirse de Alberto; que era una vida cegada en el trémulo tránsito de la flor al fruto.

Para estar pronto a partir, tener las cosas en orden. Para que nada nos re tenga, poner en paz el corazón y la conciencia. A esa desgarradora tarea me entrego cuando muere un amigo mío, un hombre de mi edad. Los días y las

noches enteras me paso reconstruyendo mi vida, desde que pude verla en su grandeza y pequeñez. Dulces y dolorosos recuerdos acuden a mi memoria, aunque más los dulces. Porque el alma humana no registra lo que no ayuda a vivir. Lo demás lo olvida, lo deja que se vaya como las nubes, como las ilusiones sin que dejen rastro.

Eso es mi ánimo en estos días. Dos amigos han muerto. Sus nombres se ligan con los de otros que también ya se han ido. El uno era periodista y escritor, si es que hay diferencia entre el uno y otro oficio. Era un mexicano trabajador, dedicado devotamente a una tarea. Su nombre: Salvador Martínez Mancera. El otro era don Ausencio Romero Castañeda, viejo compañero de los días de Gabriel Ramos Millán, un indio mexicano lleno de ternuras, de suavidades, de sabidurías, de palabras y gestos elocuentes. Por rehuir memorias dolorosas evité su encuentro, como el de otros tantos amigos. Cuando ayer me llegó la noticia de su muerte corrí a buscarlo, pero ya a esas horas estaba reposando en su nativo Atizapán de Zaragoza.

Así estoy en estos días: triste, entregado a relecturas, al recuento de mis días, al recuerdo de los fieles difuntos que dijo el poeta.

1º de septiembre de 1963

Centenario de Julián del Casal

Entre las más importantes efemérides de este año, referidas a las letras, se encuentra el centenario del nacimiento de Julián del Casal: La Habana, 7 de noviembre de 1863. Escritores, instituciones de cultura, revistas y periódicos literarios se aprestan a rendir al dolido cantor los homenajes que su obra reclama. México no puede, no debe, faltar a esas fiestas. No sólo, sino que México siempre lo honró con alguna edición de sus obras, con la reproducción de sus poemas en hojas periódicas, con artículos escritos por mexicanos sobre su personalidad. La ocasión del centenario podrá depararnos todavía algunas sorpresas en cuanto a México y Julián del Casal se refieren. Algo puede quedar oculto, sin que todavía rinda sus frutos en la investigación acerca de aquel precursor y poeta modernista. El libro de José María Monner Sans, *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano* (El Colegio de México, 1952), primero de sus dimensiones, su rigurosa y vasta documentación, amén de su correcto criterio y hermosa factura literaria, no agota, no podía apurar, la investigación.

Algo –repito– puede encontrarse que hasta ahora no haya sido aprovechado. Alguien seguramente lo hará.

Dediquemos esta *Alacena* a recordar una edición mexicana de Casal, hecha en 1893. Su título: *Nieve*. Bocetos Antiguos –Mi Museo ideal–. Cromos Españoles–. Marfiles Viejos–. La Gruta del Ensueño. Edición de El Intransigente, México, 1893. Una edición en papel corriente, de periódico, tal vez como obsequio a los suscriptores en ocasión de Navidad y fin de año. Pero incluye un artículo de Luis G. Urbina, firmado por uno de sus tantos seudónimos –*Daniel Eyssette*– que muy pocos, por no decir que ninguno, ha recordado y ponderado. Monner Sans, si lo conoció, no lo reprodujo en el Apéndice en que se recogen algunas de las piezas aludidas en el cuerpo de su libro.

¿Por no otorgarle la necesaria importancia? ¿Por tratarse meramente de una impresión escrita al vuelo, como era regular escribir en los tiempos de Urbina? Puede ser, pero aun a título de curiosidad quise traer a cuento aquel artículo. Lo inspira la lectura de *Hojas al viento*, acompañada de una carta de Casal al hermano desconocido y distante. Muchos años pasaron sin que Urbina contara su impresión, atareado como siempre estuvo en surcir artículos de periódico, pensando en hacer versos, si bien proclamando su admiración en reuniones literarias al cantor cubano, distante y desconocido. Hasta que un día, con José María Bustillos, leyó en voz alta *Nieve*, nuevo libro de Julián del Casal. Era el año de 1892, sin duda. Ya no pudo más Urbina y escribió el entusiasmado artículo en elogio del poeta. Julián del Casal es un poeta francés que vive en La Habana, de la misma manera que Rubén Darío es un ave de paso en Costa Rica, y *El Duque Job* pasea entre nosotros la lumbre de su puro; por un fenómeno de alucinación, decía *Eyssette*, seudónimo de origen francés. Y con pleno dominio de la cuestión, así fuera en la brevedad de una crónica escrita en la redacción de un periódico, desenvuelve y verifica su afirmación.

Pero no es ajeno Casal a su patria americana. Y como el aire de América –dice Urbina– impregnado de arrobadoras fragancias, orea las sienas del joven poeta cuando los versos abren las alas, se empañan en la frescura del ambiente, vuelan en nuestras risueñas campiñas y curan sus decadentes tristezas bajo la serenidad de nuestro cielo.

Casal no venía de allá. Venía tan sólo de la Poesía como de una patria lejana.

Mis primeras lecciones y maestros

De mis maestros de primeras letras a uno recuerdo con más frecuencia: a Prisciliano M. López. Tal vez no fuera el mejor; acaso era el que menos estudios había hecho, pues que en aquellos tiempos nadie los hacía completos. Pero es él a quien más recuerdo. Por una sola cosa: de todos era el que más versos sabía y yo sigo leyendo versos. Y de los versos me valí para una gran parte de mi aprendizaje de la lengua española: el metro, la rima, la cuenta silábica favorecen la retención de las lecciones enteras.

Ya he contado en otra parte que, siendo muy niño, acudía a las fiestas de matrimonios, bautizos y entierros. En esas fiestas no faltaba quien, a la hora oportuna, dijera grandes tiradas de versos, a veces sin saber qué decían. Así aprendí romances y corridos; canciones y coplas que a mi vez repetí más tarde, y repito ahora, cuando una racha de efusión me pone espumoso y me encrespa.

Entraba yo a la primera clase en la escuelita de Juchitán, cuando era niño. Prisciliano M. López ya había iniciado la lección del día. Como él tampoco dominaba la lengua española, sino más bien ella lo dominaba, acudía con frecuencia a las recitaciones de versos. Así en aquella primera clase de mi vida. No recordaré jamás sobre qué fuera; ni una sola palabra acudiría a mi memoria por mucho que me esforzara. En cambio, están nítidas las palabras de aquella cuarteta:

*La vida es un gran campo de combate,
ved al hombre luchar de polo a polo:
Yo le llamo vencido al que se abate
porque se ve sin armas y está solo.*

¿Qué querían decir aquellos versos? ¿Quién los había escrito? Sólo muchos años después logré descifrarlos y averiguar su autor, que no digo porque los lectores saben quién es.

¿Cuál era me preguntaba el significado de la palabra *vate*? ¿Por qué el que sea *vate* está vencido? ¿No eran, pues, los poetas, los vates, los únicos que podían vencer el tiempo? Mucho tiempo iba a pasar para que yo pusiera en claro que había cometido una sinalefa, que había incurrido en la primera licencia poética: “se abate”, daba “sea vate”. Ni por un pienso busqué en el diccionario,

entonces *tumbaburros*, el significado de la palabra *abate*. Porque, sabes, lector, el libro que más he frecuentado es el *Diccionario de la Lengua Castellana*.

No sólo esos versos aprendí de mi maestro Prisciliano M. López. Otros que no olvido, pero que no transcribo, acuden a mi memoria de cuando en cuando, por ejemplo cuando fui profesor de español; de ellos me valía para poner ejemplos, tal como en su hora lo hizo mi maestro de primeras letras, el maestro López.

La vida con sus rigores llevó a profesor y alumno por rumbos distintos, pero yo nunca pude olvidar a quien primero me enseñó a decir las cosas en verso, en palabras casadas, a encontrar en las sílabas contadas la mejor manera de recordar, de retener una enseñanza. Y como no hay un día que no lea un verso, que no repita una cuarteta, el nombre de Prisciliano M. López acude a mi memoria con más frecuencia que el de otros maestros, que a lo mejor más cosas me enseñaron, pero no ésta de moverme al compás de una canción, al impulso de una copla, al son de un romance, de la mano de un refrán.

Ya ves, lector, por que de todos al que más recuerdo es aquel humilde profesor de pueblo, sin título, que al entrar al salón de clase, en mi primer día de escuela, oí una cuarteta de Juan de Dios Peza.

15 de septiembre de 1963

Recordación fervorosa de Francisco de Argandar

Tomo al azar el nombre de uno de los diputados al Congreso de Anáhuac: el de Francisco de Argandar, y busco en el *Diccionario de geografía, historia y biografía mexicana* por Alberto Leduc, Luis Lara Pardo y Carlos Roumagnac sus datos biográficos. Sorprende que un mexicano que tan ardiente y peligrosamente luchó por la Independencia de su patria y cuyo ejemplo no ha cesado de repercutir en la conducta de otros grandes mexicanos, sólo alcance una breve noticia, y ésta, incompleta, en aquel diccionario, uno de los más prestigiados, por cierto. En efecto, tal noticia biográfica se reduce a las siguientes líneas: "Argandar (Francisco). Orador sagrado. Siendo diputado al Congreso por Valladolid (hoy Morelia) predicó en la Catedral de México, en septiembre de 1823, el sermón por los mártires por la Guerra de Independencia. Supónese murió pocos años después en Morelia". Es posible que en otros diccionarios

se encuentren datos más amplios sobre Argandar, aunque lo dudo. ¿No resulta inexplicable que hasta ahora no existan biografías de muchos de los grandes mexicanos que hace un siglo y medio, entre las más grandes penalidades, arros-trando peligros sin cuento, desafiaron el poder español y se adelantaron a su tiempo, a tal extremo que sus ideas y sentimientos son actuales y vigentes en nuestras tareas nacionales? Y sin embargo, así es. No se sabe nada de las dos fechas primordiales de su nacimiento y su muerte. Bien es cierto, como decía Miguel de Unamuno, que son dos hechos ajenos a nosotros, pero no se concibe que las ignoren los demás. Sobre todo cuando, como en el caso de Argandar y de otros caudillos insurgentes, se ligan indisolublemente con la historia eterna de México.

Hechos tan de bulto como haber sido diputado al Congreso de Anáhuac, compañero de Morelos y de Carlos María de Bustamante, lo pasa por alto el autor de su síntesis biográfica. ¿Qué podía esperarse de otras fechas y hechos que suponen mayor trabajo reunir, indagar y verificar?

Pudiera ser que los autores del *Diccionario de geografía, historia y biografía mexicanas* no contaran con el tiempo necesario para mayores investigaciones. Pudiera ser. Pero lo que no puede entenderse es que algunos, al preparar un nuevo diccionario geográfico, histórico y biográfico se hayan conformado con repetir sus artículos. ¿No ése era el tiempo para corregir aquellas deficiencias, en bien de la historia nacional?

Francisco de Argandar pronunció el primer discurso que se dijo en honor de los héroes y mártires de la Guerra de Independencia. El opúsculo en que se recoge, de extremada rareza, tiene el siguiente título: *Elogio fúnebre / de los primeros héroes / y / víctimas de la patria / que / el 17 de septiembre de 1823 / En la Iglesia Metropolitana de á / presencia de una Diputación del Soberano Con / greso, del Supremo Poder Ejecutivo, demás / corporaciones y oficialidad, / dijo / El Dr. Francisco Argandar, diputado / por Michoacán. / México, 1823. / Imprenta del Supremo Gobierno (vi-51. 16 × 10 cms.).*

Valga esta *Alacena* como una recordación fervorosa, –y con él los otros caudillos insurgentes–, a Francisco de Argandar, ilustre michoacano.

Casa yugoslava

Algo hay, ya remoto, ya cercano, que explique por qué la amistad entre México y Yugoslavia, entre yugoslavos y mexicanos tenga ese temple, esa vibración que no es tan frecuente entre otros pueblos y otros hombres del viejo mundo. Lo digo por experiencia. En ninguna legación me sentí más de inmediato como en mi casa, que en la de Yugoslavia, desde que traspasé sus umbrales. Pero no sólo a mí me ha ocurrido eso, sino a un gran grupo de mexicanos que en los últimos años han frecuentado la amistad y el diálogo de los diplomáticos de Yugoslavia. En otras legaciones, sí, es regular el trato cordial, la mano franca, la puerta de par en par abierta. Y sin embargo uno mismo se limita, se recata, se cuida de manifestarse fuera de las normas de urbanidad que parece inviolable en casa ajena, no así en la casa yugoslava. El grupo de amigos que se formó en torno del ex embajador Dalibor Soldatic no encontró en su domicilio, en ningún momento, desde el primer día, nada que indicara diferencia entre invitados y contertulios. A veces, si la concurrencia era numerosa y si incluía elementos de la diplomacia internacional, el grupo de los amigos mexicanos de Soldatic se iba rezagando hasta que una vez despedidos los que pudiéramos considerar ajenos, nos quedábamos solos en una torna fiesta que ya nada tenía de formal sino que se caracterizaba por el tono familiar del trato. Entonces la señora Vera de Soldatic se acercaba a nuestra mesa y nos regalaba con su presencia y con vinos y manjares que no eran de los que es habitual en recepciones diplomáticas, sino que estaban preparados y servidos por su propia mano, con el sazón que le sabe dar una buena ama de casa.

De aquel trato, mexicanos y yugoslavos intercambiaron canciones: aprendimos melodías y letras que vienen de los tiempos remotos de nuestros dos pueblos; una canción, sobre todo, en que se habla de mares y barcos que aran extensiones azules y misteriosas, la yugoslava; otras, que cruzando mares y montañas, ríos y picachos se maridaron con antiquísimas melodías indígenas creando nuevas formas de expresión las canciones mexicanas, densamente teñidas de tristezas y añoranzas. Delfín Sánchez Juárez, ahora nuestro embajador en Yugoslavia, cantó las canciones montenegrinas, servocroatas, dálmatas con tal entrega emocional que pudiera decirse que alguna vez en siglos lejanos anduvo por allá errante; Boris Zidaric cantará ahora en Belgrado viejas canciones de México con ese dejo que es inconfundible en nuestras melodías. Quien lo oyera cantar en falsete diría que estaba escuchando a un cantor de las huas-

tecas mexicanas. ¿Hay manera más directa para conocer el alma de un pueblo, para penetrarlo, que sus canciones? Quien canta una canción ajena y la siente, tiene en cierto modo la nacionalidad de esa canción. Nosotros éramos en la casa yugoslava, un poco yugoslavos. Como ellos desde nuestra casa que alguna vez visitaron, eran, también, un poco de nuestra estirpe y de nuestra sangre.

Otra cosa es el parecido de nuestra historia, de nuestras artes populares, de nuestros fervores cívicos, de nuestra vocación nunca desmentida por la libertad y la independencia. Pero en el origen de nuestra amistad y en el nacimiento de nuestro trato, ninguna otra cosa operó que esto como a manera de un reconocimiento que se tienen previamente hombres que se parecen y que se buscan, aun sin saberlo, hasta encontrarse. Cuando vimos a Dalibor Soldatic, alto, delgado, con los bigotes negros, el ademán firme, las manos prontas a la entrega, creíamos estar en presencia de un campesino mexicano, bien de los Altos de Jalisco, bien de las tierras bajas de Tehuantepec. Un amigo a quien hacía tiempo andábamos buscando, encontramos ese día. Y no diré que iniciamos un diálogo, sino que continuamos uno interrumpido hacía largo tiempo. Albos los manteles, caliente y dorado el pan, olorosos y humeantes los platos de su mesa, nos sentamos al lado de la pareja Soldatic como a contarnos lo que habíamos hecho en los milenios que dejamos de vernos.

Uno tras otros se fueron yendo los miembros de la Misión Yugoslava en México; vinieron otros a integrarla; cambiaron los rostros y los ojos, y los nombres de las personas, pero no el trato, no las canciones, no la palabra amiga y pronta a la intimidad y a la confianza. Cambiaron las manos que levantaban las copas, pero no el vino con que es grato humedecer los corazones.

¿En qué otra casa que no fue la yugoslava, viejos contertulios encontraron nunca más cálida acogida? ¿En qué otra mesa el pan no tuvo para los unos sabor de destierro y para los otros de pan ajeno?

29 de septiembre de 1963

La Guadalupana en Yugoslavia

Ragusa, Dalmacia, Bosnia, Herzegovina, Dubrovnik, Gundulic, Niegos, Laza, Kostic, Andric. Más que nombres de lugares y hombres parecen palabras ajenas, remotas, hurañas. Recuerdan las ciudades imaginadas, soñadas, de en-

sueño de Lord Dunsany. Poltarnees, Toldees, Mondath, Arizim. La apariencia crece y se afirma cuando se busca en nuestro viejos textos, en nuestra literatura, menciones al viejo país yugoslavo. Ninguna referencia encontramos, por ejemplo, en Justo Sierra, cuando en sus obras abundan las alusiones a otras tierras, igualmente viejas, lejanas, remotas. ¿Sabe alguien de algún viajero que haya visitado el país que ahora es Yugoslavia, antes de este siglo? Yugoslavia comenzó a existir para nosotros hace un cuarto de siglo, cuando la gran guerra nacional, cuando la fulgurante batalla que le dio la forma que ahora sustenta.

Sabíamos, sí, que Maximiliano de Habsburgo ejerció dominio en alguna de las regiones que ahora constituyen la República Popular Federativa, cuando estuvo bajo el poder de Austria. *Miramar* –otra palabra y lugar como de fábula– era el belvedere y mirador desde donde el iluso príncipe oteaba sus dominios.

Los mexicanos que en el pasado pudieron recorrer aquella alucinante geografía no lo contaron, con lo cual aplazaron en un siglo el conocimiento de ciudades que Enrique Gómez Carrillo calificaría de ensueño: Bosnia, Dubrovnik... Si alguno visitó esas tierras, lo desconocemos; no ha llegado a nuestras noticias. Parece extraño que si así fuera, es decir, que un viajero mexicano gozara del encanto de lugares así de fabulosos, dejara de narrar su viaje. ¿No lo hizo fray José María Guzmán con su visita a los Santos Lugares de Jerusalén? Por cierto que entonces ocurrió algo que mucho se parece a lo que ahora me propongo contar, y de lo que estas divagaciones son el mero marco: cuenta Guzmán que en los Santos Lugares encontró la imagen de la Guadalupana, bajo la custodia de los turcos que la ignoraban. El guardián, un turco viejo y muy tonto, llamado Brotos –que quiere decir Pedro, piedra, bruto– no sabía una palabra de castellano ni de la imagen. Pero la custodiaba. Si antes del viaje de Guzmán, ocurrido en el año de 1834, otro mexicano estuvo en la tierra del Señor, lo ignoramos.

Ahora que repaso en mi memoria lo que pude saber en el pasado de Yugoslavia, que busco en mis recuerdos alguna referencia anterior a las últimas dos décadas, sólo recuerdo que Maximiliano de Habsburgo gobernaba una extensa zona que incluía la Dalmacia.

Recuerdo también, y ésa es la referencia más vieja que tengo, y la única del pasado inmediato que en la Catedral de Dubrovnik existe una imagen de la Virgen de Guadalupe, regalo de la Emperatriz Carlota Amalia, durante el tiempo que vivió en México. Aquella catedral, obra veneciana del siglo xi, casi

seguramente, es un marco adecuado y grandioso para la imagen indoespañola, igual que la suya de aquí, como para que no extrañe la ausencia y su recuerdo se sienta a gusto.

La imagen está pintada al óleo y en tela, de autor anónimo, al parecer. ¿Quién pintaba imágenes el siglo pasado, en los días del Imperio? ¿Es obra anterior de la era colonial, en que los temas religiosos eran obligados y cotidianos? Y en ese caso, ¿quién puede ser el autor? Preguntas son éstas a las que no podemos dar respuesta de momento, y acaso nunca.

Las dejamos para que Delfín Sánchez Juárez, que la ha visto en su altar, en la bella Catedral de Dubrovnik, las conteste y nos comunique sus noticias. Satisfaría la curiosidad que el tema pudiera haber promovido en los lectores y estudiosos de estas *minucias*.

6 de octubre de 1963

Novo, viejo conocedor de lo mexicano

No. No es reciente en Salvador Novo la atención a los temas mexicanos considerados como la fusión de dos culturas, de dos sangres, de dos maneras de ser. Quien revise sus escritos desde que apareció, ya glorioso en nuestras letras, encontrará que abundan las alusiones a la realidad patria y que son múltiples los nombres de nuestros viejos escritores. A la hora en que muchos rehuían esos nombres y esas cuestiones, Novo las destacó, supo acoplarlos a sus novedosas creaciones literarias. Una alusión suya a *El Pensador Mexicano* y a Guillermo Prieto me llevó, en los inicios de mi vocación literaria, a leer sus libros. No. No es nueva, sino vieja de muchos años, la imantación que los temas mexicanos, del pasado más remoto y de nuestros días, ha ejercido en Salvador Novo. ¿De no ser así, hubiera podido, en el breve espacio de unos años, convertirse en uno de los tratadistas de las cuestiones indígenas, con esa lucidez y sagacidad, penetración y fervor, con que ahora las trata? No. No es una reciente adquisición, no un recién llegado, a quien deslumbra un mundo desconocido: es, mejor, una culminación, un arribo natural, meta de un camino largamente recorrido.

Referencias al mundo precortesiano, es cierto, son poco frecuentes en su obra primeriza, pero así las de la era colonial y de la independiente, de ninguna

manera ajenas y diferentes a aquel mundo: cultura es continuidad y el indio no desapareció nunca de nuestra más oculta intimidad. Está en la entonación de nuestra habla, en nuestra gramática, en nuestras lágrimas y hasta en el modito de andar. ¿No es Novo un poeta elegíaco, sentimental, sensible, sensitivo? ¿De quiénes puede venirle, si no de los indios, esa manera de pensar y de sentir?

Pero nada ha estorbado a Salvador Novo ser tan sabio, conocedor de tantas literaturas, leerlas en su propio idioma, la condición de escritor mexicano. Se diría, más bien, que la ha favorecido, acrecentándola y depurándola.

De los escritores de su grupo, o generación, él antes que ningún otro manifestó su rostro mexicano, sin ocultarlo, antes orgulloso. Sólo Bernardo Ortiz de Montellano comparte con Novo el gusto y la inclinación por las letras mexicanas del pasado, por los asuntos del ambiente nacional que trató con frecuencia y con fortuna, si bien no con la que siempre acompañó al autor de *Nueva grandeza mexicana*. Los otros, o rehusaron tratarlos, o llegaron tardíamente a ellos.

No. No llegó Novo a los temas indígenas, ya estaba, formaban parte de su ser más entrañable. Aquellas series de artículos con que inició sus colaboraciones en un diario de la capital no sólo contenían erudición, sino también hallazgos novedosos y mucho de ocurrencias personales que en nada contradicen las invenciones de los indios, como que pertenecen a uno que viene de ellos, que comparte su ánima y su estilo. Las obras que han seguido a aquellos artículos, ¿no están diciendo a las claras que pertenecen a un heredero de la remota cultura del Anáhuac?

No. Verdaderamente Salvador Novo es un escritor mexicano en cuyo dolido corazón se confunden los latidos de los indios pretéritos. Y esas lágrimas que no sabe ni quiere recatar, ¿no tienen el amargor de la *vieja lágrima* que dijo Urbina?

13 de octubre de 1963

Bicentenario de fray Servando

Dentro de tres días, el 22 de octubre, hará dos siglos de haber nacido en Monterrey, Servando Teresa de Mier, un nombre y un hombre que luego iban a crecer desmesuradamente. Se llamaría más tarde Servando Domingo Teresa de Mier Noriega y Guerra. Sería uno de los mexicanos de más vasta y larga

fama, de historia y leyenda más complicadas, de acción y de pensamiento más singulares.

En otro tiempo se dijo que había nacido el 18 de octubre, pero es cosa establecida que esa fecha es errónea y que la verdadera fecha de su nacimiento fue después, la que hemos dado en el inicio de esta *Alacena*. Nada extraño sería que fuera el propio fray Servando quien creara la duda, quien diera pábulo a la confusión. Porque gustó mentir, exagerar, dar por reales sus imaginaciones y fantasías, con lo cual dejó gratas tareas a historiadores, críticos literarios y biógrafos. Muchas de sus invenciones siguen pasando como cosas hechas. Todavía hace algunos días leí algo acerca de fray Servando, traductor de la *Atala* y *René* de Chateaubriand, traducción que, de haberse hecho, lo fue por Simón Rodríguez, cuyo seudónimo era Samuel Robinson. Compensan estos embustes las cosas increíbles que realizó y sus muchas temeridades; sus fugas de las cárceles; sus caminatas y recursos para burlar a guardias y policías. Muchas de las afirmaciones de fray Servando, exageradas y falsas cuando las formuló, han venido a ser ciertas después, o por lo menos dan mucho en qué pensar, incitan a considerarlas nuevamente.

Sus contemporáneos lo admiraban, buscaban su compañía, le aplaudían, proclamaban y repudiaban, alternativamente. No se le puede imaginar sino de pelea, como fray Bartolomé, que era una de sus admiraciones. Hay que ver el tono elogioso con que siempre habló de fray Servando, uno que en más de un aspecto es su par: Carlos María de Bustamante.

Pocos mexicanos sufrieron tanto como él, por buscarnos redención. Aquel hombre inquieto, de apariencia inofensiva, propio a la exaltación, dispuesto a convertir en realidad cuanto soñara, a ratos medroso, era de un valor temerario. Casi siglo y medio antes que Belisario Domínguez, fray Servando, desde un escaño de la Cámara de Diputados, desafió a Iturbide, disparó contra él la primera bala, de la que la descarga de Padilla vino a ser nada más como el tiro de gracia. No pagó con la vida, como Domínguez, aquella audacia, pero sí con la cárcel y la persecución.

Los años que lleva de muerto, los numerosos trabajos que ha inspirado a sabios investigadores, historiadores y literatos, no agotan su portentosa fábula, mitología, historia y leyenda. Inspira certezas a la vez que errores. Permitió que un paisano suyo se considerara su gemelo: el otro regiomontano ilustre. Pero hombre como él, de infinitos recursos, cuando vino la hora de las explicaciones, dijo que Kant, nacido en la Monterrey de Alemania, era el otro regiomontano, que no él. Y si dijera que se refería a Juan Regiomontano, citado por

fray Martín Sarmiento, también hubiera acertado, pues era éste un portento de ingenio y erudición.

Había muchos hombres en fray Servando, tantos como fueron sus nombres y sus seudónimos, hasta los que negó. Cada uno de ellos da de sí para que todavía pueda inspirar muchas biografías y artículos; exégesis y vejámenes; negaciones y afirmaciones. Porque hombres así como fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra vinieron al mundo para asombrar a sus semejantes, para dejarles obras que cumplir.

20 de octubre de 1963

Origen y antigüedad de *La Sandunga*

Ya no sé en qué estado se encuentra la discusión acerca de los orígenes de “La Sandunga”. Después de haberle celebrado el centenario dando por hecho que había nacido en Tehuantepec, en 1850, algunos han venido, cuando ya todo se creía establecido, a discutir y aun a negar que fuera oriunda de Tehuantepec, en lo cual tienen toda la razón. Para negar la paternidad de Máximo Ramón Ortiz no hace falta ni siquiera saber una nota musical, haber leído un libro de coplas y cantares españoles. Bastaría haber escuchado música popular española o hispanoamericana. Porque, en efecto, *La Sandunga* es una melodía española por todos sus costados. Lo que puede tener de istmeña es el nombre de un cantor, de un personaje local, en este caso, Máximo Ramón Ortiz, un cabecilla que pudo haber cantado una copla, compuesta por él o por algún secuaz. Ortiz no era hombre que pudiera componer una melodía así de rica y bien instrumentada.

Por lo que toca a la letra, diremos que muchos de los versos con que se canta no sólo se encuentran en la literatura popular española con la que debe relacionarse, sino en toda la literatura de América.

No sabemos cuál es la antigüedad de *La Sandunga*. Puede tener cien años, como más. Pudo haber venido a América a raíz misma de la Conquista, en los labios de los conquistadores, quienes la propagaron en toda la extensión de este continente. Sino que no se aclimató en todos los lugares, sino en unos cuantos, en aquellos en que encontró ambiente propicio, en que encontró melodía con quien maridarse o alguna otra circunstancia así que le permitiera establecerse, quedar a formar parte del acervo folklórico local. No es remoto

que se cante alguna melodía parecida, si no es que idéntica, en otros lugares de América. Letras con que se canta *La Sandunga* las hay en Argentina, en Colombia, en el Perú, en Venezuela, en todas las literaturas hispanoamericanas, para decirlo en una palabra. Por eso puede ser por igual istmeña y chiapaneca. Yo la proclamo istmeña porque somos nosotros los istmeños quienes la cantamos con mayor sentimiento, con mayor frecuencia, con toda el alma.

La palabra misma es española, si no es que negra, como alguno pretende, no del todo extraviado. *Sandunga* se encuentra en toda la literatura en lengua española. El diccionario más humilde puede sacar de dudas a quien quisiera verificar este aserto. Escribirla con “z” es un capricho quizás originado para acercarlo en lo posible a la lengua zapoteca, con la que no tiene nada que ver. En otro tiempo propuse que venía de *saldunga*, sinónimo de sal, donaire, gracia, salero. La han usado, en la forma que yo la escribo, es decir, con “s”, Bretón de los Herreros y Emilio Vallagas, el poeta cubano, para citar dos nombres que acuden en este momento a mi memoria.

Autoridades como Gerónimo Baqueiro Fóster han discutido el origen de *La Sandunga*, obra istmeña. Española la considera. A él recurra quien quiera más datos. A Rafael Carrasco Puente, también. Yo sólo quise, amiga, contestar su pregunta: *La Sandunga* no nació en Tehuantepec, hace cien años, como quiere nuestro orgullo local. ¡Lástima!

27 de octubre de 1963

Rubén M. Campos, infatigable y constante

Fue en las *Lecturas literarias* arregladas por Amado Nervo en donde encontré por primera vez el nombre de Rubén M. Campos, autor ahora poco recordado, pero digno de la atención debida a quien puso su inteligencia y los dones todos de su espíritu a estudiar más de un aspecto de la cultura patria, sin olvidar las obras de creación. Un poema en prosa rimada que sólo por ser suyo ya no es tan abominable el género, *Mignon*, y la nota con que el compilador lo hizo acompañar ha dejado en nosotros un grato recuerdo y la enseñanza de que nunca jamás se debe hablar mal de una alegría, ni olvidar el minuto que la trajo. “Hay en la poesía de este muchacho ardoroso cierta indolencia, cierta malicia costeña, que placen mucho”, decía Nervo.

Después conocimos las otras obras suyas, las dedicadas al folklore literario y musical de México. Sobre todas, *La producción literaria de los aztecas*, uno de los primeros intentos de darla a conocer, de proclamar sus excelencias, que si bien todavía causa irritación en muchos que niegan su existencia, ya es gustosa y orgullosamente aceptada por la mayoría inteligente de México.

La obra de Campos comprende muchos géneros: novela, teatro, historia, poesía que ya nuestros investigadores —Juan B. Iguíniz, Francisco Monterde— han enlistado, si bien faltan aquellos otros libros publicados después de 1925 y 1934 a que corresponden las bibliografías de los dos autores mencionados.

Rubén M. Campos nació en Guanajuato, en 1876. Vino a la ciudad de México muy joven y aquí inició una labor literaria que no cesó sino con su muerte, hará unos quince años. Colaboró en *El Demócrata*, en la *Gaceta Musical*, en *El Mundo Ilustrado*, en *Vida Moderna*, en *El Universal* y en otros periódicos y revistas de literatura. Fue maestro de literatura y lengua castellana en la Preparatoria; cónsul de México en Milán; tras de otros empleos menores en Instrucción Pública y Bellas Artes, desde los días de Justo Sierra, llegó en nuestros tiempos a secretario particular de la propia Secretaría, cuando fue ministro Carlos Trejo y Lerdo de Tejada.

Sus libros sobre el folklore mexicano revelan trabajos pacientes y largos, propios de quien sabe que hace falta una soberana humildad para tomar como propias tareas que otros, sólo pendientes de los grandes temas, como si los temas por sí solos fueran grandes, desdeñan. Luego viene el tiempo y la vida a darles razón, a relevarlos de la indiferencia, cuando no el desprecio con que los vieron los necios, los soberbios, que suelen pasar más pronto. Es posible que haya en sus libros mucho que enmendar, pero quien lo intente más cosas debe saber, de más ocio ha de gozar.

A la bibliografía de Campos pueden agregarse los siguientes títulos, sin que sean estos los únicos que le falten: *Chapultepec. Su leyenda y su historia*, México, 1919; *El folklore literario de México*. Investigación acerca de la producción literaria popular (1525-1925), México, 1929; *Aztlán, tierra de las garzas* (novela), Santiago de Chile, 1935; *La producción literaria de los aztecas*. Compilación de cantos y discursos de los antiguos mexicanos, tomados de viva voz por los conquistadores y dispersos en varios textos de la historia antigua de México, México, 1937.

En verdad, Rubén M. Campos merece más atención de parte de los que estudian las letras nacionales en sus diversas manifestaciones. El volumen de sus tareas, el espíritu que presidió sus afanes, el ánimo de servicio que fue su

brújula merecen que se le recuerde y que se le considere ejemplo de escritor mexicano: infatigable, constante, vencedor de todos aquellos escollos que se oponen al trabajo literario, que Altamirano calificaba de amargo y Juan Díaz Covarrubias como de niños y locos.

3 de noviembre de 1963

La hermosa y doliente canción

Azorín ha contado, como sólo él sabe contar, cómo viene a los labios un refrán. Es, se diría, como un relámpago en la conversación, igual que ese pececito que cruza, igual que un relámpago, el cristal de un estanque.

Se habla de muchas cosas y de repente algo que nadie invoca, sugiere el refrán que todos sabían, pero que tenían olvidado: “La que de verde se viste...” o bien “La que de amarillo se viste en su belleza confía”. Y el interlocutor agrega: “o de sinvergüenza se pasa...”.

Así las canciones. No se cantan nada más porque sí. No se eligen, sino que vienen a los labios cuando deben, a la hora propicia: son como el resumen de una situación, como el corolario del minuto que ya no volverá, que no puede detenerse.

Íbamos aquella tarde camino de Oaxaca. Una lluvia lenta, tenue, como de raso y terciopelo, había lavado el aire, frotado como un lienzo de nubes, la cara del cielo. En el hombro de la nochecita brillaba una estrella. Es muy dulce, dijo el poeta, ver entre las nubes florecer los astros. Era dulce en aquella hora, después de la lluvia, ver cómo los luceros, igual que terrones de azúcar, dulcificaban el poniente.

Nos dieron ganas de cantar. Un compañero de viaje, poseído de la magia del anochecer, cantó una canción que había oído en su niñez y de la que nunca antes volvió a acordarse. Vinieron solas, lentas, igual que la lluvia que acababa de pasar, las palabras a su boca. Ésa, no otra la canción que convenía a nuestro ánimo, la sola que podía resumir la emoción de aquella hora.

Como se cuenta a un amigo | que se quiere, le contaba | lo imposible de su amor | al paterno río Zahuapan. | Y el río que iba claro y manso | soñando con su mirada, | alejose sollozando | de verme cómo lloraba. | Tlaxcalteca, tú no tienes sentimiento | en las entrañas, pues pasas junto a mi ruego | como una virgen sin alma. | Sólo por eso quisiera, | ser en tu feliz cabaña, | como el humo del “tecuile” | para que por mí, lloraras.

Una canción triste llena de lejanías, sin estridencias, así en la letra como en la melodía. Una letra en asonancias, no en consonancias, que serían ajenas a aquella atmósfera. Volaron las palabras hasta perderse en la lejanía, ya oscurida.

¿Cuándo volverá a darse la atmósfera, el ambiente propicio para que otra boca repita la hermosa y doliente canción?

10 de noviembre de 1963

Incnuicatl, canto de tristeza

Hará unos quince años, una alumna mía, Lila Pérezgasga, tradujo como tarea de la clase de literatura mexicana que yo impartía en la Escuela Normal Superior, algunos de los poemas aztecas que Daniel Garrison Brinton había vertido del náhuatl al inglés. Son aquellos que José María Vigil y otros estudiosos de la literatura indígena precortesiana, si bien habían estudiado, no pusieron en nuestro idioma.

La señorita Pérezgasga, buena conocedora del idioma inglés, y con hermosa y abundante lectura de letras mexicanas —desde luego las del mundo antiguo— logró dar a estas versiones una entonación y estilo que no las apartan, y si las apartan es muy poco, de su ritmo y manera peculiares.

Cuando las tradujo, estoy seguro que era la primera vez que ello ocurría en español. Ahora que tanto se trabaja sobre la riquísima veta de literatura indígena precortesiana, acaso algunas de ellas se encuentren ya en nuestro idioma. Esa posibilidad, sin embargo, no resta mérito al trabajo de doña Lila Pérezgasga. Atento a esa circunstancia, vamos a publicarlas en sucesivas *Alacenas*. He aquí la primera:

Tlaxcolcuica Otemitl. Un canto de tristeza. A ti, la Causa de Todas las Cosas; a ti, Señor, yo imploro con tristeza, y mis suspiros se elevan temblorosos hasta llegar tí. Yo sufro y me atormento en esta tierra ingrata; jamás en mi existencia sonrió la fortuna, ni en mi alma anidó la alegría, y nunca mis esfuerzos me han marcado un amable camino; nada en verdad aminora mis penas, y, ciertamente, sólo estando contigo, cerca de ti, quizás podría inclinar tu voluntad para que mi alma dolorida se levantara hasta tí; quizás podría derramar mis lágrimas para tí, desatar mi llanto en tu presencia, oh, tú, Supremo Donador de la Vida.

¡Cuán felices son quienes perduran en tu gracia y tu favor aquí en la tierra, y nunca olvidan de elevar en honor tuyo sus plegarias, ni dejan, negligentes, para el día de mañana su alabanza de ti, Oh Causa de las Cosas, que puedes ser hallado en todos los rincones de la tierra! Yo sé que vivirán, que habrán de perdurar porque no han apurado el licor del olvido, mientras que yo, ciertamente, ¡pobre de mí!, tendré que visitar la mansión de los muertos donde habrán de encontrarse todas las almas resignadas y tristes. –Jamás los afligidos de espíritu que existen en la tierra, por muchos que ellos sean, si han recurrido a ti con sus ruegos y lágrimas, se han descorazonado un instante tan solo. En verdad tú los encaminaste y después ellos se gobernaron por tu norma. –Es ejemplo en la tierra, oh amigo, el enfermo atacado de fiebre que se arropa con las opacas flores de la tristeza, que se purifica con los radiantes pétalos del llanto y que teje una guirnalda de alabanzas con flores impalpables de suspiros, tan ágiles que pueden llevarle hasta la causa de todas las cosas. –Yo me engalano con las joyas de las flores más tristes; en mis manos se agitan las flores quejumbrosas de la guerra y levanto mi voz en plañideros cánticos. –Yo derramo canciones frescas como el rocío de las flores. En mi *teponaxtle* engalanado con plumas de brillantes colores y con piedras preciosas, yo, el poeta, marco un compás de mi canción inspirada por esos incomparables moradores de los cielos: el pájaro zacuan, el hermosos *tzimitzcan*, el divino quechol y tantas parloteadoras y melodiosas aves que con sus trinos alegran a la Causa de Todas las Cosas.

17 de noviembre de 1963

Poemas nahuas

Damos a continuación otros de los tres poemas nahoas, traducidos de la versión inglesa de Daniel Garrison Brinton, por Lila Pérezgasga. Quede para el futuro la inserción del tercero, así como su comentario que lo sitúe dentro de las investigaciones y valorización de la literatura precortesiana:

¿Qué habéis hecho, oh vosotros, amigos nuestros, chiapanecos y otomíes? ¿Por qué os apesadumbráis de habernos embriagado con el licor que apurastéis? Levantaos y venid hacia acá cantando; abandonad la molicie de vuestros cuerpos, tendidos sobre el suelo; Levantaos, oh amigos, y vayamos hacia nuestras casas en esta prodigiosa tierra de primavera; sacudid vuestra embriaguez; ved en qué difíciles ocasiones necesitáis de ella. Así ha sido en la tierra desde la antigüedad:

el blanco licor se apuraba en difíciles circunstancias, como antes de entrar en la batalla, o, según se cuenta, allí donde eran rotas y destruidas las rocas; en donde eran trituradas en fragmentos las bellas esmeraldas, las turquesas magníficas, las piedras preciosas, distinguidas y simbólicas, los jóvenes y los niños; tomad, por tanto, oh amigos y hermanos, el delicioso pulque, el fragante licor ambarino. Bebamos en los campos floridos, en el interior de nuestras chozas que emergen de la tierra exuberante, bajo el palio azul del cielo, cerca de las fuentes donde las flores esparcen por doquier sus dulces aromas. El soplo embalsamado de las rocas, cuajadas de rocío llega hasta nuestras casas en las tierra de Chiapas; allí donde la nobleza y el poderío hicieron gloriosos nuestros lares, allí donde las rojas flores de la guerra se abrieron por doquier sobre una fértil y lozana tierra. —¿Es posible, oh queridos amigos, que no nos escuchéis? Vayamos, vayamos presurosos a derramar el blanco néctar, el licor del combate; bebamos en donde el dulce vino como el fragante rocío de las rosas, viene como un rico presente a nuestros hogares; dejemos que nuestras almas se atosiguen y se impregnen con su inefable dulzura y se enriquezcan y saturen de delicias sin par; y hagamos que nuestros labios sorban y apuren el agua de las flores en vez de las riquezas, mientras que caminamos hacia un bello país, hacia un fértil paraje de maravilla. ¿Qué habéis hecho, oh queridos amigos? Volved, venid hacia acá y escuchad nuestros cantos.

24 de noviembre de 1963

Xochicuicatl, canto florido

Este poema es el último de los tres que anunciamos a los lectores. La próxima *Alacena*, como dijimos en la ocasión anterior, para mejor situarlos en el estudio de la poesía precortesiana que tanta boga ha alcanzado en nuestros días, estará consagrada a un rápido resumen de la opinión que en el siglo pasado y principios de éste se tenía de esta manera de expresión literaria, cuya existencia aun los más inteligentes, solían poner en duda:

Xochicuicatl. Por donde quiera que vayas, ¡oh poeta!, lleva contigo tu enflorado *teponaxtle*; deténlo entre las hermosas plumas; colócalo en medio de las doradas y radiantes flores; y ojalá que puedas regocijar a los jóvenes y a los nobles en su magnificencia. Es en verdad maravilloso cómo descendió la canción de la vida sobre el *teponaxtle* y cómo éste sacudió sus plumas y esparció por todos los ámbitos la canción del Creador, el Donador de la Vida está respondiendo como contestó

el pájaro coyol, esparciendo sus divinas notas, ofreciendo con magnificencia su florida canción. Descienden en copiosa lluvia suaves plumas y piedras preciosas más bien que palabras; tal se diría que vienen de un ser satisfecho que en verdad conoce al Dador de la Vida. Así los nobles rinden tributo de cosas bellas, deliciosas y dignas, que puedan agrandar al único Dios, aun cuando no se conozca la morada del Dador de la Vida ni se sepa si habita o no en la tierra. Ojalá que aun por un momento tenga tiempo de gozar con esta honorable y preciosa juventud; ojalá que pueda tejer guirnaldas de flores para su nobleza; ojalá que pueda aun aquí, por un momento, esparcir a los aires las canciones con el florido *teponaxtle*. Yo soy un huésped entre los señores de Huexotzingo. Alzo mi voz y ante ellos canto a las piedras preciosas y a las verdes esmeraldas. Y escojo entre los jóvenes aquellos quienes pueda coronar con guirnaldas tejidas con las flores de la nobleza. De los cielos descende una flor delicada, una dulce canción que mitigará tu dolor, que ahuyentará tu tristeza. Por eso, ¡oh jefe de los chichimecas!, llénate de contento y de regocijo. Aquí la amable y cordial amistad es como un batir de alas escarlatas, como una copiosa lluvia de flores; aquí los guerreros y los jóvenes, llenas las manos de las fragantes flores de xilo, desfilan lentamente aspirando su suave perfume. El radiante pájaro coyol canta dulcemente para ti; blandamente lleva su voz como una flor, como las dulces flores en tu manos, mientras que tú musitas y luego alzas tu voz cantando... Como el ave quechol al Donador de la Vida, como el heraldo de Dios, has esperado el rayar de la aurora y te fuiste cantando: ohui, ohui... Aun cuando yo anhelé que el Dador de la Vida te permitiera enflorar tu rodela, cómo me da dolor y pesadumbre que tus esfuerzos resultaran vanos y que te hayas ido para siempre de este mundo. Así como llegaré al recinto donde reposan las marchitas flores, así alguna vez llegarás tú, a pesar de tu fama y de tus hechos en la Tierra. Aunque haya flores, aunque el aire se pueble de canciones, cómo habrá de dolerme que tus esfuerzos resultaran vanos y que te hayas ido para siempre de este mundo. Alegrémonos, queridos amigos, regocijémonos mientras vivimos plácidamente en esta tierra florida; ojalá que la muerte nunca venga para nuestras flores y nuestras canciones, sino que se perpetúen en la mansión del Supremo Donador de la Vida. Todavía un momento más y nuestros amigos dejarán esta vida. ¿Qué ofrece la amistad de placer y alegría cuando pronto ya no seremos nadie en este mundo? Este es el estribillo de mi canción, de las notas que, como guirnaldas de flores tocadas en mi flauta, dicen el mismo cantar en presencia de los nobles. En el interior de la casa de las flores, el Señor de las Aguas, del Paso de las Aguas te contesta, te ha contestado; al lugar donde tú vives, mi amado, el Donador de la Vida te envía algunas veces cosas tristes; pero yo, el poeta, te haré feliz en los momentos difíciles, en las horas tediosas. He aquí muchas flores, las muchas lindas flores volcadas en el interior de la casa

policroma; yo con ellas te daré alegría y contento; Oh, tú allá en Tlaxcala tocaste como dulces campanillas sobre tus *teponaxtles*; tal cual si fueran abrillantadas y encendidas flores. Allí estaba Xicoténcatl, el señor de Tizatlán, el de la boca rosada, el de las dulces canciones que acarician como exquisitas flores, el que escuchó las palabras del único Dios. Tu casa, oh Donador de la Vida, está en todo lugar; de flores son todas sus esteras finamente tejidas donde tus hijos te rezan y veneran. Una catarata de variadas y multiformes flores desciende hasta el lugar donde reposa el *teponaxtle*; delicadas guirnaldas lo entrelazan y dulces y fragantes flores son esparcidas a su alrededor. En donde el brillante ciempiés toma el sol, el alegre pájaro coyol desgrana sus cantares; y a lo lejos, los nobles le responden con las gloriosas hazañas que patentizan su poder. Regando flores, oh queridos amigos, yo traigo un mensaje de alegría en los profundos sonos de mi *teponaxtle*, mientras espero que venga a nuestras mentes el misterio suspendido en el aire... Mi *teponaxtle* llega hasta Dios, Él lo oye y contempla, cómo ando buscándole en los cielos; brota mi canción y los ángeles me responden tocando en sus flautas. Pero yo estoy triste, triste y solo dentro de este bosque.

1º de diciembre de 1963

Alberto Lista y Aragón y el teatro de oro español

Una obra muy poco frecuentada en nuestros días, acaso por su condición de pieza rara, es aquella de Alberto Lista y Aragón: *Ensayos literarios críticos*, Sevilla, Calvo Rubio y Cía. Editores, 1844. Alguno de nuestros investigadores—recuerdo ahora a Nicolás León en su *Bibliografía de Juan Ruiz de Alarcón*, México, 1927—lo citan de paso y aun con errores. Otros lo ignoran, aunque a veces parezca que se aprovechan de sus noticias y opiniones acerca de la obra del dramaturgo mexicano. Constituyen las páginas que Lista escribió acerca de Juan Ruiz de Alarcón no sólo un intento de penetrar sus obras, de valorarlas dentro del teatro español de su siglo sino, al mismo tiempo, el elogio más entusiasta de su personalidad. Lo considera uno de los mejores dramaturgos españoles del siglo XVII, superior a todos en la corrección del estilo, e inferior a muy pocos en la originalidad de los pensamientos y en el artificio dramático. Es el que más se acerca a Calderón de la Barca: en la urbanidad caballeresca y siempre sostenida de su lenguaje, y en los sentimientos generosos que atribuyó a sus personajes. Son las principales dotes de Alarcón, presentes en todas

sus obras: el arte de interesar, la gracia, facilidad y valentía de la expresión con lenguaje esmerado y correcto, prenda muy poco común la última, según Lista, entre los escritores dramáticos españoles, ya pervertidos por el vicio del gongorismo, de la sutileza y de los conceptos de su siglo, o ya obligados por la precipitación a dejar mal limadas sus obras. “Podrá –dice– tal vez notarse algunos trozos demasiado poéticos; mas no aquellos otros defectos”. Tiene nobleza y sencillez, versificación pura y sostenida; adapta el lenguaje al carácter del personaje; en fin, puede mirarse como uno de los padres del idioma en una época en que ya comenzaba a pervertirse, remacha Lista.

Tuvo por modelo a Calderón en cuanto a la dirección de la fábula; pero le excede en la descripción de los caracteres, muy poco variada en aquel rey de la escena. Alarcón los supo variar y contrastar, y tres de sus comedias, *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen*, y *La prueba de las promesas*, pueden sufrir la comparación con las de Terencio, a quien se parece mucho en la elegancia de la dicción y en las intenciones morales de la fábula.

Calderón –dice Lista– le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la acción; Lope, en la ternura; Tirso, en la malignidad; Agustín Moreto, en la sal cómica; Francisco de Rojas Zorrilla, en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes, y a los colosos que van nombrados, en la corrección sostenida de la frase. El gusto de Alarcón estaba más exento de vicios, aunque su genio no fuese tan fecundo en bellezas.

Las comedias que analizó Lista eran todas originales, ya en cuanto a los argumentos, ya en cuanto a las situaciones. Moreto recuerda a Lope y a Tirso, aunque mejorados. Calderón se parafrasea para evitar repetirse. Alarcón ni copia ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, pese a las casi dos mil comedias de Lope.

Luego se duele Lista que un poeta de tanto mérito, no sólo como autor dramático sino como hablista, estuviera tan olvidado en España, cuando Europa aplaudía *El embustero* de Corneille, y en su patria una mala imitación de la pieza francesa, sin recordar a quién se debía el pensamiento original de aquella obra.

Cuando a finales del siglo XVIII volvieron a la escena algunas de las obras antiguas, una se representó de Ruiz de Alarcón, y aun ésa, atribuida a Lope. Sería muy difícil –asienta Lista– explicar la razón de este olvido en la misma época en que resucitaba Tirso de Molina, porque hasta las preocupaciones del tiempo eran favorables a Ruiz de Alarcón, el más regular, el más clásico, por decirlo así, de todos los autores cómicos que fueron contemporáneos su-

yos. Lope escribía las comedias a despecho de Terencio. Alarcón, sin alterar las formas dramáticas introducidas por Lope, estudió e imitó al latino, cuyo mérito consiste no tanto en la disposición de la fábula, como en la instrucción moral que resulta de ella.

¿No encuentra el lector, en las opiniones de Lista que hemos resumido, un antecedente de algunas que han vertido investigadores de nuestro siglo, si bien sin mencionar al ya muy olvidado, Alberto Lista y Aragón?

8 de diciembre de 1963

Romance paraguayo

Yo ya he dicho otra vez que tengo un recurso contra la tristeza: leer libros viejos, los de la infancia y la juventud. Yo ya he contado que tengo un arma contra el tedio y la soledad: reunirme con mis libros, abrirlos por cualquier página, acariciarlos, pasarles la mano por el lomo y no cerrarlos sin leer algunos renglones, sin localizar aquellas líneas que más me gustan. No todos mis libros son famosos; algunos son humildes, humildísimos; pero yo los clasifico de diversa manera al común de los lectores. Para mí un libro bueno es aquel que me tranquiliza, que me pacifica, que despierta en mí ideas dormidas, que me impulsa a tomar un lugar suyo como de mi invención; que me sugiere, que siembra en mí palabras fecundas. Libros parteros, les llamo.

En estos días releo *Corridos y romances*. En busca de lo que deba entenderse por corrido, de establecer dónde y cuándo se llamó así a este género de poesía tan mexicana como los calendarios, volví a un autor y a un libro predilectos: el autor es Ciro Bayo, el libro, el *Romancerillo del Plata*, leído la primera vez en 1932.

¿Por qué al abrirlo sentí que me deparaba un hallazgo, una sorpresa, algo que no advertí la primera vez? No lo sé, pero eso fue lo que sentí. Y así ocurrió.

En la página 73 (Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1913) se encuentra una noticia que yo transmito a Ernesto Mejía Sánchez, máxima autoridad en fray Servando Teresa de Mier, y a Manuel Martínez Báez, que está en camino de serlo, a mero título de curiosidad.

Dice Bayo: “bajando el río Paraguay, en viaje de Corumbá a Buenos Aires, aprendí este romance religioso, o más bien leyenda guaraní que dicen en ver-

so castellano algunos paraguayos: *‘Santo Tomé iba un día / orillas del Paraguay, aprendiendo el guaraní / para poder predicar. / Los jaguares y los pumas / no le hacían ningún mal, / ni los jejenes ni avispas / ni la serpiente coral. / Las chontas y motacúes / palmito y sombra le dan / el mangangá le convida / a catar de su panal. Santo Tomé los bendice / y bendice al Paraguay / ya los indios guaraníes / le proclaman capitán. / Santo Tomé les responde: / –Os tengo que abandonar / porque Cristo me ha mandado / otras tierras visitar. / En recuerdo de mi estada / una merced os he de dar, / que es la yerba paraguaya / que por mí bendita está. / Santo Tomé entró en el río / y en peana de cristal / las aguas se lo llevaron a las llanuras del mar. / Los de su partida, no se pueden consolar / y a Dios siempre están pidiendo / que vuelva Santo Tomás.*

Cree Ciro Bayo que este romance fue enseñado a los indios por los jesuitas, a juzgar por el detalle de la yerba paraguaya, o “yerba mate”, considerada venenosa hasta que las misiones guaraníes la dieron al comercio y la pusieron de moda en los países del Plata. Decían a los indios que era un presente de Santo Tomás, que al venir al Paraguay hizo de un árbol antes peligroso, una planta saludable y de regalo.

“Los jesuitas –dice el padre Lozano en su *Historia de la provincia del Paraguay*– divulgaron la leyenda de que los guairas guardaban la tradición del padre Tomás, el ‘Pay Tomé’, que les enseñó el cultivo de la mandioca, dejando como estela de su paso, la huella de sus pisadas en esta hierba menuda y floja diferente de la que se cría en los contornos que se encuentra en los caminos del Paraguay”.

Las gestas del bienaventurado Tomás, apóstol de la India, las extendieron los padres de la Compañía de Jesús, haciendo peregrinar al santo por América, igual que lo hicieron con San Bartolomé y San Nicolás de Bari.

Entre los mexicanos, Santo Tomás no era otro que Quetzalcóatl. De ahí partió fray Servando para su célebre sermón guadalupano, que yo quise traer a vuestra memoria, amigos Martínez Báez y Mejía Sánchez.

15 de diciembre de 1963

El primer libro

No siempre es el primer libro anuncio y presagio de la obra futura. Con frecuencia, un primer libro, más que una descarga de frustraciones, es una suma de hallazgos, cuando no una obra cabal, redonda, perfecta. No es extraño,

tampoco, que se aparte totalmente de lo que un autor pueda hacer al final de su carrera. Poetas, escritores, novelistas hay que nada agregan a una primera creación, que produzcan flores que en nada se parezcan entre sí; que en el curso de su vida vayan negando las obras primerizas, escondiéndolas como hijos tarados, malparidos. Así en las letras de todo el mundo, en las nuestras, desde luego.

Abundan en nuestras letras autores cuya primera obra no anuncia la futura. Un caso milagroso parecen. A este primer libro sólo descarga de errores e imperfecciones, siguen obras cada vez menos fallidas, hasta culminar en creaciones magníficas, en dechado y ejemplo. Al balbuceo, a la tartamudez, a la expresión ingrata, sucede la palabra hermosa, bien articulada, refulgente como una piedra preciosa. El caso opuesto no encuentro cómo calificarlo: iniciarse con obra frustrada y no superarla y dar a luz obras cada vez más distantes de lo que un autor sueña y busca dramáticamente; aquella perfección que se alcanza por el camino de la imperfección.

Pero no queremos hablar de este extremo, sino del otro, del autor que la alcanza, que logra la obra que entrevé, que vislumbra. ¿Anuncia *Poesía*, el primer libro de Manuel José Othón, su obra futura, el *Idilio salvaje*? No. No lo anuncia. *Poesía* no contiene ninguna palabra, ninguna nota que presagie al gran poeta del futuro: es el libro de un poeta joven y estudioso, nada más. En tanto que el *Idilio* es uno de los más acabados poemas de la poesía mexicana, la más alta contribución —ha escrito Antonio Castro Leal— a la poesía de lengua española.

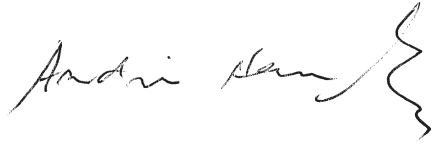
¿Hay alguna relación de parentesco entre los primeros libros de Bernardo Ortiz de Montellano con los últimos que escribió? No. No la hay. ¿Qué tienen que ver *Avidéz*, *El trompo de siete colores*, *Red*, con *Muerte de cielo azul* y *Cinco horas sin corazón*, pongamos por caso? No tienen que ver nada, se apartan de tal manera que pudiera decirse que ni siquiera imaginó Ortiz de Montellano a dónde iban a conducirlo sus estudios, su sangrante lucha con la palabra y la dramática búsqueda de la belleza. ¿Anuncian los primeros libros, en prosa y en verso, de Jaime Torres Bodet, con ser tan buen poeta y prosista desde que apareció en las letras, al gran artista de la prosa y al extraordinario poeta que ha llegado a ser?

Sirvan estas divagaciones para situar a un poeta y a un libro. El poeta Jesús Reyes Ruiz; el libro, *Trinidad del hombre*. Nada de lo que Reyes Ruiz publicó con anterioridad aseguraba, o anunciaba, esta culminación, este ascenso a la poesía. Al poeta fácil, casi decimos versificador, alegre, ágil, ha sucedido un artista reflexivo, hondo, atento a lejanas y misteriosas voces, a preguntas

apremiantes que se empeña en responder y dar oído. Un poema es *Trinidad del hombre*, pleno de belleza, armado con ideas que trasciende el vivir cotidiano, para situarse al lado de las mejores realizaciones de la poesía mexicana de todos los tiempos. ¿No es éste un caso extraordinario, de esos que nos confirman en la idea de que no siempre las primeras obras presagian el libro final? Así es. Y como verificar la existencia de estos casos extraordinarios trae una alegría de la que todos debemos participar, yo quise dejar aquí el testimonio de mi sorpresa y admiración, por libro y autor.

22 de diciembre de 1963

1964



Resuélvalo quien pueda y sepa

Tres sonetos por lo menos escribió Vicente Riva Palacio digno de la Antología: “La vejez”, “Al viento” y “El Escorial”. Casi no hay florilegio de poesía mexicana que no incluya uno de los tres, cuando no los tres. José María Vigil, Juan de Dios de Peza, Antonio Castro Leal, para citar a los antólogos que ahora recuerdo, los preferían sobre otros sonetos, siendo todos, como suyos, piezas de singular belleza y acabado. Los poemas que escribió con el seudónimo de Rosa Espino, no quedan a la zaga de los que publicó con su nombre verdadero. Más tiempo, menos urgencia y dispersión, si otro hubiera sido el tiempo que le tocó vivir, hubieran hecho de Riva Palacio el poeta y el escritor que sólo fue a ratos. Hay en sus novelas, en sus romances, en sus sonetos, en sus cuentos, en sus ensayos críticos, lascas de instantáneo fulgor. No logró decir la canción que escuchaba, pero estuvo siempre atento a su melodía y al eco que lo enajenaba.

Como otros literatos de su generación, y es cosa que sorprende, había leído muchos libros, sobre todas las materias, como puede verse en sus obras. A qué horas leyeron si sus arreos eran las armas y su descanso el batallar? Como leyeron, escribieron: de prisa, mientras caminaban, durante las pausas que iban dejando las discordias civiles. A la luz de las fogatas y el vivac. Y cuando alguna paz y ocio alcanzaron no pudieron trabajar de otra manera, de tal modo se había hecho naturaleza en ellos la improvisación, con todos los riesgos, los aciertos y peligros de la improvisación.

Sorprendía a los españoles, cuando fue ministro mexicano en Madrid, la sapiencia y la autoridad con que siempre disertaba sobre cualquier asunto. La condesa de Pardo Bazán llegó a expresar alguna vez aquella sorpresa, obligan-

do al general Riva Palacio a una respuesta a más de aguda, cortante. Pero con todos hizo migas y alcanzó respeto y consideración. Yo tengo entre mis libros algunos que pertenecieron a Riva Palacio, con dedicatorias autógrafas que por igual retratan a destinatario y autor; así una de Antonio Cánovas del Castillo.

Pero yo he divagado. Lo que quería era transcribir un soneto que aparece de puño y letra del General en el tomo de *Poesías* de Alberto Lista –Madrid, 1822. ¿De quién es obra? ¿De Lista o de Riva Palacio? Una rápida revisión de las poesías del español no me conducen a declararla suya; tampoco se encuentra entre los poemas del mexicano. Pudiera ser de Lista y que Riva Palacio la hubiera copiado de alguna parte por la consonancia que guarda con sus composiciones personales. Resuélvalo quien pueda y sepa:

*No hay en el prado flor, onda en el río,
tronco en la selva, ni en el prado viento,
a quien en triste y lamentable acento
no llorase mi amante desvarío.*

*Mas cuando a la que causa el dolor mío
pretendo declarar el mal que siento
falta la voz, y el perturbado aliento
vuelve al pecho cuajado en hielo frío.*

*¡Dura pena de amor! siente la herida
de su flecha cruel y hablar no es dado
a quien sanar pudiera su veneno.*

*¡Ah!, ¿cómo hablar podré si enardecida
el alma, cuando mira el rostro amado
dejando el corazón vuela a su seno?*

¿De quién es el soneto Clementina Díaz y de Ovando? ¿Es de Lista? Y esa referencia al viento, ¿no recuerda, no contiene un eco lejano, no prefigura las imágenes que aparecen en el famoso soneto “Al viento” del general Riva Palacio?

Paul Westheim, amigo de México

Una nota necrológica y un artículo de Alvar Carrillo Gil me enteran de la muerte de Paul Westheim ocurrida en Alemania, ahora quince días. Tenía ochenta años, de los cuales cerca de veinte había vivido en México. Perseguido en su país vino a América, a México, tierra que siempre le tuvo fascinado, imantado. Aquí encontró campo para sus meditaciones, para la redacción de sus libros, ahora ya sobre las artes antiguas y modernas mexicanas, y que a pesar de no ser de su especialidad, produjo sobre ellas atisbos y teorías de fulgurante penetración. *La escultura del México antiguo*, *La cerámica del México antiguo*, *El grabado mexicano* resumen sus opiniones, ocurrencias y hallazgos, procedimientos, intención y sentido que lo equiparan con los más excelsos de otras antigüedades; con las más ilustres, con las más próceres: la griega, la egipcia, digamos. Con razón dijo alguna vez Wells que de fuera ha de venir quien nos descubra o ayude a descubrirnos. No es caso único el de Westheim, pero es uno de los más peregrinos en su doble connotación de raro y selecto. Tenía, para entender el arte precolombino de México, una preparación amplísima, sin contar con la agudeza y los dones de la intuición para cubrir los huecos que dejan los documentos y la erudición.

Lector suyo, agregué a esa circunstancia el privilegio de haber gozado de su amistad, de viajar con él y oírle sobre la marcha las reflexiones y los juicios, que como fugaces saetas disparaba ante una obra maestra de la escultura indígena, ante una greca, frente a un cacharro o un fragmento de piedra y barro venerables. Se diría que amorosamente se inclinaba a levantar los restos de una pieza para reconstruirla con sabiduría, para unir sus desperdicios y arriesgar una interpretación, que siempre resultaba plena de reflejos, envuelta en aquella luz que tuvo cuando salió de las manos de su creador.

Hace algunos años —¿diez, ocho, seis?— hicimos un viaje a Yucatán, invitados de Alvar Carrillo Gil, anfitrión impar, gran amante de su tierra maya, conocedor de su cultura y que habla con verdadera fruición y deleite su idioma nativo. Westheim, como no podía dejar de ocurrir, había soñado siempre con aquel viaje. Durante el trayecto pudimos oírlo con motivo de todo. A veces volvía el recuerdo a la tierra de su origen, hablaba de sus amigos y compañeros, con esa entre dulce y amarga añoranza que dan la lejanía en el tiempo y en el espacio. Ante las ruinas mayas se apoderó de él, que era un reservado, tan medido en sus expresiones, una verdadera enajenación verbal. ¡Qué cosas tan hermosas, tan nuevas, dijo!

Muchas cosas curiosas ocurrieron en aquel viaje. Alvar Carrillo Gil ha contado una que pudo ser trágica. Déjenme a mí contar otra jocosa y que denuncia que hombres como Paul Westheim es frecuente que vivan ajenos a la realidad, lo que les permite, paradójicamente, manejarla con lucidez, como han de hacerlo los sonámbulos.

Ocupaba el doctor Westheim un cuarto, creo que el número 14 del hotel Mérida, en la apacible capital yucateca. Una mañana lo buscamos sin encontrarlo, lo que justamente nos alarmó. ¿Qué había sucedido con don Pablo? ¿No había llegado a dormir? Nada de eso. Ocurrió que con la llave de su cuarto abrió otro distinto, en el que pasó la noche. Las camareras se hacían cruces para explicarse cómo pudo ocurrir aquello del todo imposible, y sin embargo, ocurrió. ¿No es ése un caso de sonambulismo? Un caso de lucidez es el sueño que luego este tipo de hombres trasladan a la realidad. ¿Qué de extraño tiene, pues, que Paul Westheim se haya movido en el inmenso mundo de las artes precortesianas con aquel aplomo y tino que a todos asombró?

Murió en su patria. Con razón dice la sabiduría zapoteca que quien va a morir quiere regresar al lugar de su nacimiento. Duerma en su tierra Paul Westheim, amigo de México.

12 de enero de 1964

Los Ceros. Galería de contemporáneos

No siempre releer es signo de vejez. A veces se relee por devoción a un autor, o por afán erudito, o, como en mi caso, por encontrar motivos para estas *Alacenas*. Ahora releo a Vicente Riva Palacio, un autor cuyo nombre encontré en las *Lecturas literarias* de Amado Nervo; por tanto, de los tiempos en que fui niño, en mi remoto Ixhucatán. Un autor, además, que resiste la relectura, la vuelta a sus páginas alegres, eruditas, y a ratos llenas de donaire y saldunga.

Volví, pues, a *Los Ceros. Galería de contemporáneos*. Y aquí voy a consignar, en el orden que vayan apareciendo en mi memoria, lo que recuerdo de esta nueva lectura. Quien primero usó el seudónimo de *Cero* fue Juan de Dios Peza, en unos artículos escritos para *La República*, acaso tomado de un título de Hipólito Cerán: *Los ceros sociales*. Así lo confiesa el General en el artículo que consagra a Juan Peza, como le llama. En el retrato de Bablot –Alfredo Bablot,

francés, introdujo la propaganda de puerta en puerta— aparece aquella agudísima reflexión, con que luego Pedro Henríquez Ureña iba a armar la teoría del mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón y según la cual el fondo de nuestro carácter es la melancolía, el tono menor, la vaguedad, la emoción crepuscular. Teoría que todos aceptaron en su tiempo y que aceptan ahora algunos de los más disertos, y contradicen otros igualmente sabios. Entre los primeros Alfonso Reyes, Luis G. Urbina, Manuel Toussaint; entre los otros, Ermilo Abreu Gómez, Antonio Alatorre. La refuerza sagazmente Ángel María Garibay Kintana, señalándola como una herencia de los viejos cantores precortesianos.

Era Riva Palacio muy dado a los cuentos de pericos. Más de una vez recurre a ellos para sazonar sus escritos. En *Los Ceros*, cuando traza la silueta de Juan A. Mateos, cuenta el que luego sirve de argumento al cuento titulado “El buen ejemplo”, y queda pendiente otro, aquel del hombre que conversa con un loro y al descubrir su error, se quita el sombrero y dice: “Perdone, yo creía que hablaba con una persona”. Por cierto que encuentro el mismo suceso en *La flor de los recuerdos* de José Zorrilla, una de las fobias del General mexicano.

En el prólogo a este libro impar en nuestras letras, pueden los que escriben introducciones, preliminares, liminares, prólogos, que de todas esas maneras se dice, encontrar justificación a este tipo de artículos que los vanos desdennan, en un olvido de que a veces valen más que los libros que aparentan amparar. Renán los disparaba tan buenos que no parecen largos. Y, ¿no dijo Bernard Shaw que el buen lector lee primero, y principalmente, los prólogos? Bien pudiera decirse que el buen literato los escribe: tela es el prólogo para estampar buenas ideas y sacar a relucir las galas del ingenio y del estilo. Contradice Riva Palacio la sentencia de Buffon sobre el estilo. Y pone de ejemplo a Mariano José de Larra, autor divertido, pero suicida. Apunta una posibilidad de influencia de *El Pensador* en Zorrilla, en lo que toca a las pastorelas. Vapulea a poetas y novelistas por su afán extranjerizante, por irreales. Los unos, que sueñan dar un corte aristocratizante a sus novelas, fingiendo en México escenas parisienses y dibujan clases sociales que han visto a través de las páginas de Arsenne Houssaye, de Emilio Zolá, de Henry Bourger o de Ponson du Terrail. Los otros, que hablan de ruiseñores y de alondras, y de gacelas y de jacintos, sin atreverse nunca a dar lugar en sus endechas ni al cuitlacoche, ni al cenizote, ni al cacomite, ni al *yoloxóxhitl*, concluye la digresión entre burlero y grave. Pero dichoso el que no conoció a novelistas que para dar tinte

mexicano a sus creaciones recurren a nombres indios, pero que calcan y copian y repiten las maneras de escritores extraños.

Pero, ¿a dónde vamos a dar si seguimos ensartando lo que podamos recordar de la relectura de Riva Palacio? Dejémoslo aquí, no sin antes decir que es ésta una manera típica de trazar una *Alacena*.

19 de enero de 1964

Malacayo, ladino y alcahuete

Nunca podrá decirse con certeza que una palabra, una copla, una melodía son oriundas de este o aquel lugar, o que se desconocen en parte alguna. Nunca. Porque a la vuelta de la esquina puede uno toparse con ellas. Lo que ocurre frecuentemente, es que nuestros conocimientos son limitados y se reducen, también frecuentemente, a una porción de la tierra americana. Las palabras, las melodías, las coplas son andariegas de suyo. En su camino suelen cansarse o quedarse en alguna parte que luego puede parecer la de su origen, no siéndolo en verdad. Muchas de las voces aztecas, por ejemplo, en su largo peregrinar han traspuesto montañas, han cruzado mares y se las encuentra en lugares remotos, tanto que parece imposible que ello pueda ocurrir. ¿No existe en el lenguaje indonesio la palabra *tuba*, una fermentación de la penca del maguey? No falta quien postule que la palabra no tiene el origen que nosotros le asignamos, sino que pertenece a uno de los dialectos de Indonesia. Lo que parece poco probable, dado que en el zapoteco, por ejemplo, se dice *diuuba*, un préstamo indudable de la lengua náhuatl a la lengua zapoteca.

Concretemos esta *Alacena* a tres voces que ahora acabo de escuchar en Oaxaca: *malacayo*, *ladino* y *alcahuete*, que no registran ninguno de los diccionarios de mexicanismos que he podido consultar sobre la marcha, incluso el de Francisco J. Santamaría, el más completo de todos. Las dos primeras aluden a una manera de preparación del chocolate. *Malacayo* es lo mismo que chapurrado o champurrado, como también se dice. Consiste en prepararlo con atole. *Ladino*, a su vez, es el que participa de un elemento indígena que es el cacao, y otro español, que es la leche. Quiere decir, pues, mestizo, compuesto de los dos elementos señalados: indio y blanco. Por cuanto *alcahuete* no es ni remotamente lo que el lector supone, sino que alude a una especie de espátula de madera

labrada, con que precisamente se mueve el chocolate *malacayo* para beberlo. Ilustremos esta lección con una anécdota. Un estudiante de la facultad de Jurisprudencia de la ciudad de Oaxaca llega siempre tarde a la clase de Derecho Penal. El maestro le pregunta un día la razón de sus retardos. Y el alumno contesta: “Maestro, es que tomo chocolate *malacayo* y me da sueño y me duermo. El maestro replica, diciendo: Pues no lo tomes *malacayo*, tómalo *ladino*”.

En efecto, el atole, que es uno de los componentes del chocolate *malacayo*, produce modorra y sueño.

¿Cómo es posible que el maestro Santamaría no haya registrado estas voces en su *Diccionario de mejicanismos*? Yo quiero pensar que no llegaron a sus noticias, mas no que desconozcan en el sureste, sobre todo en Tabasco, de donde era oriundo, y en que tan aficionados son al chocolate.

26 de enero de 1964

Cartas de Lord Chesterfield

Un libro muy leído en otro tiempo lo constituyen las *Cartas* de Lord Chesterfield a su hijo Felipe Stanhope. Ahora, ya muy olvidado, sólo lo frecuentan los aficionados a las obras de su índole. Abundan en nuestro idioma las versiones de estas *Cartas*. Una de las mejores, sin lugar a dudas, es la que hizo Luis Maneiro, hermano del jesuita cuyo nombre ahora tienes en tus labios, lector. Es la de la Librería de Ch. Bouret, año de 1890. Esta edición se enriquece con otras cartas del autor a personas encargadas de vigilar la conducta del joven Stanhope y una serie de otras sobre el arte de agradar. Termínase con varios trozos selectos de las obras del autor, y de otros célebres escritores ingleses recomendados por aquél a su hijo como modelos de invención, simplicidad y elegancia. Se adorna con un magnífico retrato de Lord Chesterfield y está corregida con especial esmero e ilustrada con mayor número de notas que las precedentes ediciones, siendo ésta la quinta y gran copia de sentencias poéticas en varios idiomas. Distinguen a esta edición de Maneiro la preferencia por las citas de autores de nuestro idioma, circunstancia que se advierte desde los epígrafes, siendo el primero un texto de Bolívar. En efecto, las referencias a autores hispanoamericanos, a españoles preferentemente, son, a más de numerosas, muy selectas y que vienen a constituir por sí solas un nuevo libro o antología de textos escogidos.

En una carta que el traductor escribe a su hermano Manuel Maneiro, que era nuestro cónsul en Burdeos en 1843, mientras él residía en Havre, le cuenta las circunstancias en que trabajó esta versión de las *Cartas*. Te he escrito –le dice– varias veces que los ratos que me dejaban libres el desempeño de este consulado, los empleaba vertiendo del inglés al castellano las *Cartas del Conde Chesterfield a su hijo*. La extensa fama de esta obra, los elogios de sus partidarios, la crítica de sus detractores y las repetidas ediciones que de ellas se hacen, me indujeron a leerlas y creí ver en ellas una ciencia tan práctica de la vida y un conocimiento tan profundo del corazón humano que sentí infinito no haberlas conocido antes.

Comencé mi versión sin pensamiento determinado de darla a la prensa, porque preveía lo difícil que habría de ser para mí trasladar a nuestro idioma las bellezas y naturalidad del original y la he concluido sin poder decirte si el convencimiento de mi incapacidad como traductor es mayor que el deseo de que la obra sea conocida de la generalidad de nuestros compatriotas. En tal contraste, he resuelto dar a luz mi manuscrito, confiado en que los mexicanos perdonarán la osadía en obsequio de mi intención.

Nada mejor pudo hacer don Luis Maneiro, el traductor, y autor de los comentarios y antólogo de las citas que enriquecen a esta edición de las famosas *Cartas* de Lord Chesterfield.

Libro es éste que nunca debió caer de las manos de los lectores de México y que algunos debieran de leer.

2 de febrero de 1964

Elvira Gazcón, artista ejemplar

¿Quién que tenga trato con las letras, con las artes plásticas, con la vida artística de México, para decirlo en una palabra, no conoce a Elvira Gazcón? Su nombre es inseparable de nuestros afanes culturales desde hace un cuarto de siglo por lo menos: desde que llegó de España, desterrada. Esta columna, cuando alguna vez tuvo gracia, fue porque la ilustraba Elvira Gazcón. Sus preciosos grabados eran la sola cosa que salvó del desdén de los lectores el texto,

a ratos el mero comentario de las ilustraciones de Elvira. Luego me abandonó y esta columna no ha podido reponerse del golpe que significó su ausencia.

Elvira Gazcón es una artista ejemplar. Pintora, dibujante, mujer de depurada sensibilidad, donde pone los ojos y las manos está el blanco, da en la esencia de las cosas, en su más tierno y tembloroso cogollo. Cuando me llega un texto ilustrado por Elvira Gazcón, me desentiendo del texto literario por recrearme en sus delicadas, delgadísimas interpretaciones. Así anoche, al recibir el poemario de Roberto Guzmán Araujo: *El caballero de la paz*, cuyo comentario dejaré para otro día, no sin pedirle disculpas por esta confesión. Digo, pues, que los dibujos de Elvira son un regalo para los ojos, un bálsamo para el corazón y la mente cansados. Como en los ya lejanos días de la niñez, me paso las horas contemplando las figuras, los paisajes, las viñetas, trazadas con lápiz y pluma que diríamos ingrátidos, alados, de una punzante levedad. Unas cuantas líneas le bastan a esta artista para transmitir un estado de ánimo, para concretarlo, para poner a flote sus pensamientos y sentimientos. Figuras de animales, de hombres, de cosas que tienen vida propia, que hablan y cuya palabra trasciende las páginas y se van, como aladas que son.

Elvira no rehuye señalar los atributos de cada sexo. Señalar eso en que hombres y mujeres verdaderamente lo son, es en Elvira el verdadero pudor; ocultarlo, disimularlo, sería la malicia, lo prohibido y lo impúdico. Una mente pura, un alma inocente, no se entera de que hay cosas prohibidas en el mundo. ¿Literatura pornográfica, letras y arte sucios? No. Lo que hay es mente sucia, corrompida, palabra intencionada.

Si con otro no ocurre, conmigo sí. Siempre que admiro las obras de Elvira Gazcón me remonto a las más viejas formas de la pintura: a la rupestre y a la de los tiempos clásicos, cuando artistas y literatos se expresaban con libertad, decían las cosas como son, tal como el creador las echó al mundo. Retocar la realidad sería para Elvira una aberración. Otra cosa es que ella nos dé una versión sublimada, embellecida de la realidad.

Me quedo viendo sus dibujos por horas. Cierro los ojos y me los vuelvo a representar. Quizá, y sin quizás olvido los renglones de los libros que ilustra, pero nunca sus aladas, sutiles, imponderables ilustraciones. Cómo será que a veces quisiera escribir un libro sólo para tener la gloria de que mi nombre estuviera junto al de Elvira Gazcón, y mis letras al lado de sus preciosas creaciones.

Dos poemas de Francisco González León

En ninguno de los poemarios de Francisco González León publicados hasta ahora, ni siquiera en las llamadas *Poesías Completas*, aparecen los dos poemas que en esta *Alacena* vamos a dar a conocer a nuestros lectores. Sin embargo, sería arriesgado afirmar que se trata de dos piezas inéditas; lo más seguro es que a semejanza de tantos otros que algunos creyeron inéditos hayan aparecido en algunas de las muchas publicaciones en que González León colaboró en los primeros lustros de este siglo. Pertenecen a épocas distintas, o por lo menos así nos lo parece, dados la caligrafía, las rúbricas, los motivos y la manera de tratarlos.

¿Cómo vinieron a dar estos dos poemas a manos de don Ignacio Helguera, escritor, amigo de artistas y escritores que fue quien los puso en las mías?, es cosa que ignoro. Acaso haya tratado a González León, o algunos de sus amigos de Lagos de Moreno con quienes formó asociación, tertulia literaria que llevaba el extraño nombre de “Los Gerifaltes”; Mariano Azuela, Pepe Becerra, y el doctor Oviedo, entre ellos.

“Alianza” parece el más antiguo, acaso del primer lustro del siglo. Conserva todavía el tono romántico, pero ya recoge alguna de las notas del modernismo versallesco tan caro a Rubén Darío: la exclamación y las princesas, las palideces, la melancolía. Muy breve, tras de la primera estrofa, titubeante y poco musical, alcanza después una soltura y fluidez que las hermana a otros poemas de González León que hemos convenido en calificar como felices: “*¡Oh, pálida princesa! | tu auténtica es la mía; | Si tienes la realza | que enmarca a la tristeza, | yo tengo la nobleza |de la melancolía. | Seremos dos hermanos, | mi reina dolorida; | seremos dos hermanos. | Viniste, y bienvenida; | permítame tus manos. | Permítame tus manos, |neurótica doliente; | reclíname en el pecho | las hostias de tu frente; | que acaso con tus duelos | y las tristezas mías, | hagamos dos consuelos | de dos melancolías*”.

El otro poema lleva por título “Miedo” y aparece dedicado a Luis Sainé. La caligrafía corresponde a la de algunos de los manuscritos con que se integró *Las cuatro rosas*, es decir, de los últimos años del poeta. Por su corte, tema y ejecución se diría que fue compuesto por los mismos días que “Silenciosamente” y “Ausencia”: el mismo movimiento, igual sencillez, idéntica complicidad. “*Tempranera me ha llegado la misiva. |El sobre cuadrado, | la letra cursiva, | el papel azul. | En esa misiva | se guarda mi vida; | se guarda mi vida como en un baúl, | ya que dentro de ella | me he jugado yo | mi última esperanza | entre un sí y un no. | La*

carta trae de Ella / su aroma habitual. / ¿Dentro de ese sobre, / qué sílaba habrá? / Mi anhelo en saberlo / profuso se arrecia; / mas pienso cohibido; / ¿Y si me desprecia? / Extraño problema / que entraña esa carta... / ... / Mi mano la toma; / mi mano la aprieta. / Como de un corpiño / su aroma se expande. / Lleno de zozobras, mi anhelo se coarta. / Grande es mi cariño... / ... / Mi miedo es más grande. / ¡Yo no abro la carta!™.

Dos poemas, Allen W. Phillips, que algo pueden hacer en el empeño que usted capitanea para el mejor conocimiento y apreciación del silencioso y doliente poeta de Lagos de Moreno, Francisco González León.

16 de febrero de 1964

¿Hasta cuándo el editor ha de alcanzar mayor beneficio que el escritor?

Una malhadada casualidad —no puedo calificarla de otra manera— me llevó el otro día a enterarme de algo que considero una infamia. No diré nombres de personas, porque lo que importa es denunciar este hecho monstruoso. Yo visito casi a diario, por no decir que diariamente, la librería de don Leopoldo Duarte, en la Avenida Hidalgo, entre Soto y Zarco. Allí me estoy un largo rato, siempre que puedo. Cuando no, me bastan unos minutos para no perder una costumbre que me es gratísima. Sucedió, pues, que el otro día, entre los libros nuevos se encontraba uno de autor poco conocido, impreso por una de estas casas editoras que a pesar de todo han de pasar como protectoras de las letras nacionales. Lo tomé, me detuve en sus pocas ilustraciones, leí el índice y algunos renglones. Pésimo papel, que en nada, por cierto, afectó nunca la calidad de un libro, cuando la tuvo. Lévese uno, me dijo Duarte, el joven. El autor me ha dejado varios, entre ellos uno para usted. Su autor no es joven. No vive en México, según parece, sino en provincia, en donde ejerce una profesión liberal, acaso con mil sacrificios lograda. Con sus ahorros ha pagado la edición de su libro: más de diez mil pesos por un millar de ejemplares.

Ya en la calle pienso en ese pobre autor primerizo, que tiene que pagar una suma tan alta por la impresión de un primer libro. Recuerdo las circunstancias, casi siempre adversas, en que han venido desenvolviéndose nuestras letras. Las reflexiones de Juan Díaz Covarrubias, de Ignacio Manuel Altamirano, de Rodolfo Usigli acuden a mi mente. En efecto, me digo, de las letras

no se vive, se agoniza. Recordé al pobre de Pantaleón Tovar, de cuya obra teatral se vendieron 17 ejemplares. Los otros, como ahora conmigo, hubo de regalarlos a sus posibles lectores. Una primera aberración, pero cotidiana. ¿Cómo así, me pregunto, puede convertirse en profesional el ejercicio de la literatura? Lo vemos todos los días: hasta los que tienen éxito de mostrador cumplen otras tareas para poder vivir decorosamente, o cobran vergonzantes en las nóminas oficiales los sueldos que no devengan, cuando no los obliga a escribir elogios del titular del ramo o de las obras que realiza. No. Verdaderamente, así no puede prosperar la literatura patria.

Agréguese a todo eso que no ha de faltar un crítico literario, uno que reseña libros, que no le eche en cara el mal papel, las erratas, los gazapos, en un olvido de la dramática, dolorosa tarea que significa destinar a la factura de un libro horas que se roban al descanso, dineros que se ahorran en detrimento de la satisfacción de necesidades vitales.

Me quedo pensando en el pobre autor de este libro. Y no puedo evitar el recuerdo de algo que dijo Melchor Ocampo del maestro de escuela con respecto al soldado de su tiempo. ¿Hasta cuándo, digo yo, el editor ha de alcanzar mayor beneficio que el escritor? ¿Hasta cuándo el que cuelga un cuadro, el que lo custodia en las exposiciones ha de tener mayor valimiento que el pintor?

¿Hasta cuándo?

23 de febrero de 1964

El caballito

Con la actual prolongación del Paseo de la Reforma ha vuelto a estar en las noticias el famoso “Caballito de Troya”. En rigor, desde que fue inaugurado a principios del siglo pasado, se incorporó a la vida citadina, al folklore capitalino. Cuando todos elogiaban su perfección formal, su realismo, una famosa mujer, que había sido amiga de Humboldt, de Iturbide, porque una mujer hermosa, o es en verdad amiga de los grandes hombres de su tiempo o la malediciencia pública lo inventa: una famosa mujer dijo que nada era más falso. Y señaló, que de los dos, uno es más largo. Por aquellos mismos días, Miguel de Beruete y Abarca, autor de un *Diario* que alguna vez publicaremos Arturo Arnáiz y Freg y yo, llevó a sus memorias algunas de las cosas más sabrosas que

se dijeron acerca de caballo y jinete. ¿No es ya una manera de incorporarse a nuestra manera de ser colectiva que le llamemos “El caballito”, cuando es el más grande de todos nuestros caballos?

Fray Servando, en algún lugar de su *Historia de la Revolución de Nueva España* habla del virrey que costó la estatua y aprovecha para llamarlo con sobrada razón “protocaco de virreyes”. De donde se deduce que la estatua de Carlos IV no se levantó por admiración y para su mayor gloria y fama, sino por las comisiones y buscas que dan con frecuencia las obras materiales. No Carlos IV, sino Carlos *ib* le llaman los yucatecos.

Hart Crane, un poeta maldito, uno de los mas extraños de la “generación perdida”, que vivió entre nosotros hará treinta y cinco años, que aprendió algo de español, compuso un terceto que no puedo transcribir, en el que logra, sin quererlo, un calambur mexicanísimo del peladito de la ciudad.

Ahora cien años llegó al lugar que ahora ocupa, y del que quizá lo trasladen a otro, para que no cese de peregrinar y dar ocasión para que el ingenio popular se luzca. Su antigua morada, lo recuerdas bien, lector, fue el patio de la Universidad. Pero los estudiantes, o los amantes de la gran escultura, se lo estaban llevando por pedazos: un rizo de la poblada cola; un enemigo de la esclavitud se llevó una parte de la reja que lo retenía preso y no hubiera quedado más que el pedestal si el ayuntamiento de aquellos años –1862– no lo cambia al Paseo Nuevo, ahora Avenida Bucareli. Cerca había entonces un muladar que el rey parecía indicar con el dedo. Un publicista del tiempo dijo que parecía el bastonazo de los zopilotes que ahí danzaban incansables. Como ahora, los chamacos en días patrios se encaramaban sobre el rey, zopilotes irrespetuosos. Reñida estuvo la pelea periodística.

Cerca estaba la plaza de toros. Pedro Santacilia, un precursor de don Aquiles Elorduy, echó su cuarto a espadas. Recordó que había costado quince mil pesos, de los de entonces, trasladarla desde la Universidad a donde la había relegado el partido independiente en 1822. No habría necesidad de llevarla a tanta distancia, decía más o menos Santacilia, pudiendo conducirla a la plaza de toros que tan cerca se hallaba de la misma estatua, y donde S.M. estaría perfectamente por más de una circunstancia. En efecto, Carlos IV, monarca español, y esposo de María Luisa, ¿dónde colocarse mejor que en una plaza de toros?

Deseo recordar ahora que José Moreno Villa, ya en nuestro siglo, en su precioso libro *Cornucopia de México*, resumió parte de la producción folklórica

que ha inspirado caballo y jinete, si es que son cosas distintas. Don Artemio de Valle-Arizpe debe haber dejado entre sus papeles muchas de las barbaridades que se han dicho acerca de nuestra mejor obra escultórica. ¿Quién hará la crónica de estos días para deleite del que lo intente mañana?

1º de marzo de 1964

Refranero mexicano

Hace muchos años, allá por 1935, convinimos Alfonso Teja Zabre y yo en lo conveniente que sería para las letras nacionales la compilación de un refranero mexicano. Un refranero que contuviera no lo que comúnmente se considera refrán mexicano, que muchas veces no son sino refranes españoles, que andan en boca de nuestras gentes. No. Se trataba de una compilación de todos aquellos anejines sobre los que no se tuviera duda acerca del origen. La tarea, como verá el lector, no sería de un solo hombre, ni cosa que pudiera realizarse en unos cuantos días; sino obra de equipo, de paciencia, de cuidadosa indagación. Porque allí encontrarían sitio no sólo los refranes que nacieron en México después de la Conquista, sino todos aquellos de procedencia indígena, quiero decir, que aparecieron en las diversas lenguas que se hablaron en el México preamericano.

Los unos se identifican por oponer a indios y a españoles; por contener en su cuerpo voces de procedencia vernácula; por aludir a lugares de la geografía mexicana, en fin. Otros son traducciones de antiguas paronemias que los misioneros y los indios, así que unos hablaron las lenguas indias y los otros el español, vertieron, y formaron parte de la sabiduría popular de los primeros mestizos. Su número es inmenso, si bien situarlos en los cien idiomas nativos no es cosa fácil y reclamaría un cuerpo de colaboradores que conocieran como propia cada una de las lenguas que se hablaron aquí antes de la llegada de los españoles.

Existen varias colecciones de refranes, de dichos, de adagios en que pueden localizarse muestras de esta sabiduría, en desordenada mescolanza. Ahí habría que ir a buscarlos, pero aun así haría falta que los investigadores encargados de esta tarea dominaran los lenguajes primitivos, sin contar con una suficiente preparación histórica que les permitiera manejar con acierto ese monte de textos.

Fray Bernardino de Sahagún, hombre de espíritu tan moderno, que penetró en la cultura de los aztecas con una agudeza sorprendente, recogió muchos de los refranes indios. Algunos han sido vertidos a nuestro idioma, pero muchos quedan en su forma original. Y lo que se dice de fray Bernardino se puede decir de algunos otros historiadores y cronistas indígenas.

No desmerecen, por cierto, los refranes, adagios, apotegmas, de los que otros pueblos crearon. Muchos tienen sorprendente parecido con los refranes españoles y con los de otros pueblos, como se verá de algunos ejemplos que pondré a continuación, y que pueden servir, también, para ilustrar las diversas maneras de refranes de que hablo en esta *Alacena*.

“El agua quieta abunda en bestias feroces”, dice un refrán zapoteco. Y he leído en William Blake: “Del agua estancada, espera veneno.” “Del agua mansa, líbranos, Señor”, dice un refrán español muy común en México. “Candil de la calle y oscuridad de su casa”, dice el refranero español. Y dice el azteca: “En su casa, aguacate; en la ajena, malacate.” Y así por el estilo.

Veamos ahora algunos que hablan de contraposición entre indios y españoles que contienen voces indígenas, que aluden a lugares de nuestra geografía: “El que con leche se quema, hasta el jocoque le sopla”, que vendrá del azteca y que fue hecho después de la Conquista, evidentemente. Dice uno en zapoteco: “El perro escaldado huye del agua fría”. “Indio comido, indio al camino”. “Cuando el indio encanece, el español ni parece”.

Y con esto demos fin a esta divagación.

8 de marzo de 1964

Influjo de las letras francesas

Algo que no deja de sorprender a los que se ocupan en el estudio de la cultura nacional es que a pesar de los sucesos de hace cien años, tan graves que la nacionalidad estuvo a punto de zozobrar, el amor a Francia, la devoción por las letras francesas, la imantación que ejerce el espíritu francés no haya declinado, pero ni siquiera momentáneamente descendido. En plena guerra, nuestros escritores —Zarco, uno de ellos— proclamaban que la lucha era contra Napoleón, no contra Francia; así de arraigada estaba en México el alma francesa. Junto con el español se siguió aprendiendo el francés; al lado de los más

grandes escritores españoles se leía a los franceses y a los que nos llegaban traducidos al idioma de Hugo, cuyo reinado se prolongó durante la Intervención, más visible, vigente y permanente que el efímero imperio de Maximiliano. Por amor a la libertad, sí, pero también por amor a aquel reinado, Hugo se puso contra los imperialistas y se manifiesta amigo de Juárez, de quien dijo algunas de las más hermosas palabras que el zapoteca haya inspirado.

Con España, con los Estados Unidos, podemos sentirnos en agravio. No con Francia. Se diría a primera vista que eso pudiera venir de que en la Guerra de Intervención y del Imperio salimos triunfantes. Pero sería un error suponerlo. El momentáneo ofuscamiento de una parte del pueblo francés no podía destruir la influencia que tenía larga historia en nuestra vida colectiva. Y no sólo en la nuestra, sino en todos los pueblos que hablan nuestro idioma, España, la primera. Marcelino Menéndez y Pelayo, que olvidó esto en un minuto de ofuscamiento, nos reprochó el apego a las letras francesas, a los moldes franceses, teniendo, como teníamos, a la mano, en nuestro propio idioma, a los escritores españoles. No los habíamos olvidado. Los poetas de aquellos tiempos leían a Galdós, a Valera, a Campoamor, a Bécquer, a Emilio Castelar, éste el único capaz de equipararse a Hugo, según dijo don Justo Sierra, si no por el estilo y la obra, sí por la opulencia infinita de la elocución y por el don de expresarse exclusivamente en imágenes. Y, sin embargo, fueron los escritores franceses los que guiaron, inspiraron, a los más eminentes poetas y prosistas mexicanos de la segunda mitad del siglo pasado y fue en virtud de su influjo como pudo renovarse la literatura de América y de España. Manuel Gutiérrez Nájera, el más señalado de los poetas mexicanos de tendencia francesa, era un descendiente directo de los franceses, aunque conocedor de la literatura española. Rubén Darío, el nicaragüense, también. Y Salvador Díaz Mirón, en cuyos versos se identificaban sílabas y palabras de su padre, Hugo. Pensamientos franceses en versos españoles, mientras llegaba la hora de poner en recipiente español pensamientos propios. Como lo dijo Sierra y repitió más tarde Luis G. Urbina.

Los más jóvenes escritores de hoy, es verdad, gozan y padecen otras influencias al lado de las que nos llega de Francia, sin que pueda decirse que se encuentren a la zaga de alguna de ellas. Los de la generación pasada, en cambio, sólo por excepción las compartieron. Quien quisiera verificarlo, le bastaría la revisión de los epígrafes de los libros de hace tres décadas. De los acontecimientos de hace cien años no nos queda ningún resquemor. Nada perdimos

entonces que no se haya repuesto. De lo que pudo ser un desastre nacional, obtuvimos una lección permanente: que amamos tanto la libertad como la ama Francia, que la dio a luz. Francia vio entonces, como lo dijo Manuel Acuña, que era su devoto, ...*asomar sobre otro cielo /y sobre otro mundo la gloria.*

15 de marzo de 1964

Plagio, calca, coincidencia

Las cartas privadas no deben publicarse sin la autorización de quien las escribe, y a veces, aun con ella. Muchas de esas cartas contienen elementos que no deben trascender, que están destinados a una sola persona, son secretas. Verdad es que manteniéndose ocultas impiden asomarse a una zona muy interesante de la personalidad de grandes escritores y personajes: las cartas privadas como que no están destinadas a la publicidad, registran peculiaridades hasta de estilo, no digamos de la psicología individual.

¿Hasta dónde es lícito, legítimo, conveniente prestar atención a una carta anónima? A primera vista los anónimos no existen, no debieran leerse siquiera; son siempre aberrantes, producto de un alma torpe, de un espíritu digno del mayor repudio. Sin embargo, algunas de esas cartas anónimas lo son porque quien las escribe no manifiesta nada personal, no las fragua por maledicencia, sino para denunciar un hecho que él no puede resolver, o por no cargar con la triste gloria de haber descubierto un delito, un crimen, una perversidad que conviene publicar no para mal de nadie, sino para bien de muchos.

Un amigo mío, o conocido, o simple lector de estas *Alacenas*, me escribe una carta anónima. De dos que dice haberme escrito ésta es la única que ha llegado a mis manos. Se queja de que pasados dos años no haya yo dado muestras de interesarme en su contenido. Es una carta clara, bien redactada, escrita sin ánimo avieso, sin saña; por el contrario, se adivina que le duele haber sido él, justamente él, quien haya descubierto en uno de nuestros escritores más afamados un plagio, una calca, más que una reminiscencia o una coincidencia.

Me pide que lo aclare, pero se anticipa a manifestar que prefiere estar equivocado, que nada de lo que sospecha tenga fundamento. Da tres nombres de los posibles autores del original; no he tenido tiempo de revisar ni siquiera

los índices; pero desde ahora creo que no se encuentra ese posible saqueo en ninguno de los mencionados. Más bien puede estar en otro, también ruso: Ivan Turgueney, en las *Narraciones de un cazador*. No recuerdo si el libro, o mejor dicho, si el cuento del autor acusado, se publicó mientras vivía. Si así fuera, el caso tendría un punto más de gravedad. De lo contrario, un atenuante. Porque es frecuente que algún escritor imite, remede, vuelva a contar una historia, un cuento, una narración, un poema de un autor admirado, a ver si con repetirlo logra reproducir el ambiente, el minuto milagroso en que fue creado. No por plagio sino como homenaje al escritor favorito y más admirado. Pongamos un ejemplo cercano a nosotros: Alfonso Gutiérrez Hermosillo, el malogrado poeta de Jalisco, tenía la curiosidad, el gusto, de retocar poemas ajenos, que creía hermosos, pero con lunares que afeaban su factura; pues bien, los retocaba, cuando no los rehacía. Así ocurrió con el soneto del poeta oaxaqueño Patricio Oliveros, a *León XIII*, que luego apareció en su libro póstumo: *Itinerario*, como obra suya, no siéndolo, ni Gutiérrez Hermosillo se propuso jamás presentarlo como tal. ¿No habrá ocurrido algo parecido con el cuento que usted dice? Con respecto a esta posibilidad, tampoco puedo afirmar qué libro o cuento se hayan publicado después de muerto el escritor motivo de estas divagaciones; más bien creo que la pieza estaba publicada antes de su muerte, es decir, que no puede haber ahí desconocimiento de los editores, sino que se tomó como obra original, sancionada por su autor, o su posible autor, si es que usted, anónimo correspondiente, tiene razón. Es cosa que veremos aquí mismo en unos días.

22 de marzo de 1964

Nuestra literatura es pictórica

Encuentro en un cuaderno de notas la siguiente línea, escrita con mi caligrafía de otros años: “Nuestra literatura es pictórica”. Nada más. Se encuentra en un catálogo de una exhibición de Rodríguez Lozano. ¿Qué cuadro del pintor, qué línea suya, me dictó la ocurrencia? Lo ignoro y hasta pongo en duda que eso haya ocurrido. Porque la pintura de este artista no tiene nada de literatura, aunque alguna vez Xavier Villaurrutia haya dicho que era la de Manuel, poesía provinciana a colores. Y Jaime Torres Bodet la considera gemela de su poe-

sía. Acaso la ocurrencia haya tenido su origen en la claridad de esa pintura, en lo fácil de su entendimiento y su lectura, al menos para mí que leo con mayor fluidez formas pictóricas que trazos literarios.

Nuestra literatura es pictórica. Lo fue, desde luego, en la antigüedad mexicana. Entonces, el escritor, era antes que nada, pintor. No letras, sino colores manejaba. No pluma, sino pincel. No tuvieron los antiguos mexicanos alfabeto, ello es verdad, pero acaso eso ocurrió no por incapacidad de inventarlo, sino porque no era ése el sistema que reclamaba su comunicación y su expresión. ¿Cómo iba el pueblo azteca con sus numerosos vasallos, en aquella babel de idiomas y dialectos, a darse a entender si no era por medio de la escritura jeroglífica, ideográfica? Ciertamente es que el náhuatl se hablaba universalmente en el México antiguo, hasta el grado de que nahuatlato quería decir intérprete, es decir, el que era entendido en la totalidad del imperio mexicano. Es verdad. Pero había muchos pueblos que no hablaban el idioma mexicano. Con ellos la comunicación era por medio de la pintura, pictórica, quiero decir.

La representación gráfica de las cosas era la forma de escribir y la forma de leer.

Algo debe quedar en el alma de los actuales mexicanos de aquella vieja manera de expresión. Esta tendencia a la buena caligrafía, a la buena letra, ¿no es una herencia del *tlacuilo*? Aunque pensando en otra cosa, Domingo Faustino Sarmiento escribió alguna vez que la mala letra era signo de mala educación.

Quedarse el mexicano absorto ante las estampas, ante las ilustraciones de los libros, con más atención que ante la literatura, ¿no es una resonancia de aquella vieja manera de leer, de interpretar, de enterarse? La facilidad con que los niños mexicanos leen, por ejemplo, las historias mudas, ¿no es un signo de lo que aquí venimos diciendo, de las ocurrencias que aquí atrevemos? El éxito de las historietas gráficas, a primera vista aberrantes y dignas del mayor repudio, ¿no son también un poco el resultado de todo esto?

Tan eficaz era el viejo sistema de escritura indígena que en ella se entendieron con la mayor facilidad los españoles con los indios. En verdad, parece cierta la ocurrencia de mi viejo cuaderno: "Nuestra literatura es pictórica".

Luisa Carnés

La recuerdo, la recordaré siempre, con aquel su aire apacible, suave, como de quien quiere pasar inadvertida. Con aquella su voz tenue, sin aristas, sino toda ella armoniosa, como de quien escucha antes de hablar, de quien traduce, de quien transmite algo que sólo ella podía oír.

Ya no recuerdo cuándo la conocí. Sé que vino entre los españoles desterrados, los del éxodo y el llanto, que dijera otro grande de las letras españolas, León Felipe. Un día la encontré en nuestro periódico *El Nacional*. Me saludó por mi nombre, me dijo cómo se llamaba y quedamos amigos nuevos que lo parecían de toda la vida. Trabajaba en uno de los diarios citadinos en el que escribía artículos, crónicas y notas de la vida que pasa. Una no olvidaré: la que hizo cuando inauguré una casita, ahora diez años. ¿Cómo se puede, en una nota de sociedad, volandera, como luego se dice, que nada tiene a primera vista de entrañable poner ternura y una atmósfera humana que la eleva de pasajera y ocasional, de mero oficio, en algo que es obra del corazón? Parece imposible, pero no lo es. Luisa Carnés lo conseguía. Y era que tenía el corazón abundante, el alma a flor de labio, como quien ha sufrido mucho, ha caminado mucho, se ha cansado mucho. Vivía, como dice Reyes de un poeta y filósofo español nacido en Cuba, con la fantasía vuelta hacia Madrid, su tierra natal. De ese pan de recuerdos se alimentaba; evocar la patria lejana era su solo ejercicio. Y que se haya ido de este mundo sin haberla vuelto a ver y a gozar. Pobre, Luisa Carnés, dilecta y delicada amiga. No devolviste a España la arcilla que prestó para que fueses hecha; enriqueces la de México; con ella, acaso, fabrique un lirio de peregrino aroma, de rara belleza, como aquel que en la leyenda zapoteca nació de la cabeza de Donají, muerta en la primavera de sus años.

Para endulzar sus penas, para distraer la ausencia, Luisa Carnés escribió en México algunos de sus libros, cuyos títulos doy en el orden que acuden a mi mente: *Tea rooms*, *Juan Caballero*, que ahora acabo de releer. En España, según creo recordar, había publicado *Peregrinos del Calvario*, *Natacha* y alguno otro que ahora no puedo recordar. Deja inédita una biografía de la gran poetisa gallega, Rosalía de Castro.

Cuentos, crónicas, novelas, artículos de periódicos tenían para Luisa Carnés igual rango, ningún género era más que otro; los igualaba decidido propósito de servir, de atinar, de dar con la verdad y la belleza, las solas dos cosas que vencen al tiempo.

Pongo sobre tu sepulcro, Luisa Carnés, dos flores: una rosa de Castilla y un *yoloxóchitl*, para que tu recuerdo y tu memoria se encuentren a gusto y en paz.

5 de abril de 1964

Coplas de la lotería

“Cotón-pinto” se llama en Oaxaca a las loterías. Y “contompintero” al que maneja las cartas. El nombre le viene de que la baraja se coloca sobre un sarape que tiene manchas, o pintas, por mejor decirlo. Obsérvese que es el nombre popular del tigre y el de una danza oaxaqueña que se inspira en su cacería. Como en otros muchos lugares de la República, el que corre las barajas durante las ferias no se conforma con proclamar escuetamente el nombre de cada palo, sino que lo hace con una frase completa, cuando no con una copla. Fray Martín Sarmiento diría que eso se debe a que el genio de nuestro idioma no acepta sino grupos silábicos, forma primeriza de los metros castellanos. Celestino Gorostiza, allá en sus inicios, hizo una divagación en torno a las coplas de la lotería, en que señaló que todo se hacía a sílabas contadas; es decir, coincidió con la observación de fray Martín, autor entonces como ahora, poco menos que desconocido.

En mis distintos viajes por Oaxaca he tenido la curiosidad de recoger los versos con que se juega el “cotompinto” que voy a transcribir para el curioso lector, aparte de que a veces contienen bonitas ocurrencias.

EL ÁRBOL

El árbol grueso del Tule
donde fuimos a pasear;
recuerda, morena ingrata,
que allí me juraste amar.

LA ARAÑA

Araña muy fuerte el gato,
también la mujer araña.

LA CALAVERA

¡Huy, chihuahua, cuánto apapache!
gritaba una calavera,
mientras tomaba tepache
en casa de la torera.

LA MUERTE

La muerte todo lo acaba:
ruina y malas voluntades,

¡Qué fea costumbre, qué maña
tienen la mujer y el gato!
¿Quién otro tendría esa maña?
Creo que la mujer de “El Chato”.

EL AGUADOR

El aguador queretano
con su cántaro en la mano.
Ingratas que son algunas;
no lo digo por ustedes,
pero todas son unas...

EL CORAZÓN

Al pie de un verde limón
lloraba una tortolita,
y le contestó el gorrión:
Ya no llores, mamacita,
aquí está tu corazón
que te quiere a ti solita.

EL GALLO

Hay gallos que de pasión
abren el pico y no cantan;
hay mujeres en el mundo
que al mejor hombre atarantan.

DON FERRUCO

Don Ferruco en la Alameda,
el Catrín se anda paseando.
¿Qué le estará platicando
a la tramposa de Nela?
siempre me la anda parando,
y ella que nunca se queda.

así acabará con mi suegra
que me causa tantos males.

EL TEMPLO

En el templo una ocasión
me dijiste al disimulo:
“Cotompintero”, eres chulo,
si me das ese tostón.
El templo de Salomón,
adonde van los creyentes
unos van con devoción
y otros a pelar los dientes.

LOS PINOS

Los pinos de la Alameda
se mecen y se remecen;
así se mecen los hombres
cuando de amores padecen.

LA ROSA

Rosa te habían de llamar
y no que te llamen Petra
ésa fue de pura treta,
llámate mejor Pilar.

EL NOPAL

Al nopal lo van a ver
sólo cuando tiene tunas,
menos, ni se acuerdan de él.

EL TORO

Ha llegado Mazzantini
dicen que es un buen torero,
aquí le traigo un torito
que salió del bramadero.

EL VENADO

Como dos y tres son cinco,
yo les puedo asegurar
que éste que voy a gritar
es el venadito al brinco.

EL SOL

El sol colorado:
cobija del pobre
y del pelado.

LA SIRENA

La sirena encantadora
el regalo de la mar,
va a comenzar a cantar
con esa voz seductora.

LA ESCALERA

La escalera se te quiebra
y caigas de arriba abajo
enrollando tu tortilla
y jalando tu tasajo.

12 de abril de 1964

Contra la patria

Herederos de fray Bartolomé de las Casas, de Joaquín Costa, de Mariano José de Larra, de Joaquín Bartrina, estamos inclinados siempre a acusar, denigrar y condenar a nuestra patria porque no se ajusta, o tarda en hacerlo, a la imagen ideal que de ella nos hemos formado. No por odio, sino por amor. Las arremetidas de Domingo Faustino Sarmiento contra Argentina, las de José Vasconcelos contra México, no tienen otra raíz ni otro motivo.

Dispuestos estamos siempre a resaltar nuestros defectos, pero eso sí que nadie ajeno lo haga, porque estalla nuestra cólera.

Saludable, sin duda, esta inclinación. De mucho ha servido al país que escritores y viajeros extraños muestren nuestras lacras, señalen las aberraciones de nuestro ser colectivo. El legítimo orgullo mexicano actual es en

gran manera producto de afirmaciones y de negaciones, de elogio y de condenación.

Algunos lo hacen con ingenio sombrío, con saña implacable. Algo leí una vez a Porfirio Barba-Jacob acerca de la exactitud de nuestro símbolo nacional: el águila que devora a la serpiente, de pie sobre un nopal. Una ocurrencia mía parecida se encontraba en la versión original de *Periódicos y periodistas de Hispanoamérica*. Apéndice a la obra de George Weill, *El diario, vida y función de la prensa periódica*, que Daniel Cosío Villegas, director entonces del Fondo de Cultura Económica que la editó, tuvo el acierto de suprimir. Lo recuerdo con pena y agradezco al gran historiador haberme relevado de tamaña culpa.

Pero no todo reviste los aspectos que hemos señalado. A veces, aunque el sentimiento sea el mismo, se reviste con las galas de la poesía y alcanza un trémolo de lamento y de pesadumbre. Así, una composición bellísima, por otra parte, de Federico Escobedo que transcribo de memoria, confiando en que si no atino del todo, tampoco me alejo mucho del texto original:

Todo es en la natura simbolismo; / hay en Puebla en la sierra encantadora, / una que el indio llama "flor que llora", / flor que llora colgada en el abismo. / Perfecta analogía / encuentro en ella con la Patria mía, / y el hado adverso me parece el mismo: / México es una flor encantadora, pero, ¡ay!, es flor que llora: / flor que llora colgada en el abismo.

Creo recordar que alguna vez el poeta, ahora finado, Jesús Flores Aguirre reprochó a Escobedo –*Tamiro Misceneo*, entre los arcades– lo que él consideró una irreverencia en esta preciosa composición. Yo no llego a tanto. De otra manera quería Federico Escobedo a México: más feliz y venturoso. Ni más ni menos que quisieron a España Las Casas, Joaquín Costa, Mariano José de Larra. Y que a sus patrias respectivas, Sarmiento y Vasconcelos.

19 de abril de 1964

Lucas Ribera o Lic. Blas Urrea

Hace diez años que murió ochentón don Luis Cabrera. Apareció en el periodismo nacional muy joven, en los inicios de este siglo, ya con todo lo que iba a caracterizarlo en una larga lucha de periodista, político, hombre público, escritor. Bajo el seudónimo de Lic. Blas Urrea –anagrama de Luis Cabrera L., su segundo apellido es Lobato– comienza a escribir artículos de combate en

diversos periódicos independientes de la época, de la capital y de los estados: *El Partido Democrático, El Tiempo, El Dictamen, El Diario del Hogar, El Voto*. El primero de esos trabajos fue una disección del Partido Científico, en el que luego de analizar la situación política y económica del país, lo exhibía reseñando su pasado; lo clasificó históricamente como el insubmersible partido moderado de todos los tiempos y de todos los países, revelando sus tendencias absorbentes, advirtiendo los peligros que reservaban al país para lo futuro y destacó a su jefe: Ramón Corral. Ironía, juego de palabras, calambures, chascarrillos, dichos, refranes, locuciones y giros populares, pero sin caer en la diatriba ni en la pusilanimidad que lleva generalmente a los escritores políticos a salvar de sus ataques a la cabeza del gobierno, todo se encuentra en sus primeros artículos. A la manera de José Joaquín Fernández de Lizardi, a la hora en que todos injurian, Cabrera ejerce un periodismo de fondo serio, de ademán reposado, de corte fino, de sabor irónico, muchas veces sarcástico, frecuentemente eufemístico, a veces hasta simbólico, pero siempre severo, cortés, impecable, intencionado y preciso como se lee en el Prefacio de sus *Obras políticas*. ¿No ha dicho Urbina que cuando todos blasfemaban y gritaban y recurrían al insulto violento, enardecidos con los hervores que engendra la pluma turbulenta, Lizardi conserva su juicio sereno, sonrío, fiado en un arma más sutil y penetrante: la ironía? Así Cabrera desde la hora en punto en que se apareció por la arena del periodismo nacional. Como todo el que camina, el que tiene aspiraciones, solía equivocarse, pero aun entonces sus afirmaciones eran tajantes, recias, parecían caer desde arriba, como ignorando el suelo, quiero decir, las inconveniencias. Así la famosa conferencia en la Biblioteca Nacional, en 1931, *Balance de la Revolución*, que le valió el destierro a Guatemala y que echó a los estudiantes a gritarles mueras al gobierno, del Presidente para abajo. En los preliminares de ese discurso, Cabrera hace un pormenor de la Revolución, su defensa propia y aporta las noticias más necesarias para mejor entender su múltiple personalidad.

Diputado maderista, le salió al paso a los diputación reaccionaria que formaban Querido Moheno, Nemesio García Naranjo, Francisco Olaguíbel, José María Lozano. Los recursos de su oratoria no son otros que los de su periodismo: retórica incisiva, ironía punzante que hería a sangre fría al enemigo, se dice. Para uno de aquellos diputados que le faltó, improvisó una cuarteta, que ya forma parte del folklore literario:

*Cuatro platillos
come un poblano
cerdo, cochino,
puerco y marrano.*

Múltiple su obra. Conocedor profundo de varios idiomas, cuando Cabrera volvió a la vida privada, y a su despacho de abogado, entretuvo sus ocios traduciendo a sus poetas predilectos, desde Salomón hasta Paul Gerald, al novelista Arthur Schnitzler, y al historiador y político norteamericano, presidente James K. Polk. Estos trabajos, ya originales, ya traducciones, aparecen firmados por *Lucas Ribera* –otro anagrama– y si bien no puede decirse que sean un dechado de perfecciones formales ni un modelo de esencias poéticas, sin que por eso carezcan de belleza, denuncian la fina sensibilidad del autor, su devoción por la palabra hermosa, por lo que ella tiene de conjuro y exorcismo, y porque el culto a la lengua madre es el culto a la libertad y a la independencia y porque nutrido en las más depuradas fuentes de la literatura universal no podía ser ajeno al culto de la belleza ni al perenne afán del hombre de buscar en el arte sentido trascendente a la existencia.

Viejo y enfermo, la pluma siempre lúcida, combativa siempre, no se le cayó de la mano. Y pudo haber dicho con el otro gran periodista americano, que aún la sentía sabrosa de haber estampado con ella más de una de las grandes verdades de nuestra historia.

26 de abril de 1964

Mexicano de excepción

Quien recuerda, envejece. Yo vivo recordando ahora el pueblo donde nací, un pueblecito con rumores de río en unos de sus costados. Da allá salí niño hace muchos años para Juchitán, la ciudad cabecera donde había escuela y posibilidades de trabajo. En tiempos más dichosos, quiero decir, cuando no tenía trabajo y ejercía la vagancia más ardua, me asomaba a Ixhuatán de cuando en cuando.

Me bañaba en su río, el Ostuta, que nunca se seca y aumenta su caudal con sólo que cambie la dirección del viento; recorría sus dos calles, una, la más larga, comunica por un lado con el panteón, y por el otro con el río:

curiosa coincidencia que yo retuve siempre como un símbolo, aun antes de saber que donde el pobre río termina, la inmensa mar nos espera. El panteón, el río. ¿Hacia dónde camina la pobre calle? ¿Hacia la muerte o hacia la vida?

Lo que más recuerdo son mis niñeces, todas pasadas allí. Hacia aquellos días más dulces mientras más lejanos; hacia aquella isla de oro que es la niñez, vuelvo los ojos ahora con más frecuencia. La escuelita, toda llena de goteras, apuntalada. El maestro, muy alto, muy seco, como aquel que pinta Rafael Barret en uno de sus cuentos, y como el que luego tuve en Juchitán, cuya prominente manzana me impresionaba tanto.

Mi maestro de primeras letras se llamaba, se llama, porque por fortuna aún vive, Arturo R. López. Lo veo con la regla en la mano dictando las lecciones, pronto para descargarla sobre la cabeza de quien se distrajera o interrumpiera el silencio del salón. Eran los métodos de entonces, la aplicación de la falsa sabiduría de que la letra con sangre entra. Después, en el doloroso trabajo de traducirme, he descubierto que la letra con sangre sale.

Arturo R. López me enseñó a leer, a contar, a escribir, a recitar. No me enseñó más. Era el único profesor para todos los alumnos, del primero al sexto año. Cuando terminaba la lección con un grupo, le daba una hora de recreo, mientras atendía al siguiente. Así lo veíamos desde la mañana hasta la tarde, corriendo de aquí para allá sin descanso, sin ningún signo de aburrimiento o de desgano. No creo que tuviera sueldo Arturo R. López. Eran los vecinos quienes, acaso, le pagaran algunos centavos, lo surtían de raciones alimenticias, le obsequiaban la tela para sus vestidos. Un mexicano de excepción era mi maestro de primaria. No ganó medallas ni condecoraciones, que bien las merecía. Alcanzó, sí, el respeto y la consideración de sus paisanos y discípulos. Su nombre, a la vuelta de medio siglo, se pronuncia con respeto y admiración en Ixhuatán. La Revolución Mexicana lo llevó muy lejos de mi pueblo, a uno del estado de Chiapas, donde ahora vive viejo y cargado de añoranzas, como yo ahora que lo recuerdo y le consagro esta *Alacena*.

3 de mayo de 1964

Yo siempre recuerdo a Antonieta

Encuentro en un número de la revista *Contemporáneos* una nota manuscrita de Antonieta Rivas Mercado. Se refiere a una traducción suya de una página de Paul Maurand, primera que hace, la que la inicia en el ejercicio de las letras. Porque esa traducción hecha a instancias de Manuel Rodríguez Lozano no es tanto obra ajena cuanto lo es personal: creación y recreación. Está hecha con mano firme, con sien alerta, con pericia profesional. Y es que aquella mujer, en verdad extraordinaria, estaba dotada para muchos menesteres, hasta el grado de que pudiera decirse que ésa era la causa que más militaba en su contra. Menos capacidad, menores facultades, hubieran permitido que fuera la escritora que no hemos vuelto a tener desde Sor Juana. Y no olvido algunos de los grandes nombres de nuestras letras, de esta generación y de las que han pasado: a Rosario Castellanos, a Griselda Álvarez, prosista la una, y poetisa la otra, originales y solitarias.

Yo recuerdo siempre a Antonieta. Ignoro si lo que a mí me pasa con los suicidas es exclusivo o corresponde a la vida, al espíritu humano. No me hago, o tardo en hacerme, a la idea de que se han ido para siempre, de que ya no volverán. Los viajes sin despedida, no son tales viajes. Las muertes repentinas, las voluntarias, como que no han ocurrido, como que son invenciones de nuestro entendimiento. El hombre, creemos, debe morir a pausas en su cama; no es obra de la muerte, sino de la vida. Hasta que no volviera a verla, no creeré que ha muerto Antonieta Rivas Mercado. Por largos años estuve en espera de una carta suya, de su retorno a México, una patria que no pudo dejar sin adiós. ¿Cómo, si la amaba tanto iba a dejarla sin una palabra, sin un recado, sin una súplica de perdón? Y la amaba, como Bolívar, a su América, sin el feo pecado de idealizarla.

Pocas cosas escribió. Pero lo que resta de ella son cosas de extraña perfección, de escalofriante agudeza y exactitud: las páginas de un *Diario* que se conserva inédito, un relato de la hazaña y empresa vasconcelista, unas cartas a sus amigos; notas rápidas, capullos, en las márgenes de los libros que leyó. Unas sobre Dostoievsky, sobre Wilde, que ahora recuerdo.

Para ella parecen escritos unos versos de Pedro Salinas que ahora voy a transcribir de memoria.

*Se murió porque ella quiso:
no la mató Dios*

*ni el destino.
 Volvió una tarde a su casa
 y dijo por voz eléctrica,
 por teléfono a su sombra:
 Quiero morirme,
 pero sin estar en la cama,
 ni que venga el médico
 ni nada. Tú, cállate.*

Y se fue por esa puerta, por la única que encontró abierta en aquella hora en que hasta la luz era negra, negro el aire, negros los luceros, anochecido el porvenir: el suyo y el de México. Como Mariano José de Larra, como Ángel Ganimet, como Manuel Acuña, así se fue de aquí Antonieta Rivas Mercado, por penas propias, pero un poco también por las desventuras nacionales.

Yo la recuerdo siempre. Y acaso la publicación de sus papeles viniera a ser como una despedida, como una manera de que le diéramos descanso.

17 de mayo de 1964

Los poetas de la guerra

No puedo de momento verificar si la bibliografía martiana registra la edición mexicana de *Los poetas de la guerra*. Colección de versos escritos en la guerra de independencia de Cuba. Con un prólogo de José Martí, México, Tip. “El Continente Americano”, Calle de Dolores, núm. 1, 1897. Este florilegio, que como ya indica su título se formó con los poemas compuestos durante la guerra de independencia de Cuba del año 1879, y que muchos de los que participaron en ella sabían de memoria, cuando no la habían escrito, aparece anónima, aunque pudiera creerse al primer impulso que la formaron Martí, que la prologa. Cada uno de los poetas aparece con una breve nota de presentación que firman Serafín Sánchez, Néstor Carbonel, con sus iniciales; Fernando Figaredo y la inicial P., que acaso corresponda a Palma –José Joaquín.

El prólogo de Martí, muy entusiasta, poblado de frases iridiscentes, de digresiones jugosas, fue publicado también en *Patria*, de Nueva York, en diciembre de 1893, año en que apareció *Los poetas de la guerra*, Imprenta Amé-

rica. Se reproduce, asimismo, en las *Obras Completas*, Trópico La Habana, 1938, vol. XIII. Luego, en 1946, en el vol. I de las *Obras Completas* de la Editorial Lex, donde aparece con la anotación de que fue publicado en 1893 en el periódico *Patria*, ya mencionado. *Los poetas de la guerra* ha merecido el honor de muchas reediciones: La Habana, 1911 y 1941. Es posible, aunque no lo he podido comprobar, que la última de las ediciones mencionadas sea de Manuel Altola-guirre, en su imprenta “La Verónica”.

La edición mexicana que motiva esta *Alacena*, repito, no se registra en la bibliografía martiana, casi con toda seguridad. Se trata de una edición de 12 × 8.5 centímetros en mal papel, pero que en aquel momento en que la independencia cubana alcanzaba un violento compás en la discusión pública, era necesaria para afianzar al grupo empeñado en una Cuba mexicana, única manera de evitar que la libertad que el pueblo cubano estaba a punto de alcanzar se frustrara, como ocurrió, cayendo en poder de otra potencia. En efecto, por los años en que aparece esta reedición de *Los poetas de la guerra* se publicaron en la Ciudad de México varios periódicos, libros, folletos, opúsculos, en torno a la suerte futura de Cuba una vez que adquiriera su libertad. Fue así como nació el grupo denominado “Cuba mexicana”, cuya tesis era que México tomara bajo su amparo a aquel país, en tanto se reorganizaba y podía vivir por sí solo. La publicación de este florilegio formó parte de aquella batalla: el prólogo de Martí era como un recordatorio y un llamado a los patriotas cubanos. Acaso, la cortedad de la edición y el hecho de que no estuviera destinado a la venta sino a circular gratuitamente entre los lectores, explique la rareza de esta pieza.

24 de mayo de 1964

Cartas a mujeres

Yo escribí muchas cartas durante el vasconcelismo, sobre todo a mujeres: mis amigas de entonces y compañeras de aventura. Cartas escritas sobre las rodillas y la manzana de la silla, mientras caminaba, quiero decir. Sobre lo que iba viendo y pensando de México, del paisaje mexicano, de la gente del pueblo, del idioma que se habla en las diversas regiones del país. Yo acumulaba recuerdos para el porvenir, decía cosas de cuyo eco ahora me sustento. Una noche, en El Arzobispado, ¿te acuerdas, Elena? La primera lectura de *Doña Bárbara*,

¿te acuerdas, Adelina? Carta sobre una visita a la ciudad de Aguascalientes, cuyo borrador volvió a mis manos después de muchos años y reproduce en este mismo lugar hace algún tiempo. Muchas cartas, escritas al trasponer la adolescencia, con lo que quiero decir que más humedecíamos la pluma en sangre que en tinta, que más contenía nuestro corazón que nuestras sienes. Era como el tembloroso ejercicio de nuestras manos, mientras íbamos conociendo a un México que ya no es en cuanto a geografía y a perfiles físicos, pero que no dejará de ser en sus esencias. El Bajío sentimental, dulce, ondulante; el norte bronco, bravío, levantado, vigilante y alerta; el occidente, tierra que recibió una mayor afluencia española, visible en su lenguaje, música y canciones; caliente todavía de las huellas españolas; el sur, que a ratos parece cosa distinta del resto del país, tierra de indios, cuya huella no se enfría nunca.

¿Cómo olvidar la llegada a León, Guanajuato? ¿Cómo no tener presente siempre el arribo a Celaya, donde creímos percibir los acetatos de los claros clarines revolucionarios? ¿Dónde ir que no nos siga la impresión que nos produjo la ciudad de Morelia, en aquel manso viernes cuaresmal, que dijo el poeta Herminio Ahumada. Fue ahí, en Morelia, en donde Enrique Guerrero Arciniegas puso en mis manos *Las figuras de la pasión*, dechado de prosa castellana, de Gabriel Miró, peligroso para autor incipiente. Lo que aquella lectura promovió en mi ánimo, lo conté luego. ¿A Elvira, a Adelina, a Elena, a Antonieta?

No se trata de lamentar la pérdida de aquellas misivas. Nada había en ellas que mereciera ser guardado. Acaso, algún rasgo de la fisonomía del México de aquel tiempo; seguramente muchos trazos de mi alma amorfa y sentimental. Pero ya lo dije: yo acumulaba entonces recuerdos de los que ahora me nutro y me sustento.

31 de mayo de 1964

Don Carlos y don Agustín

Volvamos a Carlos María de Bustamante cuyo nombre yo no puedo separar del de Agustín Rivera, si bien hasta ahora no lo haya colocado al lado de otros de su familia, linaje, estirpe. Ignoro si acierto o me equivoco, pero yo encuentro que el padre Rivera es par de don Carlos, en más de un aspecto, cosa de que me alegraría mucho de ser el primero en advertir, mejor dicho, de proclamar,

pues lo pienso desde que, muy joven, leí algunos de los papeles de Bustamante y el libro de Rivera: *Virreinato de la Nueva España*, en la trunca edición vasconceliana. Tan parecidos los encuentro que si abro al azar una obra de cualquiera de los dos no sé a quien estoy leyendo: la misma soltura, desparpajo, abundancia, gracejo, sapidez. La misma inclinación al refrán, que contribuye a la mayor gala y abundancia del idioma. La frecuencia de las citas, latinas casi siempre. El valor de llamar a las cosas por su nombre, aunque rabie don Artemio, que calificó a don Carlos de “laborioso” (pero) chabacano y mendaz. Ni don Agustín ni don Carlos se tentaban el alma para decir pan y para decir vino. Dos escritores que supieron tratar a la lengua española como se debe: a su tiempo como dama y como mujerzuela, sin que ese tratamiento ni la reduzca ni vaya en contra de quien así se atreve a tratarla.

No sólo. Rivera habla con elogio de Bustamante, si bien carga a su cuenta lo que en su obra encuentra descarriada, fuera de razón. Lo mismo hace con Lucas Alamán, reverso de aquella medalla; pero en el balance, el déficit es para don Lucas; para don Carlos, el superávit. Bustamante era un hombre sencillo y de bellísimo corazón, dice; pero de buena capacidad intelectual y no era un crédulo, como lo pintan los alamanistas para desacreditar su *Cuadro* y su opinión y autorizar la de ellos, agrega.

Volvamos al parecido que hay entre nuestros dos historiadores, si es que lo son. Porque, uno, Bustamante, más de una vez dijo no serlo, sino un mero recopilador de noticias, un analista al servicio de quien, con pluma mejor cortada que la suya, escribiera la historia de la Guerra de Independencia, que pudo ser Alamán que tan bien, y en forma tan abundante, si bien siempre confesada, se aprovechó de sus escritos cuando hizo la suya, apenas muerto el insurgente. Rivera escribió mucho, sin tiempo casi para cernir, cribar, criticar. ¿Qué es, si no, *La Reforma y el Segundo Imperio*, cuya lectura promueve esta *Alacena*? Es un libro a la manera de los bustamantinos; acumulación de noticias, de documentos, de materiales, de referencias que acuden a la mente y a la pluma del padre Rivera. Trabajaba a favor de los dos su portentosa memoria, su abundancia de lecturas, su falta de tiempo para fijarse en nimiedades de estilo, para pensar si esta o aquella cita convienen al caso, si ésta o la apostilla aquella en el idioma de su autor o en uno distinto. Y qué bien que procedieron así. Porque si se detuvieran a pensarlo, no tuviéramos ahora mies para satisfacer nuestra apetencia de información, nuestra hambre de lectores de buena fe, quiero decir, de ésas que no le andan buscando gazapos a los autores, ni

lenguaje pulido y compuesto, sino algo que vale más: la entrega a una tarea que se considera útil a nuestros semejantes, la voluntad de crear, la decisión de dar con la verdad y proclamarla luego.

Quien tenga tiempo y curiosidad, lea, digamos, unas páginas del *Cuadro histórico* y otras del *Virreinato de la Nueva España*, y verá cuán cierto es que don Carlos y don Agustín son ramas de un mismo tronco, del mismo sempiterno árbol mexicano, todo él fronda y promesa de botones, flores y frutos.

7 de junio de 1964

Yo colecciono nombres de mujeres

Otros coleccionan sonrisas, o miradas. Otros, pero yo no. Yo colecciono nombres. Nombres de juchitecas, de tehuanas, de istmeñas para decirlo de una vez. Esto de poner nombres fue siempre para los zapotecas un rito, un trance en el que hay que poner la mayor *minucia*. Cuando nacía un niño en el mundo antiguo, se llamaba al sortilego para que ante el *tonalamatl* dedujera, obtuviera, sacara en limpio el nombre. De donde viene que poner nombre se dice literalmente en zapoteco “sacar el nombre”. Dos nombres tenían los niños: el ordinal y el de la *tona*, o nagual, o *guenda* como se dice en la lengua india. Una Rosa, Dos Palomas, Tres Tigres podía ser el nombre del recién nacido. Se le ponía después en contacto con su doble para que a fuerza de andar con él, de tratarlo, se identificaran de manera total y confundieran sus esencias. Tal como lo dice Ezequiel: “Y éste andaba con leones y se volvió leoncillo”.

Con la Conquista todas esas prácticas se perdieron, se modificaron, por no decir que se complicaron, puesto que en rigor privan todavía entre los habitantes de Tehuantepec las viejas costumbres en materia de nombrar, de poner nombres a los hijos. Ya no es el *tonalamatl*, que era su calendario, sino el *tonalamatl* español, esto es, el calendario, el que rige esta parte de la vida indígena. Sin embargo, los zapotecas sólo se apegan a él en cuanto a niños, no así en cuanto a las mujeres; con ellas procuran ponerla, no tanto bajo el amparo de una deidad, de un santo, sino de un hermoso, de un extraño y eufónico nombre. A los varones, de acuerdo con el santoral; a las mujeres, con la literatura, con la invención ingeniosa de una palabra que asegure a la hija un porvenir venturoso. La palabra, el nombre sonoro, bien combinado en sus consonantes

y sus vocales, promete venturas. El varón, ya se sabe que más vale el hombre que el nombre.

Otros coleccionan miradas y sonrisas. Yo colecciono nombres de mujeres. Es de buen agüero tenerlas en la mente y en la boca. Díganme si no son un halago a los oídos estas sílabas: Amadela, Neiva, Eres, Elfida, Beatina. Los llevan maestras de escuelas, sirvientas, vendedoras de refrescos, locatarías, empleadas. A veces nacen de una mala lectura, con frecuencia son anagramas o combinación de dos nombres. Así, Lucelia: Luz y Celia, o luz de cielo. Capricho de un poeta, pero un acierto.

Otros coleccionan sonrisas, o miradas, o voces. Otros, que no yo. A mi vieja colección agrego ahora estos que no me dirás, lector, que no son extraños y peregrinos, y sonoros, y eufónicos. Nombres para repetir en la intimidad, en la noche, para revestir con sílabas dulces lo cotidiano, de suyo ingrato y rudo.

21 de junio de 1964

Poemas rústicos de Manuel José Othón

Más de medio siglo después de su muerte, cincuenta y ocho años después, para ser más exactos, fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres los restos del poeta Manuel José Othón. La República, mejor, las dos repúblicas, se reunieron en una sola para rendirle los honores, nunca tardíos en las grandes entidades humanas. Para de alguna manera sumarse a esas festividades, dediquemos la divagación de hoy a la edición de *Poemas rústicos*, publicados ahora hace sesenta y dos años. Paro en mi poder dos ejemplares, los dos dedicados: uno por el autor “Al maestro D. Rafael Ángel de la Peña, su amigo adictísimo y devoto admirador”; y el otro, por Juan B. Delgado “A mi simpático amigo y ex compañero postal Santiago Sierra, tengo el gusto de obsequiar este volumen en el que palpitan las más altas y nobles concepciones de artista de buena cepa (chapeado)”. La primera dedicatoria está firmada el 5 de septiembre de 1902, en Ciudad Lerdo; la segunda, en Méjico, agosto 26 de 1902.

De *Poemas rústicos* se hicieron dos ediciones simultáneas; una, pudiera decirse de lujo. Como carece de justificación de tiraje, no podemos establecer ni el papel ni el número de ejemplares que de ella se hicieron. No olvido que

Antonio Castro Leal afirma que la tirada es de 500 ejemplares, incluyendo los de papel especial. Noticia será ésta que este conterráneo de Othón haya encontrado en los papeles de la época.

En la breve nota “Al lector”, Othón consigna su credo estético, condena al olvido su obra anterior, anuncia sus próximos libros, que luego su temprana muerte no dejó publicar, cuando no escribir, pues al parecer todo, o en gran parte, era nada más proyecto, meros libros en telar.

Como Juan Ramón, aunque sin el desdén que Jiménez, nuestro poeta escribía para minorías, a las que reputaba, sin embargo, autoridades capaces de juzgar. Dar la obra al público, para que la aproveche, si digna es de aprovecharse, o para que la desdeñe, si debe ser despreciada por insuficiente y baladí. Proclama la sinceridad como condición previa a la obra de arte. Cree también, a la manera de Juan Ramón, que sólo se piensa con segura frente lo sentido.

El arte es religión, en cuanto a belleza y en cuanto a verdad, decía. Por esta causa, aseguraba, el arte ha sido y debe ser impopular, inaccesible al vulgo. Cuando el vulgo tiene acceso a la poesía, al arte, es porque ha ascendido, superado su naturaleza, mas no porque el arte baje, pues es imposible que pierda su substancialidad. Pero... el artista no debe producir sólo para los iniciados en las fórmulas técnicas del procedimiento: se debe componer, pintar, esculpir para todos los espíritus finos, ya sensibilizados, que forman una buena porción de inteligencias adecuadas, de almas accesibles y aperebidas a recibir y retener la impresión estética. Así razonaba Othón. Con Antonio Machado creía, aunque a ratos parezca contradecirse, que la más lejana meta, la máxima aspiración de un poeta es que nadie deje de entenderlo y de gozarlo.

Lo demás referido a Othón, gran poeta, lo han dicho como saben –con lucidez, con arte y con ingenio– Alfonso Reyes, Castro Leal, entre otros. Algo quedará, no obstante, que esté por descubrirse y establecerse. El traslado de sus despojos a la Rotonda puede ser la ocasión para que un nuevo comercio con sus obras ponga a flote algunos otros de sus valores. Porque una obra así abunda en ventanas, en sugerencias, en caminos que vayan permitiendo juzgarla en su integridad.

28 de junio de 1964

Concursos literarios

Yo he sido en días pasados, en unión de dos ilustres novelistas y escritores mexicanos –Agustín Yáñez y Mauricio Magdaleno– jurado de un concurso de cuento. El número de concursantes, cerca de quinientos; la calidad de muchas de las piezas que se presentaron, –a tal grado excelente que el voto final fue motivo de varias eliminatorias–, promueven en mí reflexiones que ahora quiero organizar, y referir, en sus líneas esenciales. En primer lugar es un signo halagador que se hayan presentado a la prueba no sólo escritores ya consagrados, circunstancia que pudo advertirse en muchos de los cuentos, así en dos de ellos, y cuya publicación sugerimos al periódico y a la revista que llamaron al concurso, sino muchos que en esta ocasión se inician. Escritores, novelistas, narradores, sin duda, según lo puede establecer quien conozca el oficio, quien ejerza dominio de las armas literarias: Magdaleno y Yáñez, por ejemplo.

Otra circunstancia fue que en la justa estuvieron representadas todas las escuelas, todas las tendencias del género, desde las más viejas, y que alguno pudiera creer ya liquidadas, hasta las más modernas. Todos los temas también, sin faltar el de la Revolución Mexicana, todavía vigoroso, aún cargado de posibilidades. Asuntos y materia prima nacionales, dentro de un verdadero frenesí cosmopolita y un apego a formas y autores extranjeros. No importa: se adivina que sus autores están al día; se advierte que tienen formación, pero sobre todo, que señorean el oficio de escribir. ¿Será, por tanto, una audacia proclamar que la literatura mexicana alcanza en nuestros días una plenitud, un cenit, una cúspide? Y mire el lector que no me refiero a los autores conocidos, sancionados con el voto de propios y extraños, sino a autores noveles, cuando no a meros aficionados a las letras. Imposible parece entonces que de tan amplia copia de concursantes no surja uno que imprima a las letras patrias un nuevo impulso, el de obras que enriquezcan su actual caudal.

El premio ofrecido, con ser importante dentro de nuestra vida literaria, no precisamente en bonanza, no era ni con mucho un incentivo para los literatos mexicanos y, sin embargo, ya hemos visto en qué número tan alto concurrieron. Algunos hasta con más de una prueba. Ganas daban de quebrantar las bases de los concursos para indagar los nombres de los autores; de retener las piezas; de aconsejar las publicaciones de todos los que llegaron a finalistas. Recompensa pensar que sus autores las publicarán o, unidas a otras, las reco-

jan en libros y los comprometan ante los lectores a mejorarlos, a persistir en la vocación de las letras. Lo que no será pequeña, sino grande ganancia.

El autor premiado, acabo de saberlo, no había escrito nunca nada. Ahora mismo olvido su nombre, así de nuevo es. Originario de un pueblo de Guerrero, vive en Cuautla donde ejerce la abogacía. Desde la primera línea, como ocurre con todo oficio, con el orador, con el filósofo, con el poeta, el lector se da cuenta que se encuentra en presencia de un auténtico artista. Nada de aspavientos, de simulacros, de truenos y relámpagos, sino sencillamente con la primera palabra que viene a la boca, inicia la historia, y mientras la cuenta, van ocurriendo los hallazgos, los encuentros felices, flores del mecanismo creativo. “En la Venta del Molinillo, que está puesta en los confines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a Andalucía...” ¿Hay otra manera de comenzar una historia, un cuento, una narración, una novela ejemplar? No la hay.

No yerre yo. Y resulte verdad que entre los que aspiraron al premio del concurso en que fui jurado, en unión de otros dos –ellos sí, verdaderamente grandes escritores– se encuentre el que, o los que, le den a la literatura nacional obras maestras.

5 de julio de 1964

Lección sencilla

Una fecha centenaria celebrada en Tehuantepec el pasado mes de junio –la protesta de lealtad a la República liberal– trae a mi memoria un hecho igualmente centenario y no menos revestido de grandeza patriótica: la protesta de lealtad a la patria de los pueblos huaves, que comparten con los zapotecas y otras razas el territorio del Istmo. Sucedió, pues, que Benito Juárez –él inventó la fórmula, el recurso de la “unidad nacional”– envió a todos los confines del país comisiones que explicaran al pueblo mexicano qué era la intervención extranjera, qué peligros entrañaba, cuáles los recursos para resistirla, combatirla y derrotarla. En uno de aquellos pueblos, el de San Francisco del Mar, el anciano que más lo era, tomó la palabra después de haber escuchado el mensaje juarista, y dijo, más o menos: “Dígale usted al señor Juárez que esté tranquilo, que viva en la seguridad de que mi pueblo ama la libertad y la independencia,

y que está pronto a morir en su defensa. Que tan luego como asomen por la mar las barcas extranjeras, saldremos con nuestras canoas a combatir las". No dijo más. Los otros ancianos y el pueblo todo allí reunido recibieron con muestras de aprobación sus palabras. Cabeceaban a la orilla del agua las barcas indígenas; las palancas en reposo. Humildes instrumentos de pesca con que los huaves pensaban oponerse a las *muesh-castil*, canoas de Castilla, que es como en su lengua llaman a las barcas, a los invasores.

Vino entonces a Tehuantepec uno de los muchos viajeros que la han visitado, desde que llegó al conocimiento y a la curiosidad del mundo: William Berenth, autor de un libro sobre estas tierras, llenas de noticias, de observaciones incisivas; mezcla de historia y fantasía. Berenth recogió la anécdota y la refirió, un poco irónico y otro poco burlero. ¿Qué tan primitivo y elemental no será un pueblo, parece decir, para creer que con unas inofensivas e inocentes canoas pescadoras se podría oponer ninguno al avance de las poderosas embarcaciones francesas, que los huaves creían que iban a llegar precisamente por el mar de San Francisco? Muy frecuente es, por desgracia, esta reflexión de que el débil no puede oponerse al poderoso, de que debe rehuir las luchas desiguales, ceder el paso al que reemplaza el derecho por la fuerza. Así pensaron muchos en aquella hora aciaga. Así Berenth. No los huaves ni los zapotecas. Con escasas armas, con instrumentos de trabajo, con implementos de la vida diaria, los juchitecos derrotaron el 5 de septiembre de 1866 a una fuerza expedicionaria francesa que marchaba a Chiapas.

Todo para que se cumpliera aquel pensamiento cervantino, olvidado por el extranjero, por el hijo de Europa, William Berenth: que la libertad y la independencia se pueden defender y alcanzar con una espada de madera y una visera de cartón.

No a otra cosa estaban dispuestos los huaves cuando prometieron a Benito Juárez salir a defenderlas con sus canoas, sus atarrayas, sus figas y sus palancas.

Una lección sencilla que yo quise ahora recordar.

26 de julio de 1964

Guendalizá

Llegamos a San Miguel Chimalapa a altas horas de la noche, a piecito andando, tras cinco horas de penoso camino. Las gentes del pueblo nos esperaban a la orilla del río con palmas encendidas, linternas y hachones en las manos. La fiesta cívica, anunciada para la tarde, no podía, no debía suspenderse. Y así, muertos de cansancio, asistimos a la asamblea y al baile popular después. Por la madrugada cada uno se metió en su hamaca en busca de sueño y de reposo.

Está San Miguel Chimalapa situado en la parte más montañosa del Istmo de Tehuantepec. Pueblo de indios que hablan la lengua mije y un español muy rudimentario. Pueblo viejo que no ha perdido, pese a la conquista española y a su contacto, es verdad que escaso, con el mundo exterior, muchas de sus características primitivas. Para que el lector tenga una idea de lo penoso que es el acceso a San Miguel, recuerde aquella página de las *Memorias* de Juan Andrew Almazán en que el viejo general cuenta el intento de atravesar la sierra Chimalapa. Aventura que le costó la deserción de la mitad de sus hombres y la sorpresa de volver al punto de partida, después de quince días de caminatas.

Delicioso pueblito éste de San Miguel. Se encuentra en lo que sería el zócalo un añoso huanacastle, cuyas inmensas ramas alcanzan a sombrear la casi totalidad del área municipal. Ni más ni menos que los cuatro del pueblo de Coyol, en la zona chontal del propio Istmo de Tehuantepec, cuyas sombras protegen una extensión, acaso cuatro veces mayor. Pocos sus habitantes, digo, los de San Miguel, pues sumados los de sus congregaciones y agencias alcanzan un número bastante considerable.

Ya está dicho que son mijes, es decir, distintos a los zapotecas, que constituyen la mayoría en el Istmo. Pero comparte muchas de sus costumbres, desde luego la emoción de fraternidad con que se recibe a los extraños, en quienes encuentran a un semejante, digno del acatamiento que se debe a los vecinos, hermanos, parientes, amigos, cosas sinónimas todas ellas. Así cenamos en la madrugada, sin perjuicio del desayuno sólo unas cuantas horas después: jabalí, tepezcuintle, chachalaca, iguana y no sé qué más. Llegó la hora de regresar, esta vez a caballo, a nuestro punto de partida: Santo Domingo Ingenio, a unos kilómetros de Juchitán, y a orillas de la carretera Cristóbal Colón. A esa hora —las diez de la mañana— ya no había hombres en el pueblo, otra semejanza más con los zapotecas, sino sólo mujeres, que hicieron ruedas al visitante y a sus amigos para despedirlo y desearle buena suerte.

Si no hemos dicho que es un pueblo muy pobre, lo decimos ahora. Nada tenían que obsequiarnos. Pero entre la concurrencia “una vejuca, temblona y pueblerina” como diría el poeta argentino Baldomero Fernández Moreno de su abuela, se acercó a mí, me abrazó y puso en mis manos un pequeño huevo de gallina.

–No tengo otra cosa con qué ayudarte en tus trabajos, sino esto, me dijo.

Tal es, lector, la *Guelaguetza*, que es como erróneamente se dice *Guendalizá*, que quiere decir, en zapoteco: hermano, pariente, vecino, paisano, prójimo en una palabra.

2 de agosto de 1964

Antenor Lescano, poeta cubano

Siempre fue México refugio de desterrados, de perseguidos de la fortuna, de quienes quisieron cambiar de clima al corazón. A él volvieron los ojos quienes, peregrinos en su patria, buscaron otra que nos les fuera tan dura y ajena. No sólo escritores y poetas de nuestro idioma, sino aun de otros. Recuerdo ahora a Federico Nietzsche, quien enfermo soñó encontrar alivio en México, en el clima delicioso de Oaxaca. Cuando quiso reconciliarse con la vida y con su destino, José Zorrilla, hace cien años, vino a México, en donde voluntariamente vivían y habían vivido otros muchos españoles que se dirían mexicanos. Anselmo de la Portilla, Casimiro del Collado –o Collado, a secas–, Enrique de Olavarría y Ferrari, por citar algunos.

Pero de todos los pueblos de habla española han sido los cubanos los que han encontrado en México una segunda patria, desde siempre, desde Bernal Díaz del Castillo, que nos llegó de Cuba. Tantos han sido los cubanos residentes en México que un libro entero podría escribirse sobre la cuestión. Y sería bueno que alguno lo escribiera. Se vería entonces cuánto debemos a la inteligencia de la hermosa isla. Mucho se ha hecho, es verdad, pero también lo es que mucho falta por hacerse. Lo que México debe a José Martí, por ejemplo, ya se ha estudiado con amplitud. Lo que a Pedro Santacilia, también. De otros, casi nada, hasta el grado de que se ignoren sus nombres, cuando no considerarlos nuestros. Recuerdo al azar a los poetas Alfredo Torroella, Florencio Suzarte, Aniceto Valdivia, Antenor Lescano, de quien quisiéramos decir algo.

Escritor inteligente e instruido, periodista y poeta delicado, dice Juan de Dios Peza que era Lescano. Publicó en México *El Cultivador*, periódico de agricultura, lleno de artículos y publicaciones importantes; un libro de versos sobre el cual emitió Peza en *La Revista Universal* un juicio entusiasta; formó parte de la redacción y colaboró en *El Eco de Ambos Mundos*; escribió en otros muchos otros periódicos. En sus últimos días fue catedrático de la Escuela de Agricultura y profesor de Enseñanza Objetiva en varios establecimientos municipales.

Se ignoran las circunstancias en que Lescano –algunos escriben Lezcano– vino a México y si antes se había manifestado poeta y escritor en su tierra. En lo que ahora recuerdo, no se le menciona en la historia de las letras cubanas, ni encuentro su nombre en las antologías poéticas de Cuba. Acaso, como a otros tantos, abandonó su país en busca de un clima de libertad, propicio a su vocación literaria. Acaso. Y todo eso sería lo que pudiera establecer quien alguna vez escriba la historia de la amistad entre México y Cuba.

Antenor Lescano murió en la ciudad de Córdoba, Veracruz, a principios o a mediados de 1877. Al finalizar aquel año, Juan de Dios Peza, a quien venimos siguiendo en estos apuntes, proporciona esta noticia. Y agrega: “Era un hermano a quien quisimos de corazón. Dejamos con estas líneas la eterna flor de nuestro cariño sobre su sepulcro. Antenor, aunque nacido en Cuba, era considerado como nuestro compatriota y hermano en letras”.

Ojalá, amigo Porfirio Martínez Peñaloza, encuentre aquí algo que le sirva de guía y trace la semblanza de Lescano, poeta, escritor y periodista que hizo suyas las cosas de México.

9 de agosto de 1964

El Istmo de Tehuantepec de J.J. Williams

Entre los libros que el Istmo de Tehuantepec ha inspirado se encuentra el de J.J. Williams, largamente titulado: *El Istmo de Tehuantepec*. Resultado del reconocimiento que para la construcción de un ferrocarril de comunicación entre los dos océanos, Atlántico y Pacífico, ejecutó la comisión científica bajo la dirección del señor J.G. Barnard, mayor del cuerpo de ingenieros de los Estados Unidos & C., y resumen de la geología, clima, geografía particular, industria,

zoología y botánica de aquellos países. Ilustrado con varios grabados y mapas, y arreglado y preparado por el ayudante principal J.J. Williams, para la compañía del ferrocarril de Tehuantepec erigida en N. Orleáns. Traducido al castellano por orden del supremo gobierno de la República Mejicana, por D. Francisco de Arrangoiz, Méjico, Imprenta de Vicente García Torres, 1852.

Como se ve por el título, se trata de una obra técnica, a primera vista ajena a la bella literatura. Sin embargo, no es así: Williams no resistió el embrujo de Tehuantepec, no pudo evitar los entusiasmos que aquella tierra, de veras fascinante, fabulosa y legendaria, ejerció siempre en el ánimo de los viajeros, cronistas, historiadores que la han visitado, desde Hernán Cortés. Abundan, en efecto, las notas sobre el carácter, costumbres y habitaciones del pueblo con las que lo habían familiarizado los elocuentes escritos de William H. Prescott. El rigor científico se abandona de cuando en cuando para describir con palabras de artista, un paisaje; la pluma del ingeniero cede a la del escritor, a la del hombre curioso que no quiere dejar fuera lo que escucha de los indios, sin importarles mucho la verdad que pudieran contener. Así dice, por ejemplo, que en los estribos elevados de los cerros de cerca de San Juan Guichicovi hay unas cuantas vicuñas, u ovejas del Perú, aun cuando se dice que sólo se encuentran en algunos puntos de América del Sur. La existencia de estos animales, dice, da cierto viso de verdad a la tradición que hay todavía entre los mijes de que sus antepasados emigraron del Perú. Arrangoiz refuerza la especie en una breve nota, según la cual existían en el Museo Nacional ídolos traídos de Tehuantepec que presentan el tipo de los que adoraron los incas. La tradición, en efecto, es muy vieja; Francisco de Burgoa se refiere a ella en más de un lugar de sus obras.

Son los zapotecas de estatura menos que mediana, dice; pero anchos de espalda y de una gran fuerza muscular; su color es cobrizo; tienen el cabello liso y grueso, poca barba, ojos chicos, frente estrecha, labios gruesos, dientes blancos, una expresión agradable de boca y un mirar melancólico y triste. Las mujeres son menos fuertes, y algunas hay hermosas y bien proporcionadas, realzando su belleza su dedicación a los quehaceres domésticos, y su porte agraciado; son alegres y muy vivas en sus modales y son más tímidas que modestas. Se entretajan el pelo con cintas de colores vivos, dejándolo caer por el cuello formando trenzas negras y brillantes, o lo recogen bonitamente alrededor de la parte de atrás de la cabeza entrelazado de flores y lo sujetan con un peine semicircular, y cuando hay alguna fiesta se iluminan el pelo con un escarabajo llamado *cucu-*

llu, que arroja una luz fosfórica. Pero coincidiendo con otros viajeros, y aun con nacionales, repite que los hombres tienen poca inclinación al trabajo.

Libro muy hermoso sin duda el de J.J. Williams, *El Istmo de Tehuantepec*, que ojalá no fuera tan escaso y pudiera llegar a manos de un mayor número de lectores del istmo, a quienes he querido dedicar esta *Alacena*.

16 de agosto de 1964

Frida y el Dr. Atl

Lo recuerdo como si fuera ayer. Patente está ante mis ojos la imagen, el cuadro y su atmósfera. Era la noche en que se inauguraba una exposición de Frida Kahlo, en aquella preciosa galería que tuvo Lola Álvarez Bravo en la calle de Amberes. Allí estaban todos los mexicanos adictos al arte, que es como serlo a México y a su cultura; hombres de letras, pintores, escultores, arquitectos, gente del pueblo. Todos habían llegado menos la pintora Frida Kahlo, en esa hora víctima de una de las mil crisis del mal que al fin la redujo a silencio, a quietud, a sólo unos cuantos despojos que cabrían en la palma de una mano. En eso, el silbato de una ambulancia pone expectación en la concurrencia; en la puerta de la galería unos hombres descienden a Frida, colocada en una camilla, más muerta que viva. Era lo que fue en sus últimos años: un fulgor, una llama, una brasa, sobre una rama tronchada, desgajada de su tronco. Pero rumorosa, pero cubierta de hojas, flores, frutos y rumores. Un árbol pequeñito, una rama minúscula, contra la que no pudieron las rachas huracanadas, pese a la furia con que embistieron. En la blancura del lienzo que la cubría, destacaban sus ojos negros, sus cabellos negros y el incendio de los listones istmeños con que se trenzaban. La colocaron en la mitad de la sala. Comenzó entonces el desfile ante el trono, digo, altar; ante el túmulo, digo, ara; ante el solio, digo, pedestal, en que aquella camilla de hospital se había convertido. No sé por qué mecanismo me sentí transportado a una escena de la antigüedad mexicana; mucho tenía aquello de una festividad de la paganía precortesiana; un sacrificio humano remedaba todo aquello. Sangre, flores, hierbas medicinales, incienso oloroso, humo de hogueras, de cenizas que volvían a arder.

La escena, la visión, ambiente, atmósfera, que ahí se abría ante mis ojos, alcanzó su mayor semejanza con un mundo irreal, soñado, cuando se inició

el desfile de algunos de nuestros más grandes artistas: la inválida María Izquierdo, sostenida por sus amigos y parientes, besa la frente de Frida; Goitia, enfermo, barbado, que aquella noche abandonó su jacal para asomarse a aquella festividad, igual que si fuera un fantasma. De pronto, *Atl*, con sus barbas pluviales, su orgullosa mutilación, sus dos muletas, como dos ramas que le hubieran salido en compensación de la pierna recién amputada. Él solo no tenía tristeza, se apartaba de aquel cuadro que tenía mucho de velorio, de acto luctuoso. Se inclinó sobre la camilla en que Frida reposaba. Rió estrepitosamente, y le dijo palabras donosas, ocurrencias geniales que se burlaban de la muerte, que sólo lo es si en ella no se pone un poco de vida.

Lo recuerdo ahora que ha muerto Gerardo Murillo, *Doctor Atl*. ¿Qué otra cosa hizo el gran pintor sino luchar con la muerte? Su apetencia de gloria y de fama, que buscó y encontró en las letras y en la pintura ¿no era la sola manera de no morir? *Olinka*, palabra que reinventó, redescubrió, para nombrar a la ciudad que predijo para la cultura mexicana, se quedó en proyecto, en mero sueño. Pero yo creo que alguna vez habrá de levantarse, si no es que alguno de nuestros arqueólogos la descubra, tal como la imaginó *Atl*, artista y pintor que venía de la era antigua, coevo de los que levantaron las grandes ciudades del mundo precortesiano.

Ahora a sólo unas cuantas horas de haberse incorporado a la tierra mexicana, ya debe estar allí en esa ciudad desconocida, contando cosas de aquí. Tal como me lo dijo un día: “Yo tengo más de mil años. Ésta es una de mis reencarnaciones. Cuando acabe ésta, me iré para no volver, a reunirme con los artistas indios, a continuar trabajos que dejamos pendientes”. Que así sea, *Doctor Atl*.

30 de agosto de 1964

El retrato

Llegamos a Huazantlán del Río, un medio día, bajo un chaparrón de sol. Atravesamos el pueblo entre el ladrido de los perros que, en manada, nos seguían por entre las casas, que no las calles, que no tiene. Íbamos en busca de las autoridades, del maestro de escuela, del representante del partido político, del agente municipal. Al fin dimos con una pequeña tejavana, que era todo a

la vez: escuela, iglesia, casa municipal, y con el señor Cisneros, que lo era todo junto, aunque los otros cargos estuvieran representados. Un indio huave: baja estatura, pómulos salientes que se dirían pulidos, por su brillo; cabello negro, espeso, hirsuto; bigotes caídos, ojos luminosos, llenos de inteligencia. Un huave que ha viajado, que ha visitado otros lugares cercanos y habla suficiente español como para entenderse con los extraños. Lee periódicos, se informa de lo que ocurre en el país; conoce algo de la Constitución, supongo, con algún fundamento, como se verá. Electo presidente municipal de su pueblo, San Mateo del Mar, no pudo serlo porque anticipó su propósito de separar iglesia y palacio municipal. La virgen a su lugar, a la iglesia; y el ayuntamiento, en su edificio. Y sus paisanos se rebelaron contra él, obligándole a abandonar el pueblo. Las autoridades superiores, sin embargo, consideraron que Cisneros, que había ganado legítimamente las elecciones de San Mateo, era hombre capaz, útil a la comunidad huave. Y así fue como lo mandaron de agente municipal a Huazantlán del Río, en donde ahora promueve mejoras para el pueblo. Una prueba de su actividad, de su fervor ciudadano, se puede ver con sólo contar que, cuando llegó al lugar, fue simultáneamente el maestro de escuela, el albañil, el abogado de su causa. Con la ayuda de los vecinos y de los amigos que logró para Huazantlán levantó un cobertizo que, cuando lo visité, hace tres meses, estaba a punto de terminar para escuela, mientras se construye una suficiente. Fue lo primero que vimos a la entrada del pueblo, el material para la futura construcción: ladrillo, piedra, cal, arena, madera y el terreno. A estas horas estarán los huaves de Huazantlán del Río, con Cisneros como maestro de obras, levantando su escuelita con aulas suficientes, con maestros entre quienes se contaría para alfabetizar a la niñez, porque, según me dijo el huave de mi relato, el alfabeto es una buena arma para triunfar.

Estaba la mesa municipal llena de papeles, de periódicos, de folletos, de propaganda política. Uno de mis acompañantes descubrió entre aquella literatura un papel de uno de los adversarios. No pudo contenerse y le preguntó cómo es que podía ocurrir que, siendo él nuestro partidario, estuviera aquella hoja sobre su mesa. No se inmutó Cisneros y le respondió tranquilamente. Estuvo, dijo, en efecto, a verme este señor. Es amigo, es un hombre, es un paisano, y tuve que recibirlo y escucharlo. En debida respuesta le dije que no podía, que no podíamos comprometernos en nada; que teníamos nuestro partido y tomadas nuestras decisiones. Pero no nada más eso, concluyó: “Nosotros no podemos hacer nada malo, nada fuera de nuestro deber: el señor nos

mira y nos escucha". Y al decirlo, con los dedos pulgares, vueltos hacia sus espaldas, apuntaba los dos retratos de Gustavo Díaz Ordaz, clavados en el muro.

Abandonamos Huazantlán y yo me fui pensando en el hondo significado de aquel suceso. La imagen, el retrato es para los huaves, al igual que para otros indios, la presencia misma de las personas, una representación precisa. ¿Cómo así iba a decir una mentira? ¿Cómo si las deidades lo ven todo, lo saben todo, lo miran todo, iba Cisneros y el pueblo de Cisneros, a cometer aquel sacrilegio que mi acompañante supuso? Y di en la reflexión contenida en un ensayo de Carlo Coccioli, escrito ahora seis años, en ocasión de las elecciones presidenciales: el pueblo mexicano, para seguir a un hombre, tiene que deificarlo un poco.

6 de septiembre de 1964

José Rosas Moreno

¿Quién se acuerda ya de José Rosas Moreno? Casi nadie. Y sin embargo no es digno del olvido que lo envuelve. Nuestros historiadores literarios más notables, Carlos González Peña y Julio Jiménez Rueda, lo mencionan con elogio. Para situarlo recurren a términos gratos en los tiempos que escribieron sus respectivas historias: era Rosas Moreno un poeta de tono menor, melancólico, crepuscular. Venía de Ventura Ruiz Aguilera, de José Selgas, de Gustavo Adolfo Bécquer. Representa un romanticismo atemperado, al contrario de otros de la misma escuela: Manuel M. Flores, por ejemplo. Lo era tanto, dice González Peña, que puede colocarse al lado de los poetas de la generación clásica y los del apogeo romántico.

Poeta, dramaturgo, historiador; Juan de Dios Peza y Altamirano hablan de Rosas apasionados, entusiastas, con encendidos elogios. El uno, aparte de las muchas menciones dispersas en sus escritos, en el artículo que le consagró al morir al mediar el año de 1883; el otro, en el prólogo a sus poesías *Hojas de rosa*. Ocupa Rosas, en opinión de Altamirano, uno de los primeros lugares entre los poetas mexicanos, por su inspiración, su fecundidad y su estilo armonioso y apacible. Es el más dulce, el más sano, el más tierno de nuestros poetas, escribió Juan de Dios Peza.

Pero, ¿qué resta de su fama, qué sobrevive de su poesía? Mucho sin duda, sino que las modas, los delirios que de cuando en cuando se apoderan de nues-

tras letras, posponen, relegan al olvido a este tipo de poetas menores que, sin embargo, algo hicieron en bien de nuestra lírica, así por sus aciertos como por sus yerros. Quedan sus *Fábulas* y dos o tres de sus composiciones: “Tristeza del crepúsculo”, “El zenzontle”, “El valle de mi infancia” –que hicieron nuestras delicias en aquellas horas amorfas de la infancia, que sin el pan de estos poetas acaso se marchitara.

Quise recordar ahora a José Rosas Moreno, en ocasión del centenario de haberse publicado sus *Poesías*, que reúne todas las de su preferencia. Aquí están –le dice a su madre– los dulces recuerdos de mi niñez, mi juventud desgraciada, los ensueños de mi primer amor, mis ilusiones perdidas, y mis esperanzas en el cielo. Porque Rosas nació para sufrir: era poeta, como diría Antonio de la Peña y Reyes.

Al frente del poemario, su compañero Luis Gonzaga Ortiz escribió un soneto: “*Bardo que errante hasta mi humilde huerto / con tu lira y tu amor llegaste un día / y luego con tu célica armonía / poblaste mi jardín triste y desierto. / Pájaro errante que con vuelo incierto / veniste a mí por dulce simpatía, / ¡ay! con cuánto placer el alma mía / oyó de tus suspiros el concierto / Canta, canta sin fin; tu amante lloro / y tu doliente querellar de amores / las auras llevarán en dulce coro / Canta de Anáhuac las divinas flores / ellas recogerán como un tesoro / el triste llanto que en sus hojas lloren.*”

¿Hace falta recordar que *Hojas de rosa* –México, 1891– es el mismo libro que *Poesías*, de 1864, excepto el prólogo de Peza? Y *Ramo de violetas*, del año 91, es libro aparte o nada más distinto título?

13 de septiembre de 1964

La vida, como en otro tiempo la danza, nos dispersó

Dos nombres recuerdo inseparables: el de Justino Fernández y el de Edmundo O’Gorman. ¿Por qué? Por muchas cosas: desde luego por haberlos conocido al mismo tiempo: en 1932, más o menos. Si antes nos encontramos en alguna parte, no lo recuerdo. Acaso fueran desde antes amigos de mis compañeros de escuela y aficiones: de Alejandro Gómez Arias, de Renato Leduc, de Miguel N. Lira. No es difícil, porque su trato se veía viejo y fueron ellos, justamente, quienes me presentaron con Justino y con Edmundo.

De uno, de O’Gorman, sabía que era abogado, quizá de la Libre de Derecho. Pero de Justino, hasta donde alcanzo, nada podría decir respecto de sus

universidades. Tal vez estudiara por entonces en la Facultad de Filosofía y Letras. Quizá fuera alumno de San Carlos. Acaso fuera nada más un autodidacta, pero de la mejor estirpe: de esos que se construyen desde los cimientos, desde la primera letra.

No escribían libros, pero los leían con asiduidad, encarnizadamente. De leerlos les vino luego la idea de imprimirlos y, finalmente, de escribirlos. Y los han escrito magníficos. Compraron una imprentita, y en compañía de Miguel N. Lira, nuestro desdichado amigo y compañero, fundaron dos hojas literarias: *Alcancía* y *Fábula*, tribuna de algunos poetas y escritores que entonces crearon las primeras plumas de sus alas. Luego hicieron ediciones muy cortas, muy pulcras, de algunos libros selectos. Recuerdo la *Relación* del Anónimo. No olvido *Fábula de equis y zeda* de Gerardo Diego, ni *Canciones* y *Elegías* de Porfirio Barba-Jacob. De libros, de poetas, de impresiones, hablábamos sin cesar.

La vida, como en otro tiempo la danza, nos dispersó. Yo me fui a los Estados Unidos a cambiarle de clima al corazón. Por allá me llegó el primer libro de Justino Fernández sobre las artes plásticas mexicanas. No era todavía obra acabada, escritas con todas las de la ley, pero ya estaban allí en larva, en botón, en presagio, sus obras futuras, ejemplares en su investigación y en su factura. Porque este Justino Fernández es un artista de la palabra, que construye, que labra, que decanta, con el mismo fervor con que un poeta su estrofa. La documentación rigurosa, estricta, dura, como un pedazo de roca. Pero su tratamiento con la suavidad de una mano hecha al gusto por las piedras preciosas, con esa fruición con que un artífice chino trata la pieza de jade, o un antiguo orífice mixteco, el fragmento de oro.

¿Amaba Justino los temas indígenas cuando lo conocí? No lo puedo decir con certeza. Si los amaba, es cosa de asombro que en tan pocos años haya señoreado sobre ellos, les haya obligado a soltar su jugo recóndito. Si no, aún más asombroso que haya llegado a ellos, y a su dominio más cabal. Su libro *Coatlícue*, por mencionar el que primero acude a nuestra mente, es un modelo de investigación, un ejemplo de trabajo amoroso, de maestría en el manejo de esas reflexiones que engendran los temas amados, los de nuestra más entrañada predilección.

Un gran trabajador. Y ya se sabe que quien trabaja, se trabaja. Capitán de un selectísimo grupo de investigadores, guía alerta, mientras cumple lo suyo, ayuda a cumplir lo ajeno. La mente, el corazón, las manos de Justino Fernández están preñadas de obras futuras. Cuáles vayan a ser, no lo sabemos. Sí

podemos decir, partiendo de las que ya conocemos, que serán dignas de todos sus dones de escritor, de artista, de hombre de ciencia, de mexicano íntegro: ése que por donde quiera que va, anda buscando la mayor gloria y la mayor honra de su tierra. Para dar con ellas tiene los ojos abiertos al mundo, en el que cabe México, con tal de que el mundo también quepa en México.

Así veo a Justino Fernández, mi amigo de entonces y de siempre.

27 de septiembre de 1964

El chispeante camagüeyano

Era Antenor Lescano de Camagüey. “El chispeante camagüeyano”, dice José Martí en el prólogo a *Los poetas de la guerra*. Es posible que haya venido a México después del desastre de la primera guerra cubana. Martí así lo da a entender, aunque no reproduce ninguna poesía suya, ni siquiera la décima que dedicó a su compañero de campamento, Villegas. Cubano de progreso lo llama.

En agosto de 1875, en un artículo publicado en la *Revista Universal*, habla del libro *Páginas en verso*, que Lescano acaba de publicar. Pero no se refiere a Lescano, sino más adelante, en septiembre del mismo año y en la propia revista. Tal como había ofrecido en el pasado boletín. Feliz el que pensó lo bello—escribe *Orestes*, seudónimo de Martí— sintió lo grande, amó a la mujer, sirvió a la patria, habló su lengua, escribió un libro, y con pasadas soledades recuerda a los que leen las propias, y con presentes dichas enamora y canta agradecido la buena forma y buen empleo de la existencia; es todo esto, y lo es con inteligencia, gusto clásico y modestia suma el libro de Antenor. No hay en el libro un solo sentimiento falso. Tienen los versos de Lescano una seductora cualidad, una ternura exquisita, no extraviada con alardes imaginativos, sencilla en la forma escrita, como fue suavemente sentida en el afectuoso corazón. ¿Qué versos valen más en este libro? No son los que se hicieron en extrañas tierras, hijos de diarias soledades y traídos de la patria ausente por las mensajeras blandas brisas: valen más esos tranquilos cantos, esos recuerdos perfumados por el ambiente del amor tranquilo. Otras cosas dice Martí, digo, *Orestes*.

Vino a México después del Grito de Yara, es decir, después de 1868, tras de alguna permanencia en los Estados Unidos. Aquí, como ya está dicho, fue redactor de *El Eco de Ambos Mundos*, con Nicolás de Azcárate, otro emigrado.

Parece también que, tras la permanencia en los Estados Unidos, volvió por algún tiempo a Cuba. Accidentes de trabajo lo trajeron a esta tierra de México, donde el cielo es azul, la tierra virgen y la mujer americana, dice *Orestes*. Ha de entenderse que se refiere a la mujer de nuestra raza, contraria a la norteamericana, ajena al corazón de Lescano. Amó Lescano en ella, en la tierra mexicana el amor de mujer vistió la forma noble del amor de esposa; la casa está contenta con el hijo que la embellece y le sonrío y este poeta que había comenzado a serlo por el amor que presentía y que le faltaba, acaba de serlo ahora con la certidumbre del amor soñado. Son palabras de Martí.

Alguna resonancia de Horacio encuentra el crítico en sus poesías: lo recuerda en la manera puramente clásica con que ha sabido describir cosas de hoy y muy locales. En la pintura de la naturaleza americana alcanza mayor vigor de expresión y menos esmerada pulcritud que Andrés Bello. A la manera de los maestros latinos y de los clásicos franceses del siglo XVIII, pinta en versos de riguroso giro castizo que recuerdan los buenos tiempos de nuestra habla, las veleidades y tristezas de los días de engañosa forma en que vivimos. Y da *Orestes* los dos ejemplos respectivos: *Debajo del sicomoro* y *Consejos a Haydée*.

Otras cosas irán apareciendo de Antenor Lescano. Y se las haremos saber, amigo Porfirio Martínez Peñaloza.

4 de octubre de 1964

Agustín Yáñez escribe siempre

Labios silenciosos, callados. Mano elocuente, afanosa, febril. Cuando una sien le da un libro, la otra queda encinta. Así es Agustín Yáñez.

Calla. Rara vez habla, digo, en reuniones. Escucha, si alguna cosa le sugieren las conversaciones, él sólo la sabe. Para Yáñez la quietud es actividad; el ocio, trabajo. Quien no lo conozca, creará, al primer golpe de vista, que está frente a un obrero, que lo es, por el número de sus obras, pero no como el recién venido a su trato pudiera creer: un trabajador manual, un menestral. Rara vez ríe, a veces sonrío, que la sonrisa es más difícil que la risa. Reír es propio del hombre. Sonreír, sólo de unos cuantos hombres. Reír es cosa que dan los ojos. Sonreír, el alma. Y este hombre silencioso, callado, afanoso, que sólo se escucha a sí mismo, que sólo averigua consigo mismo, sonrío cuando la pa-

labra ajena, cuando la ocurrencia del prójimo, coincide con sus silenciosas, con sus calladas lucubraciones.

¿Dónde irá Agustín Yáñez que no are? Porque en Yáñez el hombre que ara está siempre por encima del hombre que ora. Nunca antes entre nosotros, entre ustedes, los escritores mexicanos, se dio el caso de un artista que calle tanto, pero que trabaje más. Se diría que cuando más ocupado está Agustín Yáñez es cuando más trabaja. Pudiera decirse que las tareas oficiales, en las que se muestra tan eficaz, lo obligan a multiplicar sus horas para que alcancen y den de sí, a favor del oficio creador, del menester de las letras. ¿Cuándo escribió más Agustín Yáñez? Escribió más cuando gobernó su estado, cuando más ocupado estuvo. No el ocio, sino el trabajo, es el padre del espíritu.

Yáñez no nos deja descansar. Cuando creemos que estamos al día con sus libros, nos aparece con uno nuevo, si se puede, más atrayente, más cargado de imán que el anterior. Cuando ya estábamos a punto de sentarnos a escribir, viene él con un libro a reducirnos a silencio. Porque los buenos libros más obligan a callar que a manifestarse. Y en eso se parecen a los libros malos: los dos reducen a silencio.

Agustín Yáñez escribe siempre. Cuando calla, escribe. Escribe cuando habla. Por eso no tiene tiempo de hablar para los otros, de escuchar a los otros. Puede, sí, coincidir su palabra con la del vecino; es entonces cuando sonrío, cuando comenta, cuando quebranta sus silencios. A las tertulias dominicales llega puntual, se va a la hora en punto que la reunión concluye. ¿A dónde va Agustín Yáñez? A su trabajo, a su casa, a dar término a la página que se quedó a medias. A poner en letra lo que mientras estuvo ausente siguió escribiendo. ¿Por qué admirarnos del número de sus libros, de la perfección de sus creaciones? Lo opuesto nos admiraría. Las manos, las sienes de Yáñez están hechas al trabajo, al pulimento. Cuando una palabra suya llega al papel es porque ya ha estado antes en el fuego, al rojo vivo, sujeta al yunque y al martillo. Nada de chiripa, nada de a ver qué sale; las obras de Yáñez son hijas de su voluntad, de su trabajo, de sus más recónditas meditaciones. Flores que se alimentaron de sudor, desvelo y lágrimas.

Ahora mismo ¿qué estará haciendo Agustín Yáñez? Agustín Yáñez está trabajando. Está arando. Está con el arado, digo, con la pluma en las manos. Trabaja si duerme, si está en vigilia, trabaja. Entre las muchas lecciones que imparte, ésa, la de trabajar siempre, la más elocuente.

Iba yo a decir alguna cosa de sus libros, pero no pude. Díganlo los otros, que a mí me basta con asomarme a ellos de cuando en cuando, para decidirme por las obras acabadas, bien nacidas, como las de Agustín Yáñez.

11 de octubre de 1964

El pobre paga siempre más de lo que debe

Llegamos a San Pedro Huamelula a la última luz de la tarde, tras de un viaje que duró todo el día. La noche vino súbita, repentina. Cuando abrimos los ojos, ya era la oscuridad más completa. Un nardo era en el hombro del cielo la primera estrella.

Valía la pena aquel largo viaje. Tan inesperada la recepción no sólo por el número de nuestros amigos, sino por los elementos que iban a componer el programa, que todo cansancio desapareció, se fue lejos toda preocupación inmediata, pasajera, interesada, para que sólo quedara trémula, vibrante, como una llama bien alimentada, la apetencia de apurar aquella alegría, aquella inesperada fiesta.

Grupos de hombres que habíamos saludado en el camino se encontraban a la orilla del pueblo. Los reconocí por sus mantas y por las leyendas que sustentaban en un español elemental que alcanzaba su plenitud por el esfuerzo de quienes las escribieron en busca de la expresión que más directa tocara al visitante. Y lo consiguieron. Pues los sentimientos verdaderos se pueden decir con medias palabras, con medias señas, con un parpadeo del alma, sin que haga falta la amplitud de sus ojos. Al buen entendedor con una palabra basta. Para el buen sentimiento, basta media palabra, un gesto, un ademán. Tocaban las bandas de guerra, repicaban las campanas; del alto cielo, en raudal de lágrimas de oro, volvían los cohetes a la tierra. Como una rosa de oro se entreabría la luna. Tal como lo dijo el poeta.

Lentamente caminábamos entre vivas y lluvias de confeti. De pronto, a una señal nos detuvimos. A media calle, sobre una carreta, aparecía armado un barco de vela, con sus banderas, sus mástiles, el capitán al timón. ¿Qué era aquello? Yo, que hasta entonces creía conocer las costumbres de mi tierra, quedé sorprendido, iba a decir maravillado, pues no era para menos. ¿Qué significaba todo aquello? No lo supe entonces, no lo sé todavía. ¿Representaba

aquella escena la llegada a Huamelula del apóstol San Pedro, patrón del pueblo? Pudiera ser. ¿Era una rememoración de un hecho más antiguo, la llegada de Quetzálcoatl, por ejemplo? ¿Así habrían recibido a los primeros misioneros? Todo puede ser, pero yo no lo aseguro.

Descendió el capitán del barco. Puso el timón y la bandera en sus manos. Cincuenta, cien hombres tiraban del barco por la calle empedrada; las cuerdas eran marinas, impregnadas de esa sustancia especial que no sé nombrar. Como si bogáramos sobre las mismas ondas del mar, así se deslizaba el barco cargado de numerosa comitiva. Tres, cuatro manzanas recorrimos como en un sueño, en una alucinación, algo fantasmagórico. El pobre visitante ya no podía con su alma, olvidado como ya tenía su cuerpo. ¿Qué había hecho para merecer aquella fiesta? Nada. Le había bastado ser un amigo lejano, un próximo pronto a tomar como suyas las penurias y la orfandad de San Pedro Huamelula. Y así, con creces, a manos llenas le pagaban. Porque el pobre paga siempre más de lo que debe.

La fiesta del barco –la llamaremos así– está instituida para gloria de San Pedro, el día 29 de julio. ¿Cómo entonces la consagraban a un simple mortal, a un pobre pecador? Ahora lo diré. Un profesor de la región, don Benigno Machuca, sin yo saberlo, había sugerido la posibilidad de que se me recibiera de aquella manera. Como es amigo y benefactor de todos, le oyeron no sin antes reunirse el ayuntamiento y el consejo de ancianos, sin los cuales ninguna determinación puede tomar la autoridad civil. La fiesta podría darse, pero no el día ¿adelantarse la fecha? Y se pudo.

La llegada a la plaza municipal y el programa que allí se desarrolló son cosas que contaré otro día.

18 de octubre de 1964

Largo y doloroso camino

Antigua, muy vieja es entre los mexicanos, la apetencia de progreso, la idea de reforma. Cuando el pueblo primitivo, fundador de la que llegó a ser asombro de la historia, la gran Tenochtitlan, desesperado de encontrar la tierra de promisión que buscaba, detenía su marcha; un pajarito agorero decía en lengua india algo que traducido a nuestro idioma actual quiere decir “adelante,

adelante”. Así de vieja es entre nosotros la idea de reforma, clamaba Ignacio Ramírez en uno de sus discursos.

No ha sido, en efecto, otra nuestra historia, sino un largo, doloroso camino hacia el progreso. Una idea jamás pospuesta hacia la luz, rumbo a la realidad que vislumbraron los progenitores, los que más lejos lograron ver en la noche de que venimos. Hay en cada mexicano la capacidad de oír la voz del ave agorera, de poner en práctica su mandato. En cada hombre renace el capitán que guió la tribu indígena que fundó nuestra ciudad; está vivo el hombre muerto; el héroe, el apóstol, el poeta, el que redujo a palabras el programa de nuestra historia, de nuestra vida colectiva. El que quiera verlo que compare sus palabras y verá que se parecen hasta en su gramática. Pudiera decirse, al advertir la identidad del pensamiento y la identidad del estilo, que no son palabras aprendidas, sino simplemente recordadas. ¿Se pudieran improvisar si no estuvieran dormidas en nuestra conciencia, nada más en espera que la identidad de las ocasiones les dé forma concreta? ¿Quieren un ejemplo? Ahí está el de Morelos, un oscuro sacerdote que luego se convierte en gran soldado y en un pensador extraordinario. Un estratega de las armas y uno de las ideas. Andrés Quintana Roo, el poeta cívico, el hombre de letras, el hijo de los libros quedó maravillado cuando el cura de Carácuaro le pidió con humildad que oyera lo que pensaba decir ante el Congreso de Chilpancingo. Con sólo leves retoques, los *Sentimientos de la Nación* pasaron a la Constitución de Apatzingán, igual que pasó el *Discurso* de apertura del Congreso de Chilpancingo. ¿De dónde obtuvo Morelos tan doctas, tan elevadas, eternas palabras? Las oyó de los muertos, de los mexicanos sobre cuyo polvo caminamos sin saberlo, sin haberlos conocido. ¿Qué otra cosa hemos hecho si no tratar de convertir en realidad aquellos sueños, aquellos “sentimientos”? Las palabras que luego se han agregado a las de Morelos, las ideas que han venido a enriquecerlas, son hijas suyas, vienen de su vientre. Porque las palabras dan a luz palabras y las ideas dan a luz ideas. Ésa es nuestra historia: la suma de cuanto dijeron y pensaron los creadores. La ley por encima de los hombres, decía Morelos. La ley nos iguala. El hombre, una entidad superior, no sujeta a esclavitud, a servidumbre, a tortura. Hasta nuestras fiestas cívicas previó Morelos.

Ningún pueblo tiene derecho de sojuzgar a otro. La libertad es un don precioso del cielo. Se alcanza con duelos y amargura. ¿Quién, se preguntaba Morelos, poseído de los antiguos númenes, no registra en el polvo y ceniza de nuestros campos de batalla, la de algún amigo, padre, deudo o amigo? Y no ha-

blaba nada más de su tiempo, sino de todos. Sobre las cenizas de los muertos está levantado México. Con lágrimas y sudores, amasado.

Esas voces, esos rostros que Morelos escuchaba y veía en la soledad de la noche, y que invoca en su discurso de Chilpancingo, no son otras voces y otros rostros que los que nos vienen del fondo de los tiempos, a pedirnos que no detengamos la marcha. Son los mismos del pájaro peregrino.

Oírlos, no desatenderlos. Ése ha sido el programa de México.

25 de octubre de 1964

Dulce y hermoso, releer

Con motivo de un discurso que tuve que pronunciar en estos días, volví a viejas lecturas, a libros últimamente olvidados: en busca de información para ambientar mi pasado, para alejarme de la realidad cotidiana. Dulce y hermoso es releer. Lo menos que nos da es un nostálgico retorno al tiempo pasado, mejor sólo porque remite a la juventud. Como los perfumes, como la música, la letra tiene una poderosa fuerza evocativa. Si a otros no les ocurre a mí sí; mientras releo se me representan los días con todo lo que tuvieron: una melodía, letras sueltas de canciones, el color de la luz, los vestidos que tenía puestos. Cosas que creíamos olvidadas, vuelven; rostros que amamos, bocas que dijeron nuestros nombres y manos que estrecharon las nuestras, se nos representan envueltos en su ambiente, en su atmósfera.

Eso fue siempre para mí releer. Pero ahora, a esas circunstancias que acabo de enumerar, se agrega otra que no conocía, que ni siquiera sospechaba que podía existir: la aguda certeza de que a ciertos libros, a ciertas lecturas ya no volveré jamás. La certeza de que ya no podré volver al pasado, de que las horas que me restan son para caminar hacia delante, rumbo a la mar inmensa. Un pensamiento que por primera vez no me arredra, si bien se me ha quedado como una obsesión. Por más que me propongo apartarlo de mi mente, regresa de cuando en cuando, a la hora en que menos lo espero. De veras, me pregunto: ¿ya nunca más volveré a las lecturas preferidas, o simplemente necesarias? Y si no vuelvo, será, de veras, por falta de tiempo, o por rehuir la idea obsesiva? Quién sabe. Lo cierto es que tengo la certeza interior que a las viejas lecturas, a los libros lejanos, ya no regresaré nunca.

Y no se vaya a creer el lector que hablo de las obras esenciales, de aquellas a las que se refería Amado Nervo. No. Entre esos libros los hay humildes, escritos por hombres más que por escritores. Porque yo, a estas horas, ya no busco enseñanza en la lectura, sino las ideas personales que me puedan sugerir ocurrencias propias, simientes ajenas que más adelante puedan ser mías. Y eso lo puede dar cualquier escritor, desde el más grande hasta el más humilde. Con frecuencia una mala lectura produce una novedad, un hallazgo, algo que no está ni en autor ni en lector. ¿No dijo Guyeau que una obra es mucho más grande mientras más ideas, más sugerencias siembre en el lector?

Ya no volveré a Homero ni a Cervantes. Volví ayer a Rabelais, después de treinta años. Las líneas que entonces señalé ya no me sugieren nada, ya nada me dicen. ¿Tanto he cambiado desde entonces? No lo creo. Sino que antes amasadas con otras lecturas produjeron un fruto que ya me alimentó, que ya rindió el suyo. ¿Cuándo a los americanos de mi primera predilección? Acaso nunca más. ¿Por temor, por rehuir aquel doloroso pensamiento? ¿O será que mi curiosidad aún no satisfecha no quiere perderse de nada de lo que el tiempo presente nos va dando? Todo pudiera ser. De lo que estoy cierto es que, si hoy no me arredra ya la idea de la partida final, no quiero pensar en ella. Me pierdo de un gran placer, de un gran alivio, como es el trato con los libros del pasado. Pero el presente los produce magníficos, ya eternos desde ahora. A ellos me acojo, me entrego dichoso, y a veces me corresponden dándome olvido. Momentáneo sí, pero suficiente para superar ideas tristes, ratos amargos. Porque no hay pena por grande que sea, que no se disipe con un libro en la mano.

1º de noviembre de 1964

El libro, alimento cotidiano

Algo habrá que hacer para que el libro sea considerado como artículo de primera necesidad, como pan del espíritu que es. Algo habrá que hacer para que el escritor gane por lo menos lo mismo que gana el editor y el librero, quiero decir, el que lo vende. Aquella pregunta que se hacía Melchor Ocampo relativa al soldado con respecto del maestro, podemos hacerla ahora respecto del escri-

tor y del librero. ¿Hasta cuándo el hombre que escribe ha de estar por debajo del hombre que vende los libros?

Mariano José de Larra, que fue muy imitado en México, en su tiempo, dijo en el colmo de su desesperación, que escribir en Madrid era llorar. El paso siguiente, ya se sabe, fue separarse por su propia mano de la vida. Un discípulo suyo mexicano, Juan Díaz Covarrubias, escribió que en México sólo escribían los tontos y los locos. La tarea amarga y desdeñada del escritor en México, decía Ignacio Manuel Altamirano, en parecido trance. Uno de los grandes escritores mexicanos de nuestro tiempo, no sé si lo ha escrito en alguna parte, pero yo se lo oí, Rodolfo Usigli, postuló: “En México el escritor no vive de su pluma, muere de ella”.

Así parece ser. Sólo por excepción, algunos pueden vivir escribiendo o alcanzan que se les pague convenientemente. Recuerdo ahora a Francisco Bulnes, a José Vasconcelos, que como periodistas lograron sueldos que en su tiempo parecían lo máximo que se podía. Los demás, sólo han agonizado de su pluma.

Cada día los libros son más caros. No sólo el libro nuevo, sino el viejo, el de segunda y tercera y cuarta manos. En los últimos días esta circunstancia se advierte con mayor agudeza. El libro suele costar más de lo que el periodista cobra por su reseña, digamos, para poner un ejemplo. ¿A dónde vamos a dar si las cosas continúan así?

México ha hecho toda una revolución para enseñar a leer a su pueblo. Ahora que ya sabe no tiene nada que leer, no puede adquirir libros. Aparte la bendición de los textos gratuitos, algo hay que hacer para extender los beneficios de la lectura a todos los mexicanos. Cómo pudiera lograrse, lo ignoro: pero es evidente que existe la necesidad nacional de frenar el alza de los costos de los libros.

Una vez oí a un indio oaxaqueño, con lo cual quiero decir que era un indio, un discurso con este remate, si no exacto parecido. Yo –dijo– sé leer. Cuando vuelvo a mi casa, después de rendida la jornada diaria, tomo un librito que tengo y me pongo a leer. Pero entonces me acuerdo que no tengo manera de comprarle los libros a mi niño. Y entonces se me cierra el mundo, le digo “adiós” a la leyenda.

Como el pan, como el agua, como el aire, hay que considerar el libro un alimento cotidiano. Como se ha hecho con los artículos de primera necesidad –maíz, frijol, arroz– así hay que proceder con la letra: abaratarla, subsidiarla,

protegerla contra todo lo que pueda encarecerla. Libros para todos, al alcance de la mano. Pan del tamaño de su hambre, como dijo el poeta. Y libros del tamaño de la apetencia del saber del mexicano. No obra de particulares, sino uno de los esenciales del gobierno de la República, que debe serlo también de la otra: la república de las letras. Aquella sentencia de José Martí, sugerida por el ejemplo de Juárez, nos guíe en esa empresa: indio que sabe leer puede llegar a ser Benito Juárez.

8 de noviembre de 1964

Recuerdo devoto

Me place encontrar coincidencias entre nuestros escritores; me entretiene verificar que uno repite a otro. Le sigue, se inspira en alguna de sus afirmaciones. Señalé las que los historiadores de nuestras letras le deben a José Zorrilla, contenidas en la carta al Duque de Rivas: *México y los mexicanos*. Otra cosa es que no le hayan dado el crédito debido, acaso porque estaba –todavía lo está– en entredicho. Para definir de alguna manera los artículos literarios de Luis de la Rosa –un remoto precursor de Julio Torri y de Juan José Arreola– el autor de *Memorias de mis tiempos*, Guillermo Prieto, inventó la palabra “miniatura”, aplicada a las letras, cuando corresponde a la plástica. Luego Daniel Cosío Villegas, un literato que no persistió en la vocación, tituló así un precioso librito suyo, muy azorinesco: *Miniaturas mexicanas*, conjunto de pequeñas estampas, tales como las escribió Luis de la Rosa.

¿Qué cosa es una conversación?, se preguntaba Altamirano ante los artículos que Justo Sierra publicaba en el *Monitor*. Y se contestaba: las *Conversaciones del Domingo* es un capricho literario, pero un capricho brillante y encantador. No es la revista de la semana, tampoco un artículo de costumbres, no es la novela, no es la disertación; es algo de todo, pero sin la forma tradicional, sin el orden clásico de los pedagogos; es la *causerie*, como dicen los franceses, la charla chispeante de gracia y sentimiento, llena de erudición y de poesía; es la plástica inspirada que a un hombre de talento se le ocurre trasladar al papel, con la misma facilidad con que la verterían sus labios en presencia de un auditorio escogido. Y por ese tenor, Altamirano divaga en torno del género, invento de los franceses pero naturalizado en el mundo entero. De las *Con-*

versaciones del Domingo de Justo Sierra nacieron otras secciones literarias de parecido nombre, de similar inspiración; así las escribió Enrique Chávarri, “Juvenal”; así Manuel Gutiérrez Nájera; así Ángel de Campo. Acaso por una reminiscencia, capricho, *causerie*, llama Luis G. Urbina a sus artículos de periódico, a sus crónicas, escritas ni más ni menos que como las escribieron De la Rosa, Altamirano, Sierra, Nájera y muchos otros grandes escritores mexicanos: en la redacción de los periódicos. Literatura de pompa de jabón, para divertir a los muchachos de su tiempo. Así definió Urbina esa literatura escrita sobre la máquina, al correr de la pluma: mero pretexto para batir cualquier acontecimiento insignificante y hacer un poco de espuma retórica, sahumada con algunos granitos de gracia y elegancia.

Así, dicho con toda humildad, recato y pudor, suelo escribir estas *Alacenas*. Con angustia, temeroso de frustrar el tema, me pongo frente a la máquina, escribo el título de esta sección y me quedo en espera de la primera ocurrencia; cuando la tengo, voy ensartando recuerdos, divagaciones, cosas nunca antes pensadas. Y cuando vuelvo en mí, ya está hecha la *Alacena de minucias*. Oh, si algún día, alguno las recordara piadoso y le pluguiera mencionarlas, compadecido de quien, todos los sábados, al amanecer, las forjó con mente febril y mano y corazón temblorosos. ¿Puede aspirar a mejor gloria un pobre periodista, un jornalero de las letras?

15 de noviembre de 1964

Villancico y romance en Altamirano

En estos días he releído algunos de los libros de Ignacio Manuel Altamirano: *Clemencia* y *La navidad en las montañas*. He recordado la acusación de perezoso que le hicieron sus contemporáneos. Porque entonces, como ahora, hay quien quiera escritores farragosos, grafómanos. Cuando una vez dije que Altamirano había escrito muy poco, quise decir que lo había hecho en materia de creación literaria, porque en su tiempo periodismo y literatura estaban perfectamente deslindados, delimitados. Quizás Altamirano rehuyera, guiado por el indio que guardó sacramento, la prueba y el trance de la creación. Le ardraba enfrentarse con el monstruo, con estas terribles entidades que son las palabras, que reclaman machete más que pluma. ¿No dice en alguna parte mi

maestro Manuel González Prada que cuando no podía más con ellas las partía de un tajo, convertida la pluma en machete? Para que Altamirano escribiera *La navidad*, Francisco Sosa tuvo que secuestrarlo en su casa de Coyoacán, en la calle que ahora lleva su nombre. Ahí, en tres sesiones escribió ese hermoso relato, que pasa por uno de los mejores de su pluma. Y *Clemencia* ¿no remeda una larga conversación?

Sorprende la fobia, el desdén, con que dos de nuestros escritores, por cierto, de los más grandes, Mariano Azuela y José Vasconcelos, hablan de Altamirano. Azuela, que no andaba en busca de preciosismos de expresión, sino que escribía procurando traducirse sin engaños, y en quien las bellas expresiones son como flores que brotan a su tiempo, como producto natural, como abundancia del corazón, ¿qué tuvo en contra de Altamirano? Las ideas, no. Los dos fueron liberales. ¿La gloria que le pareció excesiva? Acaso. Pero la alcanzó legítima. En Vasconcelos, el caso es distinto. Su oposición a Altamirano ocurrió al final, en lo que él llamó “el ocaso de mi vida”. ¿Cuál ocaso si murió lúcido y apasionado, y rebelde, y combativo? La furia con que vivió sus horas postreras, ¿no son la mejor señal de que no tuvo ocaso? Se puso contra Altamirano, pero estuvo con él. Estuvo contra Melchor Ocampo, pero lo citó como mexicano ejemplar. Aquel su brillante discurso del “Día del Maestro” se inicia con un epígrafe de Ocampo: “¿Hasta cuándo llegará el día en que se aprecie más al hombre que enseña que al hombre que mata?”. No. La oposición a Ocampo, a Altamirano, a Ignacio Ramírez era por sus ideas liberales de las que no abjuró, sino en apariencia: para irritar, para sembrar dudas, para igualar en nuestro pecho derrota y éxito.

Pero no era lo que yo quería contar en esta *Alacena*. Lo que yo quiero señalar es que en *La navidad en las montañas*, Altamirano reproduce un villancico tomado de la tradición oral, y que nadie hasta ahora, si mis noticias no fallan, ha reproducido entre los modelos de poesía popular en México. *Pastores, venid, venid. / Veréis, lo que no habéis visto: / en el portal de Belén, / el nacimiento de Cristo*. Al final, llevado acaso por un afán de dar carácter realista a sus producciones, señala el lugar en que se encuentra: *Cantos populares* por Emilio Lafuente. Lo mismo hace con un romance de Lope de Vega, que un niño de escuela recita en la velada, aprendida de memoria ese año: “*Repasaban sus ganados / a la espalda de un monte / de la torre de Belén, / los soñolientos pastores*”.

Las dos piezas –el villancico y el romance– se conservan en tradición oral, aunque Altamirano sólo indique esa circunstancia en la primera.

Altamirano mismo, ello parece desprenderse de las circunstancias en que *La navidad* fue escrita, parece que sabía, villancico y romance, de memoria como nativo que era de la zona guerrerense en que el relato se sitúa.

¿Cuándo será que podamos ver reunido en volumen los romances tradicionales de México? Entre ellos, estará éste de Lope aquí aludido.

22 de noviembre de 1964

Remembranza de Egon Erwin Kisch

Si en otra ocasión he hablado de Egon Erwin Kisch, lo he olvidado. En todo caso, siempre se puede volver a aquel hombre y a aquel escritor verdaderamente extraordinarios. Náufrago de la guerra, vino a recalar a México allá por el año de 1939. No abandonaba su patria, no se alejaba de su casa, que siempre tuvo al mundo y a la casa de los hombres como suyos. Era un vagabundo, un vagamundo; casi no había país que no hubiera pisado, devorado por la curiosidad de conocer, de aprender caminando. Había estado en China, en Rusia, en España, siempre ávido de saber, de verificar que el hombre, esta pobre criatura deleznable, es idéntica en todas partes. Lo que veía, lo que sentía, lo que iba descubriendo, lo consignaba en un cuaderno y luego con esos apuntes construía libros, los levantaba, iguales que árboles que tuvieran raíces en el suelo y las hojas, y las flores, y los frutos en el cielo: libros rumorosos, cargados de trinos, de ecos que se podían escuchar, cualquiera que fuera el idioma en que estuvieran escritos.

Aquí, en casa de Gertrudis DUBY y de Frans Blom, lo conocí: bajo de estatura, de anchos hombros, ojos inquisidores, abundante de alegrías, pese a las malas jugadas de la vida. Aquella facilidad de hacer suya la tierra que pisaba lo convirtió de un día para otro en un mexicano más. Quería conocer su nueva patria y la buscaba en libros, en conversaciones, en inquisiciones personales; en la lectura de cuanto caía bajo su mirada; en las piedras venerables y antiguas; en el habla del pueblo; en la voz misteriosa y apenas articulada de las sombras de la noche. Cuando soplabla el viento, le placía escuchar el eco. Recorrió esta ciudad, no tan monstruosa entonces, de punta a punta. Se asomó a piqueras, a pulquerías, a figones; al barrio poblado de canciones, de malas palabras, de bravatas y blasfemias. Se fue lejos después: a Yucatán, a Oaxaca, a Chiapas, a

Campeche, al sur; a Sonora, a Chihuahua, a Coahuila, en fin, a todos aquellos lugares en donde vivieron los indios y pasaron los españoles. Ante sus huellas, las del español que no se enfría nunca, y la del indio que nunca se borra, se inclinaba, leía y traducía algo. Entró a las cabañas, visitó los ejidos; subió las cumbres, descendió a las laderas; su mano en la mano del indio; sus ojos en sus ojos; fue descubriendo a México, un México suyo que resultó idéntico al permanente, al que no cesa, al que no pasa: al México eterno. Y así, justamente así, se titula su libro: *Descubrimientos en México*. Un libro hecho con las noticias que otros acumularon, pero con las que él descubrió bajo la costra aparente. El pico y la pala que Nietzsche reclamaba para descubrir un país, en Egon Erwin Kisch se reducía a una pluma habituada a las profundas excavaciones. El viajero, el poeta, el historiador, el reportero genial, se aliaron para fraguar un libro fulgurante y original sobre nuestro país. Un hecho cotidiano, un trastorno de la naturaleza, tenían igual valor para Kisch. Nace un volcán, corre a verlo y escribe una crónica iridiscente; mira a la mujer del pueblo fabricar las tortillas y se arroba. Le enamora ese unánime aplauso de las tortillerías, ese ir de la una a la otra mano la masa que luego pasa al comal y llega a la mesa del pobre, calentita, dorada, ampulosa. Cuando llega a la boca, se diría que el indio la besa más que la come. No recuerdo si así lo dijo Kisch, pero así se me representa la página que consagra al pan indio.

Un día, nos dijo Egon Erwin Kisch que se iba. Otro día, un cable trajo la triste nueva de su muerte, creo que en su Praga nativa, a los sesenta y tantos años. Su libro, si no ha estado en tus manos, lector, debiera estar, y hoy mismo.

29 de noviembre de 1964

La Llorona

Una de las canciones más populares de México es, sin duda, *La Llorona*. Lo es desde que hará unos treinta años la cantaron por radio uno de esos conjuntos que, salvo excepciones, han dado al traste con las canciones populares. Antes, *La Llorona* sólo era popular en el Istmo de Tehuantepec, de donde es oriunda. Las coplas con que se canta son muy numerosas. Siempre lo fueron, pero por virtud de poderse acomodar a la melodía toda índole de coplas, puede cantarse noches enteras. Muchas veces he sido solicitado a reunir las; más

de una vez las he proporcionado a personas que querían reunir las para cantarlas; últimamente, una preciosa estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras estuvo en casa para recibir, al dictado, algunas que acaso todavía no hubiera recogido, para preparar una tesis acerca de *La Llorona* y las mil coplas con que se canta. Por algo será. Atento a esas circunstancias, quiero darlas a partir de esta *Alacena*; no todas las que puedan ser, sino nada más aquellas que oí desde mi niñez a personas que no sabían improvisar, ni leer, y que las repetían de la tradición oral. Porque, en su gran mayoría, están en la poesía tradicional española, como lo sabrá descubrir el lector con lecturas. Pondré primero —ya lo dije— las que oí desde siempre; luego, las que agregué, tomadas de la poesía popular; finalmente, las que he improvisado en fandangos y “huateques”. Dejaré fuera esa horrible con que inician *La Llorona* cancioneros y mariachis: “Todos me dicen el negro / negro, pero cariñoso”.

Generalmente, están en cuartetos los versos de *La Llorona*. Pero no es extraño que, a veces, lo estén en sextetos. De estos encontrarán los lectores algunos ejemplos; se acomodan perfectamente a la melodía con sólo evitar una de las repeticiones. Los versos con que se cantan ésta y otras canciones de México se encuentran esparcidos a lo largo y a lo ancho de América, por una razón muy sencilla: vinieron en la memoria de los conquistadores, al lado de los refranes. Lo mismo se los encuentran en Colombia, que en la Argentina; en Guatemala que en Honduras; en los llanos que en las sierras; en la costa que en las hondonadas. Porque, como muy bien dice la expresión, las palabras se las lleva el viento. Sino que las palabras, como las gentes, tienen sus preferencias de clima, de aire, de sol. Algunas prefieren las alturas, las tierras frías; otras, las de sol y luna claros. Se diría de otras que se cansan de volar y un buen día refrenan el vuelo y se quedan a vivir en algún lugar determinado. Así estas coplas de *La Llorona* que prefirieron las tierras soleadas del Istmo. Su número es infinito, o por lo menos, incalculable; un buen día, una buena noche, a ése mismo que no sabe improvisar, ni leer, le escuchamos una nueva copla que estaba olvidada, o sólo en espera de que otra copla, otra palabra, o la ocasión propicia, devolviera a la memoria. Porque las canciones, los refranes, tienen su ocasión, su oportunidad. De refranes, de coplas, de palabras, no se puede decir que en este o aquel lugar se desconocen, ya que, cuando menos se les espera, se presentan.

Muy viejas son las coplas con que se canta *La Llorona*. Muchas ya estaban en la tradición oral al ocurrir la Conquista; parece imposible que el soldado que

las trajo, en su mayor parte sin alfabeto, las hubiera aprendido en los libros. De otra manera, ¿cómo puede haber, entre esas coplas, versos de Góngora?

Pero se acabó el espacio. En la próxima *Alacena*, con sólo algunas palabras de introducción, daremos a la estampa las coplas prometidas de *La Llorona*.

13 de diciembre de 1964

Coplas de *La Llorona* (1)

Iniciamos ahora la inserción de las coplas de *La Llorona*, tal como se dijo en la última *Alacena*: las más extrañas y viejas, las menos conocidas:

*De las arcas de la fuente, Llorona
corre el agua sin cesar;
al amor de su corriente, Llorona,
mi amor comenzó a cantar.
Triste quejaba y ausente, Llorona,
sin poderlo remediar.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona que sí y que no;
la luz que me alumbraba, ¡ay, Llorona!,
en tinieblas me dejó.*

*De las arcas de la fuente, Llorona,
corre el agua y nace flor;
si preguntan quién cantó, ¡ay, Llorona!,
les dices que un desertor,
que viene de la campaña, ¡ay, Llorona!,
en la busca de su amor.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona del otro lado,
sólo que la mar se seque
nos seguiremos bañando.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona de ayer y hoy;
ayer maravilla fui, ¡ay, Llorona!,
ahora ni mi sombra soy.*

*Yo no quiero más sufrir, ¡ay, Llorona!,
andar en dos corazones;
una ocasión lo sentí,
lo siento en dos ocasiones.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona de azul celeste;
el que tiene nuevo amor, ¡ay, Llorona!,
nuevo mundo le parece.*

*Llorona, corazón, llora, ¡ay, Llorona!,
llora si tienes por qué;
que no es afrenta en un hombre, Llorona,
llorar por una mujer.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona llévame al río;
tápame con tu rebozo, ¡ay, Llorona!,
porque me muero de frío.*

*Águila es mi pensamiento, ¡ay, Llorona!,
gavilán es mi memoria;
estar sin ti es mi tormento,
estar contigo es mi gloria.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona de una alta cumbre;
yo soy como los arrieros, Llorona,
en llegando, enciendo lumbre.*

*De la mar yo recibí, ¡ay, Llorona!,
una carta de sirena,*

*y en la carta me decía, ¡ay, Llorona!,
quien tiene amor tiene pena.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona, llévame al mar,
a ver a los buceadores, Llorona,
que perlas van a sacar.
Dicen que el primer amor, ¡ay, Llorona!,
es grande y es verdadero,
pero el último es mejor,
y más grande que el primero.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona entre dos caminos,
ay, qué bonito es un beso
entre dos amantes finos.*

*Cuatro puertas tiene Francia, ¡ay, Llorona!,
cuatro tiene Alejandría;
cuatro pies tiene la cama, Llorona,
en que duerme la amada mía.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona de un campo lirio;
el que no sabe de amores, Llorona,
no sabe lo que es martirio.*

*Un corazón mal herido, Llorona,
sólo con llorar descansa;
el rico con su dinero, Llorona,
el pobre con su esperanza.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona del otro lado,
el que por su gusto muere, Llorona,
aunque lo entierren parado.*

Coplas de *La Llorona* (2)

Continuamos la publicación de las coplas de *La Llorona*:

*Las campanas claro dicen, Llorona,
las esquilas pregonando:
—Si mueres, muero contigo, ¡ay, Llorona!,
si vives, te sigo amando;
es cierto lo que te digo, ¡ay, Llorona!,
puedes publicarlo en bando.*

*Alza los ojos y mira, ¡ay, Llorona!,
allá en la mansión oscura;
una estrella que delira, ¡ay, Llorona!,
y tristemente fulgura;
es Venus que se retira, Llorona,
celosa de tu hermosura.*

*Tus trenzas causan despecho, ¡ay, Llorona!,
no por negras y sedosas,
sino porque son dichosas, Llorona,
cuando ruedan por tu pecho.*

*Dos besos traigo en el alma, ¡ay, Llorona!,
que no se apartan de mí,
el último de mi madre, Llorona,
y el primero que te di.*

*El verso que más prefiero, ¡ay, Llorona!,
ése no lo digo a nadie,
en el corazón lo guardo, Llorona,
y del corazón no sale.*

*Si porque te quiero, quieres, Llorona,
que yo la muerte reciba,
que se haga tu voluntad, ¡ay, Llorona!,
moriré porque otro viva.*

*Si porque te quiero, quieres, Llorona,
 quieres que te quiera más;
 te quiero más que a mi vida, Llorona,
 ¿qué más quieres?, ¿quieres más?
 Salías del templo un día, ¡ay, Llorona!,
 cuando al pasar yo te vi;
 hermoso huipil con blondas llevabas, Llorona,
 que la Virgen te creí;
 y aunque cerraste los labios, Llorona,
 por no responder mi adiós,
 tus ojos con su mirar, ¡ay, Llorona!,
 me prometieron su amor.*

*Cada vez que cae la tarde, ¡ay, Llorona!,
 me pongo a pensar y digo:
 —¿De qué me sirve la cama, Llorona
 si tú no duermes conmigo?*

*No es extraño que las olas, ¡ay, Llorona!,
 traigan perlas a millares,
 si a las orillas del mar, ¡ay, Llorona!,
 te vi llorar la otra tarde.*

*Al pie de un rosal florido, ¡ay, Llorona!,
 te vi llorar la otra tarde;
 de verte llorar las rosas, Llorona,
 marchitaron de pesares.*

*Yo me subí a un alto pino, ¡ay, Llorona!,
 por ver si te devisaba,
 y como el pino era tierno, Llorona
 de verme llorar, lloraba.*

*No llores cuando me muera, ¡ay, Llorona!,
 ni cuando me veas tendido,
 llórame cuando me lleven, Llorona,
 para el panteón del olvido.*

*A un santo Cristo de acero, ¡ay, Llorona!,
mis penas le conté yo,
¡Cuáles no serían mis penas, Llorona,
que el santo Cristo, lloró!*

*Traigo una pena, una pena, ¡ay, Llorona!,
que casi puedo decir,
que yo no traigo la pena, Llorona,
la pena me trae a mí.*

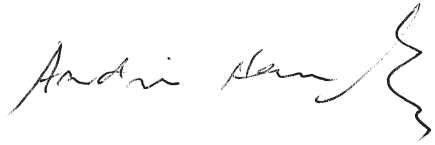
*¿Te acuerdas cuando pusiste, ¡ay, Llorona!,
tus manos sobre las mías,
y llorando me dijiste, Llorona,
que nunca me olvidarías?*

*Dicen que no tengo duelo, ¡ay, Llorona!,
porque no me ven llorar;
a tu corazón y al mío, Llorona,
se lo habrían de preguntar.*

*Cinco sentidos tenemos, Llorona,
los cinco los precisamos,
y los cinco los perdemos, Llorona,
cuando nos enamoramos.*

*Ojitos aceitunados, Llorona,
color de paño francés,
labios de coral partido, ¡ay, Llorona!,
quién los besara otra vez.*

*No lloro, pero me acuerdo, ¡ay, Llorona!,
de aquellos gustos que tuve:
me subiste y me bajaste, Llorona,
como el agua entre las nubes.*



Coplas de *La Llorona* (3)

Hay, entre las coplas de *La Llorona* que ahora publicamos, algunas que nosotros hemos compuesto en horas de fiesta, cuando la alegría alcanza su compás más alto, escala la peligrosa cima de las improvisaciones. No todas se recuerdan después, que algunas se las lleva el viento, o se pierden en la brumosa memoria.

*Mi novia me dio un besito, Llorona,
y en mi paladar quedó;
pero, ay, qué beso tan dulce, Llorona,
siete días me duró.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona, llévame a ver,
donde de amores se olvida, Llorona,
y se empieza a padecer.*

*Eres clavel, eres rosa, ¡ay, Llorona!,
eres nardo, eres jazmín;
rosa y azucena, hermosa Llorona,
que cultivé en mi jardín;
vine a decirte una cosa, ¡ay, Llorona!
“te he de querer hasta el fin”.*

*Hay dolores que se alivian, Llorona,
pero yo de este me muero;
y si volviera a nacer, ¡ay, Llorona!
moriría por ti de nuevo.*

*No quieras nunca saber, ¡ay, Llorona!,
de qué tamaño es el cielo,
dos cosas hay sin medida, ¡ay, Llorona!,
mi amor y mi desconsuelo.*

*Una vez yo vi el infierno, ¡ay, Llorona!,
y otra vez el cielo vi;
cuando me dijiste no, ¡ay, Llorona!,
y cuando me dijiste sí.*

*Yo no sé cuando es de noche, ¡ay, Llorona!,
yo no sé cuando de día;
porque no hay luz y no hay sombra, ¡ay, Llorona!,
si no te veo vida mía.*

*Tengo una pena, una pena, Llorona
que muy bien puedo decir
que no soy quien tiene pena, Llorona
la pena me tiene a mí.*

*En celda gris, ¡ay, Llorona!
triste cantaba un jilguero;
Estas rejas son de plata, Llorona,
y acero las de tu pecho.*

*Ay de mí, Llorona
Llorona que así decía:
¿cómo puedes ser gris celda, Llorona
si eres la misma alegría?*

*Anoche tuve un mal sueño, Llorona
que unos ojos negros me mataban;
eran tus divinos ojos, Llorona,
que sin cesar me miraban.*

*Ay de mí, Llorona,
Llorona del campo verde,
el que derrotado sale, Llorona,
hasta la cola se muerde.*

*Dos fechas de calendario, ¡ay, Llorona!
apunté yo en mis papeles:
cuando Alfa me dio su mano, Llorona,
y cuando nació Cibeles.*

3 de enero de 1965

Coplas de *La Llorona* (4)

Recapitulemos. Éstas no son todas las coplas de *La Llorona* que yo haya oído cantar. Sino las que he oído hasta hace un cuarto de siglo, más o menos. En los últimos tiempos, cantores de algunas y de abundantes lecturas, han incorporado a las coplas primitivas, algunas, si viejas, recién llegadas a la letra de la preciosa canción. Pertenecen al viejo folklore literario español y al hispanoamericano, aunque quien las cantara la primera vez, quiso pasarlas como propias, como improvisadas. Ahora que las reúno en un cuaderno, daré algunas noticias de ellas, por verbigracia, donde se encuentran.

*La pena y la que no es pena, Llorona,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte, ¡ay, Llorona!,
y hoy peno porque te vi.*

*Las estrellas en el cielo, ¡ay, Llorona!,
forman un manto imperial;*

*mi corazón por el tuyo, ¡ay, Llorona!,
y el tuyo no sé por cuál.*

*Cuándo querrá Dios del cielo, ¡ay, Llorona!,
y la Virgen de la Luz,
que tu ropita y la mía, ¡ay, Llorona!,
las guarde un mismo baúl.*

*Dos corazones unidos, Llorona,
en una fina balanza;
el uno pide justicia, ¡ay, Llorona!,
y el otro pide venganza.
Si me voy siento una pena, ¡ay, Llorona!,
si me quedo, siento dos;
por no sentir ni una pena, ¡ay, Llorona!,
ni me quedo ni me voy.*

*No creas que porque canto, Llorona,
tengo el corazón alegre:
también de dolor se canta, ¡ay, Llorona!,
cuando llorar no se puede.*

*Ya no llores, ya no llores, Llorona,
deja de verter tu llanto;
porque entrísteces, Llorona,
al hombre que te ama tanto.*

*Ya les doy la despedida, ¡ay, Llorona!,
como la dio San Pedro en Roma,
entre tantos gavilanes, Llorona,
¿quién te cazará, paloma?*

10 de enero de 1965

Poetas oaxaqueños

Recuerdo haber escrito hace algunos años que no dejaba de extrañar que ninguna de las antologías mexicanas registrara el nombre de un poeta nacido en Oaxaca. Quizá agregara que el genio oaxaqueño no se expresaba en poesía, sino en artes plásticas, en música y en política. Me refería, claro, a las antologías hechas con rigor estético, con gusto personal depurado tras abundantes lecturas. Y de ninguna manera a aquellos muestrarios que sólo querían reunir a los poetas nacionales de algún renombre para exaltar el desarrollo de nuestra lírica; más por su abundancia que por sus calidades.

No faltó quien me llamara la atención por aquellas afirmaciones. Y como yo no procedía por desdén, sino, acaso, por desconocimiento, revisé la producción poética oaxaqueña. Di, de esa manera, con Patricio Oliveros, autor de dos o tres sonetos de robusta inspiración y enérgica y bella factura: “Piloto por el mar”, dedicado a León XIII; “La espina del amor”, y “La vaca prieta”. Reencontré a Manuel E. Rincón, quien compuso un soneto, “En el baño”, que Juan de Dios Peza recoge en *La lírica mexicana* (Madrid, 1879); y de un poema “Ausente de mi hija”, que el lector puede ver en *México poético*, antología formada por Adalberto A. Esteva (México, 1906); así como de otras composiciones reunidas por Alfonso Francisco Ramírez en su *Florilegio de poetas y escritores oaxaqueños* (México, 1927). Otros poetas de Oaxaca podrá haber, pero ahora sólo esos nombres acuden a mi memoria. No deja de llamar la atención que a ninguno de ellos incluya Emilio Rabasa en *La musa oaxaqueña* (Oaxaca, 1886), no obstante que los dos ya eran conocidos en el ambiente literario de México y de Oaxaca. Manuel E. Rincón había nacido en la Vieja Antequera en 1841 y Oliveros, dice Efrén Núñez Mata –poeta que ahora acude a mi memoria– que ya era maestro por los años de 1882 a 83, en las aulas oaxaqueñas por las que Rabasa acababa de pasar.

De Rincón –murió en la Ciudad de México el 4 de mayo de 1902– trasladamos a continuación “En el baño”, para satisfacer a un coterráneo que lo ha solicitado:

*Del escondido bosque en la espesura
que cubre a trechos el azul del cielo,
do canta el ave con amante anhelo,
y el áurea tibia de placer murmura*

*Blanca, gentil, radiante de hermosura,
cubierta apenas con ligero velo,
el pie desnudo; destrenzado, el pelo,
a Leída vi junto a la fuente pura.*

*Yo vi espiados en la linfa clara
aquellos sus contornos soberanos,
que de Milo la Venus envidiara;*

*Yo vi de su belleza los arcanos,
y un suspiro lancé; volvió la cara,
y al blanco seno se llevó las manos.*

17 de enero de 1965

El lunar de Cuauhtémoc

Hace años tuve necesidad de saber cómo se llama en lenguaje científico, quiero decir médico, ese lunar que nosotros los indios tenemos en la región sacra, o en la rabadilla, para decirlo de una manera natural. Recurrí a un amigo doctor en medicina, como es de suponer. La pregunta, por inesperada, no pudo contestarse satisfactoriamente. Mi amigo luchaba por darme respuesta, a más de rápida, correcta. Mientras hablaba conmigo al teléfono, la afanadora que a la sazón hacía la limpieza, se detuvo a oír. Viéndolo en aquel trance, intervino. Espera un momento dijo mi amigo el médico. Y pude oír lo que la mujer del pueblo le decía: “No se haga bolas, doctor. Se llama lunar de Cuauhtémoc”. ¿Puede haber una concepción más exacta, más escalofriante por su justeza. Ese lunar que tenemos y que no se va de nuestro cuerpo, es uno de los signos distintivos de nuestra nacionalidad. Han pasado muchos años. Ayer, en una conversación que no recuerdo cómo derivó hacia el conflicto de razas y culturas que somos, alguien volvió a mencionar el lunar de Cuauhtémoc. Y yo volví al trance que me llevó a indagar cómo es que se llama esa mancha en términos médicos. Pero no me importa resolverlo, sino divagar en torno a esta ocurrencia; que también en las letras hay un lunar de Cuauhtémoc.

Se dirían que las cosas no andan aisladas, que se conectan de modos misteriosos; a ratos, de cerca; a veces, de lejos; por ecos, por resonancias. Ayer nomás releía a Unamuno, digo, algunas cosas de Unamuno. De pronto, me detuve en una de sus afirmaciones relativa a la nacionalidad de las letras, al lunar que deben tener. Habla don Miguel del *Martín Fierro*, al que volví hace unos meses, libro al que prefirió sobre muchos de las letras hispanoamericanas. “Soy uno de tantos españoles –dice– que al coger una obra americana queremos que nos traiga soplo de la vida de la tierra y de la gente en que brotó, intensa y verdadera poesía, y no literatura envuelta en tiquis-miquis decadentistas y exóticas flores de trapo”. ¿Hemos pedido nosotros otra cosa a los mexicanos, entre quienes abundan los poetas, novelistas, dramaturgos sin originalidad, sino meros calcadores? ¿A pintores, a quienes se diría que se les oyen las tintas?

Pues bien, algo olvidó Unamuno, y es que en el escritor que más disimula su origen, su máscara, su raíz, se cuele un matiz, una palabra, un giro, un silencio, una pausa que denuncia su cuna: el lunar de Cuauhtémoc para decirlo de una vez. No lo dijo Unamuno, pero siempre descubrió en los libros que leía el elemento español, envuelto, oculto, en el indio, en el autóctono, en el nativo. Y cuando lo encontraba, lo exhibía ufano, para que los vanos, los que rehúyen su tierra, por ser de otros lugares, vean que no pueden, que no podrán jamás negar la cruz de su parroquia: siempre se es de alguna parte, se viene de alguna parte, se tienen padres que no se dejarán negar; la patria es celosa, brega por sobrevivir, por permanecer. Por eso, sin que el escritor, el artista, se den cabal cuenta, se cuele por el más minúsculo resquicio: ponen su lunar.

Está bueno saberlo todo y hay que saberlo, pero a la hora de escribir nuestro poema, nuestro relato, olvidarlo todo, que en olvidar lo leído consiste la buena memoria en la literatura. Un libro, si igual que un hijo, se hace con la ayuda de nadie. ¿Estamos?

24 de enero de 1965

No quiero encontrarte nunca...

Esta mañana, impulsado por la lectura de un libro acerca de un gran escritor español que nutrió mi juventud, volví a uno de sus libros. ¡No lo hubiera hecho! Después de treinta años –lo leí en la Semana Santa de 1929– sorprende que de aquella manera me hubiera subyugado, hubiera entretenido mis horas, sumara al pan que requería mi ánimo, tanto y tan dorado trigo. Como en otros días los libros de Juan Ramón Jiménez –el *Platero*, en primer lugar– y los de Eugenio D’Ors –*La bien plantada*, sobre todo– fueron los libros de mi autor los que más regalé, principalmente a mujeres.

Yo no quiero decir que no tiene la calidad que tiene, que todos reconocen y proclaman, sino, nada más, que ya no responde a las preguntas que en aquella ya lejana fecha le formulé. Sólo quiero decir que es un peligro releer a ciertos autores, volver a ciertos libros, porque ni el tiempo deja de correr ni los hombres se detienen. Y al cambiar, al crecer, el mirador, el Belvedere, presentan otras perspectivas, retocan el paisaje humano. Pudiera ser que no fuera el autor de mi juventud quien descendiera, sino yo, el lector, quien descendió.

No quiero decir, pues, otra cosa sino que no todos los libros resisten una relectura. Y que más vale conservar de ellos un buen recuerdo: aquel que promovieron cuando por primera vez vinieron a nuestras manos. Leer es, en cierto modo, preparar recuerdos, anticipar la levadura para nuestro pan futuro. ¿Por qué, entonces, esa insistencia, esa tentación de volver a los libros del pasado?

Pero, ¿por qué hay autores a los que siempre se puede, y aun se debe, volver? Se debe, es cosa que todos saben, porque contienen un elemento de permanencia, de eternidad, que los coloca fuera del tiempo, de circunstancias pasajeras. Clásicos, les llamamos. Son, como dijo Vasconcelos, los libros que se leen de pie, los que empujan por los talones, los que agrandan el mundo. Los otros, de los que también habla el filósofo, se leen sentados: enseñan, instruyen, entretienen, ayudan a vivir, pero pasan. Sobreviven los libros que remueven el alma, que la agitan, que producen un sentimiento de zozobra y de naufragio. Autores que parece que van a frustrar el tema, que no se desprenden de la tierra, que hablan nuestro mismo idioma, que crean en el lector la idea de que ellos han pensado las mismas cosas y de que podrían escribirlas. Nada más lejos de la verdad, sin embargo. Lo que ocurre es que están diciendo cosas que hemos pensado, que flotan en nuestro aire en espera de que alguno las capte, las aprisione, las reduzca a letras, a palabras. Lo contrario abunda

también. Esto es, que un escritor trate de un asunto en el que nunca hemos reparado, pero de tal manera humano, tan de la vida, que se encontraba latente en el lector; y lo que hizo el poeta, el filósofo, el dramaturgo, el novelista fue ponerlo a flote. Parteros, por eso, pueden ser los artistas. Penas que no sabíamos que arrastrábamos, nos las vienen a curar los poetas. Y no sólo, sino como a prevenir futuras penas. ¿No ocurre, a veces, que al salir de un concierto, de un recital de poesía, estamos como aliviados de dolores que no sentíamos? ¿No parece, en ocasiones, que hacemos acopio de alegrías para las horas aciagas, para las tardes nubladas?

No. Yo no recomiendo no volver a los libros, sino no condenar, no relegar al olvido a aquellos que hicieron nuestras delicias pasadas. Porque –lo dijo Arturo Capdevila– no es bueno hablar mal de las alegrías que fueron.

7 de febrero de 1965

Gilberto Chávez, viejo pintor

Del barrio indígena ya no queda más que el nombre: Actipan. Grandes edificios, amplias calles, avenidas por las que transitan veloces automóviles, lo han transformado de tal manera que ya sólo por un esfuerzo de la imaginación puede reconstruirse. Allí vivió hace un cuarto de siglo Pablo Neruda; en una vieja casa que ya no queda rodeada de árboles gigantes se bautizó Cibeles Henestrosa; en sus cercanías, en una callecita de sólo unos cuantos metros, vive ahora el pintor húngaro André Salgó. En una casita cuyo jardín recortó el urbanismo vive, centenario casi, Gilberto Chávez.

La otra mañana, tras varios lustros de no verlo, me vinieron antojos de buscarlo. Tenía la idea de que su casa había desaparecido al trazarse las nuevas calles, al convertir el barrio en zona moderna; preguntando a los vecinos, di con él. El solar se reduce ahora a la sola superficie de la casa; una casita mexicana por todos lados; pero ya no están en la puerta las jaulas con los pájaros que trinan; las tapas por donde andaban las lagartijas ya no están cubiertas de enredaderas; quedan sólo unas cuantas matas, unos tiestos, unos rosales, signos conmovedores de la casa mexicana, del barrio y de la provincia.

Pero queda allí, tal y como hace un cuarto de siglo, don Gilberto Chávez, buen conversador, de mexicanísimo hablar, lleno de recuerdos de su pueblo

natal, uno de Michoacán, como todo viejo pronto a la evocación, al retorno a la niñez, aquella isla de oro que dijo el poeta. Añora los años pasados en que podía, sin moverse de su casa, divisar desde la azotea los volcanes, las lejanías, la luz del Valle de México. Ahora, aunque todavía le queda alguna luz en los ojos, ya no podría gozar de aquel paisaje: el humo de las fábricas, los altos edificios, no se lo permiten. Pero describe aquel ambiente con lenguaje rico y abundante, como de hombre culto, delicado artista que es Gilberto Chávez. Ya nada queda de su amado barrio, a no ser los cuadros en que lo pintó y redujo, más allá del tiempo y del espacio. Se distribuyen estos paisajes –acuarelas, óleos, dibujos– por toda la casa, con lo cual pudiera decirse que si el ambiente, la atmósfera del barrio desapareció en el exterior, ha quedado prisionero allí dentro y que Gilberto Chávez sigue gozándolo, recreándose con su presencia. La luz del altiplano que tanto atrajo ahora cien años a Zorrilla y que lo describió embelesado, esta prodigiosa claridad llena de misterio que es la luz, monstruo contra el que han luchado todos los pintores, la tiene en casa Gilberto Chávez, ordenada, sumisa en sus pinturas. Ya no tengo ojos, dice, sino muy pocos. Ya no tengo oídos, dice, sino escasos. Pero adivina, pero reconstruye los colores, pero los imagina. Se ha quedado Gilberto Chávez lleno de ecos, de voces, de palabras que place escuchar en sus soledades.

Ya no pinta Gilberto Chávez. Sus años, la desaparición de su barrio de Actipan, lo han reducido a la quietud, que no siempre quiere decir ocio, holganza, inactividad. El viejo pintor conserva mucho de los entusiasmos, de las alegrías que dan sentido a la existencia. Cuando traspaso las puertas de su casa me reconoce, más por mi voz que por mi presencia física, también ya retocada por el tiempo. Como cuando lo visité por la primera vez, me habla de mis trabajos literarios; con pasos seguros va al estante y localiza *El retrato de mi madre*. El título lo lleva a uno de sus mejores cuadros: el retrato que pintó de su madre agónica. Una obra de arte, una pieza que no desmerece junto al mejor que recordemos. El ambiente se turba, flota en el aire un tinte de tristeza y prefiero despedirme.

Ya en la calle, descubro que esta mañana de domingo se parece mucho a otras que creía olvidadas: alta, azul, inmaculadas. Lástima, me digo, que Gilberto Chávez ya no pueda gozarla en su plenitud. Pero con gozarla otros, sin duda que se consuela.

Epítetos contra Bustamante

Ya lo hice en otra ocasión con José Joaquín Fernández de Lizardi y con Guillermo Prieto. Lo hago ahora con Carlos María de Bustamante, el otro llevado y traído, tan zarandeado y maltratado escritor oaxaqueño: enlistar los denuestos, los adjetivos denigrantes con que han querido humillarlo sus enemigos políticos, los de su tiempo y los de ahora. Lo voy a hacer de memoria, con peligro de consignar alguno, si no es que algunos, que no se hayan escrito y estén por escribirse. No vaya a creerse, si esto ocurre, es decir, que apunte calificativos nuevos, que me orilla a ello una oculta intención ofensiva. No. Nada más parto de lo que ya le tienen dicho y de lo que he observado que acaece con otros escritores y con el mismo Bustamante: que con apoyo en la ya dicho, los sucesores de Lucas Alamán y de Joaquín García Icazbalceta se complacen en inventar. Los adjetivos con que el primero atropelló al insurgente han tenido larga descendencia; los que José Zorrilla empleó contra Lizardi y Prieto han dado a luz muchos hijos.

Vuelvo a mi tema. Bustamante es apresurado, contradictorio, vulgar, exuberante, pintoresco, herodótico, bullicioso, vergonzante, hojalatero –de ojalá: ojalá ocurra esto o aquello–, malagradecido, voluble, crédulo, infantil, extravagante, chabacano, desordenado, falso, gárrulo, malévolo, maligno, escandaloso, farragoso, chocarrero, cándido, ingenuo y no recuerdo qué más.

Pero su obra no es del todo inservible, injodible, como se diría en el español criollo de Tehuantepec. Algo hay en ella que se puede salvar, que puede orientar, si bien con machete en mano. Pese a los entusiasmos que la dictaron, los odios, las falsedades y los dicerios contra los realistas de que está plagada, sirvió a sus peores enemigos. Alamán, el primero. Una insípida novela que proporcionó noticias, y sigue proporcionándolas, para la redacción de otras novelas famosas. Pero no nos apuremos, lector: novela llamó Marcelino Menéndez y Pelayo a *Los comentarios reales* del Inca Garcilaso, el primero y más grande de los escritores de América de todos los tiempos. Qué diferencia con Lorenzo de Zavala, con Lucas Alamán, con García Icazbalceta, todos, tres más enemigos que amigos de la independencia nacional. Pero Bustamante, con parecidas pasiones, yerra menos que Alamán sin tener su genio. Hasta cuando decía la verdad, mentía el pobre Bustamante. Sólo se equivoca, decía el mediocre José María Tornel, cuando dice la verdad. ¿Lo dijo él o fue otro? Su pluma era un pincel grosero que mojaba en tintas de ira y de encono, dijo otro. Pobre, don

Carlos María, qué de cosas te han dicho y te van a seguir diciendo. Pobre de México, dijo otro, que tiene como autor de sus anales a una persona de mala fe, sin instrucción, carente de crítica. Pero Bustamante era, a veces, honesto; a veces juicioso; a ratos, acertaba; se conducía como historiador, a ratos. Era, no podían dejar de reconocerlo, un buen mexicano, un fervoroso soldado de su causa, un patriota ejemplar. La lástima es que fuera tan poco marcial para andarse vistiendo el traje militar, cuando soldado de Morelos. Amaba la virtud y la libertad. Entre dardo y dardo, alternando cal y arena, Alamán dijo que su estilo era fácil, fluido, claro; a veces hasta elegante y con frecuencia animado y sentimental.

Las notas con que enriqueció las obras ajenas que editó son impertinentes, inoportunas, ridículas, fastidiosas, obscenas, ociosas.

¿Qué más? Muchas otras cosas que ahora no ocurren a mi mente en esta *Alacena* deliberadamente escrita a la manera de Bustamante: sobre la marcha, a golpes de entusiasmo.

Una ocurrencia final. En las vísperas de su muerte, Vasconcelos leía a su paisano don Carlos María de Bustamante. Porque él sigue con sus libros en las manos. Porque no han caído de las manos del lector.

21 de febrero de 1965

¿Bustamante, historiador?

¿Qué era Carlos María de Bustamante ante sus propios ojos? Desde luego, no un historiador. Era, nada más, un testigo de los hechos, un actor de nuestra historia independiente. Más de una vez lo dijo de su libro principal; ésta no es una historia, sino las noticias, los documentos, para que una pluma mejor cortada que la mía la escriba alguna vez. ¿Qué es don Carlos María de Bustamante para los que mejor lo han juzgado? Pese a su autocalificación, lo consideran un historiador que pudo decir, como Bernal Díaz, “yo lo vi, yo estuve allí”. Carlos Pereyra, tan acre enemigo de Bustamante, funda sus opiniones y sus entusiasmos por la obra de Bernal Díaz, justamente en esa circunstancia: la de haber sido testigo presencial, y lo proclama, por eso, de acuerdo con el título de su libro inmortal, el verdadero historiador de la Conquista. ¿Por qué en un caso de una manera y distinta en el otro? Razones de odio, de la pasión

que la razón no conoce. Y, ¿no es para gran parte del mundo nuestro Pereyra un gran historiador? Toda la obra de Pereyra —a quien por una aberración hemos llevado a la Rotonda—, digo la que corresponde a la segunda parte de su vida, está enderezada contra México, o contra una de las maneras de México, si se quiere. Uno de sus últimos libros, si no es que el último, lo revela todo en su solo título: *México falsificado*. Su epígrafe es, igualmente, revelador de su estado de ánimo, de su concepción de la historia mexicana: “No vengo a decir cuáles son las verdades ocultas entre tantas mentiras, sino cuáles son las mentiras que impiden el paso a tan poca verdades”. ¿Quién puede decir que Pereyra no es un gran literato? Lo es de manera soberana. Pero en cuanto historiador, procede sin aquella pasión fría que quería el filósofo alemán. Todo cuanto se refiere a Cortés, a la Conquista, al régimen colonial, es punto menos que perfecto. Todo cuanto ve al mundo indígena, a sus instituciones, a su cultura, es para don Carlos punto menos que barbarie. Nada de aquel mundo le gustó, no obstante hombre culto, cultísimo.

Yo escribo sobre la máquina, pero recuerdo ahora que una de las maneras que tuvo de ofender a la Malinche fue diciendo que “era de una fealdad imponente”. ¿Qué hubiera dicho de ella y de sus congéneres de no haber sido la eficaz aliada de Cortés?

No es, pues, cultura, información, erudición lo que hace falta para mejor guiarse por los campos de la historia patria. Cultos, cultísimos, han sido muchos de los que peor nos han calificado. La fobia contra don Carlos María de Bustamante viene de otras cosas. De más atrás le viene al garbanzo el pico. Es porque fue insurgente, porque enturbia la prosa clara de Lucas Alamán, tan buen prosista, tan buen gramático, tan enterado. ¿De dónde sale Bustamante a enmendarle la plana, a ponerle un pelo en la sopa? Inculto, incorrecto, incorrectísimo, revuelto, crédulo —son adjetivos de Carlos González Peña, su otro tocayo— pudo, sin embargo, evitar que el juicio sobre los hombres y la guerra de independencia no cayera del lado de don Lucas. Voluble, malicioso, apasionado, ingenioso —son adjetivos de Julio Jiménez Rueda— Bustamante, no obstante, está vigente.

¿Qué era, pues, Bustamante? Urbina dice —*La vida literaria de México*— que era un narrador lleno de variedad. Un periodista que escribe historia, mediante impresiones rápidas y una inagotable vena satírica, concluye Jiménez Rueda que fue Bustamante. Todo fue don Carlos, como es frecuente que ocurra en épocas turbulentas. Periodista, historiador, traductor, editor, autor

de diarios y memorias. La prisa con que anduvo no le dejó tiempo para cuidar su prosa, para limar sus creaciones, que, de hacerlo, lo más seguro es que bien poco hubiera publicado. Así como es, está muy bien. Quienes deben mejorar son sus enemigos, que muchas veces lo son de oídas, es decir, por repetición, por no atreverse con los maestros. Y ese día va a llegar; abundan los indicios; el último, un donoso ensayo de Juan A. Ortega y Medina, quien lo ve con ojos limpios de resentimientos.

28 de febrero de 1965

Se hizo el muerto...

Yo recuerdo siempre a Salvador Toscano, mi buen amigo; no olvido su temprana y trágica muerte: imagino hasta dónde pudo llegar como escritor, historiador, crítico de nuestras artes. Ahora acabo de soñarlo. Estaba como al final de sus días: vestido como para salir de excursión, en viaje de estudio: puestas las botas, la cámara fotográfica, prevenido con todos los arreos científicos. ¿En qué ciudad? No en México. Acaso en Oaxaca, último lugar que visitó, postrero sitio en donde lo vi. Tal como fue así estaba: delgadito, apenas una pequeña llama al viento de la vida; pecoso, como siempre fue: ya en los ojos, el campo de sus exploraciones, de los que hablaba como si estuviera ya en plena actividad. Cuando yo tenga un hijo, decía Byron, no haré de él una cosa grosera, ni comerciante, ni abogado; haré de él un pirata. Y en sus ojos, al contarlo, ya podía verse la bandera del pirata, con los signos de la muerte. El recuerdo de esa lección me vino durante el sueño.

¿Por qué habré soñado a Salvador Toscano? Ya dije que lo recuerdo siempre y nada de extraño puede haber que a veces lo sueñe. Pero he querido averiguar la razón. Y no tardo en dar con ella. Anoche, durante la sesión de la Academia Mexicana de la Lengua, Justino Fernández, último académico electo, leyó la carta con que envió para la biblioteca de la institución unos libros que el Instituto de Investigaciones Estéticas que dirige ha publicado. Entre esas obras no se encuentra el libro de Toscano: *Arte precolombino de México y de la América Central*. Pero sí están los *Anales*, en los que Salvador Toscano colaboró, en los que hizo sus primeras armas, es decir, le brotaron las primeras plumas de las alas. Lo recordé vagamente, sin precisarlo, sin que llegara a la plena

conciencia, y yo he podido establecer que siempre que esto ocurre el sueño viene a completar el cuadro que dejamos a medias. Por eso soñé hace unas horas a mi amigo Salvador Toscano, un renuevo de las patrias letras que un soplo helado marchitó.

Muy pronto se hizo famoso Salvador Toscano. Antes que Octavio Paz, su compañero y amigo, ahora cargado de fama. Del joven que escribió unas titubeantes composiciones en *Barandal*, en los *Anales* del Instituto de Investigaciones Estéticas, pasó, casi sin transición, a la vuelta de unos cuantos años, a escribir el libro que lo consagra: *Arte precolombino*. Lo había dejado en el ensayo sobre legislación indígena, materia de su tesis recepcional, y al volver de los Estados Unidos lo encontré autor de su libro fundamental, todavía impar en muchos aspectos. ¿Cómo pudo ocurrir esto?, me preguntaba. Y sólo encontré respuesta cuando en plena juventud, en el tembloroso tránsito de la flor al fruto, vino a morir de muerte repentina.

Yo no digo que supiera qué iban a ser muy sus días, pero así se comportaba. Un perseguido parecía. Alguna vez me dijo que me apurara en escribir algo, porque la vida no era nuestra, sino que la teníamos nada más prestada. Lo que sea, escribe, me dijo. Y agregó: “si algo de más volumen hubieras hecho, ahora lucharíamos para que fueras mi sustituto” –se refería a la Dirección de Artes Plásticas. En una fiesta se hizo el muerto, y lo velamos. En Oaxaca, la última mañana, convinimos en hacer un viaje a Yucatán en compañía de Gabriel Ramos Millán, su amigo hasta la tumba. Yo juro que en sus últimas palabras quiso borrar el resquemor que me pudiera quedar de alguna brusquedad con que alguna vez me tratara. Yo no la registré, no quise registrarla, y puse por encima de todo la admiración que siempre sentí por sus trabajos.

Por eso lo recuerdo siempre. Por eso no olvido su doloroso tránsito. Por eso imagino los libros que pudo escribir, si la muerte, la celosa muerte, no nos lo hubiera llevado tan pronto.

7 de marzo de 1965

Protocolo y razón sumaria

Fray Leonardo Levanto (¿Sevilla?-Oaxaca, 1758), autor de artes y confesonarios en lengua zapoteca, escribió también un *Protocolo y razón sumaria del*

Archivo del Convento de Santo Domingo de Antequera, hasta ahora inédito.* Su original se encuentra en la Middle American Research de la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. Obra de grandísimo valor para la historia de la ciudad de Oaxaca, en los primeros años de la Conquista. Cómo fue a parar a la Biblioteca de la Universidad de Tulane es cosa que ya hemos contado alguna vez, pero conviene recordar que fue vendida por William Gates, quien lo hubo en Oaxaca durante los días más difíciles de la Revolución Mexicana, vendido por algún par suyo.

En el *Protocolo y razón sumaria* se encuentra un documento de la pluma de fray Francisco de Burgoa, nuestro mejor y único, rico y enmarañado cronista; la pieza no fue recogida por Gabriel Saldívar entre los papeles inéditos de Burgoa, en ocasión de haberse publicado por el Archivo General de la Nación las obras del dominico.

Dice así:

El Maestro fray Francisco de Burgoa Calificador, Comisario, Corrector, y Visitador General de libros por el Santo Oficio, y Prior de este Convento de Nuestro Padre Santo Domingo de Oaxaca: Certifico y hago saber a todos los Reverendos Padres Piores, y demás religiosos que por tiempo fueron en este dicho convento, como hoy domingo, que se contaron 22 de diciembre de este presente año de 1647 como a las nueve de la mañana, fui en compañía del Padre Juan de Lugo, Morador y Vicerrector, que ha sido del Colexio de La Compañía de Jesús de esta Ciudad, y del Padre Procurador General fray Ramos de Lubiaga, y del hermano Miguel (1) administrador de la hacienda, que dichos Padres de la Compañía tienen después de la puente caída camino real de Cuyotepeque a la dicha hacienda: y habiendo dudado dichos Padres sobre los mojones, y linderos de sus tierras, sacamos casa uno de su parte los papeles, títulos, y escrituras, de las que a cada cual pertenecían; para que de mancomún, evitando pleitos, y diferencias, indignas aun de pensarse entre Religiosos tan graves: y constando de los propios, y términos de (2) y con una posesión se apreudiesen: habiendo mostrado, y (3) todos los papeles, mercedes, títulos, donaciones, capellanías, escrituras de venta, que son muchas, y varias pertenecientes a nuestra hacienda y labor, y pan llevar, que tenemos después de los ejidos de esta Ciudad, entre términos del Rey, y Marqués del Valle, entre tierras de Talistaca por las vertientes, que van de una sierra, yendo a encontrar el camino real del pueblo de Cuyotepeque, que va al Puerto de Huatulco mirando hacia el pueblo de Xoxocatlán hacia el Sur,

*En 2008, la Fundación Alfredo Harp Helú y la Secretaría de Cultura de Oaxaca publicaron la obra.

van caminando nuestras tierras al pie del cerro Mexicatepeque hasta la Galera antigua de la Ciudad, donde estuvo Chavira, y labró unos paredones de mampostería para una Galera de Xacal: desde donde empiezan los términos de un breve sitio, de que la Ciudad hizo merced al Convento, y Religiosos, y Convento de San Agustín solo para tener en la loma que se sigue corral, y abrevadero de hasta seiscientas cabezas de ganado para su sustento, y el bajío que le correspondiere sembrar algunas legumbres. El cual dicho sitio llega hasta el Xacal, y corral, de que la dicha ciudad hizo merced sin tierras al Colexio de la Compañía de Jesús: y habiendo conferido de nuestros papeles, y títulos con los del dicho Colexio de la Compañía con prevención, y citación de más de dos meses nos mostró, ni halló el dicho Padre Juan de Lugo y el hermano Miguel (4) más que tres papeles, el uno de la escritura de compra que hicieron a los Padres de San Agustín de dicho sitio referido, otro título de merced del otro corral, y otro horno de cal sin tierras que está luego en frente de la puente caída del camino de Cuyotepeque...

Quédese para la próxima *Alacena* la parte final del documento, así como los comentarios y otras circunstancias.

14 de marzo de 1965

Prólogo de González León

Es algo dulce, suave y consolador, volver a los libros viejos, a los libros olvidados, a aquellos que pasaron sin hacer ruido, silenciosamente. No hay que buscarlos deliberadamente, sino dar con ellos como por casualidad, a caprichos del azar. Están en casa, escondidos, tímidos, ocultos entre otros de gran volumen, de ruidosa fama, que los ocultan, que los cubren con su corpulencia, que los opacan con su ruidosa luz. Pero un día, cuando menos se espera, la mano, como atraída por su leve imán, los encuentra, da con ellos. Así esta mañana con el primer libro de Miguel N. Lira: *Tú*. Poemas. Con un introito de Francisco González León, Tlaxcala, año de 1925. Tres nombres de poetas se reúnen aquí: los dos ya mencionados y el de Jesús Flores Aguirre, a quien Lira dedica el ejemplar. Los tres, muertos.

Dos fueron las influencias de Lira, evidentes: Ramón López Velarde y González de León, más el último que el primero. No en vano quiso el poeta que lo prologara. *Libro de juventud* –veinte años tenía el autor cuando lo pu-

blicó— se advierten en los poemas perplejidades, temores, titubeos. Cuando Lira aprendió a hablar, ocultó pudorosamente los poemas de *Tú*, acaso porque no fuera ésa la palabra que buscaba.

Libro y prólogo han sido olvidados. No otra cosa se propone esta *Alacena*, que transcribir las palabras de González de León, para lo que pueda servir a los historiadores de nuestras letras.

Si el prologuista es la persona que debe prestigiar un libro con su firma, no debiera yo haber escrito estas palabras liminares, y habré de declarar honradamente que si figuro en este libro, ello se debe a una invitación tan ingenua que no la pude desairar.

¿Mi papel es el de un censor? Yo profeso el credo de que a la juventud se le deben frases de aliento y esperanza; y en vez de ensombrecerle los recodos del camino hay que quitarle las piedras de la ruta.

¿Este libro es un baluceo lírico? No: ya es una frase hecha; es el primer brote de un temperamento artístico; la primera hoja de un misal que se abre en el altar de un ensueño.

Mirad. La mañana es primaveral; es cierto que mi escudilla es tosca, pero la colman de tal manera los encendidos frutos que el poeta ha querido os ofrende en ella, que casi no se mira la burdeza de mi barro. Leed, leed: estas páginas tienen, según la frase de Copée, “el gusto de las cerezas comidas junto al árbol”.

¿Conocía esta página el amigo Allen W. Phillips?

21 de marzo de 1965

Quinientas páginas de Burgoa

Volvamos al documento de Burgoa, tal como lo prometimos hace dos *Alacenas*, no sin antes pedir perdón a los lectores por haber dedicado la anterior a otro asunto, cuando habíamos prometido continuarlo.

“...de la puente caída del camino de Cuyotepeque”, dice la última línea, y continúa:

y otro título de una caballería de tierra no más, que está desde el dicho camino real, antes de pasar el río hacia las tierras de las huertas, y preguntándoles yo si

tenían más papeles o recaudos, respondieron que no con lo cual se aclaró la duda; y de ambas partes manifiesta la justicia, y con declaración de no volver a alterar, ni pasar, ni entrar uno en los terrenos del otro. Y esto ha sido pleito vencido en otras muchas veces, y antigua posesión de cada uno, y no por haber hecho esta declaración, y irse perdiendo los mojones antiguos, se va esto olvidando, dando fuera a la competencia; y porque de aquí en adelante no la haya, y se tenga plena noticia de esta verdad; hago esta declaración, incorporada en el protocolo de este Legajo; y aquí lo certifico, y firmo día, mes, y año. – Fray Francisco de Burgoa.

De las cuatro llamadas contenidas en el documento, dos indican agujeros en el original, y dos, espacios que se dejaron provisionales, en espera de completar el nombre, dar el apellido del Hermano Miguel, quizás momentáneamente olvidado. Burgoa no menciona en sus obras a ninguno con ese nombre a quien pudiera identificarse con el administrador de la hacienda de la Compañía, aludida en el documento. Levanto menciona a un Miguel de Frías, años antes Escribano Real en la Ciudad de Oaxaca. Curioso es que fray Francisco de Burgoa no menciona en ninguna otra parte a fray Juan Ramos de Luviaga, él, Burgoa, tan abundante.

Hasta muy entrado este siglo, la terminación *tepetl* se pronunciaba *tepeque*, como aquí: Cuyotepeque, luego Coyotepec; Tehuantepeque, ahora Tehuantepec. Queda todavía, en el Istmo, la forma Izcuintepeque.

Advertirá el lector la forma primitiva de Burgoa, tal como en el papel que comentamos. Cosa curiosa resulta que en ninguna parte de sus obras, al hablar de sus familiares, se alude al apellido de fray Francisco de Burgoa. Sí habla de sus parientes maternos, los Torres y los Alves, no así al padre de quien le viene el apellido.

Dejemos esto, como diría Bernal Díaz del Castillo, y volvamos a Burgoa, considerado el único y mejor cronista de la antigüedad oaxaqueña y de los dos primeros siglos de la Colonia. Muchos papeles suyos deben quedar todavía desconocidos, como lo está su obra publicada, pues requiere una gran necesidad de información, tiempo de sobra para atreverse con mil quinientas páginas de abrumadora erudición sagrada. Lo que es habitual citar de sus obras es lo mismo que otros citaron, en el siglo pasado. Muchas razones militan a favor de este desconocimiento; una, la ya apuntada, su volumen; otra es que agotada la obra desde el mismo siglo xvii en que fue publicada, era difícil su trato; hubo, ello es verdad, hasta muy en trado este siglo, un ejemplar –tres

volúmenes— en el Convento de Santo Domingo de Oaxaca, de donde desapareció hace treinta años, para ir a parar a los Estados Unidos. Ese ejemplar pudiera ser el que se conserva como verdadera reliquia y tesoro que es, en la Bancroft Library de la Universidad de Berkeley, California, en donde no pude consultarlos, porque se guardaba en un nicho.

Las noticias contenidas en los tres tomos de Burgoa —él consideraba la obra dividida en dos partes— la *Palestra historial* y la *Geográfica descripción*, en dos volúmenes, pudieran reducirse a quinientas páginas útiles a la arqueología, a la antropología, a la lingüística. En el año de 1937 realicé este trabajo en Nueva Orleans. Sólo hace falta que una institución oficial quisiera publicarla.

28 de marzo de 1965

Indio que sabe latín...

Los historiadores y cronistas de México nos hablan de indios que aprendieron a la perfección el latín, en el breve espacio de unos años. Indios latinos eran entonces, pero luego ladinos, por alteración gramatical y aun de sentido. Así, lo que era un elogio se convirtió en una censura; en una manera de calificar negativamente a los indios que hablaran latín. Se diría que cuando el indio aprende latín se vuelve ladino. Y quién sabe si ello no fuera verdad.

Pero dejemos esto, y volvamos a la facilidad con que algunos indios aprendieron el español y el latín. Recuerdo ahora dos referencias. Una, contenida en la *Relación breve y verdadera*, de fray Alonso Ponce, quien anduvo por México al finalizar el siglo XVI, en 1584, para ser más exactos. Otra, en las obras de fray Francisco de Burgoa, del siglo siguiente, señaladamente en la *Geográfica descripción*. Cuenta el uno que habiendo visitado el convento de Santiago Tlatelolco fue acogido con aplauso y beneplácito por los estudiantes, sobre todo por los indios. “Y para que se vea la pía afición y deseo destos pobrecitos —dicese pone aquí una oración que en latín y en romance castellano hicieron al padre Comisario cuando llegó allí”. Y transcribe a continuación ambos textos, latino y romance. Cuando el joven estudiante acabó de hablar, su maestro pidió a fray Alonso que los perdonase, que no eran más que papagayos o urracas que decían lo que habían aprendido sin entenderlo. Pero otro que estaba cerca y oyó la opinión del maestro, dijo en ambos idiomas otra oración, con sorpresa de

todos y aturdimiento de quien tan mal los calificaba. “Es muy verdad, muy reverendo padre –dijo–, que acerca de la opinión de muchos, nosotros los indios de esta Nueva España somos como pegas o urracas y como papagayos, las cuales aves con trabajo enseñan a hablar, y muy presto olvidan lo que se les enseñó; y esto no se dice en balde, porque a la verdad, nuestra habilidad es muy flaca, y por tanto tenemos necesidad grande de ser ayudados para que vengamos a ser hombres cabales”. Otro indio viejo, vestido como español, ya ladino, quiso atajar al joven orador diciéndole que era bueno que se les ayudara, para crear en ellos a otros viciosos y desagradecidos. Volvió entonces el maestro por sus fueros y dijo que el viejo mentía como un bellaco, “sino que vosotros nunca sabéis abrir la boca sino para hablar mal de ellos”.

Por su parte, Burgoa refiere algunos sucesos referentes a indios latinos, a escritores en lengua indígena, que eran trilingües. Uno de ellos llamados Gabriel de Valdivieso de Yanhuitlán, de mediados del siglo XVII. Indio de tanta capacidad, y tan dado a leer libros que por su mano trasladó, en su lengua mixteca, y compuso oraciones y tratados espirituales, veinte y siete libros grandes, y pequeños de mucha erudición de términos y frases, de que se aprovecharon muchos ministros. De ellos –escribe fray Burgoa– “han llegado a mis manos, y he reconocido voces muy impropias en la explicación de algunos ministerios que he encargado no usen de ellas, en especial *El asno de oro* de Apuleyo, que fuera de sus supersticiones prohibidas, era brindar a los indios con sus fábulas, y calificar la que soñaron sus mayores...”.

No se trata ahora de calificar la opinión del cronista oaxaqueño, ni la del maestro de Tlatelolco, sino de sólo señalar que a nadie está vedado aprender idiomas, y que estos no se estorban entre sí, sino más bien se favorecen. Se trata, más bien, de recordar que a través de los siglos algunos no saben abrir la boca más que para hablar mal de los indios que se empeñan en leer libros, en escribirlos; en aprender idiomas, para mejorar el suyo indio.

¿Qué mal les viene que alguno pase de la nada a ser algo? No lo será para su sola gloria, sino para todos aquellos que de una sola lengua pasaron al dominio de otras, con lo que tapan la boca a los que sólo la abren para dolerse del bien ajeno. Eso es todo.

Fray Juan de Córdoba

Cuando fray Juan de Córdoba vino a México, era ya hombre de edad. Tenía ya callos en el hombro del mosquete, dice donosamente fray Francisco de Burgoa. En efecto, había nacido en Toledo, al iniciarse el siglo xvi, hacia 1503, según puede deducirse del testimonio de Burgoa, y cuando ya había sido soldado hasta el grado de alférez en los tercios de Flandes. Vino al mediar el siglo a México y aquí acompañó en una expedición a Vázquez de Coronado. Permaneció militar hasta que en 1543 decidió abrazar la carrera sacerdotal, no menos milicia en aquellos tiempos. Se le trasladó a Oaxaca algunos años después, casi al finalizar el año de 1547. Gobernaba entonces el convento de Antequera fray Bernardo de Alburquerque, gran lengua zapoteca, quien fue su primer maestro, como lo fue de otros dos que luego serían predicadores y escritores en aquel idioma: los frailes Juan de Alcázar y Luis Renifo.

Debió estudiar con gran ahínco la lengua zapoteca, para que a la vuelta de unos cuantos años pudiera predicar en ella y luego escribir el *Vocabulario* y el *Arte*, en los que tan sabio y tan penetrante se manifiesta. Cuando llegó a Tlacoahuaya, a sólo dos leguas de la ciudad de Oaxaca, exclamó, ante la belleza del pequeño pueblo, que allí se quedaría a vivir y a morir. Ni lo uno ni lo otro, pero allí compuso sus famosas obras. Viejo de setenta y cinco años era cuando se publicaron sus dos trabajos, en 1578. En el numeroso grupo de predicadores, escritores y autores de gramáticas, confesionarios y vocabularios zapotecos, ninguno le aventaja, pues no sólo la hablaba, sino que la conocía: la entendía en su entraña, la oía. Porque es claro que son dos cosas distintas, hablar y saber un idioma. El que menos supo griego de los traductores de Homero fue Vicente Monti, pero es autor de una de las mejores. Así Córdoba con el zapoteco: dijo del idioma muchas cosas que van más allá del mero hablarlo. Interpretaciones a las que llegó, obvias y fáciles después de que las dijo, son las evidencias y las pruebas de lo que acabo de escribir. Lo que dejo pendiente, sólo a duras penas se ha ido estableciendo, y es seguro que lo que no se logre en esta generación, se quedará oculto para siempre.

Hombre era de gran resistencia fray Juan de Córdoba. A pesar de sus años y fatigas sirvió en numerosas casas de la provincia de Antequera; a pie y a caballo, cuando lo había, conoció una gran parte de la geografía oaxaqueña, como más tarde Burgoa, que la conoció toda y pudo describirla. Su afán de saber el zapoteco, como todo otro idioma que se hablara en los lugares en que

fue vicario, es manifiesto. Pero es en el zapoteco donde goza de autoridad indisputada.

El *Arte* consigna unas líneas que traducen la humildad de Córdova y señalan que de veras sabía el idioma, que se daba cuenta que muchas cosas no logró penetrar, o que no eran de su mayor preocupación. Dice que hay en sus trabajos mucho que enmendar, mucho que agregar. Quien pueda, dijo, que lo haga. Lo diremos con sus propias palabras. “Si adelante –dice– se descubrieren cosas más sutiles y ingeniosas para dezir y escrevir. La puerta queda abierta para aquel o a quien Dios se lo diere que lo haga en perfección”.

Así fue. Más adelante alguno descubrió el zapoteco y lo puso en papel. Pero quedan otra muchas que todavía esperan quien las descubra y escriba. A esa tarea debiera entregarse quien más sepa o crea saber de estas cosas. Con lo cual hoy, y los que vengan mañana, podrán tener razón para estar orgullosos de su estirpe que fue capaz de crear una lengua así de sutil e ingeniosa que raya en maravilla.

11 de abril de 1965

Los contados días

Muy pocos años murió, que vida nunca tuvo, el pobre José Cárdenas Peña. Sólo unos cuantos contados días fueron los suyos. Estuvo aquí de paso, en breve estación. Como Martí, fue muy poca la flor de su vida: cuando acababa de abrirse, se cerró. Cuando abría su corola, una racha helada desprendió sus pétalos.

Era jorobado, contrahecho, como Juan Ruiz de Alarcón, como Giacomo Leopardi, de quien dedujo el título de uno de sus libros: *La retama del olvido*. Pero Cárdenas Peña sonreía, y su sonrisa era como las pocas flores de su alma; Cárdenas Peña reía, a veces estrepitosamente, y era su risa como agua hirviente: era su forma de venganza. Tenía buen humor, traía y llevaba la maledicencia literaria; con una verdadera fruición transmitía rumores, consejas, epigramas que oía, o que decía haber oído. Porque, al decir de Quevedo, siempre fueron los poetas publicadores de deshonoras. Su tristeza la guardaba para cuando estuviera solo, a deshoras de la noche, lejos de los hombres. No es afrenta llorar ante los hombres, según el padre Homero; pero él nunca lloró en

presencia de nadie, adicto al postulado de Miguel de Unamuno, que consideraba bienaventurado quien nunca tuvo que llorar ante la gente.

Vino de por Guanajuato, de algún pueblito lejano, apartado, de cuyo nombre no quiero acordarme. Si alguna vez habló del origen de sus males, yo nunca se lo oí, y eso que conmigo tuvo alguna confianza dolorosa. Un amigo suyo, que gusta inventar cosas, me contó algo, sin duda inventado: un desdichado accidente cuando era niño. Tal vez. Pero es el caso que José Cárdenas Peña estuvo siempre por encima de las desigualdades de la vida, de sus malas jugadas, de sus aberraciones.

Lo conocí en una de las muchas veces que hizo camas, como si cada vez fuera la última. Era un hotelito que estuvo a un costado de la Alameda Central, en la calle de Doctor Mora, esquina con la de Vadillo, a sólo unos cuantos pasos de *El Popular*, también ya desaparecido. Entonces me di cuenta de qué tan inmensa era su desventura, de qué tamaño eran sus desgracias. Estaba untado en la cama, los ojos colgados del techo. Y, sin embargo, reía, y sonreía, lo que ya es más difícil.

Cuando resucitó, cuando renació del polvo en que constantemente estaba convertido, me hizo una visita, y puso en mis manos un libro: *La catira*, de Camilo José Cela. Luego se fue de México, al servicio exterior. De Argentina me escribió una breve carta que he perdido, o se haya extraviada entre este monte de papeles que me agobia y que ojalá no me ahogue alguna vez, como al pobre personaje de Anatole France.

Yo recuerdo siempre a José Cárdenas Peña. Y vuelvo a sus libros, a algunos de sus poemas, mejor dicho, de cuando en cuando. Breve, brevísima su obra poética, como fue pasajera, efímera, su vida. Unas cuantas páginas, unos cuantos días ardientes. Todo cupo en un pequeño volumen que Alí Chumacero bautizó con este precioso y exacto nombre: *Los contados días*.

He consagrado unas horas a su lectura. Vuelvo a la dolorosa realidad y le consagro este recuerdo, en esta mañanita de abril, mes y nombre tan melancólicos.

18 de abril de 1965

Manuel Peredo, uno de los *Ceros*

Hay un autor mexicano, ahora olvidado, pero de quien todos sus contemporáneos se hacían lenguas: Manuel Peredo. Lo menos que se dijo de él, que

era médico, es que era un sabio, un hombre que nada ignoraba. Las revistas y los periódicos literarios de su tiempo tenían a mucha honra contarle entre sus colaboradores. Altamirano le profesaba gran respeto y tenía por oráculo sus opiniones y sus juicios. Espíritu delicado y penetrante, dice que era: a más de literato de mucho talento y de mucha instrucción. Con decir que hasta veinte veces lo cita en sus escritos, está dicho cuánto lo admiraba. Una vez lo cita Carlos González Peña, ninguna Julio Jiménez Rueda, con lo cual se verá qué tan olvidado se encuentra.

Crítico literario, poeta, dramaturgo, gramático, consumado hablista. Para dar una idea del dominio y señorío que ejercía del idioma español, no es raro que junto al de Cervantes, pusieran su nombre. Como crítico teatral, dicen que no tenía par. No faltaba a las representaciones, así lloviera, tronara, granizara. Como médico que era, manejaba la pluma con la misma destreza que el bisturí, cuando de analizar una obra se trataba. Mucho le debe la erudición mexicana en este capítulo, en la historia del teatro, quiero decir.

El General Vicente Riva Palacio lo tiene como uno de los *Ceros*. No era hombre de apariencias, como es regular que lo fueran los poetas y escritores de su tiempo. Más bien parecía un evangelista, pero no de los cuatro de la Sagrada Escritura, sino de esos de los portales, a quienes unos desalmados de hoy han encarcelado.

Como tan inclinado a la guasa, Riva Palacio dice que Peredo era chico de cuerpo, lo que no era afrenta, antes economía, que en buena ley menos género necesitaba para un traje que Vicente Manero para un chaleco: y que en caso de inundación, que entonces estaban a la orden del día, podía salvarse, “viento en popa a toda vela”, en una pantufla de Pomposo Verdugo. Manero y Verdugo, dos gigantes del tiempo de Peredo y Riva Palacio.

Peredo no creció, quedó pequeñito; en cambio fue correspondiente de la Real Academia, váyase lo uno por lo otro, dice chispeante el General. Lo caracterizaba la modestia. Con lo que él ha escrito, dice Riva Palacio, otros andarían más orgullosos que regidor nuevo o que candidato oficial para diputado.

Pero, ¿por qué ese olvido en que se le tiene? Cosas de la vanidad y del engreimiento de los literatos, que esperan fárragos y desdeñan quintaesencias. Cosas de los críticos, de hoy y de ayer, que tienen una idea cuantitativa de la fama literaria, una idea contable de la gloria y de la fama. Con un librito, con unas cuantas páginas, muchos han servido a las letras y a sus semejantes, más que aquellos que escribieron docenas de libros. Porque, díganme, ¿qué

es, en última instancia, el ejercicio de las letras? No es desde luego engordar la bibliografía personal, agotar ediciones, reeditar, alcanzar, con el voto de los compinches, la doble corona de laurel y roble en bárbaro concilio. Una palabra hermosa, escrita con sangre, en parto doloroso, suele dar más renombre que una larga lista de títulos. Una palabra así forjada y dada a luz, se queda para siempre. Porque la letra con sangre sale. Perdón, por esta derrapada.

Peredo no merece el negro olvido que lo cubre. Venga alguno, que por fortuna hay muchos ahora, de los que escriben acerca del teatro, y reivindicque su nombre.

Yo sólo quise ahora, al revisar su *Breve reseña de la formación, progreso y perfeccionamiento de la lengua castellana*, recordar su nombre. Y ponerlo junto al de fray Martín Sarmiento, Mayans y Siscar, Gregorio Garcés, Juan Pablo Forner y Ramón Menéndez Pidal. Y de veras que no desmerece.

25 de abril de 1965

Antología de lágrimas

Los pájaros, las rosas, el amor, la amistad, han merecido antologías. Pero no conozco una sola dedicada a las lágrimas, siendo que es el llorar, como el reír, algo de lo que mejor define al hombre. Desde que nace hasta que muere no hace sino llorar: un sollozo nada más, un sollozo lo separa de la cuna a la urna. Mejor es el pesar que la risa, dice sombríamente el *Eclesiastés*. Lloran Odiseo y sus compañeros. Después de hacer los preparativos del viaje al país de los Cimerios, en donde nunca brilla el sol, dice Homero que se embarcan Odiseo y sus compañeros “muy tristes, derramando abundantes lágrimas”. Vuelve a llorar cuando al evocar a los muertos, surge la primera sombra: la de Elpenor. “Al verlo, lloré, lo compadecí en mi corazón”.

En nuestra era, poetas de nuestro idioma ahondan con su llanto la corriente de la vida. Lope de Vega, el primero. *Tened piedad de mí, que muero ausente / hermosas ninfas de este blando río; / que bien os lo merece el llanto mío / con que suelo aumentar vuestra corriente*. Y en otro soneto no menos hermoso: *...claras fuentes, / que con mis tiernas lágrimas, ardiente vuestro dulce licor ponzoña hicistes*. Todavía más: *dos veces por aquí pasó el estío / y el sol nunca mis lágrimas secando*.

Y el otro Vega, Garcilaso, no le va a la zaga a su hermano mayor, a Lope: *Julio, después que me partí llorando / de quien jamás mi pensamiento parte*. Y en el

soneto a doña María de Carmona: *Las lágrimas que en esta sepultura / se vierten hoy en día...* Citemos ahora a Boscán, para que el recuerdo de Garcilaso se encuentre a gusto: *Amor es nuestro bien porque da llanto.*

Pero quienes más lágrimas han dado a la poesía son los poetas románticos. Entre los nuestros, es modelo Manuel Acuña, sentimental, sensible, sensitivo, como dijo Rubén Darío. O Valle-Inclán, que en los dos se encuentra la expresión: *Las lágrimas del niño la madre las enjuga; / las lágrimas del hombre, las seca la mujer.* Y quién no recuerda los versos que, como verdaderos, desnudos: *que es mucho lo que sufro / que es mucho lo que lloro.*

Y la “Vieja lágrima” del viejo Luis G. Urbina, ¿quién la ha olvidado?

En otros idiomas recordemos al doliente y desgarrado Verlaine, caro a nuestro Enrique González Martínez: *Je me souviens / Des jours anciens / Et je pleure.* No podemos olvidar, también de Verlaine, el tan conocido poema de llanto: *Il pleure dans mon coeur / comme il pleut sur la ville.*

Pero volvamos a nuestro idioma, a Darío: *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / y más la piedra dura porque ésa ya no siente...* No dice de lágrimas, pero con ellas están escritas estos versos.

Fuensanta, dame todas las lágrimas del mar. Mis ojos están secos y yo sufro / unas ganas inmensas de llorar, clama López Velarde, como en un páramo.

Serenemos nuestro llanto; /..y sosegadamente / llorar, si hay que llorar, como la fuente / escondida.

Encuentro en un poeta joven de Tabasco, de donde vienen Carlos Pellicer y José Gorostiza, en Agenor Valencia, una cuarteta que por sí sola puede representar el llanto de todos los poetas jóvenes de México:

*Ésta es la noche de mi oscura muerte
la de los ojos de caliza y llanto
que a la margen del sueño y del espanto
mi solo nombre en lágrimas convierte*

Y así, con lágrimas, más que con tinta, está escrita una gran porción de la poesía del mundo. Porque si la letra con sangre entra, la palabra con llanto sale.

2 de mayo de 1965

La palabra "meco"

Hay una palabra en nuestro lenguaje cotidiano que constantemente me intriga: es la palabra meco. La razón es que considero errónea la etimología que siempre dan de ella los autores de diccionarios de nahuatlismos y mexicanismos. No hay uno solo que no la haga derivar de chichimeco, en su acepción de salvaje, grosero, vulgar. Y en Lope de Vega, traidor. "Lo mataron chichimecos"; "el chichimeco inhumano"; "son chichimecos malditos", dice. Francisco J. Santamaría le dedica una larga disquisición, según la cual "meco" es, por antonomasia, vulgar, el indio chichimeca de este origen o afín a éste. Patán, grosero, indecente, o deshonesto y obsceno, soez; individuo de condición canallesca. Todo eso quiere decir "meco", o sea el pobre indio chichimeca. Desde el arranque se ve que hay violencia en esta interpretación, porque la raza y el indio no son chichimecos, sino chichimecas, como escribe Santamaría.

Pero "meco" es un color; viene de bermejo, que acaso los indios pronunciaran, bermeco, de donde, por aféresis, meco. Dícese del color bermejo con listas o rayas negras, de algunos animales, principalmente del ganado vacuno, escribe Santamaría. Chichimeco, toro galano, de color abigarrado, dice Ramos I. Duarte. Meco, indio, india. Desgraciado, bajo, rubio, manchado, pintado, agrega. Así es. Estos son los únicos significados correctos a nuestro parecer, digo, los que se refieren a color. En efecto, es un color del ganado, a la manera como la describe Santamaría. Significa, también, grosero, mal hablado, vulgar, canalla.

¿Por qué el indio chichimeca iba a ser todo eso? ¿Y por qué al mismo tiempo la pobre palabra ha de significar un color? Evidentemente, la etimología es errónea. La expresión "no seas meco", o "qué meco" significa no seas grosero, no seas bajo, no seas corriente, no seas vulgar. Y en eso la aplicación del término es correcta.

La cuestión es más sencilla. Significa sólo color, el que ya se dijo. Y viene de bermejo, color rojizo, aplicado a las gentes y a los animales. Pero, ¿qué gente? Aquí es donde está la dificultad de esta divagación. El indio no era bermejo, para que se le dijera "meco". Bermejo era el español. El indio no era mal hablado ni blasfemo. Mal hablado y blasfemo era el encomendero. Él era el bermejo, él es el "meco", palabra que aplicaron los indios al que, como el encomendero, el capataz, el caporal, prorrumpía en malas razones, en expresiones vulgares.

No el indio, sino el español, es el “meco”. “No seas meco”, no seas grosero, quiere decir, pues, no te comportes como si fueras de color bermejo.

Relévese, entonces, al pobre indio chichimeca, que no chichimeco, de los tan feos dictados que por siglos ha soportado como si no fueran suficientes los tantos cocolixtles que siempre padeció.

9 de mayo de 1965

Valle-Inclán en México

Logró que Rafael Reyes Spíndola lo aceptara, con la tarea de escribir diariamente un cuento corto, género tan favorito de Valle, con una asignación de cuarenta pesos mensuales. Inició la colaboración, pero bien pronto la abandonó. Característica muy de él, comenta el autor de *Andanzas*.

Paseando las calles de México y las de Veracruz —escribe don Baldomero— con larga melena y la levita clara, obligada al refugio repetido de la casa de empeño, así vivía el poeta. No pudo más el pobre y volvió los ojos a Telésforo García, para que usando de su influencia en la administración porfiriana, lo recomendara con el coronel jefe de un regimiento que marchaba para Sinaloa, a combatir la insurrección yanqui, asienta Menéndez y Acebal. Aquí está en larva, en telar, la leyenda de su generalato de Tierra Caliente.

¿Cuánto tiempo sirvió Valle en el regimiento, si es que fue aceptado? No lo dice el autor de *Andanzas*. Pero cuenta —un poco confusamente— que tuvo un duelo con Salvador Díaz Mirón, por los furibundos ataques que enderezaba contra España.

Baldomero Menéndez y Acebal decide fundar un periódico, en el puerto de Veracruz, con el auxilio de sus paisanos españoles de la capital. Luis Juliet de Elizalde, enterado de aquellos propósitos, recomendó a Valle-Inclán, ya para entonces alejado de todo contacto con el mundo, como redactor del futuro periódico.

Duda Menéndez y Acebal que fueran los amores no correspondidos los que habían conducido al Marqués de Bradomín a aquel cuarto de azotea, a aquel apartamento del mundo. Un mísero cuartito no era digno de la alcuernia de tamaño señor, agrega malicioso. Allí lo encontró metido en cama, pese a que ya era cerca del medio día. Como pudo, a duras penas, salió de la somnolencia

en que se hallaba. Le habló de sus proyectos, convidándolo a compartir penas y triunfos. Lo que digas, contestó, sin voluntad de sí mismo.

Levántate, para el arreglo de tus asuntos, le ordenó Menéndez. ¿Cuánto debes de hotel?, le preguntó.

Si Valle lo sabía, Menéndez no lo recuerda.

Al día siguiente salieron rumbo a Puebla, en donde se quedaron unos días, para luego continuar el viaje a Veracruz, en compañía de los otros redactores del periódico: Rafael Miranda y el delicadísimo poeta Luis G. de San Martín, todos amigos de “El Viejecito” Urbina. *La Crónica Mercantil*. Con ese nombre fue bautizado el periódico.

Valle-Inclán fue destinado a Jalapa para escribir la reseña del cambio de los poderes, que pasaban de manos de Teodoro Dehesa, con la ruidosa participación de Díaz Mirón. “El corresponsal cumplió debidamente”, escribe Menéndez y Acebal.

Dos meses después, Valle-Inclán manifestó sus deseos de volverse a España. En primera clase, segunda categoría de la Trasatlántica española, zarpó el poeta. No era fragata de vela, no acorazado, el que repatrió al Marqués de Bradomín, dice irónico Acebal.

Prometió escribir. Rogó que se le asignase un sueldo, mientras arreglaba una canonjía, que en su provincia de Galicia decía tener. Doscientas pesetas le fueron asignadas, de las que gozó por espacio de un año, sin escribir más que dos cortísimos relatos.

Llegué a quererle y a comprenderle. Por eso me sacrifiqué a sus defectos e impertinencias, comenta don Baldomero.

Sus cuartillas parecían pentagramas de música, con borrones y tachaduras. Poco a poco se formó, sin pensar en las miserias que había padecido en México. De algo le sirvieron para guiarse en los primeros tiempos, las pesetas de origen mexicano.

Pasaron los años, y un día, ya famoso, fue invitado por Álvaro Obregón para que visitara México. Aquí fue tratado como lo que era: un gran señor de las letras. Su estancia coincidió con la repartición de las haciendas de españoles, consideradas latifundios, sin serlo, se lee en Andanzas.

“La tierra es de quien la trabaja”, dijo en lapidaria frase Valle-Inclán, según Menéndez y Acebal. Los revolucionarios se frotaron las manos: hallaron la empresa que justificara sus medidas.

Y las palabras de don Ramón María del Valle-Inclán quedaron impresas y repartidas las haciendas de los españoles, dice Menéndez y Acebal, en tono

no exento de reproche al poeta, que a su entender, así pagaba los favores que recibió de los españoles residentes en México.

Lo demás, es cosa que sabe muy bien Francisco Liguori. Y ya ha contado William L. Fichter. Y contó el finado Eduardo de Ontañón.

16 de mayo de 1965

Valle-Inclán en la capital

La historia de las andanzas de don Ramón María del Valle-Inclán en México todavía no acaba de contarse. Cada día se descubren nuevos pasos suyos por estas tierras que él tuvo por propias. En 1937, Baldomero Menéndez Acebal, español que en su juventud editó periódicos en México, publicó un libro que ha pasado inadvertido para muchos, aun para los más alertas: *Andanzas*, su título. Un escritor, propiamente, no es Menéndez y Acebal, pero tiene muchas cosas que contar, como todo el que ha corrido mundo y ha tratado gente de diversa condición y varia procedencia. En ese monte de recuerdos algo se puede sacar en limpio, desbrozar. Don Baldomero ha leído los libros de Valle-Inclán. Habla de ellos familiarmente; de las Memorias del Marqués de Brandomín, la famosísima *Sonata de estío*, sobre todo. Quiere Menéndez Acebal explicarnos que don Ramón miente, que confunde términos; por ejemplo, que no sabe distinguir entre fragata y buque de vela; que para su fantasía daba lo mismo escribir acorazado que trasatlántico. Don Ramón creía que vino a nuestra tierra para olvidar unos amores desgraciados. “Quería olvidar unos amores desgraciados –dice– y pensé recorrer el mundo en romántica peregrinación”. Y recordando la historia de sus antiguos compatriotas, los conquistadores españoles, entre quienes se contaba Gonzalo de Sandoval, su remoto deudo, se decidió por México: ya sabemos que el segundo viaje lo hizo porque México se escribe con x. Pura fantasía.

Sea lo que sea, escribe Menéndez y Acebal, lo cierto es que don Ramón desembarcó en Veracruz, por el año de 1893. La fecha exacta, agrega, no importa. Y si importara, ya está establecida. Venía el poeta y extraordinario escritor cargado de tristezas y alegrías; agobiado de pobreza y de necesidades. No quiere don Baldomero averiguar si don Ramón se encontró o no con la Niña Chole; le importa noticiarnos que tomó el ferrocarril mexicano rumbo a la capital de la República.

Tenía don Ramón del Valle-Inclán una carta de presentación para don Telésforo García, comerciante y escritor español famoso en la época, que le había dado Emilio Castelar.

¿Por qué eligió Valle-Inclán a México?, se pregunta Menéndez y Acebal. No cree que se debiera a un impulso romántico, sino por hacer fortuna, por hacer América, para armarse, como se dice. Nunca se le conocieron amores, su pobreza no daba para tanto. Que mujeres las había, siempre las hubo hermosas, como para enloquecer no a Valle, inclinado a locuras, sino a hombres más experimentados y reflexivos. En la capital de México, Valle-Inclán se hospedó en el “Hotel Humboldt”, calle de Flamencos, hoy de Pino Suárez. La carta de Castelar a García fue entregada en forma y tiempo. Quería el autor de las *Sonatas* vivir de la pluma, para lo que se creía suficiente, pues había sido redactor de un periódico del propio Castelar. Promesa de protección, se hacía a García, aunque tal vez por sus muchas preocupaciones sociales y políticas quedaron en sólo eso: en promesas. Valle-Inclán padecía penurias, se encaminó a una habitación pobrísima en la azotea del hotel.

Se publicaba entonces en esta capital un periódico, de los muchos que han editado los españoles: *El Correo Español*, que dirigía Luis Juliet de Elizalde, acaso argentino. La dirección mental de la hoja periódica la tenía Telésforo García. Pero Valle no logró formar parte del cuerpo de redactores de aquel periódico ultraconservador, cerradamente monárquico. No pudo Juliet ofrecer nada al extraordinario gallego, que bien hubiera aceptado, no obstante sus ideas independientes, ya desde entonces. Vestía Valle-Inclán levita de largo corte, color claro, muy de moda a la sazón en Francia. Igual lo hacía Elizalde. Y sin embargo, dice don Baldomero, nada pudo hacer por el pobre periodista viajero. Ni el presupuesto lo permitía, ni don Pascual lo ordenó. ¿Cómo pudo ocurrir eso, si García se proclamaba republicano y amigo íntimo de Castelar que recomendaba a Valle? ¡Quién sabe! Pero así fue.

Esta situación ¿condujo a Valle-Inclán al retraimiento, como lo cuenta en la *Sonata de estío*: fue por estar herido de mal de amores?, se pregunta Menéndez y Acebal, empeñado en que el poeta ha de decir siempre la verdad y sólo la verdad. Muy tenaces debieron ser sus males para que ninguna otra mujer, a pesar de que las había muchas y hermosas en la capital, se los hiciera olvidar.

Un vascongado, Joaquín Urbistondo, comerciante en cuanto a periódicos se refería –papel, imprenta– lo recomendó a Rafael Reyes Spíndola, dueño de

El Imparcial; a Victoriano Agüeros, de *El Tiempo*; a Trinidad Sánchez S., de *El País*, y a alguno otro que Menéndez y Acebal no menciona.

Dejémoslo aquí para la próxima *Alacena*.

23 de mayo de 1965

Arcadia Mexicana

No hace falta referir cuándo nació la Arcadia Mexicana. Basta decir que fue la primera Academia que hubo en México. La fundaron, entre otros, Anastasio María de Ochoa y Acuña, quien adoptó el nombre de *Damón*; Juan María Lacunza, *Batilo*; José Mariano Rodríguez del Castillo, *Amintas*; Mariano Barazábal, *Anfriso*. Su obra, de escaso valor, registra una excelencia: dar oído, volver los ojos, a las cosas de México, no importa que el tratamiento que le dieran fuera artificial. Con los árcades, pudiera decirse, se da el primer aliento de la literatura propiamente nacional.

Ya no existe la Arcadia Mexicana. Murió, tras de una larga agonía. El último árcade vivo es Manuel Romero de Terreros, *Gliconte Tirio*. Acaso viva o haya muerto en los últimos años, *Algara*, cuyo nombre exacto y de árcade ignoro.

Entre los árcades ha habido grandes literatos, egregios humanistas. *Ipan-dro Acaico*, Ignacio Montes de Oca y Obregón; *Clearco Meonio*, Joaquín Arcadio Pagaza; Juan B. Delgado, Alicandro Epirótico. Es Montes de Oca sin duda el más famoso, el más glorioso: por sus obras originales y por sus traducciones. Y era aquí a donde queríamos llegar. El Obispo de San Luis Potosí tradujo a los bucólicos griegos y las *Odas* de Píndaro con elegancia, con el dominio y el señorío que ejercía sobre ambas lenguas, según el decir de los sabios en estas cuestiones. Muchas semblanzas, multitud de juicios críticos ha inspirado Montes de Oca, lo mismo como poeta que como prosista, como orador sagrado que como impecable y diamantino traductor, sobre todo de Píndaro. Ninguno, sin embargo, paró mientes en su nombre de pastor de la Arcadia. Cecilio A. Robledo, abundante y disparejo, que sin ser árcade se firmaba *Clibeo Loercio*, casi anagrama de su nombre propio, en un folleto que escribió contra un sermón de *Ipan-dro Acaico* estuvo a punto de dar con algo que nadie antes había dado: establecer que *Ipan-dro* no es más que el anagrama de Píndaro. Un descubrimiento es éste que Alfonso Méndez Plancarte se hubiera muerto de gusto

por ser autor. Lo dicho. Lo que otros no logran, lo alcanza uno que a lo mejor ni se lo propuso: en un minuto de inspiración, en un golpe de ocurrencia genial. La literatura mexicana adeudará para siempre esta contribución al chispeante escritor guatemalteco Augusto Monterroso. Al hallazgo agregamos una sospecha: que *Acaico* sea la sola dicción que puede hacerse con el nombre de la patria de Píndaro, Cinocéfalas, aprovechando casi todas sus vocales y desperdiciando algunas de las consonantes.

¿Cuántos otros nombres de árcades no pudieron nacer así? Juan Gravina, *Bión de Crates*, no pudo tener capricho y ocurrencia más extrema al fundar la Academia de los Árcades, que Ignacio Montes de Oca y Obregón al adoptar el sonoro nombre con que lo conocemos, y con el cual rindió su frente ante el gran poeta griego, a quien trasladó al español con la maestría que ya dijimos.

Lo decimos una vez más, tomándolo de Mateo Alemán y de Alfonso Reyes: todo lo sabemos entre todos. El descubrimiento de Augusto Monterroso vino a probarlo nuevamente.

30 de mayo de 1965

José Bergamín, "El alcaraván"

¿Se acuerdan ustedes de José Bergamín? Entre los españoles del destierro, del éxodo y del llanto, él era uno de los más sobresalientes, siéndolos tantos. Varios años vivió en México, entregado a lo que siempre fueron sus tareas: escribir, editar, andar y pensar. Ahora un cuarto de siglo lo arrastré a mis bodas en Juchitán. Seco, alto, sólo perfil; cabeza erguida, andar ligero y nervioso, apenas lo vieron las juchitecas, lo apodaron "El Alcaraván". Una zancuda que da las horas; que dormita bajo los árboles, y, de repente, como quien recuerda, lanza a los aires un canto, lleno de eles, que va descendiendo del estrépito al arrullo. En nada tuvo que ver esto para darle el sobrenombre: las juchitecas sólo se fijaron en su apariencia física, en sus piernas largas, en su figura toda. Alegre, contento, satisfecho, estaba José Bergamín con el recibimiento istmeño. En las fotos del tiempo se le puede ver rodeado –iba a decir, sitiado– de mujeres fastuosamente ataviadas. Miren ésta: está Bergamín adornado con collares de flores, y ésta otra en que toma en jícara un pozole espumoso, con que se halaga y engaña al paladar en las grandes festividades indígenas.

Acaso todavía recuerde, en su destierro de Venezuela, aquellas bodas, ahora de plata. Pero es casi seguro que ha olvidado que en Juchitán firmó, el 25 de mayo de 1940, el soneto que le inspirara una de aquellas beldades que tan regocijadamente lo apodaron “El Alcaraván”.

A Lucelia

*Luce Lucelia luz celeste y clara,
uniendo por las albas de su frente,
con el día la noche, transparente
en cabello que a sombras se declara.*

*Luciendo sombras, lúcida prepara
un claro alborear, tan sonriente,
con tan alegre afán que, de repente,
enciende en risa, al fin, toda su cara.*

*Luz bélica de amor, bellos enojos,
ilusoria pasión, doble porfía;
amanecer de llanto en risa pura;*

*Luz que empaña de lágrimas los ojos
ungidos al dolor por la alegría;
zozobra de clarísima amargura.*

6 de junio de 1965

Recuerdos del tiempo viejo

Alguna falta, alguna culpa, algún pecado quería disimular José Zorrilla cuando de aquella manera extremaba su sinceridad en la confesión de algunos apartados de su vida. En detrimento de la verdad, miente en sus memorias. Y eso desde siempre en *La flor de los recuerdos*, más de una vez se pronuncia contra sus versos; en algún lugar, aconseja a sus discípulos que no lo imiten, porque sus versos no son otra cosa que un cúmulo de incongruencias, de arrebatos,

de caprichos, de una imaginación mal gobernada; una descarga de ignorancias y de inexactitudes de toda jaez. En los *Recuerdos del tiempo viejo*, escritos cuando el sol declinaba, cuando el poniente oscurecía, vuelve, si se puede con mayor frecuencia y rigor a destruirse a sí mismo, a martirizarse, a flagelarse. ¿Por qué? ¿Era una manera de pasar, como los gatos sobre el lodo, en las puntas de los pies, sobre cosas que le quemaban, que lo manchaban? Eso, y no otra cosa le ocurría al pobre de Zorrilla.

Lo dice él mismo. Yo he tenido siempre costumbre, afán, manía de oscurecerme y de nulificarme. Pudiera ser que eso le viniera de que su padre nunca estimó su obra literaria, de que en nada le sirvió para que lo amara mujer. Desesperadamente buscó la gloria y la fama, más que el dinero que creyó que vendría por añadidura. Tuvo fama y gloria muy pronto, de la noche a la mañana con sólo los versos que no acabó de leer al borde de la tumba de Mariano José de Larra. Desconocido en la tarde, en la noche famoso.

¿Qué culpas, faltas, pecados quería velar? Extremaba ciertos juicios; sin ton ni son, inesperadamente daba rienda suelta a sus impulsos y se manifestaba adverso a las situaciones más sagradas, más dignas de consideración. Malvado, llamó a Larra, cuando a su muerte debía la vida y la gloria; imbéciles a los granadinos cuando lo colmaron de honores y de aplausos. Nuestro Vicente Riva Palacio dijo que lo hizo por emitir una nota alta. Sólo por eso. Luego en los *Recuerdos del tiempo viejo* se arrepintió y pidió perdón por las dos cosas; a los hijos de Larra y a los granadinos. Lo escribió después que el *Drama del alma* en que tan adverso enemigo se muestra con México y los mexicanos, después de haber jurado que lo amaba y que era la patria de su amado Bartolomé Muriel, quien le abrió las arcas de su corazón y la de sus bienes, y le cerró las puertas de la cárcel. Sin embargo, de nada de eso se arrepiente ni pide perdón. Lo deja para sus memorias póstumas, que luego la muerte, cansada de sus invocaciones, se apiada de él y lo deja escribir.

Es verdad que abundan a lo largo de los *Recuerdos del tiempo viejo* las impresiones favorables a México, sin que falten, claro está, las diferencias que tuvo con nosotros, sobre todo, en el aspecto político. Soslaya los nombres de los protectores liberales que fueron sus amigos en los primeros años de su llegada a México: Francisco Zarco, Guillermo Prieto; pero recuerda a Segura Argüelles, a José Joaquín Pesado, del partido contrario. Colma de elogios a José Gómez de la Cortina, a quien reclama español, cuando lo tenemos por mexicano; a Casimiro del Collado, a Anselmo de la Portilla, españoles. Nunca

siguió siendo un país delicioso, pintoresco, el mejor lugar para vivir los últimos años de la existencia; los mexicanos, ingeniosos, de soberana inteligencia, incomparables para encontrar el lado lastimoso de las cosas y luego reducirlo a breve texto, a rápida expresión. No ama a los indios, pero describe sus costumbres con morosa delectación y con mano y ojos certeros. Los indios, es obvio, toman una pequeña venganza, un justo desquite de Zorrilla, estropeando la representación de *Don Juan Tenorio* como ésa que vio en un rancho en lengua otomí, una noche que allí se detuvo para refugiarse de una tormenta que le vino encima inesperadamente.

Cuando ajustó sus cuentas, cuando hizo un corte de caja de su vida, de poco —o de mucho— se arrepintió Zorrilla. Se negó a sí mismo, renegó de su obra; confesó la tristeza y la pobreza en que vivía, en que moría, quise decir. Dice que tentado estaba de pedir limosna a la puerta de los teatros en que todos los días se representaba su *Don Juan* con beneplácito y provecho de empresarios, pero en perjuicio suyo y sin beneficio en su favor. Más allá de toda consideración dijo lo que ocurría en su lóbrego corazón, en su atormentada conciencia. Pero no pudo formular una palabra de perdón por las ofensas que hizo a México que sólo honores supo prodigarle.

Y, ¿no será ésa la causa de que extreme la confesión de ciertos pecados? Así no se dirá que le faltó valor de arrepentirse y de confesarlo.

13 de junio de 1965

El lazarillo de ciegos caminantes

Un libro muy curioso, peregrino, extraño, es el que se conoce con el título de *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos hasta Lima*. Quien durante mucho tiempo se tuvo por su autor, todavía más extraño, peregrino y curioso: *Concolorcorvo*, tras del cual se ocultaba el mestizo Calixto Bustamante Carlos Inga. El libro fue impreso en Lima, no en Gijón, como reza la portada en la Imprenta de la Robada, año de 1773. Desde que el libro fue concebido estaba destinado a crear confusión en torno suyo: el supuesto autor, que sí existió en carne y hueso, sólo fue un amanuense; el de la Imprenta, una vez la Robada y otra la Rovada. Hace medio siglo era casi desconocido, excepto por unos cuantos bibliófilos y curiosos de la bibliografía americana. En 1908, apa-

reció su segunda edición, hecha por la Junta de Historia y Numismática Americana; en 1942, una tercera en las Ediciones Argentinas Solas. Últimamente, una española, en la que José J. Real prueba suficientemente que el autor es Alonso Carrio de la Vandera, natural de Gijón, que pasó a Sudamérica como empleado de Correos, tras una larga estancia en México. Está probado también que Bustamante Carlos Inga lo acompañó en calidad de amanuense en el largo, pero divertido viaje. ¿Nada puso *Concolorcorvo* en la redacción? ¿Aceptó nada más que su nombre apareciera al lado del de Carrio de la Vandera, el verdadero autor? Parece imposible. Su condición de indio, o mestizo, no anula, como alguno ha creído, que fuera hombre culto, ingenioso, dado a dichos y refranes; muchos indios han sido todo eso; muchos mestizos también. En el Perú abundan. ¿Por qué no iba a ser Bustamante uno de ellos?

Carrio de la Vandera, ayudado por Carlos Inga, cita con propiedad y siempre oportuno a los grandes autores españoles de la era clásica: a Gracián, a Mateo Alemán, a Quevedo, a Esteban González. Tienen a la mano a su Virgilio. ¿Podía esto ocurrir en un cholo, en un indio neto y nato, como a Bustamante le placía considerarse? Claro que podía ser. Y desde este ángulo muy bien pudiera ser *Concolorcorvo*: con color de cuervo, por aludir al de los indios, el autor del libro.

Es de suponer que aquel compañero de viaje, dicharachero, con los refranes en la punta de la lengua, nuevo Sancho; que acaso supiera cantar, acertara el camino y le diera alguna variedad, y que al fin de cada jornada, mientras recibía el dictado, fuera incorporando al texto sus ocurrencias personales. Dejémoslo de ese tamaño por lo que toca a *Concolorcorvo* y veamos algo más de Alonso Carrio de la Vandera.

Había vivido en México. “Yo he traginado desde Vera Cruz hasta Chigagua, en calidad de comerciante, y en la de viajero desde México hasta Guatemala”, dice. Vivió en el Perú y en la Argentina. Conocía, pues, las costumbres y las modalidades del idioma. Sus alusiones a México, su vocabulario teñido de mexicanismos, permitirían proclamarlo mexicano como en otro tiempo alguno lo proclamó peruano. “Estuve en aquel dilato imperio diez años, y de residencia en México, más de cinco”, escribe. Así nos habla de los tomates, de los jeroglíficos, que era la escritura india; del chocolate al que era tan aficionado; de la cochinilla de Oaxaca. Recuerda que la Ciudad de México, como Salta, está fundada sobre el agua. Recuerda que las mujeres de Córdoba del Tucumán hablan en quechua con sus criados, pero el castellano sin resabio alguno, “lo

que no experimenté en los pueblos de la Nueva España”. Habla del mal del mastlasague y del dolor de costado que los mexicanos llaman miserere. Las mexicanas son pálidas y discretas, como las limeñas; tienen la tez color de rosa, sin uso del tequesquite, dilatados cabellos, menudos pies, airosa marcha y otras gracias pueden las mexicanas lucir en las cuatro partes del mundo. Hablan poco y pasito, cuando no a señas. La juventud mexicana es tan aplicada a las letras, desde su tierna edad, que excede en mucho a la de Lima, afirma.

¿Y *Concolorcorvo*, en dónde queda la paternidad de este libro? ¡Quién sabe! Era, según se lee en *El lazarillo de ciegos caminantes*, “un pobre serrano a lo que se agrega lo indio”.

20 de junio de 1965

Cuento para Cibeles

Quiero en esta ocasión transcribir un cuento que escribí para mi hija Cibeles, en el año de 1949.

Un día, que estábamos en casa de Pablo Neruda, el poeta estaba en cama vestido, calzado con sus enormes zapatos, y con la barba que usó cuando estuvo oculto en su país. Estaban también en el cuarto el doctor Tomás López Lena, Leopoldo Mendoza, un compañero mío de trabajo; no estabas tú, Cibeles, ni estaba la Hormiga, mujer de Pablo. Pues allí tienes que en la pared estaba colgado un gran mapa, en relieve, que era un mapa de la ciudad de México, pero al mismo tiempo de todo el país, aunque también del mundo entero. Leopoldo Mendoza, que al empezar el sueño, era, como es, un hombre, en esta parte era un niño que con una regla larga y fina, señalaba en el mapa las montañas, los ríos, los sotos, los valles y los prados.

El mapa tenía un precioso color verde, y se veía como hecho de musgo, como hecho de felpa. En algunas partes se interrumpía el color verde con tenues líneas amarillentas que eran como caminos o cursos de ríos.

Leopoldo Mendoza, que nos daba una lección de geografía, de repente, suspendió la clase y nos contó un cuento que yo, ahora te contaré, Cibeles.

En otro tiempo, dijo, los hombres que vivían en estas montañas oyeron un día cantar a un pájaro. El canto era dulce. Un hombre quiso conocer al pájaro y caminó, pero cuando llegó al árbol en que cantaba, ya el pájaro había volado.

Él se quedó entonces bajo la sombra del árbol. Pero volvió el pájaro a cantar y, siguiendo el eco, el hombre buscó el árbol donde parecía que estaba, pero nuevamente el pájaro se había ido, y así lo anduvo buscando, anonadado por el canto.

Otro día, oyeron el rumor del agua que corría entre las peñas y las raíces torcidas de los árboles. Un hombre siguió el rumor pero nunca llegó donde estaba el río. Vieron otro día, a lo lejos, una flor, que flameaba en una ladera, corrieron a cortarla pero sólo encontraron, errante en el aire, un leve perfume que en vano se empeñaron en reconstruir en su totalidad.

Los hombres estaban tristes, pues todo se les iba de las manos, de los ojos, de los oídos. Y el tiempo caminaba, caminaba...

Un día, el viento, en alguna parte donde pudo correr libre, creó una enorme columna de polvo que subía hasta el cielo como si fuera el penacho de humo de las fábricas que ahora conocemos. Todos los hombres corrieron hacia el lugar en que se levantaba, pero cuando llegaron el viento se había desvanecido.

Una tarde, próxima ya la noche, que fue para los primeros hombres un resumen de todos sus temores, de todas sus tristezas, de toda su orfandad, oyeron una queja acompasada, dicha en una lengua que, si era la suya, tenía una música extraña. Y corrieron a buscarla, pero igual que si fuera una paloma se la veía volar en el horizonte, bañado de luna y de silencio.

Entonces el hombre se decidió a fundar las ciudades, donde tuvo presos los pájaros en jaulas, al río en los estanques, las flores en los jardines, el perfume cautivo en frascos; la lumbre, de donde viene el humo, vino a habitar en las casas, y la canción que no pudieron alcanzar ni oír en toda su hermosura, se hizo un bien de todos...

Al llegar a esta parte, el doctor López Lena señaló en el mapa una vieja construcción y dijo que era obra que la naturaleza había regalado a los hombres.

Pablo Neruda se levantó de su cama y llegando al mapa con la regla apuntó al filo de una sierra y dijo:

—¿Quién conoce México?

Y contestándose a sí mismo, dijo, en inglés:

—*Nobody knows, Mexico.*

Alguno tocó el timbre y desperté. Eran las ocho de la mañana.

Los mexicanismos de Zorrilla

Todo un libro, o por lo menos un largo ensayo, podría escribirse con los mexicanismos usados por José Zorrilla, ni más ni menos que se han hecho con algunos otros escritores extranjeros que han vivido en nuestras tierras: los venezolanismos en José Martí —¿obra de Graces?— por ejemplo. Ya alguna vez —como de paso— hemos tocado este punto en el Prólogo a *México y los mexicanos* (Ediciones Andrea, Colección Studium, núm. 9), Once años vivió Zorrilla en México, salvo la breve, y para él, malhadada estancia en Cuba. De esos años, muchos los pasó en los Llanos de Apan, en la hacienda de algunos de sus amigos y protectores. De esa manera su trato con criados y sirvientes indígenas fue intenso y largo; y hombre curioso como era, inclinado a escuchar la voz del pueblo, muy bien aprendió los modismos, los giros, las dicciones locales, a los que recurría con delectación y dominio. Muchas de esas expresiones ya aparecen desde la primera obra en prosa que escribe en América, *La flor de los recuerdos*, escrita cuando apenas tenía dos años de haber llegado al país; después aparecen profusamente en sus escritos, así en prosa como en verso, si bien más en prosa.

Placía, Zorrilla, inclusive, de proporcionar etimologías indígenas. No tengo a la mano los ejemplos, pero de algunos recuerdo: Cholula, monte hecho a mano, dice; Otumba, Ozompam, en la lengua del país, dice en alguna parte. Dice de alguno que estaba medio chiflado, para indicar que no estaba en sus cabales; le arroba el canto del sinsonte mientras recorre el campo cazando techalotes, ardillas grises muy sabrosas y difíciles de cazar; no gusta del pulque, pero sí de los zapotes, remuda de cabalgadura tras un breve descanso en una hacienda que gobierna un administrador muy campechano, que es como decir, abierto, franco; las tortillas de maíz que los naturales conservan calientitas en el tompeate, claro que le agrada. Las chinas, ataviadas con sus vistosas naguas, con su color apiñonado, su breve pie, siempre le atraieron y en más de un lugar se detiene a describirlas y a elogiarlas.

Cuando ya viejo y olvidado, cuando las penas lo agobian, no dice que se encuentra triste sino achicopalado. Tenía a la mano soledad, soledoso, saudoso, saudade, pero acaso ninguna de esas lecciones podía traducir mejor su estado de ánimo. Los años de México, de veras, habían calado muy hondo en el corazón del poeta y del hombre; a cual más desventurados. Y dijo, como cualquiera de nosotros, que no le tema a las palabras no sancionadas por los sabios, que estaba achicopalado.

Más de una vez vuelve a su pluma algo que Zorrilla llama refrán, sin serlo, según creemos, y que está vivo en el lenguaje del pueblo mexicano “De las arrastradas la mejor es la del coche”. Porque andar en coche, en carruaje, tirado por dos canelos que eran suyos, fue uno de los grandes placeres de Zorrilla mientras vivió en México. Vida arrastrada la suya: de la Hacienda de Goicoechea –Guicuchea– según él, decían los sirvientes, a la ciudad, y de ésta a la Hacienda, durante muchos años. ¿Cómo iba a olvidarla el pobre poeta a la última luz de la tarde de su vida? Y al invocarlo, lo hizo con todos los elementos que mejor ambientaran aquel pasado, no del todo desventurado, para que así tiñera sus recuerdos.

En verdad hace falta hacer la nómina de los mexicanismos, de las expresiones populares mexicanas, dispersas en la obra de Zorrilla. A ver quién la hace.

4 de julio de 1965

Otra vez fray Juan de Córdoba*

Volvamos a fray Juan de Córdoba. Para agregar a las noticias que hasta ahora se tienen de su vida y trabajos, algunas más aún desconocidas, según supongo.

Hasta ahora, lo más completo que tenemos del gran lingüista, corresponde al prólogo que Wigberto Jiménez Moreno escribió al frente del *Vocabulario castellano-zapoteco*, publicado facsímil por el Museo Nacional, hará veinte años. Allí fue aprovechado cuanto hasta entonces se sabía de Córdoba, sin contar lo que por su lado Jiménez Moreno pudo establecer; el prólogo de Nicolás León al *Arte en lengua zapoteca* (Morelia, 1886), las referencias desparramadas en la crónica de Francisco de Burgoa, los datos contenidos en José Toribio Medina, Joaquín García Icazbalceta, en José Antonio Gay y alguno otro. Pero la biografía, y si no la biografía, sí una semblanza más completa de fray Juan de Córdoba está por escribirse. Valgan las noticias de hoy para ese empeño que aplazamos para más adelante.

Era fray Juan de Córdoba, nativo de la ciudad andaluza, pero vivía en Lepe, Huelva, al tiempo de embarcarse en Sevilla para la Nueva España, el

*Henestrosa registra con ortografías distintas el apellido del fraile dominico y da asimismo dos lugares de nacimiento diferentes, muy posiblemente porque los artículos fueron escritos sobre la marcha sin ningún libro dónde consultar.

7 de abril de 1540 (Contratación, Legajo 5, 536). Era, pues, paisano de Séneca, Avicena, Góngora. Y estas referencias no son caprichosas porque Córdoba era hombre genial, que fue más allá de un mero autor de vocabularios y gramáticas. Quien haya frecuentado sus obras, lo sabe. Las divagaciones y digresiones en que abunda hasta pueden auxiliar al estudio del idioma español de su tiempo, en lo que difería del que se hablaba en Andalucía y en Castilla.

Pero eso es materia distinta. Quédese para otra oportunidad.

El dominico, como era regular en su generación, tomó el nombre de su pueblo como apelativo, siendo otros los legítimos. Era hijo de Juan García y de Elvira Ramírez de Coy. Su nombre sería, pues, Juan García y Ramírez de Coy.

Debe haber llegado a México al mediar aquel año de 1540, a la edad de treinta y siete años. Si pasó a Nueva España como alférez se explica que haya hecho en ese mismo año la campaña de Cibola, como abanderado de Vázquez de Coronado. De no ser así, habrá que retocar esta parte de las noticias de su vida en México.

Diez años después de su llegada a México, lo encontramos en la provincia de Antequera, luego de Oaxaca. Cuarenta y siete años tendría entonces, lo que en aquellos tiempos eran muchos. Andariego, hombre curioso, de aquellos que gustan caminar y mientras caminan aprenden, estuvo en muchos lugares del hoy estado de Oaxaca, y en el desempeño de las dignidades que fue alcanzando —Procurador de su orden, entre otros— hizo dos viajes a Roma, en donde quizá hubiera estado alguna vez. Era hombre severo, de vida muy estricta, senequista cabal. Por eso, cuando provincial, demostró tal severidad en el gobierno de sus religiosos que en el capítulo de Yanhuitlán fue depuesto de su cargo el año de 1570. A esa condición —la austeridad de su vida— debemos las dos obras en que se asienta su fama: el *Vocabulario* y el *Arte*, y otro libro que nadie conoce sino mencionado: *Elementos de gramática de las lenguas indígenas mexicanas comparadas*, publicado en México, en 1591, tres años después de sus dos obras famosas.

Muchas cosas, es verdad, faltan por establecer en nuestra historia patria; en la particular de cada uno de los estados mexicanos ni qué decir. Hasta en tanto no se logre, cualquier dato, noticia, referencia sirve a ese fin. Sólo cuando se alcance sabremos el tamaño de los afanes de estas entidades humanas de excepción y podremos enrostrar otros afanes.

En el panteón oaxaqueño veremos juntos a quienes salvaron de segura pérdida las creaciones de nuestros abuelos indios: fray Juan de Córdoba, fray Juan de Torralba, fray Leonardo Levanto, fray Francisco de Burgoa. Trabajemos todos por el advenimiento de ese fin.

18 de julio de 1965

Prólogo y *Alacena*

Lo decimos una vez más. Está por escribirse la *Historia de la literatura mexicana*. Es verdad que existen algunas con ese nombre, pero por razón de la premura con que fueron redactadas, o por la carencia de información en libros, ya que toda, o la mayor parte de la información al respecto, se encuentra en periódicos y revistas, cuando no en obras de viajeros, no pueden titularse legítimamente historia de nuestras letras. Existen también muchas monografías, panoramas, apuntes al respecto, todos dignos de aplauso y de gratitud a sus autores. La historia de la literatura nacional, concebida y realizada dentro del rigor que exige la materia, en verdad no la tenemos todavía. Por eso, cuanto material pueda allegarse a su futuro autor, hay que darlo a la publicidad, ponerlo a su alcance, a fin de hacerle menos penosa la tarea. De que vendrá alguno que la realice no cabe la menor duda; día llegará en que un mexicano de excepción, solo o con la ayuda del gobierno de la República, convierta en realidad un sueño de muchos, desde que tuvimos conciencia de nuestra existencia nacional.

El Libro y el Pueblo ya publicó –núms. 2, 3 y 4; marzo, abril y mayo de 1965– *Poetas y escritores mexicanos*, revista escrita por Juan de Dios Peza, publicada en *El anuario mexicano* de Filomeno Mata. México, 1878; con un prólogo y unas notas nuestras. Lo hace ahora –núm. 6, julio de 1965– con el panorama contenido en *Memorias de mis tiempos, 1828 a 1840*. Por Guillermo Prieto, *Fidel*, pp. 181-218. Bouret, México, 1906. Allí traza el viejo cantor la historia de la Academia de Letrán, “a la que se debe sin duda, la regeneración literaria de México, o, mejor dicho, los primeros vagidos de su emancipación”.

Se publica sin retoques, tal como salió de la pluma de *Fidel*: de manera espontánea, como se respira y palpita. Contrariamente que la revista de Peza, la publicamos sin notas, sin recargos que afectaran su redacción original. Ape-

nas si en algún lugar completamos un nombre, suprimimos alguna puntuación errónea, que más bien se deba a descuidos tipográficos, cuando no a carencia de los tipos necesarios. Un breve prólogo, éste que ahora convertimos en *Alacena*, con leves variantes.

¿Qué quiso Prieto al redactar esta parte de sus *Memorias*? Lo dice él mismo entre líneas al hablar de los tomitos de *Año nuevo*, publicados por la Academia de Letrán en 1837, 1838 y 1839. “Quedaron, dice, como recuerdo de los tiempos literarios, que he recorrido y tendrán su importancia el día que se quiera emprender fundamentalmente el estudio de la literatura nacional”. El desdén que algunos autores de la historia de nuestras letras sienten por Prieto ha hecho que muchas de las noticias contenidas en su panorama no hayan sido aprovechadas hasta ahora.

25 de julio de 1965

Viejito vendedor de libros viejos

En los ya muchos años que llevo de vivir en esta ciudad, de andar entre libros he conocido a mucha gente, de toda condición y origen. De todos he aprendido algo; ninguno dejó de sorprenderme con una noticia, con una reflexión, con un recuerdo que mucho tenía de mis recuerdos. Recuerdo ahora a J. Marbal Lausán, un viejito vendedor de libros viejos; soldado de las luchas libertarias de Cuba, de las tropas de Maceo, amigo de Martí, que vino a México, a fines del siglo pasado y aquí vivió hasta su muerte, ocurrida hará diez años.

De andar entre libros, entre sabios, se enseñó a escribir. Porque el que entre lobos... Una vez me escribió una carta. Como no las archivo, se me olvidan, perdidas entre las páginas de los libros que voy leyendo. Así ésta que ahora la casualidad vuelve a poner en mis manos. Como es seguro que vuelva a ocultarse, la transcribo, pues algo ha de tener que sirva a los afanes de algún mexicano. Dice así:

México, D.F., octubre 12 de 1946. Sr. Andrés Henestrosa. Ciudad. Mi estimado amigo: A propósito de la Sandunga, acerca de cuyo origen ha hecho usted atinadas aclaraciones en la Prensa, me he sentido impulsado a transcribir la letra de algunas cancioncillas populares conteniendo la palabra sandunga, que se cantan en Güines y otras muchas ciudades de Cuba desde tiempos inmemoriales y su

música conservo en mi memoria. Hablando alguna vez con mi padre, anciano de 88 años, ya fallecido, me decía que estos cantos se remontaban a principios de siglo, y llegó a asegurar que tanto la melodía como la letra de las dos primeras que a continuación copio, fueron arregladas en Cuba; la tercera es de origen propiamente andaluz, y la última es una composición burlesca hecha en Cuba conteniendo palabras disparatadas del gallego, del castellano y del andaluz. Las dos primeras dicen así: *Acuérdate cuando pusiste / tu mano sobre la mía / y llorando me dijiste / que nunca me olvidarías. ¡Nené, Nené! / Que me estoy muriendo. / Por ti estoy sufriendo. / Te adoro y te adoraré.*

Mulatica, sandunguera, ¿a quién esperando estás? / Con tu boquita hechicera / dame un beso nada más. / Tu rizado pelo, / tu cintura así, / hermosa mulata! / Vale un Potosí.

La siguiente es una canción de Cuna, andaluza, muy popular. *¿Qué tiene la niña / que nació de día? / ¿Qué tiene la niña / que nació de día? / Quiere que la lleven, / ay, salerito, / quiere que la lleven / a la dulcería. / -No quiero nada de la dulcería, / no quiero nada de la dulcería, / quiero que me lleven, / ¡ay, salerito! / quiero que me lleven a la nevería. / ¿Qué tiene el niño que nació de noche? / ¿Qué tiene el niño que nació de noche? / Quiere que lo lleven, / ¡Ay, salerito! / Quiere que lo lleven a pasear en coche. / -No quiero coche / que me mareo, / no quiero coche / que me mareo / quiero caleza, / ¡ay, salerito! / quiero caleza y me sandungueo.*

Y, por último: *Ramoncita, tan sandunguera, / hay un grupo que aquí te espera. / Te cantamos desde la calle / porque enseñes tu lindo talle. / Ven acá, pirulirulí, piruliruleira, / ven acá, pirulirulí, piruliruleira, / ven pronto, que este grupo quiere / que asomes los muslos, mujer hechiceira.*

El apasionamiento como pudiera suponerse en el muy erudito e ilustrado hombre de letras, Maqueo Castellanos, puede perjudicar la causa sagrada de la verdad, y en este caso la insistencia con que se quiere probar que las palabras zapotecas tza (fuerte, único), ndu (acabado, hecho, completo) y nga (esa) que significan: “cosa acabada, redondeada, perfecta, única”, no pueden tener relación con la palabra andaluza sandunga, que significa: salero, aire, donaire, garbo, gracia. Es, pues, ciertísimo que “el flamenco herido de ayes”, como usted dice, es muy español, y más propiamente andaluz. En los cantos populares peruanos, venezolanos y de otros países de nuestra América, la influencia de las canciones españolas ha tenido que ver con carácter, costumbres, usos y tradiciones del pueblo americano. El hecho de que la palabra andaluza sandunga haya servido para inspirar la canción istmeña así titulada, en nada opaca el mérito indiscutible del autor desconocido de un canto que hoy entusiasma no sólo a los habitantes de Istmo Oaxaqueño, sino que es gustado y aplaudido por todos los que hemos tenido la dicha de cono-

cer y tratar al simpático pueblo zapoteca. Pero la verdad se impone y debe imponerse: la palabra sandunga no es zapoteca.

Tal la carta de mi amigo Joaquín Marabal Lausán.

1º de agosto de 1965

Reseña histórica de la pintura mexicana

Una de las piezas más curiosas de la bibliografía mexicana es la que con el título de *Reseña histórica de la pintura mexicana* publicó hace un siglo Rafael Lucio, mejor conocido como hombre de ciencia que como historiador y crítico de arte. El breve ensayo no registra ninguna novedad dentro del criterio que hasta su tiempo privaba en la manera de juzgar las artes; pero si no se anticipa, por lo menos coincide con José Barnardo Couto, sobre todo en aquella incomprensión del arte precortesiano, de la pintura, para ser más exactos.

Para Lucio, la pintura se inicia con la llegada de los españoles; lo anterior, opinaba, nada tenía que ver con la plástica: los indios carecían de genio pictórico, de capacidades para realizarla, para entenderla. Todavía Francisco Díez Barroso –*El arte en Nueva España*, 1921– repite este criterio, cuando hace descender el arte pictórico en México de la gran pintura española, sin rasgo indio alguno.

Así y todo, el opúsculo de Lucio es interesante para el estudio de la plástica mexicana. Abunda en noticias, proporciona nombres de pintores cuyas obras había logrado ver, incluye una nómina de los más famosos.

Manuel Toussaint se refería al trabajo de Lucio con verdadero desdén, asegurando que no merecía recordarse y que nunca más sería reeditado. Acaso no tuviera razón. El opúsculo se ha publicado hasta hoy tres veces, –1863, 1864 y 1889– aunque generalmente sólo se mencionen dos de sus ediciones. ¿Por qué augurar que no pueda reeditarse?

Sus contemporáneos no lo juzgaron así. Por el contrario, tomaron como buenas sus opiniones, las repitieron, no le regatearon ningún elogio. El hecho de haberse publicado hasta tres veces en el corto espacio de un cuarto de siglo nos indica la estima en que se tenía a obra y a autor.

Muy pocas noticias se tienen de Rafael Lucio. Los diccionarios biográficos, generalmente copias de unos y otros, sólo consignan algunos datos de su

vida y trabajos. Hasta la fecha de su muerte está en discusión. Por cuanto a la *Reseña* ni siquiera se la menciona. Se recuerda, sí, que formó una importante colección de pinturas, que en su tiempo pasaba por la mejor y más completa pinacoteca que existía en México.

Murió en esta ciudad, viejo de setenta años, en 1886, el 30 de mayo según algunos, el 31 conforme a otros. Reposan sus restos en el panteón del Tepeyac. Tiene una estatua en el Paseo de la Reforma, un busto y un retrato en alguna institución médica, acaso en la Escuela de Medicina. Por lo menos una escuela y una calle llevan su nombre.

En los periódicos de la época de Lucio se encuentran reseñas muy halagüeñas de la *Reseña histórica de la pintura mexicana* en los siglos XVII y XVIII. Marcelino Menéndez y Pelayo lo calificó de interesante, aunque demasiado breve para el interés que la misma materia suscita.

Estos son años de recordaciones. Lucio, amigo de la República liberal, la de Juárez, tuvo en sus días tiempo, entusiasmo y paciencia para reunir pinturas, para escribir sobre ellas. Esas solas circunstancias lo hacen merecedor de que yo haya traído su nombre a este lugar. Con el ejercicio de su profesión, con sus afanes de coleccionista, como crítico e historiador de nuestra plástica, Rafael Lucio asistió a la defensa de la República. Esos sus títulos y la razón de su gloria.

8 de agosto de 1965

Vieja hoja amarillenta

Uno de los libros de nuestra juventud, uno de los autores preferidos no era de México, que lo era de Guatemala. *El hombre que parecía un caballo*, el libro; Rafael Arévalo Martínez, el escritor. Ni a libro ni autor volvimos, por ingratos que solemos ser con aquellos que en alguna ocasión de nuestra vida nos dieron alimento con qué pasar el día.

Pero la casualidad y el azar, que suelen ser tan cotidianos y vigilantes, pone en mis manos una vieja hoja amarillenta, firmada por Arévalo Martínez. No hay tiempo para verificar si está inédito el poema, pero aunque lo estuviera, no desperdiciaré la ocasión de reproducirlo. De paso, acordarme de Arévalo Martínez y del trovador colombiano, Ricardo Arenales, o Porfirio Barba-Jacob—un nombre que está en los *Heterodoxos españoles* de Marcelino Menéndez y Pelayo— que inspiró el famoso relato del escritor guatemalteco.

El papel vino a dar a mis manos hace algún tiempo, por obsequio de Herminio Ahumada, quien acaso lo hubiera entre los papeles de José Vasconcelos, que lo dejó de su albacea literario. Nada agrega este poema a la gloria de Arévalo Martínez; nada a su fama de prosista, pero si no es verdad que valga bien su prosa, algún latido de su corazón, de sus venas, contendrá. Veámoslo.

*¡Mucho cuidado con las tierras bajas!
donde impera fatal el paludismo
donde las nubes tejen sus mortajas,
en las abiertas tumbas del abismo.
¡Mucho cuidado con las tierras bajas!*

*Tenedle miedo al alcohol,
sólo son frutos de salud
el aire, el pan, el sol,
pero el alcohol es ataúd.*

*Sabed elegir a la mujer;
si pura, es dádiva divina;
cuando su cuerpo da verdor
como la peste, contamina.
¡Sabed elegir a la mujer!*

*¡Oh, de mi patria, adolescentes
que vuestros padres os den sendas claras
y os libren de estas fuentes
de los estigmas tropicales!*

*Y que así vuestra alma joven vibre,
la patria os da dos mandamientos, dos:
haced mucho ejercicio al aire libre,
tomad todos los días mucho sol.*

Eso es todo, lector.

15 de agosto de 1965

Recuerdo de don Luis González Obregón

Muy temprano conocí de nombre a Luis González Obregón. Lo conocí en los días en que apenas acabado de llegar de mi remoto Ixhuatán, la gula me llevó a devorar libros que no podía digerir, que si los hubiera digerido, otro gallo me cantara. Sucedió que yo, como a muchos de mis paisanos ocurre ahora, no alcancé beca, o pensión, que me ayudara a estudiar; no tuve hombre que me echara a la fuente. Y rodando, rodando, fui a parar a la Escuela Normal de Maestros, que entonces compartía edificio con la Secretaría de Educación, esquina de Argentina y San Ildefonso, ahora de Luis González Obregón.

Había en la época, y todavía la hay, una librería en un costado de la Plaza de Santo Domingo, entonces con árboles, con una fuente y poblado de pájaros cantores. La librería era —ahora lo es de sus hijos— de Ángel Pola. En su aparador veía muchos libros. Uno recuerdo como si lo estuviera viendo, como si no hubiera pasado un solo día: *Siempre viva*, de Manuel Brioso y Candiani, que no pude adquirir; otro, *La ruina de la casona*, de Esteban Maqueo Castellanos, lo tengo aquí entre mis libros. Sus autores, oaxaqueños por más señas. Y oaxaqueño era para mí sinónimo de perfección.

A la entrada de la librería, o de pie frente al mostrador, casi siempre se encontraban algunos señores que no eran precisamente clientes, sino amigos, contertulios, tertulianos de don Ángel Pola. Allí, entre esos señores que digo, descubrí a Luis González Obregón. Allí, unos años más tarde, a Francisco A. de Icaza. Alguno me dijo que aquel hombre pequeñito, frágil, ya encorvado, de andar menudito que luego identifiqué por las cercanías de la Normal, era autor de un libro a la sazón novedad bibliográfica: *Las calles de México*, su primer libro que leí. Luego vi otras obras suyas en las vitrinas de las librerías, mientras me invadía, como el joven de una vieja lectura, el sueño, el castillo en el aire, de que algún día iba yo a escribir uno así.

De *Las calles de México* pasé a otros libros suyos, que me hicieron un gran mal: hacerme creer que todo era tan fácil, tan sencillo, cuando escribir es la cosa más difícil del mundo.

El trato personal con don Luis fue mucho más tarde, en las postrimerías de sus años, que fueron tan pocos, aunque la apariencia fuera de que ya eran muchos. Sólo dos o tres veces le di la mano, en el Archivo General de la Nación, en el año de 1937. Ya no veía, pero pudo dedicarme a tientos uno de sus libros, y resolver sin el más mínimo asomo de apuro, una consulta que le fui

a hacer. Le dediqué el único libro que he escrito, en una subsecuente visita. Luego me escribió diciéndome que se lo habían leído. Al año siguiente, estando yo en Nueva Orléans, me llegó la noticia de su muerte.

Era su preocupación en aquellos días vender su biblioteca. La Secretaría de Educación se proponía comprarla, pagándola en dos exhibiciones. Recibiré la primera, decía don Luis, pero, ¿me alcanzará la vida para recibir la segunda? Y se decidió a venderla en las circunstancias en que el lector ya conoce.

Setenta y cinco años vivió Luis González Obregón, aunque siempre pareció que los tenía. Una vida de trabajos, de penurias, de enfermedades, toda ella entregada al servicio de su patria, palabra y concepto que en él tenían otro significado, aquel que tuvo en los labios y en la pluma de los que la defendieron cuando estuvo a punto de perderse; y en los que nacieron en el año terrible del 65 y que Guillermo Prieto redujo a una breve exclamación: “Oh, patria, ¿quién puede pronunciar tu nombre sin temblar cuando te vio a punto de perderte?”.

Gran parte de la vida y la obra de Luis González Obregón pudiera explicarse por la fecha de su nacimiento: 25 de agosto de 1865. Recordarlo ahora es una manera de homenaje a todos los grandes mexicanos que, unos con la espada, otros con la pluma, han configurado a nuestra patria.

22 de agosto de 1965

Las estatuas de la Reforma

Un libro ya muy raro desde hace tiempo, y que reclama una nueva edición, es el de Francisco Sosa, *Las estatuas de la Reforma*. Noticias biográficas de los personajes en ellas representados. Dos veces ha sido publicado hasta ahora; la primera edición, por cierto, registra algunas particularidades. Traducida al francés con el título de *Biographies des Mexicains Illustres dont les statues ont été érigées par les États de la Fédération sur la Calzada de la Reforma* no consigna en la portada el nombre del autor ni el del traductor, que lo fue Alfred Boissié. La segunda es, con toda seguridad, del año de 1900. De la primera sólo recuerdo que la hizo la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas y fue presentada en la Exposición de París, entre las contribuciones de México.

Dos cosas hay que acreditarle a Sosa. Es la una la idea de erigir estatuas a los grandes mexicanos que con sus luces, su abnegación y su sacrificio, han creado las instituciones políticas y culturales de México. La otra es que se encargó de la redacción de las biografías de cada uno de los personajes cuyo bronce contemplamos en el Paseo de la Reforma. En efecto, al mediar el año de 1887, Sosa publicó en *El Partido Liberal* un artículo proponiendo a la prensa liberal el patrocinio de una idea encaminada a honrar a las glorias nacionales, mediante estatuas y conmemoraciones cívicas. Ya se había levantado el monumento a Cuauhtémoc, primero de nuestros héroes; hacía falta el de sus continuadores, no menos grandes. México alcanzaba entonces un minuto de paz, de reflexión, de serenidad para la obra. Tenía grandes artistas, pintores y escultores que podían encargarse de la realización de aquella idea de Sosa, generosa y legítima a la vez.

Las circunstancias en que la iniciativa de Sosa fue puesta en práctica la conocen muy bien los lectores. Poco más de un año de haberse presentado, se inauguraron las dos primeras: la de Ignacio Ramírez, poeta, pensador; y la de Leandro Valle, soldado, mártir de nuestras gestas libertarias.

No están todos los prohombres mexicanos, si bien lo son todos los que están. Los que faltan será la hora de irlos poniendo. Cuándo, si no ahora en que México se apresta a celebrar el centenario de la restauración de la República de Juárez y de otros grandes mexicanos. Junto con las estatuas habría que redactar las biografías de los prohombres que faltan, agregadas como apéndice a esa reedición de *Las estatuas de la Reforma* de que hablé al principio de esta *Alacena*. Quizá valiera la pena retocarlas, o anotarlas, con lo cual no se agraviaría la memoria de Sosa, primero en señalar las fallas de su obra. Ni entonces ni ahora, sino por excepción, se logran obras perfectas, sobre todo si son de esta naturaleza. Quien las redacta no cuenta ni con los medios documentales, ni con el tiempo y el ocio —ocio entendido como estado de ánimo mejor que como tiempo de sobra— que ha menester para semejante aspiración. En medio de grandes preocupaciones, alternando diversos, cuando no opuestos menesteres, es como se ha venido creando la literatura patria. Y eso, más que reducir su valor, lo acrecienta. Porque hace falta una gran decisión de servir, un desmedido —si es que puede haberlo desmedido— amor a la patria para encarar tareas que sólo a duras penas alcanzan la recompensa de un aplauso. (Acabo de leer en un periódico una nota en que se afea a un escritor por haber aceptado pronunciar un discurso en honor de Melchor de Talamantes, en vista de que no tiene oportunidad de pronunciarlo sobre algún otro tema).

Humildemente, lo decía Sosa al final de la introducción de la segunda edición de su libro. Sobradamente recompensado se creía al ver glorificada la memoria de muchos de sus compatriotas; que quien carece de grandes títulos conformarse debe con que al menos se reconozca su anhelo porque se rindan homenajes a los que han honrado a México.

Así es.

29 de agosto de 1965

Francisco Sosa, poeta

Todos conocen a Francisco Sosa, historiador, biógrafo, periodista, pero pocos lo recuerdan como poeta. Su obra en prosa, ello es verdad, explica que sus versos pasen a un segundo plano: así de numerosa es; justo, por tanto, que así suceda.

Su aportación a los estudios históricos, a más de voluminosa, registra excelencias que ya desde su tiempo fueron señaladas.

Pero Sosa también fue un poeta distinguido, digno de recordación. Con él puede ejemplificarse aquella opinión de Marcelino Menéndez y Pelayo, según la cual el más bello soneto puede ser escrito hasta por un poeta menor. Lo dijo respecto a la celeberrima composición "A Cristo crucificado", a tantos atribuida. Si como parece fuera su autor fray Miguel de Guevara, un cura de pueblo. Don Marcelino acertó en absoluto. Hasta por uno que no cultive profesionalmente las letras, la poesía.

Lo vemos en Sosa, que sólo a ratos la cultivó. Dudo que todos los poemas que escribió dieran para un volumen; los escribía un poco de ocasión, para álbumes. Pero a lo mejor estoy diciendo una inexactitud, y haya publicado un libro de versos. No tengo tiempo ahora para consultar su bibliografía, recuperada por Ferrer de Mendiola. De todas suertes mi idea es que sus poesías no fueron coleccionadas y quedan perdidas en periódicos y revistas de esta capital y de la península yucateca. De las hojas periódicas, del álbum de alguna amiga fueron rescatadas para reproducirlas en colecciones, ramilletes, libros de lectura.

Eran tiempos difíciles aquellos en que Sosa se inició en la poesía; las escuelas literarias entraban en conflicto. Entre las formas nuevas y las del pasado muchos

nafragaron. Era el reinado de José Zorrilla, pero otras voces aún flotaban en el aire y ya se anunciaban otras aún más sonoras. Sosa, tras intentar un acomodo a las tendencias de su tiempo, como que volvió a las de su primera juventud, a las que dominaban cuando se inició en las letras. A Zorrilla, para decirlo de una vez.

Hay un soneto suyo que así parece indicarlo. Lelia, a quien lo dedicó, trae a la memoria nombres caros al gran romántico español: Lelia, Clelia, se llaman las mujeres de Zorrilla.

Y es aquí a donde queríamos llegar. Cuando Francisco Sosa murió, en la mayor pobreza del mundo, un periódico de esta capital, no recuerdo cuál, reprodujo un soneto suyo, reprodujo el mejor de sus sonetos, acaso aquél en que reside su fama de poeta. Eran los tiempos dichosos en que eran suficientes unas cuantas lecturas para memorizar una pieza no digo en verso, sino de prosa, lo que es más difícil.

Lo voy a reproducir con la súplica de que me perdonen si traiciono al autor

A Lelia

*Cuando marchite tus galanas flores
el que es de la beldad fiero enemigo
y en vano pidas protección y abrigo
a los que fueron, Lelia, tus amores.*

*Cuando todos te olviden, cuando llores
en triste soledad, sin un amigo
que de tu ruda pena, al ser testigo,
anhele disipar tus sinsabores...*

*Entonces, Lelia, ven. Conserva el pecho
puro el afecto del recuerdo santo
y olvida tu pasado desvarío...*

*Entonces, Lelia, ven. Mi hogar estrecho.
Contigo partiré...que no lo es tanto
que en él no quepan tu dolor y el mío.*

¿Es o no, lector, un hermoso soneto?

Necrología de poeta y prosista juchiteco

Un día del mes pasado, murió en Villahermosa, Tabasco, Hildo Gómez Castillo, poeta y prosista. Había nacido en Juchitán, Oaxaca, en la primera década del siglo. Allí hizo la instrucción primaria; fuimos compañeros de banco; luego se trasladó a Tapachula, Chiapas, para continuar sus estudios secundarios, que hizo brillantes al lado de otros paisanos suyos, que como él cultivaron las letras e hicieron estudios superiores, alcanzaron buena fama. Recuerdo a Raúl Ortiz Urquidi y a Aquileo Infanzón Garrido.

Volví a encontrarlo en México, ya estudiante de leyes. Cuando terminó la carrera no recuerdo cuál de los amigos lo recomendó para juez en Tabasco. Y para allá se marchó, triste, acongojado, en medio de incertidumbres y desalientos. Nadie nos dijera que iba a quedarse para siempre en Tabasco, en donde encontró casa y mujer, y tuvo hijos, y admiradores, y amigos que lo quisieron. Y acaso más de lo que nosotros hubiéramos podido quererlo. En Villahermosa volví a encontrarlo, ahora diez años, cuando asistí a una invitación del Instituto Juárez. Fue él, Hildo Gómez Castillo, quien me dijo las palabras de bienvenida muy hermosas; pero nada justas por generosas, halagüeñas y elogiosas. Pero así lo quisieron los anfitriones para darse el gusto de ver frente a frente a dos paisanos y amigos. Inolvidable aquella noche tabasqueña. Ésa fue la última vez que lo vi.

Su nombre de pila era Hermenegildo, pero quiso reducirlo a Hildo, para que mejor sonara. Con él firmó versos, prosas, artículos de periódico, en que se advierten una delgada –delicada, quería decir– sensibilidad, una sencillez, a la par de abundantes lecturas. Lo digo sobre todo de cuando era primerizo. Transcribo una de sus pequeñas prosas para que pueda verse.

Nace entre cerros ásperos y lejanos. Apenas chorro cristalino en el alma del trópico, tuvo ansias infantiles de echar a correr por los campos y las serranías. Al partir arrastró consigo peñascos y arbustos endebles, para entretenerse, jugando en el camino. Fue fotógrafo de paisajes, bienhechor y delincuente, al inundar las sembraderas pródidas. En sus orillas los hombres se juntaron, edificaron las primeras casas, pero en cambio le pusieron un nombre feo: Río de los Perros.

Después secaron sus aguas. Y hoy, en Juchitán, se ve nomás la arenosa huella de su lecho. Sólo en épocas de lluvias hincha de espumas su caudal y se llena de turbulencias y de lodo. Pasa en medio de la población, curvándose a cada rato y se pierde entre los rastrojos florecidos de maizales, hasta llegar al mar.

Pero se alegra de cuando en cuando, porque fotografías y escolares lo recuerdan todavía en forma de avenida azul, tendida sobre el mapa de Oaxaca, en el litoral del Pacífico.

Ése era el tono de las primeras prosas de Hildo Gómez Castillo. Lo que después escribió, no se apartó de su quehacer inicial, si no fuera para acomodarlo a su anhelo de expresión estricta y depurada.

Descansa en paz, Hildo, en una tierra que no era tuya, pero de la que ya eras para siempre.

12 de septiembre de 1965

Martí en México

Al parecer, la investigación relativa a la permanencia de Martí en México está agotada. Pero es sólo al parecer. Mucho ha de quedar que no esté averiguado. Los tres volúmenes publicados por Camilo Carrancá y Trujillo, *Arte en México* (1875-1876). México, 1933-1940, con ser, bajo todas las apariencias, la última palabra sobre la cuestión, no agotaron el tema. Verdad es que Carrancá y Trujillo localizó todos los trabajos literarios de Martí publicados durante su estancia en México, en los años 75 y 76, escritos en las agitadas salas de redacción, como tantos otros, por no decir que todos lo han hecho. Verdad es, asimismo, que identificó los seudónimos usados por el escritor cubano y enriqueció los volúmenes con numerosas y pertinentes notas. Verdad es todo. Pero algo queda por hacer. ¿Qué es eso que falta por establecer, por identificar como de la pluma de Martí? Son aquellas piezas que publicó anónimas, como era regular, entonces y ahora, que lo hicieran los penados en las galeras del diarismo. Así lo hizo en tiempo y en su hora Francisco Zarco quien, aparte los artículos firmados, escribía las gacetillas hasta de modas, que el buen periodista es aquel que sabe improvisar.

A esa situación se refiere Juan de Dios Peza cuando en *El anuario mexicano* (1878) se refiere a Martí, redactor de periódicos en México. Transcribiremos la parte relativa:

José Martí, elocuentísimo e inspirado, llegó a México hace tres años y se ocupó desde luego en escribir en periódicos de buena aceptación. Martí, como poeta, es fecundo y original; su estilo, lleno de giros especiales, le hace salir de lo vulgar; ha dado al teatro una pieza en un acto titulada *Amor con amor se paga*; conserva inédito un drama en tres actos que puso por nombre *Adúltera*. Es infatigable para escribir. Nosotros le hemos visto en una redacción, escribir el editorial, el boletín, las variedades y la gacetilla de un periódico, en un solo día...

Los “boletines” ya se sabe que los firmó con el pseudónimo de *Orestes*, en la *Revista Universal* de José Vicente Villada, y dados a conocer, así fuera fragmentariamente, por Gonzalo de Quesada y Alberto Ghirardo, en sus respectivas ediciones. No así los editoriales, las variedades y las gacetillas de que habla Peza.

Identificar esas piezas sería quehacer lento y cuidadoso, pero no imposible, ni siquiera difícil: el estilo de Martí es inconfundible desde la primera hora; el tiempo, el ejercicio diario, el trabajo, lo perfeccionó, lo llevó a sus últimas posibilidades; pero estaban en simiente, en crisálida, en la pluma de oro de Martí. El ritmo de su prosa, las palabras claves, el afán de reducir el pensamiento a formas concretas, revestidas de belleza, que le venía de Gracián, ya se encuentran en aquellas tempranas composiciones mexicanas.

Larga y laboriosa he dicho que sería esa tarea; pero nada imposible. Los recursos al alcance de quien la llevara a cabo ya están enumerados en parte. Las dos literaturas —la mexicana y la cubana— saldrían beneficiadas el día en que pueda reunirse el total de la obra martiana de inspiración mexicana, o por lo menos, la escrita en México.

19 de septiembre de 1965

Antología de jóvenes poetas mexicanos

Existe una *Antología de jóvenes poetas mexicanos*, “organizada por Guillermo Jiménez, refrendada en Madrid por Alfonso Reyes y refundida enteramente en París por José D. Frías”, según Ventura García Calderón, su editor. Encontraba el escritor peruano que la selección ofrecía serias garantías de imparcialidad, aunque registraba algunas omisiones que ya se irían reparando. Yo sólo he corre-

gido una, imperdonable, de José D. Frías, que olvidó sus propios versos, y he elegido en la sinfonía de nuestro admirable Alfonso las mejores cadencias, agregaba. Hizo algo más García Calderón: incluyó al final a José Juan Tablada: “las novísimas tendencias del poeta le dan cabida en esta selección de poetas jóvenes”.

La *Antología* ha de ser de los años veinte, acaso del 22, fecha en que Guillermo Jiménez firma la “Advertencia preliminar” en París. Ya habían muerto Amado Nervo y Ramón López Velarde, según las notas de las páginas 10 y 12, respectivamente. La impresión fue hecha por la Editorial Franco-Ibero-Americana, luego adquirida por Bouret, también de París.

Dos ediciones existen por lo menos de esta *Antología*, como se advierte de las distintas portadas, la diferente distribución de los textos, las erratas que la afean como con cien lunares, amén de otros detalles que no sólo se repiten, sino que se agravan y multiplican en una de las dos ediciones, en la segunda, casi con toda seguridad. Daré algunos ejemplos, los que acudan a mi memoria ahora mismo: “Fernando” por Bernardo Ortiz de Montellano; “Edoardo” Colín una vez, y Eduardo, otra; en una de ellas falta toda una línea, aquella que alude a López Velarde: “labran estrofas varoniles a la vida y al petróleo y son perennes adoradores de las palpitaciones avanzadas”.

El ensayo de Guillermo Jiménez constituye un rápido, donoso panorama de la lírica mexicana de aquellos días. De cada uno de los poetas con que ejemplifica tendencias, o señala excelencias, proporciona en rápidas líneas, en instantáneos comentarios, lo que ha menester el lector aficionado, no el especialista. Por cierto, que de algunos se habla sin que aparezcan en la selección; tales los casos de Colín, Balbino Dávalos, Alfonso Cravioto.

Trabajo poco conocido, acaso valiera la pena de ser reproducido; alguna reflexión o noticia ha de contener, necesaria al estudio de la poesía mexicana de este siglo.

El refrendo de que habla García Calderón en las líneas transcritas al principio de esta *Alacena* ha de referirse a *Lírica mexicana*, “Antología publicada por la Legación de México con motivo de la fiesta de la raza. 12 de octubre de 1919, Madrid”. La nota con que el florilegio se presenta, anónima, es obra de Alfonso Reyes, entonces representante de México ante la corte española. Resumen de antologías, más bien que antología, decía Reyes que era. “Al juntar el ramo de flores, más de una, sin duda, se nos ha caído de las manos”. ¿Quién si no Alfonso puede escribir así?

En efecto, casi todos los poetas contenidos en la *Antología de jóvenes poetas mexicanos* aparecen en la *Lírica mexicana*, que por razón de su carácter y propósitos es más completa, lo es de la poesía mexicana, desde Sor Juana. De ser así, esto es, que la una es base de la otra, Jiménez y Frías prepararon la selección en fecha anterior a 1919, así haya aparecido después, en 1922, como tengo dicho. Un pequeño problema bibliográfico es éste que Porfirio Martínez Peñaloza puede poner en claro. Lo dejo en sus manos.

3 de octubre de 1965

Ralph Roeder, escritor norteamericano

Algo que de unos años a esta parte se había venido reclamando, acaba de conseguirse: la condecoración del Águila Azteca para Ralph Roeder, escritor norteamericano que ha señalado a México como su patria definitiva. En efecto, algunos mexicanos lo propusieron hace algunos años para ese honor; por su biografía de Benito Juárez, en verdad una de las dos mejor realizadas del pastor de Guelatao.

En este mismo lugar, es decir, en esta *Alacena*, escribimos un artículo con tal fin, hace más de un lustro. Por su lado, y obedeciendo a pareja inspiración, otros lo hicieron con muy buenas razones. Nunca nadie desesperó de lo que pudiera parecer tardanza, aplazamiento, de un acto de justicia, de reconocimiento a una labor inteligente, hija del amor más puro a una figura humana, de excepcional relieve. No es un extremo decir que *Juárez y su México* ha agrandado el nombre de nuestra patria, ha agregado, si es que le faltaba, un palmo más a la estatura del Patricio. ¿Qué otra cosa tenía que hacer México sino honrar a Roeder, con lo cual en igual proporción se honraba?

No. La condecoración no ha llegado tarde, ni se aplazó nunca. Estaba, nada más, en espera de su hora. Y esa hora era ésta en que el pueblo mexicano se apresta a celebrar el centenario del triunfo de la República Liberal, la de Juárez. El acto de condecoración es uno de los primeros de las conmemoraciones centenarias.

Roeder es uno de los grandes escritores de la hora presente, en las dos lenguas: la suya original inglesa y la española, de la que ha devenido señor. Cuando vino a México, ahora un cuarto de siglo, lo hizo precedido de su fama literaria, ganada con una larga lista de trabajos. Poeta dramático, historiador, biógrafo,

es autor de uno de los libros más vigorosos, lúcidos, fulgurantes, apasionados, de cuantos el tema ha inspirado: *El hombre del Renacimiento*, en el que al trazar las biografías de Savonarola, el fanático; Maquiavelo, defensor del despotismo; Castiglione, el cortesano, y Aretino, el licencioso, pero enemigo de príncipes corruptos, proporciona un panorama de la historia italiana de fines del siglo xv y primera mitad del siguiente. Tan ágil, tan penetrante, tan bien conocido por él, que sólo se miran brillar las cumbres, las luces cimeras. Historia, biografía, creación y recreación, se unen ahí para dar al lector una lección de fácil acceso. Todo lo que es Ralph Roeder se reúne en ese libro iridiscente. Libro de poeta, de historiador, de novelista, de erudito a quien no se nota la erudición y sólo se advierte el soberano y correcto juicio histórico.

Así constituido vino Roeder a México, ahora su México. Venía a escribir la biografía de Juárez, pero le tomó súbita querencia y se ha quedado para siempre entre nosotros. Porque así lo ha dado a entender de cien modos: en México concluirá sus días, que espero numerosos, para la mayor gloria de los estudios mexicanos y para regalo de sus amigos.

Libro escrito con amor, *Juárez and his Mexico*, no podía ser sino lo que es: la historia de un hombre y de una patria, indisolublemente unidos, soldados, hasta el grado de que el uno se confunde con la otra, y ésta se ve reflejada en Juárez, en el minuto aciago en que lo produjo para que velara por su honra, por su nombre y por su gloria. Es la historia de un ascenso; de la mayor oscuridad a la máxima luz. Es un camino: del pico de una sierra a un valle. El gran descenso en la geografía oaxaqueña y el prodigioso salto a la cumbre mexicana. La enseñanza final, permanente: salir del pueblo carne cobriza y volver al pueblo blanco mármol.

Muy bien ha hecho México al conceder la presea del Águila Azteca a Ralph Roeder, artista de la palabra, que entre todas, eligió esta tierra como la suya final. Cómo la conoce, cómo la ama, lo podrá ver quien lea este libro que yo quisiera ver en la mano de los mexicanos todos.

10 de octubre de 1965

Hierro tirano cruel y aborrecido

Una forma de homenaje a nuestros escritores es volver a sus obras, por lo menos en aquellas dos fechas de que no se tiene conciencia: la del naci-

miento y la de la muerte. Además de fácil es grato releerlos. Lo practico siempre. Lo hice con Luis González Obregón; lo acabo de hacer con José Asunción Silva. Lo hago ahora con Andrés Bello. Lo menos que puede ocurrir es que descubramos excelencia, deleites que una lectura anterior no pudo darnos. Los “Nocturnos” de Silva conservan su rumor, su misterio, su música de alas que dijo Miguel de Unamuno. Devuelven a los días encantadores en que los leímos por primera vez; reconstruyen el ambiente de días para siempre idos; pero que suelen volver a medida que el sol de nuestros días tramonta. Releerlos no sólo es una manera de agradecer a Silva, sino aliviar penas que no tenemos, curarnos de las que nos pudieran venir. ¿No es eso suficiente para volver a nuestros autores preferidos, si no es que a todos, por lo menos en aquellas dos fechas que he dicho? Lo es. Y yo lo practico y lo aconsejo.

Los tres autores mencionados se identifican en el año de 1965; en agosto, hizo un siglo, nació González Obregón; en octubre, pronto, el día 27, vino al mundo José Asunción Silva. Por razón de mi quehacer periodístico, a cada uno de los tres he consagrado unas líneas de recordación. Ahora los quise reunir en esta *Alacena*. Y no es remoto que vuelva a Bello en una futura.

Dije que algo puede descubrirse en cada relectura. Y así es. He encontrado por ejemplo en *Vetusteces*, versos que no conocía o que no recuerdo en dónde leí. Así unos de Antonio de Saavedra Guzmán, que no se encuentran en *El peregrino indiano*, que tanto irritó a Joaquín García Icazbalceta, y luego, por imitación a Carlos González Peña y a Don Luisito, que tacha los que transcribe de “malos versos pero con sentida verdad”. Pero no es a esos versos a que quiero referirme sino a otros que trae a cuento en el relato “Por el amor, esclava”, en que se narran los desdichados amores de una india de abundante cabellera y Juan Cansino. Condena el viejo cronista la infamante práctica de herrar a los esclavos, ni más ni menos que el príncipe de todos, Bernal Díaz, quien en Coatzacoalcos destruyó el fierro de marcar.

No dice González Obregón de quién sea el poema. Se contrae a transcribirlos. Dice:

Hierro tirano cruel y aborrecido, / hierro para mi daño conjurado, / hierro que alma y vida has ofendido, / con el yerro que Amor ha encaminado; / y hierro que a mis manos has venido, / por no errar del todo mi cuidado, / hierro mortal, en hierro se atormente, / quien a tal yerro permite y consiente. / Cien mil suspiros daba lamentando

/ mientras el rostro el rostro soberano hiere / en las bellas mejillas, contemplando, / que entre fuerza y temor, quiere y no quiere; / acometía y quedábase temblando; / mil disculpas de nuevo le refiere, / y al fin le puso una S con un Clavo, / haciendo al dios Amor, sujeto esclavo.

Tal la desventura de Juan Cansino. Pero, ¿de quién son esos versos? ¿Los consigna alguna de nuestras antologías? ¿Los olvidó Alfonso Méndez Plancarte en sus *Poetas novohispanos*? ¡Quién sabe!

17 de octubre de 1965

Edición de libros

No es cosa nueva que la Cámara de Diputados edite libros. Siempre lo hizo. Recordemos nada más que en 1922 editó un libro famoso en los fastos de la bibliografía mexicana: *Historia de la Revolución de la Nueva España, antiguamente Anáhuac*, por José Guerra, seudónimo de fray Servando Teresa de Mier. Pero nunca se propuso la Cámara una empresa editorial tan ambiciosa, tan ingente pudiera decirse, como la que ahora; en tal extremo lo es, que su realización, que ya está en marcha, promueve y promoverá en el futuro aplauso y gratitud unánimes.

La Cámara, en efecto, va a editar en grandes tirajes, tres obras: una historia de las leyes mexicanas con la compilación de las más importantes a contar de Iturbide; los informes y manifiestos expedidos por el Poder Ejecutivo y el Legislativo; y la Constitución Política de la República.

De las tres dediquemos esta *Alacena* a comentar una: los informes y manifiestos. Se trata de una reedición de la que en 1905 hizo la Secretaría de Gobernación en la Imprenta del Gobierno Federal, en 3 vols. *In folio*. La obra comprende más de lo que su título indica, va más allá de lo que el lector pudiera pensar de momento. No sólo recoge los informes del Poder Ejecutivo y las respectivas respuestas de los presidentes del Congreso, sino también discursos, manifiestos, declaraciones que los encargados del Poder Ejecutivo han producido durante su ejercicio de una manera independiente, es decir, no ante la Representación Nacional. Igualmente, las manifestaciones y los pronunciamientos de la Cámara por sí misma, esto es, no en las fechas de apertura de sesiones.

La edición que ahora realizan las prensas legislativas comprende la de 1965, y la pone al día; hasta el segundo informe del presidente Gustavo Díaz Ordaz; septiembre de 1966, que es cuando el presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados, don Alfonso Martínez Domínguez, espera que esté concluida y en condiciones de circular. Se ha creído conveniente refundirla, conservando lo que el tiempo no ha retocado, lo que no ha perdido un ápice de su valor histórico, agregando, en cambio, otros documentos posteriores a 1904, fecha límite del contenido de la primera edición.

Aquella, como esta edición, se pueden calificar, sin hipérbole, de monumentales: la primera fue parada a mano, letra por letra, en largas horas, en una tarea y afán que no pueden valorarse en salarios, sino que son un signo de la capacidad de los impresores mexicanos, para quienes parar la obra tenía un valor trascendente, contenía un poco a México. Si la primera edición consta de tres volúmenes, ésta será de siete, de cerca de mil páginas cada uno, al igual que la primera vez que salió a luz.

Muchas cosas se propone la Gran Comisión de la Cámara con la impresión de los informes y manifiestos. Una, la principal, concurrir con ella al mejor conocimiento de la historia nacional, en todos sus aspectos: político, económico, social, financiero; agrario, educativo, en fin. Al incluir en la obra documentos de todas las procedencias capacita al lector para enterarse de qué larga y dolorosa ha sido la marcha de la vida institucional mexicana. Nada que sirva a ese fin se soslaya, se evita; que de hacerlo así, iría contra sus fines, que no son otros que proporcionar a los mexicanos elementos de juicio. Escuetos, en su ser original, los papeles reunidos servirán para guiar al lector, para afirmar sus credos políticos, para ponerlos en crisis también, porque frecuentemente se deben a falta de información, a falta de un correcto criterio histórico. Los hechos no son ciegos, productos azarosos, sino resultados de nuestra vida toda de la Nación.

La enseñanza final será ésta: por encima de los reveses, de los triunfos, de las derrotas, de las diferencias entre los hombres, prevalece el ideal republicano, demócrata, liberal: México camina, a veces, en medio de las sombras, con frecuencia entre la más cegadora luz hacia el puerto que le señalaron sus progenitores.

No hemos exagerado, pues, al postular que la Cámara realiza con la publicación de esta obra una tarea que promueve el aplauso de todos.

Adiós, a *El Dómine*

Las cosas hay que hacerlas cuando se nos ocurran. Estar al día, sin pendientes, prontos a partir, debiera ser ley que rigiera nuestra existencia. Pero el hombre está siempre inclinado a creer que hay más tiempo que vida. Mañana, nos decimos, y vamos aplazando sus requerimientos. Y cuando abrimos los ojos, ya es tarde y ha pasado la ocasión. Nuestro sólo castigo es el arrepentimiento, el reproche que nos sube desde el corazón y la conciencia.

Varios meses había que me aguijoneaba el deseo de comunicarme con Manuel González Montesinos, con quien por pura simpatía me trataba de remoto paisano, lejano pariente y próximo amigo. Nunca aclaramos la razón de nuestro parentesco y paisanaje, que lo de la amistad pudiera ser resultado de ambas cosas y de nuestros afanes lingüísticos, en los que él era el maestro y yo nada más que aprendiz. Creo, sí, que su familia materna procedía de Oaxaca, con algunos parientes en el Istmo, en la ciudad de Tehuantepec, en la que yo, siendo de Juchitán, tengo lejanos familiares. De todas suertes nos placía tratarnos de la manera que tengo dicho.

Volvamos a que las cosas hay que hacerlas cuando ocurran. González Montesinos concurría muy rara vez a las sesiones de la Academia Mexicana de la Lengua, de la que fue miembro distinguidísimo. Por razón de enfermedad. La última vez, según creo recordar, en vísperas del centenario del nacimiento de Federico Gamboa, en cuyo honor se preparaba una reunión pública. Yo tenía un ejemplar de *Los hispanismos en el idioma zapoteco* que entregarle. En la ocasión no lo llevé, justamente porque no esperaba que asistiera. Al día siguiente, lo llevé a su casa. Ocurrió que algunos de los primeros ejemplares que me entregaron de *Los hispanismos* estaban defectuosos y me quedé siempre con el temor de que uno de ellos le hubiera tocado en suerte. Y ésa fue la ocasión de buscarlo, de hablar con él para verificar mi duda. Como no lo hice de inmediato, luego se me hizo cuesta arriba indagarlo. Pudiera pensar González Montesinos que comunicarme con él era una manera de preguntarle si había leído el pequeño texto y con ello se me quitó el intento.

Luego, hace apenas unos días, vino a mis manos un ejemplar de las *Memoorias, reliquias y retratos* por Juan de Dios Peza, delicioso libro del que siempre habló González Montesinos con admiración y con la pena de no tenerlo entre sus libros. Ahí, bien lo recordará el lector, se habla de su abuelo, el oficial Montesinos, prisionero en Puebla hace cien años, hombre de noble corazón,

ardiente patriotismo, levantado carácter, singular inteligencia. Fue mi primer impulso llevárselo de obsequio. No lo hice por andarme fiando en el refrán, según el cual, hay más tiempo que vida. Ya hemos visto que no es verdad: González Montesinos murió de muerte repentina. Y es que el tal refrán tiene dos lecturas: la directa, la cierta, y la que hacemos para nuestro consuelo, errónea: la vida no es nuestra, la tenemos prestada.

Todavía hace unos días leí un artículo suyo, firmado con el pseudónimo que lo hizo famoso: *El Dómine*, y con el que dio tan buenos “palmetazos”. González Montesinos no escribió libros, al igual que muchos. Sócrates, entre ellos. En cambio, sus artículos de periódico suman algunos centenares. Ésa su obra, ése su legado. Hombre sabio, de gran erudición, acaso se empeñara en escribir libros perfectos, y en espera del tiempo propicio para hacerlo se le fue la vida, le llegó la muerte, la implacable.

Adiós, Manuel González Montesinos, mi remoto paisano, mi lejano pariente, mi próximo amigo. Te doy ahora la mano que no pudo estrechar la tuya por andar creyendo que le sobran horas al tiempo.

7 de noviembre de 1965

Cipriano de las Cagigas, editor y librero

No recuerdo haber visto en mis ya largas excursiones bibliográficas algún libro publicado por Cipriano de las Cagigas. Y sin embargo es bien sabido que tuvo imprenta en esta ciudad de México, allá por los años cincuenta del siglo pasado. José Zorrilla, que fue su amigo, y lloró su muerte en La Habana de vómito negro, dice en alguna parte de sus *Recuerdos* que muchas veces bajaba a su taller, situado en el centro de la ciudad. Fue Cagigas amigo y agente de Santa Anna, de quien supo secretos y guardaba documentos desconocidos. Tenía, recuerda Zorrilla, los tamaños de un político reformador y de un negociante en grande. Pero su calidad de extranjero le vedaba entregarse de lleno a los negocios de Estado, a los que dedicó no obstante gran parte de su tiempo y de sus bienes. Era editor y librero, y escribía y sostenía un periódico. Cuando llegó a México al iniciarse la segunda mitad del siglo pasado, trajo dos mil ejemplares de *Granada*, aquella obra en que Zorrilla puso tantas esperanzas y que luego se le fueron como humo. También Cagigas perdió en el negocio: Ignacio Boix

había hecho en México, apenas poco tiempo antes, una edición barata que frustró la venta de los ejemplares traídos por el amigo de Zorrilla.

El retrato que de Cipriano de las Cagigas hace José Zorrilla no puede ser ni más significativo ni más vivaz. Era más joven que él en seis u ocho años, lo cual quiere decir que frisaba en los veinte cuando llegó a México. No se sabe si era de Asturias o de Galicia, tierras que han dado a nuestro país editores y librerías ilustres. Era de poca estatura; ancho de hombros, levantado esternón, fornido de brazos y con el dorso colocado perfectamente a plomo sobre sus robustas piernas; caminaba con firmeza y seguridad. Como un Anteo en miniatura lo veía Zorrilla. Su cabeza pequeña se movía grácil, pero gravemente, sobre su nervudo cuello y su cabello rubio y lacio, que usaba largo, le caía en torrente por la nuca. Cuando trabajaba inclinado sobre su mesa, la cabellera se le derramaba sobre la frente y tenía que tirarla hacia atrás. Ni más ni menos lo que le sucedía a Liszt, que recuerda el autor de *Don Juan Tenorio*. Eran azules sus ojos, pequeños y penetrantes, pero de suavísima expresión su mirada; su tez, blanca y transparente como la de una mujer; su rostro correctamente oval, y casi barbilampiño; su sonrisa, penetrante y natural, le daba el aire más virginal e inofensivo del mundo. Pero era recto, tenaz, inflexible, de un valor temerario. Zorrilla cuenta, para probarlo, que una vez, camino de Veracruz a México, Cipriano de las Cagigas ahuyentó a balazos a una partida de asaltantes.

Así más o menos lo pinta Zorrilla. Ya dije que lloró su muerte, ocurrida en La Habana, el 24 de noviembre de 1858. Como en otro tiempo con Mariano José de Larra, José de los Santos Álvarez, Zorrilla le cortó a Cagigas una guedeja del cabello que el aire mecía durante el trayecto al cementerio. Y que por años acompañó al pobre, al incongruente, al ingrato José Zorrilla.

Bueno, pero ¿qué más de Cipriano de las Cagigas, vendedor de libros, editor, periodista? Lo dejamos para otra ocasión.

14 de noviembre de 1965

El paisaje mexicano huele a sangre

Al atardecer, cuando ya estábamos próximos a Mazatlán, vino el conductor del tren a invitar a José Vasconcelos para que viera el manejo de la máquina. Caminábamos, como quien dice, entre el día y la noche; por un lado, el sol

agónico; por el otro, la luna en todo su esplendor en aquel plenilunio. Luna y sol, los ojos con que Dios nos veía.

Era un campo inmenso, perdido en su grandeza. Desolado, sin árboles; pero cubierto de flores, acabada imagen del alma mexicana: flores en el pantano, luz en la oscuridad, palabras dulces nacidas en el erial amargo.

Nos quedamos Vasconcelos y yo viendo el paisaje, a esa hora invadida de una inmensa tristeza. El estruendo de la máquina sobre los rieles, los silbidos del tren abrían enormes grietas en aquel silencio sólido, en aquella prieta soledad. Vasconcelos, invadido a su vez de aquella atmósfera, me dijo: “Voy a contarle algo, Andresito, que ojalá alguna vez pueda aprovechar. Íbamos, dijo, rumbo a Xochimilco, a comer. Eran los días en que Eulalio Gutiérrez fue presidente, y yo, secretario de Educación. En un carro viejo. Adelante, Vasconcelos y Mariano Silva y Aceves, su secretario particular; atrás, en medio, Gutiérrez, y a sus lados, Ricardo Gómez Robelo y Julio Torri. La Ciudad de México era todavía muy pequeña, acababa por San Antonio Abad. Allí se iniciaba el campo, se encontraban los establos, las alquerías, las milpas. Inesperadamente, alguno recordó la bella frase de Alfonso Reyes: *Viajero...* Y todos quisieron fijar sus orígenes, su genealogía; que si estaba en Terencio, en Menandro, en Humboldt, en Renán. No faltó quien mencionara a Esquilo: *Viajero, has llegado...* Ninguna opinión satisfizo, ninguna de las frases que la de Reyes dio a luz sobre la marcha, tenía su iridiscencia, su aguda belleza, su escalofriante exactitud.

Cuando todos callaron, Eulalio Gutiérrez, aquel minero, habituado al manejo de metales preciosos, dijo:

- Señores licenciados, a que ustedes no se han fijado en una cosa.
- En qué, señor Presidente, inquirieron en coro.
- En que el paisaje mexicano huele a sangre.
- Y fue lo mejor que se dijo aquel día, concluyó José Vasconcelos.

Y así es. Nuestro paisaje está poblado de tumbas, del alma de los antiguos mexicanos, muertos en todos los sacrificios. Sus voces, sus quejas, sus lamentos, suspiros, sollozos, arrullos se escuchan, por los que saben escuchar, apenas llega la noche. Y eso es lo que hace tan tristes atardeceres y noches.

No hay un solo sitio en que no se encuentre un mexicano muerto de muerte violenta, o por defender las sagradas causas. Su sangre no se seca nunca, su olor trasciende, vence los más sutiles aromas. Es una invitación a ser fieles al sentido de esta tierra, un convite a pelear.

Tal vez en todo esto pensaba Alfonso Reyes, cuando años más tarde, lejos de la tierra y del paisaje de México, escribió: “¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió un secreto deseo de pelear?”.

Eso es lo que quise referir en esta ocasión.

21 de noviembre de 1965

Las erratas

No lunar, tiña del libro son las erratas. No hablo de ésas que un genio malféfico se complace en colar y que con frecuencia mejoran el texto, hasta tal punto que pudieran considerarse colaboración del duende del escritor, sino de aquellas otras, que por ser tan de bulto, muy bien pudiera evitar hasta el más ramplón de los correctores de pruebas. Como las primeras producen tristezas, cuando no una leve sonrisa, las segundas violentan, desazonan. Un libro plagado de erratas va contra todos los elementos que entran en la vida de un libro, así la física como la espiritual. Las dos entidades padecen. Los dos conceptos se lesionan. El libro físicamente considerado es tan noble, tan hermoso, como es sagrado y sublime por su contenido. Por eso no se puede, no se debe, hablar mal de un libro, así esté mancillado por las erratas, así lo escriba un escritor que no sea de nuestro bando, de nuestra mafia, de nuestra capillita.

En mis tratos con los libros muchas veces he visto que los autores de reseñas bibliográficas, los llamados críticos literarios, los motejen de malos, sin el menor miramiento. Algunos se complacen en contar los gazapos; se entretienen dando cuenta de las erratas, como si el pobre autor fuera el responsable; no falta aquel que le echa en cara la mala calidad del papel y la tinta. ¿Y la decisión de escribirlo, no merece consideración, aplauso o cuando menos piedad?

No hay libro malo, ya está dicho mil veces. No hay mal lector. Lo que por desgracia hay, son malos críticos, malos correctores de pruebas, de esos que olvidan que un libro sin erratas es un poco obra suya, creación personal. Ante un libro afeado con estos descuidos tipográficos, me apiado del hombre que lo escribe, a veces de espaldas de todo estímulo, contra viento y marea, casi a hurtadillas, como si se tratara de un crimen.

Nadie padecía tanto con las erratas como Alfonso Reyes, a quien parecía que perseguían, que estaba señalado como su víctima. Nada pudo contra el diantre de las erratas el cuidado de sus amigos y editores; siempre, como la liebre del cuento, en donde menos se le espera, la errata pega un salto. Más de una vez se quejó de ellas, y extraña que no haya hecho un ensayo en que las condenara, definiera su carácter dentro del ejercicio de las letras. Un ensayo como aquél contra la homonimia, que con tanta saña lo perseguía.

Sí. No lunar, tiña del libro son las erratas. Ayer, nomás, volví a pensarlo, ante una de las revistas que se publican en México. Lástima de papel, de grabados, de fotos, de tintas y colores. Casi no hay página en que no encuentre una errata, como una gota de pus. Apenas que un esfuerzo, que los dineros, se desperdicien de esa manera.

Hace unas horas nomás, al abrir un libro de Alfonso Reyes, lo primero con que tropezaron mis ojos fue con una de estas máculas, a las que tanto temía el escritor.

Y quise escribir esta divagación para recordarlo y rezar porque, a donde ahora se encuentre, no padezca la presencia del monstruo de las erratas.

28 de noviembre de 1965

El arco iris, ¿un mensaje que no sabemos descifrar?

José Alvarado Ventura –un niño de cuatro años, hijo de Amable, que vive y trabaja con nosotros, y es como de la familia– me despierta para preguntarme si quiero ver un “platillo volador”. José está al día de cuanto se refiere al tema; en la casa, en la escuela, entre sus amigos, oye hablar de estos objetos; él también explora el cielo; como yo, quiere ver un platillo volador para que no le cuenten.

Tan profundamente dormía, que creí ya era de noche, que habían pasado ya muchas horas de haberme acostado. Pero nada de eso. Unos cuantos minutos habían transcurrido. Era esa hora en que los dos crepúsculos se identifican; sino que en la mañana parece que la luz cae, y en la tarde, que sube. En el uno como si despertaran los ojos; en el otro, como si se durmieran.

Ya no había sol, pero aún no era de noche. Estaba el cielo claro; hondo, azul; cosa ya un poco rara en nuestra ciudad, sobre todo durante este año en que ha llovido desde el mes de abril. Una pequeña nube permanecía

inmóvil, en la mitad del firmamento; y ésa la referencia para localizar al objeto que todos hemos convenido en llamar platillo volador, a falta de otro nombre.

La pequeña calle estaba llena de gentes –niños, jóvenes, viejos– con la cara al cielo. Como una enorme estrella brillaba el platillo. Era su luz intensa, muy blanca, como de sal, como de alcanfor, como de ese metal cuyo nombre ahora se me escapa. A pesar de su tamaño, sólo puedo decir que era más grande que una estrella, más que Venus, por ejemplo. Se movía lentamente, al contrario de lo que siempre había oído decir, esto es, que se desplazaba con una gran velocidad. Así fue que habiendo aparecido en el horizonte, pasó por el cenit lo suficientemente despacio como para que me alcanzaré el tiempo para verlo.

Ya no tengo duda acerca de la existencia de estos objetos voladores no identificados, como dicen los sabios, al no encontrarles explicación. Una alucinación colectiva no era; a los pocos minutos, muchos amigos míos, me llamaron de distintos rumbos de la ciudad para que viera el platillo, que lenta, suavemente bogaba por el cielo. José Alvarado Ventura, un niño de cuatro años, no pudo haberme hecho a su alucinación. No. Los platillos voladores existen. Acaso hayan existido siempre. Vasconcelos refiere en el *Ulises criollo*, la visión de un objeto, en plena mañana, idéntico a ése que ahora vemos. Alfonso Reyes ha contado la aparición en el cielo, en altas horas de la noche, de uno de estos extraños luceros o luna, que es como se llama a la estrella, cuando se desmesura. Vasconcelos contó la visión medio siglo después, en 1935; Reyes, en 1957, al día siguiente del suceso, y cuando no estaba de moda hablar de platillos voladores, o no era platillo del día.

¿Qué son, pues, estos objetos? Negar su existencia es una necesidad. Más vale decir con los sabios que son objetos no identificados. Pero de que existen, no te quepa la menor duda, como decía el ateo con respecto a Dios a su hijo. Yo, como hace muchos, pero muchos años, un hombre extraño, un soñador, un alucinado, un día, me dijo, ante el arco iris que iluminaba el poniente:

–¿Quién nos dice, Andrés, que el arco iris no es un mensaje que Marte nos manda, y que nosotros todavía no podemos descifrar?

–¿Quién nos dice, José Alvarado Ventura, que los platillos no son naves ultraterrenas, cuyos venturosos tripulantes no necesitan aterrizar para darse cuenta de nuestras miserias?

La Navidad en las montañas

La edición parisina de *La Navidad en las montañas* (1891) registra algunas particularidades. Por primera vez el título es una sola frase. Hasta esta edición, que es la quinta, se llamaba *La Navidad* (En las montañas), como apareció la primera vez en *Álbum de Navidad*. Páginas dedicadas al bello sexo, México, Imprenta de Ignacio Escalante y Ca., 1871 (Folletín de “La Iberia”, compilado por Francisco Sosa). Por primera vez, también, aparece la dedicatoria a Sosa. En ella dice Altamirano que escribió el relato en 1870, el 26 de diciembre, “hace justamente veinte años”.

Pues bien, el *Álbum* apareció en 1871. Pudiera ser que siendo para despedir al año que se iba y saludar al que llegaba, el editor la fechara en aquel año. Pudiera ser. Recuerda Altamirano que Sosa casi lo secuestró para que pudiera escribirlo, y a la manera que otras grandes páginas mexicanas –digo yo– pasaron de las manos del autor a las del impresor. Rogaba el maestro a su amigo que le enviara la dedicatoria para poder reproducirla en la edición de París. Pero ni Altamirano ni Sosa la tenían a la mano, con lo que tuvo que reconstruirla.

¿Escribió Altamirano la dedicatoria? Y si la escribió, ¿por qué no aparece en la edición del *Álbum*, y hasta ahora nadie ha dado con ella? Ya está visto que Sosa no la tenía, o que no la localizaba. ¿Cómo se explica que siendo tan devoto de Altamirano no la guardara si para su ánima era tanto como un tesoro? ¿Preparó el autor la edición parisense sobre el texto manuscrito? Parece imposible.

Preguntas todas éstas que reclaman respuesta de quien pueda darlas. Yo sólo las formulo. Quizá don Manuel Porrúa, afortunado poseedor del manuscrito, pueda contestar alguna de ellas.

Parece natural que la dedicatoria apareciera al frente de *La Navidad*; en nada podía padecer la discreción, la humildad de Sosa; por el contrario, referir las circunstancias en que había sido escrita le agregaba un nuevo encanto. Fuerte en la promesa de escribir el cuadro de costumbres mexicanas para *El Álbum*, Sosa no dejó en paz a Altamirano, exigiéndole, acosándolo, y no dejándolo respirar hasta que la novelita no concluyó. “Se instaló usted en mi estudio, y conociendo por tradición mi decantada pereza, no me dejó descansar, alejó a las visitas que pudieran haberme interrumpido”.

Esta relación acerca de cómo fue escrita *La Navidad* se aparta de otra que tengo leída en alguna parte. Y es que Altamirano la escribió en casa de Sosa, en Coyoacán, en una de aquellas tertulias dominicales a la que por años concurrió. Según esa versión, el autor fue encerrado bajo llave en la biblioteca, con la amenaza de abrirle la puerta hasta que no estuviera concluido el relato. No lo estuvo aquel domingo, sino dos o tres más tarde.

¿Cuál de las dos es la verdadera? ¿No lo es ninguna? Todo pudiera ser, menos que Altamirano rehuía el trance de la creación literaria, el dramático minuto de enfrentarse con la lengua castellana. De ahí la leyenda de su pereza, de la parvedad de su obra creativa. No las novelas, los cuentos, los poemas que escribió, sino mucho más esperaban de él sus amigos y admiradores. Como no les cumplió, le crearon fama de perezoso, dictado con el que estuvo conforme para justificarse ante sus propios ojos. Las miles de páginas periodísticas no eran creación; eran su divertimento, su pasatiempo, pretexto y ocasión para verificar que podía con una lengua que no fue suya de origen.

12 de diciembre de 1965

Vicente Magdaleno, amigo de juventud

De mis compañeros de juventud, de la Preparatoria, uno recuerdo siempre de manera igual: a Vicente Magdaleno. Vicente creció así, hombre escritor y poeta. Pero su imagen de aquellos días permanece imborrable. Cuando leo sus poemas, sus ensayos, sus discursos parece que le oigo, que lo tengo enfrente, atento a sus ademanes, pendiente de aquella su risa con que acompaña aún a lo más trascendente y delicado.

Era menudito, de andar apresurado; se diría que trotaba, que trota, más que camina. Andar de pueblo, de indio, como ya lo habían observado José Zorrilla, y luego observó Alfonso Reyes, si bien referido a lo espiritual. Trote sociológico, dijo que era el de Julio Castellanos, cuando joven pintor. Vicente traía siempre bajo el brazo un libro, en una bolsa del saco un cuaderno de notas, en la otra, un bolillo. Y decía cada vez que probaba de él: “¡Qué sabroso es el pan!”.

Era gran lector de literatura hispanoamericana, como todos los jóvenes de mi tiempo. Pocos sabían entonces, y saben ahora, lo que Vicente Magdaleno de Darío, pongamos por caso. Pocos, a sus años, ejercían tal dominio en el manejo de los metros españoles. Siempre que había un concurso, componía un poema que luego no mandaba, que se conformaba con leernos.

Vivía Vicente por aquel tiempo en la calle de Esmeralda, creo que en el número diez. Hasta allá lo acompañábamos, de San Ildefonso, pasando por la Avenida Hidalgo, hasta Soto. Y, ¿de qué se hablaba? ¿De qué iba a ser si no de literatura? Sabía de memoria muchos poemas y los recitaba con gusto, entregado a sus palabras y a su melodía.

Pero a veces hablaba en serio, olvidaba el tono jocoso, divertido. Era entonces trascendente, doctoral. Pero eso era un minuto. Pronto volvía al tono festivo, jovial, del colegial que siempre fue.

Una noche, al salir de la Preparatoria, nos encontramos con la noticia de que había muerto Salvador Díaz Mirón en el puerto de Veracruz. Como una hecatombe para las letras mexicanas era aquella novedad. Nos detuvimos en el camino más de la cuenta; nadie quería llegar a su casa, quedarse solo. Vicente Magdaleno recitó muchos poemas de Díaz Mirón, los mejores, aquellos más coléricos y melancólicos. Cuando volvimos a la realidad, ya era a altas horas de la noche, a deshoras. Lo dejamos en el zaguán de su casa, temerosos de que lo reprendieran, por ser aquella la primera vez que se desmandaba. “Yo soy hermano de Federico Nietzsche”, repetía. ¿Por qué? Tal vez porque creyera que aquella noche vivía peligrosamente.

Y poeta, ¿cómo es Vicente Magdaleno? Eso no se puede decir en dos palabras, ni acaso fuera yo quien lo intentara. Me parece, sin embargo, que Magdaleno es un poeta muy puro, muy depurado, que hay una exacta correspondencia entre el sentimiento y la palabra que lo expresa; que la palabra, la expresión, se la ha labrado a tal límite que de ella sólo queda la pula, el corazón, duro y luminoso, como de piedra, como de cielo. Los sentimientos, las ideas, los temas, los motivos, igual; despojados de hojas, de ramas, de frondas, la sola flor que entrega sus colores y sus aromas.

A veces un dejo de tristeza, a ratos, una sílaba de humor. Aquí, una sonrisa; allá, una lágrima furtiva, inmediatamente enjugada. Poesía de hombre que ha caminado mucho y que ya está de vuelta. Voz trémula y herida. Lamento. Voz de hombre.

¿Cuántos libros ha publicado Vicente? No puedo decirlo. Pero ya son muchos; hace dos años los reunió en uno, de copas rumorosas, de troncos firmes, de flores, capullos y frutos acabados y rotundos; árboles juntos.

Y tiene la pluma en la mano, mi amigo de la juventud, Vicente Magdaleno.

19 de diciembre de 1965

Poetas olvidados

Lo hemos dicho en otra ocasión, a propósito de otro escritor. Lo repetimos ahora, referido a Ignacio Manuel Altamirano, uno de nuestros autores mejor estudiados. No se puede decir nunca que de éste o de aquel autor se ha formado la bibliografía completa, o se han reunido y localizado todas sus obras. Siempre quedará algo por descubrir, por enmendar.

Las *Obras completas* de Altamirano no se han logrado publicar. Hace años la Secretaría de Educación la anunció en veinte volúmenes, de los que sólo apreció el primero. Rafael Heliodoro Valle publicó la que fue la más completa Bibliografía de Altamirano hasta que vino a aumentarla Ralph E. Warner, en 1955.

Ninguno de los dos menciona el Prólogo que el maestro mexicano escribió para *Versos* de Ramón Rodríguez Rivera. Córdoba. Tip. "El Porvenir", calle 3ª de la Aduana, 1876. Warner lo menciona en su *Bibliografía*, equivocando su nombre: Manuel por Ramón, por haberlo tomado así de la *Bibliografía filosófica* mexicana de Valverde Téllez, que al referirse a *El Parnaso mexicano* dedicado a Altamirano proporciona el nombre de otros poetas con que el pequeño volumen se integra. Las *Rimas* se encuentran de la página 10 a la 36, y la síntesis biográfica de Altamirano, anónima, pero acaso de la pluma de Vicente Riva Palacio, las primera nueve. Las restantes, hasta la 94, recogen poesías de otros autores, algunos completamente olvidados: José M. Bandera, José Peón y Contreras, Rafael Zayas Enríquez, Francisco Sosa, Manuel Caballero, Salvador Díaz Mirón, Agustín F. Cuenca, Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Francisco Granados Maldonado, Santiago Sierra, Francisco M. de Olaguíbel, Manuel Rodríguez Rivera y Manuel Gutiérrez Nájera. En *El Parnaso*, en efecto, aparece con ese nombre de suerte que es ahí en donde se inicia el error.

Pudiera creerse de momento que existiera otro poeta de iguales apellidos, pero de distinto nombre. Pero no es así. El poema que se reproduce de las

páginas 82 a la 84, titulado “Génesis” es el mismo que se encuentra en *Versos*, páginas 121-124.

¿Quién era este pobre poeta no sólo olvidado, sino que cuando se le recuerda se equivoca el nombre? El editor, L.G. Arévalo, en un breve epílogo, parece manifestarse contra Rodríguez Rivera, tal vez por las dificultades de la edición “que no se emprendió por especulación” pues el editor podía esperar, cuando más, resarcirse de los gastos de impresión. La situación del país no daba para otra cosa. El poeta, ante el fracaso de la edición, pidió a Arévalo que le dijera al público que no devolvería un solo verso y todo porque creía que era un mal augurio el desventurado éxito de sus *Versos*. “Qué poco hombre”, escribe Arévalo.

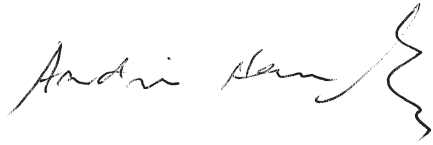
Y Altamirano, ¿qué dice de Ramón Rodríguez Rivera? Dice que el poeta y su obra pertenecen a la nueva época literaria que se separa marcadamente de la antigua, aunque también pudiera llamarse la nueva tendencia, de transición. Era, por su rango científico –doctor en Medicina– y por el carácter de sus composiciones, un miembro de la familia juvenil y atrevida que había entrado de lleno en los senderos del mundo moderno. Imaginación creadora, pensamiento elevado, eran las dotes de Rodríguez Rivera, según el prologuista. En su frente alternaban la corona de laurel del pensador y la de espinas del mártir.

Y transcribe la siguiente estancia para probar su aserto: *Las flores secas se van / arrastradas por el viento; / éstas de mi pensamiento / ¿dónde irán?*

Otras cosas dice Altamirano de Ramón Rodríguez Rivera, un pobre poeta ahora en completo olvido y cuyo nombre se cita errado.

26 de diciembre de 1965

1966

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Andrés Bello', with a decorative flourish at the end.

Las dedicatorias

He leído en alguna parte que los autógrafos, las dedicatorias, aparecen tardíamente en las letras; a fines del siglo XVIII o a principios del XIX. Tardíamente, porque ya para esos años la literatura había alcanzado varias plenitudes. Sin embargo, los autógrafos pueden documentarse por lo menos un siglo y medio antes. Y aquí en México, en donde las letras florecieron desde el mismo año de la Conquista. Para en poder de Manuel Porrúa, librero, editor, que los conoce por fuera y por dentro como pocos pueden conocerlos, un ejemplar de la *Suma teológica* (1569), autografiado por Bartolomé de Ledesma. El tiempo ha borrado el nombre del favorecido con la dedicatoria, mas no la firma del ilustre Ledesma. Sobre el viejo pergamino pueden verse los rasgos de su caligrafía, que es a veces un breve retrato psicológico. ¿No decía Domingo Faustino Sarmiento, tan lleno de ocurrencias geniales, que la mala caligrafía era desde luego un signo de mala educación?

No son, pues, tan tardías las dedicatorias autógrafas.

Pero no era contar ésta la primera ocurrencia de esta *Alacena*. Era que quería yo contar algunas cosas acerca de las dedicatorias de los libros que me ha tocado en suerte leer. Y de lo que ellas sugieren de quien las escribe y de quien las inspira. Una dedicatoria es, en su brevedad, un rápido retrato de ambos. Hay quienes las escriben hermosas, extrañas, raras, plenas de oculto sentido. Otros las escriben deslucidas, banales, a veces ajenas a la calidad del libro dedicado, desligadas de la buena fama del autor. Las más peculiares que ahora puedo recordar son las de José Martí, las de Alfonso Reyes, las de Novo, Villaurrutia. Vasconcelos las escribía tan llanas que no parecían de su pluma fulgurante.

La de Martí a Gutiérrez Nájera es clásica, ejemplar, con todas las características de un dechado: “A Manuel Gutiérrez Nájera, marfil en el verso, en la prosa seda, en el alma oro. Su José Martí”. Está en los *Versos sencillos*. Ya he dicho que esa hermosísima dedicatoria, desarrollada en sus tres incisos, daría una biografía del poeta, del prosista, del hombre. Y dice tantas cosas de Martí, aquella alma romántica, a veces casi femenina (“*Y tú mujer, y yo varón con alma de mujer formado*”).

Trataré de recordar algunas de Reyes: “Véasela página tantos”. “Búsquese y se encontrará”. “Sigo sus pasos desde que apareció en las letras mexicanas”. Etcétera. Una de Xavier Villaurrutia me dejó intrigado durante mucho tiempo; ahora ya sé lo que quería decir: “A Fulano de tal, en recuerdo de nuestra guerra carlista”. Ahora Salvador Novo las escribe en náhuatl. Una de Vasconcelos sirva para probar que no correspondían a su genio: “A Manuel y Julio para que se desaburran o más se aburran en el camino”. Está en *La raza cósmica*, firmada en París, el día que se embarcan para América, Manuel Rodríguez Lozano y Julio Castellanos.

La dedicatoria, cuando uno no le teme manifestarse como es, ayuda a conocer a los autores del pasado. Una de Altamirano a Justo Sierra recuerdo ahora. Nos dice cuáles eran las relaciones entre los dos colosos de nuestras letras: muestra cómo era sensible y amoroso el uno, y qué clase de afectos, de amistad sabía inspirar el otro: “A Justo, con mi corazón”.

Hace falta que alguno, a través de las dedicatorias escritas por mexicanos, intente otra manera de entenderlos. Otro modo de reconstruir el ambiente en que florecieron nuestros escritores y poetas del pasado.

Yo sólo quise salir ahora adelante con esta *Alacena*, y dejar en el alma de algunos una sugerencia oportuna.

2 de enero de 1966

Don Enrique Díez-Canedo, sabio y erudito

Cuatro nombres de escritores españoles que hayan escrito sobre América, me ocurren de momento: Miguel de Unamuno, Juan Valera, Rafael Cansinos-Assens y Enrique Díez-Canedo. De todos, ninguno más recordado, más querido y admirado que don Enrique. Ninguno más familiar, también.

Debo haberlo conocido allá por el año de 1933, cuando vino por primera vez a México. No sé si con razón o sin ella, a ese recuerdo se une el de dos escritores hispanoamericanos, ecuatorianos los dos: Gonzalo Zaldumbide y Benjamín Carreón. Que también se encontraban en México aquel año. Vino don Enrique Díez-Canedo invitado por nuestra Universidad para impartir un curso y dar algunas conferencias. Por lo menos es así como lo recuerdo. El curso acaso haya tenido lugar en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras; recuerdo sí con toda precisión que las conferencias fueron en el Anfiteatro Bolívar, de la vieja Escuela Nacional Preparatoria. Eran sobre pintura, campo en que Díez-Canedo era acabado maestro, como lo fue en tantos otros. Una digresión quedó en mi memoria nítidamente: aquella que se refería a que muchas de las grandes obras maestras del arte español eran anónimas. *La dama de Elche*, *El Cantar del Mío Cid* y *La Celestina*. Al concluir aquella conferencia nos acercamos a saludarlo algunos de mis compañeros de escuela y de aficiones: Miguel N. Lira, Alejandro Gómez Arias, Manuel Moreno Sánchez, entre otros. Y de sus lectores que éramos pasamos a ser sus amigos. Unos días después lo acompañé a una visita a la ciudad de Tlaxcala, a la tierra y casa de Lira. Hicimos el viaje en automóvil, en una mañanita fría del altiplano de México. Estaba Díez-Canedo en su día, sino no es que todos lo fueron: ingenioso, ágil, sabio. La niebla ocultaba los dos volcanes, padre y madre de la Ciudad de México, y de los mexicanos, se pudiera decir: la Iztaccíhuatl y el Popocatepetl. Desesperaba don Enrique de verlos en aquel amanecer, como siempre le habían dicho que se veían: claros y despejados en el horizonte, las cimas cubiertas de nieves eternas. Yo creo, me decía, que esos volcanes no existen, sino que forman parte de esas leyendas, fábulas y mitos con que ustedes se recrean engañando a los viajeros. Pero en eso apareció el sol en toda su gloria, tiñendo de rosa las cúspides nevadas. Recordó aquel lugar de El Conquistador Anónimo en que se dice que uno de estos volcanes tutelares es alto, redondo y dorado como un montón de trigo. Trajo a cuento un lugar de las *Cartas* de Cortés en que se habla de la ascensión a las cumbres por Diego de Ordaz.

Sabio era don Enrique Díez-Canedo en cultura hispanoamericana, la de México en primer lugar. Una erudición que él sabía disimular muy bien, despojándola de toda pedantería, de tal suerte que pareciera como ocurrencia del momento. Versos de nuestros poetas y de otros de América recitaba en relación con el clima, paisaje y volcanes. Romances y refranes que los conquistadores se decían, mientras cabalgaban hacia México, los sabía de memoria Díez-Canedo.

nedo. Mencionó por sus nombres a los españoles que trajeron a México los primeros oficios de carpintero, herrero, músico; al que enseñó a los indios a vidriar el barro, a Bernal Díaz que sembró el primer naranjo, al que trajo la rosa de Castilla. Era sabio, era erudito, era inventor de flores el poeta, el periodista, el crítico literario, Enrique Díez-Canedo. Traía en la punta de la pluma, en la punta de la lengua, en la punta de los dedos, la sabiduría del mundo.

Todo eso he recordado en estos últimos meses en que vengo leyendo y releyendo los libros de don Enrique, publicados por su hijo Joaquín.

9 de enero de 1966

La vida literaria de México

Por razón de un curso de literatura mexicana que en estos días hemos impartido en la Escuela Normal Superior, volvimos a *La vida literaria de México*, de Luis G. Urbina. A las dos ediciones que de ella existen: la de Madrid, 1917, y la México, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, 27, Porrúa, S.A.) Se trata de un resumen, bastante justo y proporcionado, dice Antonio Castro Leal. El libro fue organizado con las cinco conferencias que el autor dictó en Buenos Aires, en 1917, lleno de urgencias, sin tiempo, sin libros, sin tranquilidad. Pero supera casi de manera cabal todos los peligros que tales circunstancias suponen. Es un panorama bien iluminado, preciso en sus líneas. Aprovechó Urbina para escribirlo trabajos anteriores, su erudición en la materia, los recursos de su memoria, amén de aquella condición que es la primera en un crítico literario, en un historiador de las letras: su fina sensibilidad. Sobre Urbina crítico, Castro Leal ha hecho muy juiciosas reflexiones. A ellas se remite a los lectores.

Es casi seguro que el autor no llevara consigo libros, ni, mucho menos, sus escritos sobre la materia anterior –la introducción a la *Antología del Centenario, La literatura mexicana*–; todo lo confió a su buena memoria, a su delicado gusto, a sus dones de crítico. Estas circunstancias explican algunas inexactitudes que *La vida literaria de México* registra. ACL, al publicar la segunda edición, retocó algunas pero quedaron muchas otras, que si bien no afean ni reducen el valor de la obra, bien valiera la pena señalar y corregir. Se advierte en los nombres de los autores –fechas casi no usa Urbina– en las transcripciones de poemas y versos con que ilustra sus afirmaciones. Tampoco tuvo tiempo

—aunque es mejor decir que no se lo propuso— de señalar sus fuentes, ya en el cuerpo de las conferencias, ya en notas a pie de página. Iba, como él dice, con las botas de siete leguas del gigante del cuento.

Sólo por excepción cita Urbina de manera textual, entre comillas. Las más de las veces lo que hace es recordar viejas lecturas, parafrasear textos, de manera feliz. Todo lo que tenía leído lo aprovechó en la redacción de este manual. Autores de todos los tiempos, reflexiones que acerca de nuestra literatura había hecho su inteligente curiosidad, si acudían a su memoria, si asomaban a su pluma, no las soslayaba Urbina, sino, por el contrario, lo incorporaba al torrente de sus exposiciones. Identificar esa aportación ha sido para nosotros grato entretenimiento. Tímidamente se opone a algunos de los tópicos de nuestra historia literaria, así aquel que ha venido sosteniendo que nuestra literatura no es otra cosa que una rama de la literatura española; lo mismo hace con la tesis, proclamada propia por muchos, de que los movimientos sociales han influido en el desarrollo de las letras mexicanas. No dice si está en José Zorrilla o en José María Vigil, pero la discute y fija sus alcances. Con frecuencia, los ejemplos son los mismos de que otros se valieron, como ya está insinuado en alguna parte de esta *Alacena*. ¿No fuera bueno que en una futura edición de *La vida literaria de México* aparecieran las anotaciones que señalaran todas estas cuestiones?

Los versos es seguro que los citaba de memoria, fiado a su recuerdo. Aunque siempre correctos, los versos aparecen distintos, con las variantes que un poeta de la calidad de Urbina puede prestarles. Manuel Carpio, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Manuel M. Flores aparecen alterados en sus versos. Igual cosa ocurre con otros autores, a quienes cita en prosa; con Francisco Manuel Sánchez de Tagle, por ejemplo.

Lo dicho. En nada afecta a sus juicios, a sus conclusiones, a la claridad y rigor de la exposición. Pero no sólo curioso, sino además interesante sería enriquecerlo con estas aclaraciones y concordancias. Y eso es lo que proponemos a la Editorial Porrúa, S.A., que ha incluido en la Colección de Escritores Mexicanos, el hermoso estudio de Urbina: *La vida literaria de México*.

El Vale, poeta repentista

Una alumna de la Normal Superior, la profesora Lila Borges y Navarro, me entrega, junto con su trabajo de examen final del curso de literatura mexicana, unas notas acerca de un poeta repentista veracruzano. Acompañan al presente trabajo –dice– unas pequeñas muestras del más genuino representante de la poesía popular costeña: José Piedad Bejarano, “El Vale”. Nació en Alvarado, Veracruz, por los sesenta del siglo pasado. Fue un repentista fecundo, del que no se conservan sus obras sino por tradición oral:

*Yo como soy bebedor
y la esperanza me guía,
si Dios me hiciera el favor
de darme una lotería,
las fábricas de licor,
todititas compraría.*

*Si pudiera yo vivir
en un tonel de aguardiente
muy poco había de “surdír”.
A pique había de estar siempre
hasta la hora de morir
que me sacara un pariente.*

*Si Dios la vida me presta
malicioso voy a ser;
el dormido se despierta;
le eché a una frágil mujer
seis albures a la puerta
y yo jugando al perder.*

*¿Por qué con rigor tirano:
crece y baja la marea?
¿Y por qué tarde o temprano*

*el gallo siempre pelea
hasta con su propio hermano?*

*Por cumplir con un deber
a una joven pretendí.
Me dijo: –Puedes creer
que a otro ayer correspondí,
pero te voy a querer
porque se trata de ti.*

*Tu amor bella Dulcinea
por pobre no merecí;
algo sufre el que desea;
y la que yo pretendí
otro es el que la chiquea,
no necesita de mí.*

Continúa la profesora Borges Navarro. El profesor que en aquella época tenía Alvarado, se llamaba Bello y quería que “El Vale” asistiera a la escuela; de esto ni hablarle al Vale:

*Bello es persona ilustrada
quiere que me civilice;*

*su amistad me desagrada,
y sin que nada precise
dice que no valgo nada
y siempre "Vale" me dice.*

En unas carreras de caballos, por oírlo improvisar, un amigo le dijo a un muchacho que vendía empanadas; dile al "Vale" que le regales una empanada, si te compone un verso enseguida.

Hecho el ofrecimiento, "El Vale", respondió al punto:

*La precautoria experiencia
me hace no tomarte nada
porque el que da, no lo piensa;
dirá la gente ilustrada
que "El Vale" cambia su ciencia
hasta por una empanada.*

Estos otros versos, según cuentan, se los dijo "El Vale" al poeta Salvador Díaz Mirón:

*El kilo está dividido
en la suma de mil gramos
por el gobierno exigido,
y dicen los ciudadanos
que en el mundo han conocido
sólo a un Vale Bejarano.*

Entonces Díaz Mirón le refutó que ya lo tenía preparado y "El Vale" le improvisó éste:

*Si los improviso al presto
de seis sílabas me salen
los versos que saca "El Vale"
no tienen ningún "defeto"
¡Esos no se ponen prietos
son finos sus materiales.*

Cuentan que en otra ocasión Díaz Mirón le dijo a "El Vale" que le daría cinco reales si hacía unos versos en que apareciera una consonante con indio; (según dicen nadie ha podido conseguir esto).

*Un hombre al decir rindió
se equivocó y dijo rindio;
esto será un grave error
pero es consonante de indio
como usted me lo pidió.*

Un día, embarcado en un bote, en Alvarado, listo para salir se descompuso el motor y no podían arreglarlo entre cuatro o cinco mecánicos. "El Vale" ya impaciente le gritó al patrón:

*Cuatro o cinco están al frente
de la obrería mayor
y según dice la gente
lo están poniendo peor:
¡Búscate un "inteligente"
que te componga el motor!*

Quizás, digo yo, no todo sea original del “Vale” Bejarano. Lo que ocurre con estos llamados repentistas o improvisadores, es que aparentan muy bien el trance de la improvisación. En la penúltima copla, se encuentra

un eco del Negrito Poeta, famoso en estos campos.

Pero es bueno dar a conocer estas muestras de poesía popular. Y eso es lo que hemos hecho ahora.

30 de enero de 1966

Bajo el cielo mejicano

Allá por los años veinte vivió en México un médico español, casi seguramente catalán, llamado José María Albiñana Sanz. Al volver a España publicó un libro cuyo título es el siguiente: *Bajo el cielo mejicano* (Sensaciones y comentarios) que recuerda en gran manera el de Leonardo de Montalván, escritor y periodista centroamericano, publicado por aquellos mismos años, sólo que éste, pleno de simpatía y comprensión por México, para él suma de dos culturas, de dos sangres, de dos razas, o como se quiera decir; en tanto que Albiñana sólo inclinado a ponderar nuestra raíz española, y desdeñoso de todo lo que fue anterior a la Conquista y a la Colonia.

Por las fechas que aparecen al final del libro parece que Albiñana lo escribiera durante su estancia en México y Nueva York, y lo concluyera en Madrid, en los años de 1927 y 1929.

Siete años vivió el autor en México: de 1920 al 27. Reconoce que aunque viviera más años aquí no acertaría, así estudiara personas, paisajes y cosas, a escribir un libro que reprodujese en el lector europeo una sensación de verismo. Pero lo escribió a pesar de todo. E hizo muy bien. Porque no ha habido libro, por adverso que sea a México, que no le sirva a la larga: los simpáticos y los adversos ayudan a mejor entendernos. Reconoce don José María que es muy difícil acertar cuando se escribe sobre un país como el nuestro, maravilloso, según afirma. Hay que sujetarlo a un extraño adobo literario. Si se atenúa la realidad, el relato no interesará a nadie. Si se dice la verdad, el contenido parecerá una exageración a los ojos de un público que ignora las paradojas de este pueblo, donde se ama y se odia, se reza y se mata con la misma facilidad desconcertante.

Esta era la imagen más socorrida de México en aquellos años. Y este viajero tenía que caer en aquel lugar común. Todo el libro es el desarrollo de esa idea, salvo algunos lugares en que se exalta y elogia la obra española en América, y en este lugar con razón llamado Nueva España. Albiñana lleva una especie de diario en el que consignaba sus observaciones, sus sensaciones y comentarios. *Bajo el cielo mejicano* no es otra cosa más que la ampliación de aquellos apuntes. Mucho quiero a México, pero amo más a España, dice. Y de esa manera armado arremete contra México, como lo hizo José Zorrilla. Los mexicanos, dice, por mucha independencia de que quieran blasonar, no tienen más que este dilema: o se conforman con descender del indio, o son descendientes de los conquistadores. Si se acepta a sus aborígenes, tienen que aceptar también todos sus estigmas étnicos. Si reconocen la ascendencia española, tienen el deber de respetar a España. Tenía razón José María Albiñana. Pero lo que no haremos jamás es reconocer que el indio sea digno del mayor desdén. La tesis de los mejores hispanoamericanos es que América —en este caso, México— es suma de dos grandezas. Ésa debiera ser, y es, la de los mejores españoles. Cuando esto ocurra, estaremos en paz.

Albiñana anduvo por el Istmo de Tehuantepec. Allí compró unas tierras a las que quiso dedicar el cultivo del plátano. Idea desastrosa en su opinión. Sobre tal aventura publicó *Aventuras tropicales*, libro que más parece de imaginación que basado en la realidad, pese a las protestas de realismo del autor. Pero eso es otra cosa.

Volvamos a *Bajo el cielo mejicano*. Uno de sus capítulos está dedicado al Istmo de Tehuantepec. Lo que allí relata acerca de las costumbres del idioma y otras especies es al mismo tiempo que divertidas, inocentes. Elogia a las mujeres, cosa natural en todo varón que se asoma a Tehuantepec. Pero encuentra que “desentona de la belleza corporal de las nativas, el espantoso idioma zapoteco, jerga endemoniada, procedente de primitivas tribus indias, que aún se habla en la región del Istmo”. Y luego cita unas cuantas palabras que nada prueban acerca de su fealdad. Porque, díganme, ¿hay una palabra que sea más hermosa, o más fea, que otra? Si sirven para entenderse todas son iguales. Pero, ¿no dijo Brasseur de Bourbourg que el zapoteco era el italiano de América?

Pero no todo hemos de contarlo. Dejemos que el lector ponga lo suyo.

13 de febrero de 1966

Efrén Rebolledo, poeta erótico

Poesía erótica, propiamente dicha, es muy escasa en nuestra literatura. Los antiguos tampoco la cultivaron, sino por excepción. A eso, quiero pensar, se deba que el mexicano no sepa *florear*, es decir, usar de la palabra cuando se refiere a la mujer, en su connotación de flor y canto. En sus labios la alabanza, el requiebro, el piropeo es la palabra descarnada, que lleva en la punta más polen que aroma. Lo que parece haber es una poesía inspirada en apetencias genésicas. Así Flores, cuyos versos desagradaban tanto a Marcelino Menéndez y Pelayo. Chasquidos de besos de alcoba, eso le parecieron. Pero quien mejor la representa es Efrén Rebolledo, si no del todo en el olvido, sí ya poco recordado. Uno de sus poemarios más característicos es el que con el título de *Libro de loco amor*, apareció publicado en 1916, hace medio siglo. Casi no hay antología que no recoja algunos de sus poemas. Nadie le ha regateado un elogio, pero ya va siendo poeta del pasado.

Amado Nervo, sin detenerse en el tema de sus poemas, sino en su ejecución, en su factura solamente, hizo en unos cuantos renglones una bella y justa semblanza de Rebolledo, todavía no mejorada en su esencia, si bien desarrollada con mayor amplitud. Es —dijo— más bien alto artífice que alto poeta. Fríamente cincela, pule, labra. Disloca, ductiliza, engarza. Conoce muchos hondos secretos del ritmo y de la rima. El verso es su esclavo. Paciente obrero, Rebolledo persigue días y noches una cadencia nueva y cuando la ha encontrado, hallamos todos que es buena, la amamos por ello; pero le falta acaso la santa melancolía, la aureola de la honda emoción, la excelsa nobleza de la pena. Rebolledo es casi siempre un modernista de alma parnasiana.

El propio poeta había puesto como epígrafe de *Cuarzos* (1902), aquel precepto, aquella divisa de Theofilo Gautier: *Sculpte, lime, cisèle; / que ton reve flottant / se schelle / dans le bloc résistant.*

En Gautier, en Rebolledo, estaría pensando Xavier Villaurrutia —el otro contacto de nuestros poetas con la musa erótica— cuando escribió:

bruñe cada racimo, cada pecosa pera.

Y Ramón López Velarde, cuando XV le mostró el poema en que aparece el verso transcrito, en Theofilo Gautier estaba pensando, sin duda. Más que en Samain.

Cuenta el autor de *Reflejos* que el de *Zozobra* colocó el índice pálido, largo y, no obstante, carnoso, debajo del verso, al tiempo que le decía: “Es extraordinario cómo ha captado usted estas dos cosas. En efecto, el sol bruñe, ésa es la palabra, los racimos. ¡Y qué definitivamente retratadas por usted quedan las peras, no sólo por el lustre, sino también y precisamente, por las pecas! Eso es: las peras son pecosas”

Pero esto es un cuento aparte. Dejémoslo. Sólo quisimos recordar a un poeta cada vez más olvidado, de cada día más escasos lectores. Y cuando uno de sus mejores libros cumple cincuenta años de haber venido al mundo. Los otros dos, ya se sabe son *Cuarzos* y *Caro victrix*.

20 de febrero de 1966

La Juventud Literaria

Creo haberle dedicado, al mediar el año pasado, una *Nota Cultural** a la tesis con que Irma Krauss Acal se graduó de maestra en letras españolas: La poesía en *La Juventud Literaria*. Semanario mexicano (1887-1888). La tesis examina la obra de una docena de poetas jóvenes, colaboradores de *La Juventud Literaria*, entre ellos Juan Leopoldo Bolaños, un discípulo muy aventajado de Gustavo Adolfo Bécquer. Se trata de un trabajo muy bien documentado, rico en noticias buenas para el mejor conocimiento de las revistas literarias de México, y del ambiente en que se publicaron. El mérito de la tesis crece de punto si se piensa y se recuerda que en aquella índole de publicaciones –revistas y periódicos literarios– las colaboraciones constituían aluvión; que abundan las iniciales, los anagramas, los pseudónimos. Pacientemente, Irma Krauss establece muchas de esas incógnitas. *La Juventud Literaria*, como toda otra revista de su tipo, no es un caso aislado, sin antecedentes; por el contrario, es la prolongación de viejas prácticas en el desarrollo de las letras mexicanas: el de que toda generación, promoción de poetas y escritores, nace, crece, fructifica en torno a una publicación. Por eso la autora hace un somero repaso de ese capítulo de nuestra historia literaria.

*Ver página 101.

Rica en aciertos, en hallazgos, esta tesis. Llena de sugerencias, de incitaciones, también.

Poco pudo encontrar IKA acerca de Juan Leopoldo Bolaños. Deduce que nació en 1863, pero nada logró establecer de cierto al respecto; por cuanto a la fecha de su muerte, ni siquiera se atrevió a proponer una fecha. Y no podía ser de otra manera, cuando hasta los parientes más cercanos del poeta nada saben al respecto. Su nombre completo era Juan Leopoldo Bolaños Cacho, un viejo apellido compuesto que ya tiene más de un siglo en Oaxaca, y se prolonga hasta nuestros días: el Presidente de la República lo tiene como el segundo de sus apellidos compuestos.

No abandona Irma Krauss Acal el tema, ni nosotros, y acaso alguna vez tengamos otras noticias del autor oaxaqueño.

De cada uno de los poetas del grupo de *La Juventud Literaria*, Irma Krauss Acal hace un breve estudio, en relación con sus trabajos en la revista. La obra poética de Bolaños es abundante, aunque sólo publicó un libro: *Romancitos*, sentidos y sonoros, tiernos y melancólicos.

Del capítulo dedicado a Manuel Gutiérrez Nájera, colaborador de *La Juventud Literaria*, transcribimos la versión de un poema no recogido en las *Poesías completas*; sin embargo, de que allí aparece tomo II, p. 49, el poema “De amores”, dividido en tres partes, fechado en 1885, en el que la primera estrofa de la primera parte no es una mera variante, sino más bien una nueva versión del poema. Irma Krauss Acal lo establece con toda exactitud y proporciona el texto publicado en *La Juventud Literaria*, tomo II (34), 19 de agosto de 1888, p. 267.

En un álbum: *¡Todos los cantos para tu oído! / ¡Todas las perlas para tu cuello! / ¡Para tu casa, para tu nido, / todo lo noble, todo lo bello! / Son los poetas tus ruiseñores; / y a ti te dicen, bella entre bellas, / la primavera: ¡toma mis flores! / Y el infinito. ¡Ten mis estrellas! / Como es la dicha tu enamorada / jamás ingrata podrá dejarte: / será una esclava que arrodillada / nunca se cansa de contemplarte.*

El descubrimiento de este poemita es una de las flores de la tesis de Irma Krauss Acal.

27 de febrero de 1966

Cuarentena bibliográfica

Algo que todos advierten es lo desmesurado de nuestra bibliografía actual, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta, que ya notaba Diego de Saavedra Fajardo en sus tiempos. En efecto, nunca fue más cierto que las prensas sudan, que no tienen punto de reposo. Los escaparates de las librerías se adornan todos los días con nuevos libros, con nombres de autores nunca antes oídos. Aquel hombre de ocurrencias geniales que fue Octavio G. Barreda propuso una vez, entre burlas y veras, entre serio y guasón, una cuarentena o moratoria bibliográfica: diez años de toda actividad editorial, para que los pobres lectores pudieran ponerse más o menos al día. Sus contertulios celebraron la ocurrencia con risas, y la tomaron como sólo eso: una ocurrencia. Pero había en la proposición de Barreda mucho de sano juicio, de cordura. Porque, dígame, lector, ¿no es una angustia, un motivo de autorreproche no estar al día, dejar un libro sin leer, o por lo menos asomarse a sus entrañas? Un ser inferior, un cavernario, o cavernícola, como diría Francisco Granmontaige, nos parece aquel que en una charla de café, en la tertulia, confiesa que no ha leído este o aquel libro, que no conoce ni de nombre a este o ese autor. Y nosotros mismos, ¿no padecemos cuando no podemos opinar sobre el último grito literario?

Y luego son tan caros, que hace falta una renta especial para adquirirlos a medida que van apareciendo. No; la suerte del pobre lector contemporáneo no puede ser más angustiosa. Agréguese a todo esto que alguna de esas obras nos aburren desde las primeras páginas; nos cansan, por su dificultad de comprensión; provocan en nosotros el deseo de arrojarlas lejos. Pero eso no puede ser; porque hay que estar enterados para que no se diga. En tal tesitura, no queda otro remedio que echarle el pecho a la situación, leer estos libros de cabo a rabo, para ver de encontrarles sentido, desentrañarlos.

La abundancia, hija del atrevimiento de escritores y de la facilidad de la imprenta, ha repercutido, qué duda cabe, en la calidad de la producción literaria. En otro tiempo, la dificultad de imprimir favorecía la calidad. El ejercicio de las letras, el oficio de escritor, tenía mucho de hazaña, de vocación invencible, de heroicidad. Lo más seguro era que el libro, escrito en medio de penurias, en ambientes adversos a la creación, lejos de la tranquilidad y el reposo que parece su ambiente natural y propio, quedará guardado por mucho tiempo en la gaveta íntima. Como en otro tiempo con la plata, de cuando en cuando

se la sacaba al sol para que se oreara, para que la lumbre solar la purificara de sus máculas. Y en corregirlos se pasaba la vida, o perdían su pasajera optimista calificación, y se quedaban para siempre inéditas, o se les entregaba al fuego bienhechor, en el que despedían su última llama, su postrero fulgor.

Ahora no. Libro escrito, libro que va a la imprenta y luego a los escaparates de las librerías. Y luego, en bárbaro concilio, otros como el autor le ciñen la frente de la doble corona de laurel y roble. El poeta de ayer no tuvo otra palma que la del martirio, otra recompensa que la del mármol tardío. Todos son en nuestros días autores geniales, pares de César, Dante y Virgilio. Y ¿va a quedarse el pobre lector sin leerlos? ¿Aceptaré no estar al día? Imposible. Y así como sudan las prensas, el pobre sufre y se acongoja ante el alud bibliográfico. ¿Y si Octavio G. Barreda tuviera razón?

Pero yo no he dicho que sea perjudicial a las letras de un país, el que se escriban muchos libros. Por el contrario, digo que es benéfico, bienhechor: entre ese monte, alguna flor abrirá su corola; entre tanto escritor derrotado, alguno alcanza la hoja de laurel. No otra cosa ocurre con la literatura mexicana de hoy: la rama está llena de botones, y más de una vez ostenta la púrpura de una obra bien acabada.

3 de abril de 1966

La batalla de Juchitán

Los pueblos de Tehuantepec, señaladamente la ciudad de Juchitán, se preparan a celebrar el centenario de la acción de guerra habida con una fracción del ejército francés, el 5 de septiembre de 1866. De ese fasto histórico quedan algunos testimonios: alguna rápida alusión en los textos de historia local, reseñas, comentarios, artículos, discursos, pero nada que tenga sustentación real, que se base en testimonio histórico. No digo que no exista algún parte militar, algún informe de guerra, sino solamente que hasta ahora nadie, según nuestras noticias, se ha referido a la acción del “5 de septiembre”, con apoyo en documento alguno. Porfirio Díaz, que con tanta frecuencia y extensión habla de los soldados juchitecos en sus memorias, y que por tanto tiempo operó en el Istmo de Tehuantepec, no se refiere al hecho en ninguna parte, ni lo alude, así fuera entre líneas.

En otro tiempo, supervivientes de aquella gesta, en que de manera tan valiente se comportaron los hijos de Juchitán, se referían a ella con gran copia de datos y detalles, pero ninguno tuvo la curiosidad de escribir un relato pormenorizado del acontecimiento. Apenas si alguno se apoyó en ellos para un discurso cívico, pronunciado en la ciudad de Juchitán, en septiembre de 1910. Queda en el parque municipal de la misma ciudad de Juchitán un cañoncito que fue arrebatado al enemigo. Restan también algunas leyendas, relatos, mitos o algo así, en relación con aquella recordación: el soldado francés que al gritar vivas a Francia, cae muerto; el rebaño que al volver a la ciudad a la hora del combate levanta una gran polvareda, que el enemigo toma como el de un refuerzo de los patriotas; la presencia de San Vicente Ferrer, patrón de Juchitán, entre las filas mexicanas en lo más recio de la pelea. Pero un documento contemporáneo, producido por un jefe militar mexicano, hasta ahora no se ha localizado, o ninguno se ha propuesto en verdad localizarlo.

Pero la fecha hay que celebrarla; nadie duda que el 5 de septiembre de 1866 los patriotas istmeños derrotaron en Juchitán a una expedición del ejército francés que se encaminaba al cercano estado de Chiapas, a reforzar a las fuerzas imperiales, allá también en crisis. Nuestro empeño, el de los istmeños y los de todos los historiadores mexicanos, es valernos de la oportunidad para documentarla. Parece imposible que a pesar de las muchas vicisitudes por las que México atravesaba, de las muchas acciones militares de menor escala que ocurrían en el país todos los días, “La Batalla del 5 de septiembre de 1866” no haya sido registrada por ninguno de los jefes militares que operaban en Oaxaca y en Chiapas.

En los archivos mexicanos, por desgracia todavía no acabados de organizar, algún documento relativo a aquella fecha centenaria ha de encontrarse; aunque no la haya en las reseñas de los ejércitos mexicanos que combatieron la Intervención y el Imperio, ya revisados por nosotros, no quiere decir que en algún papel inédito no se encuentre el informe militar acerca del combate que nos ocupa. La tarea, que yo encuentro urgente, es que alguno localice los testimonios, aunque fuera uno solo, que dé apoyo histórico, quiero decir, documental, científico, a un hecho del que todos estamos ciertos.

Si otra cosa no pudiera hacerse, desde aquí sugiero al Patronato de Juchitán, encargado de la celebración, que reúna los testimonios orales que pueda entre los que aún recuerden el relato de sus abuelos juchitecos, las referencias que puedan encontrarse en los libros y periódicos de los años inmediatos al

triunfo de la República Liberal en 1867. Con ellos bien pudiera organizarse un pequeño libro que en algo ayudaría en el futuro, aun al empeño de dar a la acción del 5 de septiembre de 1866 las bases verdaderamente históricas de que ahora todavía carece.*

10 de abril de 1966

Certámenes literarios

¿Han servido de algo los concursos literarios que con tanta profusión se celebran en México? ¿Existe un género, una manera de literatura de concurso? La opinión general, a veces justa, es que esos concursos los ganan los peores poetas, si es que cabe llamarlos así. Los ha habido, los hay, los habrá siempre, que se especializan en certámenes, en justas literarias, tan hábiles, que logran burlar a los mejores jurados, aun a aquellos que se proponen no premiarlos, a convertir en una cuestión de honor no dejarse engañar. Averiguan primero quiénes son los jueces; luego, quién entre todos puede tener la opinión decisiva. Al mismo tiempo, imitan al más señalado de los sinodales, con lo que ya tienen ganada la mitad de la prueba. Uno hubo que, sabiendo que el jurado de uno de estos concursos se había propuesto bajo juramento no premiarlo, levantó un acta ante autoridad competente a efecto de anular, llegado el caso, la decisión. Y ganó en los dos casos.

Uno de estos ganadores de concursos me contaba alguna vez otro recurso para triunfar: consiste en escribir los trabajos de la manera más impecable, en papel fino, bien distribuidos los versos, con amplios márgenes, sin el menor borrón o mácula. Ésa, me dijo, es la primera batalla ganada. De ese primer efecto dependen los otros. El miembro del jurado que lee un trabajo así no puede sino inclinarse a favor de un concursante tan pulcro, tan cuidadoso, tan respetuoso del decoro del juez. ¿No decía Domingo Faustino Sarmiento que la mala caligrafía —en este caso la mecanografía— era un signo de mala educación? Y es fama que mi interlocutor construyó su casa con los dineros ganados en cien certámenes. Se diría que cada ladrillo era un verso de cada soneto.

*Henestrosa publicó, en ese mismo año de 1966, en la Colección Bibliófilos Oaxaqueños que él creó para el mejor conocimiento de la historia de Oaxaca, y en donde se publicaban textos muy raros, curiosos o desconocidos, *La batalla de Juchitán*.

Y no andaba errado mi amigo. Recuerde el lector que Edgar Allan Poe ganó uno de esos premios por la buena letra en que estaba el poema que mandó a concurso.

Pero volviendo a la pregunta inicial de esta *Alacena*, digamos que las obras premiadas en los Juegos Florales, en mucho han ayudado al desarrollo de la lírica mexicana. Como en todo el mundo, y en todos los tiempos, en estos concursos se han revelado los grandes poetas, los escritores geniales. También, ello es cierto, han sido derrotados autores que luego han sido asombro de la humanidad. Esquilo, Sófocles, Eurípides concurren a certámenes. Uno de ellos salió triunfante trece veces, y otro más de una vez derrotado. Entre nosotros, para no ir más lejos, Carlos Pellicer y José Gorostiza han contendido en más de uno de los concursos provincianos. Alguna vez triunfaron, pero también resultaron vencidos por algunos de estos poetas del montón.

No hay que estar contra los certámenes literarios. En ellos se han manifestado muchas de las grandes obras de que los hombres se enorgullecen. Un solo ejemplo: *A la sombra de las muchachas en flor*, de Marcel Proust.

Tampoco hay que pronunciarse contra la facilidad de impresión que actualmente se observa en México, ni de la superabundancia de escritores que contemplamos. De entre ellos aparece de cuando en cuando aquel que se lleva la gala y el premio; el que alcanza la corona que otros pretendieron sin fortuna, pero que le enderezaron el camino. En un concurso de pueblo remoto, se inició en las letras una que luego fue Premio Nobel de Literatura: la chilena Gabriela Mistral. Escriban sin preocuparse por el estilo, por las bellezas y adornos; escriban mal si se quiere, pero escriban siempre, era un consejo que José Vasconcelos daba a los amigos que se le acercaban.

Escribir, que sólo escribiendo se tienen los grandes aciertos, los inesperados, aquellos que por sí solos salvan una página, un libro, la obra entera de un escritor.

Bienvenidos todos los concursos, todos los certámenes.

17 de abril de 1966

¡Ay, don Juan!

Ernesto Mejía Sánchez nos ha sugerido un tema de *Alacena*: las cartas de don Juan Valera a Rubén Darío, las dos que el lector recuerda, y otra que no todos

registran. Pero el asunto nos llevó a Valera enemigo de las viejas culturas americanas, en detrimento de cuanto escribió en bien de las letras hispanoamericanas, o latinoamericanas, o indoespañolas como placía decir a Gabriela Mistral.

Valera, en efecto, fue uno de los españoles que más cosas supo de América. Los otros ya se sabe fueron: Miguel de Unamuno, Rafael Casinos Assen, Enrique Díez-Canedo. Sobre grandes autores americanos escribió Valera. Que recordemos, a más de Darío a quien vio entre los primeros, se ocupó de Juan Montalvo, de la poesía argentina, de la colombiana, del teatro chileno. Manejó los nombres de cien poetas y escritores de Hispanoamérica, a quienes había leído y conocía con abundancia de noticias. Pero para él no había literatura hispanoamericana, todo era española, escrita de este lado del mar. Y mientras más adelanten los ingenios de allí, viene a decir, y superen en lo futuro a los ingenios de la antigua metrópoli, más sello castizo, más aire de parentesco, más color y sabor españoles tendrán sus obras. Y tras un respiro agrega que sólo por decadencia podrá ocurrir que se borre o esfume en nosotros el ser propio español, “y sean Uds. otros de los que son”. Por esta posición tan cerrada, le salió al paso Manuel González Prada en una de sus tremendas arremetidas.

Tal manera de pensar y de entender, era consecuencia y prolongación de sus ideas con respecto a las culturas indígenas. Para él la cultura americana era una mera traslación de la cultura española, sin civilización india que la modificara, que creara una nueva manera de ser. Se ve claramente en uno de los ensayos contenidos *A vuela pluma*: aquel en que contesta las acusaciones de Draper a España.

La autoridad de Valera, que era tan grande, operó, y sigue operando, en la opinión de muchos acerca de lo que era el mundo de los indios, de lo que fue la Conquista y la Colonización. Lo que dijo todavía no se lo pueden sacudir algunos. Veamos.

Era Valera, claro enemigo de Las Casas, aquel hombre que tanto amaba la verdad, pero erraba al expresarla, por exceso de amor a la justicia. España, como luego diría José Vasconcelos, no destruyó nada, porque nada había que valiera la pena de ser conservado. Como Draper dijera que la civilización americana precolombina era superior a la española del siglo xv. Valera exclama airado que parecía imposible que se diga de buena fe tamaño disparate. “¡Qué diantre de civilización había en América antes de su descubrimiento!”, escribe don Juan Valera. Y puesto en ese trance, da rienda suelta a sus negaciones. Aquello era un completo salvajismo. Algunas de aquellas tribus tenían conoci-

mientos elementales de agricultura, pero las demás vivían de la pesca y de la caza, o los hombres se comían unos a otros. México vivía a oscuras, incapaz de descubrir los candiles. No conocían el alfabeto, eran etimológicamente anal-fabetos, sinónimo de bárbaros. Los jeroglifos de aztecas y yucatecos, a más de ser ininteligibles, dejan entrever una cultura hartamente inferior a la de los antiguos imperios del centro de Asia, más de mil años antes de Cristo. Poco o nada tuvimos que destruir que no fuera perverso y abominable. En cambio les dimos nuestra cultura europea y cristiana, y llevamos a América el café, la caña de azúcar, el caballo, la vaca, el carnero, el trigo, las frutas exquisitas de Europa y Asia, y otras mil cosas excelentes que por allá no había. Y ¿qué dijera Valera si leyera aquella preciosa página de Agustín Rivera, en que hace cuenta de las excelencias que nos dieron y las excelencias que les dimos? Los indios en vez de perder, ganaron en ser conquistados, viene a decir don Juan Valera.

Por fortuna, mucho de eso ha pasado. Y queda don Juan Valera como uno de los escritores españoles que mejor nos conocieron. Lo veremos otro día.

24 de abril de 1966

Mi añorada araucaria

Cuando yo llegué a la Escuela Normal, que entonces estaba anexa a la Secretaría de Educación Pública, había en el segundo patio una araucaria, tan alta que superaba el edificio. Salía de la tierra como un grito y subía hermosa, desnuda, altiva y remataba en una copa verde, abundante, llena de rumores. Yo venía del monte y estaba habituado al lenguaje de las hojas, a escuchar el eco cuando soplaban el viento. Cerca, a sólo unos pasos, quedaba uno de los dormitorios del viejo internado de la Normal. Allí tenía yo mi cama. Con ser tan fina, tan delgada, tan delicada la canción de sus hojas, despertaba para asomarme al corredor y ver cómo la araucaria movía dulcemente la cabeza somnolienta. Durante el día como que se quedaba dormida, o meditabunda.

Su sombra era escasa, y de tan alta que era, casi no llegaba al suelo, se diluía en el camino. Al pie, digo, a las plantas de aquella araucaria nos tomaron un domingo una fotografía que aún conservo por allí, perdida entre las páginas de algún libro.

Al erigirse el edificio de la Secretaría de Educación, el ministro, que lo era José Vasconcelos, como hombre civilizado, ordenó que la maravillosa planta fuera respetada. Y fue durante la fábrica, muda testigo de uno de los grandes sueños mexicanos: levantar desde sus cimientos el templo de la letra, la morada del alfabeto. Asistió a las fiestas escolares, y había en su canto nocturno muchas de las notas juveniles que escuchó.

El hombre puede hacerlo todo, menos un árbol. El árbol es una criatura providencial, divina. Se parece en mucho al hombre. Como él, llora, gime, tiene lágrimas y tiene sangre. No por otra razón, en una de las lenguas indias que conozco, savia y sangre, leche y lágrima, se dicen de la misma manera. La gran semejanza del hombre con su creador sería hacer un árbol. Un solo pueblo conozco que estuvo a punto de lograrlo: el mexicano, cuando mejoró la planta natural del maíz. Y cuando llevó a su casa el jazmín zapoteca o *giexhuba*, la heráldica de Juchitán.

Volvamos a la araucaria de mi adolescencia. Cuando la Normal cambió de lugar y yo deserté de sus aulas, me quedó con ella aquella liga que la reunía con el árbol encantador. Y siempre que iba a la Secretaría de Educación me asomaba a verlo. Era recto, altivo; era como una candela que rematará en una llama verde. Era como un canto silencioso que endulzara los afanes del hombre.

Pero –ese pero tan frecuente en nuestra vida– un secretario de Educación, so pretexto de levantar en el segundo patio un teatro al aire libre, mandó derribarlo. Nadie, que se recuerde, condenó aquella mutilación, aquel crimen, aquella iniquidad. Y un mal día, ya no lo encontré. Desde entonces pienso que el hombre puede hacerlo todo, menos un árbol, y que cuando lo destruye, aunque sepa leer y escribir, no deja de ser un cavernario, pierde su calidad de hombre.

¿En dónde, en qué lugar de América se encuentra otra araucaria como aquella de mi primera juventud? ¿Cuándo, cuántos siglos habrá que esperar para que la naturaleza produzca otra como la que adornó con la dulzura de su presencia el patio de Educación? ¡Quién sabe! Yo sólo sé decir que el árbol es sagrado, que tiene mucho de divino y que el hombre podrá hacerlo todo, menos un árbol.

La última lectura de Vasconcelos

La última vez que vi a José Vasconcelos, un mes antes de su muerte, me contó que estaba leyendo a Carlos María de Bustamante. No dejó de sorprenderme el hecho, porque Vasconcelos fue el más ardiente y apasionado lector de Lucas Alamán, autor de la pésima fama de Bustamante, contra la que no se ha dejado de combatir. Con éxito, por fortuna: cada vez la figura del historiador insurgente se limpia de humo y las nubes con que logró eclipsarlo el historiador realista.

¿Por qué aquella lectura tardía de Vasconcelos? Porque tarde, según dijo, lo había descubierto. Tal vez no lo relacionara con la insurgencia, mucho menos con su enemigo ideológico Alamán, y viera en Bustamante nada más al escritor abundante y apasionado, al que escribía como le daba la gana, a espaldas a todo halago de las musas, con quienes tuvo trato, sin faltar ninguna, aunque no le dieran hijos legítimos. Quizá el autor de *Ulises criollo* admirara el peligro constante con que Bustamante escribió sus libros; peligros de morir y de frustrar las páginas que, para ciertos hombres, entraña un peligro igual al de la muerte. Decirlo todo, aunque a la mañana siguiente se contradijera, extremo éste que Vasconcelos despreció toda su vida. La unidad, dijo uno de estos oaxaqueños, sólo se da en los que se aferran en los errores, en las tradiciones, en suma, en los que no ejercen la facultad de pensar. Acaso aquella semejanza espiritual fuera la causa que llevara a Vasconcelos a proclamarse partidario de Bustamante. No las ideas, sino la audacia con que las exponía, el atropello con que las expresaba. Porque don Carlos, en efecto, irrumpía por la primera palabra que le viniera a la mente y a la mano. En el camino, mientras escribía y pensaba, daba con una expresión feliz, con una ocurrencia novedosa, con un giro en que nunca antes había pensado. No de otra manera procedía Vasconcelos. Su prosa, deslumbrante a ratos, de verdadero poeta en muchas ocasiones, era logro de la improvisación, de su estilo genial.

El volumen de la obra histórica de Carlos María de Bustamante, la discusión que esa obra ha promovido; la imagen que de él trazó Alamán apenas murió, llamándose su amigo aunque lo fuera más de la verdad, no siempre permiten ver en Bustamante al literato, que lo era magnífico, rico de expresiones donosas, de hermosura inesperada, y que nos sorprenden, justamente, por haber leído y oído que era un pésimo escritor.

Eso es lo que a mi entender emparentaba a los dos escritores oaxaqueños, o oaxacos, como se decía en tiempos de don Porfirio. Aparte, claro está, el parentesco que dan los orígenes, el hecho de haber nacido en una misma tierra. Porque no pueden ser ajenos al alma humana la luz, el aire, el cielo y la tierra en que se nace. Al aire de Florencia, decía Miguel Ángel, que debía su genio. A la luz de Oaxaca, una luz que se toca, que se ve, que tiene cuerpo y que nutre, tal vez debieran esos dos hombres y escritores su carácter, y su conducta, y su condición genial.

Todavía no se conoce la obra total de Carlos María de Bustamante. Cada día se descubren nuevos papeles suyos. Muchos mexicanos trabajan sobre sus obras, se afanan por entenderlo y presentarlo en su real significado a los lectores contemporáneos. Uno de ellos es Antonio Martínez Báez, feliz cazador que ha logrado una de las más preciosas joyas bustamantinas: la Representación que firmó Francisco Primo de Verdad y Ramos, pero que fue escrita por el autor de *Las mañanas de la alameda*. Aunque él no lo confesara en alguna parte, quien frecuente la obra de Bustamante, y Martínez Báez la frecuente, establecería la paternidad.

Lástima es que José Vasconcelos haya muerto cuando apenas acababa de descubrir a don Carlos. La semblanza que anunció sobre el historiador y literato insurgente habría servido, por venir de tal pluma, para su mejor valoración. Lástima.

8 de mayo de 1966

Carta de Rafael Estenger

Me escribe desde Miami el literato cubano Rafael Estenger. Como yo no guardo cartas —quiere decir que no las archivo y se extravían entre los libros— voy a trasladarla a Ernesto Mejía Sánchez, quien más sabe de estas y otras muchas cosas. Dice así:

Acabo de leer en la revista *Norte*, de Alfonso Camín, su interesante crónica sobre *Rubén Darío en México*. Sentí deseos de platicarle un poco y no hallo otra ocasión que la de hacerlo con estas líneas. Quiero contarle, sólo por mera curiosidad y sin propósito de esclarecer puntos sutiles en la vida de Darío, algo de lo que me

dijo Ramón Catalá sobre la que pudiera ser una “segunda parte” de la crónica que me trae ante la maquinilla. En 1910 era Ramón Catalá el administrador de la revista *El Figaro*, que dirigía entonces Manuel Serafín Pichardo, o sea: un testigo presencial de las correrías de Darío por las calles de La Habana.

Terminaba usted su crónica diciendo que el general Porfirio Díaz “ni siquiera se dio cuenta” de que Darío no le pudo honrar estrechándole la mano. Y es casi seguro porque los jefes de estado no suelen comprender la superioridad de los que no alcanzan el mando ni la riqueza. Pero don Porfirio –alertado tal vez por don Justo Sierra– comprendió la importancia de Rubén Darío, al menos como personaje polémico entonces.

Me contaba Ramón Catalá que Porfirio Díaz le mandó a entregar algunos miles de pesos al pintor Alfredo Ramos Martínez para que permaneciera en Cuba acompañando a Darío. Se hospedaron en el Hotel Sevilla, donde Darío vivió fastuosamente, sin ahorrar, como él decía “ni en champaña ni en flores”. El pintor no escatimaba los gastos ni caprichos del poeta, hasta que al fin se terminaron los fondos. Ni siquiera le quedó a Ramos Martínez el dinero con que adquirir el pasaje de retorno. Y a Rubén se le ocurrió el recurso supremo, después de abandonar el Hotel Sevilla y alojarse en una casa de huéspedes del Vedado. Llegó una mañana a *El Figaro* y le pidió a Catalá que le acompañara a poner unos cables con que seguramente obtendría dinero. *El Figaro* los pagaría a cuenta de futuras colaboraciones. “Mi asombro fue –me decía Catalá– que a la hora de pagar los cables ascendían a más de cuarenta dólares”. Los cables eran patéticas demandas a varios amigos ricos y contribuyeron a propagar la falsa noticia de que Darío estaba en La Habana poco menos que moribundo. A los pocos días, el poeta recibió entre dos a tres mil dólares y se dispuso a terminar la estancia en Cuba.

Preparó el viaje casi en secreto, a fin de burlar las exigencias –justísimas, por cierto– de su generoso acompañante, que le pedía solamente el importe del pasaje de regreso hasta tierra mexicana. Según Catalá que intercedió a favor de Ramos Martínez, Darío alegaba que aquel dinero lo necesitaba para vivir unos meses y no quería compartirlo con nadie. El pobre Ramos Martínez tuvo que realizar pesquisas detectivescas para localizar a Darío, hasta que lo encontró ya próximo a embarcarse y le obligó a entregarle la cantidad necesaria para el retorno.

No sé si la historia es exacta; pero así se la oí a Ramón Catalá, que no tenía vocación ni razones para desfigurarla. Por cierto que también me contó que Darío llevó a *El Figaro* una parodia del Himno Nacional de Cuba. A Pichardo le pareció una poesía contraproducente, que los cubanos podían tomar como una profanación del himno, y además un mal aborto poético. Desde luego, se negó a publicar ese poema, que hoy sería curioso y probablemente divertido. Una vez yo estuve hurgando en los archivos de *El Figaro*, pero no pude encontrar ni rastro de los originales.

Porque imagino que estas “curiosidades” son de su gusto, las aprovecho para enviarle un cordial abrazo. Rafael Estenger.

Sí, amigo Estenger, son de mi gusto, y como cree, constituyen un material para intentar una segunda parte de la crónica sobre Darío y su frustrado viaje a México. Lo haré un día de estos.

15 de mayo de 1966

Alma en pena

Nos habíamos quedado solos en el rancho. Un mozo y dos hermanos. Eran días tristes, propicios al llanto, a los malos agüeros, a los lúgubres presagios: el giro más inocente del viento anunciaba desgracias. En gran manera había razón para todo: nuestra orfandad reciente, el desasosiego del pueblo, los tiempos difíciles corrían.

Mi madre se había ido a la capital de un estado vecino, a inscribir a mi hermana Lina en la escuela, que en el nuestro no había. El mundo era aún muy pequeño, apenas del tamaño de la aldea, cuando no de aquella pequeña tierra en que se encontraba el rancho. Tuxtla Gutiérrez, que tal era la ciudad a la que mi madre se había trasladado, quedaba para la imaginación infantil en la otra punta del mundo. El mar vecino no tenía límites: era el infinito, la inmensidad. Pero sólo entonces lo supimos. Imaginar por dónde quedaba, por dónde salían y se ponían el sol y la luna en aquel pueblo de nombre misterioso, fue un doloroso quehacer, un imaginar desesperado. Nunca como en aquel tiempo fue más corto el día, ni más larga la noche. Nunca como entonces el silencio más compacto, más negro, más total. El silencio, sin el cual el ruido no existiría, lo llenaba todo, hasta sus bordes, el mundo. ¿Qué eran la luna y los luceros sino la manera como el silencio se expresaba?

Nos habíamos quedado sin mujer que encendiera la lumbre, que barrierá la casa, que pusiera una flor en el altar, que quemara copal a los santos. Era aquella temporada la viva imagen de la desolación, la tristeza y el desamparo. Todo había quedado previsto para el tiempo que durara ausente la dueña y regente de la casa, del rancho, digo. Totopostes, o ixhuaques, es decir, tortillas de maíz cocidas al horno, queso seco y salado, tasajo asado, pero no café ni

chocolate, ni pinole, que fuego no había. Agua simple, por la que había que ir hasta dos kilómetros de distancia.

Éramos tres, y el perro Fierabrás. Un día hicimos fuego, frotando maderas. No teníamos otra manera de saber si ya pronto volvería la ausente, pues habíamos perdido la cuenta del tiempo, que la de hacer una fogata: si en un momento dado una llama, igual que una lengua, vibraba, quiere decir, que hablara, era señal de que el término se cumplía, que mi madre regresaba. Y tuvimos la señal. La otra ocurrió al día siguiente: el perro se abrió de patas rumbo al camino por donde habría de volver.

Pero aquella alegría se interrumpió al día siguiente. Anochecía. La luz se iba de espaldas, la sombra caminaba de frente. A manos llenas el poniente regalaba sus oros. Cumplidas las faenas cotidianas, nos disponíamos a volver a la casa, cuando al pasar el triángulo —así se llama a la cerca que se hace con troncos de palmera— a sólo unos cuantos metros de la casa, Donaciano, que éste era el nombre del mozo, gritó inesperadamente: “Ahí viene el tío Adrián”. Y todos lo vimos, montado en su caballo melado, la rienda en la mano derecha, la izquierda en alto saludándonos; los estribos tirando hacia delante, el gran sombrero inclinado a la derecha. Con decir que oímos el ruido de las espuelas, el ladrido de Fierabrás, se verá cuán real era aquella visión. Pero en esto Hono, que así se llama mi hermano, me dijo que fuera por el cántaro del agua, olvidado en la milpa que estábamos cuidando. Volví corriendo para encontrarme cuanto antes con el huésped, con el tío Adrián que venía de lejos a saludar a los huérfanos y abandonados que éramos. Pero todo había sido una ilusión, un sueño, un engaño de los ojos y del oído: nadie había llegado, porque, aunque volara, aquel jinete no podía desaparecer por la ancha circunferencia de la casa sin que fuera advertido. Descansaba el perro sobre sus patas delanteras, silencioso. El silencio, nada más que el silencio, se oía.

Aquella noche, sin que nadie lo arreara, el ganado desbordó el corral inundando el patio. Aquella noche no pudimos dormir, presos de terror y de sentimientos.

Donaciano Salinas había dicho: “Ése es el hombre que hace 100 años anunció la prosperidad de su familia. Ahora anuncia la pobreza”. Y así fue. Desde aquel día todo comenzó a declinar. La casa se llenó de goteras, hasta caerse. Y ya no tuvimos otro ejercicio que llorar y padecer...

Era pequeñita, pecosa y frutal...

Era pequeñita, pecosa y frutal, dice Mauricio Magdaleno en *Palabras perdidas*. Era ágil, alegre, maternal no obstante sus pocos años. Iba y venía por los corredores de la Preparatoria, la mochila al hombro, cuando no terciada. Porque siempre hubo en Adelina Zendejas algo de marcial, de guerrillera, de Juana. Siempre he creído que en aquella mochila había, al lado de los lápices, del cortaplumas, del puntero, de guardapunta, de la goma de borrar y las golosinas; había, digo, vendas, alcohol, tintura de yodo, ventosas, y balas, claro está.

Entraba a clases, aunque a veces prefería leer en los corredores, en voz alta, rodeada de sus compañeros, entre quienes nos contamos. La maestra que luego fue estudiosa, sabia, responsable, entonces hizo sus primeras armas; levantó la hoja, mientras llegaba la hora de levantar el árbol entero, con sus flores, sus capullos, sus frutos. ¿Qué leía Adelina Zendejas? Leía novela, poesía, vidas, viajes, todo eso que agranda el mundo, pero empequeñece las posibilidades de éxito. Porque, ¿sabes?, los libros perfeccionan, pulen el alma y la obligan a aspirar a las cosas de veras grandes, no aparentes. Ya era desde entonces, Adelina, aquello que dijo José Martí a quien leía: de la raza selecta que no lucha por el éxito, sino contra él.

Mexicana por los cuatro costados. Venía de abajo, de la muchedumbre, de la despeinada y descalza multitud, que dijo Luis G. Urbina. De la provincia, que para bien de la inteligencia mexicana se desangra hacia la capital. De Toluca en donde nació, en donde vio esta rosa abierta y rota que es la vida y es el mundo. Tenía de la revolución los ojos azorados, abiertos. Los sentidos todos prontos, para oír, para ver, para gastar cada gajo de la vida, que Adelina sabía pasajera, instantánea. ¿Cómo no, si había visto los campos llenos de cruces y los árboles crujientes de frutos macabros, de mexicanos muertos por defender la libertad?

No rebozo de bolitas, pero sí enaguas de percal, listones de colores con que trenzaba sus cabellos negros y crespos, o chinos, como más me gusta, y a ella, le gusta decir. La enagua corta, la blusa corta, los zapatos de tacón bajito, con que batía los corredores de la *Prepa*. Desaparecía con sus compañeras por el departamento de señoritas, estrechamente vigilada por la señorita Castillo, ¿así se llamaba, Adelina? Volvía a clase, o se quedaba por los corredores a leer, a cantar aquellas canciones que nunca volví a escuchar iguales: lágrimas dulces, alegría un poco amarga para ir viviendo, para ir muriendo; ésas las canciones

de aquel tiempo y de todos los tiempos. Que venían a su hora, cuando tenían un quehacer, como dice Romain Rolland, a quien entonces leía Adelina, y leíamos todos.

Dejé de verla algún tiempo, el que estuvo ausente de México: en París. A la vuelta, ya era otra cosa Adelina Zendejas: la escolar era persona mayor. Ya tenía cosas qué contar, más lecciones que impartir. México se transformaba, se afirmaba. Y Adelina entró a formar en las filas de las acciones y los pensamientos más generosos: aquellos que querían una patria a la que se pudiera invocar sin rubor, sin dolores, de la que se tuviera un legítimo orgullo. Y comenzó a luchar por los pobres, y al lado de los pobres, incansablemente, sin un doblez, en una entrega ejemplar.

Cuando vino el vasconcelismo, se acercó a sus antiguos compañeros, no tanto porque compartiera el ideario del grupo, sino mejor, creo yo, para cuidarlos, para estar a su lado, como la hermana, como la enfermera, como la Juana que siempre aparenta. Entonces le escribimos muchas cartas, recados y mensajes, que si se reunieran darían una imagen de aquellos años, de aquellos jóvenes, de aquel país que entonces cabría en una nuez.

Ésa es la Adelina Zendejas que Mauricio Magdaleno recordó en *Las palabras perdidas*: una niña pequeña, pecosa, frutal. A aquellas agregó yo estas palabras, que he encontrado, que he rescatado del aparente olvido en que las tuve.

5 de junio de 1966

Contra la esclavitud literaria

Muchas cosas están todavía por hacerse en la historia de las letras mexicanas. Hace falta continuar, retocar, poner al día por lo menos, las historias y manuales que existen, algunos excelentes. Los que han escrito autores mexicanos y los que redactaron autores extranjeros. Un capítulo muy importante es el que se refiere a los panoramas, a los apuntes, a las referencias contenidas en libros de viajeros que nos han visitado a lo largo de nuestra historia, desde que nos pusimos en contacto con el mundo. En cada uno de esos trabajos, así aparezcan muy humildes a los ojos de muchos, se encuentra una referencia, un hallazgo, una reflexión que debe ponderarse y sumarse al mejor conocimiento de nues-

tra vida literaria. Porque, como lo dijo el humilde bibliotecario, modesto bibliógrafo, Joaquín Díaz Mercado, en todo libro, por malo que parezca, hay una idea generosa.

Mucho de esto se ha hecho, pero es más lo que queda por hacer. Hace falta que una institución oficial –la Secretaría de Educación parece la indicada– debiera propiciar la reedición de aquellas obras agotadas, con notas y prólogos que permitiera su mayor aprovechamiento. Podrían hacerlo también algunas de las casas editoras de México, con la seguridad de que al paso que hacían un bien al país, recuperarían sus inversiones. Un volumen en que se recogieran aquellos escritos que he dicho contenidos en los libros de viajeros, sería de gran utilidad para la aplazada historia de la literatura mexicana. En nuestro fugaz paso por el Departamento de Literatura del INBA, y por la dirección de *El Libro y el Pueblo*, reeditamos un opúsculo de Pedro Santacilia, *Del movimiento literario en México*, y reproducimos los ensayos de José T. de Cuéllar y Guillermo Prieto, a la vez que reunimos en volumen el panorama de Juan de Dios Peza, *Poetas y escritores modernos mexicanos*. Quedaron pendientes, y ya listos para la imprenta, los trabajos de Enrique de Olavarría y Ferrari y de Vicente G. Quesada, éste, contenido en su libro *Recuerdos de mi vida diplomática. Misión en México* (1891), Buenos Aires, 1904.

¿Cuándo veremos reunido en volumen todo cuanto se ha escrito a favor de una literatura nacional? El tema lo merece, pues no se trata, como creen algunos, de un asunto baladí, sino esencial para la existencia nacional. Porque, ¿puede haber patria allí donde el escritor copia, calca, parafrasea, imita de la literatura extranjera? No. No la puede haber. No sólo es una discusión de orden literario, sino principalmente político. Y si se regresa de cuando en cuando al tema de una literatura con carácter propio, es porque algunos sienten que en tanto se carezca de ella todavía no estamos integrados cabalmente. El apego a la tierra propia, no la ignorancia de la literatura universal, es lo que permite ser originales. El hombre, es cierto, parece el mismo en todas partes. Pero el ambiente en que se mueve no le es ajeno, lo marca, lo señala, le da individualidad. En eso, en lo individual, hay que ahondar.

Da grima ver que mucha de la producción literaria de México no tiene rasgo que la distinga de otras literaturas. Se diría que sólo el pie de imprenta, que sólo algún nombre propio de lugar y de persona, es de aquí. Ábranse los suplementos literarios y se verá que cada uno es distinto, tal como si se tratara de las letras de pueblos extraños y opuestos. Sólo por excepción, las hojas lite-

rarias no tienen sus ídolos nacionales y extranjeros. La referencia a los literatos mexicanos, cuando las hay, es adversa, desdeñosa, sin base que la justifique. Esa esclavitud es algo contra lo que hay que oponerse. ¿Libre la patria y la letra vasalla?, se preguntaba José Martí hace cien años en relación con las letras mexicanas, y su pregunta está viva.

Una manera de esforzar las letras mexicanas será la de conocerla. Y eso es lo que se conseguiría si se reeditaran, si se reunieran en volumen los estudios a que nos hemos referido. ¿Cuándo se hará?

12 de junio de 1966

La historia de las letras mexicanas

Volvamos al tema de la *Alacena* anterior, es decir, a la historia de las letras mexicanas que está por escribirse. Esta vez para referirnos a una fuente todavía muy precariamente consultada: el *Diario de México*, que en el albor del siglo XIX fundaron Carlos María de Bustamante y Jacobo Villaurrutia. Dice Luis G. Urbina que este periódico fue de una gran ayuda, un gran estímulo para la literatura mexicana. El *Diario de México* es la exacta fotografía de la vida ciudadana, no tanto en su aspecto oficial como la *Gazeta* sino en el familiar y callejero, en el social y también en el intelectual. El *Diario* dio a conocer, acogió, prohió, empolló a los escritores que iban a llenar el primer tercio del siglo XIX. Sino que (éste es un giro muy propio de AH, casi una señal para identificarlo) lo mismo fue el uso de iniciales el desdén por la obra de Bustamante, por los escritores y poetas que colaboraron en su periódico, así como por lo difícil de su consulta, no ha permitido hasta ahora una revisión cuidadosa de su material literario. Es verdad que esa producción adolecía de grandes defectos, registraba improvisación, estaba plagada de lunares. Los tiempos no daban para más. Pero las poesías que el *Diario* recoge en cada una de sus entregas se inspiran, en mayoría, sobre temas de México, no importa que a veces a más de ramplonas, su tratamiento se aleje del ambiente, de la realidad. Sin embargo, hay en todo ello un deseo de oír el latido y el sentido de la tierra; un intento de volver los ojos a México y a sus cosas como una reacción a los tiempos en que se era totalmente esclavo de las modas y usos del exterior. Era aquello como lo que en nuestro siglo fue el colonialismo; un retorno a lo pro-

pio, no importa que significara olvido de las tremendas luchas de nuestro pueblo, a pesar de que se pareciera tanto a lo que otros pueblos, especialmente España, hacían.

En el *Diario de México* hizo su tímida aparición fray Manuel Martínez de Navarrete. Entre la palabrería –palabreo, diría Andrés Eloy Blanco– lírica del tiempo, se oyó de pronto una voz dulce y amable, casi femenina, que entonaba suaves endechas amorosas. Era –dice Urbina– como si entre la algarabía de las aves de corral se escuchase, a intervalos, el zurear de una paloma en las Odas de forma anacreóntica, lindas y pulcras, que, aun imitando las de del canto de *Rosana en los fuegos*, tenían un acento muy personal de candor y pureza; era la voz de Navarrete, un primer anuncio de renovación de nuestras letras. Había allí amor, tristeza, melancolía verdaderos. En eso no imitaban ni Navarrete, ni Francisco Manuel Sánchez de Tagle, no José Manuel Sartorio, ni Francisco Ortega. Siente Navarrete la naturaleza y la describe con suaves pinceladas. En su silva “La mañana” hay estos dos versos que no desdeñó citar Alfonso Reyes: *una luz resplandeciente / que hace brillar la cara de los cielos*.

No fue Navarrete el único poeta verdadero del *Diario de México*. Ya hemos mencionado a algunos. Otros, ya con su nombre, ya con sus iniciales; ora con seudónimo, ora con signos tipográficos, publicaron en sus columnas versos y prosas, no siempre desdeñables.

Establecer quiénes fueron sus autores, seleccionarlos, rescatándolos para que sirvan a la redacción de una verdadera historia de la literatura mexicana, es una tarea que está en espera desde hace mucho tiempo. No sólo en el periódico de Bustamante y Jacobo Villaurrutia quedan piezas todavía no valoradas de la lírica mexicana, de la prosa mexicana: abundan en otras publicaciones de donde las han rescatado los curiosos y aquellos historiadores de nuestras letras que no se conforman con repetir lo ya dicho, sino que investigan por su cuenta. No olvide el lector que, por ejemplo, el soneto de Pantaléon Tovar, “Una niña que llora por unas flores”, y que es una de las mejores piezas románticas, y de las primeras, la salvó José Martí del periódico en que fue publicado. ¿Cuántas otras no habrá así que aún esperen que alguien las salve del olvido?

En verdad, hace falta una revisión del acervo literario contenido en el *Diario de México*. ¿Cuándo se hará?

Centenario de *Astucia* y sesquicentenario de Luis G. Inclán

En el sesquicentenario del nacimiento de Luis Inclán o Luis G. Inclán, o Luis Gonzaga Inclán, que de las tres maneras se escribe; el centenario de su obra impar, *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*; esas dos circunstancias, digo, nos llevó a repasar sus libros, a recordarlo, a recrearnos en sus sabrosas y dilatadas descripciones. Minutos de gratísima lectura nos ha vuelto a regalar Inclán. Hicimos más. El domingo pasado recorrimos lugares del Pedregal, por donde estuvo el Rancho de Carrasco, en donde Inclán nació y sitúa parte de su novela, adivinando el sitio en que se reunían sus personajes, por donde anduvo en su niñez y en su edad viril. Entre aquellas todavía intransitables localidades, pasan las obras de la continuación del Anillo Periférico; se levantan unas casitas de adobes; muchas vereditas las recorren y atraviesan. Gente del pueblo celebra allí días de campo. Ladran los perros en la lejanía, un humito se aduerme al amor de un suave viento.

Quisimos, también, ver las etapas por las que ha pasado la valoración de Inclán, considerado escritor costumbrista. No dejó de sorprendernos que fuera Carlos González Peña uno de los primeros en despojarlo de las negaciones que rodearon su novela y sus otros libros. Nos sorprendió porque González Peña niega rotundamente a otros escritores del romanticismo y del costumbrismo, que son, a nuestro parecer, de la misma estirpe que Inclán. En ese recorrido, es decir, en esa revisión de los juicios que la obra de Inclán ha inspirado a historiadores de la literatura mexicana y a los críticos literarios, dimos con un libro ahora olvidado, pese a que apenas han transcurrido cuatro décadas de haberse publicado: *Charrerías* por Alfredo B. Cuéllar. El libro es una historia de la charrería mexicana: introducción del caballo en México y cuanto a la bestia y al arte de montar se refiere. Es, asimismo, una antología en verso y prosa de cuanto de más hermoso se ha escrito acerca de jinetes, de jaripeos, de coleadas, de fiestas campiranas. Las ilustraciones –grabados, fotograffias, reproducciones de cuadros famosos inspirados en aquellos temas–, amenas como las mismas páginas, acaban de dar un señalado valor al libro de Cuéllar, ahora olvidado, repito.

Pero al lado de las circunstancias ya señaladas, hay una que quiero resaltar en esta *Alacena*. Y es que el libro de Alfredo B. Cuéllar registra algo que siempre se debe denunciar y condenar: mutilar los libros, quemarlos, darles un mal trato. Uno de los protectores de la charrería mexicana fue el general Roberto

Cruz, en los días de su máximo poder. Su fotografía no podía faltar en una historia y antología de la caballería mexicana. Pues bien, muchos de los ejemplares, por no decir la mayor parte de *Charrerías*, están mutilados en la página 81, allí donde el autor agradece a los que hicieron posible la publicación de la obra, entre los que estaba Roberto Cruz, que en aquellos días cayó en desgracia. ¿Qué es esto? ¿Por qué estas aberraciones? Mutilar un libro, quemarlo, abrirlo descuidadamente, guillotinarlo cuando el placer del lector es abrirlo al paso de la lectura, con una plegadera de plata, si se puede; eso, digo, es algo que debe condenarse siempre.

Y es lo que quise hacer ahora con *Charrerías*, a propósito de *Astucia*, de Inclán, al cumplirse ciento cincuenta años de haber nacido y cien de haberse editado la preciosa novela.

3 de julio de 1966

Añoranza por Jorge Carreón

No veo hace mucho a Jorge Carreón. Leo, eso sí, sus artículos de periódico y de revista. Releo, también, sus pocos libros, preciosos de factura, de ideas y de sentimientos. ¿Qué hace Jorge Carreón? Bueno, yo sé lo que hace, conozco su mester, pero no me refiero a eso: yo pregunto por dónde, por qué rumbo de la ciudad se mueve, que yo, que ando por todas partes, jamás topo con él. El otro día supe que estuvo aquí junto, en casa de Raúl Villaseñor; no ha dejado de extrañarme que éste, enterado como está de que extraño la presencia de Jorge, de que siempre pregunto por él, no me haya llamado para saludarlo.

Carreón es un magnífico prosista, un ágil, libérrimo, vigilante de la realidad nacional, sin lo cual no hay periodista que valga; es un pensador original, que deduce sus conclusiones del mundo que vive, en el que muere, quiero decir, en que agoniza. Buena y eficaz, su gramática. Ricas y variadas sus lecturas. Tierno, apasionado, lúcido; alegre, melancólico, nostálgico de mundos que fueron y que pueden ser, que pueden volver a ser, Jorge Carreón está dotado de las herramientas necesarias para la forja de libros que sólo están anunciados. Su obra conocida es sólo presagio, anuncio: botones, capullos, flores y frutos de ese árbol, de esa rama que es él, están cargados. Jorge Carreón no deja de trabajar, de trabajarse. Porque también en el artículo periodístico, en el comentario

de la vida que pasa, en la reseña aparentemente baladí, el escritor se ejercita, suelta lastre, se libera de hojas inútiles; además de que en la página al parecer más apartada de la literatura, cabe el genio y el ingenio literarios. El buen escritor, hasta cuando calla, escribe. Hasta cuando está ocioso, trabaja.

¿Por qué este aparente retiro de las letras de Jorge Carreón? Es muy sencilla y fácil la respuesta a mi entender. Ocurre que Carreón es, a la par, escritor y ciudadano. Y quiere dejar testimonio de los dos. El escritor prepara, sueña, medita libros. El ciudadano dice discursos, escribe artículos de periódico, denuncia injusticias, sin olvidar al lector de la calle, ése que apenas deletrea. ¿Cuál de los dos vale más, el escritor o el periodista, el ciudadano o el artista de la palabra? Todos valen igual. Lo que confiere validez y permanencia al oficio de escribir es que no se olvide al semejante, a aquel que no tiene quien hable por él, quien por él abogue. Y hay mil mexicanos que reclaman abogado, a veces, de imposibles. Por eso su estilo sobrio, escueto, ése que se reclama para componer un romance y un corrido; y la crónica diaria, y el artículo para ser leído a la mañana siguiente. Quien sabía y podía decirlo, lo dijo: el artista es aquel que ha llegado a saber que el arte supremo es la sobriedad, la simplicidad y la claridad. De esos artistas es Jorge Carreón.

Sé desde ahora que cuando Carreón lea esto, va a sonreír, y acaso mueva la cabeza en señal de desaprobación. Un hilo tenue de ternura quizá brote de su corazón. Porque eso es lo que dan los años, los dolores, las tristezas, las propias y las ajenas: ternura, piedad, comprensión. Es como un polvillo, como moho, como pátina que va cubriendo el alma. A esa estación, me imagino, ha llegado Jorge, un amigo a quien hace mucho, mucho tiempo que no veo.

10 de julio de 1966

Hay que atreverse y decidirse con Bustamante

La opinión más corriente es que Carlos María de Bustamante fue enemigo acérrimo de España, que le atribuyó todas las desgracias de México; que siempre que viniera a cuento, y hasta cuando no viniera, se volvía contra ella. Y no hay tal. Bustamante, como los más lúcidos americanos —recuerdo ahora al argentino Domingo F. Sarmiento— debían mucho de su formación intelectual a España, aunque se empeñaran en ocultarlo; Sarmiento, sobre todo. Lo que

sucede es que empeñados en asegurar la independencia de sus respectivos pueblos, sorteaban el tema, lo esquivaban, siempre que podían. En el caso concreto de Bustamante sería útil recordar y, si fuera dable, publicar todo aquello que escribió en elogio y reconocimiento de los bienes que recibimos con la Conquista. Ayudaría mucho a entenderlo mejor, a restarle negaciones, a atenuar las fobias que sus enemigos, Lucas Alamán y Joaquín García Icazbalceta en primerísimo lugar, han acumulado en su contra.

La obra de Bustamante, claro está, es abundantísima, y hay que entrar en ella con brújula y machete para no perderse en la espesa selva, para abrirse paso. Y a eso no es tan fácil decidirse.

Porque, ¿quién no lo piensa antes de atreverse con las *Mañanas de la Alameda*, por ejemplo, y para sólo referirnos a una de sus obras menos intrincadas? Letra menudita, multitud de notas, interesantísimas, pero muchas veces extensas. Pero hay que atreverse y hay que decidirse. De otro modo se le niega sin razón, o se le aplaude, igualmente, sin razón. Y yo he vuelto a Bustamante, a alguna de sus obras; aquellas más ricas, más combatidas, para espigar lugares en que pueda quedar evidente su patriotismo, sus ideas liberales, su amor a México, al que vio nacer y aquel del que siempre se creyó huérfano, desterrado: el de la antigüedad precortesiana.

En *Mañanas de la Alameda* hay un fragmento que transcribo, para no traicionarlo. Dice:

Sin embargo, hagamos justicia al gobierno español (en lo que lo merezca): él planeó colegios y academias en el reinado del sabio Carlos III; se estableció la de bellas artes que enriqueció con bellísimas estatuas, que aun W. admiran cuando la visitan; mandó excelentes artífices, e imitó a su predecesor Felipe II, que hizo venir a México los que no pudo colocar en las obras del Escorial; de su sabiduría dan testimonios algunos magníficos templos que arrebatan la atención de los viajeros, como la Catedral de México, San Agustín, Santo Domingo de Oaxaca y otros. España no hizo más, porque más no pudo, y España dio a esta América una constitución que desconocemos los mismos mexicanos que se precian de sabios, y cuyo análisis supo formar el sabio padre Mier en la historia de la revolución que imprimió en Londres; constitución en que campea el buen ánimo de los reyes austríacos, y deseos de hacer felices a los indios: sobre todo Felipe IV, el grande, cuya ley autógrafa se conserva, y yo leo con respeto y lágrimas, prohibiendo el mal tratamiento de los indios. En fin, esta América, si puede llamarse esclava bajo la dominación española, puede también decir que lo fue a la par con la misma

península. Recorra V. la espantosa lista de las contribuciones que abrumaron a los españoles, y cotéjela con las que nos impusieron, y hallará que es infinitamente mayor que la nuestra. Supuestas pues estas verdades, note V. los progresos que este suelo de Colonos hizo en las ciencias y artes, y hallará confirmada esta verdad que se escapó de la lisonjera pluma del canónigo Beristáin...México [dice] fue el girasol de España.

Y de este tenor y estilo hay en las obras de Bustamante cien lugares. ¿Hasta cuándo fundaremos nuestros juicios en lo ya dicho, en lugar de averiguar la verdad por nosotros mismos? Don Carlos María de Bustamante no es el que nos han pintado. Es otro.

17 de julio de 1966

Quema de libros

Hace treinta y tantos años —me lo vino a recordar la lectura de un libro de Alfonso Taracena, recién publicado— el director del Manicomio General acordó una quema de libros, so pretexto de que eran malos. No es el sitio para recordar una vez más lo que dijeron Plinio y Cervantes acerca de que no hay libros malos que no contengan algo bueno; sí, que aquello fue como un anuncio de lo que iba a venir muy pronto. Tres años faltaban para que estallara la revolución en España, precursora de la Segunda Guerra Mundial, que se caracterizó por su extremada barbarie, entre las que se cuentan el asesinato de escritores y la quema de sus libros.

Con la asistencia de los locos, que bailaban en torno del fuego, se quemaron libros de Vargas Vila, de Federico Gamboa, y no recuerdo cuáles otros. Si fueron malos en su vida, si ningún resplandor registraron ese día, mientras ardían, brotaban luz, despedían llamas luminosas. Porque así es el libro, ha dicho más o menos Jaime Torres Bodet: hasta cuando arde despide luz.

¿Pero, de veras, no había nada en *Santa* de Gamboa que pudiera salvarse? ¿Nada en *Aura o las violetas* de Vargas Vila, digna de rescate? Algo había, según creen los que más saben, en Gamboa útil para el estudio y desarrollo de la novela mexicana. Mauricio Magdaleno, en el discurso que dijo en ocasión del centenario del nacimiento del novelista, inició la revaloración de Gamboa,

justamente en aquello que más venía perjudicando su reputación literaria: su credo político, adverso a la Revolución. Por lo que toca a José María Vargas Vila, lo menos que se puede decir es que no se le puede condenar sin haberlo leído. Porque yo dudo que los orates de aquella mañana del Manicomio se hubieran asomado siquiera a sus páginas. No era mal gramático Vargas Vila, no estaba negado a las buenas ocurrencias de expresión; hay en sus libros –que leímos tarde– metáforas deslumbrantes, expresiones originales, hallazgos expresivos, perdidos en aquel montón de hojarasca. Hay, también, ideas políticas, en condenación de todas las tiranías. Otra cosa fue su moral, sus prédicas acerca del amor, de la familia, del matrimonio. Pero en eso resulta un arcángel, comparado con los tremendos de nuestros días, que también quisieran quemar sus obras.

No era nuevo lo que el director del Manicomio, los médicos residentes, los reclusos, hicieron aquella mañana. Otros habían hecho cosas parecidas con anterioridad. Negaron a *Micrós*, a Gutiérrez Nájera, a Altamirano, porque, a su entender, estaban rezagados, eran ajenos a las nuevas escuelas y tendencias. Pudiera ser, pero ¿nada habían hecho en favor de la renovación que justamente proclamaban? Las letras son continuidad, obra de todas las generaciones; sin eso, sin continuidad, no habría cultura posible. Lo otro, la destrucción, el desdén del pasado, es justamente la barbarie.

Sobre todo, decía Ortega y Gasset –¿o fue Unamuno?– no pitorrearse de los profetas, y de los poetas agreguemos nosotros. Ahora que las nuevas generaciones están a punto de quemar los libros de los viejos autores mexicanos, que ya comienzan a pitorrearse de ellos, quisimos traer a cuento la quema de libros llevada a cabo por el director del Manicomio, como una puntada, como una ocurrencia de enajenado. No. Hasta en el escritor más humilde puede hallarse un resplandor, un atisbo, una ocurrencia que nunca antes, el que lo buscaba, pudo encontrarla, pese a su genio. En nombre de eso, perdonarlos, si a tanto llega el afán de condenar.

24 de julio de 1966

Antologías mexicanas

Nadie sabrá –ya lo he dicho en otra ocasión– cuántas son las antologías mexicanas, no digamos las nacionales, pero ni siquiera las provincianas. Las que

están en prosa, mucho menos las poéticas. Clemente López Trujillo las enlista hace muchos años y aunque no tengo noticias suyas al respecto pienso que cada día lo sorprenden otras nuevas, desconocidas.

Otra cosa es su valor en la formación de más de un literato mexicano. Algunos ya han contado lo que deben a las antologías: la semilla de su vocación literaria; la afición a la lectura, a los buenos libros; el gusto por casar palabras. En otros, aquellos que no tuvieron el español como lengua materna, para ejercitar la memoria, para hacerse de un instrumento de expresión, así no se supiera bien a bien lo que las palabras significaran. Pero eso es otra cosa. Dejémoslo.

Y volviendo al número de las antologías, quiero contar lo que me ha ocurrido con uno de los antólogos escolares: Adalberto A. Esteva, de la larga familia de los Esteva de Veracruz. Siempre creí que sólo había compuesto dos: uno en colaboración con Adolfo Dublán: *Libro nacional de lectura* (1823), y *México poético* (1900), ambos destinados a la niñez y juventud mexicanas. Y ahora resulta que compuso otra cuando menos, ya que no descarto la sorpresa de una más. La que digo se titula *Antología nacional* (1906), muy a la manera de las *Lecturas mexicanas* de Amado Nervo, también en prosa y verso. Como las lecturas de Nervo, las de Esteva se ilustran con los retratos de los autores, que son los mismos en ambas selecciones, mas no así las semblanzas y los textos. Los escritores y poetas seleccionados se repiten en ambas antologías, si bien son más numerosos en las de Esteva. Pudiera decirse que éste suma todas las series de *Lecturas* de Nervo.

Tal vez la *Antología nacional* tenga más carácter didáctico. Se reparte en tres secciones: Historia patria, Artículos descriptivos del país, y Poetas muertos y vivos. Es general: arranca de los tiempos antiguos y llega a los días en que fue compuesta. Como su título lo indica, es nacional, distinta en eso a las de Nervo, que incluían autores extranjeros.

Tiene la *Antología nacional* mayor semejanza con el *Libro nacional de lectura* que con *México poético*. Sus apartados son más o menos los mismos, así como la índole de los textos que lo integran. Carece de retratos, pero contiene las notas biobibliográficas, a veces, cuando el autor parece reclamarlo, más extensas. En eso —en la redacción de las notas biobibliográficas— se equiparan todas tres.

La *Antología nacional*, motivo primero de esta *Alacena*, incluye escritores, principalmente poetas, que luego el gusto y la crítica han relegado al olvido; en recompensa, alguno que otro nombre que gusto y crítica han resucitado.

No cabe duda que en su tiempo llenaron el fin que indujo a componerla, que no es otro, repetimos, que servir a la niñez y juventud de México. Libros son estos que nunca se reeditarán. Pero son estaciones en el camino de la educación nacional.

Y volviendo al principio de estas *minucias*, ¿Cuántas son, pues, las antologías mexicanas?

Quizá no lo sepamos nunca.

31 de julio de 1966

La flor de un recuerdo

Cuando el barco comenzó a hacer agua, cuando la lumbre le llegaba a los aparejos, José Zorrilla huyó de México. Eso ocurrió ahora hace cien años, justamente en estos días; llegaba a España, vencido como cuando salió. Su nombre declinaba, se le tenía casi olvidado, cosa que ya desde México le causaba desazón. La aventura americana no había rendido los frutos que esperaba; bien por el contrario, sus resultados habían sido tristes, si posible aún más de lo que el pobre poeta temía. No se armó, no hizo la América en que alguna vez soñó. Sus amigos mexicanos y españoles le habían colmado de atenciones y de elogios. Madrid, Goicochea, Adalid, Tort, pero sobre todo el Conde de la Cortina, a quien muchos tienen por mexicano cuando es español “que hablaba como mexicano”, por haber vivido aquí la mayor parte de su vida. Cipriano de las Cajigas, impresor, librero, editor de un periódico enemigo de la República, hombre audaz, temerario más que valiente, arregló para Zorrilla unas conferencias, o más bien recitales en La Habana, adonde lo arrastró. Pero allá se le murió el protector, el manager, como diríamos ahora con una palabra bárbara. No sólo ganaría dinero recitando sus sonoros poemas, sino que de paso se haría rico con una empresa en grande que Cajigas había planeado con las mejores perspectivas. En La Habana editó la segunda parte de *La flor de los recuerdos* (1859), en que ya aparecen algunos dardos contra México, pues su autor no pensaba volver a esta tierra. La vida, que es más dura y más implacable que la muerte, ganó la partida. Y Zorrilla volvió, a gozar de la ayuda que con mano larga le otorgaba Maximiliano, tan generoso con lo ajeno. El poeta tenía caballos, carruaje, buena mesa, ricos vinos. Montado en un caballo canelo, al que

evoca sin cesar, iba y venía a la ciudad y de San Ángel, en donde vivía, en una preciosa casa, que ahora ocupa un conocido restaurante. Con frecuencia iba a la hacienda que un amigo suyo tenía en los Llanos de Apan. Allí recorría el campo, envuelto en polvo y sol. Cazaba techalotes, cuyo gusto alaba; unas ardillas grises muy ligeras y difíciles de dar alcance.

Once años vivió Zorrilla en México, salvo la breve temporada en Cuba, que para él fue como el infierno. Se hizo a nuestro modo; aprendió expresiones mexicanas, dichos y refranes que recuerda de cuando en cuando en lo que escribió después. Le placía oír el español en labios mexicanos, pero le desplazaba verlo escrito incorrectamente. Tanto le divertía el hablar de los mexicanos, que dijo, se aficionó de aquella manera, que tanta gracia le hacía. Curioso fuera, y muy interesante, levantar la nómina de los mexicanismos que usó Zorrilla. Son, en número suficiente como para intentar con el tema un breve ensayo. Yo los tengo enlistados, sino que no tengo tiempo para hacerlo con algún cuidado.

Las cosas de México acudían a su pluma, tal vez contra su voluntad. Zorrilla hubiera querido borrar de su memoria la estación pasada en México, al que llegó a aborrecer con toda su alma, como se verá si se recuerda que de todo se arrepintió, menos de lo que en contra nuestra dijo. Pidió perdón de todo, no de su fobia mexicana. Pero el recuerdo de su paso por estas tierras que él llamó en un tiempo maravillosas, no lo abandonó.

Cuando se acercaba su fin, cuando la tarde le daba alcance, dijo que estaba muy achicopalado, por decir que estaba íngrimo y solo, triste y solo.

Sí, yo sé que José Zorrilla merece el más negro olvido, pero ¿por qué no puedo negarle la flor de un recuerdo?

7 de agosto de 1966

Libro ejemplar

Ahora que imparto un curso de Literatura Mexicana en la Normal Superior he vuelto a la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavigero. Cuán cierto es que de las obras maestras parten muchos caminos, que son fuentes de sugerencias, que son almárgas de sorpresas. Pues cada vez que se vuelve a Clavigero se encuentran en él nuevas cosas, no vistas en una lectura anterior.

Desde su publicación ha sido fuente de estudios, guía de muchos de nuestros historiadores. Sólo por mencionar a uno, recuerdo a don Agustín Rivera, cuyo magnífico *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de Independencia* se apoya en más de un lugar en las noticias de la *Historia antigua de México*, sobre todo en el precioso “Principio 3^o” en que hace un pormenor y balance de los bienes y males que México debe a España y los que ésta debe a México. Capítulo que todos debían leer, y aun memorizar, para tenerlo presente cada vez que es necesario dar una opinión acerca de la Conquista y de la cultura del mundo prehispánico, para que mejor se vea que no es mexicano cabal aquel que no ama por igual a los dos pueblos de que viene, que no está orgulloso de sus dos estirpes. Sin detrimento de ninguno de los dos. Para poder decir a boca llena, como lo hacía el Inca Garcilaso, que somos mestizos. Porque para ser peruano hay que admirar lo indio y lo español. Porque para ser mexicano hay que ser por igual español e indio. Ésa es la gran enseñanza, la moraleja, de la obra de Clavigero.

Con un orgullo que no era hijo del entusiasmo, de la improvisación, sino que estaba muy bien fundado, proclama las excelencias de la cultura india anterior a Hernán Cortés. Se refiere a las danzas y a la música, a la oratoria y a la poesía, al teatro y a las pantomimas, a la pintura y a la escultura, a la arquitectura y a las ciencias todas, a los idiomas y a la escritura, a la historia, a la medicina, a la flora, a la fauna, a las costumbres, a la vida cotidiana, siempre con gran copia de noticias, con sabiduría, que para eso hablaba los idiomas indios como hablaba los principales del mundo entero. Pero no es sabiduría ni erudición, lo que permite ver estas cosas; permite verlas estar por encima de prejuicios indignos de los hombres sabios. Eruditos han sido muchos que se han pronunciado contra la cultura indígena. Sabios, no. ¿No sabían muchas cosas José Bernardo Couto, Joaquín García Icazbalceta, por ejemplo? Y sin embargo no acertaron a moverse con buen tino en cuanto atañe al mundo de los indios mexicanos anteriores a Cortés.

Las antologías que hasta ahora se han hecho de las obras de Clavigero se puede decir que son generales, se integran con capítulos sueltos, sin otra preocupación que mostrar su excelencia, toda repartida en el cuerpo de sus libros.

Pero yo digo que el criterio debiera ser otro: seleccionar de sus obras aquellos fragmentos en que se estudia el mundo antiguo, en los que se advierte el empeño, siempre venturoso, de refutar con hechos a los vanos que han negado toda cultura, toda civilización en la era antigua, la anterior a los españoles,

punto de arranque para una caterva de necios y vanos de la vida civilizada en América, en Anáhuac, en nuestro caso.

Un volumen, y bien grande, podría hacerse con las páginas en que Clavigero resalta las manifestaciones culturales de la vida india anterior a la Conquista. Sin afán de querrela, sino con la sencillez de quien dice una verdad, analiza, juzga, resuelve, sobre cien cuestiones al respecto. Como en su siglo lo hizo fray Bernardino de Sahagún, como en nuestro siglo lo hace Ángel María de Garibay K.

Conviene, lector, volver alguna vez a los libros ejemplares: siempre hay algo nuevo bajo su sol.

14 de agosto de 1966

Impresiones célebres y libros raros

Nadie da noticia de Manuel de Olaguíbel, autor de un rarísimo libro que tiene por título *Impresiones célebres y libros raros*. No digo que nadie hable de él; lo que digo es que cuando se le menciona es de paso, en rápidas referencias. Pero era hombre enterado, curioso, gran amante de los libros, que es una manera de ser escritor, de ser artista. Su obra, de la que hay dos ediciones, igualmente raras, apareció en México publicada por la Imprenta del “Socialista” de M. López y Comp., Escalerillas núm. 11. Juan de Mata, impresor, 1878.

Se trata de una breve historia de la imprenta, desde los tiempos más remotos, es decir, desde sus orígenes, hasta el último tercio del siglo pasado. En todas las partes del mundo, nuestro país, desde luego. Una historia del alfabeto, de la escritura, de las bibliotecas. Lo que los grandes autores han dicho acerca de esas cosas. El tratamiento que debe darse a los libros, como suma que son de la inteligencia humana, según el dictado de los autores clásicos. Las bibliotecas, o como se dijo en otro tiempo, *librerías*, constituyen un capítulo muy instructivo, escrito con amenidad. Cómo se encuadernaban, cómo se guardaban; qué nombre llevaba el que los vendía; cuál fue el nombre primitivo de los catálogos y estantes; de todo habla Olaguíbel con gusto, con gran copia de noticias.

Se alude, así sea en unas cuantas líneas, a los más viejos impresores, a esos que pudieran llamarse pioneros de las artes gráficas. Al inventor de la

imprensa, Juan Gutenberg, que “concluyó su triste, laboriosa y benéfica vida, en 1468”.

El capítulo relativo a los incunables es rico en noticias, no siempre recordadas. Olaguíbel da las fechas y los otros pormenores de los primeros que existen, cuidando de que sean los más importantes. Como el libro es una culminación de muchas sabidurías, cima de muchas ciencias y artes, su historia es al mismo tiempo una historia del grabado, en sus diversos procedimientos. El autor discute y dictamina cuál fue la primera obra ilustrada.

Los capítulos penúltimo y antepenúltimo, o sea, el XII y XIV, se refieren a México. Son un panorama de la tipografía mexicana, desde la introducción de la imprenta en 1536. Pero en cuanto a la actividad de “imprimir”, de “escribir”, abarca algunos siglos de la antigüedad precortesiana. Si erudición muestra Manuel de Olaguíbel en lo que se refiere a imprenta, impresora, incunables, libros raros y curiosos del viejo mundo, erudición también, y muy grande, muestra en lo que toca al capítulo de esas cuestiones en el México antiguo.

Es muy sabido, dice Olaguíbel, que no todos los libros raros son curiosos, ni todos los curiosos son raros. Fiel a ese postulado, habla de los libros raros y curiosos de la bibliografía mexicana, hasta su tiempo.

Un libro muy raro, muy curioso, es éste de Manuel de Olaguíbel: *Impresiones célebres y libros raros*, ahora joya bibliográfica.

¿No habrá un editor curioso, y por ello raro, un editor raro, y por ello curioso, que lo editara por una tercera vez? Bien merece ese honor.

28 de agosto de 1966

Presencia de Octavio N. Bustamante

Las historias literarias apenas si mencionan a Octavio N. Bustamante. Yo, que fui su amigo, apenas si sé algo de su vida, si bien conozco sus libros. Ahora me cuentan que ha muerto, hará tres meses. Hará cuatro que lo vi la última vez, en un restaurante, en compañía de uno de los amigos más cercanos: Enrique Morales Pardavé. Era como siempre fue: “El flaco Bustamante”. La misma persona, idéntico a sí mismo, como cuando ya hace muchos años lo conocimos por los corredores de la Escuela de Leyes, en la calle de San Ildefonso. Su figura ya nos era familiar desde antes, cuando aún cursaba la preparatoria, y

tenía por compañeros a Alejandro Gómez Arias, a Renato Leduc, a Miguel N. Lira, a Ángel Salas, a Manuel González Ramírez. Como Lira, su segundo nombre era Nicolás, inicial de esa N que los dos usaban: Miguel N. Lira, Octavio N. Bustamante. Se parecían “El flaco Leduc” y “El flaco Bustamante”.

Para entonces, es decir, al mediar los veinte, publicó su relato *Invitación al dancing*, muy a la manera de las letras de la época, muy bien representada en España por Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Antonio Marichalar. Era algo así como la biografía de sus amigos, a través de un género musical. Más hacia acá, en la década siguiente, publicó *Teoría general de Cagancho*, como Leduc dedicó al torero uno de sus rondeños sonetos.

La profesión de abogado lo llevó por distintas partes del país, pero nunca abandonó el ejercicio de las letras. En revistas literarias, en suplementos, encontrábamos de cuando en cuando sus producciones, siempre ágiles, plenas de un sano humor. En los cuarenta, publicó lo que según creemos fue su último libro: *Seis novelas iguales entre sí*. Cuentos, relatos, mejor que novelas; muy bien escritos, plenos de finura, de ironía, de humor; entre alegre y triste; páginas que tienen una entonación gris, como de perla, para mí joya un poco melancólica.

Era Octavio N. Bustamante muy delgado, de donde le venía el cariñoso apodo con que siempre nos referimos a él. Enfermo siempre fue, o lo parecía. Como sólo pueden perder la salud los que la tienen, llegamos a creer que la muerte le estaba vedada a Octavio. Por él no pasaban los años, lo respetaban, se iban de largo, sin rosario siquiera. Flaco, flaco; alto, alto; seco, seco, como en el poema de Parra del Riego. ¿Cómo es que la muerte dio con él, si apenas ocupaba lugar, si era inasible, si se deslizaba como una sombra?

Pero Octavio N. Bustamante ha muerto, de repente, sin aviso. Calladamente, como estuvo, así se fue. Cuando hace unos días me lo contaron no lo quería creer. ¿Cómo si acababa de verlo?

En los últimos años me apenaba encontrarlo. Diré por qué. Ocurrió que en 1946 la Editorial Leyenda encargó a Ermilo Abreu Gómez, a Jesús Zavala, a Clemente López Trujillo y a mí, una especie de historia y antología de la literatura mexicana. *Cuatro siglos de literatura mexicana* es, justamente, su título. Tardó tanto en aparecer, que algunos dijeron que un poquito más y se hubiera titulado *Cinco siglos...* Al final, de los cuatro sólo quedaron dos, si no es que uno solo: Abreu Gómez y Zavala, o nada más el primero. La verdad es que yo sólo opiné sobre las ausencias, entre las que se encontraba Octa-

vio N. Bustamante. Como su inclusión fue aprobada, solicité la selección que él mismo hizo. Por esta o aquella razón, Bustamante quedó fuera. No lo dije, pero es seguro que llegó a pensar que había sido rechazado con mi anuencia, si es que no por mí solo. Y eso es lo que me producía pena cuando lo encontraba.

Ahora que ha muerto, lo cuento, tal como ocurrió. Si lo hubiera hecho antes, se diría que “explicación no pedida...”. Se fue el pobrecito muy pronto, pero no antes de dar a las letras mexicanas algunas de las mejores flores con que se adorna. Cuando alguna vez se escriba la historia de esas letras, Bustamante estará en el lugar que sus obras acreditan.

4 de septiembre de 1966

José Justo Gómez de la Cortina, Conde la Cortina y Castro

Las historias literarias y las monografías mencionan a José Gómez de la Cortina como mexicano y como español indistintamente. Con frecuencia no señalan su nacionalidad, aunque se saca en limpio que lo dan por mexicano. Su nombre verdadero era José Justo Gómez de la Cortina, Conde la Cortina y Castro. Nació en la ciudad de México el 9 de enero de 1860. En esta capital residió la mayor parte de su vida, escribió sus numerosos libros, desempeñó empleos, fue amigo y compañero de los literatos mexicanos, con quienes se reunía en tertulias para hablar de las letras y de la patria. Empleó parte de su fortuna, que era muy grande, en publicar periódicos, en fomentar las letras y las artes. A él se debe unos de los apócrifos de nuestras letras: la invención del pintor Rodrigo de Cifuentes, puesto en claro por Manuel Toussaint; aunque todavía algo del supuesto pintor queda: un cuadro en la iglesia de Tehuantepec. En atención a estas circunstancias —el haber vivido la mayor parte de su vida en México, en haber escrito aquí su obra y haber nacido y muerto— algunos, Carlos González Peña entre ellos, lo incluyen en la historia de la literatura mexicana, no siendo él de esta nacionalidad. Julio Jiménez Rueda dice que “ha sido uno de los hombres más cultos que ha producido el país”. Fue expulsado de México en 1833, pero volvió un año más tarde. Los demás autores, como ya está dicho, lo mencionan sin señalar concretamente su nacionalidad, si bien dando a entender que fuera mexicano, repetimos.

Tenía casa rica en Tacubaya y hacienda pulquera en los Llanos de Apan. En unión de otros españoles –Madrid, Sanchiz, Tort, Adalid– aseguró la vida de José Zorrilla en los primeros tiempos de su permanencia en México. Cooperó, asimismo, en la publicación de la primera parte de *La flor de los recuerdos* (1855). Es Zorrilla, justamente, quien mayores noticias proporciona del Conde en su libro *Recuerdos del tiempo viejo*, vol. II.

Si alguna duda quedara acerca de su verdadera nacionalidad, en Zorrilla se encuentran las noticias indispensables para establecerla. Él era español, dice, pero hablaba siempre como mexicano, y los mexicanos acudían a él en cuestiones históricas, lingüísticas y literarias, como al más entendido y competente de los españoles, cuya Academia de la Lengua, de la cual era socio correspondiente, representaba allí (en México) sin rival y sin apelación, y la verdad es que aquel hombre era una gramática viva y un tratado de retórica encuadernado en su levita, siempre abrochada. Tenía un gusto exquisito en artes en su casa, ornada con los mejores grabados antiguos y modernos, y la vanidad de saber disponer una fiesta y hacer los honores de su casa y de su mesa como el más escrupuloso maestro de ceremonias y el más entendido culinario, profesor de arte cisoria. Así era. En casa de José Justo Gómez de la Cortina tuvieron lugar algunas de las tertulias de que con tanto entusiasmo y primor habla Altamirano.

¿Qué es lo que quiere decir Zorrilla cuando dice que el Conde “hablaba siempre como mexicano”? ¿Se refería a la entonación, a la manera como pronunciaba el español? Parece que no. Lo que el poeta quiso decir es que hablaba como si fuera mexicano, más que como español que era. Ha sido Gómez de la Cortina, junto con Anselmo de la Portilla, Enrique de Olavarría y Ferrari, quien con más inteligencia, discreción, promovió el acercamiento y el entendimiento entre españoles y mexicanos en horas en que muchos se equivocaron, víctimas de las pasiones políticas y de partido. Por esa circunstancia se le tiene, lo mismo que a los otros ya mencionados y a los que se puede agregar Casimiro del Collado, como a un literato mexicano, sin recordar que era hijo de españoles.

11 de septiembre de 1966

Los evangelistas

Lector, cuando pases por el Portal de Santo Domingo, todavía podrás ver al “evangelista”. Porque la vida de los pueblos, contrariamente a la de los hombres, va despacio. Tal vez te hayas preguntado, como yo, más de una vez, por qué se le llama así. Desde luego que el evangelista no es San Lucas, ni San Juan, ni San Marcos, ni San Mateo. Pero sabe algo de los evangelios; sabe, por ejemplo, refranes, que son evangelios chiquitos, como decía *El Pensador*, que mucho tenía de evangelista. El evangelista, el nuestro, el del Portal de Santo Domingo ahora, y el de Mercaderes en otro tiempo, tenía y sigue teniendo atributos de los verdaderos evangelistas: su angelito, la bravura de los leones, el pico del águila y no es difícil que los cuernos del toro. Por lo menos así lo creía Hilarión Frías y Soto, autor de “El evangelista” de *Los mexicanos pintados por sí mismos*.

Ya no escribe como el de ayer con pluma de ave. Ya no guarda en el cajón de su mesita el cortaplumas, papel ministro rayado, lápices, borrador, portaplumas. No tiene a su lado el tintero, bien lleno con tinta que él mismo preparaba con huizache, de donde que fuera también algo huizachero. No. Ahora escribe en máquina, una máquina “Oliver” desportillada. Pero allí en el cajón de la mesita tiene un arsenal de literatura, aparte de la que guarda en la memoria. Versos de amor, sobre todo. Pues el evangelista de hoy, como el de ayer, sigue siendo un secretario de los amantes. Como el que pintó Frías y Soto, escribe memoriales, ocurso, cartas, peticiones al gobierno. Escribe sobre todas las cuestiones, como va pudiendo, sin importarle mucho el estilo, que no tiene; sin detenerse a verificar si la ortografía es castellana o la de algún idioma todavía no en uso, pero que vendrá dado a como van las cosas. El evangelista es, por todo eso, también un poco periodista. Un periodista del montón, se entiende; de esos que no tienen tiempo para leer sino nada más para escribir. Que si leyera no escribirían y entonces, ¿de qué podrían vivir?

Pero no es esto lo que queríamos decir, ni tratar, ni poner en claro. Lo que queremos es aclarar de dónde viene que se les llame “evangelistas”. Ya vimos que no son Marcos, Lucas, Mateo ni Juan. También hemos dicho entre líneas que lo más que pueden saber de los evangelios, son los refranes. Que cuando tienen que escribir versos para los enamorados, van a sus antologías que guardan celosamente, ya en su memoria, ya en la gaveta de su pobre mesa de trabajo. ¿Entonces, por qué? Por una cosa muy sencilla: porque tenían la

péñola en la mano, como los evangelistas, como todo el que escribe la verdad, la buena nueva, aunque ahora lo haga en una máquina “Oliver” destartada. Evangelistas porque escriben para el que no sabe hacerlo, porque dicen lo que otro no puede decir, pero que lo piensa. Por eso yo digo que los evangelistas son, a su manera, periodistas, y los periodistas, a su modo, evangelistas. José Joaquín Fernández de Lizardi era un evangelista, entre otras muchas cosas, porque estaba en el Portal, desde donde decía y escribía el Evangelio.

Cuando lo veas, lector, piensa que el periodista, el que tiene que escribir todos los días, es también un “evangelista”: uno que está al servicio del público, ya no con una péñola en la mano, sino con una máquina a veces desportillada, con frecuencia destartada.

18 de septiembre de 1966

Tratado de la caballería, de la gineta y brida

El 14 de septiembre es el “Día del Charro”. Para celebrarlo, *El Heraldo de México* le dedicó un suplemento producido por dos autoridades en charrerías: Leovigildo Islas Escárcega y Rodolfo García Bravo y Olivera, y supervisado por Agustín Barrios Gómez. El suplemento aparece ricamente ilustrado, a colores y en blanco y negro. Fotografías, grabados, reproducciones de cuadros famosos de la vida charra, o de cuanto de alguna manera la alude. En la portada, “El Chinaco”, óleo de Serrano. Y en las páginas siguientes otras reproducciones de cuadros famosos: de Icaza, de Ballesteros Sánchez, de Posada. En la página 3, la de un códice de mano india en que aparece un hombre montado a la gineta. Sirve el grabado para ilustrar un artículo anónimo, pero tal vez escrito por García-Bravo y Olivera, que lleva por título *Tratado de la caballería, de la gineta y brida*, primera obra de equitación en América. Y es aquí en donde queremos detenernos unos minutos.

Dice su autor que Juan Suárez de Peralta nació probablemente en Tamaulapa, en el hoy estado de Oaxaca, por 1537. Pues bien, ésta es la primera vez que se da aquel lugar como su cuna, eso según nuestras noticias, que bien pocas han de ser. Siempre habíamos leído que el lugar de su nacimiento era México, confundiéndose país y ciudad. Se sabe que nació después de 1535 y antes de 1540. Pero dejemos esto, y remitamos al lector que desee más noticias a la Nota

Preliminar escrita por Federico Gómez de Orozco, en *Tratado del descubrimiento de las Indias* (Noticias históricas de la Nueva España), México, Secretaría de Educación Pública, 1949. (Testimonios Mexicanos, Historiadores, 3).

Volvamos al artículo de García-Bravo y Olivera. Se trata, al parecer, de un borrador, o de una anticipación del preliminar a la obra *Tratado de la caballería, de la gineta y la brida* de Suárez de Peralta que se propone editar en fecha próxima. Por la necesidad de usar del caballo para desplazarse desde la encomienda de su padre –que sería en Tamazulapa– hasta la capital de la Nueva España cobró afición por el caballo, que estaba entre aquellas cosas excelentes cuyos nombres se escribían con C, y de las que tanto se hicieron lenguas, entre otros, Tomás Gage, poco recordado al respecto.

Todas estas circunstancias las recuerda García-Bravo, si es que el artículo de referencia es obra suya. Cosas ya dichas, pero algunas nuevas, o enriquecidas con uno que otro dato, de su propia cosecha. No fue, dice, un historiador propiamente. *Noticias históricas de la Nueva España*, concluye, no es el mejor libro de Suárez Peralta. En 1579, mermados sus caudales, extinguida la institución de la encomienda, que lanzó a la pobreza a los hijos de los conquistadores, y deseoso de conocer la tierra de sus mayores y también por pretender en la Corte, Suárez de Peralta se trasladó a España. Entonces, dice, RG-ByO, posiblemente con la nostalgia de las cosas de las tan lejanas Indias, su querencia indudable, escribió su obra cumbre, el *Tratado de la caballería, de la gineta y brida*, impresa en Sevilla, en 1580. Luego, en prosa muy recia, resume el contenido del hermoso libro, repartido en cuarenta y siete capítulos.

Por todo eso –su contenido, la belleza de su expresión, el sentido didáctico de las lecciones– el *Tratado de la caballería, la gineta y brida* “es una obra que comprueba, hasta la saciedad, que el ejercicio de la equitación, sabia, graciosa y elegante, nace para América en México, y que su autor, Suárez de Peralta, es el primero y más autorizado tratadista de la caballería en el Nuevo Mundo y remoto abuelo de nuestros contemporáneos charros. Muy mucha de la sabiduría de la que hizo gala, caracteriza a los hombres de a caballo mexicanos”.

Pero no era tanto todo esto lo que queríamos, sino incitar a García-Bravo para que encamine una investigación tendiente a dilucidar la sospecha de que Juan Suárez de Peralta haya nacido en tierras oaxaqueñas, que son un poco las suyas –la de García-Bravo.

Francisco Salazar, historiador olvidado

Ningún oaxaqueño, que yo sepa, ha escrito sobre Francisco Salazar: historiador, biógrafo, periodista, librero. Acaso lo haga Ángel Taracena, en su *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de Oaxaca*, quien lo menciona como autor de una *Historia de Oaxaca* (1912). Pero en tanto que aquel *Diccionario* no esté publicado, se podrá decir que muy poco se sabe de Francisco Salazar. Editó en la ciudad de Oaxaca una revista, ahora rarísima: *Prosa y verso*. Revista ilustrada. De ella aparecieron doce números, del 1º de octubre de 1908 al 1º de septiembre del año siguiente. Si la revista vivió más tiempo, cosa que dudo, no he visto hasta ahora más entregas que las doce aludidas. La revista es una suerte de miscelánea de noticias relacionadas con la vida oaxaqueña de aquellos años y de otras épocas. En prosa y en verso, tal como su título sugiere. Autores mexicanos, españoles, franceses: en verso y en prosa. Oaxaqueños, en primer lugar. Adalberto Carriedo, Manuel Martínez Gracida, Herminio Acevedo, Patricio Oliveros eran algunos de los colaboradores oaxaqueños, ya en páginas originales, ya en reproducciones.

Cuentos, narraciones, leyendas, versos, sucesos de la historia local eran los preferidos de prosa y verso. Muy ilustrada aparecía la revista. Reproducciones de lugares y paisajes; retratos femeninos, grupos de mujeres jóvenes de la sociedad antequerense de aquellos años. Nombres de personas que luego, superando el ambiente local, llegaron a la capital mexicana, al impulso del remolino de la Revolución. Tenía la revista sus autores preferidos, de aquí y de allá. De España a Gustavo Adolfo Bécquer y a Juan Valera; del uno reprodujo muchas rimas; del otro, *Pepita Jiménez*. Un índice de *Prosa y verso*, que pudiera hacer Alfonso Francisco Ramírez como enamorado y sabio en toda cuestión oaxaqueña, podría mostrar el acervo y la índole de las colaboraciones; lo que sería muy útil para ver en conjunto las preocupaciones de aquellos tiempos, inmediatos pero de indudable lejanía.

Los ensayos biográficos de Francisco Salazar publicados en *Prosa y verso* son en número de siete: Miguel Cabrera, Nicolás del Puerto, Carlos María de Bustamante, Manuel Sabino Crespo, Guadalupe Orozco y Enciso, fray Francisco de Burgoa y Bernardino Carvajal. En el gran *Diccionario Porrúa*, digámoslo de paso, falta la de Puerto, primer prelado indígena de Antequera. Los relatos históricos, las leyendas, las descripciones de lugares y monumentos de Salazar darían reunidos un regular volumen que sería muy útil para las letras

oaxaqueñas, en verdad precariamente conocidas. Francisco Salazar escribía con buena sombra y dentro de la mejor tradición literaria española.

Lástima grande es que no haya continuado la “Biblioteca de Autores y Asuntos Oaxaqueños” instituida por Eduardo Vasconcelos y dirigida por Jacobo Dalevuelta. Lástima. Porque ahí cabría un volumen de los escritos de Salazar, como cupieron los de Juan Bautista Carriedo, por ejemplo.

Estos pobres autores olvidados, que escribieron en ambientes con frecuencia ajenos a toda actividad literaria, registran muchas veces dos valores que siempre podrán exaltarse: la calidad de la obra y la capacidad de escribirla sin otro fin que servir a los semejantes. Entre estos provincianos se encuentran Francisco Salazar, el olvidado autor de la *Historia de Oaxaca*, ya tan rara, y editor de *Prosa y verso*, aún más rara.

Otros escritos dejó sin duda Salazar. Descendientes ha de tener. Que sepan más cosas de su vida y de sus escritos habrá muchos. ¿Por qué no las cuentan? ¿Por qué no lo hace usted, amigo Alfonso Francisco Ramírez?

Yo sólo quise en esta *Alacena* consagrarle un recuerdo para que su nombre no se pierda del todo.

2 de octubre de 1966

Brioso y Candiani, historiador de *minucias*

Yo recuerdo con frecuencia, y siempre con una admiración que nada tiene que ver con sus escritos, a don Manuel Brioso y Candiani. Lo recuerdo, sobre todo, desde que José Vasconcelos, en sus *Memorias*, lo aludió con cierto desdén. Aunque ya conocía a Brioso y Candiani desde antes, fue por aquella referencia desdeñosa lo que me llevó a leer sus libros, sus folletos, sus papeles todos: novela, historia, biografía, antologías, ensayos filosóficos. Era escritor abundante, un poco a la manera de Agustín Rivera, de Cecilio A. Robelo. No digo que de Carlos María de Bustamante porque éste, pese a la abundancia, es rico en espigas y buen grano. La abundancia en Brioso, sin embargo, es benéfica. Él recogió noticias relativas a la historia oaxaqueña, todavía en espera de que alguno las depure y aproveche en la redacción de una real historia de Oaxaca. Revisó cuanto documento le vino a las manos para componer sus libros. A los autores de la antigüedad oaxaqueña y a los de su tiempo: Francisco de Burgoa,

José María Murguía y Galardi, José Antonio Gay, Juan Bautista Carriedo. Apenas tenía algunas noticias que creyera útiles para la historia local, redactaba un folleto, componía un librito, en que todo anda junto, en haz abigarrado. No importa. Cada una de esas noticias tiene utilidad para el historiador, para el que investiga los diversos capítulos de la vida oaxaqueña. Porque también con las *minucias* está compuesta la vida. Y a veces una noticia a primera vista baladí, intrascendente, ha servido para completar una información, para redondear un aspecto de los hechos colectivos.

Era Brioso y Candiani un hombre muy enterado. Su criterio histórico, literario, filosófico era el de su tiempo. Sus ideas políticas, las más avanzadas de su generación. Partidario de Juárez, aunque al final de su vida admirador de Francisco Bulnes, sobre cuyas profecías escribió una multitud de artículos de periódico.

Vivió más de ochenta años. Cuando lo conocimos, en una casita que habitaba en Tacubaya, ya no quedaba de él sino la sombra. Era el año de 1934, diez antes de su muerte. Su biblioteca, como la de casi todos los escritores mexicanos, no tenía orden ni concierto. Libros por todas partes; en los estantes, desde luego; pero también sobre las sillas y las mesas; colocados de cabeza, con los lomos contra el muro. Para enlistar la colección del *Parnaso Mexicano*, que era la razón de mis visitas, tardamos muchos días. La tenía íntegra, pero localizarla constituyó una verdadera hazaña.

Me encontraba una mañana de domingo en su casa, cuando se le murió un deudo. La gravedad de aquel familiar era la causa, que sólo entonces descubrí, de la zozobra en que vivía. Pero tan bueno, tan cortés era, que pese a aquella pena, me atendía, me permitió el libre acceso a su biblioteca.

Mucho quedaba de su memoria de los mejores días. Y, ¿de qué iba a hablarme si no de Oaxaca? De sus hombres notables, de sus ruinas, de sus costumbres, las viejas y las nuevas. De la guerra contra la Intervención y el Imperio; de Juárez y de Porfirio Díaz, cuya veneración había logrado armonizar. Mucho de todo eso hay en sus libros, cualquiera que sea su tema. No obstante la calificación que sus escritos han merecido de los que se ocupan en estas cuestiones, es lástima que no haya escrito más. Porque el hombre que ha vivido, que ha tratado a hombres, que ha acumulado experiencias y recuerdos, debe contarlos todo. La mejor prueba es que sus libros siempre se leen con provecho. Siempre se encontrará en ellos una noticia, un dato, un hilo que conduzca al ovillo de una cuestión olvidada, o conocida de manera incompleta.

Quisimos recordar ahora a don Manuel Brioso y Candiani, que mucho tenía de Rivera, de Robelo, mejor conocidos y más estimados que él, sin embargo.

9 de octubre de 1966

Anteo en miniatura

Entre los amigos que José Zorrilla tuvo en México, ninguno más admirado que Cipriano de las Cajigas. En sus *Recuerdos del tiempo viejo* habla de él con trémula admiración, lo proclama un modelo de hombre, un dechado, un paradigma. Hermosa figura, noble corazón, inteligencia soberana. El juicioso Cajigas, dice. Hombre leal, pundonoroso y bueno. Dios me ha prolongado la vida —dice, más o menos— para dar testimonio de rectitud y de lealtad, y yo le doy gracias infinitas por haberme hecho tropezar contigo sobre la tierra, porque por ti aprendí a amar a la humanidad y a perdonar a mis enemigos, que lo fueron por habernos conocido.

Había sido Cajigas, no obstante extranjero, agente de Santa Anna, de quien tenía secretos y guardaba documentos; pero ni puesto en el tormento revelaría algunos de aquellos, ni entregaría ninguno de estos, ni diría una palabra que pudiera perjudicar a sus amigos.

Cipriano de las Cajigas arrastró a Zorrilla a un viaje a La Habana, con el señuelo de un negocio fabuloso y de unos recitales. Allá murió de vómito negro. Allá se enterró en medio de la mayor desolación. Sólo por eso, por la muerte del amigo y protector, volvió Zorrilla a México, cuando creía haberse ido para siempre.

No recuerda José Zorrilla si fuera de Asturias o de Galicia. Sólo su figura, su presencia física no logra olvidar. Era de estatura poco elevada; pero ancho de hombros, levantado esternón, fornido de brazos. Era como un Anteo en miniatura. Su cabeza pequeña se movía grácil, pero gravemente, sobre su nervudo cuello y su cabello rubio y lacio, que usaba largo, le caía detrás, con lo que recordaba al rey don Pedro de Castilla. Cuando se inclinaba sobre su mesa de trabajo un mechón de pelo le caía sobre la frente, que Cajigas tenía que tirar hacia atrás con las manos, como Listz cuando tocaba el piano. Sus ojos eran azules, pequeños y penetrantes, pero de suavísima expresión su

mirada; su tez blanca y transparente como la de una mujer; su rostro correctamente oval, y casi barbilampión; su sonrisa perenne y natural le daba el aire más virginal e inofensivo del mundo. Se diría que la tierra estaba orgullosa de sustentarlo.

Pero Cajigas era de un valor temerario. Se embarcó en Veracruz con Zorrilla a rastras, burlando la orden de expulsión que se había dictado en su contra por el gobierno liberal. Camino del puerto, resistió armado de dos pistolas, el asalto de la diligencia y puso en fuga a los “niños”, a los “mañosos”, a los “compadres”, o como se prefiera llamarse a los asaltantes de la época.

Era acérrimo enemigo de las ideas liberales a las que combatía con dinero y con una imprenta que tuvo en la ciudad de México. Muy raros son los libros que Cajigas editó. Mejor se le conoce como editor de periódicos enemigos de la causa liberal. En compañía de Federico Bello publicó *El Pensamiento Nacional* (13 a 30 de noviembre de 1855; 3 de febrero a 24 de marzo de 1856), fecha ésta en que fue suspendida la publicación en virtud de la Ley de Imprenta de Lafragua. Como se le encontró responsable de sedición, se ordena su destierro, en compañía de Bello, también español.

Para el estudio de la prensa periódica de aquellos años –1854-1857– hay que tener muy en cuenta a Cipriano de las Cajigas, impresor, librero, pero sobre todo, un guerrillero del bando conservador, un emboscado que procuraba a los liberales el mayor mal que podía. José Zorrilla no dice que escribiera, pero es seguro que muchos de los artículos firmados con nombres supuestos de aquellos años eran de su pluma. El autor de *El puñal del godo*, por el contrario, dice que era neutral, que su condición de extranjero le vedaba intervenir en la vida política, como hubiera querido. Zorrilla, el atolondrado Zorrilla, de nada se dio cuenta, al parecer.

16 de octubre de 1966

La Biblioteca Americana

La Biblioteca Americana está otra vez en pie. Agustín Yáñez, que tiene mucho de Justo Sierra y de José Vasconcelos, la reabre después de muchos años de clausura. Y lo hace el día 12, aniversario del Descubrimiento de América, para que reanude el hilo de su historia interrumpida por manos aviesas y torpes.

Puerta de luz, ventana luminosa, es la que Yáñez ofrece otra vez a los lectores mexicanos, y a todos aquellos que vivan o estén de paso entre nosotros.

La Iberoamericana –o la “Ibero”– como decían los jóvenes de hace cuatro décadas, está ligada a la historia de la cultura nacional en uno de sus momentos más hermosos: aquel en que la Revolución Mexicana parece alcanzar un primer medio día, un primer otoño. Un perseguido, un soñador, un poeta de la acción, un iluminado llega a ministro de Educación Pública. Trae en el corazón cenizas, rescoldos, como todo el que ha estado ausente de su patria y ha sufrido. Pero trae en la frente ideas que ha madurado en la soledad y en la ausencia; en los ojos la imagen de una patria siempre soñada. Debajo de aquellas cenizas y aquel rescoldo, alguna brizna queda pronta a inflamarse. El peregrino, el desterrado y perseguido se llama José Vasconcelos. El Presidente de la República, otro soñador y hombre de acción; un soldado que manejó a ratos la pluma, que es hermana de la espada, el general Álvaro Obregón, creyó en el genio y en el ingenio de su secretario de Educación, y puso en sus manos todo el dinero, todo el poder, para que levantara la educación nacional desde sus cimientos, desde el edificio.

El ministro se rodeó de poetas, de escritores, de novelistas, de filósofos, de pintores. Discutió con todos, porque ésa es condición de los que en un momento dado se creen los creadores de su patria. Tal vez nada supiera de medicina, pero discutió con los médicos; acaso ignoraba la ciencia matemática, pero polemizó con los arquitectos. De pintura tal vez nada supiera, y sin embargo la discutió con los pintores que luego serían los más grandes que México ha tenido en toda su historia.

José Vasconcelos había recorrido el mundo, lo que es como leer dos veces un mismo libro. El que lee imagina, el que viaja imagina y lee. Y quiso poner en práctica sus visiones, sus observaciones. Pidió a los poetas que escribieran poemas cíclicos, mas no madrigales; a los pintores que pintaran murales, no cuadritos, y puso los muros oficiales en sus manos, aunque algunos, más por ignorancia que por enemistad, lo negaran después. Aun no gustándole la nueva pintura, le dio el impulso que la llevaría al muralismo que todos conocen.

México quiso proyectarse en el mundo entero. Y comenzó por América, por algo que pudiera llamarse el deber más próximo. Invitó Vasconcelos para que vinieran a México poetas, maestros, escritores, estudiantes; algunos mexicanos visitaron los pueblos hermanos del continente. México, en efecto, está en un despertar, en un mediodía luminoso.

Una de las manifestaciones del americanismo vasconceliano fue la creación de la Biblioteca Iberoamericana: con libros de toda América, para que el lector diera sustento a aquellas ideas y a aquellos sentimientos de confraternidad americana. El día de su inauguración México estuvo de fiesta. El barrio estudiantil se cimbró, el aire se pobló con las notas de los himnos iberoamericanos.

La pared de la biblioteca se cubrió con un gran mural de asunto americano, del pintor Roberto Montenegro. Todas las banderas americanas flotaban altaneras y daban su nombre y protección a los estantes, repletos de libros. Aquella fue en verdad una fiesta inolvidable.

La Biblioteca Iberoamericana vuelve a estar en pie. Otro gran americano, otro ilustre secretario de Educación, Agustín Yáñez, levanta el hilo de la historia. La anuda, le da continuidad sin la cual no hay historia ni cultura. Como hace cuarenta años, el rumbo de San Ildefonso está de plácemes.

23 de octubre de 1966

Quintillas contra México y Santa Anna

Próximo noviembre, vuelve a nuestra memoria el nombre de José Zorrilla. Ahora para insistir en algo que todavía, a pesar de los años, no está del todo dilucidado: quién sea el autor de aquellas famosas quintillas contra México y Santa Anna, que tantos dolores de cabeza le dieron al llegar a México, al inicio del año de 1855. Yo dije en el prólogo a *México y los mexicanos* (México, Ediciones Andrea, 1955), que los había compuesto Antonio García Gutiérrez. Lo dije por haberlo leído en alguna parte o porque así lo deduje de varias circunstancias que no viene al caso enumerar. García Gutiérrez quería México, pero no el de Santa Anna. Lo quería defensor de sus libertades, unido a España en la historia. Cuenta Guillermo Prieto que durante la invasión americana del 47 lo encontró levantando heridos en Padierna, y como le preguntara cómo es que estaba allí, respondió más o menos: “Es mi raza, Prieto”. ¿No pudo escribir los malhadados versos involucrando a México en la historia de Santa Anna?

Volvamos a las quintillas para decir que son poco conocidas, que de ellas se recuerdan dos o tres que las historias literarias reproducen, sobre todo estas dos:

Triste gente mexicana / a quien todos arman redes, / ayer rezaste a Santa Anna / hoy das contra las paredes / ¿qué piensas hacer mañana? / Y detesta nuestro trono, / nuestro regio pabellón, / quien tiene por dueño un mono / vestido de Napoleón.

Si no las escribió Zorrilla ni García Gutiérrez, ¿quién diantre las escribió?

Salvador Novo (José Zorrilla. *Don Juan Tenorio* y *El puñal del godó*. México, Editorial Porrúa, S.A., “Sepan cuantos...”, núm. 28) da por hecho que las escribió García Gutiérrez, a quien Zorrilla, puesto en apuros, no quiso sin embargo denunciar.

Harvey L. Johnson, profesor de la Universidad de Indiana (EUA) ha sostenido, contra esta opinión, que las quintillas corresponden a autor distinto, si bien no dice quién pudiera ser. “Ya hemos expuesto –dice– en NRFH, 11 (1957), 172-173, las razones que hay para rechazar semejante atribución, a pesar de haberla hecho el propio Zorrilla”. Nos sorprende la afirmación final. Zorrilla, que yo recuerde, no lo dijo en ninguna parte, con lo cual, los razonamientos de Johnson como que se tambalean.

José Zorrilla bien que sabía quién era el autor, pero, repito, no recuerdo que lo haya dicho en parte alguna. Amigos eran los dos. Juntos habían compuesto Juan Dándolo. “Zorrilla –dice Novo– tuvo la nobleza de callar acerca del autor de unas quintillas que negó, indignado, que fueran suyas. Muchos autores –agrega– se han ocupado de este episodio molesto para el huésped. Lo narra Zorrilla en sus *Recuerdos del tiempo viejo*; lo recoge en sus *Episodios nacionales*, don Victoriano Salado Álvarez; lo comenta...”

La paternidad, por tanto, y a pesar del razonamiento de Harvey L. Johnson, parece corresponder a Antonio García Gutiérrez, “más por desdén a Santa Anna que por desamor a México”, como en otro lugar hemos escrito.

Pero la puerta está abierta para quien quiera ponerlo en claro.

30 de octubre de 1966

Una lágrima por Heliodoro Valle

Recuerdo en estos días a Rafael Heliodoro Valle. Tal vez con más frecuencia por la visita del presidente de Honduras, Oswaldo López Arellano. Conocí a Valle cuando tenía unos dos años de haber llegado a México: hacia 1925. Aunque yo ya había leído algunos libros, que Manuel Rodríguez Lozano había

puesto en mis manos –*Azul*... en primer lugar– con Valle se puede decir comenzaron mis lecturas americanas y mexicanas. Vivía Valle por entonces en la calle de la Argentina, muy cerca de la Secretaría de Educación, de la que era jefe de la Oficina de Bibliografía. Lo visitaba los domingos. Siempre lo encontraba envuelto en un monte de periódicos, revistas, libros, folletos, de todas partes. Metido en cama los revisaba, subrayaba, para que luego algún empleado hiciera los recortes y los remitiera a los amigos. Porque RHV siempre estuvo pendiente de que llegaran a nuestras manos aquellas referencias que se hicieran de nuestros libros, digo, de quienes escribían. A veces escribía a nuestro nombre una declaración, si ella nos servía, si ayudaba a que nuestros escritos fueran mejor conocidos. Una opinión acerca del Día de las Madres fue, justamente, el origen de nuestro mayor trato. Luego otra sobre la naciente aviación mexicana. Ponía Valle en mis labios, en mi pluma, muy hermosas palabras.

En su casa de Argentina, llegaban a visitarlo muchos literatos, historiadores, poetas. Allí conocí a Artemio de Valle-Arizpe, a Héctor Pérez Martínez, acaso a Nicolás León, tal vez a Nicolás Rangel. Con todos compartía, mientras yo escuchaba, escuchaba y aprendía.

Cuando lo visitaba en la Secretaría de Educación, en su oficina bibliográfica, me regalaba duplicados, que yo leía con avidez. Valle puso en mis manos a José Enrique Rodó, a Domingo F. Sarmiento, a Valle, su pariente; a Francisco Bilbao, a Gabriela Mistral, a Manuel González Prada. No Jorge Isaacs, a quien ya había leído en mi pueblo de Ixhuatán. Por Valle conocí la mejor poesía hispanoamericana: en antologías y en libros: Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Guillermo Valencia, Pedro B. Palacios, Juan Zorrilla de San Martín. Por él, a los grandes novelistas: Ricardo Güiraldes, y José Eustasio Rivera; José María Arguedas y Enrique Larreta; José Mármol y Cirilo Villaverde. En sus ejemplares leí a Vicente Riva Palacio y Altamirano; a Justo Sierra e Ignacio Ramírez; a Guillermo Prieto y Juan A. Mateos. En voz alta me leyó poemas, con frecuencia los recitó, porque Rafael Heliodoro Valle sabía mil poemas de memoria. Me leyó y comentó “La Suave Patria”, publicada en *El Maestro*.

El maestro de Historia Patria de la Normal, José Guadalupe Nájera, nos dejó una tarea: escribir la impresión de una visita a las pirámides de Teotihuacán. La mostré a Valle después de que el maestro me la devolvió. Y fue él, Rafael, quien me dijo que podría llegar a ser escritor.

Muchas veces, cuando tenía que irme a Juchitán a pasar vacaciones, Valle ayudaba a comprar el pasaje o proporcionaba algunas monedas para el camino. Hacía más: ponía en mis manos un libro, “para desaburrirme, o aburrirme más”.

Todo eso he recordado en estos últimos días, con la visita del Presidente hondureño. He revisado sus libros, releído algunas páginas; me he detenido en sus hermosas dedicatorias. En una me llama “el primero de los últimos zapotecas”. Bueno que era Valle para decirme eso. El día de su santo nos invitaba a comer. Lo mismo hacía el Día de Pascua, 25 de diciembre. Y en vez de que nosotros le regaláramos, él era quien lo hacía.

Una de mis grandes tristezas fue su muerte, cuando estaba yo ausente en Suiza. Gran amigo fue de México. No nació aquí, pero nos heredó la tierra que Honduras prestó para que fuera formado. Al recordarlo ahora pongo en los pétalos de una flor el rocío de una lágrima.

6 de noviembre de 1966

Pendiente de un eco

Al mediar el mes de septiembre pasado murió en esta ciudad Miguel D. Martínez Rendón. El deseo de consagrarle unas líneas que fueran algo más que una nota necrológica ha hecho que olvidemos la fecha exacta de su muerte, sin que siquiera tengamos la disculpa de consagrarle el artículo que habíamos pensado. Al final, quedará reducida a esta *Alacena*, que nos apresuramos a redactar, eso sí, todavía bajo el peso de la pena que nos produjo la noticia de su partida. Hará un año pregunté por el poeta, porque alguno me comunicó que se encontraba sumamente grave, por no decir que agónico. Supe entonces que vivía víctima de una larga y cruel enfermedad. Volví a su único libro de poesía: *Carmina áurea*, y a las antologías en que siempre aparece, entre aquellos poetas que han legado a la lírica mexicana una nota personal. Las opiniones en torno a su poesía son, en esencia, las mismas, con las variantes de interpretación: suaves giros melancólicos, amor al indio, por pobre y desamparado. Acaso fuera a la política para buscarle redención; tal vez abandonara la poesía para formular sus protestas en prosa y en la acción. El vuelo que inició en su juventud se vio reducido bien pronto, temeroso de no alcanzar la altura que avizoraba. Buscó

en el periodismo, en el artículo, en el estudio de la obra ajena dar expresión a su amor a la belleza, al bien, al deber. *Carmina áurea*, publicado en 1923, cuando acababa de trasponer los treinta, registra un dominio de las formas y un depurado sentimiento. Ha logrado domeñar el tumulto de la juventud; en plena mañana registra luces y vibraciones de un medio día; la flor de sus sentimientos se muestra plena, acabada en su color y en su perfume. El otro paso ya no lo pudo dar, temeroso del precipicio que lo atraía como un imán. Muy dolorosa debió ser aquella renunciación. La marca y huella de aquel dolor creí advertirlas siempre en sus palabras, en sus ademanes. Andaba Martínez Rendón como pendiente de un eco, de una voz que quisiera asir para trasladarla a aquella página que dejara pendiente. No pudo ser. Y ésa fue la mayor tristeza de su vida, tal vez.

Pero no fue *Carmina áurea* lo primero que conocí de Martínez Rendón, sino una selección de sus poemas contenida en *Ocho poetas*, del mismo año de 1923. No lo puedo verificar ahora, pero tal vez alguno de los poemas allí contenidos no pasaron a su único volumen de versos; único, porque el anunciado en *Ocho poetas: Palabras de ensueño* no llegó a salir de las prensas en que se dice que estaban. O ¿sería que el poeta le cambiara de título a última hora? Porque lo cierto es que la antología referida apareció a principios del año 23 y *Carmina áurea* a mediados. De sus compañeros de florilegio sólo unos cuantos persistieron y ganaron la orilla opuesta: Bernardo Ortiz de Montellano, Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia. Los otros —Francisco Arellano Belloc, Ignacio Barajas Lozano, José María Benítez y Rafael Lozano— se realizaron en otros géneros, igualmente.

¿Influencias? Las gozó. Dos creo advertir en su poesía: la de Enrique González Martínez y la de Ramón López Velarde. Con esas dos voces hizo una tercera, que fue la suya propia, evidente cuando apareció en nuestra lírica con un solo libro que lo representa con decoro, con segura permanencia.

El siguiente poema parece retratarlo: *Ayer: cantos, salmodias, risas o cantos.../ sonaba la pradera a vida, y era / su ritmo pleno de óleos santos, / linfa nacida de la primavera.../ Estaba el alma llena de misericordias / canciones cenobitas, dulces como una hermana / menor. ¡Oh alma!, tú sabías todas las cosas; / todo era claro entonces, ¡como lo es la mañana!.../ Pero eso fue un ayer, hoy ya desconocido; / de nada sirve el vuelo que pasa sin dejar / una honda huella; ¿qué vale lo vivido, / si es menos que el ambiguo coloquio de soñar? / Hoy ni la duda, sombra que surge en el camino / de todos,*

y ni el llanto del pasado dolor. / Mi espejo se ha quebrado como látero trino.../ ¿Quién construirá la imagen de mi vida interior?

Así cantaba el poeta cuando apenas se abría al mundo la rosa de su vida.

13 de noviembre de 1966

Ingratos, olvidan que escribo tres artículos al día...

Esta mala costumbre que tienen algunos de exigir a los escritores que escriban más, y cuando escriben más, reprochárselos, cuando no afearles sus producciones, se puede ejemplificar con más de un escritor mexicano. Uno fue Francisco Zarco, otro Altamirano, uno más Manuel Gutiérrez Nájera. Dos de ellos –el primero y el último– murieron atados al mástil del periodismo, inclinados sobre la última cuartilla que saliera de su quebrantada pluma. Es verdad que escribían para ir viviendo, que el ejercicio de las letras era en ellos una manera de tarea diaria, aunque tan grandes, que lo convirtieron en misión. Zarco escribía muchas cuartillas al día, a mano, sobre todas las cuestiones, sobre cualquier asunto: hasta de modas llegó a escribir. Gutiérrez Nájera componía una veintena de páginas al día, pero como tenía genio, en aquella de apariencia más baladí se colaba una frase resplandeciente, asomaban las alas de una mariposa multicolor.

Y sin embargo eran tachados de perezosos. La apariencia era que su genio autorizaba a esperar más cosas, u otras cosas que no fueran nada más obra periodística. Ocurría, sobre todo, con Altamirano. Los artículos, los ensayos, los prólogos, los discursos, sí, eran excelentes; pero él estaba obligado a obras de creación, novelas, teatro, poesía, cuento. Y como ésa era escasa comparada con su labor periodística, lo tacharon de flojo, de perezoso. Y el pobre llegó a creerlo, y hasta a pedir disculpas por serlo. Un siglo después, sólo por excepción alguno recuerda que Zarco, a más de vigoroso periodista que fue, era algo más que eso: un escritor lleno de ideas, de recursos de expresión. No digo que fuera sabio, porque no puede darse un escritor que no lo sea.

Dejemos a Zarco y a Altamirano, y atengámonos a Gutiérrez Nájera. Hay una hojita suelta suya escrita sobre la rodilla, con un pie en el estribo, en la manzana de la silla, acerca de un banquete justamente a Ignacio Manuel Altamirano, para despedirlo por su viaje a Europa, que luego resultó la última des-

pedida. Gutiérrez Nájera se duele de no haber asistido, de haber mandado una cartita, y que para mayor dolor apareció publicada al lado de la colaboración de Justo Sierra. No fue por pereza, tal vez; o por cansancio, acaso. O porque estaba seguro que Altamirano no asistiría, por pereza; que aquella fiesta de despedida y aquel viaje, aquel viaje, más que nada, era como un nuevo libro de Altamirano: sólo una promesa. Porque a Altamirano, como le ocurre a muchos cuando los asedian, exigiéndoles libros, prometen publicar muy pronto uno, y hasta dan su título. Así los dejan en paz, los siguen considerando escritores.

Escribo de memoria. Pero creo recordar que *El Duque Job* también se autoacusa de pereza, en un tonito amargo, irónico, con la boca torcida, como sus ojos. Hace como que acepta el dictado, pero entre líneas lo va desechando. Ni él ni Altamirano son perezosos, cómo iba a serlo si había ayudado a hacer la República, si había escrito obras maestras, si había enseñado y guiado a muchos literatos, algunos de los más famosos de aquella hora? ¿Podía ser todo eso pereza? No, de ninguna manera.

El pobre *Duque* no podía decir otro tanto de sí mismo. Pero no por falta de voluntad, no por pereza. Escribía de seis a ocho horas diarias; leía tres o cuatro, cosa que no hace la mayoría de los actuales periodistas que leen mucho pero nada leen; leía, según él, aunque fuera para obtener ocurrencias personales de sus lecturas, cuando no para ver qué se apropiaba, qué plagiaba de sus autores predilectos. Publicaba Gutiérrez Nájera más de treinta artículos por mes; escribía versos cuando nadie lo veía y los recitaba cuando nadie podía oírlos, “porque presumo de bien educado”; escribía en las hojas de los abanicos, en los álbumes de las niñas cursis. ¡Y no faltaban los que lo llamaban perezoso! Olvidan, decía, entre dolido y compadecido, que los hombres comen, duermen, se cansan y alguna diversión les está permitida.

No fue a la velada de Altamirano por pereza, lo dice con todas sus letras. Pero no la pereza que todos creían, sino por la pereza de gozar... Pobre *Duque*.

20 de noviembre de 1966

Abundancia de las letras patrias

Lo que abunda no hace daño, dice el refrán. Y Altamirano, siempre que estaba ante una gran producción literaria, exclamaba que la literatura nacional rena-

cía, que iba hacia su culminación. Lo pensamos ahora que al finalizar el año volvemos la mirada para abarcar, así sea en panorama, la producción literaria nacional. Y recordamos el refrán y el optimismo y el entusiasmo del maestro mexicano.

La literatura nacional no renace, puesto que nunca ha muerto ni se ha opacado: las letras patrias se afirman, se enriquecen, caminan hacia su culminación, eso sí. Han dado en los últimos años dos o tres nombres que muy bien se pueden hombrar con los señeros del idioma español. No diremos sus nombres, pero son algunos de los que tú tienes ahora en los labios, lector.

En todos los géneros han aparecido grandes escritores. En la poesía, en la novela, en el cuento, en el teatro, en el ensayo, en el relato. A los viejos nombres se agregan algunos nombres que si no siempre los igualan, caminan a la par. Pero la rama de nuestras letras está llena de brotes, de capullos, de flores que pronto se abrirán en su plenitud. Toda una tropa de jóvenes escritores nos ha salido al paso en los últimos cinco años. Jóvenes que empiezan por escribir su biografía, lo que es señal que su único libro lo autoriza, o que están seguros de que los escribirán perfectos en el futuro. Quien crea que sólo los grandes triunfadores o los grandes fracasados deben escribir autobiografías se engañan; también las pueden escribir los que apenas inician una tarea, una vida que no se sabe aún a dónde los conducirá. No se extrañe que mañana alguno nos dé su necrología, dando por concluida una obra que apenas se inicia, pero que adivina gloriosa y bienaventurada.

El idioma mismo padece, o goza, retoques. Hay en los jóvenes una libertad en el manejo del idioma que va más allá de todo lo que aquí pudiera ponderarse. Alguno de ellos –no precisamente el más joven– ha reclamado hace algunos días la inclusión de esas lecciones al diccionario, sin esperar que las sancione el uso, el pueblo, las cocineras, que en último análisis son los que hacen los idiomas, según dijo quien podía decirlo. ¿Qué otra cosa puede hacer la Academia, que no sea esperar a que el uso pula o desgaste una palabra para aceptarla? Si resiste, esto es, si adquiere brillo, pulimento, esplendor, sea bienvenida; si, por el contrario, en el rodar se desgasta y embota, se opaca y reduce en su uso, se le da de mano.

La literatura mexicana, en efecto, se afirma. A tal grado que no hay adjetivo, elogio, que no se otorgue a ciertos escritores. Sin el menor titubeo se comparan a algunos de ellos con los más grandes, no digo que de nuestra lengua, sino del mundo: con Kafka, con Joyce, con Proust. No importa. Algo

habrá en sus libros que lo autorice. Mucha fe han de tener para atreverse a tanto. En mi entusiasmo por el evidente florecimiento de las letras mexicanas no discuto, sino más bien comparto, con las reservas a que me obliga la edad, esos juicios.

¿Cuántos libros se han publicado en lo que va del año? ¿Cuántas revistas, suplementos, hojas literarias, se publican en México? ¿Cuántas casas editoras operan en el país? Son cosas que no se pueden contestar fácilmente; pero se puede decir que su número es enorme, lo que ya es otro signo evidente de que las letras patrias florecen. Entre tal abundancia es imposible que no aparezca un escritor que justifique nuestros entusiasmos, que pruebe la verdad contenida en el refrán, según el cual lo que abunda no hace daño. Si Altamirano volviera, escribiría entusiasmado una *Revista* en que ponderara el monto, la calidad y la belleza de la producción nacional. Diría otra vez que la literatura nacional renace. Que la patria se afirma, se integra; que la libertad se asegura, que la independencia alcanza su plenitud. Acaso una leve sombra de tristeza pasara por sus ojos al ver que no siempre es original, que a ratos calca, que se escribe con modelos a la vista. Pero entonces diría que hasta las traducciones forman parte del acervo de las letras nacionales.

Las letras mexicanas rebasan, se afirman, alcanzan otra plenitud.

27 de noviembre de 1966

Luis Martínez de Castro, escritor olvidado

Con tantas *Alacenas* y tantas *Notas culturales* escritas en los últimos años, a veces se me olvida si este o aquel asunto no han sido tratados con anterioridad. Así me ocurre ahora con Luis Martínez de Castro (1819-1847), escritor y soldado, periodista y traductor, sólo de muy pocos recordado. No importa. Si en alguna otra ocasión nos hemos referido a él y a sus escritos, siempre habrá algo que recordar de sus trabajos y de su vida. Sea lo primero, que murió de las heridas que recibió en la defensa de Churubusco, en 1847. Después, que colaboró en muchas de las publicaciones del siglo pasado, como *El Liceo Mexicano*, en que aparecen una multitud de sus ensayos, de sus traducciones, de sus comentarios de libros y muchos achaques de la literatura nacional y extranjera. Traducía Martínez de Castro del inglés, del francés, del alemán. Aunque

algunos lo hayan olvidado, tradujo, el primero, algunas de las *Cartas* de Becher, así, creo, como fragmentos del *Ensayo* de Humboldt, si no el primero que lo traduce, sí uno de los primeros. Escribió y comentó la obra de Isidoro Loewerstein, acérrimo detractor de las cosas mexicanas. Era, a su poca edad de veinticinco años, uno de los más sabios, más cultos, de su tiempo. Escribió con abundancia; usó varios pseudónimos, a veces firmaba con sus iniciales. Su nombre de pluma más frecuente fue “Malaespina” y “Biempica”, que en ocasiones dividía así “Mala-Espina” y “Bien-Pica”. Así en *El Liceo Mexicano*, ya referido.

Yo escribo de memoria –muchas veces te lo he dicho, lector–, pero recuerdo que Urbina, y algún otro, mencionan unos apuntes de Martínez de Castro acerca de la literatura mexicana, sólo visto de muy pocos y que quizás valiera la pena localizar y darlo a conocer en volumen. ¿Por qué no lo haces, José Luis Martínez? ¿Por qué no tú, Ernesto Mejía Sánchez, en las publicaciones de la Biblioteca Nacional?

Los artículos, ensayos, notas críticas de Martínez de Castro son, como ya está dicho, abundantes. En *El Liceo* se encuentran en gran número. Veinte años tenía cuando comenzó a escribir y sorprende la cantidad y variedad de sus conocimientos. Porque no sólo escribe literatura de creación, sino que traduce de varias lenguas, comenta, refuta, elogia y pondera todo aquello que sirve al conocimiento de México. Antes que Altamirano, comprendió que si nosotros no decíamos cómo éramos, el mundo nos tomaría como se decía que éramos. Y ésa no fue la menor ni menos importante de sus tareas. Fue justamente Altamirano quien dijo que la muerte había segado en flor aquella vida llena de esperanzas y que tanta gloria hubiera podido dar a las bellas letras de México.

En el capítulo de las traducciones en México, el nombre de Luis Martínez de Castro ocupa uno de los primeros lugares; los otros serían, entre otros muchos, Rafael Zayas Enríquez, Luis G. Ortiz, Manuel Peredo, José Sebastián Segura. Porque, contrariamente a lo que pudiera creerse a primera vista, no han sido nada más la lenguas francesa y la inglesa las más cultivadas y traducidas en México; lo han sido también el italiano y el alemán, ésta, ciertamente, en gran volumen. No sólo a historiadores y viajeros tradujo Martínez de Castro: tradujo también a poetas.

No. No ha sido por azar o capricho traer el nombre de Luis Martínez de Castro a esta *Alacena*. La presencia del mandatario alemán en nuestro país hizo propicia la mención y el recuerdo. Unas palabras del Presidente de la

República Mexicana, referidas a Alejandro de Humboldt, a la cultura alemana y a lo que México le adeuda, nos devolvió el nombre del olvidado escritor, muerto en defensa de la patria, con las armas en la mano, como en otra hora con la pluma.

4 de diciembre de 1966

Roque Estrada, maderista

El día 28 de noviembre pasado murió en esta ciudad Roque Estrada, uno de los pocos supervivientes a la Revolución Mexicana de 1910. Era originario de Zacatecas, en donde había nacido en el pueblo de Moyahua, el 16 de agosto de 1883. Hijo de Camilo Estrada y Micaela Reynoso. Concluida su instrucción primaria, marchó a Guadalajara, para continuar los preparatorios y los profesionales de abogado, que alcanzó en 1906, a la edad de veintitrés años. Muy temprano se inició político. Fue de los primeros que oyeron las quejas del pueblo mexicano, de los que vislumbraron la aurora que se acercaba, tras de noche horrenda. Aun antes de terminar la carrera ya se le encuentra actuando en la política local: organizando a obreros, escribiendo, hablando en asambleas. Lector de libros de pensamiento avanzado –tal vez Kropotkin, acaso Gorki– su orientación era algo así como un vago socialismo. La Dictadura, no tan ciega, adivinó hacia dónde caminaba Roque Estrada y lo encarceló para luego expulsarlo del estado de Jalisco. Era el año de 1905. Se trasladó a la Ciudad de México, centro de una verdadera efervescencia política. Los hermanos Flores Magón trabajaban aquí, en unión de otros, abiertamente contra el orden de cosas establecido.

En 1909, ya en plena madurez de sus años, de su ideario, de su conducta ciudadana y política, se afilia al antirreleccionismo, junto a los jóvenes y viejos maderistas. Era, como Vasconcelos, como Bordes Mangel, de los más fervorosos del caudillo de la No Reección, a quien acompañó ese mismo año de 1909 en su gira política por la República. Estuvo con él preso en la penitenciaría de San Luis Potosí. Puestos en libertad, tres meses después de su aprehensión, en octubre de aquel mismo año, se pasó a los Estados Unidos, en pos de Madero. ¿Colaboró Roque Estrada en la elaboración del Plan de San Luis? López de Escalera cree que sí. ¿Colaboró Ramón López Velarde en su

redacción? Algunos –Salvador Toscano, entre ellos– lo han creído. Que Roque Estrada estuvo cerca de Madero en la ocasión, no cabe dudarlo.

Estrada no aprobó los Tratados de Ciudad Juárez. Creía que con ello la Revolución retrocedía, se traicionaba, en lo que tuvo razón. De entonces en adelante, comienza la etapa más azarosa de su vida, tienen lugar los sucesos en que va a ponerse de manifiesto el temple de su espíritu revolucionario. Nuevas cárceles y nuevas persecuciones, que en nada reducen su fe y su decisión de lucha. La vida y los hechos que no se detienen, y con frecuencia extravían momentáneamente, lo llevaron a oponerse a sus antiguos compañeros de lucha, con la natural proscripción. Sólo al final, la Revolución ya consolidada, logró Roque Estrada sosiego. Todo eso se ha recordado con motivo de su muerte. Pero ninguno recordó sus libros, que es lo que queremos hacer hoy. Publicó muchos, pero sólo mencionaremos sus novelas de inspiración revolucionaria: *Liberación*, novela histórico contemporánea. Portada de Ernesto García Cabral, México, Editorial Cvltura, 1933; e *Idiota*, novela, México, Ediciones Botas, 1935. Y *Psico-intimidades*, ¿no es una novela? Y, si la es, ¿en qué línea pudiera colocarse?

Extraña que se tenga tan olvidada la obra de Roque Estrada, considerado novelista de la Revolución, es decir, que se inspira en la lucha de 1910. Tal vez valiera la pena, ahora que ha muerto, que alguno volviera los ojos a sus libros para tratar de situarla en el marco de la novelística mexicana, que algo hay en ella que justificara tal tarea.

11 de diciembre de 1966

Los famosos cien sonetos a Zorrilla

Dos cosas he querido averiguar con respecto a José Zorrilla durante su estadía en México: si realmente se publicaron los cien sonetos en su honor, escritos por poetas mexicanos, y si Juan Cordero pintó su retrato. Los que han escrito al respecto aseguran las dos cosas. Lo cierto es que ninguno de mis amigos ha visto ni la antología ni el retrato. Los sonetos, se supone, los publicó Vicente Segura Argüelles, aquel acérrimo enemigo de los liberales, editor de periódicos contra Juárez, cuyas ideas lo llevaron al cadalso. Si se publicó, ¿quién la ha visto?, ¿alguno la tiene? De no tenerla Clemente López Trujillo, quien más

antologías ha reunido, dificulto que alguno la tenga. Zorrilla llegó a México —como todos lo saben— al iniciarse el año de 1855. Los poemas que se dijeron, escribieron y se publicaron en su honor fueron sinnúmero. De haberse publicado la antología debió ser en el mismo año, un poco antes que *La flor de los recuerdos*, es decir, en 55, pues un autor escribe que el éxito de los sonetos aseguraba el de su mostrador. No es difícil que así fuera, ya que la primera tanda de versos al autor de *Granada* fue abundantísima. En un libro hermosamente escrito, pero rebosante de encono, *De Santa Anna a la Reforma* de Victoriano Salado Álvarez se cuenta una parte de la historia de Zorrilla y sus amigos, luego muchos de ellos enemigos, mexicanos. En la comida que se le ofreció en el “Hotel del Bazar” por José Justo Gómez de la Cortina, el poeta español padeció —es un decir, porque a lo mejor lo gozó— otro diluvio de versos. Estuvieron allí los hermanos Segura —Vicente y José Sebastián—, José Joaquín Pesado, José María Roa Bárcena, Agustín Sánchez de Tagle, José María Lacunza, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Moreno Jove, entre otros. Abrió el fuego el último de los nombrados. La fiesta fue, dice Salado, más literaria que amistosa. Casi todo cuanto se dijo —agrega— fue elegante y exquisito. No pararon allí las fiestas. Unos días más tarde, los poetas que no tenían dinero como Cortina, ni valimiento como Portilla, lo sentaron a su mesa en el “Tívoli” de San Cosme, al lado de los dos Seguras, el cubano Juan Miguel Lozada, Francisco González Bocanegra, José Tomás de Cuéllar, Zarco, Casimiro del Collado, o Collado a secas; Félix María de Escalante, el entonces muy joven Luis G. Ortiz, que firmaba “Heberto” y otros muchos, “sin que faltara nadie de los que toman la pluma, aunque sea para escribir cartas a su familia”. Y agrega rencoroso don Victoriano: “Ni siquiera faltaba el insoportable Granados Maldonado, que trae el pensamiento de publicar la primera parte de sus esperpentos poéticos en veintiséis tomos de quinientas páginas cada uno. ¡Dios le quite de la cabeza tan mala idea!”.

Con las poesías leídas en el primer mes de su permanencia en México en homenaje a Zorrilla, no cien sonetos, sino más, pudiera hacerse publicado un libro. Por eso, aunque no haya dado con la antología, es seguro que apareció, tal como lo dicen los eruditos. Enrique Fernández Ledesma lo aseguró en uno de sus libros, tal como si los famosos 100 sonetos pararan entre sus libros.

¿Y el retrato que en uno de los banquetes se convino que lo pintara Juan Cordero, llegó a realizarse? En la exposición que hace algunos lustros se hizo del pintor en Bellas Artes, y que reunió las más obras que se pudo de Cordero,

nadie vio el retrato de Zorrilla; ni Salvador Toscano, autor del prólogo al catálogo de la exposición, lo mencionó. Al respecto, dice Salado Álvarez que Juan Cordero, “que ha pintado unos primorosos frescos en la cúpula de la iglesia del Señor de Santa Teresa, y un cuadro muy bello, ‘Jesús entre los doctores’, se ofreció a hacer el retrato del amante de Moraima, y de seguro que hará una obra digna de su pincel”.

¿Se publicó la antología?, ¿se pintó el retrato? Es algo no sólo curioso, sino importante establecer.

18 de diciembre de 1966

Aquella vieja Alameda

Recuerdo ahora estos dos versos de Jaime Torres Bodet, *Noche blanca de diciembre. Mes azul de Navidad*. Escritos apenas hace cuarenta y tantos años, la verdad que encerraban se ha reducido tanto que se diría sólo fueron una preciosa invención; la rosa abierta de una licencia poética. ¿Por qué, dime, lector, los fríos, las nieblas, las lluvias de este diciembre permiten creer que alguna vez tuvo noches blancas y que fueron por ventura azules en algún tiempo?

La leyenda de la perenne, de la eterna primavera ya no es más que eso: una leyenda, una fábula, una mitología. La verdad es que si hubo días azules, altos cielos, aire transparente, luz blanca, serán cosa del pasado, idos ya para siempre.

A los poetas, creerles bajo su palabra. Lo que dijeron de las delicias de este valle, casi el paraíso, cierto tiene que ser. Quien dijo que aquí quería pasar sus últimos años, dijo la verdad. Quien lo señaló como el verdadero Paraíso, hasta porque sus hijos andaban desnudos, también. Quien dejó su efigie en la frase, según la cual era la región más trasparente del aire, no dijo mentira. Ciertos la noche blanca y el mes azul de diciembre. Y verdad lo que don Carlos María de Bustamante, mi paisano, en las *Mañanas de la alameda de México* en 1835:

¿Han visto W –dijo– un mes de diciembre en Europa semejante al que hoy gozamos en este país de ventura? Oigan W los dulces quejidos de las tórtolas, y el canto de los pájaros como en la más hermosa primavera; vean los árboles de este bosque, que apenas acaban de soltar las hojas por la estación del otoño, cuando

ya asoman por su yemas los retoños y algunos ya verdeguean. Vean esos cuadros y bosques poblados de rosas, de amapolas y yerbas aromáticas que embalsaman el aire, dilatan el pecho y hacen grata la respiración? ¿En qué parte de la sabia Europa podrían W en este día disfrutar el placer que produce la vista de este cuadro encantador? Hoy por hoy y a esta hora, sus moradores pisarán sobre una terciada de nieve, estarán ateridos de frío, recibiendo el calor de la chimenea por la cara, y enfriándose las espaldas; en los campos no se ve una res siquiera; los árboles presentan la imagen de la desolación, desnudos de toda hoja; la naturaleza está allí mustia y desconsolada; todos impacientes suspiran por la llegada de la primavera de que aquí gozamos, porque jamás nos desampara; por todas partes se nos presentan objetos deleitables. ¿Quieren ustedes ver un remedo del hermoso jardín de las Hespérides y la morada fabulosa de Pomona? Pues vayan ahora mismo, si gustan, a nuestro mercado, recórranlo y se llenarán de estupor.

¿Podrá creer el lector que se habla de la Ciudad de México y de nuestra Alameda Central? Pues de las dos se habla. Como si algo todavía faltara, Bustamante cita a sus interlocutores para la mañana siguiente en la Alameda, agregando: “Este lugar de delicias que no saben estimar dignamente los mexicanos, será el punto donde nos reunamos para gozar de los encantos de la naturaleza y hacer menos empalagosas algunas relaciones...”.

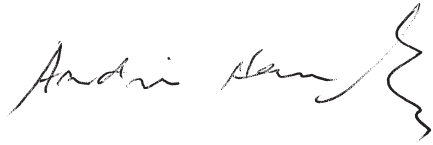
¿Qué resta, lector, de tanta belleza, de delicias tantas? Casi nada, por no decir que nada. Ayer nomás crucé la Alameda, en lo que sería el mediodía. Pese a sus adornos, a sus fuentes, a sus esculturas, la vi exacta imagen de la tristeza, de la desolación y el tedio. Ni un ave, ni una mariposa que la alegrara con su canto o con su vuelo. Árboles desnudos, tiritando de frío; mustias y como secas sus ramas. Una llovizna pertinaz, rachas huracanadas, olas de aire frío, no a quedarse sino a huir de aquel lugar, convidaban.

¿Dónde las flores, la tórtola que oyó Bustamante? Las rosas, las amapolas, las yerbas aromáticas que llenaban de bálsamos el aire, dilataban el pecho, hacían grata la respiración, parece que se fueron con los años, como las ilusiones que son humo y como el humo se van.

Si volvieras, don Carlos María, ¿qué dirías? Acaso volviera a cerrar los ojos, por no ver tanta tristeza y desolación tamaña.

25 de diciembre de 1966

1967



¿Cuál el tema de la *Alacena*?

Yo escribo esta *Alacena* los sábados, sólo unas cuantas horas antes del plazo que se nos da para entregar la colaboración. Hoy, 31 de diciembre de 1966, y a horas que son las ocho, estamos frente a la máquina de escribir; la página, como la mente, en blanco. ¿Cuál es el tema de hoy? No lo hay, como en muchas ocasiones. O mejor, los hay, pero en tan gran número que es como si no los hubiera. De todos los que acuden a la mente, y como llegan se van rápidamente, ¿cuál elegir? El más propicio, al parecer, es el que se refiere a las últimas horas de este año. Pero, ¿en qué sentido, en cuál de sus diversas y variadas sugerencias? Y otra vez el pobre periodista queda perplejo, lo que es peor que estar indeciso. ¿Has estado, lector, ante dos caminos igualmente risueños, que con parecido imán te atraen, y, sin embargo, no sabes por cuál decidirte? Eso es lo que ocurre al diarista, al gañán de las letras, al ganapán de la pluma. Él tiene la obligación de escribir, de entregar las cuartillas a hora determinada. El tiempo, que no sabe de piedad, lo agujonea, le clava sus espuelas. Sí, no hay tiempo que perder. Frente a la máquina escribe el título. Y comienza como Dios le da a entender. A veces le viene a la mente un nombre propio, de alguien que hasta allí creía su amigo, o que hasta ese momento le merecía consideración. Pero no, era un mero ofuscamiento. Es entonces cuando descarga sobre el pobre que nada le debía sus furias y sus resentimientos. Éste es el origen de esos denuestos inesperados: la falta de tema. Pero también el de esos elogios encendidos, igualmente repentinos. Aquella alabanza que uno quería hacer desde hacía mucho a un hombre, a un amigo, a un escritor, aflora buscando expresión, reclamando que se le dé forma. Si a otros no, a mí me ocurre con frecuencia esto

último y, casi jamás, lo primero. Así nació la *Alacena* que ahora hace ocho días escribí sobre Rosendo Salazar. Desde mucho tiempo atrás tenía ganas de hacerlo, ese sábado tuve necesidad. Benditas, pues, estas urgencias, este carecer de temas.

Pero volvamos al afán de hoy. ¿Cuál es el tema? Uno persiste entre todos los que en esta apuración me han venido a la mente: las bajas que las letras mexicanas padecieron durante el año que ahora toca a su fin: los lutos de las musas mexicanas. No diremos ningún nombre que en tus labios y en tus sienes están, lector. La primera baja, el primer luto, ocurrió el día primero de enero de 1966. Era una criatura primorosa, radiante de luz, en la flor de sus años, en la plenitud de su inteligencia. Estaban por venir sus días, por abrirse todo su esplendor las flores de su ingenio, del que sólo dio pequeñas muestras. Pero así fue. ¿La mató la vida, la mató la muerte? ¿O fue aquel extraño dolor que dijo Alfonsina Storni: la de la simiente dormida que envenena el alma y carne y no logra dar flor?

A contar de ese día, o de ese mes, casi no hubo uno que no trajera su fardo de luto. A tal extremo que muy pronto escribí algo en que había este ritornelo: “Yo estoy lleno de cruces, de lápidas, de epitafios”. Jóvenes y viejos se fueron unos tras otros, sin darnos tiempo para reponernos de golpes y sorpresas. Los que ya habían dicho su palabra y los que apenas la *balbutían* —si se me permite esta forma. Los grandes, pequeños, medianos y más chicos, como los ríos que dijo el poeta, llegaron al mar, al inmenso mar, que siendo todo, no es nada: la muerte.

A cada golpe de azadón, a cada puñado de tierra, aquí, en esta mesa de trabajo, digo, a esta galera, temblaba, me acurrucaba en mi rincón, tal como si sobre la casa se cerniera el siroco. Pero volvía a salir el sol, y como vale más seguir adelante que sentarse a la vera del camino, volvíamos a la calle, a la vida, siempre hermosa, aunque cruel y pasajera.

Se fue el año, no sin darnos, apenas, hace unos días, un nuevo luto: la muerte de un novelista, cuyo nombre, ése sí, todos precisamos.

8 de enero de 1967

La naturaleza melancólica del mexicano

La tesis de Pedro Henríquez Ureña, ya insinuada por Vicente Riva Palacio, en una pasajera reflexión sobre el carácter del alma mexicana, si no ha perdido vigor y vigencia, sí ha encontrado opositores igualmente ilustres y esclarecidos. Recuerdo al último, a Antonio Alatorre, sabio y lúcido, fríamente lúcido. En un brillante alegato, robustamente apoyado en los mismos textos alarconianos, ha rebatido la tesis del mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón y los elementos en que Riva Palacio o Henríquez Ureña lo fundara. De la lectura de su ensayo se sale con la duda de si nosotros, que compartimos aquella tesis, tendremos del todo razón.

El ensayo de Alatorre no es nuevo. La contrarréplica la expuso en una de las conferencias que hace unos diez años organizamos desde el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. Recogido con algunos retoques en un opúsculo, lo leímos hace dos o tres años, junto con otros trabajos igualmente penetrantes y polémicos, se diría; por ejemplo, aquel en que señala las fuentes de Sor Juana, autora de los sonetos amorosos, y que tanto la reduce en su aplaudida originalidad.

Unos años antes, y luego otra vez en nuestros días, Ermilo Abreu Gómez, no menos sabio ni menos apasionado y lúcido, volvió a manifestarse contrario a la tesis de que el alma mexicana se caracteriza por su tono menor, la emoción crepuscular, su tendencia a melancolizar los sentimientos, y que luego adoptaron, entre otros, Luis G. Urbina, Alfonso Cravioto, el músico Campa. Palabras son todas que Riva Palacio reunió, como de pasada, en la semblanza de Alfredo Bابلot, de donde las desenterró Arturo Arnáiz y Freg, ahora veinte años. Dice el General: nuestro carácter es profundamente melancólico; el tono menor responde entre nosotros a esa vaguedad, a esa melancolía a la que sin querer nos sentimos atraídos; desde los cantos de nuestros pastores en las montañas y en las llanuras, hasta las piezas de música que en los salones cautivan nuestra atención y nos conmueven, siempre el tono menor aparece iluminando el alma con una luz crepuscular. Henríquez Ureña quizás no conociera el texto rivapalacino; quizás, porque era hombre que nada ignoraba. Tal vez Riva Palacio no conociera o no recordara, la larva de esa teoría contenida en Francisco Zarco; tal vez, porque era lector que nada había dejado de leer. Lo cierto es que la simiente que es en Zarco, se torna botón en don Vicente, y flor abierta en don Pedro.

Yo registro todo cuanto encuentro a favor de la tesis de nuestro ser melancólico, de tono menor, crepuscular, en la que creo; como registro cuanto se diga en su contra. La ha afirmado en los últimos años, con la profundidad y agudeza que son dones de su pluma, Ángel María Garibay. Acaba de reafirmarla ahora Jaime Torres Bodet, en su hermoso libro sobre el poeta de Nicaragua y de México, y de América y de España: *Rubén Darío. Abismo y cima*. Es verdad que se refiere a la condición americana del poeta, pero no se aparta de la condición local de todo artista, de todo hombre, que es previo, yo creo. No se es americano –dice JTB– tan sólo por la transcripción del paisaje que nos rodea, sino por la expresión de la sensibilidad de los hombres que pueblan ese paisaje. Ahora bien, incluso bajo dramáticas apariencias, la sensibilidad indoamericana está hecha, en el fondo, de reservas y de pudor, de recato y orgullo esquivo, de cautela y refinamiento, de nostalgias inconfesadas y, muchas veces, de indiferencia revestida de cortesía. Dice algo más, pero con lo transcrito basta. ¿No hay allí un eco de las palabras de Riva Palacio, de Henríquez Ureña, y de Zarco y de Garibay que, aunque no citadas aquí, recuerdas ahora, lector?

Esta *Alacena* no quería otra cosa que registrar este nuevo testimonio acerca de nuestro carácter nacional.

15 de enero de 1967

La incurable enfermedad

Yo he dicho muchas veces, ya en serio, ya en broma; ora en burlas, ora en veras, que si aquel día Manuel Rodríguez Lozano hubiera puesto en mis manos un boleto en vez de un libro, yo hubiera sido torero. Aquel día era el 20 de diciembre de 1923; el libro *Azul...* de Rubén Darío. Yo salía para Juchitán, a pasar las primeras vacaciones de una desbaratada carrera. Dos días más tarde, según creo recordar, estalló la rebelión delahuertista; al anoecer del día 23, el tren se detuvo en una estación llamada entonces El Burro, luego Nopalapan de Zaragoza y ahora Rodríguez Clara. Los pasajeros –ése puede decir “el pasaje”? –insistían en quedarse a bordo, persistían en no abandonar el tren, no obstante la orden terminante de la tripulación. Al fin lo abandonamos, ya cerca de la media noche, bajo una racha fría y una llovizna pertinaz. Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. A aquel ambiente, a aquellas horas entre alegres y tris-

tes, asocio la lectura de *Azul...*, hace un poco más de cuatro décadas. Como leí *María*, bajo los árboles, en pleno campo y a pleno sol, así leí el libro de Darío. Había cerca del pueblo unos arroyos, unas pozas, unos grandes árboles que derramaban una sombra protectora, fresca y muy incitante. Todo está presente en mi recuerdo. Brilla el sol en la cúspide del cielo, desvaría un pájaro entre el ramaje, el aire azota la arboleda con furia, pero luego se resuelve en un sollozo, en un suspiro, en un eco, en nada. Igualito que yo: la lectura me agita, pero luego me calmo, me apaciguo, en espera de mejores cosas, cuando escriba un libro, cuando me cure de aquella enfermedad de Garcín, que muchos hemos padecido.

Eran los dichosos tiempos en que todo lo aprendía en una sola lectura. Yo no miento si digo que me sé el *Azul...* de memoria, que identificaría no digo los capítulos, sino sus palabras, sus frases, sus párrafos, sus sílabas. ¿Queréis una prueba? Allí va: “Sí, seré siempre un gaudul, / lo cual aplaudo y celebro mientras sea mi cerebro / jaula del pájaro azul”. Y el doloroso final: “Ay, Garcín, cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad”.

¿Cuál fue la enfermedad que llevó a Garcín al suicidio? Era muy extraño: un pájaro azul en el cerebro: un sueño de difícil realización. Garcín quería ser un poeta que asombrara con sus obras. Comenzó un poema en tercetos que se titulaba justamente así: *El pájaro azul*. Pero muere Niní, la heroína del drama. Garcín se dispone a escribir el epílogo: “De cómo el pájaro azul tiende su vuelo al cielo azul”. Se despide de sus amigos del Café Plombier, aparenta que se vuelve a su pueblo. Mas no hay tal. Al día siguiente amanece muerto por su propia mano. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Ha ocurrido que fracasó en el amor, como fracasó como poeta. Ésa, esa cruel enfermedad de afán de esperanza a triste realidad de un fracaso, lo mató.

En la última página del poema, había escritas estas palabras: “Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pájaro azul”.

No permanecí mayor tiempo en El Burro; muy pronto me trasladé al puerto y ciudad de Veracruz, en cuya biblioteca pública leí cuanto encontré de Rubén Darío. Y se afirmó en mí la cruel enfermedad, la de querer ser un poeta, un escritor, no obstante el ejemplo de Garcín y la sombría exclamación de Darío: “Ay, Garcín, cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad”. Sonreímos ante el milagro de Darío, que las letras eran fáciles, cuando son algo de milagro, de regalo divino. Pero persistimos. Y en eso, a la vuelta de los años, todavía estamos.

Viejo maestro oaxaqueño

Salgo dentro de unas horas para la ciudad de Oaxaca, la ciudad verde, la del aire claro y corpóreo, la del cielo azul y alto y espléndido. Iré invitado a participar en los Cursos de Invierno de la Universidad Benito Juárez, organizados por Eduardo Bustamante, Tonatiuh Gutiérrez y Jorge L. Tamayo. El tema de la charla que se me encomienda no puede ser más interesante ni más comprometedor: “La literatura en Oaxaca”. Pero yo no quiero hablar de esto, sino de otra cosa. Yo quiero hablar de un viejo maestro oaxaqueño, mentor de muchas generaciones, amigo que si no veo como que la visita no tiene sentido, o no se realizó. Me refiero a don Julio Bustillos. Hombre bueno, sabio, gran amante de su tierra natal, constante promotor de su fama.

Su nombre me era familiar aun antes de conocerlo: desde que un gobernador del estado hizo una gira cultural por el Istmo de Tehuantepec, ahora cuarenta años. Si Bustillos no iba en la caravana, alguno mencionó su nombre que yo referí luego a un homónimo suyo que vivía en Juchitán. Después, cuando vino a esta capital diputado por uno de los distritos de Oaxaca, pude reconocerlo, si es que no conocerlo. Estaba en aquellos años en la plenitud de su vida, de sus entusiasmos. Alguna vez lo oí charlar con amigos y compañeros, con ese dejo del español que se habla en la antigua Antequera, en que se mezclan una vieja entonación española y el timbre de las lenguas indias, del zapoteco señaladamente, no importa que no se hable una sola palabra india. No sé si alguna vez fue a la tribuna, pero orador lo es desde luego, pues bien se sabe que la tierra oaxaqueña es pródiga en ellos y que los produce magníficos. Poeta y escritor también.

Julio Bustillos es modelo acabado de esos hombres que la provincia produce, espejo de ciudadanos, para quienes la soledad, la lejanía de la capital de la República, lleva a buscar la compañía de los libros, más provechosa que la de los hombres. Autodidactos de la mejor ley, labran una formación literaria, o escriben la historia de su provincia, o se consagran a la enseñanza. Gozan de un ocio que no dan las grandes ciudades, de una soledad dichosa, de ésa que proporciona la cercanía de los buenos libros. Como lo dijo otro oaxaqueño, José Antonio Gay, viviendo en el retiro y en el aislamiento de los hombres, es sin embargo posible gozar de amena y sabia conversación, siempre que se tiene buen ánimo para tratar amistad con los libros. Y guiado por tamaña sabiduría, escribió su *Historia de Oaxaca*. No de otra manera don Julio Bustillos logró acumular los conocimientos

que le permiten enseñar todas las materias, moverse entre muchas disciplinas sin dificultad y transmitir a la juventud oaxaqueña, a lo largo de muchos años, el ejemplo de su vida y el saber que sólo lo es verdadero si se comparte.

¿Cuántos años tiene Julio Bustillos? Lo ignoro, pero es avanzada su edad, aunque su último abril está lejano, para dicha del magisterio de su pueblo. ¿Cuántos años lleva de enseñar, de ejercer la judicatura, de participar en la política? Lleva muchos, pero ahí está, aferrado al banquillo del maestro de escuela, sentado en el sillón del juez, dictando buenas sentencias. Los años van y vienen y siempre que nos detenemos en la ciudad de Oaxaca lo encontramos en alguna tertulia, en alguna mesa de café, en el parque poblado de trinos y de ecos, que Bustillos, hombre bueno y sabio, le place escuchar.

Ahora, dentro de unas cuantas horas, volveremos a verlo y a renovar ante su ejemplo y su presencia la promesa de amar a nuestro pueblo como Julio Bustillos lo hace: con lucidez, con pasión y sin treguas ni desfallecimientos.

29 de enero de 1967

Poema inédito de Barba-Jacob

Estos han sido meses, o días, de recordaciones, de aniversarios, de efemérides literarias. En el pasado mes de enero, México conmemoró el centenario del nacimiento de Rubén Darío, en un acto público que presidió don Gustavo Díaz Ordaz, primer magistrado de la nación. No sólo eso, que pudiera confundirse con una cortesía entre los pueblos, por algunos; sino que instituciones no oficiales, organismos culturales, ateneos, grupos literarios de toda índole, manifestaron su admiración por el cantor de Nicaragua. Sobre su vida y su obra se publicaron multitud de artículos, ensayos, semblanzas, opiniones, antologías poéticas. No faltaron los libros. Uno habrá que recordar: el que publicó Jaime Torres Bodet: *Rubén Darío. Abismo y cima*, tan lleno de cosas novedosas, cuando se creía que ya todo estaba dicho acerca de poeta y obra.

No podía ser de otra manera. Rubén Darío amó a México como amó a la América toda. Tuvo amigos mexicanos desde niño hasta hombre. A muchos menciona, siempre con palabras preñadas de calor humano. Uno de sus dolores fue no haber llegado a México en 1910, cuando el centenario del Grito de Dolores. El empeño de todos por relevarlo de aquel contratiempo no bastó para que

el poeta recordara con tristeza el fracasado viaje a México. De ello todavía nos dolemos. En los homenajes que acaban de rendírsele algo de todo eso palpita, se manifiesta con un recato que no logra anular la pena que aún nos causa.

Sí, estos han sido días de recordaciones... y de olvidos. El 14 de enero de 1942 murió en esta ciudad Porfirio Barba-Jacob, nacido en Colombia Miguel Ángel Osorio Benítez, y, sucesivamente Main Jiménez y Ricardo Arenales, nombre con que lo incluye una de las más rigurosas antologías mexicanas, como un poeta que fuera nuestro. La fecha pasó inadvertida, o casi, pues es cierto que alguno lo recordó. ¿Por qué si Barba-Jacob escribió aquí la mayor parte de su obra, fundó periódicos, se mezcló en nuestra vida, a veces al lado de las mayorías y con frecuencia contra ellos? Como cualquier mexicano de otros tiempos peligró, fue expulsado, pero cuando pudo volvió, imantado por México, al que consideraba su patria espiritual, “ámbito de mis canciones”. De sus canciones y elegías, título de sus hermosos libros.

¿Hay mexicano que teniendo relación con las letras, con la inteligencia mexicana, desconozca, o no haya oído, alguna vez, su *Canción de la vida profunda*? No lo hay. Es un canto, una queja, un grito, que tiene mucho de nosotros, es decir, de todos los hombres. Olvidamos la fecha en que se cumplió un cuarto de siglo de su muerte, pero cualquier día es propicio para recordarlo, como lo hacemos ahora. Como lo ha hecho hace unos cuantos días Guillermo Ochoa, en un artículo de periódico. Pese a su condición de artículo periodístico, el autor supera el tono de la colaboración diaria –que debe ser sencillo, escrito para todos, sin mayores recursos literarios– y nos regala una crónica muy sentida, muy vívida de la vida, pasión y muerte del poeta colombiano. Pero hace más: rescata, salva un poema de Barba-Jacob y el capullo de uno que no llegó a flor. El poema, inédito, es el siguiente: *El hijo de mi amor, mi único hijo / lo engendré sin mujer y es hijo mío; / me escribe a la distancia; estoy tan triste; / me faltas tú. Te miro en el esfuerzo / por mí, por ti, por el retorno del polluelo a su sombra familiar; / no tengo un pan ni un techo que me cubra: / hoy habito en los muros de la mar.*

El que sólo quedó enunciado, el botón que no llegó a abrirse, se reduce a dos líneas: a un breve pensamiento: *Tú eres la acción, el rapto, la energía / yo soy la molicie delicada...*

Agréguelo, lector, a los *Poemas intemporales* de Barba-Jacob, a quien ahora quisimos recordar, al mismo tiempo que a Darío, su vago hermano.

El libro de los madrigales

No obstante haberse publicado hace relativamente pocos años —1929— una de las piezas más difíciles de alcanzar es *El libro de los madrigales* por Efrén N. Mata. No se trata de una obra original, propia del autor, sino de una antología en la que aparecen dos madrigales suyos. “El haz de rosas” aparece prologado por Juan B. Delgado, de quien se consignan también cinco composiciones. Los poetas congregados son en número de treinta: hispanoamericanos y españoles, desde Gutierre de Cetina y Baltasar de Alcázar hasta Rubén Darío y José Martí y Julián del Casal. Antes y después de estos nombres, otros de parecido linaje.

El madrigal, por excelencia, el de Gutierre de Cetina, da razón y motivo al florilegio compuesto por Efrén N. Mata. Del precioso ejemplar se dan varias versiones y algunas glosas; algunas, digo, porque el de unos ojos claros, serenos, de dulce mirar, ha inspirado muchas, así como ha padecido y gozado retoques. ¿Me perdona el lector que recuerde aquí que yo soy autor de una de esas versiones, más por haberlo memorizado mal por carencia del español, que por deliberado propósito?

Por su contenido, a la vez que por condición de pieza rarísima, *El libro de los madrigales* es un verdadero tesoro. Algunas de las flores que reúne son dechado de perfección, aroma y matiz. Pudiera ser también que más de una no llegara a formar parte del libro, aunque no se hubiera escrito especialmente para este búcaro o florero. No lo puedo decidir ahora, pero algunos de esos madrigales no los recuerdo en los libros de los autores aquí congregados.

Y éste es el caso de los seis de que es autor Enrique Fernández Granados. Desde luego no se encuentran en sus libros más conocidos: *Mirtos* (1889), *Margaritas* (1891), y *Mirtos y Margaritas* (1894), y en la edición que puede considerarse definitiva de *Mirtos* (1915). En la *Antología* de Genaro Estrada (1916), se anuncia como en preparación un nuevo libro de Fernández Granados, *Madrigales*, pero ¿llegó a publicarse? Una de sus traducciones, de Pasquale Papa, titulado así, *Madrigales* (1899), edición de cien ejemplares, es ahora imposible no sólo de conseguir, sino también de consultar. ¿De dónde, pues, los tomó Efrén N. Mata? Si no estuvieran en volumen, valdría la pena darlos a conocer, para que entren a formar parte de su obra, ya de por sí escasa, ahora que se aproxima el centenario de la muerte de Enrique Fernández Granados. Si los *Madrigales* de que habla Estrada como en preparación aparecieron, será como todos los

del autor, muy breve, libro de contadas páginas y, en ese caso, no significaría un gran esfuerzo editarlo. La hermosura de los seis madrigales lo justificaría todo. De ellos reproduzco enseguida el IV.

Del sol la última lumbre, / como extendida alfombra, / cubrió la excelsa cumbre / y la invadió de sombra. / ¡Bella luz increada / y eterna! Claro día / en que me hirió de amor una mirada / que esplende en el jardín del alma mía / La sombra con felino paso a él viene / y en el umbral, medrosa, se detiene... / ¡Bella luz increada / y eterna! / ¡De los ojos de mi amada!

19 de febrero de 1967

Clásico español, nacido en América

Ya he dicho en otras ocasiones, y a esta *Alacena* hemos traído la cuestión más de una vez, que mucho hay todavía que decir y descubrir en torno a las principales figuras de las letras mexicanas: las del ayer remoto y las del pasado inmediato. Uno de esos autores es Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, acerca de cuya obra aún no acabamos de ponernos de acuerdo. Todavía, por ejemplo, se sigue diciendo que nació en la Ciudad de México, y eso por los autores de textos escolares. Si eso ocurre con lo que está documentalmente fundado, ¿qué esperar de lo que es interpretación, exégesis, teoría, tesis, sobre su obra y su nacionalidad? Por eso el empeño y afán, que no encuentro vanos, de reunir el material que permita alguna vez dilucidar y elucidar en definitiva esta cuestión. Una primera estación, un primer hito del asunto, lo señala la famosa conferencia de Pedro Henríquez Ureña, hace más de medio siglo. Aceptada de inmediato, muy pronto comenzó a discutirse, a limitarse, y finalmente, a negarse rotundamente. Todavía quedan –y algunos muy ilustres– los que la afirman, o mejor dicho, la reafirman. Pero en el bando contrario no faltan los que, igualmente ilustres, se oponen, contraponen, a la tesis de Henríquez Ureña. Todos los contendientes aportan a favor de su tesis nuevas informaciones, reflexiones nuevas que las apoyan. El hecho escueto es que la discusión no ha cesado.

Hace algunos años –en 1954– la Editorial Sudamericana de Buenos Aires publicó un libro de Valentín de Pedro: *América en las letras españolas del Siglo de Oro*, rico en noticias, en divagaciones, en sugerencias, que es condición de

los buenos libros. No recuerdo si algún comentario suscitó entre nosotros; de mí sé decir que me propuse traerlo a esta *Alacena*, como tres años antes traje algunas líneas de Lope contra Ruiz de Alarcón, contenidas en un libro de Enrambasaguas: *Cardos en el jardín de Lope*. Pero el libro se me fue de las manos, se me escondió en este depósito de libros que yo, por una licencia que se diría poética, o más bien violentando el lenguaje, llamo mi “biblioteca”.

Pero ayer volvió a mis manos. Y lo primero que hice fue localizar las referencias de Valentín de Pedro, a nuestro traído y llevado contrahecho, así en la figura como en la fama, Ruiz de Alarcón.

Lo cuenta entre los nueve ingenios que colaboraron en la redacción de *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza*, escrita a la manera del *Arauco domado*, de Pedro de Oña: para honrar y glorificar a Hurtado de Mendoza. El adjetivo –ingenio– se aplica sin regateos, al igual que a los otros que recuerda: Guillén de Castro, Mira de Amescua, Vélez de Guevara.

El capítulo x, “La sugestión de la Corte en don Juan Ruiz de Alarcón y el acento mexicano de su obra”, está dedicado a estudiar el tema que enuncia y anuncia. Clásico español, nacido en América, lo llama. Cuando se embarca para España ya está formado; su alma, como arcilla blanda y virgen, lleva las huellas de su tierra de origen.

Pero... Todo hacía suponer –dice V de P– que aquel singular mexicano llevaría a la escena madrileña algo nuevo: el mundo al cual sus ojos se abrieron a la luz y que ha podido contemplar largamente. Nada de eso, sin embargo. Y si asombra la poca resonancia que tienen el descubrimiento y conquista de América en la obra de los grandes ingenios españoles de los Siglos de Oro, crece de punto ese asombro si reparamos en don Ruiz de Alarcón, que muy bien puede contarse entre ellos y que ha nacido en el Nuevo Mundo. Ninguna de las obras que escribió se desarrolla en aquel suelo. Todas sus comedias de costumbres y caracteres transcurren en Madrid y en otros lugares de España, comenzando con *La verdad sospechosa*, “donde culminan sus excelsas cualidades de dramaturgo”. Sus producciones de carácter histórico o moral, las sitúa en Creta, en Bohemia, en Milán, en Sicilia, en la propia España; jamás en México. Las alusiones a su patria son escasas y rápidas. De Pedro señala algunas.

Pudo Ruiz de Alarcón haber levantado ese otro mundo, ese otro Nuevo Mundo, en el que alentaba un misterio poético muy a propósito para el alumbramiento de las grandes creaciones dramáticas. Pudo, como lo hizo Lope con el mundo típicamente español y tradicional. Pero hubiera sido preciso para

esto que Ruiz de Alarcón poseyera el genio poético de Lope, viene a decir Valentín de Pedro.

26 de febrero de 1967

Árbol hermoso y bienhechor

Crece en tierras del Istmo, como en otras partes de México, un árbol precioso, corpulento, de tronco arrugado, lleno de músculos, de espolones, que tras de subir recto se abre en un abundante ramaje. Los antiguos mexicanos lo deificaron por estas razones que creo: lo relacionaban con fuego, por producirlo, fro-tando sus espinas, batiendo con sus espinas un fragmento de su propio tronco pulverizado; también, acaso, por su corpulencia, lo que le daba una categoría de fuerza de la naturaleza, que eso debió ser. No es extraño que los indios pensaran que atraían al rayo, la descarga eléctrica, con lo que otra vez se relacionaba con el fuego. Un rey antiguo lo llevaba en su nombre: *Tlotzin Pochotl*.

No hay lengua indígena en que no tenga nombre, y en que no esté relacionado con algún mito, con alguna leyenda, fábula que lo convierta en un ser extraordinario, envuelto en tules de misterio. En zapoteco se le llama *biongo*, cuyo verdadero significado no alcanzo, pero que es algo así como musculoso, el músculo sartorio, pues así llaman los zapotecas a algunas partes de las aves: el muslo, señaladamente. Su otro nombre en esa lengua es *pombo*. En el español del Istmo, o así llamado por mí, se llama *pochote* o *pochota*, al igual que en otras regiones hasta Centroamérica. Hay una gran variedad de ceibas, o seiba, o zeibo, todas de singular corpulencia y siempre hermosas. Las hay de tronco verde y liso, del que se obtiene algodón para almohadas. La hay más en el campo que en los pueblos, al revés de lo que ocurre con la ceiba corpulenta —ésa a que aludimos al principio.

Árbol hermoso y bienhechor es la ceiba. Una vez por año se queda sin hojas, cuando viene la inflorescencia; se cubre entonces de capullos. La flor reúne dos colores, tenuemente: el rosa y el amarillo. La flor, como debe, dura unos días. Cuando los pétalos comienzan a caer, se diría que la pochota, o ceiba, o pochote, produce una sombra rosada, grata a los ojos. En el campo, de estas flores se nutre el venado, pues coincide su florecimiento con la canícula, que es cuando el campesino quema sus campos.

En los patios de las casas del Istmo –en Tehuantepec, en Juchitán, en Ixhuatán– se puede encontrar la ceiba al lado del frambollán o *flambo yant*, ese arbolito que cuando se cubre de flores parece que se está quemando, que está en llamas. Tal vez ya no lo recuerde, pero el indio zapoteca sabe que la ceiba lo protege no sólo con su sombra, sino con la fuerza y seguridad que trasciende de sus ramajes y su tronco; que de la antigüedad más remota le viene un parentesco con árbol así de misterioso, así de lindo. ¿Qué dice cuando cubierto de hojas se puebla de rumores, de voces que ya nadie sabe traducir, pero que es música para los oídos? Tiende la ceiba sus brazos y bajo su sombra caben la casa, el corral, los animales domésticos. El indio, aunque no lo pueda decir, aunque no siempre se dé cuenta cabal de todo, se siente seguro con su vecindad, con su hermandad.

En todo eso pensaba el día en que se puso la primera piedra de la escuela “Margarita Maza de Juárez” de la población de Ixtaltepec, antes Iztactepetl: cerro blanco. Hay, en un ángulo del terreno, una ceiba corpulenta. Y ese día 21 de marzo, día que tiene algo de sagrado, estaba sin hojas, sin flores, cubierta de capullos. Yo, que estaba presente en el acto, supliqué a arquitectos, albañiles, al pueblo entero, que la conservaran para que otra vez, como una gigante matrona, como una vieja diosa, protegiera a los niños. Cuando se tuvo la felicísima ocurrencia de llamar a la escuela con el nombre de otra gran matrona, otra mujer fuerte, quedó asegurada la buena estrella con la que la escuela del pueblo va a trabajar: la protección de un árbol y de una mujer, a las que nada abate: ni las tempestades ni los soles; ni la racha suave, ni la racha huracanada. Así la niñez de Ixtaltepec está segura, protegida por dos sombras: la de Margarita Maza de Juárez y la del ceibo, su viejo, su remoto abuelo.

5 de marzo de 1967

Guillermo Jiménez, escritor

Hace algún tiempo que no me encuentro con Guillermo Jiménez. Pero me recompensó de ello releýendolo. En efecto, en los últimos tiempos he vuelto a *Constanza*, aquella preciosa miniatura materna. Unas bellas páginas que han ayudado a nacer otras, igualmente hermosas, de José Rubén Romero: *Imagen de una mujer*. ¿Tuvo algo que ver en la redacción de *El retrato de mi madre*? Creo

que no, pues, aunque ya conocía *Constanza*, no recuerdo que su imagen haya acudido a mi memoria mientras lo escribí. En cambio, creo que Constanza y Martina están presentes en el retrato materno de José Rubén Romero.

Yo tengo una costumbre un poco extraña. Consiste en tomar al azar un libro, en la oscuridad. Así ocurrió anoche. Y el libro fue *Zapotlán*, crónica, narración de una ciudad, por Guillermo Jiménez. ¿Cuándo leí este librito encantador? Cuando apareció en 1940, ahora cerca de veintisiete años. Escrito en la plenitud del oficio literario de Guillermo Jiménez, el de cronista, principalmente. Se trata de una evocación de una ciudad, pero no está escrita a la manera de algunas crónicas del tiempo viejo, con lo que sería una nostalgia del pasado; no acumula arcaísmos, no se complace en acercar al presente sucesos que fueron para endulzar penas de hoy; nada de eso. Jiménez no cree que todo tiempo pasado fue mejor. *Zapotlán* está escrita para contar que forma parte viva, actual, de la vida del autor; para ejercitar la pluma, echar a andar el recuerdo, gozar otra vez de cosas que fueron y que siguen siendo. No es un libro a la manera de los que escribieron los colonialistas de los años veinte. Ni cerca de Artemio de Valle-Arizpe, digamos. *Zapotlán* es el libro de un escritor, de un poeta, de un cronista largamente ejercitado en referir cosas, como quien no quiere la cosa. Poca atención a las fechas, al dato preciso; escasa fidelidad a la verdad que diríamos histórica. Jiménez prefiere la fidelidad a la emoción, que a la larga es más perdurable que la deleznable verdad de las fechas y de los hechos.

Se trata de algo que es a un tiempo relato, cuento, novela, crónica. Un pretexto para divagar, para darle ocasión a la fantasía y a la imaginación a que desplieguen sus alas y vuelen, y traspongan montes y horizontes, y se pierdan en la lejanía, en los azules confines.

Cosas que vio de niño, de adolescente, de hombrecito. Y que le ayudaron a vivir, que fueron el alimento sin el cual no se vive de veras. Del asunto –narrar Zapotlán– se aparta con frecuencia, para hacer incursiones por otros campos: el de la vida personal y la ajena. Por eso, el librito incluye de cuando en cuando breves semblanzas, rápidos perfiles de personajes a quienes conoció, y a quienes trata con pluma llena de ternura, de comprensión, de simpatía humana.

¿Qué se hace Guillermo Jiménez? Es seguro que escribe, porque para el escritor verdadero escribir es como respirar: es un acto que podría decirse fisiológico. Otra cosa es que no publique, que se recate en su casa, con su mujer y sus libros, como quería Juan Ramón. Pero dejar de escribir, de leer, de conversar, de recordar, como no depende en absoluto de él, no puede evitarlo.

¿Estará redactando unas memorias, unos recuerdos? Pudiera ser. *Constanza* y *Zapotlán* tienen mucho de eso. Y si lo hizo cuando joven, ¿cómo no hacerlo ahora que el sol, traspuesto el cenit, inclina su esplendor? Sabe hacerlo, hasta los bordes está su copa de miel; tiene más de aquellos años que dijo Benvenuto Cellini, ha recorrido el mundo, ha tratado a hombres y mujeres de todas las latitudes. Es, por tanto, hora de contar la aventura que es haber venido al mundo. Lo contrario sería lo extraño.

Danos, Guillermo Jiménez, otro libro que tenga la belleza y la delicadeza de *Constanza*, y la tersura y la fuerza evocativa de *Zapotlán*. Pluma no te falta, corazón y razón te sobran. Si todavía no, ahora es tiempo de comenzar.

12 de marzo de 1967

Influjo de Azorín

Ahora que ha muerto Azorín quizás puede verse lo que la literatura mexicana le debe. De hecho ya ha comenzado a verse. Algunos periódicos han publicado entrevistas con escritores mexicanos, principalmente con los más jóvenes, acerca de esa cuestión. Por ellas se advierte que lo conocen a medias, casi de oídas, o como de paso; alguna referencia, alguna página, o cuando más alguno de sus libros. Uno solo, Carlos Monsiváis, manifiesta desde la primera línea de la entrevista, que le es familiar, que lo frecuentó. Qué haya dicho de Azorín es secundario. Lo importante es que lo conocía. El caso de Monsiváis no ha de ser el único. Muchos otros escritores habrá que conozcan la obra del pequeño filósofo español —así se complacía en llamarse. Ahora recuerdo que *La calle del fuego* por Emma Dolujanoff, se inicia con una referencia al estilo de Azorín, modelo en la clase de literatura. También viene a mi memoria que uno de nuestros más ilustres escritores —historiador y sociólogo él, Daniel Cosío Villegas—, cuando aún no encontraba su verdadero camino y recorrió con singular talento mucho trecho de todos, escribió un pequeño, primoroso libro, muy a la manera de Azorín: *Miniaturas mexicanas*, inspiradas en personas, obras, cosas, paisajes, muy a la manera de José Martínez Ruiz, digo, Azorín. Estampas rápidas, breves, trazadas con sencillez, yendo al grano y poniendo de un lado la paja. Escritas con llaneza, que es como quería Cervantes que se hicieran las cosas, y como Azorín las hizo. Muy a la manera del autor de *Los hidalgos*, luego

refundido en *El alma castellana*; palabra que así es *Miniaturas* de Daniel Cosío Villegas. Una de las secciones del libro, “Viajes”, está dedicada, justamente, “A Azorín, el hombre de los viajes”. Las otras dos –“Paisajes” y “Teorías”– lo están a Juan Ramón Jiménez y a Pedro Henríquez Ureña, hombre de estampas el uno y de teorías el otro. Si me equivoco en el orden, tú me perdonarás, lector. Al cabo lo que yo quiero es ir recordando a Antonio Azorín al correr de la pluma, de la máquina, que diga.

Pero tal vez lo mejor fuera que cada uno contara lo que le debe a Azorín, refiera las circunstancias en que sus libros llegaron a sus manos, las enseñanzas que de ellos obtuvo. Alfredo Maillfert, otro discípulo del escritor español, lo hizo en *Los libros que leí; ¿fue allí, o en Laudanza de Michoacán, o en Ancla en el tiempo*, Antonio Acevedo Escobedo? Sea donde fuere, lo importante es que el malogrado Maillfert leyó extensamente a Azorín y contó las delicias del viaje por sus libros.

Déjame ahora, lector, contar cómo ocurrió el encuentro con el autor de *La voluntad*. Ya lo he dicho en el *Discurso académico*. Ocurrió que entre los libros que Pedro Henríquez Ureña heredó a Manuel Rodríguez Lozano cuando se fue de México, y que luego el pintor puso en mis manos, estaban, entre otras igualmente selectas, dos obras de Azorín: uno, *Los hidalgos*, todavía firmado por J. Martínez Ruiz (Madrid, 1900), y otro, *Antonio Azorín, Pequeño libro en que se habla de la vida de este peregrino señor* (Madrid, 1913). “A lo lejos una torrentera rojiza...”. Aquí me detuve, ¿qué quiere decir *torrentera*? Y ésa debe ser la primera consulta que hice al Diccionario en mi vida. Significado fácil, obvio –cauce de un torrente–, ¿pero cómo iba a saberlo si apenas acababa de llegar de Juchitán?

No diré que leí los dos libros, sino que los devoré. Luego, y desde entonces, frecuenté las obras del pequeño filósofo. No es una manera de jactancia, pero te digo, lector, que tengo en casa cerca de cuarenta títulos suyos. Te digo más: José Antonio Fernández de Castro –un cubano que nos amó y supo de nosotros más que muchos mexicanos– y yo formamos durante largos años una antología de Azorín, no de sus obras, sino de sus artículos de periódico olvidados, acaso por el mismo autor. Lástima que se haya perdido cuando fue a parar a manos de un hijo suyo, que no tenía por qué saber nada de estas cosas.

Pero, a ver, ¿qué le debo a Azorín? Le debo descubrir que así como él era de España, yo era de México, y a éste y a sus valores me debía; que se puede conocer el mundo entero y recorrerlo, con tal de venir a recalar a puerto propio.

Pero la más grande enseñanza que no logré aprender, sería: escribir llanamente, como se siente, como las cosas van ocurriendo, con tal de que antes estén puestas en claro en corazón y cabeza. Estilo oscuro, pensamiento oscuro, dijo. Y, a la vuelta de cuarenta años, todavía en esas andamos...

19 de marzo de 1967

¿Olvido de Félix Martínez Dolz, poeta oaxaqueño?

Me cuentan que un pariente del poeta oaxaqueño Félix Martínez Dolz se queja, en algún periódico de la ciudad de Oaxaca, de que yo no lo haya mencionado en la conferencia que hace un mes dicté dentro de unos Cursos de Invierno organizados por la Universidad “Benito Juárez” y por don Eduardo Bustamante y don Jorge L. Tamayo. Ignoro si la persona de que se trata sea hijo o sobrino del poeta. De lo que estoy seguro es que no asistió a la charla. De haber asistido sabría que no mencioné a ningún poeta que no fuera Patricio Oliveros, de quien leí el soneto inspirado en León XIII. Si a alguno de ellos recordara, sería del siglo pasado; tal vez a Santaella, pero de quien no leí nada.

Considero una aberración dejar a las gentes en el error. Creo que es obligación nuestra, si en cierta manera es uno responsable, relevar a las gentes de una pena, de una queja, sobre todo cuando no tienen fundamento. Eso es lo que lleva a escribir esta *Alacena*, con la esperanza de que la lea el pariente de Félix Martínez Dolz.

Ningún desdén por el poeta; sino por el contrario una gran estimación literaria, un gran afecto. Sino que los artículos de periódico se leen escasamente en la provincia. De no ser así, el pariente del poeta oaxaqueño estaría enterado que hace algunos años escribí una *Alacena* inspirada en su pariente —padre, tío. Allí conté que no pasaba por Oaxaca sin asomarme a su librería, para saludarlo, para conversar con él acerca del pasado oaxaqueño; para adquirir, cuando la ocasión era propicia, algo de la bibliografía local. Intenté en el mismo artículo situarlo en la literatura nacional, no sólo provinciana. Transcribí casi seguramente la opinión de los críticos y de los historiadores de nuestras letras, favorables a Martínez Dolz y que, según me cuentan, ha recordado el pariente suyo en la queja publicada en uno de los periódicos de la capital oaxaqueña.

Pero hay algo más. Yo preparo, o mejor dicho, he preparado una selección de poesía a la que he puesto por título *Nueva Musa Oaxaqueña*, recordando la antología que a fines del siglo pasado publicó Emilio Rabasa. Ese florilegio, ramillete o antología comprende una docena de poetas que yo considero dignos de permanente recuerdo. Entre ellos ocupa un lugar Félix Martínez Dolz. ¿De dónde, pues, esa queja de que lo olvidé, o lo que es peor, que lo ignoro o que le niego toda categoría que permita incluirlo en un florilegio? Todo eso viene, perdónemelo el joven Martínez Dolz, de no estar suficientemente enterado de las cosas que se refieren a su ilustre antecesor. Pero no tiene la culpa. Porque entre los que ejercen el periodismo, los que enseñan en las escuelas, los que están pendientes de los achaques bibliográficos, cometen errores. Críticos literarios, o así llamados, escriben sobre cosas que no conocen del todo. Porque así son estas cosas. Se escribe al ritmo y golpe de la pluma; acosado por el ente diabólico de la urgencia; por ganar un salario. Ya es mucho que los artículos registren una nota de información justa y correcta; una palabra hermosa, un párrafo decoroso. Cuando, superando todas estas circunstancias, se logra una hermosa página, estamos en presencia de los verdaderos genios literarios, tan escasos. México los ha tenido: Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina, y antes Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, Vicente Riva Palacio. Pero fueron excepción. Los tiene en nuestros días, pero no mencionaremos a ninguno, por temor de que aquel a quien callemos y se sienta entre los llamados, nos lo reclame.

En la *Nueva Musa Oaxaqueña*, número 5, de los *Bibliófilos Oaxaqueños*, una serie que he iniciado, está el nombre de Félix Martínez Dolz. Y si encuentro esa *Alacena* que le dediqué hace algunos años, allí se reproducirá para que conste desde cuándo admiro y considero al poeta Félix Martínez Dolz, cuya memoria ni remotamente agravié en la conferencia de Oaxaca, de hace escaso un mes.

26 de marzo de 1967

El libro, artículo de primera necesidad

Mientras el libro no sea considerado como artículo de primera necesidad, el alfabeto que con tanto ahínco y sacrificio se da al pueblo mexicano no rendirá todos sus frutos. Enseñarle a leer para luego no darle los medios para que pue-

da ejercitar la lectura será algo frustráneo, será algo “por gana” o “por ganas”, como diría *El Pensador*, a quien ya tanto preocuparon estas cosas.

El libro es uno de los artículos más caros; su venta es algo en que ninguna ley opera, ningún reglamento existe para moderar los precios. Quien lo dude, no haga otra cosa que comparar los catálogos de las librerías, las de aquí y las de afuera. No se trata de que este o aquel librero sepan más, conozcan más la bibliografía nacional, sea más largo su trato con la compra y venta de bibliotecas. No. Nada de eso. Los precios se fijan al azar, de acuerdo con un criterio personal, no importa que mucho tenga de aberrante. Claro que existe la posibilidad de conseguir una verdadera joya bibliográfica por unos cuantos centavos, pero eso es excepción.

Pongamos un ejemplo de algo ocurrido ayer, no más. Adquirí las *Poesías de un mexicano*, 2 tomos (Nueva York, En Casa de Lanuza, Mendía y C., 1828), en la décima parte del precio con que aparece en un catálogo de hace cinco años: la cantidad, 2 400 pesos. El lector se preguntará con toda razón cómo puede ocurrir eso. La misma pregunta nos hacemos, pero así sucede.

La obra, ciertamente, es rara, pero el autor —Anastasio de Ochoa y Acuña— era un poeta menor. Marcelino Menéndez y Pelayo prefirió juzgarlo como humanista, antes que como cantor. ¿Qué militaba a favor del libro para que alcanzara tan alto precio? Debo decir, además, que el librero que vendió la obra conocía el catálogo de referencia, pero encontró que el precio que se le había fijado era exorbitante: que al librero se le había ido la mano al valuarlo.

La industria librera cuenta con muchas prerrogativas, con facilidades y con dispensa de impuestos. El gobierno de la República ha querido, al dictar esas medidas, que el libro no aumente su costo, que la industria prospere, que los que trabajan en ese ramo ganen legítimamente, pero que sus ganancias no repercutan en la economía del pueblo desfavorablemente. Sin embargo, todos sabemos que los libros alcanzan muy altos precios, cualquiera que sea su índole: el libro de texto como el de amena literatura; el ilustrado como el que carece de todo adorno; el que está en buen papel como el que lo está en corriente; todos, absolutamente todos los libros alcanzan precios que llegan a ser prohibitivos.

Salvo excepciones, el escritor no vive de su pluma. De su pluma agoniza, como dijo cierta vez Rodolfo Usigli. Es tarea de niños y de locos la literatura, escribió desesperado Juan Díaz Covarrubias. Es llorar, si se hace en el Madrid de Mariano José de Larra. Es tarea ingrata y sin aplausos, dijo Altamirano.

Más tristezas que alegrías produce, clamó Juan de Dios Peza. Más espinas que pétalos, tiene.

Parodiando aquella desoladora frase de Melchor Ocampo, referida a los soldados que en su tiempo estaban por encima de los maestros, podemos preguntarnos a cien años de distancia: ¿hasta cuándo el hombre que vende el libro ha de estar por encima del que lo escribe?

¿Cuál es el camino para combatir esta situación? Lo ignoro, pero lo habrá. ¿Es cuestión reservada al gobierno? Pudiera ser. De todas suertes es algo que repercute negativamente en el pueblo mexicano. Al que con tantos sacrificios se alfabetiza. Y ahora este doloroso recuerdo. Un orador indio dijo una vez, el machete al hombro y los huaraches en la mano, en una asamblea campesina: Yo sé leer –dijo–. A veces salgo a la puerta de mi jacal y leo en voz alta a mis hijos. pero luego pienso que la familia carece de vestidos, de pan, de jabón, de agua. ¿Cómo cambiar ese libro por otro? Y en ese momento adiós la “leyenda”, concluyó con infinita tristeza.

2 de abril de 1967

Versos desconocidos de *La Llorona*

Llego a un pueblo a la medianoche, sin ser esperado. En algún lugar se celebra un baile, una fiesta. Me lo dice el eco de esos sonos que desde hace largo rato vengo oyendo. A la fiesta me dirijo. En medio de la soledad, del campo abierto casi, bajo el toldo de un cielo increíblemente alto y negro, se reparten unas casitas, a las que el viento azota despiadado. Unos perros noctívagos, como aquellos de que habló el pobrecito Ibar Moncada, salen a ladrar, metiéndose materialmente entre las patas de mi caballo. Es lo que pensamos: una fiesta india, de esas que se llaman “Velas”. El salón aparece adornado con papel de colores y espejos, con árboles de plátano arrancados de cuajo, con cocos y cántaros que cuelgan del techo de la enramada. Cuando llego acaba de concluir una tanda de sonos, intervalo que aprovechan los cantadores. Al compás de las guitarras, bajo del caballo, lo amarro a un árbol y me acerco al grupo que encuentro más cerca. Un hombre del pueblo canta unas coplas, de las cien que tiene *La Llorona*. Las canta distinto a como es común oír, quiero decir, que las canta como Dios manda, sin los atropellos con que lo hacen esos cancioneros que

en menos de un cuarto de siglo acabaron con la canción popular. Su guitarra no da para mucho, sino meramente lo indispensable para el acompañamiento. Una de esas coplas es autobiográfica: la compuso un poeta refiriendo un instante de su vida. Ignora el cantor quiénes sean las dos mujeres que la copla alude y cuál la fecha en que fue compuesta. Es cierto, me digo, que cuando una copla, la letra de una canción, de alguna manera nos incluye, pasa a ser propiedad de todos, puede servir de desahogo a sentimientos de todos. El hombre canta la copla que digo con sentimiento, como si se refiriera a él, o la hubiera compuesto.

Pero no es ésa la mayor sorpresa, sino ésta otra: el indio canta una copla que a lo mejor ni sabe lo que las letras quieren decir, porque, en efecto, el español, no es su idioma. La sexteta dice así:

*En una mansión oscura
donde el silencio reinaba
al pie de una sepultura
en una inscripción estaba:
“El que amaba con ternura
con desprecio se le paga”.*

Casi no lo quería creer. ¿Cómo, me preguntaba, ignoro estos versos, si creo saber todos los de *La Llorona*? Este hombre, decía, desde luego no los ha inventado; los ha aprendido de sus abuelos, que a su vez los aprendieron de los suyos. No, estas coplas vinieron en la memoria de los soldados españoles, hace cuatro siglos; era, junto con los refranes, la única sabiduría de muchos de ellos. Y eso fue atormentar la memoria para que dijera en qué libro podría estar la preciosa copla referida. ¿En Francisco Rodríguez Marín? ¿En Antonio Machado Álvarez? No pude entonces, ni he podido después, establecerlo, aunque a decir verdad tampoco he insistido. Pero “sé” que en algún lugar están los lindos versos.

Me quedé escuchándolos largo rato. A mi petición, el cantor repitió esos versos que más me gustaron y no recordaba. Y una vez más, como lo hace Azorín con los romances, me pregunté: “¿De dónde vinieron, coplas, quién os dijo la primera vez? ¿Quién os escribió si es que alguna vez antes que hoy estuvieron escritas? ¿Quién el poeta que os compuso, con tal sabiduría y acierto sentimental que, a través de los siglos, interpretáis angustias y dolores de todos?”.

Muchos años han pasado, pero de cuando en cuando la copla regresa a mi memoria, y otra vez, como hoy, me pregunto cómo llegó a aquel remoto y huraño pueblo, al conocimiento de aquel hombre que ni sabía leer ni hablaba el español.

9 de abril de 1967

101 años

Me cuento los dedos y veo que he vivido muchos años. Nada me dice que el atardecer, que la noche se aproxima, que debo traer leña a la casa para calentarla. Si lográramos prolongar los días hasta el instante en que el hombre, la ciencia, encuentren la manera de vivir más de cien años, qué susto llevaríamos. Ayer no más me decía Griselda Álvarez que sus nietos vivirán cien años, y más de ciento. Bien lo sabe, porque está al día de cuanto el hombre piensa, hace, realiza y espera. En un libro genial que leí hace algún tiempo —*Los fuegos del hogar*, por Lawrence Wrigth— hay unas palabras que quiero recordar, ya que no citar textual, por la imposibilidad de localizarlo. Formula el autor la esperanza de que muy pronto el hombre viva con menos agobios, que le permitan multiplicar sus años. La ciencia está en camino de lograrlo, aunque a él ya no favorezcan sus hallazgos, o acaso, ni los busque y quiera. Porque hay un día, un día, como dijo el poeta... Que la posteridad se ocupe de estudiar los pequeños detalles. El autor tiene otras cosas que hacer y en qué pensar. Antes de que oscurezca del todo, irá a buscar en una carretilla, al cobertizo, una carga de leños de haya, pondrá uno en el trashoguero y arrimará los otros a los lados del ancho hogar de ladrillo para hacer frente a las exigencias de la noche. La sabiduría que ha acumulado ya no le servirá para mañana. Y ya no hay para qué insistir. Por algo la lechuza, símbolo de la sabiduría, vuela a la última luz, cuando el día termina, porque a mí nadie me quitará de la cabeza que el día, la luz, es la vida, y que la sombra, la noche, es la muerte, el fin.

Pero, dejemos estas cosas. Otra cosa es que pensemos que pueda faltarnos tiempo para atender y resolver algunas tareas que hemos venido aplazando. Es, claramente, la tarde: la hora del búho. Lo que no logramos aprender ya no lo aprenderemos. Es la hora, pues, de cumplir las promesas. Rememos, Nando, rememos.

Cuál sea lo primero es cosa difícil de decidir. ¿Contar nuestro tránsito, tal como lo entrega el tiempo, despojado de veladuras, más una mitología que una historia? Cualquier cosa, a condición de que se pueda escribir sentado, en calma, no mientras se camina, que es condición de nuestras letras. Un libro, de cualquier tamaño que sea, y cualquiera que sea su calidad, pero escrito con todas las fuerzas y capacidades. Escribirlo, eso sí, bajo techo, con alguna comodidad. Porque hasta para escribir una mala novela se requiere una mesa y una silla, ha escrito Henry Miller.

La lucha es quedarse en casa, lograr algunos minutos de paz y sosiego. Huir del mundanal ruido, que al final de cuentas sólo ensordece. Oírse a sí mismos, hasta ensordecer, que así sí vale la pena quedar sordo. Escribir y dejar de buscarse padrinos, protectores, como quiere José Agustín. Pero, ¿se puede?

Escribir un librito, en que no haya palabra de más ni palabra de menos. Uno en que no haya una sola mentira deliberada, de ésas encaminadas a engañar, de ésas que fragua la mente, y sí todas las que dé a luz la imaginación y la fantasía, únicas mentiras que a la postre son verdad. ¿Lo escribiremos? Tiempo habrá, pero, ¿de veras las herramientas de trabajo están del todo puestas para su realización? ¿No será que padecemos un espejismo, un engaño? Porque escribir es un quehacer difícil, peligroso. Como puede dar inmortalidad, da muerte repentina. No hables irreflexivamente; hablar es estar a la orilla de un precipicio, dice un refrán indio. La palabra bien dicha es eterna, pero su opuesta ni siquiera se llegó a pronunciar.

Un libro, sí, uno solo, pero que por donde se abra brote luz. Pero ahora veo que ese libro no existe. Sin embargo, vale la pena intentarlo.

La noche se acerca. El búho inclina la cabeza para oír sus pasos. La golondrina vuela a ras del suelo, como si se le hubiese caído la sombra y quisiera levantarla. No. No es bueno hablar de cosas tristes. La vida es buena y todavía le quedan muchas horas. Reiniciemos el camino a su dichoso término.

16 de abril de 1967

¿Cuándo se hará una flor de corridos mexicanos?

Fue Antonio G. Solalinde el que primero incluyó en una antología de romances un corrido mexicano, o, como decía Vicente Riva Palacio, un romance nacional. Lo hizo, según contó alguna vez, por influencia de Alfonso Reyes, a quien se lo oyó tararear. Unos años después, en 1941, José Gómez de la Serna lo recogió en *Selección de romances españoles*, como “romance mexicano”. El compilador escribe acerca del corrido, una nota que transcribo:

Durante la lectura de toda clase de romances, a los que he dedicado muchos años, me encontré hace 22 con éste, procedente de México, compuesto a fines del siglo XVIII. En él se aprecia el enorme poder de asimilación que consiguió en América este género de poesía popular (en Chile hay pruebas de ello), también la originalidad y elegante desenvoltura en la forma con que se desarrolla el asunto, sin que se encuentre la fuente originaria en qué basar su creación.

El Macario Romero de este cuento es, sin duda, un soldado español valiente y decidido que arrostra todos los peligros, incluso hasta el de jugarse la vida, con tal de ver a su *chata*, reflejándose el carácter del que no concede importancia a nada con tal de recoger una sonrisa y una mirada de su dama. La época está claramente definida, pues se nota a través del romance los primeros chispazos de la lucha por la independencia del país, que no permitían que se pudiera ir seguro por los campos y menos un soldado español.

Como nota interesante para la historia del romance español en América, se ha seleccionado éste, que si tiene algún defecto es el de su inclinación a la tendencia satírica, apartándose de la clásica marcada por los verdaderamente populares.

Muy interesantes son las apreciaciones del autor, pero ¿por qué creemos que no se ajustan a la verdad? El Corrido de Macario Romero no ha de ser de los tiempos que dice José Gómez de la Serna, postrimerías del siglo XVIII, cuando ocurren los primeros chispazos de la guerra de la independencia mexicana. Es de más tarde, acaso de mediados del siglo XIX, de los tiempos en que, por razones de acomodo social, hubo muchos alzados, muchos rebeldes al gobierno. Macario Romero es un soldado mexicano, romántico y valiente, que desobedeciendo las órdenes del capitán va a ver a su *chata*. Este corrido está en la línea de muchos otros por su tema y por su factura.

Se trata de un hecho real, inspirado en un suceso de la vida diaria, que ésa es una de las condiciones del romance español y del corrido mexicano.

¿Cuál es su procedencia? ¿Es norteño, del Bajío o de la Meseta? ¿Es del Sur, tan escaso en corridos? Algunos creen que es de Michoacán. Hasta he oído decir que el capitán Villaplata se llamaba en realidad Abraham Plata y que operó en el último cuarto del siglo pasado por la intermediaciones de Guerrero y Michoacán.

Romance español no es. De él se aparta en más de una circunstancia, que no hay por qué señalar. Corrido mexicano es típico. En la *Selección de romances españoles* (Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941), se diría que desentona un poco, no por su belleza, sino por su factura y su lenguaje. Nada de esto importa. Ni estos reparos afectan en lo esencial las consideraciones del recopilador, Gómez de la Serna. Por el contrario, aplaudimos la ocurrencia de ponerlo al lado de los más hermosos romances de España.

Y ahora esta pregunta. ¿Cuándo se hará una flor de corridos mexicanos? Material hay para hacerlo rico. Cuando se haga se verá que los bardos mexicanos los han compuesto perfectos, dignos de ponerse a la par de los mejores romances populares.

23 de abril de 1967

Lectura para mujeres

Gabriela Mistral. *Lectura para mujeres*. México, Editorial Porrúa, S.A., 1967 (“Sepan cuantos”..., núm. 68). Con ésta, el hermoso libro llega a su cuarta edición, que sepamos. La primera es de 1923, por la Secretaría de Educación, y las otras dos, del año siguiente en España, aunque una aparezca como hecha en México. Pero será lo mejor transcribir las portadas. Gabriela Mistral / *Lecturas / para / mujeres* (Una antorcha) Secretaría de Educación / Departamento Editorial. 1923 / (Marco rojo, al igual que el pequeño adorno –la antorcha– ejecutada a la manera de entonces, quizás por Roberto Montenegro) Gabriela Mistral / *Lecturas / para mujeres / Destinadas a la enseñanza / del lenguaje / Editorial “Saturnino Calleja”, S.A. / Casa fundada en 1876 / Madrid. Gabriela*

*Henestrosa publicó, diez años después, la anhelada *Espuma y Flor de Corridos Mexicanos*, Selección, prólogo y notas, México, Porrúa, 1977.

Mistral / *Lecturas para mujeres* / Destinadas a la enseñanza del / lenguaje / (El escudo mexicano del siglo pasado: de frente y con gorro frigio) México / 1924 / Los pedidos a la autora: / Escuela-Hogar / Gabriela Mistral / Aunque hechas en distintas imprentas –Tipografía Artística-Alameda, 12.-Madrid y Tipografía Moderna. –Madrid–, coinciden en todo lo demás: igual número de páginas, idéntica tipografía, índice de materias y onomástico, de éste carece la edición mexicana; salvo que la tercera está en papel ligeramente más fino y carece de la pasta original –la figura de una mujer, muy estilizada, a colores– se puede decir que son idénticas.

A más de cuatro décadas de distancia, ya sólo de cuando en cuando se puede dar con la edición de México; con las otras dos es casi imposible. Y es que las lecturas preparadas por Gabriela, con tanto amor como sabiduría, tuvieron una aceptación inmediata, no sólo entre las mujeres a quienes estaban destinadas, sino entre varones de todas las edades: desde que Amado Nervo preparó sus *lecturas literarias* no se había dado acierto igual. No olvido, por ejemplo, algún libro de Gregorio Torres Quintero, pero ése tenía otra intención. Gabriela estaba en los tiempos en que recopiló las *Lecturas* en una primera cúspide de su gloria, de sus entusiasmos, de su condición genial, que Vasconcelos, el Ministro de Educación que las promovió, proclamó ruidosamente, con la natural alarma y disgusto de algunos. Un libro hecho febrilmente, mientras la autora enseña, recorre el país, se adentra en él, al mismo tiempo que se deja penetrar de sus gentes, paisaje, historia, y que ya no olvidará jamás, pese a los malos ratos que le vinieron por su condición de extranjera, casi de intrusa con que algunos la quisieron ofender, cosa no nueva aquí y en todas partes, aunque más aquí. ¿No le echaron en cara a Rafael Barret hasta la mandioca que más pronto lo mató?

La edición de *Lecturas para mujeres* que ahora acaba de hacer la Editorial Porrúa se enriquece con un magnífico ensayo de Palma Guillén de Nicolau, una jovencita que cuando Gabriela llegó a México –1922– la recibió en Veracruz, la acompañó por todas partes y llegó a ser su amiga más cercana. Un ensayo escrito con admiración, sabiendo de memoria la obra de la gran poetisa y escritora; como testigo que fue de aquel otro espectáculo americano. Con mano firme, segura, eficaz, reconstruye Palma Guillén aquellos días con razón llamados “de José Vasconcelos”.

Lecturas para mujeres, pero también para todos, de cualquier edad y sexo. La edición mexicana, digo la que hizo Educación, se ilustra con delicados

dibujos, grabados, viñetas, que tanto ayudan aun al lector más preparado; no olvidar que nuestras letras fueron en sus orígenes pictóricas y que no hay lector mexicano que no lea dos veces los libros ilustrados.

Gran libro, obra de una maestra y de una artista non. Cinco lustros después, devuelven estas lecturas a días ya muy lejanos, pero, por eso, dulces, plenos, de luz, de luminosas esperanzas. Dichoso quien ahora lo tenga por primera vez en sus manos, si joven.

30 de abril de 1967

Evocación de *El Abate*

Ha muerto un gran conocedor de las letras mexicanas y sabio cultor suyo: ha muerto José María González de Mendoza, apodado *El Abate*. Ha muerto de muchos años, pero cuando nadie lo esperaba y a la hora en que estaba en la plenitud de todos sus dones humanos e intelectuales. Para su bien, murió de muerte que se dijera repentina, que no le dejó tiempo para sufrir la idea de la muerte, de la nada, del silencio. Para mal de su amantísima esposa, de sus amigos y de sus compañeros.

Era en el seno de la Academia Mexicana, a la que había ingresado en 1950 y ocupaba la silla número xxv, la presencia callada, tranquila, pronta la sonrisa; era, al mismo tiempo, el erudito a la mano, capaz de resolver todas las dudas. Todo sin aspavientos, sin espectáculo, como pudoroso de saber tanto.

Era sevillano de nacimiento, es decir, español. Había nacido en 1893. Pero de esto nadie se acordaba y muy pocos lo supieron. González de Mendoza era un mexicano hasta por ciertos rasgos de su carácter, alguno ya mencionado o insinuado. Era de la misma estirpe de Enrique de Olavarría y Ferrari, de Casimiro del Collado, de Anselmo de la Portilla, de José Gómez de la Cortina: escritores que promovieron la concordia entre españoles y mexicanos, que conocieron nuestras letras, publicaron revistas y periódicos para su desarrollo y mejor conocimiento, que publicaron aquí sus libros, en que hay más de un matiz mexicano. Uno de ellos, Gómez de la Cortina, hablaba como nosotros, como los mexicanos, según recordaba José Zorrilla; razón por la cual, como en el caso de González de Mendoza, todos lo creían de México. José Gómez de la Cortina, al igual que *El Abate* fue de la Academia Mexicana.

González Mendoza no escribió libros. Cuando se ofrecía, lo manifestaba con humildad. ¿Por qué no los escribió? Tal vez porque, sabio como era, los planeó perfectos, y estos, ya se sabe, sólo por excepción existen. Como sabía muchas cosas, como ignoraba pocas, encontraba que nada nuevo había bajo el sol de los libros. Y esto, cuando se lo proponía, lo encontraba y aprovechaba o lo ponía en manos de sus amigos para que lo utilizaran. ¿Quién lo buscó nunca en demanda de alguna noticia que no se la hubiera dado, generoso? Alguna vez escribió que *Fernangrana*, seudónimo de Enrique Fernández Granados, quizá viniera de *Fernanflor*, un escritor español, ligeramente anterior al mexicano. Nada dijo acerca de ello “El Abate”, cuando comentó mi artículo; pero pasados unos días, en una tarjeta, me proporcionó las noticias necesarias para probar que mi sospecha estaba bien fundada. Siempre –cosa que le agradecí siempre– leía esta *Nota** y la *Alacena*; siempre, también, tenía para esos borradores, alguna palabra de aliento y de elogio. Cuando se inspiraban en personas, buen cuidado tenía de hacerlo conocer al interesado. Así lo hizo, por ejemplo, con la *Alacena* dedicada a Guillermo Jiménez, muerto, como González de Mendoza, de muerte repentina, hace un mes.

No son la inteligencia, la erudición, el buen estilo los irreparables. Con ser tan difíciles de poseer y alcanzar están en el ámbito de lo posible. No. Lo que es imposible, o lo parece, es producir hombres buenos, dar con seres capaces de todos los sacrificios con tal de servir a sus semejantes; lo que sólo de vez en cuando se da es la conjunción de muchas cualidades, de muchas virtudes, que se pongan al servicio de una disciplina, de una vocación; el carácter es más peregrino que la inteligencia. González de Mendoza los reunía armoniosamente.

No escribió libros José María González de Mendoza. Muchos que gozan fama de sabios, de hombres geniales, tampoco los escribieron. ¿Los escribió Ignacio Ramírez, pongamos por caso? Fueron sus hijos, los de su espíritu, los que se encargaron de reunir sus escritos y componer libros con ellos. Eso no lo quiso hacer nunca “El Abate”. De quererlo, con sus artículos, ensayos, crónicas, prólogos, hubiera compuesto más de uno. Pero no quiso; ojalá que sus amigos lo quieran hacer. Abate querido: aquí te doy estas flores.

7 de mayo de 1967

*El autor se refiere a la *Nota Cultural*. Ver página 101.

José Agustín Ramírez

Cuando recalé en la Escuela Normal de Maestros, náufrago de la mala suerte que me dejó sin beca o pensión, cuando todos los que llegaron conmigo del pueblo lo lograron; entonces, digo, me encontré con jóvenes que venían de distintas partes de la República a estudiar a la capital. A ninguno he olvidado; de muchos me acuerdo, hasta en su indumentaria. Entre aquellos jóvenes había uno, inconfundible: por su delgada figura, sus cabellos negros abundantes, su larga nariz, pero sobre todas las cosas porque tocaba el organillo y el piano y cantaba: era José Agustín Ramírez. Lo apodaban “El Organillero”, no sé si desde antes de llegar a la Normal o sólo desde que llegó. Un hermano suyo, menor, Alfonso, llevaba el mismo apodo. José Agustín –así se firma ahora un sobrino suyo, según creo– venía de Guerrero, de Tixtla. Su segundo apellido, Altamirano, nos remitía al gran escritor Ignacio Manuel. Tal vez no fueran parientes, pero era grato suponerlo: aquel joven artista no podía ser sino descendiente de Altamirano. En las tertulias, en las reuniones del colegio, José Agustín tocaba el piano y cantaba: canciones del Sur, inconfundibles: lentas, melancólicas, envueltas en lejanías... Cantos de su tierra guerrerense en que se mezclan las quejas de muchos pueblos: indios, españoles, negros; letras y melodías que nunca antes habíamos oído, no obstante que también veníamos del Sur, tierras por donde pasaron muchos pueblos: españoles, indios, negros.

Todavía no componía canciones José Agustín Ramírez, pero en eso estaba: se preparaba para hacerlo. Cuando voy a la actual Secretaría de Educación –allí estaba la Normal– me parece que vuelvo a oír aquellas melodías y aquellas letras, presas en los techos, en los rincones, en las cornisas, en donde como aves que son las canciones, anidaron. Por los corredores me imagino a todos mis compañeros, todos con apodos: “La Monja”, “La Viuda”, “El Cuyo”, “La Chachalaca”, “La Mica”. Uno murió por entonces: una criatura, a quien vi en su ataúd, la cara de cera, la boca pálida, con algodón en las fosas nasales. Rivera se apellidaba; su apodo, “La Viuda”. Lo enterramos contritos, con la mayor pesadumbre, no obstante que no eran tiempos para la tristeza y el dolor.

Pronto abandoné la Normal, o me hicieron abandonarla. Un pedagogo, de apellido Nicodemo, un niño yo, un hombrón él, me trató a golpes un día, por alguna indisciplina. Tal terror me produjo tan tremendo atropello que huí de la escuela, no sé si para bien o para mal.

Dejemos esto. Volvamos a José Agustín Ramírez, “El Organillero”. Se graduó profesor normalista, pero dudo que haya trabajado como profesor de banquillo, porque muy pronto se distinguió como compositor y cantor. En unión de otros músicos y cantantes jóvenes integró el famoso “Trío Tamaulipeco”, que tuvo la virtud y la gracia de traer al mundo musical de la época, melodías y letras de otras partes de la República, de reforzar a Guty Cárdenas y a Agustín Lara, los dos músicos de moda.

No creo que todas las canciones que pasan como tuyas fueran de Ramírez. Muchas son arreglos, basados en viejas melodías guerrerenses, las letras están en la poesía popular y, a veces, en autores conocidos: en Altamirano, por ejemplo; en una de sus canciones, Ramírez se aprovecha de algunas estrofas de las *Rimas*. Pero como era músico genial, sin apartarse de ellas –letras y melodías– lograba hermosos arreglos, lindas canciones que no han dejado de estar en nuestras bocas. ¡Qué diferencia entre este arreglista y esos otros, verdaderos no sé qué, quienes en sólo un cuarto de siglo acabaron con la canción popular mexicana!

Hombre desventurado fue José Agustín Ramírez. Y para olvidar su desventura, buscó la muerte, con él, esquiva. Cuando alguna vez lo encontraba, reíamos como cuando jóvenes, al toparnos en la Normal. Lo recuerdo siempre con tristeza y pienso en la inmensa tristeza que lo condujo al sepulcro, en él, sí, infierno. Y musito una de sus canciones.

28 de mayo de 1967

La vieja controversia Galindo y Villa contra Bulnes

Hace muchos años adquirí en una librería de viejo el ejemplar de *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, por Francisco Bulnes, que había pertenecido a Jesús Galindo y Villa. Con las notas y comentarios que su dueño había escrito en sus márgenes, con los lugares que subrayó, redacté una serie de artículos de periódico que al recogerse en volumen titulé: *La vieja controversia Galindo y Villa contra Bulnes*.^{*} Eran las notas, apuntes, guías, con

^{*}*La vieja controversia...* se publicó en 1957 en las ediciones del *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

que Galindo y Villa se proponía refutar a Bulnes. Por qué no llegó a hacerlo es cosa que quedará para siempre en el misterio.

Pasados unos años, también en una librería de lance, di con el ejemplar de la misma obra, que fue propiedad de don Julio Guerrero, viejo maestro de la Facultad de Jurisprudencia, sociólogo, criminalista, autor de un libro famosísimo: *La génesis del crimen en México*. Como el ejemplar de Galindo y Villa, éste de Guerrero también se encuentra anotado, aunque no de manera tan abundante. Por su tenor se advierte que Julio Guerrero quería aprovecharlas para refutar la obra de Bulnes, al igual que lo hicieron muchos. Algunas de esas notas aprueban los asertos; otras, los niegan; algunas señalan que requieren comentario y ser verificados. De sutilezas califica a muchas de las afirmaciones del autor; no faltan las notas que señalan errores, de lugar y tiempo; las que rectifican nombres de personajes; las hay también, las que después de escritas, fueron borradas; con frecuencia tacha de sofista a Bulnes; cosa que le placía, y place a sus secuaces que aún le quedan. Tan a conciencia leyó don Julio la obra que corrige las erratas de imprenta. Señala, subrayándolas, las incongruencias, las paradojas del autor: censurar a los conservadores e imperialistas de quienes se muestra partidario y elogiar a Juárez de quien se manifiesta enemigo, a quien quiere, nada menos, bajar de su estatua. Por ejemplo, llamar tonto, presuntuoso y cortesano de la especie más servil a Forey, por quien Bulnes se muestra tan admirador en muchos lugares de su libro. Hombre de gran talento político considera a Napoleón III, cuando todo el mundo opina lo contrario. Juárez era la expectación sin estupefacción. Pero era una energía y un carácter, afirma.

Las notas escritas son, a más de muy pocas, muy breves; se reducen a unas cuantas líneas, a un rápido comentario. En cambio, lo subrayado, lo indicado con *palomitas* es en gran número.

La intervención en la polémica que Julio Guerrero planeó iba a ser adversa a Bulnes eso se advierte; tal vez enconada no lo sería, pues en muchos lugares se manifiesta acorde con el autor, manifiesta su aprobación explícita, expresa con una palabra —“claro”, “cierto”, “bien”, “sí”—su asentimiento. Pero, ¿por qué no escribió Guerrero su refutación a Bulnes? No se sabrá nunca. Pudiera ser, eso sí, que no siendo polémica ni enconada su postura, desistiera, o sólo aplazara su redacción, para no controvertir con Bulnes, pero, sobre todo, para no promover la antipatía del general Porfirio Díaz, en 1904, año de la publicación de *El verdadero Juárez*, en la plenitud de su poder y de su oposición a todo lo

que a Juárez se refiriera. Pudiera ser. El hecho es que el punto de vista de Julio Guerrero, como el de Jesús Galindo y Villa, se quedó en el tintero.

Acaso alguno pudiera relacionar las notas, los subrayados, las señales, y hacer con ellos lo que yo hice con los de Galindo y Villa. Quien lo intentara podía tener a su disposición el ejemplar de *El verdadero Juárez* que perteneció al autor de *Cantigas y rapsodias*, pues también fue poeta don Julio Guerrero. Sería algo muy provechoso para el conocimiento de un capítulo de la historia nacional, a más de muy entretenido. ¿Quién quiere hacerlo? Yo ya no puedo: cada vez mis ocios son más arduos.

4 de junio de 1967

No hay tales carneros

Cuando Antoniorrobes llegó a México, ahora veinticinco años, ya lo conocíamos de nombre. Mis compañeros de escuela lo habíamos leído. Pudiera decirse que ya era nuestro amigo cuando juntamos su nombre con su persona. Tal vez ello haya ocurrido hace un poquito más de un cuarto de siglo, por el año 39. Yo vivía entonces en la calle de Edison, y él con su mujer vivieron, siguen viviendo, en lo que entonces era Ejido y ahora es prolongación de la Avenida Juárez. Otros españoles refugiados vivían en la pequeña zona que yo bauticé con el nombre de “Colonia Nueva España”. En mi misma calle recuerdo a Pedro Garfias y al Dr. Bejarano; en Ignacio Mariscal, a Emilio Prados, Juan Rejano, Ferrand de Pol, José Rodríguez Luna; en la esquina de la entonces calle de Eliseo y ahora de Jesús Terán, Florencio M. Torner, pero sus ventanas daban a Mariscal, a donde luego me cambié. José Herrera Petere vivía por Ezequiel Montes, creo. Lo cierto es que, al ponerse de moda las peñas o tertulias, nos encontrábamos en una cervecería que estuvo en el mismo lugar que ahora ocupa en la calle de Balderas, el edificio Altamira, que atendían unos meseros españoles y un guatemalteco, a quienes llamábamos “Los Pingüinos”, por su uniforme. Cuando el bar –que se llamaba “2 equis”– fue cerrado nos pasamos al frente, al “Casino Español”, que se abrió en un viejo edificio, que al derruirse se convirtió en el “Cine Arcadia”. Entre los más asiduos se encontraba Antoniorrobes, nuestro amigo de siglos. Nos complacía oírlo, charlar con él, oírle y referirle anécdotas, al paso que ocurriendo otras nuevas. Entre ellas una de las más divertidas, creada por Antoniorrobes. Sucedió que un día nos anun-

ció una charla por radio, sobre una de sus muchas especialidades: un cuento fantástico. Nos dijo la hora y la fecha, y nosotros quedamos comprometidos a escucharlo. Algo nos refirió del tema Antoniorrobles. Cuando nos encontramos de nuevo, Antonio Vargas McDonald, hombre de imaginación, gran inventor, capaz de urdir sobre la marcha la más desorbitada fantasía, hizo una crónica de la charla, señalando lugares de ella, sin el menor titubeo. Antoniorrobles lo dejó venir, lo incitó para que siguiera narrando el suceso, lo auxiliaba con algo que olvidaba o simulaba no recordar. Aquella charla, si se hubiese recogido, sería una de las obras maestras de Vargas McDonald. Cuando por fin le dio término, Antoniorrobles, recordando otra vieja anécdota, le dijo: “No hay tales carneros”. Y es que la transmisión radiofónica se había suspendido. La carcajada que soltó la concurrencia todavía la escucho. Vargas McDonald no se inmutó.

Ya era Antoniorrobles el gran escritor, el fino humorista, el hondo y doliente hombre que siempre fue, pero me place creer que en México acabó de hacerse. Aquí, quiero pensar, enriqueció su pluma con nuevos dones; aquí descubrió a la vida nuevas dimensiones. Desde su piso de la calle de Ejido encontró otra ventana para asomarse al mundo.

La vida, que puede más que todos, dispersó a los vecinos de la Colonia Nueva España. Pero a Antoniorrobles nunca dejé de verlo: en *El Nacional*, seguimos encontrándonos, al igual que con Juan Rejano. Cuando ello ocurre nos complace recordar todas estas cosas, volver los ojos al pasado, sólo mejor porque es como un sinónimo de juventud. Antoniorrobles ha permanecido fiel a su barrio, a su piso, al trozo de cielo que le tocó en suerte. Yo me cambié muy lejos. Ignacio Mariscal ya no es mi calle, es una calle cualquiera, camino de cualquier parte. Pero hasta hoy, siempre que llego a *El Nacional*, sin yo quererlo, sin evocarlo, me traslado a aquellos días, y los reconstruyo. Aparecen ante mis ojos los viejos amigos: Prados, Rejano, Torner, Antoniorrobles: con la bolsa de pan en la mano, presuroso, pensando artículos, inventado flores de ingenio, el corazón y la cabeza vueltos a España. A veces no le hablo, lo dejo pasar. Y me quedo pensando en las muchas horas de sabrosas lecturas que me ha regalado. Y en las ocasiones en que me senté a su mesa, a probar de un pan que siendo mexicano me sabía a español. Y lo quise contar ahora que acabo de verlo pasar rumbo a su casa, por el rumbo de la antigua colonia Nueva España.

La última tarde de Juchitán

La tarde se vino lenta, perezosa, desganada. Era la última, la tan temida de las horas postreras de Juchitán. Hubiera querido que nunca llegara; no haber concebido aquella idea de ir a la Ciudad de México, cuando tan a gusto me sentía en el pueblo, de horizontes estrechos pero azules. Pero ya no había manera de retocar el proyecto; ya nada me ligaba al pueblo sino el dolor que iba a permanecer para siempre de aquella separación; la herida que no ha dejado de sangrar. Salir, irme lejos, a tierras desconocidas, en busca de algo que ni siquiera sabía bien a bien qué pudiera ser. Mucho le temía a aquella despedida. Es cierto que ninguna palabra nos habíamos dicho, pero ¿por qué le temía a aquella y no a las otras despedidas?

Lenta, perezosa, desganada se vino la tarde. Y tibia, y en calma, cosa rara cuando allá sopla el norte despiadado a fines y principios de año. Declinaba diciembre: era el día 26; estábamos convalecientes de la alegría navideña. Porque se adolece de alegría, como de pena se adolece; de salud como de enfermedad. Se suspira por ausencia como por presencia se suspira; cercana o lejana se suspira por el ser amado.

Alguna vez nuestras miradas se habían cruzado; en alguna ocasión nuestros ojos algo se dijeron, sin hablar. Así como las naranjas y las limas en el árbol se maduran, los ojitos que se quieren sin hablarse se saludan. Era aquella la última, la temida tarde. Y se vino desganada, perezosa, lenta. Y yo me fui acercando a su casa. Bordaba cuando llegué. Sus tristes ojos biches, sus pálidas manos, su cabello azafrán, sus labios fríos, si es posible brasa fría. Inventaba unas flores y unas hojas sobre un lienzo de terciopelo. Casi no levantó los ojos cuando saludé. Se redujo a preguntar si era yo, y cómo estaba. Yo me senté en la hamaca y comencé a adormecerme, digo, a mecerla. Aquel silencio podía más que yo, que nosotros dos. Era necesario decir algo, digo, preguntar por algo.

—¿Quieres que cantemos una canción?, le dije, por fin.

Algo que no entendí fue la respuesta.

—¿Qué dices?, pregunté

—Sí, digo que sí.

La primera canción que acudió a la memoria fue “María”, letra de Jorge Isaacs, compuesta al parecer para la ocasión.

Soñé vagar por bosques de palmeras, / cuyos blondos plumajes, al hundir / su disco el sol en las lejanas sierras, / cruzaban resplandores de rubí. / Del terso lago se tiñó de rosa / la superficie límpida y azul / y a sus orillas garzas y palomas posábanse en los sauces y bambús. / Muda la tarde, ante la noche muda / las gasas de su manto recogió; / del lindo mar dormido en las espumas / la luna hallóla y a sus pies el sol. / Ven conmigo a vagar bajo las selvas / donde las hadas templan mi laúd, / ellas me han dicho que conmigo sueñas / y que me harán inmortal si me amas tú.

Vaga, remota, teñida de infinitas lejanías era la canción. No entendía las palabras, pero sí su melodía. Ausencia, olvido; y muy oculto, muy borroso, apenas presentado, una apetencia de gloria.

Así fue la última tarde: lenta, perezosa, desganada de Juchitán.

18 de junio de 1967

Recuerdo de Alfredo Maillefert

Fue en 1935 cuando conocí a Alfredo Maillefert, creo. En la calle de Bolivia en la que acababa de instalarse la Imprenta Universitaria, con toda seguridad. Si vivía en la capital o estaba recién llegado de la provincia, lo ignoro; pero toda la apariencia era de que era nuevo en la ciudad, que andaba como azorado, como engentado, temeroso del tumulto, víctima del ciudadano ruido. Su aire era provinciano en todo. Se diría que era un hombre endomingado, que es como se nos presenta a los de provincia: irreprochablemente vestido: alba camisa, corbata de mariposa, traje oscuro, muy bien peinado. Era alto y delgado. Su cuerpo denunciaba poca salud, mientras la cabeza, los ojos, la expresión toda de su rostro, creaba la sensación y la certeza contrarias: era Alfredo Maillefert un hombre lúcido, delicado, alerta.

Por entonces me fui a los Estados Unidos. Al volver, dos años más tarde, volví a encontrarlo en la Imprenta Universitaria. Sólo entonces pudimos hablar algunas veces. Como hablaba, escribía; digo, en el tono, en el ademán sencillo, pausadamente. En cuanto a su gramática, no aprendida de nadie, sino encontrada, identificada en Azorín, Maillefert, sí que diminutivo de azoro; en cuanto a eso, digo, era extraña en nuestro medio, más dado a la abundancia, al borbotón, que al rigor de la medida, de la ley que gobierna y pone en orden los impulsos del entusiasmo.

Tal vez por entonces, año de 1938, a fines, leí sus primeros libros: *Laudanza de Michoacán*, primero, y unos años más adelante: *Ancla en el tiempo*. Y antes de irme de México, dos cuadernitos de la serie de “Biografías Populares”, que publicó la Universidad por inspiración de Salvador Azuela, casi michoacano y amigo de Maillfert: *Fray Servando y Vasco de Quiroga*. Libros escritos, aun esas dos breves semblanzas, con ternura, con nostalgia evocadora, con el corazón quieto y la mente en vuelo hacia el pasado. Más tarde, al iniciarse la Biblioteca del Estudiante Universitario, preparó algunos de sus títulos; el que más recuerdo es el consagrado a Manuel Gutiérrez Nájera, su lejano pariente. Y *Los libros que leí*, ¿cuándo lo leí? La memoria no me ayuda, pero tengo presentes palabras, giros, situaciones de sus libros y, sobre todo, la sensación de alivio y de descanso que sus libros proporcionan. Como él estaba al escribirlos, tranquilo, así se queda el lector que frecuenta sus páginas.

Un día, de no recuerdo qué año, pero muy pronto a nuestro reencuentro, leí o me contó alguno que ya había muerto Alfredo Maillfert. Como yo andaba buscando la muerte, ni siquiera recuerdo si asistí a su entierro ni si me dolió su partida.

En cambio ahora, al llegar a mis manos su libro póstumo, *Velero romántico* (México, Fondo de Cultura Económica, 1917, Letras Mexicanas, núm. 83) me devuelvo a aquellos días, ¡ay!, lejanos. Y vuelve a aparecer ante mis ojos la figura de Alfredo Maillfert, ido de esta tierra antes de que tuviéramos tiempo de verlo en su valor, en sus delicados perfiles, y antes, mucho antes, de que diera de sí todo el mensaje de su inteligencia y de su corazón. Lo recuerdo, lo vuelvo a ver, solitario, caminando por esas calles, silencioso, como atento, como oyéndose a sí mismo, como contando sus pasos, que acaso creyera muy pocos ya, y los últimos.

¿Qué edad tenía Alfredo Maillfert al morir? ¿Cincuenta? Pudiera ser: tenía canosa las sienas. ¿Por qué, me pregunto ahora, seremos tan ciegos para no advertir del todo a los seres extraños que pasan por nuestro lado? Tal vez para esto: para reprocharnos, como lo hago yo ahora, de perder sus lecciones, de no aprender esa lección que imparte todo el que sabe cortos sus días; a morir; a no temerle a la muerte, aunque la lleve junto. Si te hubiera frecuentado, Alfredo Maillfert, no estaría ahora tan transido del terror de la muerte, que ojalá esté lejana.

Protesta, rebeldía, discordia

“...Y si alguna nota de discordia ha de resonar entre nosotros, que ella sea de protesta y rebeldía”. Eso es lo que recuerdo de una peroración de Ramón G. Bonfil, alumno del tercer año de la Escuela Normal de Maestros. Era en el salón de actos de la escuela, situada en el ala derecha del edificio que ahora ocupa la Secretaría de Educación, si entramos por la puerta de Argentina y seguimos por el segundo piso. ¿Qué querían decir esas palabras? ¿Por qué las decía Ramón G. Bonfil? No lo sabré nunca, y acaso él tampoco lo recordará.

“Protesta”, “rebeldía”, “discordia”. Palabras nuevas las tres. Y yo sin diccionario a la mano, y aunque lo tuviera, ¿podría consultar el diccionario, con razón llamado también *tumbaburros*? Bueno, ¿y esta palabra *tumbaburros* existe en el diccionario, y si existe quiere decir lo que yo supongo?

Volvamos a la palabra de Bonfil. En casa de mi tutor, Genaro López Miro, salí de dudas; supe lo que querían decir, pero otra vez, ¿por qué las dijo? Allí no había diferencias, sino sólo simpatías. Se había cantado el himno de la escuela, había declamado Antonio Castañón y Zúñiga, José Agustín tocó el piano. Era el amanecer, cuando todo es luz. Por nuestras venas y nuestro pecho, más que sangre corrían rayos de sol. Pero Ramón G. Bonfil dijo aquella frase que no he podido olvidar. Si las palabras son simientes y sólo hace falta sembrarlas a tiempo, aquellas de aquella mañana, fueron después árbol y flor y fruto: un día en unión de un grupo de jóvenes mexicanos interferí la concordia mexicana y como pude, a medias palabras y a medios gestos, proclamé rebeldías y protestas. ¿Eran aquellas palabras de Ramón G. Bonfil, futuro maestro de escuela, las que muy ocultamente me condujeron a tamaños extremos? Así me place creerlo.

De esto hace muchos años. Pero todo lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Veo en los escaños a los compañeros mayores: José Dolores Medina, “Don Lolo”; a Juventino Naranjo, a Lino Santacruz, a Marcelo del Raso, que hacía versos, como aquellos a una niña de Estambul *que supiste de mi cuita / en aquella tarde azul*. Allí están Froylán Pérez, que me sacó del pueblo y me trajo a la capital de México; Jeremías López Chiñas, muerto en la flor de su vida. Están... pero no he de decirlo todo de una vez.

A muchos de los compañeros normalistas dejé de ver; a ninguno olvidé. He ido registrando las bajas, como he ido aplaudiendo sus éxitos y sus triunfos,

que miro como míos. A Ramón G. Bonfil lo seguí viendo, frecuento su trato, y hasta donde las circunstancias de nuestra vida lo permiten cultivo su cercanía. Nunca le he contado esta anécdota, sin duda porque, buen ranchero, confío en que hay más tiempo que vida. Hace veinte años Bonfil planeó una serie de pequeños libros en que se reuniera el pensamiento liberal. Me encargó el primero: el ideario de Benito Juárez. Resultado de aquel empeño fue *Flor y látigo*, que recoge el pensamiento juarista. La empresa no prosperó, pero eso en nada reduce la decisión de Bonfil de servir a la causa del progreso de México. Tras de servirlo en diversos cargos, ahora desempeña uno que le envidio: el de dar alfabeto a los mexicanos, como uno de los medios más seguros para redimirlos. El otro, ya se sabe, es darles un pan del tamaño de su hambre, como dijo Andrés Eloy Blanco.

Los años pasan, pero las estrellas, las sombras, se quedan en el curso del agua. Así se quedan en el alma infantil, las buenas y las hermosas palabras: la palabra oportuna que dijo José Enrique Rodó. Corren los días, como los ríos; hacia la mar pasa la vida a ser nada en otra inmensa nada. Pero en el alma del niño se queda, no pasa la palabra que oyó sin entender del todo, pero que adivinó pan para sustentarse. Así aquellas que te oí, y que he dicho, Ramón Guillermo Bonfil.

2 de julio de 1967

La muerte, soplo de viento

Al amanecer del miércoles 3 de julio de este año, murió en esta ciudad Aurelio Manrique Jr., hombre histórico y legendario. Numeroso de días, añoso, murió a los 77 años. Era un mexicano extraño, singular. Un hombre que logró tocar la imaginación y la inteligencia de su pueblo, que le creó una leyenda concomitante con su historia. Se dice “Aurelio Manrique” y en el instante nos trasladamos a otros tiempos de México: los de la revolución triunfante y a las diferencias y discordias que luego surgieron entre sus hombres. Manrique político es motivo de las más ricas y variadas especies. Su valor, rayano en la temeridad. Sus desplantes, vecinos de la locura. A un Presidente de la República le gritó en plena sala de sesiones de la Cámara de Diputados, farsante. Derrotado una vez como diputado, pero para él sólo desconocido su legítimo triunfo, ocupó

las galerías de la Cámara durante todo el período, durante los días de sesión. Así, cuando el secretario hacía la consabida pregunta de si algún representante no había pasado lista, Manrique gritaba desde lo que consideraba su curul: “Aurelio Manrique, presente”. Y su contrincante padeció aquella situación durante todo el ejercicio. ¿Quién le hubiera quitado de la cabeza a don Aurelio Manrique que él era el legítimo diputado por su distrito? Ninguno. Y lo que se juzgó locura, era un acto lógico, un tributo a la verdad, una protesta contra lo que el potosino consideraba un fraude, una suplantación.

Manrique intelectual no era menos señalado y espectacular. Hablaba un español de los siglos dorados y de los anteriores, sin que por eso desconociera al más folklórico mexicano, que nunca usaba, empero. Oírlo era como estar leyendo una página del Quijote, un parlamento de Cervantes y de Sancho, digo, del hombre de aulas y letras y el de la calle y analfabeto. pero ése era su lenguaje diario, el casero y callejero, el coloquial y cotidiano, que en cuanto a sus intervenciones en la tribuna, o en la cátedra, eran del más puro y acabado casticismo.

Las anécdotas de Aurelio Manrique son numerosas, las que ocurrieron y las que se le atribuyeron, partiendo de las reales. Era hasta por la estatura y las barbas pluviales, quijotesco, excepto que no era flaco y enjuto de rostro, sino un mero roble. Cuando se metía en una aventura, lo hacía hasta los codos. Deshacer entuertos, aparejar caminos creía que era su misión en la vida. Y cien veces dio ejemplo de ello.

Tenía don de lenguas, se dijo. Y pudiera ser cierto. Hace algunos años lo visité en Copenhague. “¿Chiquitín –me dijo– qué andáis buscando por estas latitudes?” Y cuando oyó mi recorrido, agregó: “ Veo que vuestro sentido de la geografía no es del todo correcto”. Y tenía razón: para llegar a Dinamarca había tocado puntos que debí dejar para después. Dejemos esto. Me invitó a cenar en alguno de los restaurantes más exclusivos de la capital danesa. En el idioma del país dispuso el menú: viandas y vino. A los postres quise poner a prueba su dominio del danés y pedí frambuesas, creyendo malévolamente que no sabría cómo pedir las. Pero las pidió y me fueron servidas magníficas, tal como las quería yo, complicadas en su preparación, para más complicarlo en la orden.

Charlamos largo de México, naturalmente. Me tiró de la lengua, tal vez para que yo diera de sí en lo que él creía mi fama de hombre burlesco y vacilador. Le di gusto. Y hasta referí algo en que él aparecía como personaje.

Cuando hace unos años se le otorgó la Medalla Belisario Domínguez volví a tratarlo por razón de un empleo que yo tenía en la Cámara de Senadores. Supe, aun antes de que lo escribiera, el asunto y tenor de su discurso. Y otra vez tuve su imagen a la par histórica y legendaria: un mexicano íntegro, uno que estaba pronto a defenderlo con la vida y con la muerte. Su gran figura parecía invencible. Y ya ves, lector, la muerte, como un soplo de viento, se lo ha llevado.

16 de julio de 1967

Recuerdo de Portugal

Para mí, un aficionado a la lectura, Portugal fue, hasta ayer, autores: Luis de Camoes, Abilio Guerra Junqueiro, Eça de Queiroz, Teixeira de Pascoaes; Lisboa, Freixo de Espadas, Coimbra, Amarante; *Os Luisiadas*, *La musa en ocios*, *La ciudad y las sierras*, *Tierra prohibida*, leídos hace tantos años. También era Portugal una lejana, hermosa alusión, presentimiento de América: mares, navegantes, velas, barcos en el confín. Pero eso era ayer, hoy ya no, Cibeles. Ahora forma parte de nuestra historia familiar, de los tres. Luego te diré por qué. Estamos en Lisboa desde anteayer, dichosos de haber nacido. Por fin se ha reunido lo soñado, lo imaginado, con la realidad y no se podría decir bien a bien dónde termina lo uno y principia lo otro. Estamos en un hotel cuya ubicación no puedo decirte, porque nunca me ha preocupado saber eso, me basta el nombre de la ciudad. Como no he venido a quedarme en ninguna, sino a gozarlas, quedo satisfecho con recorrerlas, visitar sus museos, sus sitios históricos, sus contornos, y cuando se puede, asomarme a otras ciudades cercanas; mañana, por ejemplo, queremos ir a Coimbra. Ojalá se pueda. Sin rumbo fijo salimos a caminar la primera tarde. Muy cerca ha de estar el mar, porque como que se adivina, como que su azul se refleja en el cielo de Lisboa, como que fuera su prolongación. Entramos a los cafés, a los bares, olvidando que aquí ya no es como en Madrid, en que las señoras pueden entrar a los bares. Pero nada nos dicen ni prohíben, tal vez porque adivinan que somos extranjeros. Probamos el vino portugués, riquísimo. Saboreamos sus licores, invadidos de luz, de reflejos nativos. Oímos el idioma, más fácil que leído. Yo digo versos de Camoes, de Guerra Junqueiro, de Pascoaes. ¿Recuerdas aquel breve,

precioso poema del primero? Veré si lo reconstruyo; los otros búscalos en casa, tú ya sabes dónde: *Mi corazón me han robado; / y Amor, viendo mis enojos, / me dijo: "Fue llevado / por los más hermosos ojos / que desde vivo he mirado; gracias sobrenaturales / te lo tienen en prisión " / Y el Amor tiene razón, / Señora, por las señales: / vos tenéis mi corazón.* ¿Recuerdas que Juan Ramón Jiménez recuerda el mote en alguna parte?

Pero yo quería decirte por qué desde ahora Portugal y Lisboa forman parte de nuestra historia sentimental, Cibeles. Ayer cumpliste veinticuatro años de edad y uno de haberte casado. Y nosotros nuestras bodas de plata, que habíamos proyectado celebrar en Madrid, pero que luego por insistencia de tu madre, y tu tía Lucelia, resolvimos hacer aquí, sin perjuicio de celebrarlo otra vez allá. Anoche, pues, cenamos los tres. Menú, vinos y licores de Portugal. Un vino verde y uno rosado. Un licor rojo, champaña. Y un conjunto que ejecutó música de la tierra, pero que parecía oída desde México, invadida de lejanías, trémula de infinito. Y el vino, ya desde ahora un poco lágrima, descendía a nuestro corazón mansamente. Evocamos nuestra niñez, el pueblo remoto donde nacimos y nos preguntamos cómo pudimos salir del pueblo y cómo pudimos llegar a conocer un día ciudades de ensueño como esta Lisboa, Cibeles. ¿Ves por qué ya forma parte de nuestra historia personal?

La tarde de ayer fue noche. Quiero decir que mucho tiempo después de ocultarse el sol, reinaba la luz. Nunca vimos que la noche acogiera así al día, amorosamente. Pasaban las horas y el mundo estaba indeciso entre amanecer y anochecer. De azul que era el cielo se fue poniendo negro, tanto que los luceros se veían precisos, nítidos; terrones de azúcar que endulzaban la noche. Hasta entonces entendí cabalmente el verso de Darío: *y el cielo profundo viste de duelo*; de negro, quiso decir.

Otras cosas quisiera contarte, Cibeles. Lo haré al volver. Ahora me urgen salir a la calle, llena de incitaciones, invadida de una luz azul, de la que te mando un haz, ¿la ves?

23 de julio de 1967

Novel, nuevo, novo, Salvador Novo

Apareció famoso y consumado escritor. Con todas sus armas, hecha su palabra. Otros aprenden el oficio dolorosa, largamente. Él lo sabía. En otros la aguja nunca llega a espada; aprendiendo a levantarla se les va la vida. En otros que no en él. Salvador Novo, maestro desde la hora en punto en que irrumpió en las letras mexicanas. ¿Dije irrumpió? Así es: Salvador Novo llegó de repente, sin que nada ni nadie lo anunciara. A ninguno se parecía, ni siquiera a sus compañeros de generación, los primeros sorprendidos de su temprana maestría, de la singularidad de su voz, de lo peregrino de su ingenio y de su genio.

Todo lo escribió acabado, maduro, siendo él novel, nuevo, novo. Poesía, ensayo, periodismo, narración salían de sus manos se diría que de manera natural, como quien no quiere la cosa. Lo que luego hizo el tiempo, la vocación encendida, fue adelgazar hasta la transparencia, aquellas originarias condiciones, aquellos dones que le eran connaturales.

¿De dónde venía este joven a producir asombro y pasmo a las musas? De donde han venido los que en el mundo han sido algo: del pueblo, nunca cansado del esfuerzo de producir hombres que lo sirvan y definan. Para él habían trabajado muchas generaciones, muchos jóvenes se habían frustrado, muchas tentativas habían quedado sólo en eso: en tentativas. Se diría que Salvador Novo heredaba a todos y se apresuraba en heredar. Era a la vez pósteros y antecesor.

Una voz nueva, distinta, o por lo menos hacía mucho tiempo no escuchada; una voz con ecos y fragancias del pasado remoto, pero que exigía, para ser descubierta, una familiaridad con las letras, las propias y las ajenas, que en Novo lo fueron jamás; con todas hizo la suya, mexicanísima. Con Salvador Novo y sus compañeros las letras mexicanas superaron la provincia, sin dejar de ser por eso de aquí, de alguna parte, con raíz nacional. Si antes costó verlo, ahora todo es tan evidente.

Sabio en todas las literaturas, Salvador Novo no desdeñó jamás las de su solar: le fueron familiares siempre los patriarcas de las letras mexicanas: Lizardi, Prieto, Inclán, de quienes dijo cosas novedosas, nunca a otros ocurridas. Traspuestos los años maduros, remonta el río de los orígenes de nuestra literatura, acompasa su voz con la de los poetas indios, los de la remota antigüedad mexicana; aprende su idioma, deja que en sus palabras se cuelen letras y sílabas del viejo y mismo cantar.

Por donde se abran sus libros brota un fulgor propio, trasciende un soplo inconfundible, una vibración que es suya, siendo de todos. Hasta en la obra pasajera, en ésta a que obligan las circunstancias, sabe poner Salvador Novo las esencias de su talento impar. La gracia, la ocurrencia inesperada, la oculta proyección de una cosa sobre otra, él sabe verla y traerla a la luz, para gozo de sus lectores. Y lo hace alegremente, ahora, que antes lo hizo despiadado. Los años, sin restarle ímpetus, como que lo han serenado. Prefiere ahora sonreír como antes placía reír. Lo que otros no se atrevían, Novo lo dijo con audacia, con valor, sin miramientos, firme en la certeza de que sólo se corrigen las lacras sociales mostrándolas. Su teatro es una sátira, una condenación, una denuncia de las aberraciones de su tiempo, en gran manera. Cuando Novo se sale del presente es para proyectarse en el porvenir, partiendo del pasado. Ese teatro de tema indígena que ahora escribe, ¿no tiene ese sentido?

Salvador Novo trabaja sin descanso, dentro de un tiempo que parece inventado por él, o que se ajusta gustoso a su mandato. De no ser así, ¿cómo podría escribir tanto y siempre tan bien? Novo no trabaja a ritmo de estaciones: en él todo es y fue otoño. Si algún ritmo o pausa pudiera advertirse en su creación sería el que hay entre capullo, flor y fruto. Porque Novo trabaja siempre sin dar tregua a las musas.

Es un artista por quien cualquier pueblo estaría orgulloso.

30 de julio de 1967

Fino corazón indígena

¿Quién fue el primero que calificó de “impasible” a Benito Juárez? Él no fue, aunque haya escrito que veía impassible venir los acontecimientos. No fue tampoco Guillermo Prieto, quien al referir los sucesos de Guadalajara dice que Juárez esperaba impassible con los brazos cruzados a que la soldadesca de Landa disparara. Don Miguel de Unamuno se refiere en más de una ocasión al rostro impassible del indio Benito Juárez. En una preciosa página sobre el benemérito, Justo Sierra asegura que impassible no era, que mucho padeció, sino que no se removía su color, pero sí su corazón. Cuando Héctor Pérez Martínez lo usó en el título de su libro, el calificativo ya era viejo.

¿Quién fue, pues, el primero que se lo aplicó? Fue uno de sus generales menores –si es que puede haberlo menor cuando se defiende la patria– el que primero se le ocurrió verlo impasible en los días de la guerra contra el invasor. No recuerdo ahora su nombre, nada más puedo precisar que el adjetivo está contenido en una carta que el lector, si tiene tiempo, si tiene curiosidad, puede localizar en el tomo octavo de los *Documentos, discursos y correspondencia* de Juárez publicados por Jorge L. Tamayo.

Impasible no era, cómo iba a serlo. Pudoroso era. Todavía en su tiempo, y todavía como ahora, existía, como existe, la creencia de que los hombres no lloran. ¿Fueron, porque lloraban, menos hombres los héroes homéricos? Por el contrario, lo eran más, sólo los hombres verdaderos lloran, porque son ellos los únicos que pueden medir el tamaño del infortunio y el tamaño de la bienaventuranza, las solas dos cosas que hacen llorar. Y, sin embargo, hay hombres que tienen a orgullo y a dicha no haber llorado. ¡Dichoso aquel que nunca ha tenido que avergonzarse de llorar ante los hombres!, afirma Miguel de Unamuno, justamente. “Ante los hombres”. Eso es ya otra cosa. Y es allí en donde se sitúa Benito Juárez. Por pudor –el pudor es una de las características del indio– no lloraba ante los hombres, pero lloraba a solas. Gemía, porque el pino es el más altivo y gime constantemente. Muchas de sus cartas transparentan dolor profundo, hablan de orfandad, de luto: más parecen escritas con lágrimas que con tinta. En su rincón, en sus ratos de soledad, mucho debió sufrir y llorar Benito Juárez, recordando a la familia ausente, pobre y enferma. Y en la soledad, en las cartas privadas, que nunca se escriben para ser publicadas, lloraba y hablaba de llanto. Rosario Fernández ha escrito en alguna parte que aquellos que llaman a Juárez el impasible, el insensible, el impávido, lo hacen porque son incapaces de traspasar la máscara oscura de su rostro. En su correspondencia familiar –acaba de escribirlo Adelina Zendejas– está expreso el sentimiento, la hondura, el tierno ser de Juárez. Ahí se atreve hablar de amor y de besos. Otro de sus generales –de éste sí recuerdo el nombre: Benigno Cano– habla de su fino corazón indígena (expresión es ésta con que nos saludamos siempre Francisco Martínez de la Vega y yo: ¿Qué dice tu fino corazón indígena?, sin saber que alguno lo dijo de Juárez).

Como era tierno y paternal, era duro y justiciero. Tenía, como lo quiere la sabiduría zapoteca, en una mano la flor y en la otra el látigo; en lo que estaría pensando Diego Rivera cuando pintó su retrato: una mano suave, la que maneja la pluma; otra rígida, la que blande la espada. En la una la flor, el látigo en la otra.

Alternaban el león y el cordero, la paloma y la estrella, la flor y la espina. Porque de todo traía aquel hombre dentro de una apariencia de ídolo inconvencional. No es cierto que fuera un imposible. Sufrió mucho y sintió mucho. Cuando se le morían los hijos lloraba, pero en el acto secaba sus lágrimas y otra vez se aferraba más ardiente y desesperadamente al deber. Levantaba el látigo y tundía a sus adversarios. Y si alguna vez aparece implacable es por sujeción a la ley, a los intereses de la patria, que él puso por encima de todas las cosas.

6 de agosto de 1967

Soneto a la *Alacena*

Una vez me mandó Alfonso Reyes una joya preciosa, con un recado en el que me decía: *alacénela y minucéela*. Salvador Novo no me lo dice a las claras, pero saco en claro que eso mismo me quiere decir. Reproduzco su soneto con sólo este rápido comentario:

Soneto con que Salvador Novo agradece a su amigo Andrés Henestrosa las amables palabras que le dedicó en el Suplemento de *El Nacional* del 30 de junio de 1967.

*Xocimapictli en que la flor y el canto
ramillete conjugan generoso
me ofreció Suplemento luminoso
de El Nacional el día de mi santo.*

*Conmovido recíbolo. Y en tanto
miro mi elogio en él, y ruboroso
sus fragancias aspiro codicioso,
mis ojos nubla y humedece el llanto.*

*¿Cómo corresponder a la hidalguía
con que tantas personas de respeto
me dan con sus palabras alegría?*

*Amistad, gratitud. Con hondo afecto
para Andrés Henestrosa, en este día,
a su Alacena lleva este soneto.*

SALVADOR NOVO

13 de agosto de 1967

José Rafael Guadalajara, novelista

Hace poco dediqué algunas horas a averiguar quién fue José Rafael Guadalajara. Mejor dicho, no quién fue, sino cuándo murió y en dónde, y si nació en esta capital o en la provincia. En vano: ninguno de los libros que pude consultar lo dicen. Juan B. Iñiguez habla de él en su *Bibliografía de novelistas mexicanos* y en *Bibliografía biográfica mexicana*; en un número de la tercera época de *Biblos* se habla de él, se proporcionan los títulos de sus obras, pero como si sólo repitieran noticias ya existentes, nada se dice de su muerte. Porque supongo que nacido en 1863 es imposible que aún viva. Y sobre todo parece imposible que si todavía viviera no fuera el escritor mexicano más famoso, siquiera fuera por razón de su longevidad. Muñoz y Pérez, biógrafo, investigador de más de un ramo del saber mexicano, oyéndome indagar acerca de José Rafael Guadalajara, contó que allá por los veintitantos era redactor de *El Demócrata*, que dirigió Salvador Díaz Mirón. Tal vez sea Muñoz y Pérez quien pueda darnos noticia completa acerca de Guadalajara, autor de una novela de nombre romántico, de la que conozco hasta dos ediciones: *Amalia*.

Se sabe que José Rafael Guadalajara nació en esta capital el 10 de julio de 1863, hijo de Joaquín Guadalajara y de Concepción Gallegos. Como en algún lugar se da sólo como probable este lugar de nacimiento, nosotros hemos dicho que falta por establecer su verdadera cuna.

Amalia es su primera novela; la escribió a los veintiún años, es decir, en 1884; de ella existen tres ediciones por lo menos, aunque yo sólo tenga la de Eusebio Gómez de la Puente, sin fecha, pero de este siglo.

De muchos medios me valí para establecer la fecha en que José Rafael Guadalajara murió. En el directorio de teléfonos está el nombre de un ingeniero Guadalajara Arrijoja, que yo supuse pariente suyo. No logré comunicación directa con el mencionado profesionalista, sino con una hermana suya que sólo

vagamente se acordaba de un lejano pariente escritor. Pero algo hizo a favor de mis pesquisas; me informó que el señor Ibáñez, un industrial de Puebla, el de la crema famosa, fuera acaso pariente del olvidado novelista José Rafael Guadalajara. Varias veces intenté comunicarme con el señor Ibáñez por teléfono, sin lograrlo.

No he desistido establecer la fecha que busco. Sólo lo he aplazado y siempre con la mira de que algún erudito acuda en mi auxilio. Parece imposible que se ignore aquella fecha, que ninguno la recuerde o la haya registrado.

El número de *Biblos* aludido al principio de esta *Alacena* es el 136, tomo 3, correspondiente al 27 de agosto de 1921. Entonces, supongo, todavía estaba vivo nuestro autor, que de no ser así, la biobibliografía hubiera consignado la fecha de su muerte. El tiempo corresponde a aquel en que Muñoz y Pérez dice haberlo conocido, redactor de un diario capitalino.

¿De veras nadie sabe algo más de José Rafael Guadalajara, autor de *Sara, Páginas del primer amor* o *Amalia. Páginas del primer amor*, como se titula la novela a contar de la segunda edición?

Si algo puedes comunicarme, lector, será cosa que yo te agradezca.

20 de agosto de 1967

Insólito discurso

Debe haber sido en el año de 1925. Tenía yo entonces muy pocos años. Hacía tres que había llegado del pueblo, todo yo bronco y enmarañado. Eran aquellos en que, decidido a aprender la lengua española, leía y memorizaba todo cuanto podía procurarme de libros, periódicos, revistas: poesía, cuento, relato, novela, sin apenas entender nada. Todo era tan fácil de retener entonces. No sólo los versos se quedaban en la memoria con una sola lectura; sino también la prosa, algo más difícil, pues la rima, las consonancias y las asonancias, las palabras casadas son un poderoso auxiliar para memorizar.

Romeo Ortega, un oaxaqueño ejemplar y típico, era uno de los procuradores de Justicia; hombre jovial, valiente; lleno de entusiasmos, de sueños que luego realizó brillantemente. La Ciudad de México, todavía muy chica y pueblerina, muy bien que se acomodaba a su ánimo; se sentía un poco como en la ciudad de Oaxaca, en donde creo que había nacido. Mantenía relaciones de

amistad con sus compañeros de escuela, de armas, de anhelos revolucionarios. Con Genaro V. Vázquez formaba la pareja más joven de oaxaqueños obregonistas. Otros oaxaqueños había en la Ciudad de México: Manuel Rueda Magro, Eleazar del Valle, son otros dos de los que ahora puedo recordar.

Ortega organizó un domingo una excursión a Xochimilco, entonces lejano y atractivo. Manuel Arenas, un general de Juchitán, fue el encargado de capitanear a los jóvenes estudiantes juchitecos, o, por mejor decirlo, del Istmo de Tehuantepec. Para acortar el camino —las canciones acortan el camino— nos fuimos cantando a bordo de un tranvía, vertiginoso dentro de la relatividad de aquellos tiempos. A bordo de dos trajineras recorrimos los canales, aquel mediodía de sol y de luz, apenas transitables por la gran afluencia de excursionistas. Más canciones, de la tierra y del tiempo ido, que son las más hermosas. En algún lugar que ahora no preciso se había dispuesto el banquete. Los mayores tomaron cognac, bebida de moda. Los jóvenes lo que su aprendizaje les permitía.

El banquete se prolongó hasta el atardecer. A la hora de los brindis hubo muchos discursos, cosa natural en convivialidad de oaxaqueños, en los que el último brindis lo dice uno de los meseros. Habló Romeo Ortega el primero; lo siguieron otros, todos elocuentes. Pero alguno pidió que hablara un estudiante más, del Istmo. Y me señalaron a mí. Y entonces ocurrió lo inesperado, lo insólito para Romeo Ortega. En mi peroración, que más bien era perorata, cité a Charles Baudelaire, de quien en esos días estaba leyendo los *Pequeños poemas en prosa* y acababa de leer *Las flores del mal*. Imagínese el lector lo que era aquello: un joven sin idioma español, leyendo al poeta más extraño, más genial y ajeno a su naturaleza. El vino, el amor, la poesía, la muerte y la vida, que todo es una sola y múltiple cosa, debió ser el tema de mis palabras; todas aprendidas de Baudelaire.

Cuando terminé de hablar Romeo Ortega me llamó a su lado. Se sorprendía de que siendo yo tan joven, pero sobre todo de Juchitán, conociera al poeta francés. Cómo puede ser, no puede ser, repetía. Y, sin embargo, era: yo había repetido palabras textuales de los poemas en prosa. Recordaba Ortega que en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca había tratado a estudiantes paisanos míos; inteligentes, aplicados, pero a ninguno que hubiera leído a autor tan extraño y peregrino.

Celestino Pérez, un constituyente que para nuestra alegría vive y no me dejará mentir, era el secretario particular del procurador Romeo Ortega. Lo

llamó y le dijo que buscara y encontrara la manera de que se me ayudara a poder seguir mis estudios, pero, sobre todo, mis lecturas. El licenciado Pérez, en efecto, me consiguió un pequeño empleo, con doble horario: mañana y tarde, con lo cual yo no podía pensar en estudiar y mucho menos en leer. Así fue como renuncié al empleo y volví a mi amado Charles Baudelaire, a quien todavía no acabo de entender. Pero ésta es historia aparte y hemos de dejarla aquí...

27 de agosto de 1967

Joaquín Ramírez Cabañas, poeta

No tengo a la mano y tal vez ya ni siquiera se encuentren en mi biblioteca, los libros de poemas de Joaquín Ramírez Cabañas: *La sombra de los días*, *Remanso de silencio* y *Esparcimiento*. De los dos primeros me acuerdo mejor; del último muy poco. Puedo decir que en ninguno recuerdo unas páginas que Ramírez Cabañas publicó en España, en algunas de aquellas raras hojas que editó Juan Ramón Jiménez: *¿Ley*, *Obra en marcha*, *Índice*? Cuando las conocí —las páginas que tengo dicho— no me ocurrió verificarlo. Ahora, treinta años más tarde, ya ves, lector, que ni siquiera me atrevo a buscar sus libros, temeroso de no dar con ellos fácilmente, para ver si en alguno de ellos, en *Esparcimiento*, que es el que menos tengo presente, se encuentran estos poemas en prosa que Juan Ramón, tan exigente siempre, dio cabida. Aparecieron en *Ley* (Entregas de Capricho), núm. 1, de 1927, textos muy a la manera de Azorín y otro poco a la de Juan Ramón. Tan extraños los encontré entonces, y los encuentro hoy, que siempre me resistí a tomarlos como de Joaquín Ramírez Cabañas, con serlos, sin duda. ¿O es que hubo un homónimo suyo, que al igual que él, tras de un brillante inicio en la poesía se quedara como poeta en la sombra? No. Nada de eso: los escribió Ramírez Cabañas.

Los títulos de los tres poemas son: “Esparcimiento”, “Primero”, “Horizontes e Instante”. El segundo lleva un epígrafe de Max Jacob: *Ses bras blancs devinrent tout mon horizon*. Juan Ramón Jiménez era, en 1925, año en que se publicó *Esparcimiento*, el poeta más leído en México, el más admirado y seguido. A esa circunstancia no podía sustraerse Ramírez Cabañas. Así, tal vez, le enviara un ejemplar, y el poeta andaluz, entusiasmado por verse maestro del

mexicano, reprodujera en su hoja poética tres de las prosas, en que se advierten reflejos de la que con tanto primor cultivó.

La influencia de Juan Ramón Jiménez fue profunda, aunque pasajera en México. Aquel aire de montaña en que se movía, raro y escaso, capaz de faltarle a quien no estuviera habituado a las alturas, hizo imposible que persistiera. Pero dejemos esto que está reservado a los historiadores de las letras y reproduzcamos uno de los poemas, para que mejor se vea lo dicho: la influencia de Azorín y de Juan Ramón en el poeta mexicano, Joaquín Ramírez Cabañas.

Ha sido en realidad un horizonte amplísimo, con guirnaldas y rosas por la mañana y lirios sangrientos al atardecer. Un perfecto olvido de las afirmaciones del iris, absoluto, transitoriamente definitivo... Pudo ser, en realidad, un horizonte con follaje de esmeraldas, añil de lejanías y turquesas de cielo; pero debo haceros esta confidencia: eran unos brazos morenos, por aventura tropical... Y acaso más que un horizonte: un universo.

Es verdad, la noción del universo suele fundirse en la noción de perdurabilidad... Mas, nuestros universos mejores logran la vida larga de las mariposas.

Ya muy pocos recuerdan a Joaquín Ramírez Cabañas, poeta. Sus trabajos de sociólogo, ensayista, historiador se le sobreponen. El poeta que era, que iba a llegar a ser, quedó vencido.

3 de septiembre de 1967

Abelardo Ávila, pintor y grabador

Un día del mes de julio pasado, silenciosamente, sólo asistido de sus más próximos, murió en esta ciudad un hombre y un artista singulares: Abelardo Ávila. Había venido a la capital de Querétaro. Pasó por las aulas de la Academia de San Carlos, sin que los viejos métodos lo hirieran y sólo aprovechando las lecciones vivas y el ejemplo de algunos maestros. No sabemos si terminó alguna carrera, ni si la buscó. Sólo se supo que cuando abandonó las aulas trabajó en tareas humildes, como son las de enseñar y servir de inspector en algunas de las secretarías de Estado. Nada nuevo, por lo demás; en el México de hoy, a diferencia del México antiguo, el artista tiene que estar preparado y dispuesto para servir en cualquier menester, por opuesto y lejano que sea al suyo. Y ésa es su grandeza y la bondad de su obra se mide, tanto por su valor

estético como por la capacidad de realizarla en condiciones adversas. Abelardo Ávila no fue una excepción. Con un morral al hombro, en que guardaba sellos y tintas, llegaba al “Café París”, tras de cumplir su trabajo diario de inspección. Junto a las herramientas de ganarse el pan, las del artista: lápiz, papel, gomas de borrar, regla y compás. Y allí sobre una mesa, olvidado de Calibán, Ariel trabajaba pero sin que estuvieran en riña, sino muy bien avenidos, Abelardo, Ariel y Calibán.

Era humilde, era sufrido, sencillo era Abelardo Ávila. Las desigualdades de la vida no eran tales desigualdades para él. Por eso conservaba el buen humor, la risa pronta, la sonrisa dolorosa. En el arte encontró desquite, si es que Ávila buscó desquite de algo. Sus manos avezadas al manejo de sellos, de aves muertas; su basta y bronca y gruesa humanidad física; su rostro barbudo, apenas acabado; las ropas en desorden, sin el menor concierto; su vientre lépero; los pantalones sin abotonar y sostenidos por cinturones extraños; corbatas viejas o tiras de trapo; todo eso se suavizaba cuando Abelardo Ávila tomaba las herramientas de pintor y grabador. En el mismo instante en que lo hacía, el menos observador podía advertir el violento contraste entre aquel hombre como mal hecho o a medio hacer y el artista delicado, hondo, genial que era Abelardo Ávila.

El lápiz y el papel vibraban, entonaban un himno que trascendía silencioso, blando y armónico; todo el contorno se poblaba de aquel mínimo ruido, casi silencio, que el lápiz producía manejado por una mano que era, a su vez, no mano, no carne, no materia mortal, sino espíritu: de la cabeza y del corazón fluían hasta los dedos de Abelardo Ávila unos latidos tan callados que su elocuencia era sólo advertida de los que lo amaban y admiraban. Sus grabados, sobre todo sus grabados, son unas pequeñas miniaturas en las que sin embargo cabe el mundo, el hombre y la alegría y la tristeza del hombre. El hombre de México, en primer lugar, con quienes se sentía ligado, fundido en una sola suerte. Le vio muchas de sus actitudes, siempre como relevándolo de sus miserias, presentándolo como quisieran que fuera y que será alguna vez. Cargado él mismo o tras el burrito al que la carga hace andar, que de lo contrario se caería, grabó a los indios por los caminos de México. Recuerdo ahora uno de esos grabados, es un atardecer, indio y burro van sobre un puente. Una miniatura llena de la última luz y el último fulgor de la tarde, invadido de tristeza, de lejanías, de negruras. Un hombre, un camino, una bestezuela que no saben adónde van, pero caminan hacia la noche, hacia la muerte. Ni más ni menos

que lo hiciste tú, amigo Abelardo Ávila, ahora muerto, lejano, caminando, adelante el burrito y atrás el perrito negro que te ayudó a pasar aquel río que dicen y creen tus hermanos indios.

No supe siquiera cuándo moriste. Joaquín Fernández de Córdoba me lo contó. Luego oí que José Muñoz Cota iba a escribir algo sobre ti. Ayer leí un adolorido artículo de Antonio Rodríguez sobre tu vida y tus trabajos. Y esta mañana de sábado, antes de entregarme a tareas que me dan el pan de cada día, te quise consagrar este recuerdo.

10 de septiembre de 1967

Diego e Ilia Ehrenburg, amigos de invenciones

Volvamos a Ilia Ehrenburg, muerto en la última década del mes de agosto en Moscú, a la edad de setenta y seis años. Recordémoslo en relación con México y con su gran amigo mexicano Diego Rivera, a quien debió, tal vez, sus primeras noticias acerca de nosotros, y el personaje de uno de sus más hermosos libros: *Las aventuras de Julio Jurenito*. Ehrenburg y Rivera se encontraron en Europa, en París, allá por el año de 1913. Vivieron juntos, quiero decir, en el mismo barrio; asistieron a los mismos cafés, trataron a los mismos escritores y pintores; padecieron los rigores de la Primera Guerra, sobre la que discutieron acaloradamente, como ya supondrá el lector. En largas veladas, Rivera habló de México, de sus realidades y de lo que luego serían realidades, de su historia, su leyenda, su mitología, que en la mente y en la imaginación de Diego todo era una sola cosa. Estaba Diego en sus inicios, febril, lindante de la lucidez y la locura, de las que dio más de una muestra. Ehrenburg recuerda que Diego padecía, o a lo mejor gozaba, entonces de sonambulismo. Como en una escena chaplinesca, en lo que fue un poco precursor, imaginaba que Ilia Ehrenburg era una gran araña y lo perseguía por el cuarto. Los que estaban enterados de su sonambulismo gozaban cuando alguno nuevo llegaba al estudio de Rivera. Cuando volvía a la realidad, si es que de veras estuvo ausente de ella, hablando con lucidez, no mayor que cuando sonámbulo, pues ya se sabe que nadie más lúcido que un sonámbulo.

Todo eso recordó Ehrenburg en su libro famoso: *Julio Jurenito y sus discípulos* –de las dos maneras, la ya aludida y ésta, he visto, creo haber traducido

el título del libro. Por eso muchos han escrito que Jurenito no es más que Rivera. Sin embargo, el autor lo negó: aunque se parezcan, se trata de dos seres distintos. Algunas coincidencias, sí, existen en sus respectivas vidas: ambos nacieron en Guanajuato, los dos eran imaginativos, noveleros, amigos de invenciones; una igual curiosidad científica tuvieron desde niños: el mexicano destripó una rata para averiguar los orígenes de la vida; el ruso aserró la cabeza de un gato buscando descubrir el misterio de la vida y de la muerte.

Muchos de los detalles de la infancia de Jurenito están inspirados en los relatos de Rivera, como es natural, escribe en sus memorias Ilia Ehrenburg. Pero, como es natural, Diego no se parece al protagonista de la novela: Jurenito pensaba más que sentía; tomaba un dogma de la sociedad que odiaba y lo llevaba hasta el absurdo para demostrar su falsedad. Diego era un hombre de sentimientos y si algunas veces llevaba hasta el absurdo los principios que a él mismo le eran caros, se debía únicamente a que el motor era fuerte y no había frenos. Son palabras de Ehrenburg.

Rivera —escribe— fue el primer americano que conocí. Con Pablo Neruda trabé amistad mucho más tarde, durante los años de la guerra de España. Hay entre ellos algo común: ambos se nutrieron del arte de la vieja Europa, ambos quisieron crear luego su arte nacional, dotándolos de ciertos rasgos característicos del Nuevo Mundo: la fuerza, el colorido, la ausencia de todo sentido de medida (en América la lluvia corriente hace pensar en el Diluvio).

Con el solo trato de Diego Rivera, con sus conversaciones sólo, Ilia Ehrenburg se imaginó estas tierras y dijo de México muchas cosas profundas, que luego pudo verificar ciertas. En 1951 visitó en Estocolmo la exposición de arte mexicano. La antigua escultura azteca me impresionó profundamente, dice. Me recordó la antigua escultura de la India y de China. Asombraba ver los caminos de la civilización: de lo arcaico, de lo monumental, los aztecas pasaron enseguida a lo afectado y barroco. Rivera —dice más adelante— quiso unir las tradiciones nacionales con la pintura moderna, como intentaron hacer muchos pintores indios y japoneses.

Muchas cosas escribió Ilia Ehrenburg de México y de los mexicanos, los del ayer remoto y de los de hoy, todo rebotante de simpatía y del ánimo de entendernos. ¿Cómo, pues, no recordarlo en *El Nacional*, ahora que ha muerto?

Lutos

Trabajé en estos últimos días en la revisión de un diccionario enciclopédico. Tarea instructiva y grata. Aparte las mil cosas que aprendí y recordé, me obligó a estudiar otras tantas, a consultar muchas obras, a verificar fechas, títulos de libros, días de nacimiento y defunción. Algo que no pude evitar y que se convirtió en una suerte de obsesión para mí fue contar los años que vivieron muchos personajes, sobre todo de las letras. Cuando revisé la última letra del diccionario, me sentí lleno de lápidas, de epitafios, de cruces y de tumbas. ¡Cuántos hombres muertos en la flor de la edad! ¡Cuántos a los años que tengo! Y cuántos que yo creí viejos al morir, apenas si tenían menos años que yo o sólo unos cuantos más. ¿Cómo iba yo a pensar que Victoriano Salado Álvarez, nacido en 1867 y muerto en 1931, tenía apenas los años que ahora voy a tener? Lo traté en los últimos años de su vida, en las librerías de viejo y de nuevo y en los cafés de la avenida San Juan de Letrán, a los que llegaba a merendar. Crucé palabras con él, sobre libros, sobre sus obras, más que otra cosa. Debí verme, como era natural, muy joven, así como yo lo veía un anciano. Era una delicia oírlo platicar, sobre todas las cosas. Se diría que estaba leyendo un capítulo de sus libros o el artículo que al día siguiente aparecería en el periódico en que colaboraba. Eran breves lecciones de historia, relatos del tiempo viejo, sucesos de los que había sido testigo, recuerdo de sus andancias voluntarias o de orden suprema por todas partes del mundo. Algo le oí entonces que luego no encontré en sus *Memorias* que ahora pienso si estará en algún tomo de ellas aún inédito. Es un ejemplo el que pongo. Hablo de don Victoriano como puedo hablar de cualquiera otro de los hombres y escritores a quienes he conocido y tratado en mi ya larga vida. De Genaro Estrada, de Rafael Heliodoro Valle, de Joaquín Ramírez Cabañas, digamos.

Volvamos al asunto del diccionario que ayudé a revisar. La nómina de los mexicanos muertos da pavora, por su número. Hablo de los que el diccionario de referencia registra, que en cuanto a los olvidados, no pavora, sino verdadero terror me produjeron. Precisar esas fechas olvidadas, esos nombres olvidados, fue una tarea dolorosa, algo así como abrir tumbas o cerrarlas.

Yo llevo desde hace años, es cierto que sin mucho rigor, unas notas necrológicas que yo llamo *Lutos*. Las consigno en los libros de los autores que van desapareciendo o en un cuadernito. De unos días a esta parte procuro consig-

nar esas fechas luctuosas con una mayor precisión, con un mayor cuidado. Y sin embargo, algunas defunciones se me escapan, se me han escapado, como pude verlo en un artículo de Ángeles Mendieta Alatorre que ahora acabo de leer en nuestro periódico *El Nacional*. Encuentro en ese artículo tres lutos que no había registrado: los que corresponden a Mauricio Swadesh, cuyo libro, *El lenguaje y la vida humana*, leí y reseñé hará cosa de dos meses, cuando iba o acababa de morir; a Isaac Deustcher, biógrafo, muerto en Londres, en fecha que Ángeles Mendieta Alatorre no proporciona, y en fin, a Filomeno Mata, viejo periodista que llenó, como dice Mendieta Alatorre, toda una época con sus trabajos e inquietudes.

Pasan los años, y más que el tiempo, la vida. Se va la juventud, queda la vida que el instinto afianza. Queda el ideal que no se alcanza. Y el pobre hombre pide de rodillas, esperanzas; y si no puede ser, olvido. Así, más o menos, lo dijo aquel a quien llamaron *El Viejecito* desde que era una criatura, Luis G. Urbina.

¿Cuántos nombres más escribiré en mi cuaderno de *Lutos*, en los días que me quedan?

24 de septiembre de 1967

Queja contra Sánchez Mármol

Dos semblanzas de Manuel Sánchez Mármol recuerdo ahora: la de Alfonso Reyes y la de Victoriano Salado Álvarez. Extraña que un mismo hombre pueda ser visto de distintas maneras por dos escritores, si no contemporáneos, casi. La semblanza escrita por Reyes quizás la recuerden mejor los lectores que la que trazó Salado, no obstante ser más reciente. A ese retrato queremos dedicar esta *Alacena*. Se inicia con un elogio; luego diatriba y elogio se entrecruzan con saña pocas veces igualada. Don Manuel—dice Salado Álvarez—no era originario de Tabasco, como consta en sus biografías, sino la transfiguración del alma de un viejo patricio romano a un cuerpo mexicano de nuestros tiempos. Epicúreo, elegante, lleno de discretas sales en la conversación, amante de la forma bella y de las cosas delicadas, sin grandes escrúpulos morales, purísimo escritor en prosa, parecía un pretor desterrado en una provincia, aunque nacido fuera del suelo itálico, en la siciliana Agrigento, por ejemplo. Y por ese tenor continúa don Victoriano.

¿Por qué dice que carecía de grandes escrúpulos morales? Por lo que luego cuenta y que yo voy a resumir.

Uno o dos años antes de salir Salado Álvarez de Guadalajara, Sánchez Mármol pidió al gobernador Curiel un resumen histórico de la literatura en Jalisco. Y como no lo había lo encomendó a Salado, quien redactó unos apuntes de cerca de cien cuartillas que se figuró que serían utilizadas en discreta medida. Desgraciadamente, don Manuel extravió mis papelotes, dice. Y lejos de utilizarlos en su *Evolución literaria* —léase *Las letras patrias*— “los involucró de manera lamentable, llegando a prescindir de toda la parte colonial, a omitir nombres importantes y a resolver o mal traer otros”. Por ejemplo, habla de los versos de Manuel Álvarez del Castillo, que creo no escribió uno en su vida (por tan fácil sendero lo ha seguido el historiador Luis G. Urbina). Y cuando yo le pedía mis cuartillas —continúa Victoriano Salado Álvarez— o le reprochaba sus equivocaciones, él me contestaba con epigramas y me ordenaba buscar mis apuntes o rectificarlo escribiendo algo mejor que lo suyo.

Pero Sánchez Mármol, que se desvivía por servir a sus amigos, fue quien lo recomendó con Joaquín D. Casasús, de cuyo encuentro arranca un nuevo capítulo de la vida de Victoriano Salado Álvarez.

Don Victoriano dice claramente que el autor de *Las letras patrias* no supo aprovechar sus apuntes, no obstante su opinión de que había dos literaturas regionales muy importantes: la yucateca y la jalisciense. En efecto, es a Yucatán y a Jalisco a los que Sánchez Mármol dedica un mayor número de referencias, y muchas veces se refiere a la literatura de esas dos entidades, una junto a otra.

En sus *Memorias* (Tiempo Viejo), Salado Álvarez habla con parecidos términos que Sánchez Mármol, de los pormenores de letras y hombres de Jalisco del siglo pasado. La acusación de haberse aprovechado el uno de los trabajos del otro es clara. Y la historia se cuenta del modo más sencillo, como quien no quiere la cosa. Pero Sánchez Mármol le da el debido crédito, si bien, una vez le llama “Mariano” Salado Álvarez.

Otro de los trabajos contenidos en *México. Su evolución social*, el que aparece firmado por Pablo Macedo, es obra de Ángel de Campo. Pero ésta es materia de otra *Alacena*, si no es que ya ha sido aprovechada con anterioridad en este mismo lugar.

..Y salió airoso del apuro

José Martí, como se sabe, ejerció el periodismo. Otros grandes escritores americanos se puede decir que se hicieron en la redacción de los periódicos, que uncidos a la mesa de trabajo, crearon las plumas de sus alas. Así, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Domingo F. Sarmiento, por mencionar algunos.

Escribir artículos de periódico, por obligación, como trabajo diario, como quien entra a horas determinadas a una oficina de trabajo y tiene que firmar el registro de asistencia, es tarea dura, a ratos triste. El periodista, entendido en esta forma, es decir, como jornalero, ha de tener tantas letras como tretas; ha de estar armado de recursos y arbitrios para salir del paso, sin que en las zarzas del camino deje jirones de su pequeña o grande fama. Si no leyó antes, debe leer mientras cumple su función de informar, entretener, divertir a los lectores. Para que no se diga de él, lo que de la mayoría de los periodistas se puede decir: que escriben mucho, pero que leen poco. Leer para informarse, o siquiera para obtener de la lectura una ocurrencia propia con la cual armar el artículo del día. O para robarle al autor preferido una idea que le permita ganar el pan de cada día, el jornal cotidiano. Así lo dijo una vez Gutiérrez Nájera, acusado de perezoso. Y así procedió más de una vez. No es que se olvidara aclarar que eran traducciones, sino que necesitaba salir del paso firmando como propia obra ajena. ¿Quién no sabe ya, después de que lo descubrió Alfonso Reyes, que el soneto *La abuelita* es obra de Gerardo de Nerval? Tal vez en eso pensaba Justo Sierra cuando dijo que el plagio era algo connatural al periodista. Se diría que siendo su misión informar, no cuenta mucho la procedencia de las ideas, de los temas, de los asuntos. Al lector importa saber, enterarse, entretenerse o divertirse. Quién lo haga, es harina de otro costal. Lo que siempre exigirá es que se haga en la mejor gramática, con buena sombra, con eficacia.

El pobre diarista no siempre tiene asuntos. Con frecuencia encuentra más difícil hallar un tema llamativo, o actual, o interesante, que su mera redacción o factura. Para entonces son las tretas y las letras.

El buen lector de periódico sabe cuándo su autor preferido estuvo en ese apurado trance. Entre líneas descubre el titubeo, el tropiezo de la pluma, la palabra empleada con timidez cuando no torpeza. Y si es de ánimo limpio, lo perdona y compadece, en espera de que en la próxima ocasión lo resarza.

Volvamos a Martí. Una vez estaba, así lo suponemos, ante a la hoja en blanco, la pluma en la mano, la frente cóncava dentro de la mano convexa. No acudía a la pluma el asunto, la frase primera, el arranque. Y le vino de pronto a la memoria el nombre de Benito Juárez; luego, que en un lugar de Argentina, habían levantado en unas cuantas semanas una ciudad, a la que llamaron “Juárez”, en honor del Benemérito. De eso hacía alguno años, tantos que el tema no era actual, ni casi venía a cuento. Pero Martí estaba urgido de asunto para su colaboración de periódico. Pero como era artista genial y era rico en recursos y arbitrios, salió airoso del apuro. Allí es en donde dice que si Juárez volviera apenas habría quien no le besase la mano, agradecido. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente, y se rompieron las olas y no se movió Juárez.

Martí detiene la pluma, suspende el elogio del indio, para volver a la ciudad levantada en unas cuantas semanas. Finge que es un viajero el que le cuenta la historia. Anchas son las calles, y trazadas a cordel, como las de la Coatepec de José María Roa Bárcena. Acá una escuela de varones; allá la de las niñas. Muchas casas de comercio, llenas del rumor, como un colmenar, de los que compran. Hay bancos, jardines, grandes depósitos de trigo, de mercancías de todas las procedencias. Una ciudad modelo, en suma.

Y, ¿en dónde está la maravilla? ¿En Texas? ¿En Colorado? ¿En algún territorio de los Estados Unidos?, se pregunta Martí. Y contesta cometiendo una falta en la respuesta:

No; en Buenos Aires. En Argentina, quiso decir. Pero salió airoso de la prueba.

8 de octubre de 1967

Tiempo de memorias

La otra noche, a bordo del tren que nos traía de Guadalajara a la capital. Me decía José Rojas Garcidueñas que ya era tiempo de que escribiéramos nuestras memorias. Pero más exactamente que yo escribiera las mías. En efecto, ya es tiempo. Pero, ¿estoy en el número de aquellos a quienes está permitido escribir memorias, recuerdos, autobiografías? Porque sólo deben escribirlos los grandes triunfadores o los grandes fracasados. Para mostrar los caminos que

conducen al éxito y las estaciones que llevan al fracaso. Contar la verdad, o lo que parece como verdad una vez que el tiempo ha pasado, así que hemos olvidado los momentos desdichados y sólo quedan aquellos que la memoria retocó, mejorándolos. Nuestra mitología, más que nuestra historia. Puede ser también que la biografía o la autobiografía se inventen, pero entonces reclaman otra cosa aún más difícil de lograr: que sean obras maestras de creación, sin importar el ejemplo que pueda servir a los pósteros, la verdad que pudiera servir a la historia. La invención requiere belleza, ropaje que la disimule, que la presente como verdad; en cambio ésta puede, y debe, aparecer desnuda, que también la desnudez es ropaje. Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita, decía Francisco López de Gómara, o Gomara, como decimos en América.

Sí, amigo Rojas Garcidueñas, ya es tiempo de escribir nuestras memorias. La noche de nuestro viaje contaste algunos de sus capítulos. Por mi parte he narrado algunos de mi autobiografía. En rigor, todo el que ha vivido, ha conocido hombres, ha viajado y, aun sin salir de su cuarto, puede escribir memorias. He observado los acontecimientos de mi tiempo y podido reflexionar sobre los antiguos en vista de los nuevos, dijo un autor para justificar la redacción de las suyas.

Contar la niñez, describir el pueblo natal, narrar costumbres, puede servir para contrastar las diversas maneras del ser mexicano, tan diferentes y abigarradas, pero en el fondo una sola, o con un común denominador: la tristeza que pasa, la alegría que sobrevive. Cada vida, cada historia familiar es distinta, pero en cuanto que somos de un mismo tronco, hijos de un mismo siglo, tenemos mucho de común: la suma de las semejanzas y las diferencias nos da una fisonomía que nos identifica y nos emparenta por encima de distancias, de idiomas, de la historia familiar.

Algo ha de haber que sugiera la idea de que ya es hora escribir unas memorias. Hace un año, en casa de Alejandro Finisterre, un amigo nuestro, tuyo y mío, Rodolfo Usigli, me incitaba a lo mismo, y hasta me regaló el epígrafe que ahora olvido. Y ya ves, José Rojas Garcidueñas: nuestro amigo ha comenzado a publicar sus memorias.

Nuestra conversación fue la noche del martes 3 de octubre. Y ahora, mañana del viernes 6, lo primero que me ocurre ante la necesidad de escribir esta *Alacena* es que tal vez sea cierto que ha llegado el tiempo de redactar unos recuerdos, una autobiografía, aunque no sea yo ni un gran triunfador ni un mo-

delo de fracasado. Aquella misma noche del viaje de Guadalajara a la Ciudad de México, en alguna de las pausas del viaje que me permitió dormir unos minutos, soñé en su posible título: *Años, engaños y desengaños*, lo que resuelto en sus tres partes daría algo de lo que me ha tocado vivir, gozar y padecer. Un título que quizá me viniera de aquel de Gabriel Miró, *Años y leguas*, leído junto con las *Figuras de la Pasión del Señor*, en la ciudad de Morelia, en aquel año de 1929, largamente recordado por los dos en el viaje que he dicho.

Sí, ya va siendo hora, si no es que ya es la hora de contarlo todo, o lo que la memoria rescató del olvido, aquello que nos ayudó a vivir, que nos salvó de la tristeza y de la muerte. Recordar es como despertar; no en balde, sinónimos: despertar, volver en sí, recordar. Se acerca la noche: vuela la golondrina a ras de suelo; la lechuza atisba desde lo alto de una rama. Todavía quedan unos amaneceres; aún oiremos otras veces el canto de los pájaros y veremos el sol iluminando las horas que nos restan. Ya es tiempo de desandar lo andado, de recoger los pasos, para que cuando llegue la tan temida, nos encuentre prontos a partir, sin nada pendiente.

15 de octubre de 1967

Cholula de Rivadabia

Diez años después del triunfo republicano, es decir, en 1877, se levantó de la noche a la mañana, pudiera decirse, a cien leguas de Buenos Aires, una ciudad con el nombre de Benito Juárez. Era la manera como Argentina quiso recordar permanentemente aquel triunfo, aquella fecha de gloria que no sólo era de México, sino de todo un continente, de todos los pueblos americanos. El hecho dio tema a José Martí para una de sus colaboraciones de *América*, en 1884. Aquí lo hemos recordado hace dos *Alacenas*, digo, hace dos domingos.

Juárez, la ciudad argentina, muy pronto fue una de las más prósperas. El viajero que contó la historia a José Martí se hacía lenguas al hablar de ella, según fueron los entusiasmos con que el cubano volvió a contar la historia. En medio de quintas y haciendas se levanta, y en cuatro leguas a la redonda está lujosamente cultivada. Anchas de veinte varas son las calles, y algunas de treinta, y sus manzanas, tiradas en cuadro a los medios vientos, tienen cien varas por ciento cuarenta... Numerosas casas de comercio, llenas siempre de

vendedores y compradores de los varios artículos del país, negocian con grandes sumas la desbordante cosecha de trigo; la sucursal de un banco poderoso adelanta con cordura capitales a cuanto agricultor honrado se lo pide; a la sombra de las aspas de los molinos están ya tendiendo los últimos rieles del ferrocarril que va a unir a Juárez con la capital de la república famosa; límpianse a toda prisa los terrenos para dar a familias extranjeras, mezcladas con algunas nacionales, haciendas de sesenta a noventa acres de tierra excelente, a pagar en diez años y de lo mismo que el suelo vaya dando; la población, animadísima, ya pasea en los días calurosos por la gran plaza central, de altos árboles sombreada, que es la gala del gran pueblo, o por otras cuatro plazas bellas que tiene la ciudad en las esquinas; ya se junta en la airosa casa del rico municipio a platicar y danzar alegremente... Así hablaba Martí de la ciudad Juárez argentina, apenas diez años después de fundada.

La historia tiene otro capítulo. México, unos años después, honró en reconocimiento de aquel acto, a un gran argentino, poniendo a uno de sus pueblos bajo su amparo. El nombre del pueblo es Cholula. El del hombre, Bernardino Rivadabia. Cholula, al contrario de Juárez, no fue levantada de la noche a la mañana, sino a lo largo de muchos años. El mexicano tuvo que hacer el cerro en que se sitúa, y eso, justamente, quiere decir Cholula: cerro hecho a mano. Obra de las manos del hombre, de su genio, de su hambre de sobrevivir. Creación hermosa es la ciudad sagrada de Cholula, como que fue obra de artífices, que eso, artífice, quiere decir *tultécatl* o tolteca, que fueron sus constructores. Allí se adoró a Quetzalcóatl, el civilizador, el primer apóstol del "alfabeto". De Cholula hablan los historiadores y cronistas, desde Hernán Cortés, Bernal Díaz hasta Humboldt y Enrique Juan Palacios. El uno dice que tenía el mismo número de *cúes* que días tiene el año. El otro la comparó con Valladolid, tal era su hermosura. Fray Diego Durán, fray Alonso Ponce, Betancourt, la nombran con asombro. Fue ciudad desde el mismo siglo de la Conquista. Sobre los *cúes*, o mezquitas, que decían los españoles, se levantó la iglesia cristiana, de sólida fábrica, recia, majestuosa. A sus días de gloria siguieron los de decadencia y de ruina. Ahora se la reconstruye, se descubren sus arcanos, se pone a la luz la América ignota sobre la cual se levantó ésta que refulge ante nuestros ojos.

Cholula fue consagrada a Bernardino Rivadabia cuando conservaba su antiguo esplendor, pese a las guerras y discordias civiles. Como en la era colonial dependió de la Audiencia de México, en la República perteneció al estado de Puebla en cuyas cercanías se encuentra.

¿Por qué fue Bernardino Rivadabia y no otro prócer argentino el señalado para tamaño honor? Acaso porque su obra, su ideario, su acción, recordaba a Benito Juárez. Combatió una invasión extranjera, fue Secretario de Estado, fundó la Universidad, instituyó el registro oficial; fue Presidente de la República y desde ahí promulgó la Constitución unitaria; defendió el sistema representativo, el sufragio universal, la tolerancia de cultos, la igualdad de derechos civiles; combatió los fueros y los privilegios. Por eso, decimos, México llamó a una de sus ciudades más viejas y más famosas, Cholula de Rivadabia.

Y ésa es la otra cara de la historia que yo quise contar.

22 de octubre de 1967

Ernesto Mejía Sánchez, autoridad en cien achaques literarios

Como con briznas que un ojo sagaz descubre ahí por donde han pasado otros ojos sagaces; como con letras y sílabas; con ecos y resonancias; como el rastreador que olfatea una huella y la sigue hasta dar con el hombre a quien persigue; así, digo, arma Ernesto Mejía Sánchez sus ensayos, sus estudios de crítica literaria, de investigación, de erudición; como quien juega también y como quien no quiere la cosa. Un asunto que se creía agotado, del que ya no había nada que decir, él encuentra cómo enriquecerlo; sabe cómo enmendarlo, poner aquel punto que le estaba faltando. Con una rapidez, con una levedad como de pájaro, vuela por las letras y cuando se posa en una rama es porque ya dio con aquella brizna que dije, aquel pétalo que le estaba faltando para integrar una ágil a la vez que donosa página en que erudición y creación se enlazan, se maridan gratamente.

Ernesto Mejía Sánchez tiene sus predilecciones. Ejerce dominio sobre muchos y variados asuntos; le son familiares y frecuenta constantemente a nuestros grandes autores; incursiona por todas las literaturas; pero regresa y persiste en algunas; por eso he dicho que tiene sus predilecciones. Sobre dos autores ha trabajado con mayor ahínco y denuedo: Rubén Darío, su coterráneo, y Alfonso Reyes. En ellos dos es autoridad indiscutida. Quien quiera saber algo más sobre tales autores, quien dude u olvide o ignore algo, pregúnteselo a Ernesto Mejía Sánchez. Casi en la misma proporción que Reyes y Darío, cono-

ce la vida, los afanes, las tareas literarias de Manuel Gutiérrez Nájera, de fray Servando Teresa de Mier, de Luis G. Urbina, de Miguel de Unamuno. En todos sus aspectos, pero más en sus relaciones con escuelas, tendencias y sus proyecciones y reflejos en este o en aquel autor. Y al revés: lo que cada autor adeuda a otros.

Por los trabajos de Ernesto Mejía Sánchez, ya muy poco queda inédito, desconocido y olvidado de muchos autores de nuestro idioma. Durante meses nos viene sorprendiendo de cuando en cuando con nuevas piezas que su curiosidad y su asiduidad descubren. Hoy un cuento y un poema de Gutiérrez Nájera; ayer una carta, un relato, unos versos de Julián del Casal no coleccionados; anteayer un cuento de Unamuno, desconocidos de todos, hasta del que preparó sus obras que reputó completas. Mañana, ¿qué? Cuando no es una alusión olvidada de un autor a otro, perdida en el monte de sus escritos, es una resonancia, un eco, que entró a formar en la obra propia. Las relaciones entre los grandes escritores americanos, él, Mejía Sánchez, las ha estudiado y las ha valorado. La amistad, la correspondencia entre ellos, las semejanzas y las diferencias, todo lo ve con amor, con ánimo de entender y hacer entender. Un maestro, un joven maestro, es Ernesto Mejía Sánchez desde hace muchos años.

Está pendiente de las fechas, de los aniversarios. Los registra, les consagra páginas de recordación, desentrañando lo que les queda de vivo, de útil para la historia de la cultura. No pasa nadie por México, que algo signifique en las letras, a quien no estreche las manos, por cuyas tareas no indague y se ponga al día. Siempre inclinado sobre un libro, siempre con una página en blanco que llenar; pronto a sacarnos de apuros, a satisfacer nuestras preguntas, a darnos una mano. Quien en un momento dado tenga tropiezos, no dé con aquella noticia que le falta para redondear un artículo, pregúntele a Ernesto Mejía Sánchez, que lo sacará de la estacada.

Su último trabajo de investigación, de recordación, y en el que he venido pensando mientras redactaba esta *Alacena*, se refiere a los papeles de fray Bartolomé de las Casas, en relación con México. Preparó el pequeño volumen el año pasado en ocasión del cuarto centenario de la muerte del obispo de Chiapa. Una investigación que registra cosas nuevas, desconocidas y que retoca y puntualiza algunas erratas e inexactitudes acerca de aquel varón.

Ernesto Mejía Sánchez es también, y nunca deja de serlo, un excelente poeta. Pero de ése hable quien pueda. Yo sólo quise insinuar que el sabio, el

erudito, la autoridad en cien achaques literarios, no logra domeñar al poeta, siempre presente y vencedor en cuanto escribe Ernesto Mejía Sánchez.

29 de octubre de 1967

Florencio Palomo Valencia, ser extraño, raro, curioso

¿Quién que tenga esta ciudad por cárcel, por sitio de recreo, por paraíso, no conoce a Florencio Palomo Valencia? Desde hace medio siglo se le puede ver por librerías, museos, restaurantes de lujo y humildes; a ratos en una esquina, o frente a una gran tienda de ropa, o en el pórtico de un teatro, o en el Pórtico, o en las Termópilas, que de los dos es digno y ha dado más de una prueba. Cuando no en la mesa de trabajo, en la de lector encarnizado, en la de funcionario público, de senador de la república y de gobernante de su entidad natía –Yucatán–; cuando no en esas situaciones, digo, se le encontró, se le encuentra y se le encontrará hablando de las cosas más trascendentes, entre burlas y veras, en el rincón de un bar en donde consume, como en un dedal, unas gotas de ambrosía; unas migas de pan, un trocito de faisán o de venado. Porque este Florencio Palomo Valencia es hombre frugal que no necesita sino lo necesario para vivir, como un pájaro, cuya imagen no en vano sugiere. No es raro que en un restaurante tome el aperitivo y la sopa y en otros el guiso y el postre: “Paolo”, “Prendes”, “Sanborn’s”, pongamos por caso. Extravagancias, dirán algunos. Nada de eso. FPV tiene un amigo con quien cambiar una idea en cada uno de esos lugares. A veces en el cambio pierde. No hay cuidado: a él le sobran ideas, ocurrencias, información que reparte a manos llenas; cuando son ajenas siempre tiene el cuidado de entrecomillarlas, para no aparecer generoso con lo ajeno. Si va de un parador, fonda, mesón o figón a otro, es porque Palomo piensa y discurre mientras camina. Y las cosas que discurre y piensa son terribles. Si nuestro amigo hablara, si redujera a letras sus sentencias, sus apotegmas, no un político en receso, sino un literato vigente, sería. Si sus sarcasmos políticos se estamparan, sería un verdadero peligro. ¿No recuerdas, lector, aquellos que dijo Francisco Zarco acerca del sarcasmo político cuando es justo y oportuno? Dijo que equivalían a una batalla ganada al adversario, a un golpe de Estado.

Como no puede hablar de corrido, o mejor dicho, no quiere; como quiere economizar medios de expresión y no derrochar palabras, todo lo reduce a pa-

rábolas, a pequeños epigramas orales, a chispas de ingenio, que un poco de eso son los chistes. Las parábolas, los chistes, los epigramas de Palomo Valencia, dichos, inventados para hacer reír y hacer reír, constituyen algo de lo más serio que ha producido la mente mexicana.

FPV sabe muchas cosas, como se insinuó cuando dijimos que era un lector encarnizado, y ahora agregamos que voraz. En historia mexicana, en particular la de Yucatán, se puede decir que es una de las autoridades. No hay aspecto de la cultura nacional que no le haya incitado y al que no haya dedicado las horas necesarias para conocerlas, no por fuera sino por dentro. Reunió Palomo una preciosa y rica colección de libros de la historia nacional. Cuando redujo su casa, digo, su nido, se desprendió de algunos, donándolos a sus amigos jóvenes, más que ofreciéndolos en venta. El catálogo de aquel acervo registra libros raros, curiosos, gemas de nuestra bibliografía. Porque este Florencio Palomo Valencia es un ser extraño, raro, curioso: peregrino si peregrino significa selecto, que es lo que quiero que signifique ahora.

Cita nuestro amigo con igual propiedad y oportunidad a autores de todo el mundo y de todos los tiempos. La última vez que lo vi ayer trajo a cuento los errores y olvidos de Cervantes, puntualmente. Yo no entendía la intención y el motivo de momento. Me divertía sí, y me enteraba de que aun los genios cometen faltas o incurrir en errores. De repente encontramos a Sancho a pie y a la vuelta de otra página montado. Era la forma más discreta, más fina y cortés que tuvo de señalarme un error en alguna de estas *Alacenas*: la mejilla cóncava dentro de una mano convexa. Con lo cual me enteró, de paso, que lee esta columna.

Otro día contaré la historia que ha inventado sobre mí, indio que aprendió a leer, a escribir y llegó a académico. Historia divertida, con dos caras: elogio y vejamen. Algo como esto que he contado es Palomo.

5 de noviembre de 1967

Poema de Ignacio Ramírez

Muchas piezas de nuestra literatura, obras de grandes escritores y poetas, se encuentran aún desconocidas, perdidas en las páginas de periódico y revistas de difícil acceso, o en álbumes a los que curiosos e investigadores no pueden

llegar. La experiencia así lo demuestra. De tiempo en tiempo, un afortunado estudioso las descubre y las da a conocer, con lo cual se enriquecen las letras patrias y se camina hacia la integración de las obras de aquellos poetas y escritores.

En el álbum de doña Adelaida Vargas de Ferreira, al que tuvo acceso Rafael Heliodoro Valle, se encontraron composiciones de Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio, Ignacio Ramírez, y no recuerdo quién otro más. Valle los dio a conocer, en una revista de provincia, *Vida Universitaria*, de Monterrey, en 1957. De esos poemas, ahora en poder del conocido abogado don Alfonso Romandía Ferreira, nieto de doña Adelaida, vamos a transcribir el que escribió en el álbum Ignacio Ramírez, el que más airoso salió de la prueba.

A Adelaida

*¿Tornas a ver el mar, tu mar querido,
que a la luz de celestes arrebales,
en medio de pintados caracoles,
dulcemente meció tu blando nido?
Pronto este Valle dejarás, en donde
Popocatépetl y su blanca esposa,
hoy, con su hielo, asustan a la rosa
y a la avecilla que su canto esconde.
Volarás con los tuyos en parvada
atravesando bosques espaciosos,
potentes ríos, pueblos bulliciosos,
orgullo de la costa perfumada.
Y del naciente sol a los reflejos,
tu inquieta nave en medio de otras naves,
tu hermoso Mazatlán flota a lo lejos.
Las dulces prendas que tu amor anhela
ya te reciben con afecto ardiente...
ifeliz quien deja la amistad doliente,
si en brazos más queridos se consuela!
Gózate largamente en tu regreso,
y, ya tus bellos ojos un celaje
vele con gallardo cortinaje,*

*ya te halague la brisa con un beso,
o ya pidas su sombra a la robusta
palma, donde el columpio te recrea
si en su pérfido seno balancea
a tu niña, que ríe y que se asusta;
o el manto brillador huellas de una ola,
siempre a tu lado plácido sonría
el compañero fiel de tu alegría;
nunca te encuentres, Adelaida, sola.*

Tres cuartos de siglo estuvo oculto el poema de Ramírez —fue escrito en 1874. Diez años después de publicados por Rafael Heliodoro Valle, es cosa difícil encontrarlo, por la escasa circulación de las hojas literarias de provincia; más aún: porque muy pocos tienen el cuidado de coleccionarlas. Por eso quisimos publicarlo: así el lector que no lo haya hecho entonces, la agregue ahora a las poesías de Ignacio Ramírez.

12 de noviembre de 1967

Literatura nacional

Cuando ya estén ordenados en volumen, debidamente anotados, prologados y valorados, todos aquellos textos en que se postula una literatura nacional, en que se reclama como un complemento de la independencia política, y en que se sostiene que sin una literatura propia no hay patria posible; entonces, habrá que pensar en otro volumen en que se reúna cuanto se ha dicho para caracterizar esa literatura, ya en artículos y ensayos, ya en atisbos, reflexiones, ocurrencias que irrumpen en la pluma de cronistas, viajeros, críticos literarios, autores de historias de la literatura nacional. Si pródiga, abundante, rica será la cosecha que se refiera a aquellos primeros textos, la que atañe a ésta lo sería mayor. Desde el siglo XVI se viene hablando de la literatura mexicana como algo individual, singular, característica. Se ofrecen los elementos que la definen, que la individualizan, que la hacen inconfundible en el gran marco de las letras en idioma español. Por algo será. Nunca meras ocurrencias, meros caprichos o

productos de un afán polémico. Quienes vienen de fuera lo ven, como lo ven los que están adentro. No se trata de rivalizar con España ni con los otros pueblos a los que España dominó e impuso su cultura en este continente, no. Es, nada más, la observación de un hecho cierto, que nadie puede negar. No es, tampoco, postular que ello fue posible porque había en México, aun antes de la llegada de los españoles una gran literatura que, reflejándose en la que nació con la llegada de los españoles, la tiñó con matices inconfundibles. No se trata de rojillos que hablan de una literatura nacional para oponerse a las dominaciones, para condenarlas. No. Los que primero observaron la diversidad de la expresión mexicana estaban muy lejos de ser unos iracundos, unos rojos, unos enemigos de España. Por el contrario, estaban más prontos a negar que a afirmar la existencia de una expresión literaria que, estando escrita en lengua española, se apartaba de ella aunque no supiera soñar en qué consistía esa diferencia.

Del siglo XVI al XX se reparten esas ideas, o tesis, o teorías, que yo no encuentro cómo llamarlas, en que se trata de caracterizar la literatura mexicana. La tesis del mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón, formulada hace medio siglo, tiene largos antecedentes. Se funda en los atisbos de escritores y viajeros, de cronistas y críticos que se han detenido a observar al mexicano y a leer lo que producen. Ahora mismo, hace unos cuantos minutos, acabo de leer una nueva reflexión, divagación, ocurrencia, al respecto. Éstas se encuentran siempre que se habla de arte mexicano, en todas sus manifestaciones; lo mismo en la pintura que en la escultura, en la música que en la danza. Porque todas esas manifestaciones artísticas vienen a ser una misma cosa: la manera como un pueblo, que es inconfundible, expresa su ser inconfundible.

Y no puede ser de otra manera. Un pueblo que viene de muy lejos, que ha caminado mucho, no puede detenerse, dejar de caminar, de hablar, de pensar, de sentir, de expresarse. En el poeta de hoy está el de ayer, oculto, vigilante, impostergable. Y cuando menos se espera pone su gota de lágrima, su granito de sal, la flor de su sonrisa y de su canto. Por eso es legítimo hablar siempre de que existe una literatura mexicana y de la necesidad de que así sea. Algo habrá de real y de vigente en esa cuestión para que de cuando en cuando se hable de ella.

Vieron mejor estas cuestiones los hombres de la generación de la Independencia y los de la siguiente. Hasta una reforma ortográfica propusieron para lograr una fisonomía propia. No hacía falta: había en la vida y en el alma ame-

ricana otra manera de manifestarse la independencia. Hasta contra España se pronunciaron los patricios. No hacía falta, aunque hubieran caído en ese error los prohombres, Sarmiento entre ellos.

El material para ese segundo volumen aludido se encuentra en toda clase de autores. Está en los poetas, en los novelistas, en los periodistas, en los críticos literarios. Recordemos, de paso, algunos de los nombres más cercanos a nosotros. Está en Zarco, en Riva Palacio, en Urbina, en Cravioto, en el músico Ponce. ¿Por qué desdeñar esta discusión, por qué calificarla de obsoleta, sin sentido ni vigencia?

Démosle oído y váyase pensando quién puede realizar estas dos tareas.

19 de noviembre de 1967

El apócrifo, género y obra literarios

La literatura mexicana –todas las literaturas– registran muchas curiosidades. Lo raro, extraño y aun reprochable sería que no las registraran, que los poetas y escritores no cultivaran el apócrifo en que el ingenio, como el anónimo, en las cartas privadas y en eso que se escribe a nombre de otro, da de sí con abundancia. Don Carlos Pereyra, en un librito primoroso, *Quimeras y verdades en la historia*, dedica todo un capítulo a ese género literario –el del apócrifo– si bien para burlarse de paso de los que toman como real la Carta de Juárez a Maximiliano, la alusión de Tolstoi a Porfirio Díaz que Francisco Bulnes tomó como buena y le sirvió de apoyo para un discurso adulator. Con otra intención, ahí mismo se habla de las *Memorias del marqués de San Basilio* o de San Basilio y de las *Memorias de don Sebastián Lerdo de Tejada*, obras las dos de Adolfo Carrillo, a quien Pereyra por cierto llama una vez Gómez Carrillo. Regocijado se muestra don Carlos al redactar ese capítulo de su libro, muy erudito. En su afán de burlarse, de levantarle en público la falda a quienes caen en estas supercherías, se desmanda a veces y afirma cosas que consideramos temerarias. Un Merimée –dice– hubiera escrito cuantas canciones de Nezahualcóyotl se le hubiera antojado dar como auténticas y hubiera enhebrado diez dramas con el *Ollantay* de los incas. Los compositores podrían aumentar el repertorio de los yaravies, agrega. Asimismo pensaba aquel que, como burlándose, dijo que había una sospechosa influencia de Horacio en Nezahualcóyotl, en un olvido de

que no hay inteligencia ni ingenio humano que sea capaz de fingir el espíritu de un pueblo.

El apócrifo también es obra literaria, también es creación, independientemente de su calificación en otros órdenes de ideas y opiniones. No sólo entretienen y dan pretexto a los que lo cultivan para reírse de los sabios y doctos, de los que no tienen el valor de confesar que desconocen a un autor o que no han leído algún libro. Dar gato por liebre es una pasión y un deleite de cierta manera de la inteligencia. Ver caer en esa trampa a discretos y disertos es una manera de gozo que ojalá fuera más frecuente. Tender la trampa y esperar que caigan en ella peces gordos y chicos, atrajo siempre al ingenio. No importa su falsedad, que no se logre fingir del todo alma y estilo, si el manjar propuesto está bien sazonado. Recuerdo ahora *Las canciones de Bilitis* con que Pierre Louys se burló de tantos, pero hizo las delicias de muchos; del pintor Rodrigo de Cifuentes, inventado por José Gómez de la Cortina, pero de quien hay calles que llevan su nombre, y aun cuadros firmados por él; de la poetisa que inventaron unos jóvenes poetas chilenos con la complicidad del mexicano Antonio Castro Leal; tomadura de pelo en la que cayó el mismísimo Juan Ramón Jiménez, que era dizque su novio lejano, y ¿qué decir de los críticos literarios que escribieron sobre la obra y la poetisa que dijeron conocer y admirar desde siempre?

Recuerdo, sobre todo en esta mañana de sábado, dos de estas travesuras, de nuestros días: la página agregada a un número de la revista *Universidad de México* (¿1937?) y el artículo que suplanta a otro del libro *Manual de zoología fantástica* por Jorge Luis Borges (México, Fondo de Cultura Económica, 1957, Breviarios125). Un libro que nadie me sacará de la cabeza su condición de apócrifo, de obra inventada por Borges, aunque confesara una y mil veces que así fuera. Quien inventó ese animal mexicano de los tiempos antiguos en nada falsificó el libro de Borges: le dio, nada más, una sopa de su propio chocolate y nos hizo reír a todos.

Realmente el apócrifo es un género que merece ser cultivado: enriquece la literatura, permite reír y burlarse de las cosas pequeñas y grandes, cuando lo que abunda en la vida son motivos de duelo y de luto.

26 de noviembre de 1967

¿Cómo se aprende una lengua?

Un coaborigen de la sierra oaxaqueña me escribe una carta y me pide que sea precisamente en *El Nacional* donde le conteste. No doy su nombre ni transcribo su carta porque abunda en faltas de ortografía y a ratos es un verdadero logogrifo. Identificarlo sería como no corresponder a la humildad y a la confianza con que se dirige a mí. Mi paisano me pregunta qué ha de hacer para aprender la lengua española; si para ello debe olvidarse y renegar del idioma nativo, el zapoteco. Eso es lo que saco en limpio de su correspondencia. Yo voy a contestarle con la mayor sencillez que se pueda, poniéndome un poco como ejemplo.

Dos medios creo muy eficaces: memorizar en prosa y en verso, y escribir muchas veces los textos memorizados. Así lo hice yo. Me sé de memoria las *Lecturas* de Amado Nervo, *El lector mexicano* de Andrés Oscoy, *El lector enciclopédico* de Gregorio Torres Quintero. Y, en gran número, recitaciones patrióticas, fábulas, letras de canciones, en lo que las consonancias y las asonancias son un auxiliar poderoso, no así lo que está escrito en prosa. Escribir muchas veces el mismo texto es un recurso eficaz para aprender ortografía. Durante mucho tiempo no supe el significado de las palabras, pero las aplicaba correctamente, acomodando palabras y frases que sabía de memoria a la conversación y a lo escrito. El uso del diccionario vino después a completar el aprendizaje, o a casi completarlo, porque muy pocos podrán decir que conocen totalmente su idioma. Un consejo inseparable de los ya formulados es que nunca se continúe una lectura sin averiguar el significado de las palabras que nos son nuevas y desconocidas. Así como no se hace una casa comenzando por el techo, no se puede aprender nada si no se comienza por la base, y en este caso la base es el alfabeto, el conocimiento de las palabras sueltas, su significado, quiero decir. ¿Cómo entender y retener el sentido de una lección si hay en ella palabras cuyo significado no alcanzamos? Por eso, el diccionario ha de estar cerca de ti, paisano, mientras lees. Toda aquella palabra que por primera vez encuentres, escríbela muchas veces y averigua qué quiere decir. Creo que la práctica de estos consejos te servirán de mucho para mejorar el español que ahora hablas y escribes.

No hay por qué olvidar, y mucho menos renegar de tu idioma de origen, el zapoteco, que según algunos que hablan y han hablado muchos idiomas, es

rico y es dulce. La idea de que las lenguas indias son una rémora, un estorbo, un obstáculo para el aprendizaje del español, es falsa de toda falsedad. Las lenguas no se estorban, sino que se ayudan, es decir, que el conocimiento de una facilita el aprendizaje de otra. ¿En qué perjudicó a Francisco Xavier Clavijero, pongamos por caso, la lengua española para que hablara con igual propiedad otros idiomas como el mixteco, el otomí, el latín y el italiano? No abandones, pues, tu idioma zapoteco, que todos los idiomas, allá en lo más profundo, son una sola y misma cosa.

¿Qué libros debes leer? Yo respondo que todos los que caigan en tus manos, aunque no los entiendas, ya que nada de lo que un día entendimos se perdió por completo: lo que hoy no entendimos ayudará a entender mañana: la ignorancia actual es saber futuro.

Tienes cerca un ejemplo: tu paisano Benito Juárez. Entre todas sus hazañas hay una que siempre debes recordar, y es que aprendió la lengua española, a base de esfuerzos y de lágrimas. El sí que pudo decir que la letra sale con lágrimas, que la palabra con sangre entra. Cuando puedas, sal de tu pueblo, como lo hizo Benito Juárez, y ésta es otra de sus grandes hazañas. No lo olvides.

Escríbeme siempre que puedas. Si alguna vez te decides dejar el pueblo y vienes a la capital, búscame. Me agradecería conocerte y que pudiéramos en práctica los consejos que sin mayor autoridad me he atrevido a darte.

3 de diciembre de 1967

El grato y placentero deber de conversar

Estoy frente a la máquina de escribir, sin saber qué contar a los lectores de la *Alacena*. No es que falten los temas, pero de algunos ya no recuerdo si los he tratado, de otros creo que merecen más atención, reclaman más tiempo en su factura, que el que pueda dárseles en el mero correr de la pluma, como se decía antes, y ahora, al correr de las teclas. Y no me gusta repetir los temas, mucho menos reproducir los artículos, con retoques o sin ellos. A este respecto recuerdo una ocurrencia de Indalecio Prieto. Festejábamos a un amigo escritor, trabajador de esta casa, por más señas. Cuando le tocó hablar, dijo Prieto entre otras lindezas, que él no sólo lo leía, sino que lo releía, porque el escritor del homenaje tenía tan mala memoria que publicaba muchas veces el mismo

artículo... Juré ese día no caer en este recurso a que está expuesto el pobre diarista, a ése que tiene que escribir más de uno diario.

Son muchos los temas, o los posibles. Referiré algunos, como acudieron a la memoria. Fue el primero el recuerdo que tengo de Paula Alegría, una mexicana selecta, a quien conocí y traté largamente en Nueva Orleáns, ahora treinta años. Contar lo que cada año padezco por no conseguir inscripción para todos los que la solicitan por mi conducto, encuentro que es insistir en mi caso personal, cuando me quedé sin escuela, porque no tuve hombre que me valiera y eso me entristece y remueve en mí deseos de proferir malas palabras. Estuve a punto de contar en la *Alacena* de hoy cómo Vasconcelos me dio libros, pero no beca, con lo que me hizo el más grande bien de la tierra. Y al lado de esto, que un paisano mío, que nunca había oído mi nombre ni sabía cosa alguna de mi familia, me ofreció una de las tres comidas del día. Su nombre, Genaro López Miro. Inseparables a este nombre se encuentran los de Longinos Cadena, maestro de español y Jeremías López Chiñas –hermano del escritor y poeta, Gabriel– con quienes siempre estará en deuda mi gratitud.

¿Y si hablara de los platillos voladores?, me pregunté, para contestarme en el acto que ese tema ya lo he escrito varias veces, siempre con algo nuevo, es verdad. Pero, ¿por qué no referir a los lectores lo que un hombre del siglo XVIII, Benito Jerónimo Feijóo, dice de los platillos voladores o algo que tanto se le parece? Quede para otra ocasión nos decimos, y continuamos en busca de un asunto para la *Alacena*.

Pero podríamos volver al tema de la *Alacena* anterior: al de los idiomas indígenas, en relación con todas las otras lenguas a las que no ceden un palmo. Mi coaborigen de la sierra oaxaqueña encontraría en la transcripción, y para él, glosa, de las opiniones de Feijóo, algo que reforzara lo que yo apenas pude insinuar al respecto.

Bueno, pero ¿por qué no referirse al centenario de la Biblioteca Nacional celebrada el último de noviembre, hace apenas dos días, hoy sábado 2 de diciembre? El solo comentario del hermoso, rígido, donoso discurso del poeta Rubén Bonifaz Nuño, pronunciado en la ocasión, daría tema para esta y otras *Alacenas*.

Hoy se conmemora la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria, obra de la República triunfante hace cien años. Anoche se inauguró la exposición de Rufino Tamayo, un descendiente de los antiguos zapotecas, de quienes no se aparta y cuyo arte continúa. Este año hizo veinte de haberse publicado *Al filo*

del agua de Agustín Yáñez, que inicia entre nosotros otra manera de la novela mexicana. Se cumplieron en agosto cien años de haber nacido Genaro García, autor de muchos libros, promotor de grandes obras civilizadoras. ¿Por qué no dedicar a alguno de esos acontecimientos el afán de esta mañana?

Y ya ves, lector, no se pudo. Pero una vez más cumplimos con el grato, placentero deber de conversar contigo.

10 de diciembre de 1967

López Trujillo, "El Venado"

Al finalizar el pasado brumoso noviembre, estuvo entre nosotros Clemente López Trujillo. Alias "El Venado". Vino de su remoto, legendario Yucatán, de su, en esos días, no tan apacible Mérida. El mismo de siempre: cordial, suave, a despecho de sus ademanes rápidos, nerviosos. Hacía algunos años que no lo veía, desde que hace cinco concurrió, en su calidad de director del *Diario del Sureste*, a la fiesta de la libertad de expresión y cuando puso en manos del Presidente de la República un librito escrito por su homónimo, Adolfo López Mateos, que López Trujillo cazó en alguna de sus excursiones por librerías de viejo, en un verdadero lance.

¿De qué si no de libros íbamos a hablar Clemente y yo? ¿De qué iba a preguntarle si no de sus nuevas cacerías bibliográficas? Sobre la cuestión me contó maravillas, entre otras la de haber dado alcance a una pieza que por años persiguió: el raro folleto publicado por Manuel Mestre Chigliazza, en edición privada y prohibida, amén de limitada, y del que ofreció mandarme copia facsimilar, o facsimiliaria, como diría el llorado maestro Ángel María Garibay K. Como recordáramos aquél que escribió Victoriano Salado Álvarez, *De la inmoralidad en la literatura*, firmado por Querubín de la Ronda, me dijo que en su biblioteca, como en la mía, paraba un ejemplar. Porque no hay libro, por raro que sea, que no se encuentre en la librería de Clemente López Trujillo. Al marcharse a Yucatán, ya va para doce años, me heredó *La Nota Cultural** de nuestro periódico *El Nacional*. Inventó entonces una palabra: *solapípedo*, que designa al que transcribe la solapa de los libros, extremos que él, como yo, rehuimos con algún éxito. En Mérida ya ha formado una nueva biblioteca de asuntos yucatecos, de

*Ver página 101.

impresos yucatecos, de autores yucatecos o que han escrito sobre Yucatán, sin ser ni yucatecos ni mexicanos. Unida a la que dejó en México cuando se volvió a su tierra, forman el acervo de literatura peninsular más abundante. Y aquella bibliografía de antologías mexicanas que desde hace años viene formando, ¿cómo sigue? Ya suman, me dice Clemente, más de un centenar de fichas.

Ya no escribe versos el autor de *Feria de frutas* y de *El venado*. Ya no escribe editoriales y artículos de periódico. Ahora compone una obra gigante: *La cultura y entraña de Yucatán*, en que ordena, por temas, por siglos, por autores, cuanto su tierra ha inspirado. A veces, me dice, trabajo hasta diez horas sin parar. Hay que darse prisa, porque la noche se nos viene encima, implacable y todopoderosa. Para que puedas darte una idea, lector, de la índole de ese libro, nomás te diré que López Trujillo consigna, por ejemplo, el número de prólogos que Francisco Villaespesa escribió para poetas yucatecos. Todo va a estar ordenado en esa obra, a la mano, fácil en su manejo. Pocos como Clemente López Trujillo tan bien preparados para intentar un libro así, a la vez producto de erudición y de amor a la tierra nativa. El poeta y el escritor se recatan en la sombra, pero están en acecho, prontos a manifestarse. Esas muestras de ternura, esas palabras que como flores brotan del erial de la conversación erudita, ¿de quién han de ser si no del poeta que es Clemente López Trujillo?

Las horas se han pasado rápidas; en el café ya sólo quedamos Clemente y yo. La charla nos ha devuelto a días lejanos, cuando nos conocimos aquí, en la redacción de *El Nacional*; cuando los días eran azules, el sol estaba en la cúspide y todo dispuesto para la dicha. Todos los amigos y compañeros estuvieron allí presentes; cada uno con lo que más lo definiera; los mexicanos y los extraños; pero para nosotros y para aquellos días, todos mexicanos; pasaron lista, sobre todo, los españoles, entonces recién llegados a México: Juan Rejano, Pedro Garfias, Emilio Prados, Antonio Sánchez Barbudo, José Herrera Petere, Lorenzo Varela, Antoniorrobes, Benjamín Jarnés, Florentino Martínez Torner. Sus bodas y las mías. Su casa del Puente de Alvarado y la mía de Ignacio Mariscal. Los encuentros dominicales con Raúl Ortiz Ávila y Efraín Huerta; con Ermilo Abreu Gómez y Antonio Magaña Esquivel; con Rodolfo Concha Campos, Luis Cardoza y Aragón. Pero he aquí que la vida es implacable. De pronto López Trujillo mira el reloj, se pone de pie, me da la mano y sale corriendo del café. Viéndolo trotar, casi galopar, recuerdo aquella ocurrencia de Luis Cardoza: “Padece el complejo de la Marcha de Zacatecas”.

Julio Torri o la escasez, primer signo de la perfección y la belleza

No es que se nos olviden las cosas, sino que no siempre se tiene el tiempo de atenderlas. Ocurre también que algunas reclaman no la nota rápida. El artículo escrito a vuela pluma, sino la meditación que exigen su calidad y el amor que a esas cosas nos unen. Por querer dedicar una *Alacena* que no fuera una improvisación al precioso libro de Julio Torri, *Ensayos y poemas*, al cumplirse medio siglo de haberse publicado, fuimos aplazando su recordación. Y he aquí que ahora lo hacemos como no hubiéramos querido: improvisándola. Pero, digamos antes de seguir adelante, que improvisación no quiere decir precipitación, ni una manera de salir del paso. No. Improvisación quiere decir, en la pluma del periodista, el denodado empeño de cumplir, en el breve espacio de unos cuantos minutos, la tarea del día; quiere decir, también, organizar lo que de una cosa se sepa con las ocurrencias repentinas, con lo que la mente, puesta en aprietos, pueda aportar. Educar, dijo alguna vez Alfonso Reyes, es preparar improvisadores. Lo dijo pensando en que al mexicano, si le asiste la inspiración, el amor a la patria, el afán de acertar, es bueno para todo. El civil que gana las batallas, como Benito Juárez; el escritor que luego resulta buen gobernante, buen educador y peregrino pedagogo, como Justo Sierra. El que nunca manejó finanzas y salvó el erario, o aumentó la recaudación del organismo impositivo que se puso en sus manos.

Improvisar tiene sus ventajas, como tiene sus desventajas; sus aciertos como sus fallas. A ratos, una improvisación registra hallazgos que la meditación no logra. Se diría que puestas en juego todas las facultades, éstas dan de sí, promueven instantes milagrosos, por llamarlos de alguna manera.

No es mi caso, pero hay días en que me veo obligado a improvisar, consolándome de que muchos periodistas mexicanos lo hicieron: Manuel Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina, por ejemplo. De no ser así, ¿cómo pudieron escribir más de un artículo al día? Si no fuera por lo que he dicho, ¿cómo sus improvisaciones iban a contener tantos aciertos?

Al mediar el mes de agosto de este año hizo medio siglo de haberse publicado *Ensayos y poemas*, de Julio Torri. Por esos mismos días, *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, los dos mejores libros de 1917. Los dos de la misma edad, del mismo grupo, de la misma generación. Ambas obras, aunque publicadas dos años después, fueron escritas en 1915, cuando sus autores habían cumplido apenas los veinticinco años de su edad. ¿Qué hay en todo esto? Caprichoso no ha de ser.

Pocas son las páginas de Julio Torri, apenas tres pequeños libros, si se exceptúa una historia de las letras españolas, que no es obra de creación, sino de sabiduría. *Quintaesencias*, que no *fárragos*. Prosa limpia, transparente, en que la luz juguetea, tornasola, se quema ella misma para que sólo reine el rápido reflejo cegador. Como otro de su generación, mexicano por adopción nuestra, Pedro Henríquez Ureña, el mucho saber, la apetencia de perfección, cortó las olas creativas, redujo a oro, lo que siendo plata, hubiera tenido idéntico valor. La escasez, ha dicho otro mexicano, es el primer signo de la perfección y de la belleza.

Buenos prosistas había tenido México. Entre los renovadores de la prosa mexicana estaban desde Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, hasta Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Luis G. Urbina. Sólo uno anterior a ellos nos sorprende por parejo afán de renovación y perfección: Luis de la Rosa, autor de unas preciosas miniaturas literarias. Con Reyes, Torri, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, el cultivo de la prosa escala cumbres que antes, no. Los prosistas de hoy —Juan José Arreola, para citar a uno solo— descienden, sobre todo el aludido, un poco de Julio Torri. Un poco, digo, porque Arreola es él solo.

Algo de esto y otro poco de otras cosas quisimos decir de Torri y de su libro cuando al mediar el año, en agosto, hizo medio siglo de su publicación.

24 de diciembre de 1967

Celestino Gorostiza

A tres amigos, compañeros de galera, siendo yo un modesto remero; a tres vecinos de sillas académicas, quiero recordar ahora, en el orden en que nos fueron dejando: Celestino Gorostiza, José María González de Mendoza y Ángel María Garibay Kintana. Contaré primeramente cómo los conocí, que fue justamente el mismo orden en que murieron. Cuando en 1928 levantó Antonieta Rivas Mercado el Teatro de Ulises, en una casa suya de la calle de Mesones, a Celestino. Aún no escribía teatro, todavía tocaba puertas, buscándose, medía sus fuerzas, se indagaba. La presencia de su hermano José, ya desde entonces gran poeta, quizás lo arredrara, no porque quisiera ser él también, Celestino Gorostiza, un poeta, sino para que dos escritores, dos artistas, que

se apellidan igual, tienen que valer mucho individualmente para que no se hagan sombra, para que uno no brille en detrimento del otro.

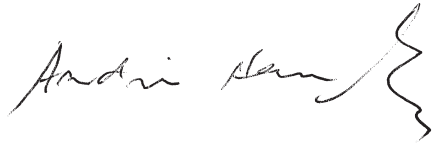
Celestino escribía entonces pequeñas narraciones, observaciones de la vida diaria, algún artículo de revista y de periódico. “Celes” –así le decían sus compañeros de generación, como a su hermano “Che Goros”– estudiaba, se trabajaba en la lectura de toda literatura, aunque principalmente la teatral, que ya adivinaba su camino. Llegó al Teatro de Ulises muy joven, como ya dije. Primero tradujo obras del italiano, del francés; luego dirigió alguna. Cuando el grupo de Ulises, o sea el de *Contemporáneos*, levantó la tienda de Mesones, ya Celestino Gorostiza estaba puesto en el camino que tan largo y con tanta ventura recorrió: el teatro, así autor como crítico, como director, como promotor.

Celes murió muy joven, cuando iba a cumplir sesenta y tres años. Su último escrito, una carta a Rodolfo Usigli, es como su testamento, como un ensayo de valoración personal, como un corte de caja del teatro mexicano de los tiempos en que lo trabajó. Muy triste aparece en esa carta. La hora de la verdad, la terrible, estaba apenas a unos cuantos meses. Pero se le ve entero, esperándola a pie firme. Y ésa fue su lección final.

No toda la obra de Celestino Gorostiza está reunida en volumen; alguna queda dispersa y olvidada en revistas y periódicos de sus días –en *Escala*, por ejemplo. Si nuestra Academia Mexicana de la Lengua no padeciera de tanta pobreza, ésta sería una de sus tareas principales: reunir la obra dispersa de sus miembros desaparecidos. La siguiente es su sucinta bibliografía: *El nuevo paraíso*, México, 1930; *La escuela del amor*, México, 1935; *Ser o no ser*, México, 1935; *Escombros del sueño*, México, 1939; *La reina de nieve*, México, 1942; *La mujer ideal*, México, 1953; *Columna social*, México, s/f; *La paradojas del teatro*, discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, respuesta de Salvador Novo, México, 1960; *La provincia y la poesía*, discurso, Aguascalientes, 1960; *Discursos de Bellas Artes*, México, 1964.

Quédese para las dos futuras próximas *Alacenas* tratar del Abate de Mendoza y del canónigo Garibay Kintana, las otras dos bajas de este año que hoy termina.

1968



El Abate de Mendoza

Viéndolo moverse entre los libros de México, entre sus hombres, entre sus cosas todas, nadie dijera que José María González de Mendoza fuera español. Oyéndolo hablar, opinar, exponer sus ideas y sus conocimientos, sin alardes, como quien no se atreve del todo, porque teme equivocarse, se diría que *El Abate* era mexicano. Nada, o muy poco le quedaba de la cuna de origen. Es verdad que era andaluz, de Sevilla; con lo que ya está dicho que hablaba el español un poco a la manera en que lo hablamos los de México; pero, ¿por qué yo pienso que fue por cortesía, por acomodar su espíritu a la manera secular del nuestro, por lo que procuró no desentonar jamás entre los mexicanos? Cuando hablaba, cuando opinaba, aunque sabio, siempre dejaba abierta la posibilidad de que otro retocara sus exposiciones, de que alguna supiera más. En la Academia así ocurría. Donde hay bueno, hay mejor, parece que pensara ante toda discusión.

El Abate de Mendoza vino muy joven a México. Aquí y en España desempeñó tareas que muy poco anunciaron al futuro erudito, al venidero hombre de letras. La teneduría de libros, en apariencia, es cosa ajena a la literatura. En apariencia, digo, porque los números, porque la ciencia, es precisión, en dos más dos son cuatro –por lo menos hasta ahora. Pero, ¿no contenía ya el oficio la palabra libros? ¿No son las letras rigor, precisión, orden? ¿No es ponerlas unas tras otras? ¿No letra por letra se han hecho siempre los buenos libros? Yo no veo extraño que de contador se pase a literato. Contar es casi cantar. Además de que quien sabe contar dinero, cosas, acabará por saber contar lo que le pasa, que no otra cosa es la literatura, uno de cuyos géneros, por cierto muy difícil, es el cuento. Dejémoslo hasta ahí.

Diecisiete años tenía cuando vino a nuestro país. Luego se volvió a Europa y estudió en París, en diversas facultades. Su nombre nos aparece en las columnas de *El Universal Ilustrado* que, cuando vine a México, en 1922, era la mejor de todas. Ahí escribía González de Mendoza sabrosas crónicas, amenas y sabias, sólo advertida de los que estaban en el secreto. Lo que entonces caracterizaba a las letras, el tono de aquellos días, las maneras de entonces, él las ejercía y dominaba a plenitud.

Se hizo mexicano, tras de servir algún tiempo en cargos menores en nuestro servicio diplomático. Pero ya lo era por gusto, quiero decir desde antes que las leyes pronunciaran juicio alguno, desde que comenzó a estudiar arqueología mexicana. Con Miguel Ángel Asturias tradujo las versiones francesas de Georges Raynaud del *Libro del Consejo* o *Popol Vuh*, o *La Biblia maya-quiché*, o *El Manuscrito de Chichicastenago*, que de todas esas maneras se puede llamar al gran manuscrito literario que todos saben, y los *Anales de los Xahil* no menor en importancia que el primer aludido monumento.

Poca la obra creativa de González de Mendoza. Se reduce a unos cuantos ensayos, a un breve número de crónicas, algunos prólogos, unas notículas; eso sí, todo magnífico, sin desperdicio. No es una selva ni un monte su producción, pero ahí no hay rama sin capullo, flor y fruto; sin rumor, sin luz y sol en las hojas; sin pájaros que cantan.

¿Por qué hombres tan capaces, tan bien dotados, escriben tan poco? Es pregunta que se hacen siempre los amantes de fárragos y no de quintaesencias. Escriben poco porque temen errar, frustarse; porque persiguen un ideal de perfección, y los ciega una luz, una claridad que no alcanzan atrapar. No será siempre cierto, pero a veces...

Se dice que *El Abate* de Mendoza llevaba un diario de escritor, de noticias mexicanas, de sus lecturas, o algo así. Tal vez allí haya consignado aquellas cosas que se negó a entregar al libro, por pudor, por no considerarlas en su humildad dignas del recuerdo, sino del olvido.

Yo creo haber sido su amigo. Siempre me daba el gusto de referirse a las *Alacenas* y a *Las Notas Culturales*. Y me favorecía con sus noticias, con sugerencias. Por eso yo siento que soy alguno de los que más lo perdieron.

7 de enero de 1968

Sabio mexicano

Algo que más me llamaba la atención en Ángel María Garibay Kintana es que no había para él tema humilde, indigno de su pluma. Ejerció un periodismo fácil, pero lleno de miga; el asunto en apariencia más baladí, él lo sabía transformar, ponerlo a distinta luz, para que rindiera todo su jugo, soltara su contenido más oculto. Cualquiera que fuera el tema, el tópico, como dirían algunos, Garibay sabía elevarlo, tratarlo de tal modo que en el curso de su desarrollo fuera apareciendo su sabiduría, la que contenía de todas las cosas.

Su condición de hombre de la iglesia, sus mil conocimientos, su dominio de lenguas, su trato cotidiano con el saber y la belleza, no impedía que conociera, como el más típico hombre del pueblo, el lenguaje del barrio, del mercado, del mesón. ¿Quién dijera que cuando hablaba entre amigos y se creía entre discretos, usara de albures, de retruécanos, de palabras de doble sentido? Cuando preparaba los artículos sobre tres animalitos mexicanos —el tlacuache, el mapache y el coyote— me platicó cómo iba a tratarlos, es decir, desarrolló el asunto, lo platicó antes de ponerlo en papel. Al hablar del coyote recordó todo cuanto de ese animal se puede decir y se dice entre los léperos, sin que al hacerlo manifestara algún signo de malicia.

Lo visitábamos con frecuencia en la calle del Buen Tono, Daniel Moreno y yo. Entonces me platicaba de los sucesos del día, con toda la naturalidad de un hombre común y corriente. Aquel sabio no desdeñaba hablar de las cosas que están a ras de tierra, de ésas que reptan. En su pequeño estudio de piso crujiante, rodeado de obras maestras, en todos los idiomas del mundo, se mostraba en su plenitud, sin antesalas. Luego veíamos aquellas charlas conversadas en artículos de periódico, sabiamente aderezadas, adobadas. ¿Cómo aquellas cosas podían dar de sí tanto? Era la sabiduría, la humanidad, el amor a las cosas lo que permitía a don Ángel María aquella suerte de malabarismo.

Su último artículo, escrito a sólo unas cuantas semanas de su muerte, fue muy breve. Por primera vez habló de sus enfermedades, de sus achaques, de cosas que quiere la muerte para llevarse a su paciente. Estaba postrado, en agonía, pero, excepto la brevedad, el artículo registraba todos los dones de su pluma de periodista: agilidad, un saber disimulado, dicho entre líneas; estaba escrito con el ánimo de enseñar, de estimular, de servir a sus semejantes, lo que fue su única meta. Quien no escriba para servirlos, dijo el clásico, más le vale

echar la pluma al fuego. Así lo hizo Ángel María Garibay K. y estoy seguro que fue uno de sus más grandes dolores soltar la pluma del diarista.

Era hombre intransigente. Nada injusto dejaba pasar, seguro de que transigir con una injusticia es tanto como cometerla. Pero su afán de justicia quedaba satisfecha con la sola denuncia. Luego decía una palabra de perdón y volvía con su buen humor habitual a sus conversaciones sobre la vida que pasa, acerca de lo poco que nos va quedando, de lo mucho que se nos va. Al revés de los escritores que sólo están pendientes de los temas eternos y sublimes; que sólo citan a los grandes autores, Garibay llamaba en su auxilio a los humildes, a los más injustamente desdeñados. Acabamos de aludir a Juan de Dios Peza. ¿Y no dio Ángel María Garibay una gran conferencia sobre “El Nocturno” de Manuel Acuña?

Porque así era este sabio. El tema más humilde le daba pretextos para manifestar su corazón de hombre, todo dolido; su sabiduría, toda encaminada a servir.

14 de enero de 1968

Aquella vieja ciudad

Yo tuve en otros tiempos un pasatiempo que luego los años me han robado: recorrer la ciudad por todos sus rumbos, ya solo, ya en compañía de amigos y compañeros de escuela. Es cierto que en la época que aludo la ciudad era pequeña, cabía, dijéramos, en la palma de la mano. O tal vez lo que era grande era el tiempo, lo que no tenía orillas era el ocio. El cuento es que emprendía cotidianamente grandes caminatas. Cuando se camina por gusto, las distancias son pequeñas; no así cuando por necesidad. Cuando por obligación íbamos de la Escuela Normal, que estaba en Argentina y Luis González Obregón, al Parque Unión, que estaba donde ahora el Monumento a la Revolución, nos parecía una tiranía que nos forzaran a tan larga caminata. ¿Qué eran aquellas veinte manzanas o cuadras? Nada, comparadas con el recorrido que luego hicimos del Centro –el Centro era la Preparatoria, la Facultad de Leyes– a Azcapotzalco, a Tacubaya, a la Villa, digo, Villa Madero, ida y vuelta. La ciudad se interrumpía de cuando en cuando, con lo que teníamos que atravesar algunos sembrados, o rodearlos, para evitar el encuentro con maleantes de que siempre

se ha adornado esta bendita ciudad. Por ejemplo, cuando cortando por el Parque España, nos dirigíamos a Tacubaya. Allí en donde ahora está el Cine Lido, había unos sembrados. Cuando el viaje era por las tardes nos atrevíamos por aquellos maizales, en que no faltaban excursionistas rezagados, tendidos bajo los árboles. Algún encanto tenía que campo y ciudad alternaran.

Pero la Ciudad de México creció monstruosa, desmesurada. La vida se complicó. Los amigos se fueron. La rosa de la infancia quedó rota. Vinieron los primeros lutos; la vida exigió que se le prestara atención. Y aquel goce de recorrer la ciudad, sin rumbo fijo, por donde primero ocurriera, se fue también. Pero he aquí que ahora vuelve. Ya no es lo mismo, es cierto. Nuestros ojos ya no miran las mismas cosas, ni la ciudad se las ofrece. A la alegría de entonces, sucede otra, que tiene una cara algo triste, dulcemente melancólica. Los altos edificios no dejan ver el cielo, antes azul, leve, perdido en su grandeza. Ahora nubes que se llevan nuestros ojos en su vuelo hacia lo ignoto, nubes que ya nunca volverán a pasar por donde hoy, como nosotros.

Si ayer en compañía, hoy solo, solito. Aquel muro en que estaba la placa conmemorativa, que recordaba que allí había nacido o muerto algún prohombre, ya no existe: al abrirse las avenidas, las calles, los paseos, se destruyó sin ningún miramiento. Y nos arrepentimos de no haber hecho, pese a que muchas veces la idea cruzó por nuestra mente, la nómina de aquellas placas que el Buen Tono colocó en los lugares históricos. Si al menos las que aún restan pudieran salvarse.

Las viejas plazas, los viejos jardines, los parques abandonados, los rincones típicos, desaparecieron en una gran proporción. Pero quedan algunos de aquellos lugares por donde pasamos un día con el alma deshecha o a medio hacer. Aquel que creíamos que ya no éramos, nos sale al paso y camina junto a nosotros por un largo trecho. Ayer por Santo Domingo, por Loreto, por San Sebastián, lo volvimos a recordar todo. El eco de una canción puso un poco de luz y otro poco de sombra en nuestro pecho. El recuerdo de una página leída en una de las bancas de esos jardines nos acercó el ayer que creíamos remoto.

Aquella vecindad por donde pasamos unos meses, unos días, unas semanas, ya no existe, pero su recuerdo allí queda. Podemos situarla en nuestra imaginación. Hasta el olor, santo que dijo López Velarde, de las panaderías, de los figones, regresan para devolvernos a la isla de luz, de la que fuimos deserrados para siempre jamás.

Gozosa tarea ésta de reconstruir la vieja ciudad con el recuerdo. Delicioso pasatiempo recorrerla en busca de aquellos rasgos que nos la devuelvan como era cuando la conocimos, ya va, ¡ay!, para medio siglo. Pero el corazón se siente aliviado, como ayer en la tarde.

21 de enero de 1968

El diablo de las erratas

Sarna, tiña, buba son las erratas. Enfermedad contagiosa, venérea, de las letras. Nunca andan solas, ni se aíslan; más bien parece que les place inocular a las vecinas, contagiarlas, para que el mal de una sea de muchas, que es consuelo... Ahí en donde aparezca una errata aparecerán otras, porque proliferan, paren como conejas. Las erratas son invencibles, son elocuentes, se diría; avasallan, convencen, seducen a linotipistas y a impresores. Por eso ganan al final, quedándose.

No hay libro que no las contenga. Una siquiera para que sea ley de la tipografía. Tan cierto es que aquel pobre escritor a quien perseguían las erratas, una vez, al descubrir que uno de sus libros no contenía una sola, quiso que existiera constancia del milagro, consignándolo en alguna parte, que fue en el colofón, en donde el duende, el ser maléfico que gobierna la tipografía salió con la suya. “En este libro no hay una sola *erata*”, decía. Con lo cual la hubo. En los libros del gran tipógrafo Manuel Altolaquirre, y gran poeta también, las erratas aparecían hasta en las portadas. Se veían muy bonitas, es cierto; porque la errata no daña la tipografía, sino a la bibliografía. Una palabra en que las letras están cambiadas, están trastocadas, mejora muchas veces. Una dichosa combinación de vocales y consonantes es agradable a los ojos, los halaga. Pero ojalá fuera eso, o nada más eso.

Algunos editores se caracterizan por las erratas de sus impresiones. Su abundancia es, claro, sólo el resultado del descuido, de trabajar en cosas que son ajenas a su naturaleza. Las erratas son inevitables, pero no hasta el grado de que infesten los libros, de que sólo ellas dominen y opaquen la luz. Tan connatural es la errata a la tipografía, tanto está en su naturaleza, que se podría decir que es algo así como su adorno, sin el cual como que el libro sufre por la razón contraria: la falta de una errata sería a su vez una errata.

Hace muchos años trabajé un día, un solo día, en una imprenta. Su dueño imprimía libros encarnizadamente; nunca como en su caso, dejó de ser una metáfora aquello de hacer sudar a las prensas. Mi patrón de un día las mantenía jadeantes. También es cierto que no sólo por el trabajo, sino por razón de sus años, de su vejez. Tres guasas le hice al final de aquella jornada de trabajo, de las que sólo puedo repetir dos, porque mi frustrado patrón todavía vive, todavía imprime libros. Una fue que le propuse, en vista de las cien erratas que aparecían en cada título, y eso que eran breves, más que una fe de erratas, una fe de aciertos. La otra, fue decirle que aquella máquina de cometer erratas era anterior a Gutenberg. La otra guasa, ya dije que no la puedo repetir... El caso es que aquella misma tarde fui despedido.

Pero yo nunca creí que iba a pagar muy caro todo aquello, que Dios o el diablo iban a castigarme. Con creces he pagado aquellas burlas, aquella risa que se apoderó de mí cuando le vi la cara al pobre hombre, a quien agraviaba y ofendía sin necesidad, necia y gratuitamente. Resulta que el pobre autor de esta *Alacena* quería hacer una edición, la mejor, la definitiva, de un librito suyo. Adquirió un gran papel, eligió tipos y tintas; planeó un formato, una portada, unas ilustraciones. La pieza ya no volvería a aparecer sola, en edición individual, sino reunida con otras, en un próximo libro. Un excelente escritor, un bondadoso amigo, escribió un precioso prólogo, preparó una exhaustiva, o casi, bibliografía. Todo parecía caminar sobre ruedas, en aguas mansas, tranquilas. Pero, ¡ay!, no contábamos con el diantre, el diablo, el dios de las erratas. Había una feísima, en las primeras páginas del prólogo. Advertida la anoté, la señalé. Diez veces intentó aparecer hasta que logramos eliminarla. Sin embargo, una maniobra de última hora hizo que el lingote corregido cediera el sitio el enfermo, al atacado de bubas, tiñas y de sarna. Cuando lo advertí, era ya medianoche; hablé al pobre impresor. A la mañana siguiente, le entregué los ejemplares de lujo, con el nombre del suscriptor o del amigo impresor, para que siquiera esos cien ejemplares fueran corregidos. El impresor, muy celoso de su honra, prometió hacer una nueva impresión. Y la hizo, pero, ¡oh, dolor!, persistió la errata, la más fea. ¿Cómo pudo ocurrir? No lo sabremos nunca, ni yo trataré de averiguarlo. Nada más digo que los dioses me castigaron, que es muy cierto que no hay deuda que no se pague; mi patrón de un día ha quedado vengado, sin ejercer la venganza.

Patricio Oliveros, poeta oaxaqueño

Tres versiones conozco del hermoso soneto a León III de Patricio Oliveros, poeta oaxaqueño: la original, la que hizo Alfonso Gutiérrez Hermosillo, en cuyo libro *Itinerario* aparece como propio, y la que aparece en *Flores del huerto clásico*, de Federico Escobedo, “Tamiro Miceneo” entre los árcades. Dos de esas versiones ya les hemos dado a conocer en esta sección, hace muchos años. Ahora, en víspera de publicar el soneto de Oliveros en *La nueva Musa oaxaqueña*, dentro de la serie de *Bibliófilos Oaxaqueños*, doy a conocer la tercera que, a diferencia de Gutiérrez Hermosillo, que de hecho escribe uno nuevo, sólo lo retoca levemente.

Reunirlo entre las flores del huerto clásico, entre joyas literarias, prueba la gran estima en que Federico Escobedo tuvo a Patricio Oliveros, autor del soneto que motiva esta *Alacena*. Señala que registra algunos lunares, si bien no dice que los enmienda. Por su tema, lo remonta a la antigüedad, establece su parentesco con otros poemas, que el lector recordará al leerlo.

El soneto fue escrito en ocasión del jubileo de León III, desde la ciudad de Oaxaca, en donde Oliveros vivió y murió oscuramente. No fue éste el único y mejor de los suyos, aunque yo lo prefiera. Otro hay igualmente famoso y más conocido: “La vaca prieta”. Como el que inspira León III también tiene lunares, aunque ninguno, que sepamos, lo ha retocado. La obra de Oliveros es escasa, y sobre escasa, poco conocida. Mucha de su producción debe quedar en la prensa oaxaqueña de fines del siglo pasado; mucha ha de haberse perdido, antes de llegar a la letra de imprenta, lo que es una lástima, porque Oliveros era un poeta magnífico. Este soneto puede dar una idea aproximada de su estro y de lo que pudo realizar en mejores condiciones, en medio más propicio o, por lo menos, menos ingrato.

He aquí la versión prometida:

*—Piloto en alta mar, y en ese leño,
en noche tormentosa y tan oscura,
sin brújulas ni velas, ¿por ventura
es tu arrojado demencia, o es un sueño?*

*¿Serenos en el peligro y tan risueños,
cuándo presto hallarás muerte segura?*

*¡Ni un astro asoma en la remota altura!
Enfrena, enfrena tu atrevido empeño.*

*—Bogando voy en esta frágil nave
ha diez y nueve siglos sin recelo,
en tiempo claro o en tormenta grave.*

*Y he de pisar las playas de mi anhelo.
¿Cuándo? No sé; pero el Señor lo sabe:
¡Luz no me falta, tengo la del cielo!*

¿Cuántas otras poesías de Patricio Oliveros pueden hallarse? Si alguno supiera de otra u otras, ¿quisiera comunicarlo al autor de esta *Alacena*?

4 de febrero de 1968

Palabras nunca antes oídas ni leídas

Hasta ahora puedo contestarle, amigo García. Lo llamaré así para ocultar su identidad y para poder hablarle con la misma familiaridad que la primera vez.

Desde luego me place saber que ya maneja con mayor soltura el diccionario o *tumbaburros*, como se le llama por mi tierra, y ahora sé que también por su pueblo. No en balde el Valle y el Istmo vienen de una misma rama. Sí es necesario consultarlo diariamente; nunca dejar una palabra sin conocer su significado. Porque cuando esto ocurre se ha perdido una gran parte de la lectura al no entender, al ignorar una dicción, por lo menos la línea en que la palabra se encuentra, queda sin rendir su fruto, su jugo.

Aunque le parezca extraño, yo consulto constantemente el diccionario y creo que aun los escritores más famosos lo hacen. ¿Quién puede decir que nada ignora en materia de lenguaje? Algo habrá que desconozcamos, alguna palabra le saldrá al paso por primera vez.

Anoche mismo —y ése fue el origen, la decisión de contestarle su cartame topé con cuatro palabras nunca antes oídas ni leídas: lena, len,* lueñe, apatusco, cuyos significados no le doy para que sea usted mismo quien las localice

*Ilegible en el original.

en el diccionario. Le diré, sí, que no recuerdo haberlas visto en ningún escritor mexicano, ni hispanoamericano, sino sólo en autores españoles. Esta última –apatusco– la encontré el otro día leyendo unas delicadas páginas que sobre Azorín –así se llamaba un ilustre escritor español– acaba de publicar don Luis Garrido. Si hay en el pueblo algún diccionario enciclopédico, ahí encontrará estos dos nombres: José Martínez Ruiz y Luis Garrido. Pues, como le iba diciendo, señor García, Garrido transcribe un fragmento en el que están estas líneas: “Creo que pensaba que al tener cierta personalidad, no necesitaba apatuscos inútiles; lo espiritual lo ponía sobre lo accesorio”.

Le dije que las cuatro palabras transcritas no las encuentro en escritores de nuestra América. Ahora le digo que no son pocas, sino multitud, las voces que no están en nuestro acervo, y sólo en el de los escritores españoles. Otras muchas nos son comunes, pero con diferencias en sus significados, o en algún matiz de su significado, por mejor decirlo. Y, al revés, palabras hay que son del uso exclusivo de los americanos, o de significación distinta, por lo menos en ese matiz que hemos dicho. Son palabras castizas aquí, pero allá, en España, en desuso, arcaicas.

Le diré también que lea cuanto pueda: libros de todos los orígenes, los que caigan en sus manos. Procure leer a los autores españoles; de ellos viene la mitad de nuestra cultura, la mitad de nuestras letras, la mitad de nuestra alma. No desdeñe esa parte de la cultura mexicana. Siempre que pueda, escríbame, amigo García. Ya sabe que me complace platicar –no se usa, por cierto, platicar en España– con usted.

18 de febrero de 1968

Paseo por la ciudad

¿Cuántos conocen verdaderamente esta ciudad en que viven? No la actual, la gigantesca, la abrumadora de hoy. No. Hablo sólo de la ciudad de los primeros tiempos de la Colonia, la del trazo o la traza de Alonso García Bravo. Conocerla, digo, más allá de sus zaguanes, de las fachadas; conocerla por dentro, en su intimidad, en su historia. De esos, muy pocos ha de haber. Por lecturas, por el hecho de vivir en ella por muchos años sé por dónde, y en dónde, estuvo la primera Ciudad de México, la levantada sobre los escombros, la sangre, los

restos de los indios que la defendieron y, luego que la construyeron, en que aún murieron más. Porque indio que caía de los andamios servía de cimentación, de donde viene que en donde quiera que se haga excavación aparezcan tantos despojos humanos. La reconstrucción de la Ciudad de México, vino a decir Motolinía, fue una de las calamidades del mundo.

El sábado, hace ocho días, José E. Iturriaga, como tan buen conocedor de la ciudad, me condujo de la mano por el antiguo México. De cada sitio, de cada esquina, de cada calle me hizo un pormenor. Por si hiciera falta traía en las manos los textos, las fuentes, los libros de consulta: la biografía de la ciudad, quiero decir.

La primera visita fue el edificio que se levanta en las actuales calles de Tacuba y Bolívar, que ocupó casi una manzana cuando todavía era convento, en los tiempos en que las autoridades civiles no se atrevían con la Iglesia, con la que se topaba por donde quiera que nos atrevíamos. Muchas veces, centenares, miles de veces, habré pasado por su puerta, y que recuerde, una sola entré al viejo edificio. La verdad es que nada incita a visitarla. ¿Cómo puede haber algo de admiración allí en donde lo primero que se ve son unas tiendas de intimidades femeninas, de perfumes baratos, de chucherías? Y sin embargo, ésa es una de las construcciones egregias de nuestra ciudad. Su amplio patio, con una fuente ahora sin agua; una escalera con gran aire, vuelo, ambiente; unos corredores, ahora llenos de macetas, de jaulas con pájaros que trinan, lo que en algo reduce la pena, la violencia de ver esta joya dedicada a menesteres tan humildes, si legítimos. Nos viene a la memoria aquel cuadro de Francisco Goitia –casi Goya– en que sobre un montón de oro aparece sentado un limosnero. ¿Cómo puede ser, nos preguntamos, que en los bajos de nuestra primera Universidad, esquina de la Moneda y el Seminario, esté ahora instalada una cantina, junto a unos puestos de fritanga, unas ostionerías? Menos mal que un poquito más allá, rumbo a la calle de Argentina, una gran librería –la de Navarro, y tantito antes, la pequeña y rica de Medina.

Contemplamos, mientras Iturriaga daba las explicaciones indispensables del caso, la casona de las esquinas de Donceles y Chile, ahora local de la Wells Fargo. Linda casa, digna de otros fines, Tan grande fue que se iniciaba en la esquina de Allende, enfrente de la actual Cámara de Diputados, y daba la vuelta hasta muy cerca de la calle de Tacuba. Uno de los negocios que se encuentran en la bella finca, es la vieja, la famosa tequilería de Manrique, en recuerdo de una calle que así se llamó antes que fuera de Chile.

Caminando después por Cuba nos detuvimos frente a la Plaza de Santo Domingo. Vimos la casa de la Malinche, ahora una escuela; contemplamos el edificio de la antigua aduana y el edificio opuesto, en cuyos bajos aún quedan los “Evangelistas”, a quienes pintó con mano sabrosa Hilarión Frías y Soto; más allá, la Iglesia de la Encarnación, local otra vez de la Biblioteca Iberoamericana. El retiro del enrejado le comunica belleza, amplitud. Sobre la calle de San Ildefonso, frente a la Preparatoria, recordamos la historia del ilustre colegio, los hombres que ha producido, los hombres que la levantaron. En frentito, la casa en que vivieron José Martí y Venustiano Carranza, cuando niño, en los días en que el cubano vino a México. La Plaza de Loreto, hoy limpia, con una fuente activa, nos devolvió a los años mozos, en que todo era tan bello. Por ahí, entre columnas de las antiguas construcciones eclesiásticas, se instalan humildes habitaciones. Otra vez la imagen del cuadro de Goitia nos viene a la mente. Hasta la Santísima no paramos. Cuánta grandeza oculta, escamoteada. Por fortuna parece haberse detenido la piqueta bárbara. Ya no habrá más demoliciones de joyas. No sólo, sino que es propósito del gobierno, sacar a flote las que aún restan.

Sí, no ama de veras su ciudad quien no la conoce. Yo los incito, amigos lectores, a que alguna vez la recorran, sobre todo en su parte vieja.

25 de febrero de 1968

Discrepancia entre Zorrilla y Roa Bárcena

Hasta donde mis noticias alcanzan, ninguno de los que han escrito acerca de José Zorrilla en México ha aprovechado un artículo de José María Roa Bárcena, aparecido en *La Cruz* (tomo VI, núm. 10. México, noviembre 3 de 1857, pp. 331-336), en ocasión de haberse concluido la publicación por entregas de *La flor de los recuerdos*, iniciada en 1855. Cualquiera diría que Roa Bárcena lo hace en elogio de Zorrilla, su amigo, y como él, de Maximiliano, a quien los dos servían y admiraban. ¿Quién olvida la hermosa oda de Roa Bárcena al emperador? Y, sin embargo, no es así. Reconoce, sí, sus bellezas, pero se opone a alguno de sus juicios, opuestos a sus principios en política y literatura. Nada tiene que oponer Roa Bárcena a lo que se refiere a los recuerdos y a las impresiones que causó a Zorrilla la virgen naturaleza americana, y el trato de los morado-

res de este suelo tan magnífico en sus producciones, “cuanto infortunado para ellos”. Respecto de los recuerdos, hay en el libro hermosos versos escritos bajo la inspiración del mar de la nave que solitaria y atrevida se lanza a través del Atlántico; de la grandeza de Dios que brilla durante la noche en las estrellas del cielo y en las olas del océano; del alma sensible y religiosa que deja en la abandonada playa el hogar y la familia y al verse aislada sobre las aguas, se desanima y desconsuela, duda del cariño y de la fe de aquellos a quienes ama, desconfía de su porvenir y de sus propias fuerzas, palpa su pequeñez y miseria y acaba por acogerse a Dios y descansar en su omnipotencia. Recuerda el articulista las alusiones a Leila, amor de Zorrilla; no olvida la animada descripción de la isla de Santo Tomás, contenida en la carta a Torres Caicedo. Advierte que el autor consagra diversas páginas a hablar en abstracto de la política y de la literatura, concretándose más adelante en ellas mismas a algunos de los literatos de México, pero le sorprende que nada refiera en sonoros versos, como lo son siempre los de Zorrilla, el efecto que en su ser produjeron las bellezas de nuestra tierra, en cuyo favor tan prevenido venía.

¿Será que la realidad no correspondió a los sueños de la imaginación?, se pregunta Roa. No fue así, ciertamente. En la *Carta* al Duque de Rivas hace un elogio de la tierra mexicana, de sus mujeres, de su manera de hablar, de costumbres, de la temprana inclinación de los mexicanos a las letras y a las artes; pero, sobre todo, ya ausente de México, pese a la fobia con que luego nos vio, más de una vez volvió a nuestras cosas, en vivas efusiones. Reconoce Roa Bárcena que todo pudo deberse a la prisa con que fue redactado *La flor de los recuerdos*. No se necesita ser un lince —escribió Zorrilla— para ver que este libro no es el que yo me había propuesto escribir, ni el que ofrecí en su introducción.

¿En qué, pues, discrepa Roa Bárcena del autor de *La flor de los recuerdos*? En que Zorrilla se muestra liberal, en que postula que la reforma liberal que se va consumando en el país favorece a su literatura, en tanto que él, Roa, considera que es preciso que se encuentre desalentada y raquítica, por razón de que la sociedad se desquicia y perece a la acción simultánea del egoísmo y del espíritu de innovaciones absurdas. Nada es más nocivo —continúa Roa Bárcena— al adelantamiento de las artes y las letras que las agitaciones políticas.

Mucho de nuestros males los atribuyó Zorrilla a una mala herencia de los abuelos, se entiende que españoles. Si el teatro y los poetas, afirmó, son vistos con desvío y desprecio por la generalidad de nuestra población, hay que

atribuirlo a los vestigios de la educación supersticiosa que heredamos de la Colonia. Esto no podía el mexicano pasarlo por alto, y lo reprochó al español, con las mejores maneras, es cierto. El uno quería que la novela, el poema épico, el drama, el apólogo, debieran servir, justamente, para conservar y defender las tradiciones sociales y religiosas, única manera de asegurar la existencia política y la nacionalidad. El otro quería que México se pusiera al ritmo de los tiempos, se modernizara, y sin contradecir sus orígenes, que creía españoles, olvidara los errores del pasado. Ésta fue la razón de sus discrepancias.

3 de marzo de 1968

La india tabasqueña

Viví, cuando joven, algunos meses en Nueva Orleans. Como estaba de paso no quise modificar en lo más mínimo mi manera de ser natural. Como no trataba de imponer esa manera de ser, no me violentaba por acomodarme a las costumbres extrañas. A la tierra que fui no hice lo que vi.

Algo que desde el primer día me tocó, me chocó, diríamos en México, fue el trato que se daba a los negros, tan distinto al que se acostumbra aquí, en donde negro, indio, judío, son palabras tan parecidas y de similar significado: hombres como todos. Si alguna diferencia queda no está en la ley, sino en nuestro lenguaje, como una mala herencia del pasado colonial. Indio, aun en boca de indios, quiere decir algo así como necio, tonto, incomprensivo. Judío equivale, o poco menos, a travieso, a desgobernado. “No seas indio”, se dice al que no quiere entender, o no puede. “Es un judío”, es una manera de decir que alguno es travieso, desobediente. “Incapaz”, diría la gente de nuestro pueblo. Por lo menos así ocurre en las dos lenguas indias que conozco.

Pero fuera de esas supervivencias en el lenguaje, entre nosotros no hay propiamente diferencias entre los hombres por razón de su color, de su raza, de religión. Así, con ese criterio, me manejaba en Nueva Orleans. Pero sólo hasta entonces pude darme cuenta de que además de no padecer esos prejuicios, me violentaba que pudieran existir y que fueran causa de discusión y malestar. Gentes conocí en los Estados Unidos, a quienes les hacía padecer la existencia de los negros. No era tanto que los repudiaran sino que los hubiera. “¡Qué más quieren!”, decía una india tabasqueña nacionalizada norteameri-

cana: “Ya les dimos la libertad. ¿Por qué no se vuelven a su tierra?”, agregaba. Y ya en el colmo de su malestar, se hacía esta pregunta, sombría a todas luces: “¿Por qué los habrá hecho Dios?”. Porque la pobre mujer era creyente.

Tan imbuida estaba la pobre en estas aberraciones, que a la madre, una pobre señora de la más pura estirpe indígena, la tenía escondida. Me irritaba aquel empeño en ocultar su procedencia, su sangre india, su cuna, al propio tiempo que la compadecía. Todo lo hacía para no correr el riesgo de ser, ella también, discriminada. “Yo soy una *spanish*”, gritaba golpeándose el pecho. Pero aquel rostro, aquellos pómulos, aquel precioso pelo lacio, denunciaba a gritos su raíz india. Dejamos de ser amigos, cosa de que nunca me he arrepentido bastante. Por ella extremé mi trato con los negros, proclamé en todos los tonos mi origen indio, extremos que ocasionaron que un grupo de vecinos pidiera mi expulsión de la institución universitaria en que estudiaba.

Con Herman Bayer, a quien México debe tantas sabias reflexiones y tantos hallazgos sobre la historia de los indios, tuve algunas agrias discusiones. Bayer no repudiaba a los indios ni a los negros pero quería que se acabara con los judíos de todo el mundo. Bayer acabó sus días en un campo de concentración, como algunos lectores recordarán, durante la Segunda Guerra Mundial.

Mi amiga, la india tabasqueña que se proclamaba española, tenía aficiones literarias. Un día me pidió que le diera un tema para escribir un libro sobre el México antiguo, aquel que conocía muy bien Herman Bayer, nuestro compañero de estudios y de trabajos. Le di el tema y el título del posible libro: *La Malinche, la Pokahontas de México*. No mucha erudición, le dije. Basta con que usted cuente qué siente cuando está frente a un hombre rubio, y hará usted una preciosa biografía de su posible paisana la Malinche, agregué. Pero para eso, dijo, con una aparente deliciosa inocencia, necesitaba ser india... Y ésa fue la última vez que cruzamos palabra.

De todo eso estoy arrepentido. Pero lo he recordado en estos días en que el tema negro y el de la discriminación racial tienen una dolorosa actualidad.

10 de marzo de 1968

Picardía mexicana

Ya son, en el solo espacio de diez años, curiosidades y rarezas de la bibliografía mexicana, los borradores del libro de Armando Jiménez: *Picardía mexicana*. De cada uno de ellos se hicieron unos cuantos ejemplares, para amigos, colaboradores, patrocinadores, revisores, correctores; Jiménez, el autor, tuvo la curiosidad de ilustrarlos con dibujos, recortes de periódico, estampas, reproducciones fotostáticas de textos de toda índole, siempre pertinentes al tema del libro, o sea, la riquísima manifestación de la picardía mexicana.

No sé cuántos borradores se hicieron, pero recuerdo que por mis manos pasaron más de dos. Tampoco podré precisar el número de ejemplares de cada borrador, pero sí puedo asegurar que nunca fueron más de cincuenta. Cada uno de los destinatarios recibía el ejemplar con su nombre mecanografiado, en edición numerada; una flecha, o un dedo, indicaba el número que le correspondía. A. Jiménez es un hombre laborioso, lleno de curiosidad y de ocurrencias. En el cuerpo del borrador, de cada uno de los borradores, incluía tarjetas, recados, notas escritas especialmente para el destinatario. Las respuestas a esas encuestas permitieron que *Picardía mexicana* alcanzara la riqueza que todos proclaman y que explica su éxito de librería o de mostrador. Ignoro si cada nueva edición —ya lleva más de una docena— ha sido preparada como la primera; pienso que sí; porque esta clase de libros es obra de muchos, jamás de uno solo. Así como la picardía es obra de todos, la recopilación de sus modelos y ejemplos, también.

Si para cada una de las ediciones se han hecho borradores previos, teniendo en cuenta las que hasta ahora se han hecho de *Picardía mexicana*, habremos de convenir que el acervo de esta curiosidad bibliográfica ya es muy grande. También que es muy difícil que tengan la totalidad de las copias todos aquellos, o siquiera alguno, de los que fueron favorecidos con ellas. Pues es cierto que los borradores hay que devolverlos a Jiménez con las observaciones, sugerencias, adiciones del lector.

No faltará, es claro, que alguno conserve las copias y transmita su colaboración por separado, es decir, no en el cuerpo del borrador. Ése, puede estar seguro, es dueño de verdaderas joyas bibliográficas. Escribo de memoria, como ya lo habrá advertido el lector, pero puedo recordar que los borradores de que vengo hablando son ejemplo de lo que en bibliografía se llama adobar un libro,

y que consiste en agregarle retratos, notas, recortes, grabados que se aluden en el texto.

Con los libros impresos eso se hace al encuadernarlos. Es una curiosidad y una ocurrencia que hacen que una obra adquiera nuevos valores. ¿Imagina el lector un libro de historia, en el que el dueño haya incorporado retratos de los personajes, grabados de plazas y jardines; reproducción de paisajes y escenas que enriquezcan y ayuden a su mejor entendimiento? Un libro tengo así: *Las memorias de Balmotín*. Sus ricos y raros grabados, sus retratos, sus ilustraciones, agregados por su dueño anterior, convierten a la obra en algo de verdad primoroso. Así son los distintos borradores de *Picardía mexicana*. Como no he vuelto a ver sus ediciones, ignoro si son tan raras y ricas como estas ediciones mecanográficas que, como he dicho al principio, han de sumar un alto número.

Armando Jiménez prepara otra edición de su libro, ahora titulado *Nueva picardía mexicana*; uno de sus borradores, ignoro cuál número, ha llegado a mis manos. Como en los casos anteriores es dechado de curiosidad: dibujos, grabados, reproducciones plásticas y literarias de toda clase lo convierten en algo que lo mismo puede ser leído que mirado: las ilustraciones tienen tanta elocuencia como los textos. Cualquiera que sea el idioma del lector, aprovecha sus lecciones. Encuentro en esta versión algo que considero una novedad: la inclusión de textos plásticos de la era precortesiana. Por algo acabo de decir que cualquiera que sea el idioma, cualquiera que sea la tierra del lector, y aunque no la tenga, leerá este libro que junto a los otros valores que le reconocen, tiene el de sus numerosas ediciones mecanográficas.

17 de marzo de 1968

Chucho Hermosa

¿Quién no se acuerda de la canción chinaca *Adiós, Mamá Carlota*, improvisada por el general Vicente Riva Palacio en su cuartel? Todos la recuerdan porque es lo cierto que es uno de los cantares mexicanos de mayor popularidad. Y eso desde siempre. Apenas una semana de compuesta la letra, de ser cantada por la primera vez, ya se conocía en todos los campamentos republicanos. En sólo unos cuantos días, la letra compuesta por el General sufrió retoques, signo de que era propiedad de todos, que se había acomodado a la poesía popular.

Todos, pues, se saben de memoria la canción republicana. Pero muy pocos serán los que hayan reparado en un nombre que aparece en el cuerpo de su letra. Muy contados, también, los que sepan quién es ese “Chucho Hermosa” que Riva Palacio menciona como concurrente a las fiestas palaciegas que se acabaron para desdicha de los imperiales.

Un elegante, un petimetre, un acabado cortesano debió ser Jesús Hermosa para que con él quisiera el poeta ejemplificar a los que se quedaban desolados con la caída del Imperio.

¿Quién era, además de un partidario de Maximiliano? Los diccionarios biográficos no lo mencionan. Sólo Manuel Mestre Chigliazza, que yo pueda recordar ahora mismo, consigna en sus *Efemérides biográficas*, que era literato y que murió el 31 de enero de 1880. Muy viejo debió ser para haber sobrevivido tres lustros al desastre imperial, y para que en 1857 hubiera publicado una obrita bastante rara: *Manual de geografía y estadística de la República Mejicana* (París, Librería de Rosa, Bouret y Cía., 1857). Recuerde el lector que otro imperialista, Juan Nepomuceno Almonte, dio a luz por aquellos mismos años un *Derrotero* y una *Geografía*. ¿Qué explica que estos hombres tuvieran este tipo de preocupaciones? ¿Por qué escribían este tipo de libros? Un capricho no debió ser.

Jesús Hermosa escribía México con *j*, lo que tampoco sería un caso mero fortuito o la carencia de una *x* en los talleres de Rosa. Era una manera de manifestarse ligado al pasado colonial, de señalar sus diferencias con la generalidad que lo escribía con *x*.

El *Manual*, bien documentado, basado en investigaciones y noticias de mayor crédito en su tiempo, nos entera de que Jesús Hermosa era hombre estudioso, buen literato, de múltiple curiosidad. Su libro se inicia con un resumen de la historia antigua de México, con la discusión de lo que la palabra quiere decir, y se prolonga hasta sus días, es decir, hasta mediados del siglo pasado.

Fiel al título de la obra, *Manual de geografía y estadística de la República Mejicana*, Hermosa presenta en resumen el estado de civilización y cultura de México. Después un breve panorama de cada una de las entidades federativas. Un siglo después, el *Manual* tiene mucho de provechoso. Consigna, por ejemplo, una página acerca del carácter de los mexicanos, con indudables aciertos. Tiene –dice– un aspecto grave, melancólico y es inclinado al silencio y a la soledad; sin embargo, sus maneras y modales son suaves, dulces y complacientes; es afecto a disimular, y casi nunca se pintan en su fisonomía las pasiones

que lo agitan por vehementes que ellas sean. Es constante en sus afectos, su fidelidad es extraordinaria y una de las causas de que aún se conserve su raza es porque raras veces contraen relaciones con mujeres que no sean de su misma raza. Es poco adicto al trabajo y sólo adquiere lo necesario para atender a sus más cortas necesidades; a pesar de esos defectos insuperables de su constitución y carácter, los indígenas están dotados de calidades muy apreciables. Son poco inventivos, su discurso generalmente es limitado y tienen poca imaginación.

Cosa curiosa es que Riva Palacio, al caracterizar al mexicano, usó de algunas de las expresiones que Hermosa, a quien alude burleramente en *Adiós, Mamá Carlota*.

7 de abril de 1968

Atenógenes Segale

Ya en otra ocasión, al referirnos a los escritores españoles que mejor conocieron la literatura hispanoamericana, recordamos a don Juan Valera. Sus referencias a libros y autores de Hispanoamérica son, en efecto, abundantes, a más de certeras y entusiastas. Baste con que el lector recuerde el prólogo de *Azul...* para que lo advierta. Todas esas noticias han sido ya aprovechadas por los estudiosos y eruditos de nuestras letras. Una, a mi entender, no lo ha sido del todo. Quien pudo hacerlo, Jesús García Gutiérrez en *La poesía religiosa en México (siglos XVI al XIX)*, la pasó por alto; la nota de presentación de Atenógenes Segale se reduce a unas breves líneas, referidas a las fechas de nacimiento y muerte, y a su bibliografía. Ahí era, a nuestro entender, en donde pudo aprovecharse la referencia de Valera a Segale, cuyo título no da Valera. Vivía el poeta a la sazón en Tacubaya, que el crítico español escribe *Yacubaya*. Como el nombre del autor —dice— es harto inusitado, me pone en duda de si será verdadero nombre, seudónimo, anagrama o conjunto de vocablos que exprese o quiera expresar la calidad o el estado de determinada persona. Infundada era la sospecha, pues se trataba de un nombre verdadero. Acertó, sí, al afirmar que era sacerdote. Otras cosas dice de obra y autor. De la lectura de sus poesías infero —escribe— que es persona discreta, piadosa y culta, que sabe bien nuestro idioma, que tiene buen gusto y que no carece de sentimiento poético y de entusiasmo lírico.

Los sonetos “se leen con agrado y en algunos de ellos creo yo notar el legítimo sello de la alta poesía y de la inspiración verdadera”. Y a continuación inserta los dos tercetos de *A Santa Teresa en éxtasis*, del mismo soneto que reproduce García Gutiérrez en su antología.

Atenógenes Segale era oriundo de Zamora, Michoacán. Tres fechas se dan como de su nacimiento: 1860, 1865 y 1868, acaso todas erróneas. Era hijo de padre italiano y de madre mexicana. Usó dos seudónimos: *Elio Turno de Zamora* y *Elio Turno zamorense*. Escribió además de poesía, novela y teatro.

A principios de siglo, en 1901, apareció un tomo de sus obras, en el que comenzó a reunir lo que había ido publicando en ediciones separadas, dice García Gutiérrez.

Ninguno de nuestros dos historiadores literarios –Carlos González Peña y Julio Jiménez Rueda– consigna su nombre. El *Diccionario de escritores mexicanos* de Aurora M. Ocampo de Gómez y Ernesto Prado Velázquez, sí lo hacen dando como fecha de su nacimiento el 10 de diciembre, tal como aparece en las *Efemérides biográficas* de Mestre Ghigliazza, pero como de su nacimiento el de 1868 y no el de 65, como ahí aparece. Con lo cual éste sería el año centenario de su nacimiento. ¿Se tratará de un error de transcripción? Muchas otras cosas quedan por decir acerca de Atenógenes Segale. Lo haremos otro día.

21 de abril de 1968

Una flor de *guiexuba* para Antonio Rodríguez

No siempre es melancólico evocar el pasado. A veces es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor. Lo es porque pasado es en mucho juventud, adolescencia, niñez; minutos de oro que todo lo ilumina y lo envuelve en tintes que transparentan días de dichas y esperanzas. Por eso, mientras más se acerca el minuto final, con más frecuencia y dolor se vuelven los ojos al pasado, a la mocedad, a aquella isla azul de la que la vida con sus rigores nos desterró. No por otra razón las lágrimas son más fáciles en la vejez.

Mozos éramos Antonio Rodríguez y yo cuando nos conocimos, o para decirlo con mayor exactitud, cuando lo conocí, cuando lo vi pasar, recién llegado de su tierra. Dudo que haya pesar más grande que el de estar lejos del solar

nativo. Cualquiera que sea nada hay comparable con la tierra natal, con aquel horizonte, aquella luz a la que abrimos los ojos al mundo. Grande o chica mi tierra no tiene par. En horas de ofuscación postulé que sólo se podía tener nostalgia de una tierra en que fuera alegría vivir, en tierra de orden y de libertad. Pero estaba engañado. En Palo Alto, California, un día, desterrado por mi propio gusto, viendo aquel cielo que era prolongación del cielo mexicano, me solté a llorar como un niño, inconsolable.

Cuando vi pasar por la calle a Antonio Rodríguez acababa de volver de los Estados Unidos. Él no me vio, y aunque me viera, no me advertiría. Caminaba—ésa fue la impresión que tuve—pensando en la casa lejana, en unos seres que allá dejara. Era un poco yo mismo por una calle perdida de un pueblo perdido. De nuevo me compadecí, y al compadecerme era yo un poco aquel joven hombre que iba febril por aquella calle. Tal vez ése no fuera el ánimo de Antonio Rodríguez, pero me lo pareció. Cuando le di la mano, hace ya treinta años, tuve antojos de contárselo. Pero me recaté, por esa inclinación natural del hombre de no abrir puertas y ventanas que den a ambientes tristes, que remitan al pasado. Ahora que en el corazón de Antonio Rodríguez laten unísonas sus dos patrias, puedo decirlo. El provinciano que soy ya no siente que hacer recordar su lugar de origen no es abrirle del todo la espita del llanto.

Luego, Antonio y yo nos hicimos muy amigos. A punto estuvo de que muriéramos el mismo día. Él se quedó para servir a la cultura de México, para mostrarla al mundo en más de una de sus ocultas manifestaciones; yo para dolerme de los amigos que se van, los que se fueron aquel día. Vivía Antonio en una sección que bauticé con el nombre de Nueva España, cuando su nombre era La Tabacalera, aquí juntito a *El Nacional*, en la calle de Joaquín Baranda.

Como yo estaba a unos pasos, en Edison, puedo decir que éramos vecinos, amigos, paisanos, parientes, él mi huésped y yo el suyo, pues todo esto se dice con una sola palabra en mi amada lengua zapoteca. Nada de esto he dicho a Antonio Rodríguez. Se lo digo hoy que la fama y la gloria literaria pone una nueva hoja en su corona de laurel. Estas líneas son el aplauso que no pude tributarle, cuando hace unos días sus amigos y compañeros de trabajo le rindieron un homenaje al que no pude concurrir para mi desconsuelo.

En aquel mismo barrio que he dicho tenían su casa poetas, escritores, periodistas, pintores, mexicanos y extranjeros, si es que se puede llamar así a los españoles: Emilio Prados, Francisco Mayo, Elvira Vargas, ¡Dios!, cómo estoy lleno de tumbas, lápidas, cruces; otros se cambiaron, nos cambiamos, y deja-

mos abandonada la Nueva España; muchos se fueron del país a otros países, o volvieron a su tierra, con lo que murieron un poco para nosotros: José Herrera Petere, Lorenzo Varela. Recordar tantos nombres ahora es una manera de alegría un poco triste, una tristeza un poco alegre.

Antonio Rodríguez, si cambió de rumbo, no abandonó a México, para ventura de la inteligencia mexicana, para dicha de sus amigos, para orgullo en las dedicatorias de sus libros, sobre mi parca producción literaria; es uno de mis orgullos. Te mando, Antonio, esta flor de *guiexuba*, este collar de *guiéchachi*, esta jícara de espuma. ¿Los ves? Gózalos conmigo.

5 de mayo de 1968

Ser poeta, escritor o novelista en México...

Era, dice Martí, como una flor entre los hombres. Lo acusaban de perezoso y no veían que cada mes llenaba un tomo de versos. Los que acusan de pereza son los mismos que están prontos a condenar y a negar la calidad de la obra. Si escribes poco, por qué no escribes más. Si escribes mucho, por qué no escribes menos. Y siempre lo escrito, o casi todo lo escrito, es digno del fuego.

Su sonrisa callada era lo único que revelaba lo que Juan de Dios Peza sabía del mundo. Y por la bravura con que lo escondía mostraba ser digno del dolor. Así trataron a Peza en su tiempo. En los nuestros ni siquiera lo recuerdan. Y cuando lo recuerdan, cuando por casualidad lo recuerdan, es para cargarlo de adjetivos desdeñosos, crueles, impíos.

Juan de Dios Peza sabía que aquellos laureles que lo agobiaban, a cuyo peso iba inclinado, eran pasajeros, aunque algo iba a quedar de sus trabajos y sus libros. Lo poco que queda de lo mucho que se va, dijo. No se engañaba ni con los hombres ni con la vida, que sabía dura, implacable. Pero cumplió sus tareas, porque no le quedaba otra alternativa. Aquel dolor, aquella alegría que no podía evitar, buscaba expresarse, y Peza los expresó a su manera, con tal exactitud, que sus lectores, que veían en él la voz que querían pronunciar, pero que no podían, lo siguieron, leyeron sus libros, cuyas ediciones, entonces y hoy, se repiten.

Era compasivo, como todo el que ha sufrido y ha llorado mucho.

México es una tierra –decía Peza–, donde todos nacemos de una sensibilidad que nos obliga a ser magnánimos e indulgentes para los demás. Soñamos mucho, y te-

nemos la debilidad de conformarnos más con los halagos mentirosos de una gloria efímera que con los productos positivos de un trabajo práctico. No hemos tenido quien nos impulse, ni habrá quien nos recuerde. Esta triste convicción de la juventud literaria realza su mérito porque, a pesar de todo, se esfuerza, trabaja, sostiene luchas terribles contra las preocupaciones que la rodean, y vence sin que aplaudan su triunfo, ni comprendan su sacrificio. Ser poeta, escritor o novelista en México no da más resultados que la conquista de unos amigos y millares de enemigos. Cada laurel que se alcanza en esta carrera está fecundada con lágrimas y cada aplauso suele encubrir con su estrépito el eco desagradable de una carcajada de sarcasmo.

Así se expresaba Juan de Dios Peza, así veía la carrera de las letras en México. Pero escribió muchos libros, que si ya no ahora, fueron, hicieron las delicias de su generación. Muchas de sus palabras se pueden aplicar hoy, aun a los victoriosos, hasta a aquellos cuyas ediciones se agotan y su fama parezca indiscutida e indiscutible. Con parecidos términos se refirieron otros al oficio de escritor en México. Nadie ha recogido esos testimonios que serían muy útiles para conocer las circunstancias en que las letras mexicanas han venido desarrollándose. Si se conocieran en su totalidad se vería que el triunfador de hoy es en gran manera el derrotado, el vencido de ayer. Sin aquel fracaso no se explicaría este triunfo. Porque es claro que hasta los fracasos son enseñanzas. ¿Por qué este desdén, que yo encuentro prematuro, a la vez que infundado por los escritores del ayer inmediato?

Tal vez en todo esto pensó Jaime Torres Bodet cuando se propuso estudiar a dos de nuestros poetas mayores, Manuel José Othón y Enrique González Martínez, en sus conferencias de El Colegio Nacional que ahora dicta. Un gran poeta juzgando, exaltando a otros dos grandes poetas, uno, ya comenzado a negar: Enrique González Martínez.

El escritor es un hombre público, sujeto, por tanto, a crítica, a censura, a elogio. Las letras tienen un fin: servir, y sólo cuando no lo consiguen justifican su condenación, pero aun entonces queda en su favor la circunstancia de haberse realizado en un medio adverso, sin la comprensión de que ya se quejaba Peza. No. No todo lo que el hombre escribe, si carece de méritos, se pierde por completo: bajo esas cenizas algo de fuego y de brasa ha de quedar: la sangre y las lágrimas del hombre.

Recuerdo de Jorge Arche

Desde que se realizó la exposición de Maestros Cubanos –20 de enero al 18 de febrero de este año, en el Palacio de Bellas Artes– quiero dedicarle un recuerdo a Jorge Arche, uno de los pintores que en esa exposición estuvo representado. En las líneas que se le dedican en el catálogo y en aquellas con que se le presenta, también muy breves, como era natural, se recuerda que “hizo viajes a México, en donde estudió el movimiento muralista”. En otro lugar, en el prólogo al catálogo, se dice que sólo uno de los maestros cubanos, él, Jorge Arche, se dedica exclusivamente al género del retrato, logrando dentro de un espíritu clásico, por el equilibrio y la ponderación de los elementos formales, estilo bien definido.

Arche no sólo viajó a México, sino que aquí vivió una larga temporada, en la calle de Córdoba, muy cerca de la avenida Álvaro Obregón. En ese lugar lo visité muchas veces; de nuestro trato, de nuestras conversaciones y recorridos por la ciudad, que él hacía con dificultad por faltarle una pierna, le vino la idea de hacerme un retrato, que ahora tengo frente a mis ojos, que si bien está firmado y fechado –México, 1948– él siempre dijo que estaba inconcluso.

Tenía entonces un poco más de cuarenta años; era fuerte, alegre, abundante de conversación, devoto de su tierra y de su sol; tenía ideas políticas, y ésas, pienso ahora, serían las que de alguna manera lo ensombrecían. Yo gozaba y me instruía con sus conversaciones, casi siempre inspiradas en Cuba, en hombres de letras y pintores; en personajes de la vida ciudadana y campesina. La común devoción por Martí afirmó aquella pasajera amistad.

Arche hizo una exposición en México. Yo escribí la presentación. Si guardara papeles, ahora podría decir la fecha, y acaso esta *Alacena* fuera la reproducción de aquel artículo. En la exposición que fue en la Galería que el INBA tuvo en la calle de Puebla, ocupaba el lugar central el retrato de José Martí, aquel en que aparece con una mano en el pecho y la otra, por cierto, simula estar fuera del marco. Un retrato que tiene como fondo el paisaje cubano: un cielo azul, una línea de cerros, unas palmeras como largos surtidores: chorros de agua que vuelcan la sombra de sus hojas así que están en las alturas. Hay en los ojos del cubano una gran tristeza; no miran, se proyectan quietos en alguna lejanía. No lo tengo a la mano, es decir, su reproducción, pero es así como lo recuerdo. Esa mano derecha puesta sobre el pecho parece decir: “¡Aquí!”.

Se dice en el catálogo que Jorge Arche nació en 1905 y que murió en 1956. ¿Por qué pongo en duda la fecha de su muerte? ¿Por qué creo que murió antes,

a raíz de haberse ido de México a España? Quien preparó el catálogo de la exposición de Maestros Cubanos sabrá mejor las cosas; pero yo creí hasta que leí las dos fechas de Jorge Arche, que había muerto antes.

Ignoro si Arche pintó a otros mexicanos, pero estoy por asegurarlo. Su trato con muchos hombres de la vida pública de aquellos días, que José Antonio Fernández de Castro le procuraba, autoriza a pensarlo. Fue en casa de Fernández de Castro, a la sazón secretario de la embajada cubana, precisamente, en donde me encontré con él. ¿Pintó a alguna dama mexicana, a alguna dama española? ¿A algún coleccionista de cuadros mexicano o extranjero? Parece imposible que no lo haya hecho, cuando, como asegura la referencia biográfica, pintó casi exclusivamente retratos.

Mi retrato, ¿estuvo expuesto en la exposición mexicana que he recordado? De ser así, Arche vivía en México en 1948 y en ese año pudo hacer la exposición. Quizá fuera de esa manera, pues de lo contrario, el artículo que escribí para su catálogo hubiera constituido una *Alacena de Minucias*, sólo iniciada tres años más adelante, en 1951.

Me gustaría gozar de un poco de tiempo para poner en claro todo esto. No puedo sino recordar a mi amigo Jorge Arche; recordar, que es la manera como llora el corazón.

19 de mayo de 1968

Memoria de Gerónimo Baqueiro Fóster

Recuerdo a Gerónimo Baqueiro Fóster como la primera vez que lo vi, formando parte de una banda de música. Tal vez en el patio de la Secretaría de Educación, acaso en Chapultepec, en aquellos días en que la música de provincia, la olvidada por años, volvió a la capital y se podía oír al lado de la clásica, sin desmerecer. ¿Era una banda militar? No lo creo, porque miro a Baqueiro en ropa civil; era muy joven, un poco entrado en carnes; altiva, erguida recuerdo la cabeza; muy negra y abundante la cabellera negra. Unos años más tarde lo vi llegar al Teatro de Ulises, invitado por Antonieta Rivas Mercado. Luego lo pierdo de vista, al ausentarme de México, para reencontrarlo después, cuando profesor yo en lo que era la Preparatoria No. 2, fue más fácil, ya que vivía en la calle del Lic. Verdad, en una casa frontera al plantel referido. Muchas veces

atravesé la calle para saludarlo, subiendo al último piso. Gerónimo trabajaba siempre: escribía artículos, componía, investigaba. Para todo se daba tiempo: para recibir a sus amigos músicos y hasta a los que sólo íbamos a robarle su tiempo precioso. Hombre generoso era con su saber, como lo era con su tiempo. Yo siempre sostuve que la mayor parte de la música mexicana, como la de toda Hispanoamérica, era de ascendencia española, modificada por el alma india, ahí en donde hubo indios de mayor cultura. Que música india, propiamente dicha, casi no la había, o ya no la había. Baqueiro reducía mis afirmaciones, las limitaba. Tarareaba melodías, o las tocaba, para identificar en ellas aquellas sílabas de evidente origen occidental. Coincidíamos en las tesis y teorías, sino que él, por saber más, sin negar, afirmaba documentalmente, en tanto que yo lo hacía líricamente, digamos. En recuerdo de aquellas discusiones, si es que pudieran llamarse así, me dedicó un largo trabajo, publicado aquí en *El Nacional*: “La Sandunga sin arcanos”, en que demostró sus orígenes, su llegada a México, antes de la fecha que algunos han supuesto, y en circunstancias ignoradas hasta ese día por todos. Porque Gerónimo Baqueiro Fóster no sólo sabía todo lo referente a su oficio, sino que siempre estaba sobre los libros, investigando, poniendo al día su saber. Con ser tan voluminosa su obra, casi toda dispersa, no realizó lo que su saber y su dedicación autorizaban esperar.

No fue nada más un erudito, sino también un creador. Una obra suya, de inspiración mexicana, entendiendo por mexicana esa venturosa conjunción de lo indio y lo español, queda como modelo de lo que puede hacerse reuniéndolo, organizándolo, armonizándolo: *Primera suite veracruzana* ¿Se llama así? Si algo más compuso, no lo recuerdo, porque el mayor volumen de su obra de musicólogo se refiere a investigaciones, a escritos en torno a la música mexicana, que conocía hasta en sus reconditeces.

Escribo de memoria, pero ha de haber sido en el año de 1944 o 45 cuando Gerónimo Baqueiro Fóster publicó la *Revista Musical*, de no muy larga vida. Era musical, pero también literaria. En sus páginas publicó Ermilo Abreu Gómez, por ejemplo, un panorama de la literatura española, en que tuvo la generosidad y el antojo de poner mi nombre al lado del suyo. En torno a la *Revista Musical* reunió Baqueiro a músicos, literatos, poetas, sortílegos, adivinos, como yo decía por diversión. Las reuniones en el “Café París”, en casa de Baqueiro, constituyeron un instante de las artes mexicanas. De aquellos días guardo muy dulces recuerdos, muy gratas y hondas memorias, que ahora se nublan al recordar a mi amigo Gerónimo Baqueiro Fóster, muerto cuando nadie lo

esperaba, cuando su corazón y sus sienes estaban henchidas de obras para el bien de la cultura patria. En *El Nacional* queda mucho de sus tareas. Este suplemento se enriqueció por largos años con su sabiduría, que él sabía poner en el pequeño espacio de unas cuartillas. Mientras más amigos mueren, menos de mí va quedando. Así cuando cerraste los ojos, Gerónimo.

26 de mayo de 1968

Clemente, Efraín y yo

Hace unas semanas estuve en Mérida, la mexicana. Allí me encontré con Clemente López Trujillo, nuestro amigo y compañero de toda la vida. Y, ¿de qué íbamos a hablar Clemente y yo que no fuera de nuestro primer encuentro y de los días en que remábamos juntos en *El Nacional*? Cosa dulce es hablar en la edad madura de los años mozos. A veces también un poco triste, porque toda lejanía tiene un dejo melancólico, vago, de algo que se esfuma y se nos va, igual que la vida sin que podamos retenerla. Como se van las nubes, las barcas, el humo, que no otra cosa son las ilusiones.

López Trujillo vive ahora en Mérida, haciendo lo que siempre hizo: leer libros, reunirlos; escribir, platicar en las esquinas, en los cafés, en los corrillos, con la autoridad que le dan los años de estudio y la devoción por la cultura patria, en la que la provinciana yucateca, aporta tantas y tan peculiares manifestaciones. CLT formó durante muchos años de búsquedas pacientes y de entusiasta persistencia, una biblioteca yucateca, muy rica y variada. El gobierno de Yucatán la adquirió y nombró a Clemente su conservador y su guardián. Nada más grato para nuestro amigo: vive con esos libros, los relee, los acaricia, habla con ellos, los escucha plácidamente. ¿Pudo darle la vida mejor premio a López Trujillo? La biblioteca, como quien dice, sigue siendo suya. Por si algo faltara, el gobierno de Yucatán lo ha nombrado director de las bibliotecas públicas del Estado. En eso está su alegría, en eso entretiene sus horas, que tanto dan de sí en la provincia, lejos de la capital.

Pero LT hace otras muchas cosas. Entre ellas estar formando otra biblioteca yucateca y mexicana, con libros adquiridos en el propio Yucatán y en todos aquellos lugares que puede visitar. Cuando alguna vez viene a la capital de México, éste es uno de sus deleites y entretenimientos: recorrer librerías de viejo y de

nuevo, siempre logrando piezas esquivas y raras, ejemplares bibliográficos que muy pocos tienen, de esos que se hicieron en ediciones numeradas y limitadas a unos cuantos ejemplares. CLT muestra sus joyas o habla de ellas con parejo entusiasmo que cuando joven, cuando adquirió las primeras piezas de su biblioteca.

Hace unos cuantos días me encontré con Efraín Huerta, el poeta iracundo, pero a sus horas tierno y dulce, tal como ocurre cuando se encuentran y conjugan un hombre y un artista. Y, ¿de qué íbamos hablar Efraín y yo, si no de nuestra amistad de años y de cuando coincidíamos en *El Nacional*? Recordamos aquella regocijada sección que se llamó “Columna del Periquillo”, que tanto nos hizo reír. Efraín la escribía, pero en ella tenían cabida todas las ocurrencias y todos los pormenores de la guerra literaria, de los sucesos de la otra República. ¿Por qué desapareció aquella columna? ¿Por qué no se reanuda? Lo que más agudo, cruel, amable se dijo en aquellos tiempos de libros y autores, el “Periquillo” lo registró desde su balcón. Recordamos a los amigos, muchos de ellos, ¡ay!, ya idos para siempre: Héctor Pérez Martínez, Luis Octavio Madero, Rafael Sánchez de Ocaña. Como con Clemente en Yucatán, con Efraín recordé a Raúl Ortiz Ávila, a Luis Cardoza y Aragón, a Antonio Magaña-Esquivel, a los españoles Florentino M. Torner, Ferrand de Pol, Perucho, aquel que dijo un día, mientras formábamos cola para cobrar: “Malditos peruanos, que han venido a quitarle el pan a los pobres refugiados españoles”. Y era que en la caja de *El Nacional* cobraban muchos hispanoamericanos, principalmente del Perú. Efraín Huerta me contó que pronto aparecerán sus *Poesías completas*, editadas por Joaquín Díez-Canedo.

Cosa curiosa es que Clemente y Efraín hablaron de una antología o selección de artículos de los escritores y periodistas que entonces colaboraban aquí. Y yo le recordé que justamente hacía unos días Juan Rejano, que formó parte de aquella guerrilla, me había hablado de lo mismo. Don Alejandro Carrillo, nuestro actual director, tiene la palabra. Un instante de México puede hallarse en aquellas colaboraciones. Y con esto ponemos punto final a esta *Alacena*.

2 de junio de 1968

Sesquicentenario del *Nigromante*

En estos días —el 18— hará ciento cincuenta años de haber nacido Ignacio Ramírez en San Miguel el Grande, en el actual estado de Guanajuato. No era indio, pero se proclamó. Y no por capricho, sino porque se sabía, por pertenecer a la mayoría, con la que estuvo siempre. En muchas cosas fundaba su indigenismo, una de ellas el orgullo de que siendo el indio tan pobre sustentó tronos y formó la fortuna de los soberanos. Y la sigue formando, habrá que agregar. Como se dolía de ellos, como con ellos se identificaba dijo que nació indio cuando lo fue mestizo, es decir, la manera más cabal de ser mexicano.

Muy joven sorprendió a sus compañeros, y a los mexicanos de su tiempo, por sus doctorerías, por sus doctrinas, por su erudición, por la audacia de su pensamiento, y por el buen uso que hizo de su saber: ponerlo al servicio de su pueblo, de sus semejantes. La regeneración política y moral de su patria fue su sueño más alto. Y al servicio de esa causa consagró sus días, hasta su muerte. En el periodismo, en la cátedra, en la tribuna política, en la conversación y en los corrillos encontró Ramírez campo propicio para propagar sus doctrinas de regeneración. Procedía como un guerrillero: ponía emboscadas, usaba de todas las armas, velaba mientras el enemigo dormía, no le daba reposo y cuando menos se esperaba caía sobre sus campamentos. Lo primero que hizo fue aterrorizarlo con una afirmación extrema, temeraria, que conmovió al México de su tiempo desde los cimientos: *Dios no existe...* El postulado valió hasta por el hecho de que el mundo siguió su curso. Quien lo oyó y siguió viviendo más de una vez se preguntaría cómo pudo ocurrir y alguna duda tuvo que padecer. La fórmula fue expuesta en la Academia de Letrán, que no lo era de liberales, sino de enemigos del liberalismo, en su mayoría. Que pudiera ocurrir ya era un signo de que los tiempos iban a cambiar. Y cambiaron. Ramírez, con razón apodado *El Nigromante*, consultó al pasado y a los muertos y predijo que nuevas cosas vendrían, que los muertos y el pasado ya no eran más que eso.

Ramírez periodista, político, orador, sabio en muchas disciplinas es mejor conocido que poeta, siendo que lo fue grande. La razón de este desconocimiento es muy sencilla y fácil de ver: los que escriben historias literarias creen que las musas se degradan, malparesen si se las pone a cantar las glorias del pueblo, si la poesía sirve para condenar a los opresores, si denuncia la miseria, si sella con sus fuegos a los tiranos. Y, ¿qué dirán ahora cuando los más grandes

poetas han puesto su pluma y su estro al servicio de los oprimidos, humillados y ofendidos? Esos prejuicios lucharon en contra del mejor conocimiento de Ignacio Ramírez, poeta romántico que más tenía de clásico. Todavía hoy se puede leer que de su obra lírica se salvan algunas piezas de antología, “tan lejos de aquellas otras composiciones románticas de escasa inspiración y sujetas al servicio de la política y al prejuicio antirreligioso”.

Cierto es que en ese género de poesía Ramírez no alcanza igual altura, en el que, por lo demás, no se busca ni es necesaria para sus fines. Pero también lo es que, por ocultar al poeta antirreligioso y de emoción política, se ha ocultado al otro, al que los historiadores de las letras proclaman magnífico. Así ocurrió cuando hace diez años, en ocasión de algunas de las grandes efemérides nacionales, nos propusimos la edición de sus *Poesías completas*, aquellas que mejor lo representarían. Don Octaviano Valdés, a quien se había encargado el prólogo, lo proclamó uno de los mejores de su siglo, pero le opuso los naturales reparos, en una línea. Por no retocarla, en lo que se hizo muy bien, se prefirió en vista de que no podría rechazarse y sustituirlo por otro, suspender la publicación de las *Poesías*, en lo que se hizo muy mal. Ocurrió algo peor: hacer perdedizos los originales, en los que habíamos logrado incluir algunas piezas desconocidas, inéditas, olvidadas. Y eso se hacía desde un organismo oficial de un estado laico, de uno que proclama la libertad de expresión que fue una de las pasiones de Ignacio Ramírez.

¿No fuera bueno localizar aquellos originales –el poeta Miguel Guardia sabrá en dónde fueron a parar– y publicar las *Poesías completas* de Ramírez? Traslado la cuestión a José Luis Martínez.

Eso y no otra cosa quería esta *Alacena*, escrita esta mañana del sábado 1º de junio, mes en que hace siglo y medio vino al mundo *El Nigromante*.

9 de junio de 1968

En busca del texto perdido

Ando buscando desde hace algún tiempo un condenado texto que no encuentro, justamente porque he olvidado quién es su autor: es aquel en que se repite, casi palabra por palabra, la semblanza que Victoriano Salado Álvarez escribió de Ángel de Campo, el dolido *Micrós*. Yo sé que lo he leído,

sino que he olvidado en dónde. Sé más: que la última vez ocurrió hace apenas unos cuantos meses. Porque –¿saben, amigos?– la memoria, que fue mi orgullo, a veces ya me abandona. Por exceso de quehaceres, quiero pensar. Pero como no renuncio a localizarlo, a establecer quién fue el autor del texto que he dicho, vuelvo a algunos autores con la esperanza de que alguno me conduzca al que ando buscando. Lo he hecho con Manuel Sánchez Mármol, autor de *Las letras patrias*; con Carlos G. Amézaga, que escribió *Poetas de México*, y con el propio Salado Álvarez en el tomo primero de sus *Memorias*, o sea, el *Tiempo viejo*. Ni así. Pero no renuncio a dar con la pieza que persigo, antes de que se cumpla un siglo del nacimiento de *Micrós*, el próximo mes de julio.

¿Por qué di por hecho que era en *Las letras patrias*, de Sánchez Mármol, en donde se encontraba aquella semblanza de Ángel de Campo de que vengo hablando? Porque su autor se basó en unos apuntes de Salado Álvarez para escribirla, según el autor de *Méjico peregrino* lo refiere, no sin encono y desdén, en las referidas *Memorias*. Sucedió que Salado envió a Mármol cien cuartillas acerca de la literatura en Jalisco, en donde vivía y era oriundo. Desgraciadamente –dice– don Manuel extravió mis papeles y lejos de utilizarlos en su *Evolución literaria* –léase *Las letras patrias*, capítulo de México, su evolución social– los involucró de manera lamentable, llegando a prescindir de toda la parte colonial, o a omitir nombres importantes y a revolver o mal traer otros. Así, se habla de Manuel Álvarez del Castillo como poeta, siendo que nunca escribió un verso. Y que Urbina toma como buena información y repite. Y aquí es oportuno recordar que las tres monografías sobre “La evolución económica de México”, otro de los capítulos de México, su evolución social, es fama que las preparó *Micrós* para Pablo Macedo, quien las firma.

Agrega Salado Álvarez que cuando reclamaba sus cuartillas o reprochaba a Sánchez Mármol sus equivocaciones, éste le contestaba con epigramas y le ordenaba buscar sus apuntes o rectificarlo escribiendo algo mejor que lo suyo –la *Evolución literaria*.

El retrato que ofrece el jalisciense del tabasqueño no puede ser más hermoso, si se le borran o atenúan las sombras. Epicúreo, elegante, lleno de discretas sales en la conversación, amante de la forma bella y de las cosas delicadas, sin grandes escrúpulos morales, purísimo escritor en prosa, parecía un pretor desterrado en una provincia, aunque nacido fuera del suelo itálico: en la siciliana Agrigento, por ejemplo. Así dice don Victoriano que era don Manuel.

Qué diferencia entre esta semblanza y aquella otra que trazó Alfonso Reyes, en la que se encuentra esta preciosa, fina, delicada expresión: “Cuando quiso despertar, ya estaba muerto”.

Pero volvamos a mi tema: ¿en dónde está repetida la semblanza de *Micrós*, trazada por don “Querubín de la Ronda”? Como no pude haberlo inventado ni soñado, en alguna parte estará y espero dar con ella. Ojalá que, como en alguna otra ocasión, algún amigo venga en mi auxilio y me procure, con ello, el alivio que no tendré hasta que no la localice. ¿Qué dice, amigo Porfirio Martínez Peñalosa? ¿Qué, tú, Clemente López Trujillo?

16 de junio de 1968

Memorias, diarios, autobiografías

Hay que escribir memorias, recuerdos, diarios, autobiografías. Debe hacerlo todo aquel que haya doblado el cabo de la buena esperanza de los cuarenta años, que dijo Cellini. Con más razón los que ya tramontan, los que desde la más alta cumbre de la vida ya vislumbran el otro lado, en donde un nuevo sol nace, o reaparece. Todo el que haya vivido, conocido tierras, tratado a gentes de todas las procedencias; todo aquel que haya luchado, lo que equivale a ser hombre, como lo creía y lo dijo Goethe, debe contarlo, sin preocuparle mucho la gramática, circunstancia que refrena, y las más de las veces, impide escribir. Si en otros campos no se puede, y si no se puede no se debe, en éste de las memorias, las autobiografías, los diarios y los recuerdos, hay que ser abundantes hasta el fárrago. Porque entre ese monte se puede dar con la flor, en ese pajar con la aguja, entre la tupida fronda con el botón, que presagia la flor y el fruto. Deben comenzar hoy mismo, porque la vida pasa, aun antes de ocurrir. Porque –lo dice Griselda Álvarez– nacer y morir van de la mano. Hay que escribir todo lo que venga a la pluma, a la tecla, a la boca ante el dictáfono. Todo. De entre esos escombros, de esas ruinas que son las obras frustradas literariamente, encontrarán los hombres de mañana aquella noticia, aquel dato y referencia que hacía falta, que se había perdido en la cadena del tiempo y del vivir de los hombres y los pueblos. Como lo haría mi paisano don Carlos María de Bustamante, hay que hacerlo aunque rabien todos los alemanes del mundo:

consignarlo todo, sin criba, sin lima, importando un bledo que sea verdad o mentira. Por otra parte, es imposible que junto al mucho yerro no haya un acierto, junto a la flor frustrada, aquella de acabado dibujo. Si no se escribieran tantas obras fracasadas, no las habría maestras. ¿Por qué lo creo siempre? Para que uno triunfe debe haber muchos derrotados.

Escriban como sea, pero escriban aconsejaba Vasconcelos, paisano de Bustamante al fin. No se preocupen mucho por esa verdad pasajera que es la verdad técnica, aténganse a la otra, a la emotiva, que una vez captada se queda para siempre, parecía decir el autor del *Ulises criollo*. Contar la vida, aunque no se tengan los años ni la autoridad para contarla: escribir autobiografías, aunque no se haya ni triunfado ni fracasado, con tal que en ellas se registre aquella verdad que dijo el filósofo mexicano. No encuentro otra justificación de las biografías precoces.

De todo esto hablaba yo el otro día con Luis Guillermo Piazza. Y convini-mos en que era llegada la hora de que los viejos, los sesentones y setentones y ochentones, escriban autobiografías, memorias, diarios, recuerdos. Actualizaba también el tema el libro recién publicado de Antonio Ros: *Horas de angustia y esperanza*, abundante en bellas expresiones, en noticias referidas a España y al mundo, y al autor, testigo y actor, en alguna proporción de la historia de su tiempo. Recordé a Piazza que aquí, en una de estas *Alacenas*, referí que estaba decidido a escribir unas memorias, cuyo título elaboré de una conversación con José Rojas Garcidueñas, hombre y escritor de muchas bachillerías, quiero decir, en su recto sentido, sabidurías. El título que digo es el siguiente: *Años, engaños y desengaños*. En rigor hace muchos años que vengo redactando esas memorias, sino que lo hago a ratos perdidos, sin propósito de terminar nunca. Pero, ¿y si una casa editora se comprometiera a publicarlas?, me preguntó Luis Guillermo Piazza. Entonces, respondí, las escribiría en unos cuantos días, tal como José Hernández lo hizo con el *Martín Fierro*, en cierto modo su autobiografía.

Y aquí me tiene, lector, redactando algo que ya tiene mucho de tales memo-rias. Y aconsejando, por la sola razón de la buena, que todos escriban memorias, reliquias, retratos, como dijo un pobre poeta olvidado.

23 de junio de 1968

Espada de madera y visera de cartón

No recuerdo si en Brasseur de Bourbourg, o en John Jay Williams, o en William Berenth, los tres viajeros por Tehuantepec, leí algo que hoy quiero contar y comentar. Es un pasaje de la guerra contra la Intervención y el Imperio, que el autor no supo interpretar y refirió burlesco. Cuando estaba próxima la guerra contra Francia, Inglaterra y España, el señor Juárez inventó una expresión, luego venturosa: unidad nacional. Entonces envió emisarios a todos los rincones del país a pedir a los mexicanos que se aprestaran a la lucha contra el invasor. El Istmo de Tehuantepec no podía faltar. Sangre de sus hijos había corrido en defensa de la patria desde los días de la Independencia. Y a Juchitán y a Tehuantepec llegaron los enviados del señor Juárez. Entre las varias razas que habitan aquella región se encuentran los huabes, advenedizos y postergados para los zapotecas. Son cuatro pueblos de pescadores, que habitan en las orillas del mar: San Francisco, San Dionisio, San Mateo y Santa María del Mar. Pueblos abandonados, como tirados en la playa. En otros tiempos –y aún ahora– se les creyó de ascendencia peruana, cuando lo es yucateca, o sea, maya-quiché, ya sospechado por Manuel Orozco y Berra, en su *Geografía de las lenguas*.

El emisario llegó a uno de esos pueblos, a San Francisco del Mar. Los huabes, con el solo *mastate* que cubría sus vergüenzas, oyeron al intérprete verter el mensaje juarista. Se miraron los rostros, deliberaron en su idioma, sin separarse del corro en que emisario y lengua eran el centro. Ahí habló el más viejo, bien oiréis lo que dirá:

–Dile a Benito Juárez que duerma tranquilo, que hemos oído y entendido su palabra, que son muy hermosas y muy altas. Somos pocos, somos ignorantes, pero amamos a México.

Aquí hizo una pausa el viejo que llevaba la palabra. Y agregó, levantando la cabeza y afirmando la voz:

–Dile a Benito Juárez que no tenga cuidado. Que cuando veamos llegar por el mar esos barcos que tú dice, nosotros, en nuestras canoas, y con nuestras fizgas, saldremos a combatirlos.

La respuesta hace sonreír a Brasseur de Bourbourg, a Williams, a Berenth o a quien lo haya referido, considerándola inocente, ingenua, acaso tonta. Y no hay tal: los huabes no dijeron que saldrían a derrotar al enemigo, sino a combatirlo, a morir en defensa de su suelo, a dar cumplimiento al mensaje del señor Juárez.

Cuando leí ese pasaje en uno de los muchos libros escritos sobre Tehuantepec, no me ocurrió lo que a su autor: no sonreí, sino lloré. Y vinieron a mi memoria unas palabras que escribió Miguel de Cervantes Saavedra: también con una espada de madera y una visera de cartón se puede defender la libertad.

Hubiera querido narrar esta breve historia en lengua huabe, en su honor y en recuerdo de mi padre, que era de esa raza. No es éste, quizá, el lugar. Pero sí para decir que nunca sentí más orgullo de que por mis venas corra sangre de aquellos hombres que prometieron, no triunfar, pero sí morir en defensa del suelo mexicano.

30 de junio de 1968

Soneto de Celso Amieva

Esta columna tiene muchos amigos. Los ha tenido desde que inició, hace 17 años, el domingo 17 de junio de 1951. Tener esos amigos ha sido una de las razones de su permanencia, de que sólo por excepción deje de aparecer todos los domingos, desde aquél que digo. Recuerdo que muchas veces la escribí en pueblos perdidos en la sierra, y que he bajado a una estación del ferrocarril para ponerla en el buzón del tren, justamente para que estos amigos, estos lectores de la *Alacena*, no se queden sin ella. Entre esos amigos y lectores, uno de los más constantes y más inteligentes, vigilantes y alertas, Carlos A. Gómez; un casi paisano mío, puesto que es veracruzano, y para mí la tierra nativa comienza en Veracruz: en el puerto, cuando viajaba por tren; en Catemaco, ahora que lo hago por carretera.

Carlos A. Gómez me escribe con mucha frecuencia. Comenta algunas de las *Alacenas*, me sugiere temas, me plantea problemas que él mismo resuelve, porque al mismo tiempo que es hombre bueno es lector enterado de cien cuestiones. Si antes no le he agradecido su colaboración, ahora lo hago. Si muchas de ellas no he aprovechado, sí las he convertido en cosa mía, y en algún lugar lo he hecho sin nombrarlo, acaso, o lo haré.

Su última carta es del 22 de junio, que acaba de pasar. Se la inspiró a Carlos A. Gómez aquella *Alacena* en que invitó a todos a escribir memorias, recuerdos, autobiografías. Ahora sé que mi amigo redacta desde hace unos años unos apuntes de la tierra tuxteca: de Santiago y San Andrés Tuxtla y Ca-

temaco, adonde fui en peregrinación cuando niño, desde Juchitán, y volví en los días de la asonada delahuertista, partiendo de El Burro, antes Nopalapan de Zaragoza y hoy Rodríguez Clara. Una nota dolorosa contiene la carta del amigo que yo ignoraba: se encuentra enfermo desde el año pasado, circunstancia que tal vez impida –me dice– ir el mes próximo a Catemaco, en ocasión del matrimonio de una sobrina suya, en el templo de la Virgen del Carmen, a cuyas plantas van a arrodillarse las juchitecas, como en aquella ocasión que acabo de recordar.

Otras cosas me cuenta Carlos A. Gómez en el curso de su carta. Entre ellas que es amigo del poeta español José Álvarez Posada, léase Celso Amieva, que también lo es mío, y que como él –Gómez– leo y admiro. Amieva –ahora sé que es asturiano– le obsequió hace algunos años, en ocasión de las fiestas navideñas, un soneto que yo transcribo como broche, y hoy sí, de veras, de oro de esta *Alacena*:

Soneto

*El que años rimó con desengaños,
por vez primera en lengua castellana,
no fue un poeta de cabeza vana,
pastor de esquizofrénicos rebaños.*

*Tuvo entre sus cerebrales entrepaños
mucha materia gris, bajo la cana
pelambreira, de reflexiones cana,
o bajo el casco liso de los años.*

*Pero que a ti y a mí no nos deprima
lo tristemente exacto de la rima.
Yo no lloro, si tú no te acobardas.*

*Cantamos, luego somos. ¡Año nuevo!
A tu salud, antiguo vino bebo.
¡Carlos, hay sol aún en nuestras bardas!*

No abandone esos apuntes sobre su tierra veracruzana. No se acobarde. Aún hay sol en las bardas. Y en los nidos de antaño, todavía hay pájaros hogaño.

7 de julio de 1968

Los pospuestos huabes

Volvamos a los huabes, entre quienes tengo abuelos. A esos pobres indios que habiendo sido dueños de grandes tierras en el Istmo de Tehuantepec, quedaron reducidos por las otras razas oaxaqueñas a vivir a las orillas del mar, entre los médanos, unas arenas que caminan, que van y vienen como extrañas criaturas. Don Nicolás León, que escribió sobre los huabes, arriesgó y perdió muchas cosas, acerca de ellos. Entre otras, aquella caprichosa etimología que dio de la palabra huabe, “los pocos”, según él, porque dizque siempre fueron unos cuantos. Los pocos no en el sentido de elegidos, escasos, selectos. Gloria y no afrenta fuera que siendo reducidos en su número dominaran una gran extensión del territorio de Oaxaca. Todo estuvo contra ellos, entonces y ahora, por los propios y por los extraños. Los zapotecas del Istmo nunca se refieren a ellos sin anticiparles un adjetivo denigrante, ofensivo: “el imbécil huabe”, “huabe al fin”, “con ser huabe”, son expresiones corrientes en el idioma zapoteco. Recuerdo que un istmeño acusado de homicidio, protestaba que era inocente, que de nada era reo, pues, “¿cuándo fue un delito matar a un idiota huabe?”.

Propios y extraños cuentan de los huabes cosas extraordinarias, aunque lo hagan con ánimo de denigrarlos, humillarlos y ofenderlos. Pero no su vejamen, sino su elogio es lo que hacen. Veremos por qué.

Se dice que los huabes, no obstante pescadores, no saben nadar. Y yo los he visto ganar la orilla si su canoa zozobra. Atravesar ríos o nadar en las lagunas por divertimento. Bárbaros los consideran cuando los ven a caballo, en tanto que a la mujer a pie, por caminos de polvo y de sol. Y cuando los ven a pie, en tanto que a la mujer a caballo, no lo atribuyen a cortesía. Y es que unos y otros olvidan que monta el caballo el que sea su dueño. Su economía es la primitiva, no el huabe. La economía es la bárbara y la cruel, no el pobre indio.

El huabe no tiene apellido, porque no tiene nada que contratar, que vender o que comprar. Eso más en el pasado que en el presente. Si se llama Pedro Antonio, Andrés Francisco, Salomón Vicente, es sólo para que no se confunda

con otro que tenga el nombre de pila igual. Pero no por eso es digno de compasión y de burlas. Dijimos que eso ocurría más en el pasado. En nuestros días, y desde hace medio siglo, los huabes tienen nombre y apelativo. Hace cincuenta años, con la *Historia patria* de Aguirre Cinta, repartimos apellidos entre los huabes. Y ahora abundan los apellidos ilustres: Moctezuma, Díaz del Castillo, Gómara, Sahagún. Cirenio Remesal se llamaba el presidente municipal que me dio la bienvenida cuando candidato a diputado llegué al pueblo de San Mateo del Mar. Muchos supieron escribir sin saber leer. ¿Parece un contrasentido, lector? No hay tal. Aprendían a escribir su nombre, a dibujarlo, mejor dicho. Un tío mío, Dámaso Morales firmaba con pulso firme, y luego decía festivo que contaran las letras para ver si estaban completas. Porque él podía no saber su nombre, pero sí su número.

Se dice de los mareños —ése es otro de sus gentilicios— que duermen cerrando alternativamente los ojos: medianoche el uno y medianoche el otro. Que caminan mientras duermen, que duermen mientras caminan. Y todo en son de burla. Tan desventurados fueron, tan desdichados son, que ni siquiera han podido acostarse, sería el sentido de esa conseja. Un hombre extraño, distinto a los otros hombres, a los zapotecas en su caso, sería lo que se quiso significar. Olvidaron que el hombre antiguo tuvo esa suerte. Cuando leí en Hesíodo que el hombre de la antigüedad helénica moría de pie, me reí de los que inventaron, para burlarse de ellos, que los huabes dormían de pie, y como la vida es un sueño, moría de pie. Y otra vez, sentí orgullo de mi estirpe huabe.

14 de julio de 1968

Llanto de Martina Henestrosa

Todo envejece en este mundo, menos el corazón. Todo pasa, menos lo que alguna vez estuvo en nuestro corazón, que no olvida, que recuerda siempre. El otro día vino a visitarme Martina Henestrosa. Llegó acompañada de Fernando, el “Nando” de *El retrato de mi madre*. Fue justamente el día que cumplió noventa años. Venía vestida con sus ropas istmeñas, las de juchitecas y tehuanas: huipil, enaguas, listones de color en las trenzas, el olán de la enagua blanquísimo, crujiente, frágil como la espuma del mar, hasta por aquella caída estruendosa que sugería. Con los años se ha ido poniendo bajita, de alta y er-

guida que era. Pero su voz tiene aún el timbre de sus días juveniles, de cuando casó con indio, contra la voluntad de sus parientes blancos.

Fernando ha tenido en estos últimos tiempos la bonita ocurrencia de recoger en cinta magnetofónica la voz de la familia, la de Martina Henestrosa, en primer lugar. A eso había ido a la casa: a que yo oyera su voz, el relato de un capítulo de su vida: el encuentro con Arnulfo Morales, el indio huabe con quien casó, ese día de la visita haría sesenta y tantos años. Una unión que causó grandes desaveniencias entre dos familias del pueblo: los blancos Henestrosa y los cobrizos Morales. Cuando lograron reunirse Arnulfo y Martina, ya sólo de cuando en cuando asomaban en las conversaciones las alusiones veladas a aquella vieja oposición, el antiguo desdén y desprecio de los unos y el callado resentimiento de los otros. “Los extraños hijos de Martina” solía decir el hermano mayor Adrián Henestrosa, cuando se refería a nosotros. Y sólo los que estábamos en el secreto sabíamos a cuántas cosas aludía. Martina Henestrosa ha contado una parte de esa historia en la cinta que digo.

Pero yo quise saber otras cosas, establecer la edad que tenía Arnulfo Morales cuando murió, de treinta y tres años, de acuerdo con nuestras cuentas. Martina Henestrosa padeció un error momentáneo al decir que había muerto diez años mayor. En hacer la cuenta de sus años, nos pasamos un buen rato. Volvimos a la historia familiar, que sólo ese día descubrimos ya muy vieja, ya muy endulzada por el recuerdo. Recordamos el pueblo de Ixhuatán, en donde todos nacimos y ninguno de los hijos ha muerto, y esperan no morir. Su traza elemental: dos calles entonces; una de ellas, la más larga, moría, por un lado, en el río; por el otro, en el panteón: un símbolo en que me detuve un instante. El río, que es la vida; el camposanto, que es como el mar, la inmensa nada en que todo viene a fenecer.

De pronto, se detiene Martina, se ausenta, cosa que adivinamos en sus ojos y en sus labios que se cierran herméticos. En un instante vuelve al pueblo, a Ixhuatán, a los días en que se conocieron y cuando iniciaron el diálogo de sus corazones, que la muerte no logró interrumpir, como ahí mismo, un instante después, lo pude ver. Martina Henestrosa descendió en un minuto a las profundidades y a las reconditeces de su corazón. Y volviendo en sí, dijo, llorando:

—Sólo doce años pude vivir con el pobre Arnulfo. Y había en sus ojos toda la tristeza de la tierra, y en sus labios, las cenizas de todas las hogueras.

El oro del epistolario

Oro consideraba Rafael Heliodoro Valle que eran las epístolas, digo, las cartas. Porque epístola no sé por qué significa para mí, siempre, lo que en otros tiempos: una composición poética destinada a moralizar, instruir, satirizar. Epístola remite más a misiva que a carta que ha de entenderse como algo que se escribe a un ausente para contarle cosas de la vida diaria, de la intimidad, para comunicar noticias en que dos pueden estar interesados. No tiene la carta, como puede tenerlo la epístola, un propósito de publicidad. La carta parece que es siempre privada, no destinada sino a una sola persona, con exclusión de las demás. Por eso tal vez decía Enrique Heine que jamás debían publicarse sin permiso del corresponsal; a veces, dijo otro, aun con esa licencia. Ocurre, a veces, la carta va más allá de lo que ha de entenderse por tal, y contiene matices que la acercan a una epístola, a una misiva. ¿Es legítimo que permanezcan ocultas, sustraídas al interés de los demás? En ese conflicto me encuentro ahora: en el de destruir las cartas, recados, que he recibido a lo largo de muchos años.

Sucede que en estos días reviso papeles, expurgo, hago el escrutinio de la biblioteca. Vuelvo de esa manera a papeles viejos y olvidados; a libros que hacía muchos años no hojeaba, no ojeaba, que es lo mismo. Algunos de esos papeles, quiero decir, de esas cartas y esos recados ya no dicen mucho, pero me lo dijeron en el pasado; muchos libros ya no son lo que fueron, pero entretuvieron mis horas, me instruyeron, y lo que es más me ayudaron a ir viviendo; fueron, en su momento, el pan que necesitaba para vivir. ¿Qué hacer con ellos? ¿Destruirlos? Cómo, si adivino y siento la vibración de las manos que los escribieron, el latido del corazón y la sien que los dictaron? Se refieren a mí en muchos casos, pero ¿sólo por eso he de destruirlos? ¿Sólo porque ya nada me dicen debo dar de baja libros que han sido mi compañía desde hace tanto tiempo? Y, por lo pronto, los he retenido, apenado del momentáneo deseo de desprenderme de ellos.

Muchos de los corresponsales han muerto. Otros, se fueron de México desde hace varios lustros, tras de una larga permanencia. Entre estos, principalmente, desterrados, políticos, españoles en primer lugar. Cartas, recados, en varias lenguas sobre diversas cuestiones, en los que se aluden ambientes, situaciones, estados de cosas que ya han pasado, pero no del todo como para que no puedan servir para una reconstrucción de la imagen de México, el de

los cuarenta. Leer estos papeles promueve tristezas y alegrías que tienen ya mucho de lejanía, que es como decir de añoranza y de melancolía. Destruirlos fuera abrir más tumbas de las que ya tengo abiertas. He preferido, pues, guardarlas unos años más, si es que no me decido a publicarlas, o ponerlas en manos de quien pueda hacerlo, y salvarlas, si, como creo, tienen algo de valor para los otros y no sólo para mí.

Un tesoro son las cartas, cualquiera que las escriba. “El oro del epistolario” tituló Rafael Heliodoro Valle el prólogo con que presentó a los lectores algunas cartas, escritas por grandes autores a otros tantos escritores eminentes. Cartas de Ricardo Palma, de Vicente Riva Palacio, de Juan de Dios Peza, de Cuervo, de Pedro Henríquez Ureña, de Casimiro Collado –o del Collado–, de Marcelino Menéndez Pelayo, en fin. En el caso, el destinatario no será ilustre, pero lo son quienes las escribieron. ¿Qué hacer, mis amigos, con estas cartas y recados? Creo que lo que pensado: guardarlos por un tiempo más, y luego ponerlos en manos de quien mejor sepa aprovecharlos: en las de mi albaacea literario, por ejemplo: Ernesto Mejía Sánchez. El que vivirá más años sabrá qué hacer con esos papeles, a los que ahora, no sin esa mezcla de pena y alegría que he dicho, quise referirme en esta *Alacena*.

28 de julio de 1968

Amor y dedicación a Oaxaca

Las relaciones de amistad de don Nicolás León con hombres y cosas de Oaxaca eran muy amplias. Desde antes de conocer al general Mariano Jiménez, que no obstante oaxaqueño, gobernó al estado de Michoacán, de donde León era originario. Los libros, folletos, artículos, crónicas de inspiración oaxaqueña ocupan un lugar muy importante en la bibliografía de don Nicolás. Muchos papeles suyos, algunos de inspiración distinta, se publicaron en Oaxaca. Allá quiso fundar un museo y publicar, como lo hizo con el michoacano, un *Boletín*. Revisó pacientemente la bibliografía oaxaqueña y publicó una decena de documentos relativos a la cultura de aquella entidad, a la que se sentía muy cerca y muy unido. Vocabularios, códices, papeles olvidados, todo cuanto llegó a sus manos y creyó útil para el mejor conocimiento de las culturas primitivas, lo estudió y dio a la estampa. Porque este hombre, a la manera de Carlos María de Bustamante, amaba los libros y hubiera querido más tiempo, vida y elementos para escribirlos y publicarlos.

En Oaxaca vivió algún tiempo y allá murió. En la *Noticia de sus escritos...* preparada por él mismo, puede verse el número de obras que publicó referentes a las cuestiones oaxaqueñas. Entre esas obras ocupa un lugar muy importante el *Arte del idioma zapoteco* por el P. Fr. Juan de Córdoba, en edición limitada, por tanto, una de las rarezas bibliográficas. Su descripción, tomada de la *Noticia*, es la siguiente: *Arte del idioma zapoteco* por el P. Fray Juan de Córdoba. Reimpreso por acuerdo del C. general Mariano Jiménez, gobernador constitucional del estado de Michoacán de Ocampo, bajo la dirección y cuidado del doctor Nicolás León, Morelia. Imprenta del Gobierno en la Escuela de Artes, 1886, 8°. Port. Roja y negra, introducción bibliográfica I - XXIX, 1 hoja, s.n. con Addenda, 1 blanca. Reproducción fotográfica de la portada original; pág. s. n. con erratas, 1 fotografía con reproducción de Nuestra Señora del Rosario que existe en el original. Edición de 300 ejes.

La descripción del *Arte* transcrita se aparta de la portada de la edición primitiva; el apellido del autor aparece con ortografía distinta; el número de los ejemplares impresos también, pues en un lugar se dice que son 350 y en otro que de 300. Cosas son todas esas características de los trabajos del doctor León: por la urgencia con que trabajó siempre, hasta en sus propias obras se encuentran errores en fechas de publicación, por ejemplo.

La introducción al *Arte*, escrita por Nicolás León, tiene más páginas que las que indica, pues llega hasta la LXXXIX, con la reproducción de capítulos del *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, por Francisco Pimentel, a quien llama el “príncipe de los filólogos mexicanos”.

Nada de eso disminuye ni afea la obra de León. Si no fuera por sus afanes, muchos papeles antiguos se hubieran perdido o sería más difícil su consulta. Por él se puede estudiar el *Arte* de Córdoba. Por sus investigaciones se supo más en su tiempo acerca de las circunstancias de la vida y la obra de quien es, ése sí, príncipe de los filólogos del México primitivo. El *Vocabulario castellano-zapoteco* y el *Arte en lengua zapoteca* son modelos de investigación, de conocimientos del idioma.

Muchas cosas relativas a los trabajos de León, inspiradas en asuntos oaxaqueños se pueden retocar. Pero él fue fervoroso de esos asuntos. Y si no todo lo que intentó tuvo éxito venturoso, eso en nada reduce su amor y dedicación a Oaxaca, que era para don Nicolás como una segunda tierra nativa. Nada de eso reduce, tampoco, nuestra gratitud.

Juan Ignacio Castorena Ursúa y Goyeneche, periodista moderno

El *Mercurio volante* de don Carlos de Sigüenza y Góngora no fue, como pretenden algunos autores, el primer periódico que se haya publicado en México. Fue, mejor, un repertorio de noticias históricas, publicado por entregas. Su autor, de ese modo, no fue un periodista, sino un historiador. El título de primer periodista de América corresponde al sacerdote zacatecano, chantre de la Catedral de México, y más tarde Obispo de Yucatán, doctor don Juan Ignacio Castorena Ursúa y Goyeneche, fundador de la *Gaceta de México* y *Noticias de Nueva España, que se imprimirán cada mes y comienzan desde primero de henero de 1772*. Don Nicolás León, en su *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, reproduce íntegros los únicos seis números que de dicho importante documento se publicaron.

En el preliminar del primer número de la *Gaceta*, afirma Castorena, que

la feliz duración de esta Corte estrena su tercer siglo con el cual comienza a dar a las prensas sus memorias dignas de mayor manifestación apuntadas en estas *Gacetas*, pues imprimirlas en política tan racional, como autorizada de todas las Cortes de la Europa, dando a la estampa las noticias que ocurren en el breve tiempo de siete días, por el distrito capaz de sus dominios; difusa esa costumbre ha llegado hasta la Imperial Lima, Corte célebre del Perú, y practicando esta plausible diligencia, imprime cada mes sus acacimientos; y no siendo menos la Muy Ilustre México, Corona de estos Reynos, comienza a plantear esta política con las licencias del Excmo. Señor Marqués de Valero, haziendo con esto mas memorables los aciertos de su gobierno, e introduciendo para lo venidero este urbano estylo que hechaban de menos los Curiales de México, para mayor authority de su Ciudad, y conocimiento de su grandeza.

Más adelante agrega:

No tengo escrúpulo de que me fiscalicen algunas individualidades, que si por vistas en esta ciudad continuamente, no son novedad a los preferentes, serán admiración a los que las oyen distintos, y crédito de México en todo el Universo.

Un error comete Castorena Ursúa y Goyeneche: fue hasta 1743 cuando apareció en Lima la célebre *Gazeta* a que se refiere. De la larga cita transcrita se desprende que el periodismo nació entre nosotros con algunas de sus características. Era nuestro primer periodista un buen funcionario, dispuesto siempre a seguir las indicaciones de las autoridades, especie que el tiempo se ha encargado de perfeccionar, aunque afortunadamente para el desarrollo de la libertad y del progreso de nuestro suelo, han nacido de tarde en tarde excepciones que ejercen el periodismo como una misión, con la libertad y la independencia sin las cuales no lo hay verdadero.

Castorena fue un periodista con sentido moderno. A imitación de los periódicos europeos, agrupa sus noticias divididas en cuanto a su procedencia, colocando en lugar fijo los sucesos de México, Puebla, Veracruz, Campeche, La Habana, Valladolid, Oaxaca, Guatemala, Acapulco, Manila, California, Zacatecas, Nayarit, Guadalajara, Guadiana y Nuevo Reino de León. A veces indica al lado de la procedencia de las noticias, la última fecha de las mismas; así las que aparecen en California en esta primera *Gaceta* alcanzan hasta septiembre del año anterior, las de Manila, hasta el 19 de julio del mismo año, y las de La Habana y Campeche, en fechas diferentes del mes de agosto. Por lo general, las de la Ciudad de México se refieren a procesiones y otros actos religiosos en los que intervienen, con la majestuosidad de costumbre, las más altas autoridades mexicanas, involucrándose en las informaciones, entidades del cielo y de la tierra. Por cierto que Castorena y Ursúa y Goyeneche no olvida mencionarse entre los personajes de su época. Un periodismo, en fin, que tiene mucho del actual. Hasta por todo esto el primer periodista mexicano fue Juan Ignacio Castorena Ursúa y Goyeneche, nacido ahora hace tres siglos: fines de julio de 1668.

11 de agosto de 1968

Oro soberano

Un artículo de Jorge L. Tamayo, publicado hace unos días, y que se inspira en el movimiento conocido como La Soberanía que ocurrió en el estado de Oaxaca durante el tercer lustro de este siglo, nos lleva a recordar algunas cosas relacionadas con tan llevado y traído acontecimiento. No se trata de situarlo

en el marco de la Revolución Mexicana, que eso fue lo que hizo Tamayo, sino de traer a cuento alguna de sus peculiaridades, por lo demás no exclusivas.

Apenas un movimiento intestino rompe la paz de México, el concepto de soberanía local se vivifica y manifiesta en diversas manifestaciones tangibles. Y no sólo es el clásico decreto que un estado “recobra un poder soberano”, lo que en agitados tiempos muestra que bajo la pacífica apariencia provinciana duermen bríos jamás dominados por la libertad y propia determinación. Hemos visto cómo, al escasear los signos monetarios por efecto de la lucha y al sobrevenir el desequilibrio hacendario, diversas entidades han provisto a su circulación interna emitiendo discos de metal fino –principalmente de plata– que constituyen ya una verdadera joya para el coleccionista.

Vagamente se recuerdan los “pesos de a dos” con ley de oro –según el rumor que corría– troquelados en Morelos; la moneda de don Genovevo de la O., según entendemos de cobre, y aquellos también dobles pesos de Oaxaca que por 1915 permitieron las transacciones mercantiles y ayudaron así a mantener unida la estructura económica en los días de prueba.

Aquel estado suriano, esto es, Oaxaca, es uno de los que mayor escasez de pequeña moneda acusan, aun en los tiempos de mayor normalidad. En municipios tan cercanos a la capital como Tlacolula, circulan los días de feria “centavos grandes” de cobre, y aun tlacos y cuartillas. Así era por lo menos hace todavía algunos años. Este fenómeno permanente, agudizado durante las revoluciones, da lugar a que la reivindicada soberanía de los estados acuda troquelando monedas de todos los signos, de oro, de plata, de cobre.

Las monedas oaxaqueñas de los años soberanos son ahora de extrema escasez. Una de oro, algo así como un centenario, cuando por casualidad se da con ella, alcanza en nuestros días precios desorbitantes, a precio de oro, claro.

No las tunillas, no el cacao, fueron las monedas oaxaqueñas de la Soberanía. Fue el oro, por excepción. Porque, de acuerdo con su mayor cronista, Francisco de Burgoa, nunca fue el precioso metal moneda corriente de sus necesidades, sino materia para hacer ídolos, de donde vino que el encomendero los persiguiera por el metal de que estaba hecho y no por su representación idolátrica. Si el indio adoraba al ídolo, el español adoraba el oro de que estaba hecho, vino a decir Burgoa.

Siempre me he preguntado, ¿por qué no existirá oro “soberano” en los collares, aretes, anillos de las istmeñas de Tehuantepec y Juchitán?

Y con esto demos fin a esta divagación.

18 de agosto de 1968

Los papeles inéditos de Manuel Martínez Gracida

No sé si el gobierno de Oaxaca, o Genaro V. Vásquez cuando era el gobernador, adquirió algunos de los papeles inéditos del historiador Manuel Martínez Gracida. Sí recuerdo haberlos visto, porque me los mostró, en poder de don Genaro cuando ya no era el mandatario de Oaxaca, en su casa, creo que en las calles de Querétaro, hacia el año de 1932. Eran unos grandes cuadernos manuscritos, de los que casi seguramente no se hicieron copias. No olvido que Vásquez me decía que los estaba anotando para publicarlos, a fin de salvarlos de segura pérdida. Eran papeles de diversa inspiración, de asuntos varios, distintos a los que se conocen del escritor, periodista y estudioso de la historia oaxaqueña: *Catálogo etimológico de los nombres de los pueblos, haciendas y ranchos del estado de Oaxaca* (1883), *Historia antigua de la chontalpa oaxaqueña* (1910), por ejemplo. Algunos de aquellos manuscritos debieron ser de obras ya publicadas; desde luego, entre ellas se encontraba el del *Cuadro histórico y estadístico de Oaxaca*, obra capital de Martínez Gracida. Los otros, sin duda, correspondían a libros inéditos. A ellos se refería Genaro V. Vásquez al decir que estaba anotando y redactando los prólogos para darlos a las prensas.

De tales manuscritos recuerdo los temas; por lo menos dos puedo precisar, uno referente a los temblores de Oaxaca y otro a apellidos, una suerte de heráldica oaxaqueña. Trabajos curiosos realizados con el auxilio de los viejos cronistas e historiadores locales, desde Francisco de Burgoa, José Antonio Gay y otros, hasta los días de Martínez Gracida.

¿Qué se hicieron de los papeles manuscritos del historiador oaxaqueño? En algunos de sus ensayos históricos, Vásquez cita puntualmente a Martínez Gracida, signo evidente de que frecuentaba sus obras, pero no recuerdo que ofrezca los títulos ni que señale su condición de inéditas o manuscritas. ¿Quedaron preparadas para la imprenta, se redactaron los prólogos y las notas con que iban a publicarse? Es cosa que no sabemos. Lo cierto es que esos eran los propósitos de Genaro V. Vásquez.

Las otras cuestiones son si los papeles de Martínez Gracida fueron adquiridos en su totalidad por don Genaro, o en parte; si fue el gobierno de Oaxaca, el que los adquirió sólo en parte. Si lo segundo, en la Biblioteca del Estado —ahora de la Universidad Benito Juárez— han de encontrarse algunos de esos

manuscritos, fuentes de estudio, tesoro de información no aprovechados en el conocimiento de Oaxaca.

Cuando Genaro V. Vásquez dejó de ser gobernador, inició la segunda parte de su carrera política, es decir, que ya no tuvo ni la calma ni el tiempo necesarios para atender y dar cima a aquel propósito de publicar las obras inéditas de Martínez Gracida. Acaso no logró anotarlas del todo, tal vez se quedaron a medio hacer los prólogos, las introducciones. Otras tareas bibliográficas tuvo que atender, en relación con la historia de Oaxaca y de México, pero más señaladamente de México. La historia local, que nunca abandonó, ya sólo de cuando en cuando, y de modo pasajero, en breves trabajos, ocuparon su pluma. Alejado de las funciones públicas, Vásquez tuvo que dedicarse a asuntos de su profesión de abogado y de notario público, si posible, de modo más arduo que cuando era hombre público. Y la publicación de los libros inéditos de Martínez Gracida, que en otro tiempo soñó y puso las manos, se aplazaron definitivamente. Pero los manuscritos de Martínez Gracida han de existir, todos o en parte, en algún lugar. Y fuera bueno que los hijos de Genaro V. Vásquez—todos letrados—los rescataran del olvido. Jorge Fernández Iturríbarria, tantos años director de la biblioteca del estado, ¿vio los papeles de Martínez Gracida, dijo algo de ellos alguna vez?

Esperemos.

25 de agosto de 1968

¿Cuándo una verdadera Historia de la literatura mexicana?

Pese al empeño que algunos estudiosos de la literatura nacional han puesto en corregir los errores que registran nuestras historias literarias, algunos siguen repitiéndose, tal como si los autores de manuales, profesores de la materia y casas editoras no leyeran ni estuvieran al día de las cuestiones de su especialidad. A los maestros mismos, y con más razón a los meros curiosos de estas cuestiones se les escapan muchas cosas, justamente porque proceden de investigadores que todos dan como autoridades. No pongamos los ejemplos, pero sí digamos que abundan. Todavía se insiste en que Luis G. Urbina nació en 1868, a pesar de que desde hace diez años quedó establecido que fue en 64.

En una de las historias de las letras mexicanas e hispanoamericanas, destinada a los alumnos y maestros de escuelas secundarias, la fecha aparece doblemente errónea: se dice que Urbina nació en 1867. A duras penas logramos que la Escuela Nacional Preparatoria no le rindiera homenaje en ocasión del supuesto centenario de su nacimiento este año en el mes de febrero. El jefe de clases de literatura alegaba que la fecha era correcta, que así estaba en las historias escritas por los maestros. Aun con el libro de Gerardo Sáenz –*Luis G. Urbina, su vida y su obra*, Ediciones Andrea, México, 1961– en las manos, el jefe de clases y autoridades insistían en el homenaje centenario que luego le fue rendido a Urbina, profesor de literatura española en la Preparatoria, gran poeta, y autor de uno de los manuales más inteligentes de nuestra historia literaria; pero sin insistir en la fecha de nacimiento. El propio Urbina cayó en *La vida literaria de México* (1917), en muchos errores que luego Antonio Castro Leal ha corregido, si bien no en su totalidad. Algunos de esos errores –ya señalados en una vieja *Alacena*– se debieron a que Urbina citaba de memoria, y también porque escribió lejos de su patria y de sus libros. Pero, como su libro sigue editándose, por razón de sus valores intrínsecos, que en nada reducen tales lunares, fuera bueno que se reparara en ellos y se aprovecharan.

Lugares, fechas de nacimiento, títulos de libros de muchos autores están por trascender a las historias de la literatura mexicana; parece imposible que persistan tantos errores al respecto, cuando algunos de ellos fueron señalados desde hace varios lustros, cuando no décadas. El lugar de nacimiento de Juan Ruiz de Alarcón, la fecha de nacimiento de Sor Juana, por ejemplo, siguen siendo los tradicionales, los heredados, como si nada nuevo se hubiera descubierto acerca de tales asuntos. Y qué decir de pseudónimos, anagramas, atribuciones erróneas. Nada, sino que se repiten constantemente. Las opiniones y juicios acerca de autores y libros, inspirados con frecuencia por rivalidades de opinión política, sólo por excepción se retocan; damos por buenos, todavía, los que dictó la pasión de partido o las simpatías y diferencias. ¿Cuándo tendremos una verdadera *Historia de la literatura mexicana*? Mucho se ha hecho al respecto, pero no es poco lo que resta por hacer. Hace falta que las historias literarias que existen, que los manuales cuyas ediciones se repiten anualmente, aprovechen todo cuanto se vaya estableciendo por las nuevas investigaciones y descubrimientos. Una sola cosa hace falta para lograrlos, y es que los profesores, autores de manuales, de antologías, de apuntes de nuestra historia literaria, lean y estén al día en lo que a libros y autores se refiere.

¿Cómo pueden repetirse tales errores, algunos tan de bulto? Aprovechense las enmiendas de cualquiera que venga, como éstas que aquí surgieron, sin ánimo de querrela y sin proclamarme autoridad en nada; como lo que son: fruto del trato constante con las letras mexicanas, con nuestros pobres poetas y escritores olvidados y pospuestos. La lección, aprovecharla de quien venga, aunque la diga indio o judío. Y no olvidar lo que dijo el maestro de todas estas cosas: todo lo sabemos entre todos.

1º de septiembre de 1968

Otro sábado de *Alacenas*

Esta mañana de sábado, como otras tantas a lo largo de 17 años, me dispongo a escribir esta *Alacena*. Y como cien veces ha ocurrido carezco del tema, que eso y no otra cosa es estar solicitado por muchos asuntos, sin que ninguno promueva el impulso de batirlo. Unos reclaman un poco más de calma y tiempo; otros exigen tratarse con mayor extensión; no faltan los que se frustrarían si nada más permitieran salir del paso. Nada de eso ha querido ni ha hecho el columnista desde que nació la *Alacena de Minucias*, un dichoso domingo del mes de junio de 1951.

Como otros días, como otros sábados en la mañana, miro nacer y crecer el día; advierto las estaciones por la luz del día, por el nacimiento del sol y su proyección en mi sala de trabajo. Nunca pude escribir los artículos a otra hora que no fuera la del amanecer; a la primera luz, mientras la mujer y la hija aún duermen o están por despertar. En la penumbra canta un pájaro; un hilo de cristal, por frágil y trasparente es su canto. Las hojas de los árboles, tal si fueran orejas, lucen aretes de rocío trémulos. Recrea y enamora asomarse a este pedacito de tierra que yo llamo jardín. Todo invita al trabajo, a cumplir con la tarea que yo elegí como la mía, la de mi vida; leer, y después de muchos años, cuando no lo pensaba, escribir, o intentarlo, valiéndome de lecturas que hice por puro placer.

Esta mañana de sábado es un poco gris; el sol asoma tímido entre las nubes; unas nubes que a su vez están quietas, perezosas ¿O será que nuestro corazón y nuestra mente lo están?, nos preguntamos. Pudiera ser, porque hemos pasado unos días de suma inquietud, al pensar que pudieran

estar en peligro tantas cosas sagradas que nuestro pueblo ha logrado dentro de los mayores sacrificios. Las nubes de ayer se han disipado y las que tenemos ahora flotan en el cielo, se irán y volverá a brillar el sol en todo su esplendor.

Anoche, como otras tantas, volví a las viejas lecturas, a los autores predilectos del gran elenco mexicano: volví al doliente Manuel Gutiérrez Nájera, igual que él lo hacía a los suyos preferidos; en busca de una idea, de una ocurrencia que le permitiera escribir el artículo del día, aquel que luego se convertiría en el pan de su mesa, en el puro que fumaba, en el ajeno que apagaba en parte el fuego de su pobre corazón y la fiebre de sus dolidas sienes. El artículo del día es un decir, que Gutiérrez Nájera escribía dos o tres diarios, “y a veces sus más queridas inspiraciones”.

Cuánta tristeza hay en los artículos, en los cuentos, en los relatos del *Duque Job*. Tanta que pudiera decirse que sin su genio habrían parado en cosa meliflua, sentimental, de mala ley. Pero un rasgo aristocrático, de extrema finura, salvaba su verso y su prosa. Y si no siempre tradujo la canción que oía, apresó muchas de sus sílabas y de sus trémulas notas.

Ese primer cuento frágil, “La balada de año nuevo”, cuánta ternura encierra; la abundancia de diminutivos, que eran la nota mexicana en el coro de las campanas de toda procedencia uno cree que acabará por frustrar la página, pero no ocurre así. Gutiérrez Nájera siempre encuentra el modo de evitar la catástrofe. “La serenata de Schubert” en que son gemelas angustias y alegrías; gemelas la luz y la sombra, pares la vida y la muerte, ¿quién, si no Gutiérrez Nájera, pudo escribirla? De todas sus páginas autobiográficas, ésta la más preñada. Versos ondulantes, rizados, irisados; sonoros, algunos; en sordina, otros; mansos y quietos no pocos; recios en sus primeras sílabas y tenues al ganar la orilla. Versos de oro y de cristal, dijo Urbina que eran los de Manuel Gutiérrez Nájera. Si estaría pensando en “La serenata” cuando escribió esas palabras. Si estaría recordando a Martí, cuando dijo que el verso del *Duque* era de marfil. Y fue así, lector, como se fraguó la *Alacena* de esta mañana.

8 de septiembre de 1968

Coplas de *La Llorona* (5)

Ahora dos años publiqué en este lugar algunas de las muchas coplas con que se canta *La Llorona*. Hace cuatro las ofrecí a una estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras para que con ellas preparara su tesis recepcional. Ignoro si las aprovechó, esto es, si se graduó y si fueron publicadas. Por mi parte, pese al ofrecimiento de Mario Colín de regalarme la edición, no pude, o no he podido hasta ahora, poner en sus manos el material.

El deseo de anotarlas, de señalar sus referencias con las viejas coplas españolas y con las que pasan por originales de nuestros pueblos americanos, explica que hasta ahora no las publique en volumen.

Este desorden de la biblioteca, en que nada puede estar a la mano, o se va de la mano, más que mis quehaceres periodísticos, es causa de que no me haya dado el tiempo para las anotaciones aludidas. En efecto, se ha escondido entre mis libros el que más necesitaba para el caso. Me queda la obra de Francisco Rodríguez Marín, *Cantares populares españoles*, pero no es suficiente: muchas de las coplas con que se canta *La Llorona* no se registran allí.

Publicaré, si es que alguna vez puedo, sólo aquellas letras que recuerdo haber oído en mi niñez y las que más tarde hemos compuesto en horas de fiesta, con tal que se acerquen en lo posible a la poesía popular española de donde vienen todas, casi absolutamente todas. Las demás, es decir, las que en nuestros días se han tomado de otras canciones las daremos de mano, que de otra manera sería cosa de nunca acabar.

Mientras tanto, sigo recordando u oyendo otras coplas viejas, así como componiendo y viéndolas componer.

El otro día, en una de esas fiestas que he dicho, he oído a un hombre viejo del Istmo –Víctor Jiménez Moro, su nombre– unos versos cuya estirpe española es indiscutible: aparece en todas las colecciones de cantares de España y de América:

*Ni contigo ni sin ti, Llorona
mi mal no tiene remedio:
contigo porque me matas,
sin ti, porque me muero*

Así, retocada, por no ser el español lengua general del istmo cuando esos versos llegaron, hace muchísimos años.

En esa quarteta, cree Jesús Zavala, pudo haberse inspirado Darío cuando compuso el poema “Asunción”. Lo recuerdo para que se vea que todos los hispanoamericanos tuvimos estas coplas de la misma fuente. Se cantan lo mismo en Colombia que en Venezuela; en Nicaragua que en Panamá.

Ahora mismo encuentro otras coplas “de” *La Llorona* en un ensayo de Ramón de Palma, *Cantares de Cuba*, reproducido en *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, prólogo y selección de Cintio Vitier, tomo I, La Habana, 1968. Las voy a reproducir para que no se extravíen, cuando el volumen en que están contenidas se esconda entre este montón de libros que yo llamo “mi biblioteca”.

*Aprended flores de mí
lo que va de ayer a hoy;
ayer maravilla fui
y hoy sombra mía no soy*

Con levísimas variantes se canta en *La Llorona*. Está en Luis de Góngora, que sin duda la tomó de la poesía anónima.

*Llorad, corazón, llorad
llorad si tenéis por qué,
que no es afrenta en el hombre
llorar por una mujer.*

Y ésta otra:

*Me subí en un alto pino
para ver si te divisaba,
y el pino como era fino,
de verme llorar, lloraba.*

Ramón de Palma (1812-1860) dice que, al oírlas, nadie puede prescindir de traer a la memoria los mejores tiempos de la poesía española y así es, las coplas con que se canta *La Llorona* de España vinieron.

15 de septiembre de 1968

La palabra "pocho"

Hablo con Herminio Ahumada, un sonoreense complicado con coahuilense, acerca del origen de la palabra *pocho*, que sirve para designar a los mexicanos que viven en los Estados Unidos, o que quisieran ser de allá. Recordamos una definición de *pocho* ofrecida a José Vasconcelos, que nunca pudo usar y que es una pena que nadie pueda transcribir. Tal vez en un libro, acaso en el teatro donde ahora se permiten las más grandes leperadas, por el puro gusto de decir las, quizás en alguna novela de moda, un autor se atreva con aquella definición que vamos a ofrecer entre líneas. *Pocho*, un hijo de tal, que aspira a ser un *son of a biach*. Vasconcelos, repito, celebró la ocurrencia y la tuvo como exacta y quería acuñarla como propia. No lo hizo, que yo sepa.

Ahumada sostiene que fue el escritor mexicano el primero que usó la forma *pocho*. Lo dudo. No puedo documentar el sitio, pero creo recordar que algún escritor nuestro ha usado la forma *pocho* mucho antes que Vasconcelos. Ramón I. Duarte registra la que se da como la forma original. En su *Diccionario de mejicanismos*, escribe *Pochi* (Son.), adj. Corto; rabón. "Unos pantalones *pochis*: cortos. Un perro *pochi*: rabón". No dice más.

¿Por qué el mexicano que vive en los Estados Unidos, que imita a los norteamericanos, ha de ser comparado con un perro rabón o ha de ser rabón? Veamos lo que al respecto dice en su *Vocabulario sonoreense*, Horacio Sobarzo, en sus líneas generales. Dícese del mexicano norteamericanizado, *agringado*, lo mismo que del norteamericano de origen mexicano que habla el español con el acento característico de aquél y lo construye viciosamente bajo la influencia del inglés. *Pochi*, en su primera acepción, proviene del ópata *Potzico*, que significa *cortar, arrancar* la yerba; *Potzi*, simplemente connota cortar, recortar, cualquier cosa. Ya se sabe que la partícula *tzi* al adaptarse a la fonética castellana suena *chi*: *Potzi, Pochi*. El pueblo —escribe Sobarzo— al referirse al compatriota que fue arrancado de nuestra nacionalidad, evocó el acto de arrancar la yerba por medio del vocablo *Potzico*, apocopado, y al referirse a la mutilación del país, recordó la forma afín *Potzi*.

¿Es el *pocho* un ser mutilado, incompleto? En este caso sería semejante a *mocho*, palabra con que se designó y se designa a los clericales, a los conservadores: seres mutilados, como propuso alguno. ¿Alude, como cree Herminio Ahumada, a la forma como los *pochos* hablan el inglés: incompleto, mutilado

en contracciones? Todas éstas son divagaciones, tentativas de encontrarle su verdadero origen y significado. Una cosa es cierta. Y es que tiene una intención peyorativa.

La voz parece de evidente origen sonorenses. La voz *pochi*, se entiende. Así lo consideró desde el siglo pasado Ramos I. Duarte en su diccionario aludido. No así *pocho*, forma que nadie ha situado. En Sonora no se conocía hasta hace poco tiempo. En nuestro estado, dice Sobarzo, nunca se había oído. En tiempos recientes apareció la alteración, concluye. Y cita, para probarlo, unos versos del poeta festivo Miguel Campillo:

Si Rita le llama *pochi*
 a lo corto y descolado
 y denomina *jorochi*
 al infeliz jorobado
 porque lo aprendió de su aya
 allá se los haya.

¿Cómo, cuándo, dónde, nació la palabra *pocho*, tan de todos nosotros usada?

22 de septiembre de 1968

Evocación de Roberto Montenegro

No recuerdo ahora en dónde lo leí, pero nada hay más sagrado para los que viven que acordarse de los que han muerto. Yo recuerdo ahora a Roberto Montenegro, un amigo que fue mío, un artista a quien admiré desde que su nombre llegó a mi conocimiento: en las ilustraciones de *Las lecturas clásicas*, publicadas en los días de Vasconcelos, allá por el año de 1924, y cuando recién había yo llegado a esta ciudad. Era Montenegro una reencarnación del tlacuilo, aquél que reunía al pintor y al escritor. Las ilustraciones de las *Lecturas* eran elocuentes páginas pintadas, en que *Monte* –así le decían algunos, recuerdo que Villaurrutia– resumía la lección, el texto literario. Quien no leyó, quien aún no lee aquellas páginas, digo, aquellas ilustraciones, no sabe el poder de enseñanza que encierran.

A Montenegro en lo personal, lo conocí en casa de Antonieta Rivas Mercado, una mujer a quien hemos olvidado, contradiciendo el consejo del sabio cuyo nombre no pude recordar al principio de esta página. La señora Rivas Mercado era amiga de todos los mexicanos más inteligentes de su tiempo: poetas, ensayistas, autores teatrales, pintores, filósofos. Entre ellos, uno de los más admirados y queridos, Roberto Montenegro. Aquel amor y aquella admiración, yo creo que los heredaba de su padre, el arquitecto Antonio Rivas Mercado, director de la Academia de San Carlos, en los días en que el pintor inició su carrera. Antonieta era una mujer muy generosa, con sus centavos, sus admiraciones, sus amigos. Ella, pues, me enseñó a querer a Montenegro. Pero quiso que todo tuviera fundamento. Así fue que me enseñó libros y revistas, de aquí y de otros lugares, en que se hablaba del pintor y se reproducían sus obras. Como me leía la señora Rivas Mercado del francés, del inglés, traduciendo en voz alta, así me leyó algunos libros de Montenegro sobre cuestiones del arte mexicano, antiguo y moderno.

Con frecuencia llegaba a Monterrey núm. 107, casa de la familia Rivas Mercado. Recuerdo que vestía –siempre lo hizo– muy elegante, a la manera francesa, y así era. Hablaba *Monte* de todas las celebridades que conoció: poetas, pintores, artistas de todo el mundo, cuando vivió en París. Por él, por las conversaciones con Antonieta Rivas, busqué los libros de muchos autores, insistí en otros, en Rubén Darío, por ejemplo.

Dos años más tarde de todo esto que cuento, en 1929, me encontré con José Vasconcelos, el último día de febrero, en León de los Aldamas. Fue lo primero que hizo el filósofo, sabiendo mi trato con escritores y pintores, preguntar por ellos: Julio Torri y Montenegro, los primeros. Entonces hizo el elogio del pintor, recordó los murales que realizó cuando se levantaron las grandes bibliotecas, se pusieron los muros en las manos de los pintores. Años más tarde, al redactar, creo que el *Odiseo en Aztlán*, recuerda los muros de Montenegro, y proclama sus bellezas.

Tengo en casa un retrato pintado por Roberto Montenegro. Es el de Alfa Ríos Henestrosa. Muy pocos lo conocen. Fue un obsequio del artista en recuerdo y en prueba de nuestra amistad. Dicen los que saben de estas cosas y lo han visto que es uno de los buenos retratos mexicanos. Cuando leo, cuando he leído a raíz de su muerte, alguna línea que le era adversa, he dicho que el autor de esa línea, aparte otras cosas, no conocía, no se había asomado con amor y piedad a la obra de Roberto Montenegro. No tuvo, tal vez, el vuelo y el

temblor de algunos de sus contemporáneos, pero todo lo que pintó lo fue con amor, con aquella entrega que sólo puede existir si tomamos una tarea como la de nuestra vida. Por eso logró obras que vivirán por encima de pasajeros desahogos.

No quise verlo enfermo. Sufría de sólo pensar que la cercanía de la muerte lo tuviera espantado. Cuando lo busqué en su última exposición, no estaba. Unas semanas después me llegó la noticia de su muerte. Ahora que le consagro este recuerdo, descansa mi corazón.

1º de diciembre de 1968

Como vine me iré

Último día de noviembre. Hoy cumplo años. Vuelvo los ojos al pasado y advierto que ya está muy lejano aquel 30 de noviembre de 1906, en que vine al mundo; miro al frente y me doy cuenta que ya ha de estar muy cercano el día que me vaya de la tierra.* Como vine me iré: sin darme cuenta y sin poderlo contar. Entre aquel azul ayer y el brumoso mañana, muchas horas han corrido y espero que corran muchas todavía. Por ahora, sigo teniendo veinte años, como dijo el clásico. Un péndulo he sido de dichas a tristezas. Una balanza sin fiel, por la fugacidad de las alegrías y los dolores. Pero aquí estoy, como en los años mozos: aferrado a la vida y temeroso de la muerte. Del pasado sólo registro los instantes dichosos y olvido los desdichados, aunque sé que porque no me mataron estoy vivo.

Hasta hace unos años ni el tiempo ni la vida los sentí correr. La muerte era para otros, no para mí. El tiempo era cosa nuestra y lo manejábamos a nuestro antojo. Y, cosa extraña, cuando alcanzamos dichas más duraderas comenzamos a pensar en la muerte y el dolor, en el tiempo que pasa, en la vida que sólo tenemos en préstamo. La muerte olvida al que sufre y no escucha al que quiere morir. Viene pronto al que no la espera y tarda al que la implora.

Nací en Ixhuatán, un pueblcito amarrado a un río, a cuyo rumor se adormece, como el niño en su hamaca. Un pueblito con dos calles en los días de mi nacimiento: una, la más larga, moría por una punta en el camposanto y por

*Como está dicho en el prólogo, Henestrosa vivió 40 años más.

la otra en el río: dos cosas iguales: en el río y en el sepulcro fina la vida. Si lo advertí de niño, no lo recuerdo. De aquel pueblo no hubiera salido, no hubiera querido salir jamás, si tan a gusto me hallaba. Pero salí en circunstancias que ya he contado en otra parte. Y vine a esta Ciudad de México, pronto hará medio siglo. De aquella separación aún me duelen los pies, sangro aún. Y ahora mismo que escribo, tengo todo –ojos, corazón, oídos– vueltos al pueblo, a la casa que abrigó mi infancia, a mis compañeros de escuela, cuyas voces y rostros reconstruyo a mi placer y antojo.

Déjeme que, recordando a Juárez, diga una fecha exacta: llegué a la Ciudad de México el 28 de diciembre de 1922, como él a la de Oaxaca, el 17 de diciembre 1818; él a los 12 años y yo a los 16. No lo digo por nada, sino porque algo ha de agregarse al hombre para no pasar del todo inadvertido.

Era México un pueblo, sino que más grande que el mío, en el que me perdía, siendo que era un poco baqueano, rastreador y gaucho malo. De aquellas torpezas me río ahora y me sirven para compadecer a los payos, pueblerinos y *pajueranos* que llegan a verme, tras de perderse en un pedacito de tierra. Estaba la ciudad llena de canciones, de disparos, de gritos suicidas. Quien no la conoció entonces no sabrá medir ni calcular el paso que ha dado, que la convierte en una gigantesca ciudad. Aquí me perdí por muchos años, buscándome. Iba a mí mismo, pero sin saberlo. Y aunque éste que soy no era el que buscaba, estoy contento con él, y no lo cambiaría por otro, mas que fuera aquél.

Eran las calles muy largas. Eran callesísimas, como diría un oaxaqueño de la capital. Lo que ahora es un kilómetro entonces eran cuatro, eran una legua, que es la única medida que conozco y uso. De Cuba 28, que acababa de ser de Medinas, a la esquina de Argentina, que acababa de ser El Reloj, mediaba una legua. La Escuela Normal para Varones estaba allí, abierta a indios, huérfanos y pobres. Y como yo era todo eso, a la Normal fui a recalar, naufrago. Leí libros sin entenderlos bien a bien. Pero los leí. Muchos de ellos he venido recordando en esta divagación, ahora que he querido recordar mi nacimiento, niñez, mocedad y, no quiero decir, vejez. Niñez y mocedad sumadas, eso es el hombre. Todo el resto de la vida es recuerdo de la infancia. Pero, ¿a qué todo esto? Sólo para decir que muchas cosas se pueden hacer con sólo insistir, con sólo resistir. Lo demás lo dan el tiempo y la suerte.

El español, ¿materia optativa?

Quiero contar algo que debiera preocupar a todos aquellos de ascendencia indígena: el aprendizaje de la lengua española, que es la nacional de México. Nada de esto, claro, irá contra las lenguas indígenas, que ojalá todos los indios, y más aún, muchos que no lo son, hablaran: los historiadores, antropólogos, etnógrafos, por ejemplo. Porque, ¿cómo escribir la historia de la antigüedad mexicana si se ignoran las lenguas indias? El conocimiento profundo, verdadero, no epidérmico, de un idioma puede sustituir en un momento dado el documento perdido o que nunca existió.

Las lenguas indias, hablarlas, quiero decir, no perjudican al conocimiento y uso del español y de todo otro idioma; por el contrario, como que se ayudan, pues todo viene a ser una sola manera de saber. En nada se estorban el latín, el francés y hasta el inglés y el alemán. Quien sabe bien una, puede aprender con mayor facilidad las otras. Pero hay algo más: el que sabe algo, como que está capacitado para aprender el resto. ¿No te has fijado, lector, que mientras más lees, más cosas puedes retener y captar?

Si el indio viviera solo, ni falta que le haría saber otra lengua; con la suya tendría. Pero no vive solo, ni es una lengua india la nacional. Y, aunque así fuera, de no ser la propia de su nación, estaría obligado a aprenderla. Supongamos que la lengua nacional fuera el náhuatl, sin olvido y detrimento del maya, el purépecha, el zapoteco, ésa sería la lengua de todos. Vamos ahora al caso.

El otro día un alumno de una de las escuelas normales rurales me mostró su boleta, en la que me sorprendió encontrar que el español era materia optativa, y que él la había cambiado, creo, que por taller. ¿Cómo, me dije, puede ser opcional el español en una escuela cuya población es casi íntegramente india? Y, sin embargo, así es, de eso no hay duda.

Recordé entonces que en algunos pueblos indios de Oaxaca ya ninguna de las dos lenguas se hablan, ni la india local ni la española, digo, con alguna corrección. No entre la población, el común de las gentes, sino en las escuelas superiores, sin excluir a los maestros, en muchos casos. Vino a mi memoria una sugerencia hecha a un director de escuela secundaria del Istmo de Tehuantepec, para que aun apartándose de los programas oficiales, se diera una mayor atención al aprendizaje de la lengua española. Enseñarla mañana, tarde y noche, proponía. Memorizar lecciones, copiar textos, consultar el dic-

cionario, declamar. El problema lo encuentro tan grave que ayer, al solicitar una plaza de maestro rural para un joven que ha cursado el bachillerato y ha pagado unas materias en la Facultad de Derecho, le prohibí, en lengua indígena, que siguiera hablando, por temor de que el funcionario, al oírle su deplorable español, le negara el nombramiento. Alguno lo tomará como una exageración, pero el caso es rigurosamente cierto.

¡Para que ahora me vengan a salir con que el español sea optativa en escuela de indios! Pero esto no es exclusivo de los indios, también lo es en gran manera de otros lugares. Acabo de oír por la radio a un locutor decir “Coatlicué”, cuando todo el mundo dice y escribe “Coatlicue”. A otro, el otro día, “Lísboa”. A un alumno de la Universidad he oído pronunciar “Rectoría” y a otro escribir “San José Zorrilla de San Martín”. Pero, ¿no es optativa la clase de literatura mexicana en la Universidad Nacional Autónoma de México?

Algo hay que hacer. Las autoridades escolares tienen la palabra.

15 de diciembre de 1968

Modelo de mujer fuerte

A la primera hora del jueves, día 12 de este mes, murió en su casita de San Pedro de los Pinos, Emilia Romero. El domingo, día 1º, estuve a visitarla. Estaba como siempre animosa, valiente, enérgica, tres adjetivos que Arturo Arnáiz y Freg usó para definirla en su oración fúnebre. Hablamos, como era regular, de su difunto esposo, Rafael Heliodoro Valle. A ti te quiso mucho, me dijo; fue el primero en decir que podías llegar a escritor, al leer un trabajo escolar tuyo. En efecto, así lo dijo Valle, y lo creía. Mas no fue así. Valle me oyó algunos relatos y fábulas indígenas. Quien dijo primero que era yo literato en ciernes, fue el profesor don José Guadalupe Nájera, maestro mío de historia patria, cuando leyó el relato de una excursión a las pirámides de San Juan Teotihuacán. Por cuanto a escribir los mitos, las fábulas, las leyendas zapotecas, recuerdo que fue Antonio Caso quien me incitó en su cátedra de sociología.

Volvamos a doña Emilia. La mañana de mi visita la encontré en el pequeño despacho, o estudio, en que tanto Valle como ella escribieron sus libros, sus artículos y prepararon en armoniosa colaboración obras que enriquecen la bibliografía hispanoamericana. Me dedicó *La rosa intemporal*, antología poética

de Valle preparada y prologada por ella. La dedicatoria, de rasgos enérgicos y firmes, en nada denuncia la proximidad de su muerte, ocurrida sólo una semana más tarde. Al volver a casa, todo pesaroso, escribo: “Domingo 1º de diciembre. Estuve a ver a Emilia Romero. La encontré muy enferma: delgadita, pequeñita, como untadita a su cama”. Pero no imaginé que fuera la última vez que la veía. Después, sólo dos veces pregunté por su salud. La respuesta era la misma: “Sigue delicada”.

Emilia Romero era peruana, limeña. Cuando casó con Valle vino a México, en donde se ha quedado para siempre. Nos conoció y nos quiso. Creyó uno de sus deberes escribir acerca de las relaciones entre sus dos patrias, a través de los grandes peruanos que nos hubieran visitado y que hubieran hecho suya la causa de México. Ése es el origen de sus dos investigaciones que ahora recuerdo sobre Manuel Nicolás Corpancho y sobre fray Melchor Talamantes, cuyo nombre corrigió al separarle el “de”. No sólo ésas fueran sus aportaciones al conocimiento que he dicho; otras varias existen y que se encuentran en las publicaciones periódicas que tuvieron a Emilia Romero como constante colaboradora. El nombre de México y las cosas de México son constantes en sus escritos a veces hasta en aquellos de asunto peruano.

Era mujer muy ilustrada, mejor dicho, muy culta, como es natural que lo sea quien escribe y es de veras escritor. Algunas de sus investigaciones transparentan una gran erudición que los recursos de la buena escritora saben disimular para convertir en algo de cosa personal. Recuérdese al respecto el bello libro *El romance tradicional en el Perú*. De distinguida familia venía Emilia Romero. Su formación escolar era esmerada; conocía idiomas; eran su dominio la historia peruana, la de tiempos primitivos y la que vino después de la Conquista. No creo que tuviera especial orgullo de la cultura india, pero la conocía y ponderaba en lo que creía valioso. Manejaba a los cronistas con autoridad y conocimientos verdaderos, al Inca Garcilaso, el primero.

Sólo diez años sobrevivió a su mal. Yo creo que comenzó a morir desde el día en que le dio sepultura. Aquella urgencia de poner en orden sus papeles, de organizar libros con sus escritos dispersos no era otra cosa que la seguridad de que estaba pronta a partir y de que no quería dejar pendiente. Lo que sufrió sólo ella lo supo: nunca sus labios pronunciaron una queja, jamás sus ojos vertieron una lágrima en presencia de los hombres. Era Emilia Romero modelo de la mujer fuerte. Que nada turbe su paz.

Un año más de *Alacenas*

Se fue el año y, con él, un poco de nosotros. Un año aciago, terrible como todos, pero que se nos presenta único por razón de la edad, a causa de que el hombre olvida los sucesos desgraciados. Murieron muchos amigos, se fueron para siempre hombres de letras, de ciencia, ciudadanos modelos, que es como decir todo junto: escritor, hombre de ciencia, sabio, porque es el hombre el único que es capaz de todo eso, a condición de ser hombre previamente.

Un año más de *Alacenas*, de artículos, con nuestro nombre y con pseudónimos. Una abundante cosecha de colaboraciones, sólo disculpable porque siempre se trabajó con el fin de servir al lector, a ese lector que nadie conoce, pero que no hay periodista que no tenga, por humilde que sea. Algunos libros leídos y otros releídos, que ésa, releer, es condición de los viejos, según se ha dicho. Tan honda está esa creencia en el hombre, que siempre vuelve a un libro, cree que es la última vez que lo hace, lo que tiene una cara triste, pero que permite gozarlo más, igual que si en releer estuviera contenido un adiós, una despedida. Ese libro que soñamos escribir, el preferido. Ése que nunca escribiremos, pero que es virtualmente hijo de nuestra sangre y lágrimas. Con sentirlo y pensarlo quedamos satisfechos.

Muchas tareas trucas, sin cumplir, pero cabal el propósito de llevarlas a cabo. Y aunque no está bueno hacerse propósitos y promesas, vale la pena decir que nada más están aplazadas. Así ese *Vocabulario** que yo llamo del Istmo, aunque bien sé que también es del sureste de México y de Centroamérica. Así un *Refranero* que yo llamo mexicano, porque se ha de integrar con refranes traducidos de las lenguas indígenas, nacidos aquí después de la llegada de los españoles o habiendo llegado con ellos registran una modificación y son una variante. Agréguese la compilación de las coplas, versos sueltos que recuerdo sin haberlos encontrado en ningún libro, lo que me permite creer que son invento anónimo, hijos de ese poeta que no hay con quién comparar: Juan Pueblo. Muchas otras cosas quedaron sin cumplir: levantar una casita para estos libros reunidos en tantos años y con mil trabajos y sacrificios. Seleccionar entre mil artículos medio centenar que quizás valieran la pena de reunirse en libro. Volver, después de medio siglo, a aquel ranchito en que pasamos unos

*Nunca pudo publicarse ése tan soñado y largamente trabajado *Vocabulario*, pero Henestrosa dejó infinidad de apuntes, en tarjetas y papeles –papelitos, mejor dicho–, en los que consignó las palabras y su posible uso y significado. Lo mismo ocurrió con el *Refranero*.

años de la niñez y del que salí una tarde de octubre arreando una vaca con cría, un novillo y un torete, montado en el último caballo que nos quedaba y que después vendí en la estación de Reforma. Era mi machete, mi hacha, mi herramienta de trabajo, era el caballo que al entregarlo a su nuevo dueño relinchó como si quisiera despedirse de mí. Muchas cosas quedan por hacer. Y el hecho mismo de no renunciarlas me dicen en cierto modo que algunas he de cumplir.

Tengo leído en *La Celestina* que nadie es tan viejo que no pueda vivir un año más, ni tan mozo que no pueda morir mañana. Porque tan pronto se va el cordero como el carnero. Por eso planes de trabajo, tareas que cumplir. Y esto más. Yo tengo la vanidad de creer que lo que yo no haga no lo hará nadie. ¿Quién si no yo puede contar la crónica pueblerina, por razón de mis años y de mi memoria que se remonta casi hasta la cuna? Pocos coterráneos míos habrá que recuerden palabras, dichos, refranes, canciones memorizados cuando el español no era mi idioma. De veras, me digo algunas veces, si no lo haces tú, ¿quién lo va a hacer?*

Dejémoslo hasta ahí.

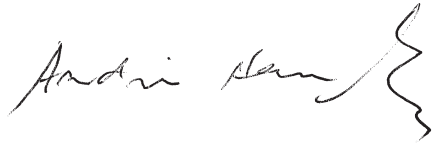
Ahora advierto que han llegado los periódicos del día. La gran noticia: el hombre viaja a la Luna; lo que ayer era un mero sueño y fantasía es ahora realidad. Leo que una terrible epidemia diezma poblaciones de los Estados Unidos. ¿Por qué, me pregunto, la ciencia no ha logrado curar y prevenir una gripa? ¿Cuándo van a liberar al hombre de estos azotes, al parecer tan sencillos como la gripe?

Y la más terrible de todas las noticias: murió John Steinbeck, a la edad de sesenta y seis años, sólo cuatro días más que nosotros. El de *Las uvas de la ira* se fue sin que le valieran fama, gloria, fortuna. Pero no... quedan algunas horas.

29 de diciembre de 1968

*Al final de su vida, cuando yo le preguntaba cuál era el plan para el año que iniciaba, él siempre respondía: Vivir, Adán, vivir.

1969



Carta al Greco

Al libro, como a la mujer, hasta allá se le ha de ver. Lo dice el refrán, no yo. Y si lo dice el refrán muy cierto ha de ser. Me viene a la memoria ahora que he releído un libro genial, genial para mí, que los clasifico de acuerdo con las consonancias y asonancias que guardan conmigo. El libro es el de Nikos Kazantzakis: *Carta al Greco*. Itinerario espiritual autobiográfico (Ediciones Carlos Loklé, Buenos Aires, 1936). Quien lea un libro de prisa, no lo lee de veras. Quien lo lea por el sistema dinámico, en el que muchos nacidos este día –28 de diciembre– creen, tampoco. Los libros que nos gustan hay que leerlos letra a letra, sílaba a sílaba, palabra por palabra. Así aconsejó John Ruskin que se leyeran, aunque fueran unos cuantos, los esenciales. Los libros predilectos, los que son de nuestro gusto, así hay que leerlos.

Leí, pues, *Carta al Greco*, por segunda vez, en el espacio de cinco años. Porque éste es un libro y un autor que llegaron a mi conocimiento tardíamente. Diré por qué. Porque frustró una Carta a Juárez escrita en Nueva Orleans, el lunes 30 de noviembre de 1936, cuando cumplí treinta años. La frustró por las muchas semejanzas que hay entre una y otra. Una semejanza que no va más allá, se entiende, de las meras exterioridades, pues ya está dicho que Nikos Kazantzakis es un escritor genial.

La edición leída la primera vez registraba un defecto al final de la página 150. En vano busqué una anterior para substituirlo. Pero he aquí que hace unos días apareció una segunda de la misma casa editora. Hasta dos ejemplares adquiriré, una de ellas para un amigo a quien quería regalarla de Navidad y Año Nuevo. Pero ha ocurrido que esta edición no sólo contiene, sino que agra-

va la errata de la primera. No se trata de una edición fotocópica o facsimilar –facsimilaria, diría el sabio Ángel María Garibay Kintana– sino de una nueva edición verdadera, y sin embargo el error está en la misma página: la 150. Hela aquí:

“Hay tres cosas que he deseado en mi vida y que no he podido disfrutar: una casita a la orilla del mar, una jaula con un canario y una maceta de albahaca. Dos recuerdos, sobre todo, muy amargos, se depositaron en mí, entre todo lo que vi de Italia, y me perseguirán como un verdadero diluvio. Yo llegaba, calado hasta los huesos, a un villorrio. He aquí el primero. Caía la tarde, había llovido todo el día, un remordimiento, sin ser culpable de nada, hasta la muerte”.

Puesto en orden, queda así, según creo:

“Dos recuerdos, muy amargos, se depositaron en mí entre todo lo que vi de Italia, y me perseguirán como remordimientos, sin ser culpable de nada, hasta la muerte”.

He aquí el primero. Yo llegaba, calado hasta los huesos, a un villorrio de Calabria. Caía la tarde, había llovido todo el día. Debía encontrar un fuego con qué secarme y un albergue para dormir.

¿Nadie advirtió errata tan grande, tan de bulto? Ése es el resultado de no leer los libros como se debe; de no verlos como a las mujeres: hasta allá.

¿Se evitará tal lunar en futuras ediciones?

5 de enero de 1969

La incansable *Clemen*

Desde hace unos días quería dedicarle una *Alacena* a Clementina Díaz y de Ovando. Lo hago ahora para celebrar su nombramiento de Directora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional y su prólogo a los *Cuentos del General* que acaba de publicar la Editorial Porrúa, dentro de su Colección “Sepan cuantos...” en la que le corresponde el núm. 101. Ninguna de las dos cosas ha de sorprendernos: Clementina formó parte del elenco del Instituto de Investigaciones Estéticas desde jovencita, desde que la recuerdo, presentada por Salvador Toscano. En los *Anales* del Instituto ha publicado trabajos de investigación y bajo su signo han aparecido algunos de sus libros; todo –trabajos, libros– revela a una trabajadora responsable, tenaz, de segura

y firme vocación. Ha sido, desde que apareció en el campo de las letras y de la investigación, de los que proclaman y proceden de acuerdo con tal certeza, que nunca podrá entenderse la cultura mexicana si no se la conecta con las viejas culturas precortesianas. La individualidad de nuestras letras si no se funda en su ambiente natural, sin por eso cerrar las ventanas que dan al mundo todo. Todo cuanto escribe Clementina Díaz y de Ovando tiene ese norte, apunta a esa meta, establecer, desentrañar nuestro ser nacional, partiendo de la idea de que es el resultado de un conflicto entre dos culturas, dos sangres; encontrar el punto en que se armonizan y reconcilian ha sido un sueño de los grandes maestros mexicanos, en torno a alguno de los cuales Clementina—*Clemen*, como la nombran sus amigos— ha escrito ensayos de interpretación. Entre sus maestros está Vicente Riva Palacio, quien a la manera de Ignacio Manuel Altamirano creyó en la necesidad de una literatura nacional que reforzara la independencia política.

Una literatura no buscada, no fingida, no folklórica, sino el resultado de ser de alguna aparte, con raíz en alguna tierra.

El prólogo de Clementina Díaz y de Ovando a los *Cuentos del General* constituye un verdadero estudio, un ensayo en torno a estas cuestiones. Por años ha trabajado Clementina sobre la obra de Riva Palacio; puede decirse que nadie conoce su obra como ella la conoce. Y este prólogo lo prueba elocuentemente. No hay aspecto que no toque, que no sitúe, así sea brevemente. Lo que se sabía de los *Cuentos*, y lo que se ignoraba está aquí reunido. *Minucias* que nadie había *alacena*do, ella las convierte en miga, en pan y alimento bien condimentado y sazonado. Con sus investigaciones hemos completado el retrato de Riva Palacio, en cuya mano se hermanaron pluma y espada, se reconciliaron las dos repúblicas.

También puede decirse que por fin están reunidos todos los cuentos del General. Y junto con eso, la historia y las circunstancias en que cada uno fue escrito. Lo que otros aseguraron o simplemente sospecharon acerca de esas piezas, Clementina Díaz y de Ovando lo verifica. Es ella, pues, quien vino a dar el toque que faltaba. Porque en estas cuestiones ninguno trabaja solo. Así lo reconoce la autora al acreditar a cada investigador su aportación.

Los *Cuentos* se enriquecen con seis piezas más: las que no aparecieron en la edición madrileña del año de 1893, mismo de la muerte de Riva Palacio.

En el prólogo se dan las probables causas de esas omisiones. Lo que falte por hacer, que algo ha de faltar, quizás toque a la misma *Clemen*. De todas

suertes, este magnífico prólogo, este estudio tan bien escrito y documentado culmina una tarea de años de Clementina Díaz y de Ovando. Las letras mexicanas están de plácemes. ¿Cómo no iba a estarlo yo que tanto quiero y admiro a Clementina?

12 de enero de 1969

Alí, poeta verdadero

¿Cómo puede Leopoldo Zea –dinámico, perseverante, profundo–, se preguntaba Agustín Yáñez, formar grupo con Alí Chumacero, complacido en sembrar fama de hombre terrible al margen de respetos y convenciones; con José Luis Martínez, voluntad de pulcritud, con Jorge González Durán, de templada cordialidad? ¿Cómo puede, se preguntaba, formar grupo con Alí Chumacero? Pero ya se sabe que las apariencias engañan: Alí Chumacero es una dramática dualidad, un dolorido conflicto entre el corazón y la inteligencia, que él suele muy bien acomparar. Ni sólo los recursos del sentimiento, ni los solos de la razón; mejor, la suma de los dos, la afinidad de los extremos. Buenas son las lágrimas, con tal de que no sean muchas. La poesía de Alí Chumacero viene a ser, de ese modo, una resultante de su recóndita manera de ser: seca, escueta, difícil, “áspero y dulce”, “de piedra y cielo”, como diría Juan Ramón Jiménez. Pero no hay que olvidarlo: ello es pura apariencia. Frecuentad su poesía, volved a ella de cuando en cuando y ella se os entregará luminosa. Razón y disciplina caracterizan la poesía de Alí Chumacero. Es, a primera vista, un poeta seco, escueto, difícil. Su poesía no se entrega a la primera lectura: para gozarla, para entenderla, hay que frecuentarla.

Nativo de Nayarit –su tierra natal es Acaponeta– llegó niño a Guadalajara, en 1929. Allí, años más tarde, acaso por virtud del ambiente literario de la capital tapatía, decidió dedicar su vida al cultivo de las letras. En la misma Guadalajara, donde hizo amistad con José Luis Martínez y Jorge González Durán, escribió sus primeros poemas que han quedado inéditos, por un temprano rigor crítico y el temor de entregar a los lectores frutos que estaban aún en tránsito de madurez; en el riesgoso límite entre el sentimiento descarnado y la expresión acabada. Vino Alí Chumacero a México en 1937. Fiel a sus iniciales aficiones, en relación constante con sus amigos referidos, fundó con

ellos la revista literaria *Tierra Nueva*. En esa aventura intelectual tomó participación sobresaliente Leopoldo Zea, que entonces inició su primer vuelo por los ámbitos de la filosofía. El grupo de *Tierra Nueva* –ha escrito José Luis Martínez– tuvo entre sus designios más constantes el de buscar un equilibrio entre la tradición y la modernidad, entre el entusiasmo iconoclasta de la juventud y la aceptación de un rigor en la formación literaria. Su reconocimiento de algunos maestros en las generaciones mayores, su aspiración a realizar una obra con la austeridad que requiere un oficio que se aprende fatigosamente y su preocupación por ir conquistando, sin prisas pero sin descanso, el mundo de la cultura, les confirieron, cuando menos, sólidas bases de las que podían partir bien dirigidos. Pudiera decirse, de su actitud, que trata de aprovechar las inquietudes más válidas de las generaciones inmediatas, evitando sus riesgos y abdicaciones. En el grupo de *Tierra Nueva* es Alí Chumacero, quien mejor representa esas directrices.

En el número inicial de *Tierra Nueva* apareció el primer poema publicado por Alí Chumacero: “Poema de amorosa raíz”, que no era un presagio, sino la presencia de un poeta verdadero.

*Antes que el viento fuera mar volcado,
que la noche se unciera su vestido de luto
y que estrellas y luna fincaran sobre el cielo
la albura e sus cuerpos.
Antes que luz, que sombra y que montaña...*

Pero... dejemos al lector que lo descubra y lo goce por sí solo, como el poeta lo estaba cuando lo escribió.

19 de enero de 1969

Aniversario de *Alacenas*

Cuando en 1966 cumplió la *Alacena de Minucias* quince años de vida, anuncié su posible suspensión o su cambio de título y espíritu. Un lector desconocido me habló entonces por teléfono para invitarme a su casa, con la súplica de que no faltara, pues siendo pobre y humilde, mi falta le dolería muchísimo.

Me presenté puntual. A los postres, su esposa trajo a la mesa un pastel con quince velitas y catorce cuadernos con las *Alacenas* coleccionadas. Aquello me eterneció. Porque el periodista no siempre sabe que tiene lectores y cuando los tiene no siempre los conoce. La razón de todo aquello lo contaré otro día. Ahora quiero decir que en honor de aquella familia no suspendí las *Alacenas* ni cambié su estilo.

Tres años han pasado. Y ahora quiero otra vez cambiarle de nombre a esta sección y también sus temas y el tratamiento de esos temas. Lo que no sería nada nuevo ni extraño. Hace treinta inicié en *El Nacional* una sección titulada *En el Museo Nacional*,* que tras de algún tiempo cambié por otra, *Factores de la Cultura en México*.** La una consistía en una divagación acerca de una pieza cualquiera del Museo Nacional: la peineta de Carlota Amalia, la pluma de Vicente Riva Palacio, la espada de Manuel Gómez Pedraza. En vista del grabado, yo tejía el comentario. Trabajo placentero que permitió ocurrencias y aprovechamiento de lecturas hasta entonces meros adornos. La otra era una breve historia de las aportaciones mexicanas y extranjeras a la cultura nacional: la creación de la Biblioteca Nacional, la introducción de la imprenta, la creación de la Universidad, las flores y los frutos europeos. Cómo y por qué fue suspendida esta sección, es una regocijada historia que nunca contaré.

El miércoles 11 de enero de 1956 heredé, de Clemente López Trujillo, como de Hernán Rosales *En el Museo Nacional*, la sección *La Nota Cultural*, que escribí diariamente hasta hace un año en que se cambió por dos notículas semanales con nombre propio y que aparecen los martes y los viernes en *Poliedro Cultural*.

Nada tiene, pues, de extraño ni novedoso que otra vez piense en cambiar el título a esta sección por otro nuevo, que aún no tengo, pero en el que ahora pienso. Digo, desde ahora, que esa sola posibilidad me causa alguna pena, que endulzo con pensar que ocurre cuando la *Alacena de Minucias* va a cumplir dieciocho años: una segunda mayoría de edad.

Con ese motivo he estado leyendo en estos días todas las *Alacenas*, cosa extraña pues no acostumbro a releerme, si ni siquiera redacto dos veces ni hago copias de mis pobres escritos. Realmente avergüenza haber escrito tanto.

**En el Museo Nacional* fue otra columna o sección que Henestrosa escribió del 21 de junio de 1939 al 27 de noviembre de 1940. La firmó con las iniciales H. A. y con el seudónimo *Néstor Heras*, casi anagrama de Henestrosa, a no ser por una *r* que sobra y que según él se refería el apellido de su esposa Alfa Ríos.

**La columna en realidad se llamó *Factores de Cultura* y se publicó del 5 de diciembre de 1940 al 20 de diciembre de ese mismo año.

Y al llegar aquí, más quiero suspender esta colaboración que otra cosa. ¿Cómo un periodista, ya que no un escritor, que tiene fama de perezoso ha podido emborronar tantas cuartillas? Cincuenta y dos *Alacenas* por año, son muchas en dieciocho años. ¿No es así, lector?

Recuerdo que hace algún tiempo me decía el sabio Arturo Arnáiz y Freg, viendo el número de mis colaboraciones de periódico, que había yo caído en la trampa de los que viven de acusar de perezosos a los periodistas y escritores que no son farragosos, y que están prontos a afeár sus producciones cuando pecan de lo contrario. Pudiera ser que todo lo hiciera en un principio para acallar a los murmuradores. Sin embargo, siento que escribir es una manera de ganarme el sustento y de servir a mis semejantes. Alguna noticia, alguna reflexión válida, algún hallazgo expresivo ha de haber en tantas páginas. Imposible que no se encuentre una aguja en el pajar, ni un botón en alguna rama. Con los dineros que he ganado escribiendo la *Alacena de Minucias* compré el terreno para una escuela en un pueblito del Istmo de Tehuantepec. ¿No significa algo que un hombre que no supo español en sus niñeces levante una escuela con el dinero que pudo ganar escribiendo? Yo lo tengo por orgullo y por ejemplo lo tengo.

No. Mientras pueda, escribiré artículos con la venia de los que saben escribirlos.

26 de enero de 1969

Muerte de un cantor oaxaqueño

A la larga *Alacena de Minucias* de hace ocho días, corresponde ésta, breve. Sólo para contar un suceso desdichado: la muerte repentina, en Oaxaca, de Saúl Martínez, compositor y cantor oaxaqueño, nacido en Juchitán. Fue Martínez a la capital oaxaqueña a recibir un homenaje de sus paisanos, amigos y admiradores, que en él era todo junto. La muerte lo sorprendió unas horas antes, en su hotel, el viernes día 3 de este mes de enero.

Saúl Martínez tocaba magníficamente la guitarra, creo que sin saber notas. Tan hábil llegó a ser en su manejo que podía improvisar registros, preludios, compases, o como se diga, mientras ejecutaba una melodía, sobre todo si se trataba de los sonos del Istmo de Tehuantepec, los que llegó a tocar como ninguno antes. *La Llorona*, *La Sandunga*, para citar dos de los sonos más

conocidos, eran nuevos cada vez que los tocaba sin dejar de ser originales. ¡Qué habilidad, qué maestría la suya para, sin traicionar la partitura original, adornarlos, contrahacerlos –esto es, volverlos a hacer– enriquecerlos, presentarlos como nuevos, como oídos por vez primera. Y nunca de la misma manera, lo que lo emparentaba con los músicos de pueblo que nunca tocan igual el mismo son: la ejecución es siempre el resultado de su estado de ánimo, de su embriaguez, de alegría o tristeza. Nada de eso requería Saúl Martínez para igualarlos. Le bastaba estar identificado con la música de su pueblo, con los compositores y músicos de su pueblo; con ser de su tierra, fue de todo Oaxaca y logró interpretar sus melodías y renovarlas sin que se notara en dónde terminaba el original y dónde se iniciaba la aportación personal de Saúl Martínez. Sus recreaciones valían por las creaciones.

Era también compositor. Algunas de las canciones que hizo pasan ahora como anónimas en el Istmo y en México. Puso letra a muchos sones istmeños que cantó y andan grabados. Interpretó a los viejos cantores y músicos mexicanos anteriores a su generación, señaladamente a Guti Cárdenas, cuya voz fue gemela de la suya, y cuyo estilo llegó a imitar por un milagro de la admiración y del fervor. Nadie, dicen los entendidos, ha cantado las canciones yucatecas –las de Guti– como Saúl Martínez.

Con una preparación, que las circunstancias de su vida no le permitieron a él, a Saúl Martínez, le hubiera tocado realizar algo que siempre hemos propuesto y estamos esperando aún: un compositor que, además de genio musical, tenga instrumento, escuela, que le permita organizar con los sones istmeños, con la música oaxaqueña, una sinfonía en que todo se reúna y sea como el mensaje, el testimonio musical de Oaxaca. Saúl Martínez, tocador de guitarra, compositor, arreglista, nos indica que eso es posible. Quedamos, pues, en espera.

Descanse en paz. Y que pronto venga otro que pulse con parecida alegría y pericia su guitarra.

9 de febrero de 1969

Índice onomástico

—A—

- Abreu Gómez, Ermilo, 56, 175, 359, 389, 461, 490
Acevedo Escobedo, Antonio, 104, 402
Acevedo, Herminio, 365
Acuña, Manuel, 36, 37, 107, 187, 199, 267, 314, 468
Adorno, Juan Nepomuceno, 46, 47
Agüeros, Victoriano, 145, 273
Aguilar, Miguel Ángel, 103
Aguirre Cinta, Rafael, 502
Ahumada, Herminio, 104, 129, 201, 289, 517
Alamán, Lucas, 9, 34, 122, 123, 124, 125, 132, 140, 141, 202, 251, 252, 253, 337, 350
Alatorre, Antonio, 175, 389
Albiñana Sanz, José María, 324, 325
Albuquerque, fray Bernardo de, 262
Alcalde, Joaquín M., 26, 34
Alcaraz, Ramón, 83
Alcázar, Baltasar de, 395
Alcázar, Juan de, 262
Alegría, Paula, 459
Alemán, Mateo, 278
Alighieri, Dante, 330
Almazán, Juan Andrew, 209
Almonte, Juan Nepomuceno, 34, 37, 38, 39, 482
Altamirano, Ignacio Manuel, 9, 49, 50, 59, 72, 75, 89, 108, 112, 132, 136, 137, 160, 181, 216, 227, 228, 229, 230, 231, 265, 311, 312, 314, 315, 318, 352, 361, 373, 376, 377, 379, 380, 404, 405, 415, 463, 529
Altolaquirre, Manuel, 200, 470
Alvarado Ventura, José, 309, 310
Álvarez Bravo, Lola, 213
Álvarez del Castillo, Manuel, 442, 495
Álvarez García, Miguel, 28
Álvarez, Concha, 94, 95
Álvarez, Griselda, 28, 198, 408, 496
Amador, Elías, 113, 114, 115
Amézaga, Carlos G., 495
Amicis, Edmundo de, 16
Amieva, Celso, 499, 500
Amigo García, 473, 474
Andersen, Hans Christian, 16
Anderson Imbert, Enrique, 17
Ángel, Abraham, 39
Antequera y Castro, José de, 15, 17, 18
Antequera, Fernando de, 17
Antoniorobles, 418, 419, 461
Apuleyo, 261
Arce, Francisco O., 90
Arche, Jorge, 488, 489
Arellano Belloc, Francisco, 375
Arenales, Ricardo, 288, 394
Arenas, Manuel, 434
Aretino, Pietro, 300
Arévalo Martínez, Rafael, 288, 289
Arévalo, L.G., 315
Argandar, Francisco de, 10, 149, 150
Arguedas, José María, 373
Arnáiz y Freg, Arturo, 182, 389, 523, 533

- Arrangoiz, Francisco de, 212
 Arreola, Juan José, 228, 463
 Arriaga, Ponciano, 82
 Artaud, Antonin, 110
 Asturias, Miguel Ángel, 466
 Avicena, 283
 Ávila, Abelardo, 436, 437, 438
 Aviraneta, Eugenio de, 120
 Azcárate, Nicolás de, 219
 Azuela, Mariano, 125, 180, 230
 Azuela, Salvador, 422
- B—
- Bablot, Alfredo, 174, 389
 Bandera, José M., 314
 Baqueiro Fóster, Gerónimo, 158, 489, 490, 491
 Barajas Lozano, Ignacio, 375
 Barazábal, Mariano, 273
 Barba-Jacob, Porfirio, 194, 218, 288, 393, 394
 Barnard, J.G., 211
 Barnardo Couto, José, 287
 Baroja, Pío, 120
 Barraquer, Ignacio, 80
 Barreda, Octavio G., 329, 330
 Barreiro, J., 83
 Barrero Argüelles, Manuel, 39, 40
 Barret, Rafael, 197, 412
 Barrios Gómez, Agustín, 363
 Bartra, Agustí, 102, 110
 Bartrina, Joaquín, 92, 193
 Baudelaire, Charles, 74, 434, 435
 Bautista Morales, Juan, 46, 52, 53, 75, 76, 77, 79, 98, 128, 131, 132, 141
 Bayer, Herman, 479
 Bayo, Ciro, 167, 168
 Becerra, José, 180
 Becher, C. C., 380
 Bécquer, Gustavo Adolfo, 186, 216, 327, 365
 Bello, 323
 Bello, Andrés, 220, 301
 Bello, Federico, 369
 Benítez, Fernando, 103
 Benítez, José María, 375
 Berenth, William, 208, 498
 Bergamín, José, 94, 274
 Bejarano, 418
 Beruete y Abarca, Miguel de, 182
 Betancourt, 447
 Bilbao, Francisco, 373
 Blake, William, 185
 Blanco, Andrés Eloy, 346
 Blom, Frans, 231
 Bloom, Franz, 70
 Boissié, Alfred, 291
 Boix, Ignacio, 305
 Bolaños, Juan Leopoldo, 327, 328
 Bolívar, Simón, 131, 177, 198
 Bonfil, Ramón Guillermo, 423, 424
 Bonifaz Nuño, Rubén, 89, 459
 Bordes Mangel, Enrique, 381
 Borges y Navarro, Lila, 322, 323
 Borges, Jorge Luis, 456
 Boscán, Juan, 267
 Bourbourg, Brasseur de, 325, 498
 Bourger, Henry, 175
 Bretón de los Herreros, Manuel, 158
 Brioso y Candiani, Manuel, 290, 366, 367, 368
 Buffon, 175
 Bulnes, Francisco, 227, 367, 416, 417, 455
 Burgoa, fray Francisco de, 70, 212, 256, 258, 259, 260, 261, 262, 282, 284, 365, 366, 509, 510
 Bustamante Carlos Inga, Calixto, 277, 278
 Bustamante, Carlos María de, 9, 10, 11, 25, 52, 53, 98, 99, 113, 114, 115, 122, 123, 124, 125, 131, 132, 140, 141, 150, 156, 201, 202, 203, 251, 252, 253, 337, 338, 345, 346, 349, 350, 351, 365, 366, 384, 385, 496, 497, 505
 Bustamante, Eduardo, 392, 403
 Bustamante, Octavio N., 359, 360
 Bustillos, José María, 107, 108, 109, 147
 Bustillos, Julio, 392, 393
 Butler, Samuel, 80
- C—
- Caballero, Manuel, 314
 Cabrera, Luis, 194, 195, 196

- Cabrera, Miguel, 365
 Cabrera, Rafael, 106
 Cadena, Longinos, 459
 Cagigas, Cipriano de las, 305, 306, 354, 368, 369
 Calderón de la Barca, Pedro, 165, 166
 Calleja, Rafael, 96, 97
 Camarillo, María Enriqueta, 106, 107
 Camín, Alfonso, 338
 Camoens, Luis de, 90, 426
 Campillo, Miguel, 518
 Campo, Ángel de, 229, 442, 494, 495
 Campoamor, Ramón de, 145, 186
 Campos, Rubén M., 158, 159
 Cano, Benigno, 430
 Cánovas del Castillo, Antonio, 172
 Cansino, Juan, 301, 302
 Cansinos-Assens, Rafael, 318, 333
 Capdevila, Arturo, 249
 Carbonel, Néstor, 199
 Cárdenas Peña, José, 263, 264
 Cárdenas, Guty, 416, 534
 Cardona, Mauricio Magdaleno, 206, 342, 343, 351
 Cardoza y Aragón, Luis, 116, 461, 492
 Carlos III, 350
 Carmona, María de, 267
 Carnés, Luisa, 190, 191
 Carpio, Manuel, 321
 Carrancá y Trujillo, Camilo, 296
 Carranza, Venustiano, 476
 Carrasco Puente, Rafael, 158
 Carreón, Benjamín, 319
 Carreón, Jorge, 348, 349
 Carriedo, Adalberto, 365
 Carrillo Gil, Alvar, 173, 174
 Carrillo, Adolfo, 455
 Carrillo, Alejandro, 492
 Carro de la Vandra, Alonso, 278
 Carvajal, Bernardino, 365
 Casal, Julián del, 146, 147, 395, 449
 Casas, Bartolomé de las, 17, 91, 92, 156, 193, 194, 334, 449
 Casasús, Joaquín D., 442
 Caso, Antonio, 523
 Castañeda, Daniel, 73, 74, 75
 Castaño, Vicente, 55
 Castañón y Zúñiga, Antonio, 423
 Castelar, Emilio, 186, 272
 Castellanos, Julio, 318
 Castellanos, Rosario, 198
 Castiglione, Baltasar, 300
 Castilla, Pedro de, 368
 Castillejo, Cristóbal de, 28
 Castorena Ursúa y Goyeneche, Juan Ignacio, 507, 508
 Castro Leal, Antonio, 100, 169, 171, 205, 320, 456, 512
 Castro y Bellvís, Guillén de, 397
 Castro, Rosalía de, 190
 Catalá, Ramón, 339
 Ceballos, Ciro B., 120, 121
 Cela, Camilo José, 264
 Cellini, Benvenuto, 401, 496
 Cerán, Hipólito, 174
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 226, 265, 351, 401, 425, 451, 499
 César, 330
 Cetina, Gutierre de, 27, 56, 395
 Chacón Pineda, Nazario, 94
 Chacón y Calvo, José María, 19, 28, 29
 Chateaubriand, René de, 16, 156
 Chávarri, Enrique, 128, 136, 229
 Chavero, Alfredo, 34
 Chávez, Gilberto, 249, 250
 Chávez, Nabor, 34
 Chennevière, Georges, 74
 Chesterfield, Lord, 105, 177, 178
 Chumacero, Alí, 126, 264, 530, 531
 Cifuentes, Rodrigo de, 360, 456
 Cisneros, 214, 215
 Clavijero, Francisco Javier, 38, 140, 355, 357, 458
 Coccioli, Carlo, 216
 Coester, Alfred, 17
 Colín, Eduardo, 106, 298
 Colín, Mario, 515
 Collado, Casimiro del, 210, 276, 361, 383, 413, 505
 Comonfort, Ignacio, 82
 Concha Campos, Rodolfo, 461
 Cook, Reginald L., 102

- Cordero, Juan, 383, 384
 Córdoba, fray Juan de, 70, 262, 263, 282, 283, 284, 506
 Córdoba, Tirso Rafael, 71, 72
 Corneille, Pierre, 166
 Coronel Urtecho, José, 102
 Corpancho, Manuel Nicolás, 26, 27, 34, 46, 524
 Corral, Ramón, 195
 Cortés Zorrilla, Narciso Alonso, 142
 Cortés, Hernán, 212, 253, 319, 356, 447
 Cortés, José Domingo, 66, 67
 Cosío Villegas, Daniel, 194, 228, 401, 402
 Costa, Joaquín, 92, 193, 194
 Couto, José Bernardo, 356
 Cox, Sidney, 102
 Crane, Hart, 109, 110, 183
 Cravioto, Alfonso, 56, 298, 389, 455
 Cruz, Roberto, 347
 Cruz, Sor Juana Inés de la, 74, 198, 299, 389, 512
 Cuauhtémoc, 32, 39, 246, 247, 292
 Cuéllar, Alfredo B., 347
 Cuéllar, José Tomás de, 383
 Cuenca, Agustín F., 108, 314
 Cuervo, 505
 Cuesta Mostenses, 65
 Cuesta, Jorge, 99, 100
 Cumplido, Ignacio, 38, 79
- D—
- Dalevuelta, Jacobo, 366
 D'Annunzio, Gabriele, 120
 Darío, Rubén, 58, 112, 147, 180, 186, 267, 313, 333, 334, 338, 339, 340, 390, 391, 393, 394, 395, 427, 443, 448, 516, 519
 Dávalos, Balbino, 106, 121, 298
 De la O., Genovevo, 509
 Dehesa, Teodoro, 270
 Delgado, Juan B., 204, 273, 395
 Deustcher, Isaac, 441
 Díaz Covarrubias, Juan, 59, 160, 181, 227, 405
 Díaz del Castillo, Bernal, 10, 19, 210, 259, 301, 447, 502
 Díaz Mercado, Joaquín, 344
 Díaz Mirón, Salvador, 107, 121, 143, 186, 269, 270, 313, 314, 322, 323, 432
 Díaz Ordaz, Gustavo, 115, 216, 303, 393
 Díaz y de Ovando, Clementina, 112, 113, 172, 528, 529, 530
 Díaz, Porfirio, 330, 338, 339, 367, 417, 455
 Diego, Gerardo, 218
 Díez Barroso, Francisco, 287
 Díez-Canedo, Enrique, 74, 318, 319, 320, 334
 Díez-Canedo, Joaquín, 320, 492
 Dolujanoff, Emma, 401
 Domínguez, Belisario, 156, 426
 Don Pascual, 272
 D'ors, Eugenio, 41, 248
 Dostoyevski, Fiódor, 198
 Draper, Juan Guillermo, 334
 Drohojowska, Natalia, 136
 Duarte, Leopoldo, 105, 135, 181
 Duarte, Ramón I., 517, 518
 Duby, Gertrudis, 231
 Durán, fray Diego, 447
 Duvalier, Armando, 74
- E—
- Ehrenburg, Ilia, 438, 439
 Elizalde, Luis Juliet de, 269, 272
 Elliot, T. S., 110
 Elorduy, Aquiles, 183
 Entrambasaguas, Joaquín de, 397
 Epirótico, Alicandro, 273
 Escalante, Félix María de, 83, 383
 Escalante, Ignacio, 311
 Escobedo, Federico, 194, 472
 Esopo, 16
 Espinel, Vicente, 28
 Espronceda, José de, 144
 Esquilo, 307, 331
 Estenger, Rafael, 338, 340
 Esteva, Adalberto A., 245, 353
 Esteva, José María, 143, 145
 Estrada, Camilo, 381
 Estrada, Genaro, 26, 61, 62, 63, 395, 440
 Estrada, Roque, 381, 382
 Eurípides, 331
 Ezequiel, 203

—F—

Feijóo, Benito Jerónimo, 459
 Felipe IV, 350
 Fernández de Castro, José Antonio, 402, 489
 Fernández de Córdoba, Joaquín, 438
 Fernández de Lizardi, José Joaquín, 25, 51,
 52, 53, 98, 131, 133, 141, 195, 251, 363,
 428
 Fernández Granados, Enrique, 106, 395, 414
 Fernández Iturribarria, Jorge, 511
 Fernández Ledesma, Enrique, 41, 383
 Fernández Ledesma, Gabriel, 127
 Fernández Moreno, Baldomero, 210
 Fernández, Justino, 217, 218, 219, 254
 Fernández, Rosario, 430
 Ferrer de Mendiola, Gabriel, 293
 Ferrer del Río, Antonio, 142
 Ferrer Mendiola, Gabriel, 143
 Ferrer, San Vicente, 331
 Fichter, William L., 271
 Figaredo, Fernando, 199
 Finisterre, Alejandro, 445
 Flores Aguirre, Jesús, 194, 257
 Flores Magón (Hermanos), 381
 Flores, Manuel M., 216, 314, 321, 326
 Forey, Federico, 417
 Forner, Juan Pablo, 266
 France, Anatole, 264
 Franco, Agustín A., 46, 47
 Frank, Waldo, 109, 110
 Freyre, James, 74
 Frías y Soto, Hilarión, 41, 42, 362, 476
 Frías, José D., 103, 297, 298, 299
 Frías, Miguel de, 259
 Frost, Robert, 101, 102, 109

—G—

Gage, Tomás, 364
 Galindo y Villa, Jesús, 416, 417, 418
 Gallegos, Concepción, 432
 Galván Rivera, Mariano, 38
 Gálvez de Montalvo, Luis, 27, 28
 Gamboa, Federico, 304, 351

Gante, Carlos de, 56
 Garcés, Gregorio, 266
 García Bravo y Olivera, Rodolfo, 363, 364
 García Bravo, Alonso, 474
 García Cabral, Ernesto, 382
 García Calderón, Ventura, 297, 298
 García Carrillo, Luis, 97
 García de Quevedo, José Heriberto, 142
 García Gutiérrez, Antonio, 371, 372
 García Gutiérrez, Jesús, 483, 484
 García Icazbalceta, Joaquín, 37, 114, 122,
 140, 141, 251, 282, 301, 350, 356
 García Naranjo, Nemesio, 195
 García Torres, Vicente, 34, 139, 212
 García y Ramírez de Coy, Juan, 283
 García, Genaro, 460
 García, Telésforo, 269, 272
 Garcilaso de la Vega, Inca, 356, 524
 Garfías, Pedro, 418, 461
 Garibay Kintana, Ángel María, 47, 48, 140,
 141, 175, 357, 390, 460, 463, 464, 467,
 468, 528
 Garrido, Luis, 474
 Garrison Brinton, Daniel, 161, 162
 Gates, William, 70, 71, 256
 Gautier, Theofilo, 326
 Gavinet, Ángel, 92, 199
 Gay, José Antonio, 60, 282, 367, 392, 510
 Gascón, Elvira, 178, 179
 Gerald, Paul, 196
 Ghirardo, Alberto, 297
 Gide, André, 19
 Godoy, Jorge de, 56
 Goethe, 19, 496
 Goitia, Francisco, 214, 475, 476
 Gómez Arias, Alejandro, 217, 319, 359
 Gómez Carrillo, Enrique, 39, 40, 153, 455
 Gómez Castillo, Hildo (Hermenegildo),
 295, 296
 Gómez de la Cortina, José Justo, 276, 360,
 361, 383, 413, 456
 Gómez de la Puente, Eusebio, 432
 Gómez de la Serna, José, 410, 411
 Gómez de la Serna, Ramón, 96, 97
 Gómez de Orozco, Federico, 364
 Gómez Farías, Valentín, 133

- Gómez Pedraza, Manuel, 76, 82, 532
 Gómez Robelo, Ricardo, 307
 Gómez Silva, José, 45
 Gómez, Carlos A., 499, 500
 Gondra, Isidro, 139
 Góngora, Luis de, 283, 516
 Gonzaga Inclán, Luis, 347
 Gonzaga Ortiz, Luis, 217
 González Bocanegra, Francisco, 383
 González Casanova, Pablo, 46, 47
 González de Mendoza, José María, 413, 414, 463
 González de Mendoza, José María (Abate de Mendoza), 464, 465, 466
 González Durán, Jorge, 531
 González Guerrero, Francisco, 112
 González León, Francisco, 126, 127, 180, 181, 257, 258
 González Martínez, Enrique, 106, 267, 375, 487
 González Montesinos, Manuel, 304, 305
 González Obregón, Luis, 55, 290, 291, 301, 468
 González Peña, Carlos, 51, 53, 69, 78, 79, 98, 216, 253, 265, 301, 347, 360, 484
 González Prada, Manuel, 44, 74, 230, 334, 373
 González Ramírez, Manuel, 22, 359
 González, Esteban, 278
 Gorki, Máximo, 381
 Gorostiza, Celestino, 191, 463, 464
 Gorostiza, José, 36, 267, 333, 463
 Gosdawa de Gostkowski, Gustavo, 136
 Gracias, 281
 Gracián, 278, 297
 Granados Maldonado, Francisco, 89, 90, 314, 383
 Granmontaige, Francisco, 329
 Gravina, Juan, 274
 Gris, Juan, 30
 Guadalajara Arrijoja, 432
 Guadalajara, Joaquín, 432
 Guadalajara, José Rafael, 432, 433
 Guadalupe Victoria, 76
 Guardia, Miguel, 116, 494
 Guerra Junqueiro, Abilio, 426
 Guerrero Arciniegas, Enrique, 201
 Guerrero, Dolores, 67
 Guerrero, Julio, 417, 418
 Guevara, fray Miguel de, 18, 128, 293
 Guillén de Castro, 397
 Guillén, Palma, 95, 412
 Güiraldes, Ricardo, 373
 Guridi y Alcocer, José Miguel, 131
 Gutenberg, Juan, 358, 471
 Gutiérrez Dávila, Julián, 74
 Gutiérrez Eskildsen, María del Rosario, 85
 Gutiérrez Hermosillo, Alfonso, 188, 472
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 32, 36, 40, 107, 108, 109, 186, 229, 314, 318, 328, 352, 376, 377, 404, 422, 443, 449, 462, 463, 514
 Gutiérrez, Eulalio, 307
 Gutiérrez, Tonatiuh, 392
 Guyeau, J. M., 226
 Guzmán Araujo, Roberto, 179
 Guzmán, fray José María, 153
 Guzmán, Martín Luis, 48, 129, 463
- H—
- Habsburgo, Maximiliano de, 47, 77, 143, 153, 186, 354, 455, 476, 482
 Harp Helú, Alfredo, 256
 Heine, Enrique, 504
 Henestrosa, Adrián, 341, 503
 Henestrosa, Alfa, 6, 519
 Henestrosa, Andrés, 5, 6, 7, 14, 24, 32, 101, 110, 111, 123, 282, 285, 310, 332, 345, 411, 431, 432, 520, 525, 532
 Henestrosa, Cibeles, 243, 249, 279, 426, 427
 Henestrosa, Crescencio, 94
 Henestrosa, Martina, 502, 503
 Henríquez Ureña, Pedro, 14, 18, 19, 175, 389, 390, 396, 402, 463, 505
 Hermosa, Jesús, 482, 483
 Hernández, José, 497
 Herrera Petere, José, 418, 461, 486
 Herrera y Reissig, Julio, 127, 129, 373
 Hesíodo, 502
 Hidalgo y Costilla, Miguel, 9, 116

Hidalgo, José Manuel, 34, 103
 Homero, 47, 57, 90, 94, 226, 262, 263, 266
 Horacio, 220, 455
 Horta, Manuel, 56
 Houssaye, Arsène, 175
 Huerta, Efraín, 461, 492
 Humboldt, Alexander von, 182, 307, 380,
 381, 447
 Hurtado de Mendoza, Diego, 397

—I—

Ibáñez, 433
 Icaza, Ernesto, 363
 Icaza, Francisco A. de, 69, 99, 100, 101, 290
 Iduarte, Andrés, 11, 12, 106
 Iglesias, José María, 34, 82, 83
 Iguínez, Juan B., 103, 432
 Infanzón Garrido, Aquileo, 295
 Isaacs, Jorge, 373, 420
 Islas Escárcega, Leovigildo, 363
 Iturbide, Agustín de, 54, 156, 182, 302
 Iturriaga, José E., 475
 Izquierdo, María, 213

—J—

Jacob, Max, 435
 James, Francis, 127
 Jarnés, Benjamín, 461
 Jiménez Moreno, Wigberto, 282
 Jiménez Moro, Víctor, 515
 Jiménez Rueda, Julio, 51, 53, 79, 216, 253,
 265, 361, 484
 Jiménez, Armando, 480, 481
 Jiménez, Guillermo, 297, 298, 299, 399,
 400, 401, 414
 Jiménez, Juan Ramón, 94, 108, 205, 248,
 400, 402, 427, 435, 436, 456, 530
 Jiménez, Main, 394
 Jiménez, Mariano, 505, 506
 Johnson, Harvey L., 372
 Josephon, Matthew, 109, 110
 Joyce, James, 378

Juan, 362
 Juárez, Benito, 20, 27, 34, 42, 43, 96, 134,
 137, 186, 207, 208, 228, 288, 292, 299,
 300, 367, 382, 416, 417, 418, 424, 429,
 430, 444, 446, 447, 448, 455, 458, 462,
 498, 521, 527

—K—

Kafka, Franz, 19, 378
 Kahlo, Frida, 213, 214
 Kant, Immanuel, 156
 Kazantzakis, Nikos, 527
 Kempis, Tomás de, 61
 Kisch, Egon Erwin, 231, 232
 Krasinski, Zygmunt, 136
 Krauss Acal, Irma, 327, 328
 Kropotkin, Piotr, 381

—L—

Lacunza, José María, 82, 383
 Lacunza, Juan María, 273
 Lafontaine, Jean de, 16
 Lafragua, José María, 82, 139, 369
 Lafuente, Emilio, 230
 Lamartine, Alphonse de, 16
 Lara y Pardo, Luis, 71, 149
 Laris, José Trinidad, 60, 61
 Larra, Mariano José de, 53, 81, 92, 175, 193,
 194, 199, 227, 276, 306, 405
 Larreta, Enrique, 373
 Lascano Tegui, Emilio (Vizconde de Lascano
 Tegui), 6
 Leal, Luis, 139
 Ledesma, Bartolomé de, 317
 Leduc, Alberto, 71, 149
 Leduc, Renato, 14, 18, 217, 359
 León III, 472
 León XIII (Vincenzo Gioacchino Pecci), 403
 León, Nicolás, 165, 282, 373, 501, 505, 506,
 507
 Leopardi, Giacomo, 263
 Lescano, Antenor, 210, 211, 219, 220

- Levanto, fray Leonardo, 70, 71, 255, 259, 284
 Liguori, Francisco, 271
 Lira, Miguel N., 21, 22, 64, 217, 218, 257, 258, 319, 359
 Lista y Aragón, Alberto, 165, 166, 167, 172
 Liszt, Franz, 306, 368
 Lomelí, María del Refugio, 74
 Lope de Vega y Carpio, Félix, 16, 64, 166, 167, 230, 231, 266, 268, 397, 398
 López Álvarez, Francisco, 72
 López Arellano, Oswaldo, 372
 López Chiñas, Gabriel, 459
 López Chiñas, Jeremías, 423, 459
 López de Gómara, Francisco, 445
 López Lena, Tomás, 279, 280
 López Mateos, Adolfo, 48, 49, 134, 460, 461
 López Miro, Genaro, 423, 459
 López Trujillo, Clemente, 47, 353, 359, 382, 460, 461, 491, 492, 496, 532
 López Velarde, Ramón, 103, 108, 126, 127, 128, 257, 267, 298, 326, 375, 381, 469
 López, Arturo R., 197
 López, Prisciliano M., 148, 149
 López, Rafael, 107
 Lord Chesterfield, 177, 178
 Lord Dunsany, 153
 Louys, Pierre, 456
 Lozada, Juan Miguel, 383
 Lozano, José María, 195
 Lozano, Pedro, 168
 Lozano, Rafael, 375
 Lucas, 362
 Lucio Nájera, Rafael, 287, 288
 Lugones, Leopoldo, 127, 373
 Luján, Jesús, 40
- M—
- Macedo, Pablo, 442, 495
 Machado, Antonio, 53, 205, 407
 Machuca, Benigno, 223
 Madero, Francisco I., 381
 Madero, Luis Octavio, 492
 Magaña Esquivel, Antonio, 461, 492
 Magdaleno, Vicente, 312, 313, 314
 Maillefert, Alfredo, 128, 402, 421, 422
 Mancero, Luis, 177, 178
 Manero, Vicente, 265
 Manrique de Lara, Juana, 71, 102
 Manrique, Aurelio, 424, 425
 Manrique, Jorge, 74
 Maqueo Castellanos, Esteban, 286, 290
 Maquiavelo, Nicolás, 300
 Marbal Lausán, Joaquín, 285, 287
 Marcos, 362
 María Carlota Amalia, 47, 153, 532
 María de Ochoa y Acuña, Anastasio, 273
 María y Campos, Armando de, 142
 Mármol, José, 373
 Martí, José, 20, 21, 81, 105, 199, 200, 210, 219, 220, 228, 263, 281, 285, 296, 297, 317, 318, 342, 345, 346, 395, 443, 444, 446, 447, 476, 486, 488, 514
 Martínez Báez, Manuel, 167, 168, 338
 Martínez de Castro, Luis, 89, 379, 380
 Martínez de la Vega, Francisco, 430
 Martínez de Navarrete, fray Manuel, 346
 Martínez Dolz, Félix, 403, 404
 Martínez Domínguez, Alfonso, 303
 Martínez Gracida, Manuel, 365, 510, 511
 Martínez Mancera, Salvador, 146
 Martínez Peñalosa, Porfirio, 103, 121, 211, 220, 299, 496
 Martínez Rendón, Miguel D., 374, 375
 Martínez Ruiz, José Augusto (Azorín), 53, 160, 401, 402, 407, 421, 436, 474
 Martínez Torner, Florentino, 461, 492
 Martínez, José Luis, 380, 494, 530, 531
 Martínez, Saúl, 533, 534
 Masson, Ernesto, 45, 46, 47
 Mata, Efrén N., 395, 245
 Mata, Filomeno, 56, 284, 441
 Mata, Juan de, 357
 Mateo, 362
 Mateos, Juan Antonio, 49, 175, 373
 Matus, Macario, 32
 Maurand, Paul, 198
 Mayans y Siscar, Gregorio, 266
 Mayo, Francisco, 485
 Maza de Juárez, Margarita, 43, 399

- Meandro, 307
 Medina, José Dolores, 423
 Medina, José Toribio, 282
 Mejía Sánchez, Ernesto, 7, 110, 167, 168,
 333, 338, 380, 448, 449, 450, 505
 Méndez Plancarte, Alfonso, 273, 302
 Mendieta Alatorre, Ángeles, 441
 Mendívil, Pablo, 123
 Mendoza, Leopoldo, 279
 Menéndez Pidal, Ramón, 19, 64, 91, 92, 93,
 122, 266
 Menéndez y Acebal, Baldomero, 269, 270,
 271, 272, 273
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 17, 29, 30,
 92, 122, 128, 137, 186, 251, 288, 293,
 326, 405, 505
 Mestre Ghigliazza, Manuel, 72, 460, 482, 484
 Mickiewicz, Adam, 136
 Miguel Ángel, 338
 Miller, Henry, 409
 Milton, John, 89, 90
 Mira de Amescua, Antonio, 397
 Miranda, Rafael, 270
 Miró, Gabriel, 201, 446
 Mistral, Gabriela, 333, 334, 373, 411, 412
 Mitre, Bartolomé, 112
 Moctezuma, 502
 Moheno, Querido, 195
 Molina, Tirso de, 166
 Moncada, Ibar, 406
 Monner Sans, José María, 146, 147
 Monroy de Baigen, Guadalupe, 71, 102
 Monsiváis, Carlos, 6, 401
 Montalván, Leonardo de, 324
 Montalvo, Juan, 334
 Montenegro, Roberto, 94, 95, 371, 411, 518,
 519
 Monterde, Francisco, 56, 159
 Monterroso, Augusto, 274
 Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 273, 274
 Monti, Vicente, 262
 Montiel y Duarte, Julián, 137
 Mora, José María Luis, 76, 98, 131, 132, 133,
 134, 140
 Morales Pardavé, Enrique, 358
 Morales, Arnulfo, 503
 Morales, Dámaso, 502
 Morelos, José María, 9, 10, 150, 224, 225, 252
 Moreno Sánchez, Manuel, 319
 Moreno Villa, José, 183
 Moreno, Daniel, 467
 Moreto, Augusto, 166
 Motolinía (fray Toribio de Benavente), 91, 475
 Moulst, Thomas, 102
 Muntz, Carrie Odell, 15
 Muñoz Cota, José, 63, 64, 438
 Murguía y Galardi, José María, 367
 Murguía, Manuel, 41, 143
 Muriel, Bartolomé, 143, 276
 Murillo, Gerardo (Dr. Atl), 214
- N—
- Nájera, José Guadalupe, 373, 523
 Napoleón III, 417
 Napoleón, 186, 372
 Naranjo, Juventino, 423
 Navarro y Ledesma, Francisco, 100
 Navarro, Juan R., 38
 Neruda, Pablo, 108, 249, 279, 280, 439
 Nerval, Gerardo de, 443
 Nervo, Amado, 36, 40, 51, 68, 69, 106, 107,
 121, 128, 129, 158, 174, 226, 298, 326,
 353, 412, 457, 463
 Nezahualcóyotl, 39, 47, 455
 Nicodemo, 415
 Nietzsche, Friedrich, 73, 120, 210, 232, 313
 Noriega, Raúl, 63
 Novo, Salvador, 14, 18, 129, 154, 155, 317,
 318, 372, 428, 429, 431, 432, 464
 Núñez-Robles, Lázaro, 78
- O—
- O’Gorman, Edmundo, 217
 Obregón, Álvaro, 125, 270, 370, 488
 Ocampo de Gómez, Aurora M., 484
 Ocampo, Melchor, 182, 226, 230, 406
 Ochoa y Acuña, Anastasio María de, 273, 405
 Ochoa, Eugenio de, 28
 Ochoa, Guillermo, 394

- Olaguíbel, Francisco M. de, 107, 195, 314, 357, 358
 Olavarría y Ferrari, Enrique de, 210, 344, 361, 413
 Oliveros, Patricio, 188, 245, 365, 403, 472, 473
 Olmedo, José Joaquín de, 27
 Ontañón, Eduardo de, 271
 Oña, Pedro de, 397
 Ordaz, Diego de, 319
 Orozco y Berra, Manuel, 19, 114, 498
 Orozco y Enciso, Guadalupe, 365
 Ortega y Gasset, José, 352
 Ortega y Medina, Juan A., 254
 Ortega, Francisco, 346
 Ortega, Romeo, 433, 434
 Ortiz Ávila, Raúl, 461, 492
 Ortiz de Montellano, Bernardo, 155, 169, 298, 375
 Ortiz González, Leoncio, 24, 25, 26
 Ortiz Urquidí, Raúl, 295
 Ortiz, Luis G., 380, 383
 Ortiz, Máximo Ramón, 157
 Ortiz-Vargas, Alfredo, 102
 Oscoy, Andrés, 457
 Osorio Benítez, Miguel Ángel, 394
 Otero, Mariano, 82
 Othón Robledo, Miguel, 103
 Othón, Manuel José, 40, 169, 204, 205, 487
- P—
- Pagaza, Joaquín Arcadio, 107, 115, 273
 Palacios, Enrique Juan, 447
 Palacios, Mario Luis, 20, 21
 Palacios, Pedro B., 373
 Palencia, Ceferino, 119
 Palma, José Joaquín, 199
 Palma, Ramón de, 516
 Palma, Ricardo, 505
 Palomo Valencia, Florencio, 450, 451
 Papa, Pasquale, 395
 Pardo Bazán, Emilia, 171
 Parra del Riego, Juan, 359
 Parra, Manuel de la, 107
 Pascoaes, Teixeira de, 426
 Paw, Cornelio de, 38
 Payno, Manuel (hijo), 83
 Payno, Manuel, 82, 83
 Paz, Irineo, 102
 Paz, Octavio, 101, 110, 255
 Pedro, Valentín de, 396, 397, 398
 Pellicer, Carlos, 36, 58, 94, 102, 267, 333
 Peña y Reyes, Antonio de la, 217
 Peña, Rafael Ángel de la, 204
 Peón Contreras, José, 314
 Peredo, Manuel, 136, 264, 265, 266, 380
 Pereyra, Carlos, 10, 252, 253, 455
 Pérez Galdós, Benito, 186
 Pérez Martínez, Héctor, 103, 373, 429, 492
 Pérez Nieto, Lionel, 106
 Pérez Taylor, Rafael, 103
 Pérez, Celestino, 434, 435
 Pérez, Froylán, 423
 Pérez, Josefina, 137, 138
 Pérezgasa, Lila, 161, 162
 Pericles, 39
 Perrault, Charles, 16
 Pesado, José Joaquín, 139, 276, 383
 Peza, Juan de Dios, 12, 56, 121, 149, 171, 174, 211, 216, 217, 245, 284, 296, 297, 304, 344, 406, 468, 486, 487, 505
 Phillips, Allen W., 126, 127, 181, 258
 Piazza, Luis Guillermo, 497
 Pichardo, Manuel Serafín, 339
 Piedad Bejarano, José, 322, 323
 Pimentel, Francisco, 506
 Pimentel, Victoriano, 16
 Píndaro, 273
 Plata, Abraham, 411
 Platón, 39
 Plinio, 351
 Poe, Edgar Allan, 110, 333
 Pol, Ferrand de, 418, 492
 Pola, Ángel, 290
 Polk, James K., 196
 Polo, Gil, 28
 Ponce, fray Alonso, 260, 447
 Ponce, Manuel M., 455
 Ponson du Terrail, Pierre Alexis, 175
 Porrúa, Manuel, 311, 317
 Portilla, Anselmo de la, 210, 276, 361, 413

Posada, José Guadalupe, 363
 Prado Velázquez, Ernesto, 484
 Prados, Emilio, 110, 111, 112, 418, 419, 461, 485
 Prescott, William H., 101, 212
 Prieto de Landázuri, Isabel A., 67
 Prieto, Guillermo, 26, 34, 35, 46, 50, 51, 52, 76, 82, 83, 98, 113, 131, 132, 137, 139, 140, 143, 154, 228, 251, 276, 284, 285, 291, 344, 371, 373, 383, 428, 429, 452, 458
 Prieto, Indalecio, 458
 Prim, Juan, 34, 46
 Prócoro, 94
 Proust, Marcel, 19, 333, 378
 Puerto, Nicolás del, 365

—Q—

Queiroz, Eça de, 426
 Quesada, Gonzalo de, 297
 Quesada, Vicente G., 344
 Quevedo, Francisco de, 24, 74, 263, 278
 Quintana Roo, Andrés, 22, 76
 Quintero Álvarez, Alberto, 145

—R—

Rabasa, Emilio, 245, 404
 Rabelais, François, 226
 Racine, Jean, 94
 Ramírez Cabañas, Joaquín, 435, 436, 440
 Ramírez de Coy, Elvira, 283
 Ramírez, Alfonso Francisco, 245, 365, 366
 Ramírez, Ignacio (Nigromante), 75, 83, 115, 116, 132, 137, 138, 224, 230, 292, 321, 373, 414, 451, 452, 453, 493, 494
 Ramírez, José Agustín (compositor), 415, 416, 423
 Ramírez, José Agustín (escritor), 409
 Ramos de Lubiaga, fray Juan, 256, 259
 Ramos I. Duarte, Félix, 268, 518
 Ramos Martínez, Alfredo, 339
 Ramos Millán, Gabriel, 146, 255
 Rangel, Nicolás, 373
 Raso, Marcelo del, 423

Raynaud, Georges, 466
 Real, José J., 278
 Rebolledo, Efrén, 326
 Reed, John, 65
 Regiomontano, Juan, 156
 Rejano, Juan, 418, 419, 461, 492
 Remesal, Cirenio, 502
 Renán, 175, 307
 Renifo, Luis, 262
 Rentería, Lorenzo, 71
 Reyes Nevares, Salvador, 49
 Reyes Ruiz, Jesús, 169
 Reyes Spíndola, Rafael, 269, 272
 Reyes, Alfonso, 19, 58, 68, 74, 98, 100, 104, 175, 190, 205, 274, 297, 298, 307, 308, 309, 310, 312, 317, 318, 346, 410, 431, 441, 443, 448, 462, 463, 496
 Reynoso, Micaela, 381
 Rimbaud, Arthur, 74, 110
 Rincón, Manuel E., 245
 Ríos Henestrosa, Alfa, 519
 Riquelme, Manuela, 54, 55
 Riva Agüero, José de la, 93
 Riva Palacio, Vicente, 19, 36, 56, 100, 107, 112, 113, 132, 137, 171, 172, 174, 175, 176, 265, 276, 314, 321, 373, 389, 390, 404, 410, 452, 455, 463, 481, 482, 483, 505, 529, 532
 Rivadabia, Bernardino, 446, 447, 448
 Rivas Mercado, Antonieta, 131, 198, 199, 463, 489, 519
 Rivas Mercado, Antonio, 519
 Rivera, Agustín, 123, 124, 125, 201, 202, 203, 335, 356, 366, 368
 Rivera, Diego, 430, 438, 439
 Rivera, José Eustasio, 373
 Roa Bárcena, José María, 383, 444, 476, 477
 Robledo, Cecilio A., 273, 366
 Robles, Luis, 83
 Robles, Manuel, 83
 Rocafuerte, Vicente, 76
 Rodenbach, Georges, 127
 Rodó, José Enrique, 23, 373, 424
 Rodríguez del Castillo, José Mariano, 273
 Rodríguez Lozano, Manuel, 188, 198, 318, 372, 390, 402
 Rodríguez Luna, José, 418

- Rodríguez Marín, Francisco, 407, 515
 Rodríguez Puebla, Juan, 76
 Rodríguez Rivera, Ramón, 314, 315
 Rodríguez, Antonio, 438, 484, 485, 486
 Rodríguez, fray José (El Capacha), 27, 28
 Rodríguez, Simón, 156
 Roeder, Ralph, 42, 43, 299, 300
 Rojas Garcidueñas, José, 444, 445, 497
 Rojas Zorrilla, Francisco de, 166
 Rolland, Romain, 130, 343
 Romain, Jules, 74
 Romandía Ferreira, Alfonso, 452
 Romero Castañeda, Ausencio, 146
 Romero de Terreros, Manuel, 273
 Romero de Valle, Emilia, 17, 18, 26, 27, 54, 523, 524
 Romero, José Rubén, 399, 400
 Ros, Antonio, 80, 81, 82, 85, 86, 87, 497
 Rosa, Luis de la, 103, 128, 228, 229, 463
 Rosado Vega, Luis, 107
 Rosales, Hernán, 532
 Rosas Moreno, José, 216, 217
 Roumagnac, Carlos, 71, 149
 Rueda Magro, Manuel, 434
 Ruelas, Julio, 121
 Ruiz Aguilera, Ventura, 216
 Ruiz de Alarcón y Mendoza, Juan, 19, 165, 166, 167, 175, 263, 389, 396, 397, 398, 454, 512
 Ruiz, Juan (Arcipreste de Hita), 24
 Ruskin, John, 527
 Ruvalcaba, Adam, 27
- 5—
- Saavedra Fajardo, Diego de, 329
 Saavedra Guzmán, Antonio de, 90, 301
 Saavedra, Ángel de, (Duke de Rivas), 144
 Sabino Crespo, Manuel, 365
 Sáenz, Geraldo, 15, 512
 Sahagún, fray Bernardino de, 185, 357
 Sainé, Luis, 180
 Salado Álvarez, Victoriano, 10, 60, 122, 372, 383, 384, 440, 441, 442, 460, 494, 495
 Salanueva, Antonio, 43
 Salas, Ángel, 359
 Salazar de Cámara, Mercedes, 67
 Salazar, Abel C., 128, 129
 Salazar, Francisco, 365, 366
 Salazar, Rosendo, 388
 Saldívar, Gabriel, 256
 Salinas, Donaciano, 341
 Salinas, Miguel, 103
 Salinas, Pedro, 198
 Salm Salm, Inés de, 43
 Salomón, 192, 196
 San Martín, Juan Zorrilla de, 373, 523
 San Martín, Luis G. de, 270
 Sánchez Barbudo, Antonio, 461
 Sánchez de Ocaña, Rafael, 492
 Sánchez de Tagle, Agustín, 383
 Sánchez de Tagle, Francisco Manuel, 321, 346
 Sánchez Juárez, Delfín, 151, 154
 Sánchez Mármol, Manuel, 11, 441, 442, 495
 Sánchez S., Trinidad, 273
 Sánchez, Luis Alberto, 17, 18, 29, 30
 Sánchez, Serafín, 199
 Sandoval, Gonzalo de, 271
 Santa Anna, Antonio López de, 76, 83, 305, 368, 371, 372, 383
 Santacilia, Pedro, 34, 183, 210, 344
 Santacruz, Lino, 423
 Santaella, Rodrigo de, 403
 Santamaría, Francisco J., 11, 12, 105, 106, 176, 177, 268
 Santo Tomás, 168
 Santos Álvarez, José de los, 306
 Santos Chocano, José, 29, 30
 Sarmiento, Domingo Faustino, 21, 97, 112, 189, 193, 194, 317, 332, 349, 373, 443, 455
 Sarmiento, fray Martín, 124, 157, 191, 266
 Sartorio, José Manuel, 346
 Savonarola, Girolamo, 300
 Schiattino, Francisco, 34
 Schnitzler, Arthur, 196
 Segale, Atenógenes, 483, 484
 Segura Argüelles, Vicente, 276, 382, 383
 Segura, Alejo, 83
 Segura, José Sebastián, 380, 383
 Selgas, José, 216

Selva, Salomón de la, 112
 Séneca, 283
 Serrano, Manuel, 363
 Shakespeare, William, 94, 124
 Shaw, George Bernard, 57, 175
 Sierra, Justo, 107, 132, 133, 136, 153, 159,
 186, 228, 229, 318, 339, 369, 373, 377,
 404, 429, 443, 462, 463
 Sierra, Santiago, 204, 314
 Sigüenza y Góngora, Carlos de, 234, 283
 Silva y Aceves, Mariano, 307
 Silva, José Asunción, 301
 Słowacki, Juliusz, 136
 Sobarzo, Horacio, 517
 Sócrates, 305
 Sófocles, 331
 Solalinde, Antonio G., 410
 Solana, Alonso de la, 71
 Soldatic, Dalibor, 151, 152
 Soldatic, Vera de, 151
 Solís, Antonio de, 10
 Sosa, Francisco, 230, 291, 292, 293, 294,
 311, 312, 314
 Stanhope, Felipe, 177
 Steinbeck, John, 526
 Sten, María, 136, 137
 Storni, Alfonsina, 388
 Suárez de Peralta, Juan, 363, 364
 Suárez, Victoriano, 29, 167
 Sue, Eugenio, 83
 Suzarte, Florencio, 210
 Swadesh, Mauricio, 441

—T—

Tablada, Juan José, 107, 121, 298
 Talamantes, Melchor de, 292, 524
 Tamayo, Jorge L., 392, 403, 430, 508, 509
 Tamayo, Rufino, 459
 Tapia de Castellanos, Ester, 67
 Taracena, Alfonso, 116, 351
 Taracena, Ángel, 365
 Tasso, Torcuato, 90
 Teixidor, Felipe, 9
 Teja Zabre, Alfonso, 184
 Terán, Jesús, 418

Terencio, 166, 167, 307
 Teresa de Mier Noriega y Guerra, fray Ser-
 vando, 9, 10, 18, 51, 52, 53, 98, 99, 131,
 155, 156, 157, 167, 183, 302, 350, 449
 Thompson, Eric J., 71
 Thompson, Lawrence, 102
 Tolstoi, León, 455
 Tornel, José María, 251
 Torner, Florencio M., 418, 492
 Torralba, fray Juan de, 284
 Torres Bodet, Jaime, 169, 188, 351, 375,
 384, 390, 393, 487
 Torres Caicedo, José María, 477
 Torres Quintero, Gregorio, 36, 37, 412, 457
 Torres, Benito, 54, 56
 Torrescano, Pablo María, 83
 Torri, Julio, 228, 307, 462, 463, 519
 Torroella, Alfredo, 210
 Toscano, Salvador, 145, 254, 255, 382, 384,
 528
 Toussaint, Manuel, 103, 175, 287, 360
 Tovar, Pantaleón, 182, 346
 Trejo y Lerdo de Tejada, Carlos, 159
 Turguenev, Ivan, 188

—U—

Unamuno, Miguel de, 30, 92, 123, 150, 247,
 264, 301, 318, 334, 352, 429, 430, 449
 Urbina, Luis G., 15, 16, 36, 68, 107, 121,
 145, 147, 155, 175, 186, 195, 229, 253,
 267, 270, 320, 321, 342, 345, 346, 380,
 389, 404, 441, 442, 449, 455, 462, 463,
 495, 511, 512, 514
 Urbistondo, Joaquín, 272
 Usigli, Rodolfo, 181, 227, 405, 445, 464

—V—

Valdés, Octaviano, 48, 115, 494
 Valdivia, Aniceto, 210
 Valdivieso, Gabriel de, 261
 Valencia, Agenor, 267
 Valencia, Guillermo, 373

- Valenzuela, Jesús, 40
 Valera, Juan, 186, 318, 333, 334, 335, 365, 483
 Vallagas, Emilio, 158
 Valle, Eleazar del, 434
 Valle, Juan N. del, 143
 Valle, Juan, 78, 79
 Valle, Leandro, 292
 Valle, Rafael Heliodoro, 54, 56, 57, 103, 110, 314, 372, 373, 374, 440, 452, 453, 504, 505, 523, 524
 Valle-Arizpe, Artemio de, 56, 57, 184, 202, 373, 400
 Valle-Inclán, Ramón María de, 55, 65, 66, 267, 269, 270, 271, 272, 428
 Valverde Téllez, Emeterio, 314
 Varela, Lorenzo, 461, 486
 Vargas de Ferreira, Adelaida, 452
 Vargas McDonald, Antonio, 419
 Vargas Vila, José María, 351, 352
 Vargas, Elvira, 485
 Vasconcelos, Eduardo, 366
 Vasconcelos, José, 10, 18, 19, 57, 58, 98, 103, 125, 141, 193, 194, 227, 230, 248, 252, 289, 306, 307, 310, 317, 318, 333, 334, 336, 337, 338, 366, 369, 370, 381, 412, 459, 463, 497, 517, 518, 519
 Vázquez de Coronado, Francisco, 283
 Vázquez, Genaro V., 434, 510, 511
 Vega, Inca Garcilaso de la, 93, 251, 266, 267, 356, 524
 Velázquez Chávez, Agustín, 128
 Vélez de Guevara, Luis, 397
 Verdad y Ramos, Francisco Primo de, 338
 Verdugo, Pomposo, 265
 Verhaeren, Émile, 127
 Verlaine, Paul, 73, 74, 267
 Vicente, Gil, 28
 Víctor Hugo, 16, 186
 Vidaurri, Luis, 38
 Vigil, José María, 79, 161, 171, 321
 Villa, Francisco, 65
 Villada, José Vicente, 297
 Villaespesa, Francisco, 461
 Villaseñor, Raúl, 348
 Villaurrutia, Jacobo, 345, 346
 Villaurrutia, Xavier, 32, 39, 100, 188, 317, 318, 326, 375, 518
 Villaverde, Cirilo, 373
 Villegas, Esteban Manuel de, 74
 Virgilio, 330
 Vitier, Cintio, 516
 Voltaire, 94, 124
- W-
- Warner, Ralph E., 314
 Weill, George, 194
 Wells, Herbert George, 173
 Westheim, Paul, 173, 174
 Wilde, Oscar, 77, 78, 127, 198
 Williams, John Jay, 211, 212, 213, 498
 Wriqht, Lawrence, 408
 Wyck Brooks, Van (Oliver Allston), 101
 Yáñez, Agustín, 93, 206, 220, 221, 222, 369, 370, 371, 460, 530
- Z-
- Zaldumbide, Gonzalo, 319
 Zambrano, María, 111
 Zarco, Francisco, 49, 73, 76, 79, 88, 128, 185, 276, 296, 376, 383, 389, 390, 450, 455
 Zavala, Jesús, 359, 516
 Zavala, Lorenzo de, 37, 123, 251
 Zayas Enríquez, Rafael, 315, 380
 Zea, Leopoldo, 530, 531
 Zendejas, Adelina, 342, 343, 430
 Zepeda Winkefield, Alfonso, 103
 Zepeda, Enriqueta, 126
 Zidaric, Boris, 151
 Zolá, Emilio, 175
 Zorrilla, José, 38, 50, 51, 77, 78, 87, 88, 118, 119, 120, 142, 143, 144, 145, 175, 210, 228, 250, 251, 275, 276, 277, 281, 282, 294, 305, 306, 312, 321, 325, 354, 355, 361, 368, 369, 371, 372, 382, 383, 384, 413, 476, 477, 523

Índice general

Prólogo

Adán Cruz Bencomo5

1962

Elogio fúnebre de los primeros héroes y víctimas de la patria9

Visita a un maestro..... 11

Amigos, socorredme.....12

Soneto al tiempo14

Página olvidada de Urbina15

José de Antequera y Castro 17

Epígrafes mexicanos18

Juárez, ciudad argentina.....20

Escritor de raíz mexicana.....21

Del doloroso escrutinio de la biblioteca23

A los curiosos de mañana...24

Manuel Nicolás Corpancho, poeta del Perú26

Fray José Rodríguez, “El Capacha”27

Alma América.....29

El rostro y la máscara31

Aspiración al llanto.....32

La Chinaca34

La musa épica.....35

No empañes tu página, diciendo mal de Nepomuceno Alponete...37

Manuel Barrero Argüelles, poeta olvidado39

Los mexicanos pintados por sí mismos41

Ralph Roeder, biógrafo42

Hoy, hace justamente once años...	44
<i>Olla podrida</i>	45
Poeta y sabio.....	47
Soneto de Altamirano	49
Prieto, escritor ninguneado	50
¿Cuál el autor nacional más desdeñado?	52
Página peregrina de Heliodoro Valle	54
Promesa cumplida.....	55
Los prólogos	57
El mester periodístico.....	58
Modismos y refranes mexicanos.....	60
Recuerdo de Genaro Estrada.....	61
Origen del corrido mexicano	63
Romance y corrido	65
José Domingo Cortés, escritor chileno.....	66
Fama y gloria literaria.....	68
Fuga de maravillas	69
Tirso Rafael Córdoba.....	71
Alcance y significado de las traducciones.....	72
Daniel Castañeda y su sentido de la rima	74
<i>El Gallo Pitagórico</i>	75
Letra de Zorrilla.....	77
Juan Valle, el poeta ciego	78
Antonio Ros, el médico escritor.....	80
Apuntes para la guerra de los Estados Unidos	82
Oaxaca, nueva Babel	84
<i>Evocación de la India</i>	85
La bella práctica de los Calendarios	87
<i>La Zaragoziada</i> , poema épico.....	89

1963

Fobias de don Ramón.....	91
Nombres de mujeres	93
Autobiografías mexicanas	94
¿Qué es la greguería?	96
Fray Servando y sus <i>Memorias</i>	98

Francisco A. de Icaza, poeta	99
Aproximaciones a Robert Frost	101
Seudónimos, anagramas e iniciales	102
El duende de la tipografía.....	104
Francisco J. Santamaría, maestro y amigo.....	105
<i>Parnaso Mexicano. Antología general</i>	106
Recordación de José María Bustillos	107
Hart Crane en México.....	109
Acuérdate de mí, Andrés... ..	110
Invocación a la patria	112
Manuscritos de Bustamante	113
Soneto del <i>Nigromante</i>	115
Aprendizaje de la lengua.....	117
México en la obra de Zorrilla.....	118
Escritor y libro olvidados.....	120
Biografía de Carlos María de Bustamante.....	122
Los bienes y males	123
Francisco González León y su obra.....	126
Poeta en olvido.....	128
La canción de Aguascalientes.....	129
Familia de escritores	131
José María Luis Mora, un clásico.....	132
Pequeña venganza.....	134
Autores polacos	136
¿Amor del <i>Nigromante</i> por Josefina Pérez?.....	137
<i>Semanario de las señoritas mejicanas</i>	139
Siempre Bustamante.....	140
Bibliografía de Zorrilla	142
Zorrilla y José María Esteva.....	143
Cuando muere un amigo... ..	145
Centenario de Julián del Casal	146
Mis primeras lecciones y maestros	148
Recordación fervorosa de Francisco de Argandar	149
Casa yugoslava.....	151
La Guadalupana en Yugoslavia	152
Novo, viejo conocedor de lo mexicano	154

Bicentenario de fray Servando.....	155
Origen y antigüedad de <i>La Sandunga</i>	157
Rubén M. Campos, infatigable y constante	158
La hermosa y doliente canción	160
<i>Incnuicatl</i> , canto de tristeza.....	161
Poemas nahuas	162
<i>Xochicuicatl</i> , canto florido.....	163
Alberto Lista y Aragón y el teatro de oro español.....	165
Romance paraguayo	167
El primer libro.....	168
1964	
Resuélvalo quien pueda y sepa.....	171
Paul Westheim, amigo de México	173
<i>Los Ceros. Galería de contemporáneos</i>	174
Malacayo, ladino y alcahuete	176
<i>Cartas</i> de Lord Chesterfield	177
Elvira Gazcón, artista ejemplar	178
Dos poemas de Francisco González León.....	180
¿Hasta cuándo el editor ha de alcanzar mayor beneficio que el escritor?	181
El caballito.....	182
Refranero mexicano	184
Influjo de las letras francesas.....	185
Plagio, calca, coincidencia.....	187
Nuestra literatura es pictórica	188
Luisa Carnés	190
Coplas de la lotería.....	191
Contra la patria.....	193
Lucas Ribera o Lic. Blas Urrea.....	194
Mexicano de excepción.....	196
Yo siempre recuerdo a Antonieta.....	198
Los poetas de la guerra.....	199
Cartas a mujeres.....	200
Don Carlos y don Agustín.....	201
Yo colecciono nombres de mujeres	203

Poemas rústicos de Manuel José Othón.....	204
Concursos literarios.....	206
Lección sencilla	207
<i>Guendalizá</i>	209
Antenor Lescano, poeta cubano	210
<i>El Istmo de Tehuantepec</i> de J.J. Williams.....	211
Frida y el Dr. Atl	213
El retrato	214
José Rosas Moreno	216
La vida, como en otro tiempo la danza, nos dispersó	217
El chispeante camagüeyano.....	219
Agustín Yáñez escribe siempre	220
El pobre paga siempre más de lo que debe.....	222
Largo y doloroso camino	223
Dulce y hermoso, releer.....	225
El libro, alimento cotidiano.....	226
Recuerdo devoto	228
Villancico y romance en Altamirano.....	229
Remembranza de Egon Erwin Kisch	231
<i>La Llorona</i>	232
Coplas de <i>La Llorona</i> (1).....	234
Coplas de <i>La Llorona</i> (2)	237
1965	
Coplas de <i>La Llorona</i> (3)	241
Coplas de <i>La Llorona</i> (4)	243
Poetas oaxaqueños	245
El lunar de Cuauhtémoc.....	246
No quiero encontrarte nunca... ..	248
Gilberto Chávez, viejo pintor	249
Epítetos contra Bustamante	251
¿Bustamante, historiador?.....	252
Se hizo el muerto... ..	254
<i>Protocolo y razón sumaria</i>	255
Prólogo de González León	257
Quinientas páginas de Burgoa.....	258

Indio que sabe latín.....	260
Fray Juan de Córdova.....	262
Los contados días.....	263
Manuel Peredo, uno de los <i>Ceros</i>	264
Antología de lágrimas.....	266
La palabra “meco”.....	268
Valle-Inclán en México.....	269
Valle-Inclán en la capital	271
Arcadia Mexicana.....	273
José Bergamín, “El alcaraván”	274
<i>Recuerdos del tiempo viejo</i>	275
<i>El lazarillo de ciegos caminantes</i>	277
Cuento para Cibeles	279
Los mexicanismos de Zorrilla.....	281
Otra vez fray Juan de Córdoba	282
Prólogo y <i>Alacena</i>	284
Viejito vendedor de libros viejos.....	285
<i>Reseña histórica de la pintura mexicana</i>	287
Vieja hoja amarillenta.....	288
Recuerdo de don Luis González Obregón	290
<i>Las estatuas de la Reforma</i>	291
Francisco Sosa, poeta.....	293
Necrología de poeta y prosista juchiteco.....	295
Martí en México	296
<i>Antología de jóvenes poetas mexicanos</i>	297
Ralph Roeder, escritor norteamericano.....	299
Hierro tirano cruel y aborrecido	300
Edición de libros	302
Adiós, a <i>El Dómine</i>	304
Cipriano de las Cagigas, editor y librero.....	305
El paisaje mexicano huele a sangre	306
Las erratas	308
El arco iris, ¿un mensaje que no sabemos descifrar?.....	309
<i>La Navidad en las montañas</i>	311
Vicente Magdaleno, amigo de juventud	312
Poetas olvidados.....	314

1966

Las dedicatorias	317
Don Enrique Díez-Canedo, sabio y erudito.....	318
<i>La vida literaria de México</i>	320
El Vale, poeta repentista.....	322
<i>Bajo el cielo mejicano</i>	324
Efrén Rebolledo, poeta erótico.....	326
<i>La Juventud Literaria</i>	327
Cuarentena bibliográfica.....	329
La batalla de Juchitán	330
Certámenes literarios.....	332
¡Ay, don Juan!	333
Mi añorada araucaria.....	335
La última lectura de Vasconcelos	337
Carta de Rafael Estenger.....	338
Alma en pena	340
Era pequeñita, pecosa y frutal... ..	342
Contra la esclavitud literaria.....	343
La historia de las letras mexicanas	345
Centenario de <i>Astucia</i> y sesquicentenario de Luis G. Inclán.....	347
Añoranza por Jorge Carreón.....	348
Hay que atreverse y decidirse con Bustamante	349
Quema de libros	351
Antologías mexicanas.....	352
La flor de un recuerdo	354
Libro ejemplar.....	355
<i>Impresiones célebres y libros raros</i>	357
Presencia de Octavio N. Bustamante.....	358
José Justo Gómez de la Cortina, Conde la Cortina y Castro.....	360
Los evangelistas	362
<i>Tratado de la caballería, de la gineta y brida</i>	363
Francisco Salazar, historiador olvidado.....	365
Brioso y Candiani, historiador de <i>minucias</i>	366
Anteo en miniatura	368
La Biblioteca Americana.....	369

Quintillas contra México y Santa Anna.....	371
Una lágrima por Heliodoro Valle	372
Pendiente de un eco	374
Ingratos, olvidan que escribo tres artículos al día... ..	376
Abundancia de las letras patrias	377
Luis Martínez de Castro, escritor olvidado.....	379
Roque Estrada, maderista.....	381
Los famosos cien sonetos a Zorrilla.....	382
Aquella vieja Alameda.....	384
1967	
¿Cuál el tema de la <i>Alacena</i> ?	387
La naturaleza melancólica del mexicano.....	389
La incurable enfermedad.....	390
Viejo maestro oaxaqueño	392
Poema inédito de Barba-Jacob.....	393
<i>El libro de los madrigales</i>	395
Clásico español, nacido en América.....	396
Árbol hermoso y bienhechor	398
Guillermo Jiménez, escritor.....	399
Influjo de Azorín	401
¿Olvido de Félix Martínez Dolz, poeta oaxaqueño?.....	403
El libro, artículo de primera necesidad	404
Versos desconocidos de <i>La Llorona</i>	406
101 años	408
¿Cuándo se hará una flor de corridos mexicanos?	410
<i>Lectura para mujeres</i>	411
Evocación de <i>El Abate</i>	413
José Agustín Ramírez.....	415
<i>La vieja controversia Galindo y Villa contra Bulnes</i>	416
No hay tales carneros.....	418
La última tarde de Juchitán.....	420
Recuerdo de Alfredo Maillefert.....	421
Protesta, rebeldía, discordia	423
La muerte, soplo de viento.....	424
Recuerdo de Portugal	426

Novel, nuevo, novo, Salvador Novo	428
Fino corazón indígena	429
Soneto a la <i>Alacena</i>	431
José Rafael Guadalajara, novelista	432
Insólito discurso	433
Joaquín Ramírez Cabañas, poeta	435
Abelardo Ávila, pintor y grabador	436
Diego e Ilia Ehrenburg, amigos de invenciones	438
Lutos	440
Queja contra Sánchez Mármol	441
...Y salió airoso del apuro	443
Tiempo de memorias	444
Cholula de Rivadabia	446
Ernesto Mejía Sánchez, autoridad en cien achaques literarios	448
Florencio Palomo Valencia, ser extraño, raro, curioso	450
Poema de Ignacio Ramírez	451
Literatura nacional	453
El apócrifo, género y obra literarios	455
¿Cómo se aprende una lengua?	457
El grato y placentero deber de conversar	458
López Trujillo, “El Venado”	460
Julio Torri o la escasez, primer signo de la perfección y la belleza	462
Celestino Gorostiza	463
1968	
<i>El Abate</i> de Mendoza	465
Sabio mexicano	467
Aquella vieja ciudad	468
El diablo de las erratas	470
Patricio Oliveros, poeta oaxaqueño	472
Palabras nunca antes oídas ni leídas	473
Paseo por la ciudad	474
Discrepancia entre Zorrilla y Roa Bárcena	476
La india tabasqueña	478
<i>Picardía mexicana</i>	480

Chucho Hermosa.....	481
Atenógenes Segale	483
Una flor de <i>guiexuba</i> para Antonio Rodríguez.....	484
Ser poeta, escritor o novelista en México.....	486
Recuerdo de Jorge Arche	488
Memoria de Gerónimo Baqueiro Fóster.....	489
Clemente, Efraín y yo	491
Sesquicentenario del <i>Nigromante</i>	493
En busca del texto perdido.....	494
Memorias, diarios, autobiografías	496
Espada de madera y visera de cartón	498
Soneto de Celso Amieva	499
Los pospuestos huabes	501
Llanto de Martina Henestrosa	502
El oro del epistolario	504
Amor y dedicación a Oaxaca	505
Juan Ignacio Castorena Ursúa	
y Goyeneche, periodista moderno.....	507
Oro soberano	508
Los papeles inéditos de Manuel Martínez Gracida.....	510
¿Cuándo una verdadera Historia	
de la literatura mexicana?	511
Otro sábado de <i>Alacenas</i>	513
Coplas de <i>La Llorona</i> (5)	515
La palabra “pocho”	517
Evocación de Roberto Montenegro	518
Como vine me iré.....	520
El español, ¿materia optativa?.....	522
Modelo de mujer fuerte	523
Un año más de <i>Alacenas</i>	525
1969	
<i>Carta al Greco</i>	527
La incansable <i>Clemen</i>	528
Alí, poeta verdadero	530
Aniversario de <i>Alacenas</i>	531
Muerte de un cantor oaxaqueño.....	533
Índice onomástico	535

Alacena de minucias (1962-1969), se terminó de imprimir en la Ciudad de México durante el mes de noviembre del año 2011. La edición, en papel de 75 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



ISBN 978-607-401-501-0

Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina

Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior

Cámara de Diputados
LIX Legislatura
LX Legislatura
LXI Legislatura

Centro de Estudios de México

Centro de Investigación para el Desarrollo

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Centro de Investigación y Docencia Económicas

Centro del Tercer Mundo para el Manejo del Agua

Centro Mexicano de Estudios Económicos y Sociales

Comisión Estatal de los Derechos Humanos de Zacatecas

Comisión Nacional de los Derechos Humanos

Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Colegio de Postgraduados

El Colegio de la Frontera Norte

El Colegio de San Luis

El Colegio de Sonora

Embajada de la República Dominicana en México

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México

Fundación Colosio

Fundación Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset

Fundación Konrad Adenauer Stiftung

Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos

Gobierno del Estado de Chiapas

Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa

Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz

Instituto de Administración Pública del Estado de México

Instituto Electoral del Estado de México

Instituto Federal Electoral

Instituto Iberoamericano para el Fortalecimiento del Poder Legislativo

Instituto Mexicano de Auditoría Técnica

Instituto Mexicano de Estrategias

Instituto Nacional de las Mujeres

Instituto Tecnológico Autónomo de México

Centro de Estudios de Competitividad

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

Campus Ciudad de México

Campus Estado de México

Campus Monterrey

Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública



LXI LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS

**CONOCER
PARA DECIDIR**
**EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA**

INSTITUCIONES COEDITORAS

Integración para la Democracia Social, APN

Internacional Socialista

Libertad de Información-México

Poder Legislativo del Estado de México, LVI Legislatura

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

Secretaría de Desarrollo Social

Secretaría de Gobernación

Centro de Estudios Migratorios del

Instituto Nacional de Migración

Secretaría de la Reforma Agraria

Senado de la República

Comisión de Biblioteca y Asuntos Editoriales

Siglo XXI Editores

Simon Fraser University

Sociedad Mexicana de Medicina Conductual

Universidad Anáhuac del Sur

Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca

Instituto de Investigaciones Sociológicas

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Universidad Autónoma de Baja California

Universidad Autónoma Chapingo

Universidad Autónoma del Estado de México

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Universidad Autónoma de Querétaro

Universidad Autónoma de Yucatán

Universidad Autónoma de Zacatecas

Doctorado en Estudios del Desarrollo

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

Unidad Estapalapa

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad Xochimilco

Programa Universitario Integración en las Américas

Universidad de California Santa Cruz

Universidad de Chiapas

Universidad de Colima

Universidad de Guadalajara

Universidad de Guanajuato
Campus León

Universidad de Occidente

Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Dirección General de Publicaciones y Formato Editorial

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Facultad de Contaduría y Administración

Facultad de Economía

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

Facultad de Estudios Superiores Aragón

Instituto de Geografía

Instituto de Investigaciones Económicas

Instituto de Investigaciones Sociales

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación

Programa de Maestría y Doctorado en Urbanismo

Programa Universitario de Estudios de Género

Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad

Seminario de Educación Superior

Universidad Pedagógica Nacional

Universidad Veracruzana

Universitat Autònoma de Barcelona

Alacena de minucias



HISTORIA



Miguel Ángel
Porrúa

La
SERIE Historia



LXI LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS
CONSEJO EDITORIAL
**CONOCER
PARA DECIDIR**
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA